

Simbad

N.º 70

LA FLECHA DEL SOL

\$2.-



LAUTARITO



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO II

N.º 70

Precio: \$ 2.—

3-I-1951



EL PEQUEÑO tambor

CAPITULO X.—*Muerte de Napoleón*

Después de once años de absoluta fidelidad a Napoleón, el pequeño tambor le sigue hasta el destierro en la isla de Santa Elena, y allí toca de la mañana a la noche las marchas militares que le acompañaron en sus grandes victorias.

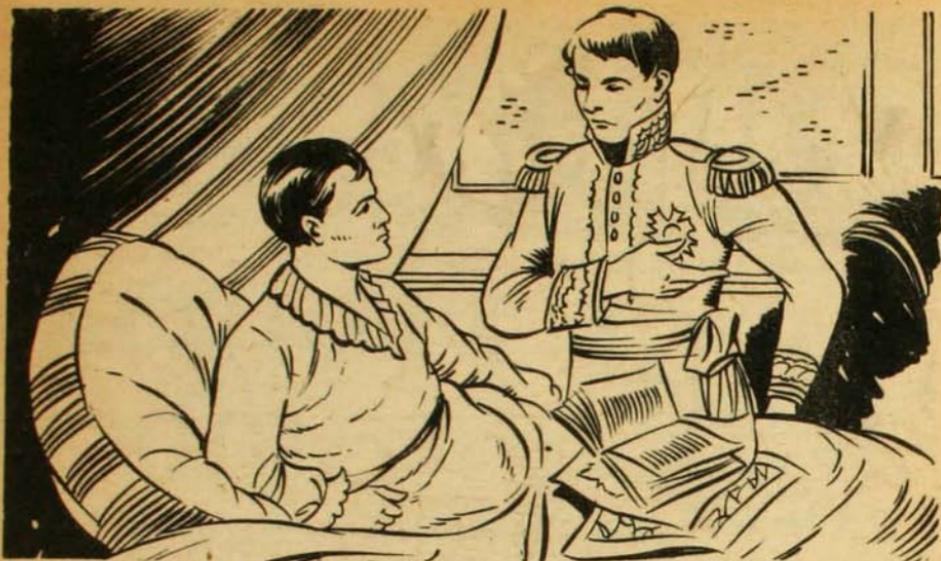
Los ingleses permitieron que el pequeño tambor hiciera sonar su instrumento porque creían que lo hacía para molestarle.

Napoleón estaba muy enfermo y yacía en su lecho sufriendo atrozmente de un cáncer al estómago. Sus amigos más íntimos le visitaban todos los días recogiendo sus últimos recuerdos y sus últimas voluntades.

Estamos en la primavera del año 1821.



Napoleón estaba muy enfermo y yacía en su lecho.



—Majestad, el individuo que redobla el tambor con las marchas de la victoria es el PEQUEÑO TAMBOR —dijole un día uno de sus ayudantes.

—Majestad —dijole un día uno de sus ayudantes—, tengo que darle una extraña noticia. El misterioso individuo que redobla el tambor con las marchas de la victoria es el PEQUEÑO TAMBOR.

Ese muchacho que le acompañó a usted en todas sus campañas con ardiente celo y admiración. Los ingleses le interrogaron. El les contó una historia extraordinaria. Les dijo que tocaba el tambor para molestarle.

—¿Y los ingleses le creyeron?

—Por cierto que esos cándidos le creyeron, Majestad.

Napoleón, que ya no reía en su triste des-



El pequeño tambor se construyó una choza, y tocaba para que sus redobles marciales llegaran hasta el emperador.



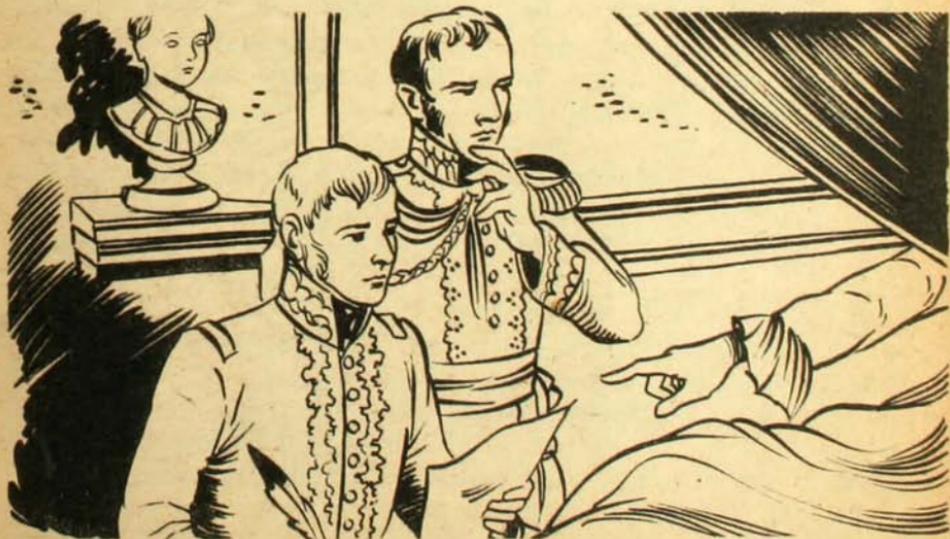
—Decid a ese niño todos los recuerdos felices que despierta en mí —dijo Napoleón.

tierra, lanzó una sonora carcajada.

En las proximidades de la granja de Long-wood, el pequeño tambor se había construido una choza orientada en contra de los vientos, a fin de que la menor brisa llevara a Napoleón los redobles marciales de sus batallas.

De la mañana a la noche el muchacho tocaba y tocaba el tambor.

—¿Sabrá ese niño el bien que me hace con su música? — preguntó un día Na-



—Quiero que mis cenizas reposen al borde del Sena —dictó el emperador a su secretario.



Una terrible tempestad se desencadenó en la isla de Santa Elena.

de del Sena, en medio de ese pueblo francés que yo he amado tanto.”

Al día siguiente el glorioso Emperador entró en agonía.

Al mismo tiempo se desencadenó una terrible tempestad en los parajes de la isla de Santa Elena. Los torrentes se desbordaban, los árboles caían. Parecía que llegaba el fin del mundo, pero aún en medio del huracán los sonoros redobles del pequeño tambor llegaban a oídos del moribundo.

El 4 de mayo de 1821, el ayudante del Emperador fué a comunicar secretamente al pequeño tambor que Napoleón se moría.

Entonces el heroico niño subió a la roca más alta de la isla, la cual estaba muy cerca de la granja, y desde allí se irguió co-

poleón a su secretario— Id a decirle cuánta felicidad me procura escucharle y todos los recuerdos felices que despierta en mí.

—Se lo diremos, Majestad.

—Me siento mejor cuando oigo el rantan-plán de la victoria —murmuró el enfermo.

El 15 de abril, Napoleón llamó a su secretario y le dictó estas palabras:

“Quiero que mis cenizas reposen al bor-



Mientras Napoleón agonizaba, el pequeño tambor tocaba sus himnos marciales.



El 5 de mayo de 1821, Napoleón dejó de existir.

mo en las batallas y comenzó a tocar las marchas gloriosas de Austerlitz, Jena, Eylau, Wagram, etc.

Tocó durante toda la noche, y todavía en la jornada del 5 de mayo de 1821.

Ese mismo día, a la caída de la tarde, Napoleón expiró.

Tal como lo había deseado el emperador, sus restos fueron conducidos a París, muchos años después, en medio de un pueblo que volvía a vitorearle.

Allá, muy cerca del Sena, reposa Napoleón en una magnífica tumba, en la gran sala del hotel de los Inválidos. Le rodean todas las viejas banderas que él tantas veces enarboló en sus victorias.

F I N

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 70

El cráneo tiene...

huesos.

EL PIRATA LING-SOO

RESUMEN: Ya en poder de cuatro pagodas y de las tres cajas de laca, el detective Víctor Gaunt, disfrazado de Ting-Tong, penetra en el castillo secreto de Ling-Soo a fin de salvar a su amigo Héctor Maine. Descubierta por los piratas, se lanza al lago y lleva consigo a su compañero Maine. Descubre en un subterráneo un hidrovión moderno y vuela en él con Héctor Maine. Tras duras peripecias llegan al villorrio de Chang-Ku y visitan al médico amigo Chen-Sung, quien promete ayudarles.

CAPITULO XVII.—El entierro de Héctor Maine

—Comprendo que su estrategia es buena —indicó el médico y mandarín Cheng-Sung—, pero si sospecha que en el ataúd va un hombre blanco y que es usted el deudo principal, no vacilará en detener el funeral.

—Entonces habremos fracasado —declaró Víctor Gaunt—, pero no veo otro modo de llegar a Hankow.

Ese mismo día Ling-Soo salía del valle secreto y distribuía a sus confederados en toda la comarca.

—No dejen pasar a ser viviente por el camino que conduce a Hankow —ordenó el terrible pirata—. Víctor Gaunt y Héctor Maine no entrarán vivos a esa ciudad. Deben registrar al más mísero coolí y apuñalar a todo individuo sospechoso.

Los confederados se distribuyeron en sitios estratégicos y se ocultaron en las plantaciones de arroz.

Por su parte, Víctor Gaunt, disfrazado de joven deudo, organizaba los funerales de su amigo Héctor Maine, narcotizado por el médico Cheng-Sung.

Víctor Gaunt representaría a un rico mandarín explotador de minas, cuyo padre había muerto, y al cual iban a enterrar en Hankow.

A la usanza oriental, se comenzaron a reclutar llorones y acompañantes con banda de músicos y cargadores del ataúd.

Una multitud de gente se ofreció voluntariamente para seguir el cortejo, pues era costumbre ofrecer un magnífico banquete al cortejo funerario.

Gaunt, con la túnica blanca de los dolientes, ocupaba una litera

dorada, llevado en hombros por doce *coolies*. Su faz, magníficamente retocada, manifestaba las huellas de hondo pesar. Aun cuando las cortinas que cubrían la litera eran espesas, el detective no olvidaba ni por un instante el papel que representaba.

La procesión, formada por trescientos hombres, salió con toda solemnidad de Chang-Ku, llevando al enterrado vivo en un ataúd de madera con orificios que evitarían la asfixia del narcotizado Maine.

Habían caminado con paso lento no más de cinco kilómetros, cuando Ling-Soo, que viajaba en automóvil, se detuvo en la planicie y silbó tres veces.

No se veía en la comarca un solo ser viviente. Sin embargo, a su llamado surgieron por entre las plantaciones y rocas varios grupos de afiliados que acudían a recibir órdenes del jefe de los piratas.

—Entiendan bien ustedes —dijo Ling-Soo a sus afiliados— que si los dos extranjeros llegan a Hankow, no quedará uno solo de ustedes con ojos para ver o lengua para hablar.

—Hemos entendido —dijeron los piratas.

—Recuerden que el demonio extranjero Víctor Gaunt sabe disfrazarse muy bien y que el otro extranjero está tan enfermo que no puede caminar. Detengan a todo viajero que encuentren en litera, riksha o locomoción animal. Si fracasan habrá muchos ciegos y mudos.

Terminada su sanguinaria arenga, Ling-Soo volvió a subir a su automóvil y continuó viaje hacia el villorrio de Chang-Ku.



El médico Cheng-Sung narcotizó al inválido Héctor Maine.

Entretanto, Víctor Gaunt, sentado en su litera, se desesperaba por la lenta marcha del convoy funerario. Entre Chang-Ku y Hankow sólo había una distancia de treinta kilómetros. Sin embargo, llevaban tres horas de marcha y aun les faltaban quince kilómetros que recorrer.

A cada instante podía aparecer el temible Ling-Soo.

También pensaba el detective en su amigo Héctor Maine, encerrado en el ataúd.

Súbitamente se detuvo el cortejo y Víctor Gaunt entreabrió discretamente las cortinas de su litera, alcanzando a divisar a Ling-Soo que atravesaba su automóvil en el camino.

¿Habría descubierto el astuto pirata la superchería del demonio blanco?

Víctor Gaunt bajó de su litera, y con acento plañidero dijo al osado individuo que detenía el funeral:

—¿Sabes tú que sólo un espíritu malvado puede atreverse a detener el paso de un difunto que va a reunirse con sus antepasados?

—Algunos temen más que a los espíritus al gran Ling-Soo —replicó con insolencia el pirata.

El doliente retrocedió, fingiendo indecible temor.

—Usted es Ling-Soo —balbuceó Gaunt, amedrentado—; lo ignoraba. ¿Qué servicio puede prestar este humilde sujeto a tan gran personaje?

—Basta de farásas —gritó Ling-Soo—; tú eres Víctor Gaunt, y este funeral es un embuste bien urdido. Mis espías te han delatado.

El detective supo mantener la calma impenetrable de un oriental.

—¿Es posible que usted no tenga compasión de un pobre hijo que llora la muerte de su padre? —exclamó el falso doliente—.

¿No teme la venganza de sus antepasados?

Ling-Soo clavó sus miradas en los ojos de Gaunt y éste sostuvo la prueba con esforzada valentía.

—No temo ni a los hombres ni a los espíritus —declaró el pirata—. ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes?

Víctor Gaunt refirió a Ling-Soo una larga historia, dió nombres, ciudades, etc., hasta que Ling-Soo pareció satisfecho con dichas explicaciones.

—Está bien —dijo por fin el jefe de los piratas—. Te doy ex-



La procesión formada por trescientos hombres, salió de Chang-Ku. cusas y que tu santo padre entre al reino de los antepasados con toda felicidad.

De inmediato el cortejo siguió su lenta marcha entre cantos y llantos de ritual.

Ling-Soo, colocado a la vera del camino, examinaba a cada uno de los acompañantes del funeral, a fin de descubrir si iba entre ellos el demonio extranjero.

Al paso del pesado sarcófago surgió en la mente de Ling-Soo una idea reveladora:

“¿Si el muerto que va dentro del ataúd fuera Héctor Maine, quien no puede caminar a causa de los formentos que yo le infligí?”

De pronto el pirata descubrió entre los acompañantes del funeral a uno de sus afiliados, y le hizo señas para que se aproximara.

—¿Has advertido algo que despierte tus sospechas en este funeral? —preguntó el jefe.

—No, Gran Uno —respondió el súbdito de Ling-Soo—. He concurrido a otros funerales y nada tiene de extraño que un rico mandarín organice un pomposo entierro.

—Estás ciego, entonces —replicó Ling-Soo—. Voy a darte una carta para Chang-Lu, quien se encuentra emboscado a cinco kilómetros de aquí.

Ling-Soo escribió rápidamente un jeroglífico chino, el cual, traducido a nuestro idioma, significaba lo siguiente:

"Sospecho que el doliente principal es Víctor Gaunt y que Héctor Maine va dentro del ataúd. No dejes pasar el cortejo sin abrir el ataúd.—LING-SOO."

El bandido cerró y lacró el sobre y lo depositó en manos del afiliado.

El funeral proseguía su lentísima marcha. Víctor Gaunt se impacientaba cada vez más pensando en que Maine podría asfixiarse.

Ya estaban a medio camino de Hankow cuando sobrevino un nuevo paro en la procesión. Los cargadores deslizaron suavemente a tierra la litera en que viajaba Gaunt.

Cuarenta hombres armados se alineaban a ambos lados del con-



—¡Que todas las maldiciones del cielo caigan sobre ustedes —gritaba el disfrazado Víctor Gaunt.

voy, aguardando los órdenes de Chang-Lu. El lugarteniente de Ling-Soo leía en ese momento la misiva de su jefe.

Victor Gaunt comprendió en el acto lo ocurrido. Ling-Soo, aun sospechoso, ordenaba a Chang-Lu que detuviera el funeral.

Conservando su impenetrable serenidad, el doliente de la blanca túnica dejó que Chang-Lu se acercara a su litera.

—Mi amo, el gran Ling-Soo —dijo Chang-Lu—, me ordena que abra el ataúd. Si no obedeces, lo abriremos por la fuerza y todo aquel que resista será ultimado.

El detective salió de la litera y con evidente furia e indignación gritó desesperado:

—¿Qué crimen ha cometido mi ilustre padre para que no se le permita descansar en paz? Tú exiges que se abra el ataúd, y, como la fuerza está de tu parte, yo obedezco. Que bajen el ataúd del catafalco.

Los cargadores descendieron el ataúd con manos temblorosas y sobrecogidos de terror ante tal profanación.

—Aquí está el ataúd de mi augusto padre —prosiguió enardecido Gaunt—. Abranlo ustedes, perros, chacales, hienas, monstruos inhumanos. . . Contemplan el rostro del difunto y que todas las maldiciones del cielo caigan sobre vosotros y sobre vuestros hijos hasta la décima generación. Abrid el ataúd, cobardes.

Los piratas retrocedieron aterrados, mientras Gaunt les maldecía. Chang-Lu dió un paso adelante para abrir la caja mortuoria, y en seguida, como si manos invisibles le sujetaran, exclamó:

—Vuelvan a colocar al muerto en el catafalco. Preferiría morir cien veces antes que tocarlo. Prosigan su marcha.

Los piratas se alejaron, como fugitivos, mientras Gaunt volvía a subir a su litera.

Por fin llegó la procesión funeraria a la ciudad y se detuvo frente a la tienda de tapices persas del comerciante Tai-Wang.

En el segundo piso de esa casa Víctor Gaunt tenía su cuartel general, porque sabía que podía confiar plenamente en la lealtad de Tai-Wang.

Avisado el comerciante de la llegada de Gaunt y Maine, ya tenía todo preparado para recibir al falso difunto.

Como es de usanza en los países de Oriente, el difunto recibe homenajes de sus deudos y amigos en una casa particular y de ahí siguen al cementerio.

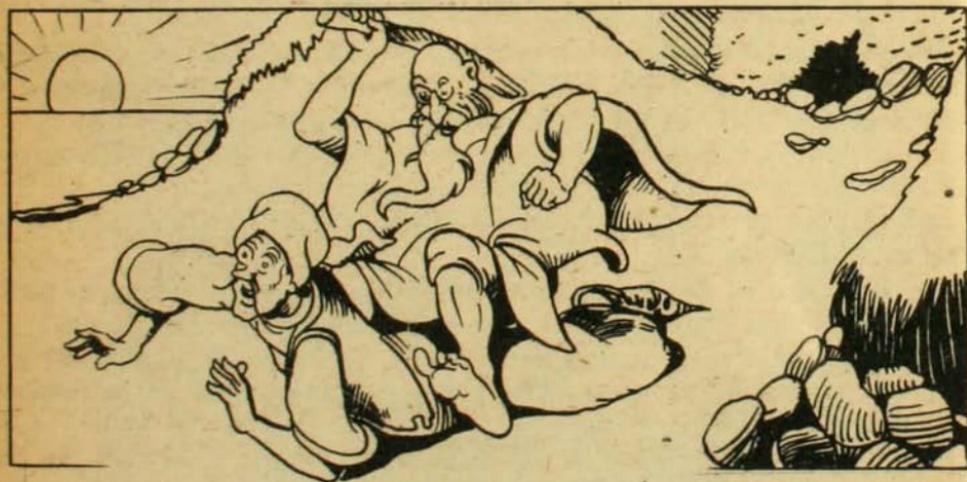
(CONTINUARA)



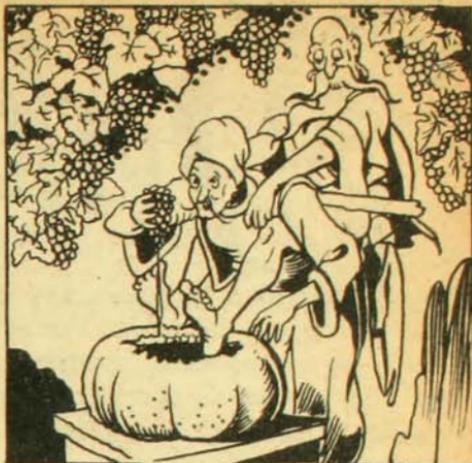
Las mil y una noches

CAPITULO V. EL VIEJO DEL MAR

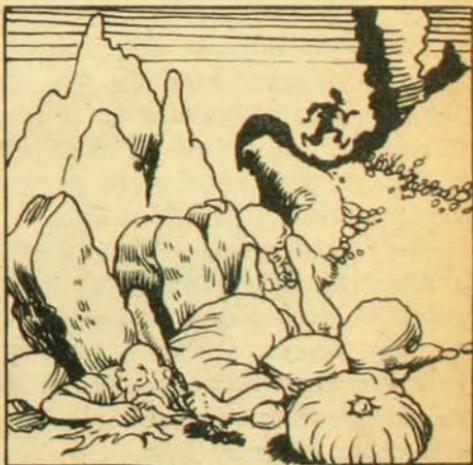
1. Los tres hombres del velero que me salvó desembarcaron en una playa desierta y pusieron a cocer un huevo de rok. “—¡Cuidado! —les grité—, allá vienen esas feroces aves.” Me escondí en una cueva subterránea y desde allí oía los alaridos de mis compañeros que fueron devorados por los roks. Me dormí hasta el día siguiente, y cuando desperté vi ante mí a un anciano barbudo y ataviado con un manto verde mar. .



2. “—¿En qué puedo servirle, noble anciano?” pregunté por cortesía. “—Te ruego que me cargues sobre tus espaldas, hijo mío, para atravesar el arroyo. Quiero coger las frutas de aquel vergel, pero uno de mis pies está herido.” Yo le cargué sobre mis espaldas y el pícaro viejo comenzó a golpearme como si fuera un burro de carga. Además, me pegaba con sus pies en una forma por demás salvaje.



3. Al ver tanta maldad, yo me tendí en el suelo y no quise continuar cargando al viejo, aunque llovieran sobre mis espaldas los garrotazos más fuertes. “—Mira, pícaro Simbad —me dijo el Viejo del Mar—, si consientes en llevarme unos cien metros más, te dejaré comer todas las uvas de mis viñedos.” Esta esclavitud duró muchos días. El viejo siempre estaba colocandó su mano sobre mi hombro en señal de vasallaje.



4. Por fin un día pensé que podría librarme de él emborrachándole con jugo de uva fermentada. Cogí una calabaza y exprimí varios racimos. “—¿Qué estás haciendo, Simbad?”, preguntó el Viejo del Mar. “—Algo muy rico”, dije yo socarronamente. Entonces el viejo empinó la calabaza y bebió toda la chicha, hasta que quedó completamente borracho. Yo emprendí la fuga y espero no volver a ver más a ese viejo hostigoso.

(CONTINUARA)



Mucho afectó a Albuino, rey de Verona, la muerte de su excelente consejero Bertoldo. Por si no lo sabéis, os diré que este Bertoldo era un aldeano monstruosamente feo, jorobeta y chato, el cual, cierto día, se metió de rondón en la corte, y ya no salió de ella hasta el fin de sus días, pues, como estaba dotado de un sentido común maravilloso, se ganó en seguida la voluntad del monarca, que desde entonces ya no pudo prescindir de él, lo mismo para las distracciones del espíritu que para los graves asuntos del gobierno.

De ahí que Albuino lamentase sin cesar la desaparición de Bertoldo.

“¿Cómo he de arreglarme ahora —pensaba—, sin tener a mi lado a quien tan acertados y oportunos consejos sabía darme? ¡Oh, si Bertoldo hubiese dejado un hijo!... Porque estoy seguro de que un descendiente de tan grande ingenio no podría dejar de ser también un profundo talento...”

Pensando así, llamó al escribano que había redactado el testamento de Bertoldo, para preguntarle si en él hacía mención de algún pariente del difunto.

—En efecto, señor —dijo el escribano—; en el testamento se cita a Marcolfa y a Bertoldino, esposa e hijo de Bertoldo, quienes residen en una aldea situada a varias leguas de esta ciudad.

El rey dió un grito de alegría al escuchar estas palabras. Y al instante ordenó a uno de sus más fieles caballeros, llamado Herminio, que en compañía de algunos soldados saliese en busca de Marcolfa y de su hijo.

Cuando Herminio y sus hombres llegaron a la aldea mencionada en el testamento, miraron alrededor, y al ver sentada a la puerta de una miserable choza a una mujer de nariz aplastada, ojos pequeños, boca grande y cabello mitad amarillo y mitad negro, todos pensaron a un mismo tiempo:

“Aquí está la digna viuda de Bertoldo.”

Herminio se apeó, y, haciendo una gran reverencia, preguntó a la mujer:

—Hermosa dama, ¿sois por ventura la señora Marcolfa?

Marcolfa, pues era ella, se puso de pie dejando rodar por el suelo las coles que preparaba para la cena, y dijo:

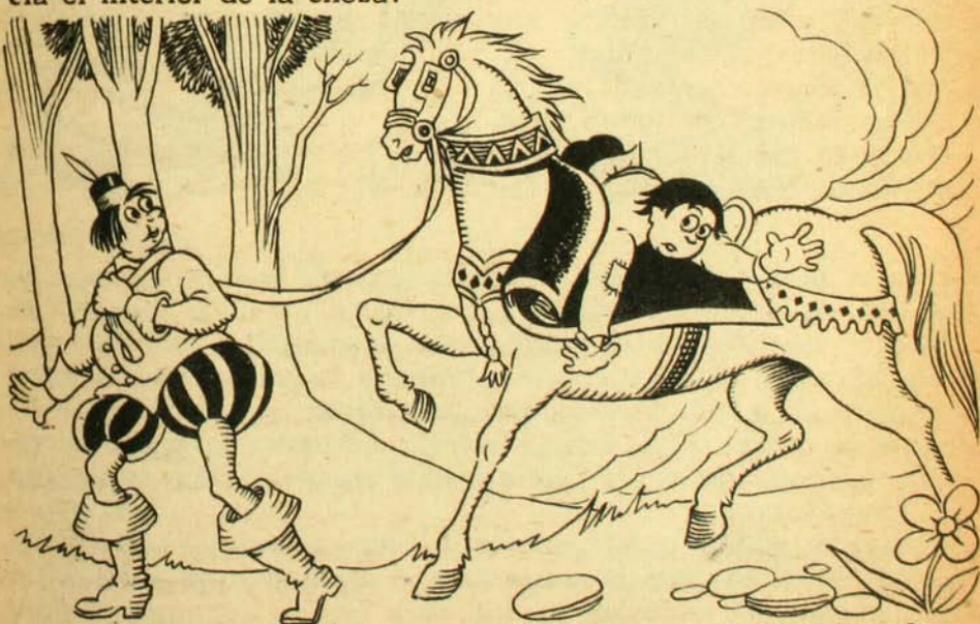
—Soy Marcolfa, sí; y os advierto, caballero, que estoy casada. De modo que si venís a pretender mi mano, habéis perdido el tiempo.

Herminio apretó los labios para no reírse, al oír la respuesta de aquella feísima mujer.

—¡Oh! —dijo al fin—. ¿Cómo había de atreverme a poner mis ojos en tan elevada dama? Os juro que no soy tan osado... Pero, con gran dolor de mi corazón, debo deciros que "ya" no estáis casada. Vuestro digno esposo, el inmenso Bertoldo, ha reventado, quiero decir, ha muerto de un empacho de codornices.

—Yo siempre dije —replicó Marcolfa— que mi esposo había de tener mucha suerte. Bueno; entonces, ¿qué queréis de mí?

Herminio le explicó el encargo que llevaba del rey, y Marcolfa, contentísima por verse llamada a la corte, dió grandes voces hacia el interior de la choza:

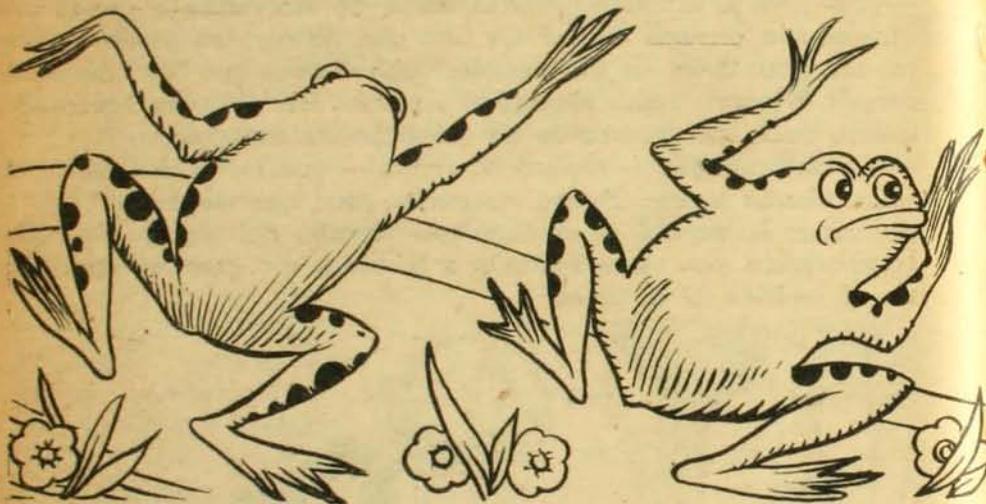


...de modo que las piernas le colgaban por un lado y la cabeza por el otro.

—¡Bertoldino, Bertoldino! Ven, precioso, que nos vamos a comer codornices al palacio del señor rey.

En el umbral apareció entonces un muchacho pelirrojo, de ojos hundidos, nariz ganchuda, orejas enormes, dientes desiguales, y pestañas largas y recias como cerdas. Marcolfa, agarrándolo de la mano, se lo presentó a Herminio, diciendo:

—Aquí tenéis a mi hijo. ¿Verdad que es una monada, señor? Bertoldino, que nunca había visto caballos, se espantó ante los que llevaban Herminio y sus hombres, y trató de huir al interior de la choza. Gran trabajo costó contenerle, pero mucho más con-



—Podéis contarlas: ahí van, ahí van...

vencerle de que debía dejarse conducir hasta la corte en uno de aquellos monstruos de cuatro patas. Como no hubo manera de conseguir que abriese las piernas para acomodarlo sobre la montura, Herminio lo agarró por la cintura y lo colocó cual si fuese una bolsa de grano, de modo que las piernas le colgaban por un lado y la cabeza por el otro. Marcolfa cabalgó a la grupa de un soldado, y así llegaron a la corte de Verona la viuda y el hijo del gran Bertoldo.

Albuino los recibió cariñosamente, les dió ropas lujosas y les señaló para morada una hermosa casa. A Bertoldino le entregó un gran puñado de monedas de oro, para que se comprase los juguetes que quisiera. Pero ocurrió que apenas el muchacho y su madre se instalaron en la casa, aquél oyó que las ranas que ha-

bía en una charca vecina croaban, como croan en todas partes las ranas: “Cuaj, cuaj; cuaj, cuaj...”

Y creyendo que le decían: “Cuatro, cuatro; cuatro, cuatro”, salió corriendo en dirección a la charca y empezó a tirar al agua sus monedas, diciendo:

—¿Quién os ha dicho que no tengo más que cuatro, bicharracas del demonio? Tengo más, muchas más. Podéis contarlas: ahí van, ahí van...

Y cuando hubo tirado las monedas se volvió a casa muy ufano. En eso vió que en el corral estaba una pata empollando sus



huevo, y en el acto la echó del nido y se puso él mismo a incubar.

Naturalmente, los huevos se rompieron con el peso del estúpido muchacho, y al advertir éste que tenía manchados los fondillos de los calzones, echó a correr hacia su casa, donde la buena Marcolfa le propinó una buena azotaina al tiempo que le decía: —¡Toma, toma! ¿Cómo he de decirte que hay que ser bueno con los animales?

—¡Entonces, madre —exclamó Bertoldino—, sé buena tú conmigo! Te prometo que desde ahora los trataré con toda clase de consideraciones.

Al día siguiente, Bertoldino vió que una bandada de grullas bajaba a beber al abrevadero del ganado, y compadecido de aque-

llas aves, por verlas hundir sus largos picos en unas aguas tan sucias, bajó a la bodega, tomó un barril de cierto delicioso vino que el rey había regalado a Marcolfa, y lo vació en el abrevadero. Cuando las grullas volvieron a beber, lo hicieron con tal entusiasmo que no tardaron en rodar por tierra completamente borrachas.

Bertoldino, que las había estado espiondo, al verlas caídas se acercó a ellas, y una por una las colgó del cinturón, con el propósito de ir a mostrar a su madre lo bien que sabía tratar a los animales.

Por el camino, las grullas empezaron a salir de su sopor y, al sentirse sujetas, dieron en agitar las alas, de modo que no tardaron en elevarse arrastrando en su vuelo a Bertoldino, quien, al verse por los aires, comenzó a llamar gózoso a su madre, diciendo: —¿Ves, madre? Estoy aprendiendo a ser pájaro, y pronto sabré volar solo.

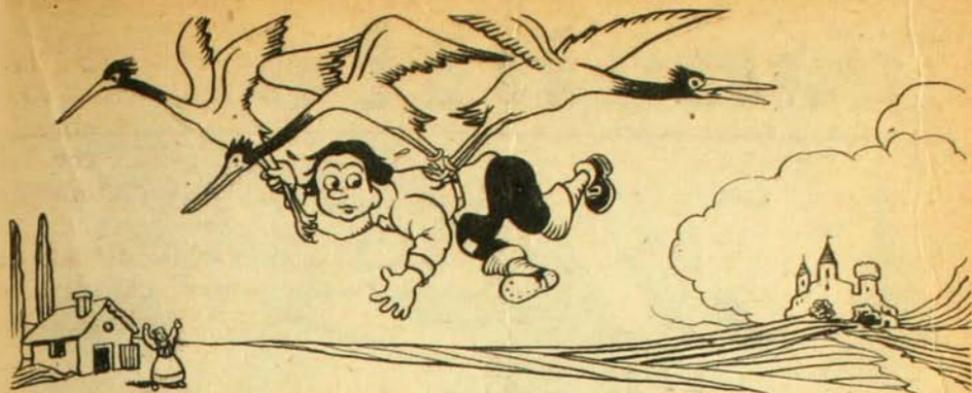
Apenas acabó de decir esta estupidez, cuando el cinturón se rompió a causa del forcejeo que hacían las aves, y el bueno de Bertoldino, dando volteretas, fué a caer en un estanque lleno de agua, sin más consecuencias que el natural remojón.

Para secarse, Bertoldino quitóse la ropa y se tendió al sol, sobre la hierba de un prado. Inmediatamente se vió acometido por una nube de moscas; pero como era muy ingenioso, arrancó un puñado de juncos y con toda su fuerza empezó a golpearse las piernas, las espaldas y la cabeza. Al rato quedó cubierto de cardenales, pero las pícaras moscas murieron a cientos.

El rey, a cuyos oídos llegaron éstas y otras parecidas hazañas del hijo de Bertoldo, quiso escucharlas de labios del muchacho y lo hizo conducir a su presencia. Tanto Albuino como su esposa se desternillaron de risa escuchando las barrabasadas y las necedades de Bertoldino, a quien sentaron a su mesa y le hicieron comer y beber hasta que no pudo más. Conducido a su casa en un coche del palacio, porque las piernas se negaban a sostenerlo, la buena Marcolfa lo recibió en sus brazos, encantada de la distinción que los reyes le habían dispensado, y al preguntarle qué cosa le había gustado más de cuantas había visto en la corte, él contestó sin titubear:

—Lo que más me gustó, lo mejor que hay en el palacio, es la olla de la cocina.

Al día siguiente, Bertoldino salió a pasear por la huerta. Segú-



...no tardaron en elevarse arrastrando en su vuelo a Bertoldino. su costumbre, iba hablando en voz alta, y al observar que allí cerca estaba el burro del hortelano, se le antojó que prestaba demasiada atención a lo que él decía; así que volvió corriendo a casa, agarró unas grandes tijeras y, regresando al lado del jumento, le cortó las orejas.

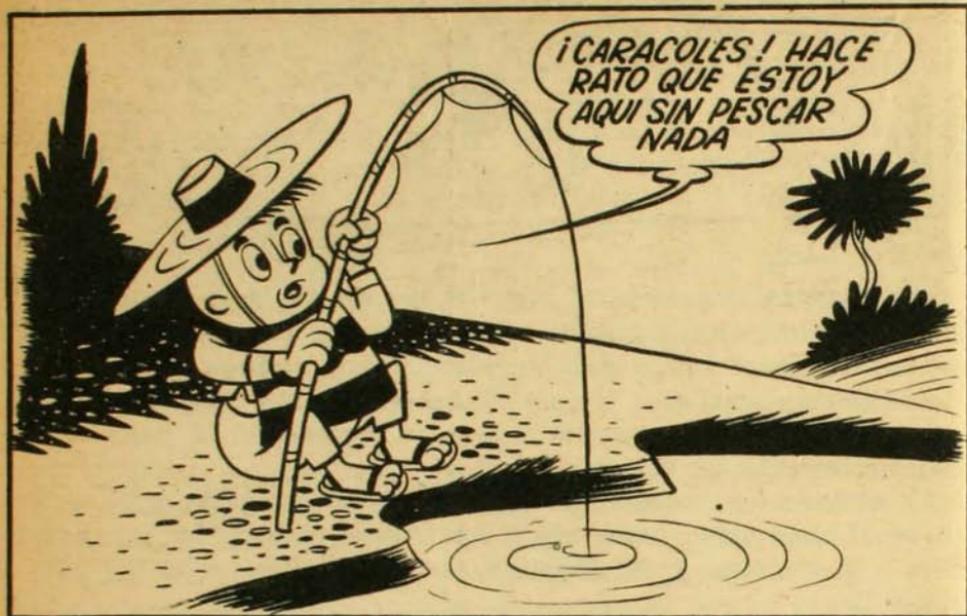
El hortelano, en cuanto se enteró de aquel atropello, puso el grito en el cielo y fué corriendo a contarle lo ocurrido al rey. Llamó éste a Bertoldino y le preguntó por qué había hecho tal barbaridad.

—La hice —contestó Bertoldino— porque el burro es un indiscreto, que no hace más que estirar las orejas para escuchar lo que yo digo cuando paso a su lado. Pero no hay nada perdido, porque guardo las orejas, y, si quieren, se las pegaré con engrudo...

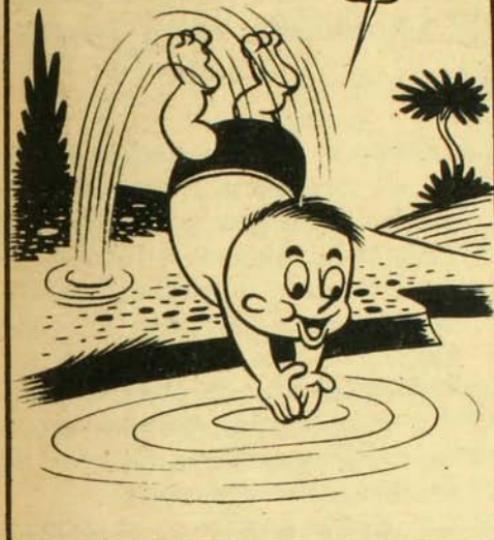
El rey celebró con una carcajada esta nueva ocurrencia de su protegido, y pagó al hortelano el precio íntegro del burro, es decir, con orejas y todo. Y la cosa habría quedado así, si no fuese que Marcolfa, enterada de la nueva fechoría de su hijo, y queriendo poner fin a la violenta situación en que se hallaba en la corte por causa de éste, no hubiera acudido a Albuino para rogarle que le permitiese regresar con Bertoldino a su aldea. El rey, compadecido, accedió a su pedido y la colmó de regalos que le permitirían vivir sin privaciones hasta el fin de sus días.

Y se cuenta que pasados algunos años, Bertoldino adquirió la sensatez de que carecía en sus años juveniles, y hasta se asegura que llegó a casarse con una hermosa joven, a la que hizo tan dichosa como puede serlo la esposa de un aldeano trabajador y honrado.

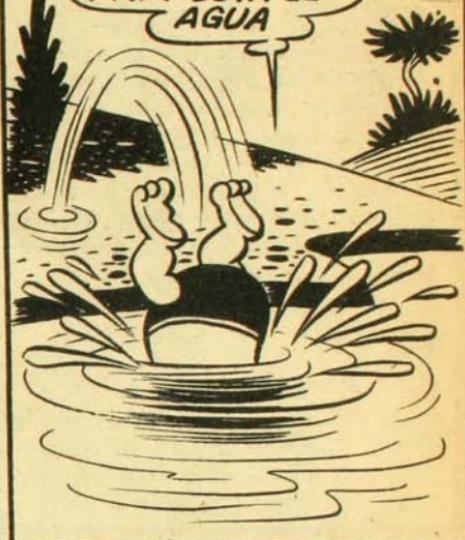
Ponchito



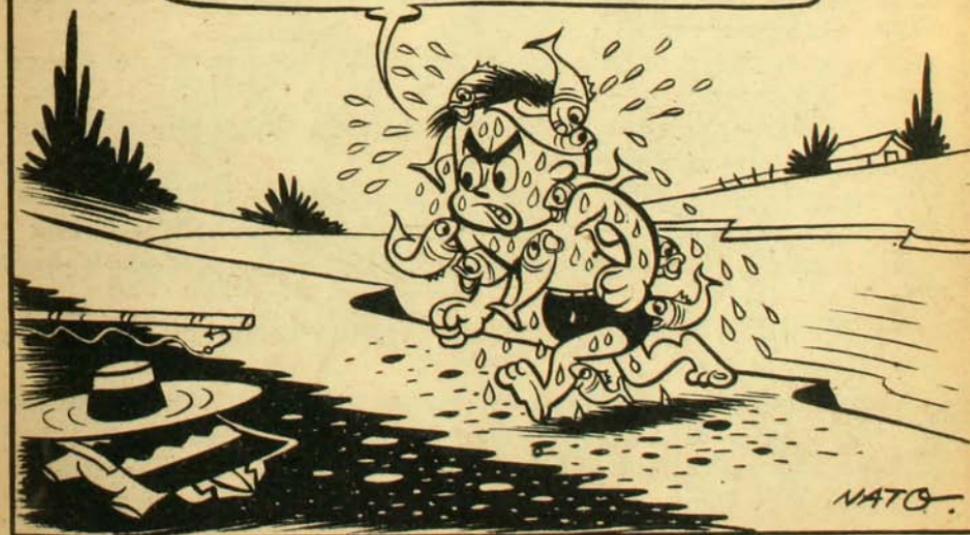
¡ AL AGUA PATOS!



¡ GRRRR! QUE FRIA ESTÁ EL AGUA



¡ MALDITO RIO! NO SIRVE NI PARA BANARSE, ESTÁ LLENO DE PECES





María Gloria



RESUMEN: Jaime Daver llega con su hija María Gloria a la aldea de Santa Clara y se hospeda en el hotel "Caballo Blanco". Durante la noche muere Jaime Daver, y su hija queda desamparada. El juez del lugar decide enviar a la huérfana a un orfanato, pero la gitana Zoraida, de oficio confitera, adopta a María Gloria. Después de seis meses la linda niña se encuentra feliz en el carricoche de Zoraida y de su hijo Juan Manuel. Traba amistad con los artistas de un circo y ayuda en la tienda de confites de su madre adoptiva. Tres años después, una dama elegante es atraída al quiosco de Zoraida por la belleza de María Gloria.

CAPITULO IV.— Hilda desea adoptar a María Gloria.

—Parece que a usted le molesta mi presencia —expresó por fin la dama que compraba confites en el quiosco gitano—. Yo también soy una cliente. Déme un kilo de cada clase de confites...

—Un kilo... —repitió Zoraida, más y más persuadida de que esa mujer era loca—. Le costará mucho dinero.

La dama sonrió y extrajo de su bolso dos billetes de mil pesos.

—Páguese de todo —dijo en seguida—. Yo sé que los confites cuestan caro hoy día.

Zoraida escribía la cuenta mientras María Gloria hacía los paquetes.

—Aquí los tiene, señora —declaró Zoraida, entregando la mercadería y lo que restaba del dinero.

La dama miró el enorme paquete y siempre sonriendo murmuró: —Es muy pesado para mí. Daré una vuelta por el balneario y volveré con mi chófer. Hasta pronto, señora, hasta pronto, linda niñita.

Era ya hora de almorzar y Zoraida pensaba cerrar el quiosco para abrirlo en la tarde.

—Tengo reservada una mesa en el restaurante de la playa, mamá —dijo Juan Manuel, que llegaba en ese momento al quiosco—. Apresúrense, porque hay mucha gente.

—No podemos salir, hijo mío —replicó Zoraida—, porque tenemos que esperar a una dama muy original que ha de venir con

su chófer en busca de un gran paquete. Hace dos horas que estuvo aquí.

La gitana refirió a su hijo la extraña actitud de la cliente y su admiración por María Gloria.

—No es la primera que se extasía con la belleza de mi hermanita, ni será la última —sonrió Juan Manuel—. Ahí viene la dama con su chófer.

La desconocida comenzó por excusar su tardanza manifestando que ella era intencional.

—Quería encontrar a usted libre de clientes —agregó, dirigiéndose a Zoraida.

La gitana iba a decir que era hora de almorzar, pero Juan Manuel la detuvo.

—Es un honor para nosotros, señora —dijo el galante muchacho—. ¿En qué podemos servirla?

—Les hablaré con franqueza —expresó la dama—. Estoy prendada de la distinción y encanto de esta niñita rubia y como sé que no tiene a nadie en el mundo...

—Perdón, señora —interrumpió la vehemente gitana—. Yo la adopté y la considero mi verdadera hija.

—Excúseme —prosiguió la dama—. Al conocer la situación real de María Gloria, pensé que tal vez usted pudiera cedérmela...



—A María Gloria la considero como mi verdadera hija —dijo Zoraida.

—Yo no soy mercadería —protestó María Gloria.

—Me llamo Hilda de Beral —continuó la señora, sin advertir la protesta de María Gloria—. Poseo gran fortuna; soy viuda y sin hijos. Si yo adoptara a esta niñita la haría mi heredera. Su suerte quedaría asegurada.

Zoraida estaba pálida como una muerta, Juan Manuel apretaba las mandíbulas como para morder y María Gloria fruncía el ceño fastidiada y molesta.

—Señora —dijo María Gloria, tras un trágico silencio—, yo no abandonaré a mi querida madre y protectora, a quien debo todo. Tampoco quiero dejar a mi hermano Juan Manuel. Deseo quedarme con las personas que amo, con mi familia...

—Si es así —declaró la señora Beral—, tengo que respetar vuestra voluntad. María Gloria, no te ofendas con mi proposición, y ve en ella una prueba del interés que tengo por ti.

Creyendo que la entrevista estaba terminada, Zoraida y sus hijos se dispusieron a cerrar el quiosco, pero la testaruda Hilda de Beral preguntó:

—¿Permanecerán ustedes algunos días en este balneario?

—Hasta el fin de la semana.

—¿Me permiten invitarles a mi villa? —insistió la dama—. Mi chófer vendrá a buscarles mañana a las cuatro de la tarde. Tomarán el té conmigo. Deseo que mi amiguita María Gloria conozca mi casa...

Zoraida y sus hijos callaban.

—Si no aceptáis, creeré que os he ofendido y sentiré mucha pena —expresó Hilda de Beral.

Zoraida cambió una mirada con Juan Manuel y María Gloria y respondió:

—Tendremos sumo placer en aceptar su graciosa invitación, señora.

Cuando quedaron solos, Juan Manuel murmuró:

—Gracias.

—Qué idea tan ingenua la de esa señora rica... Querernos quitar a María Gloria bajo el pretexto de que la hará su heredera...

—Por suerte la niña la puso en su lugar y le declaró que prefería vivir con nosotros aunque fuéramos pobres —observó Zoraida.

—Nosotros no somos pobres, mamacita —protestó María Gloria—. Por el contrario, somos muy afortunados, porque mientras ella se aburre en su castillo y anda en busca de distracciones,



Una tormenta cogió de improviso a los gitanos.

nosotros siempre estamos felices, como los gitanillos de la canción. . .

El automóvil de la señora Beral les condujo a las cuatro en punto a una magnífica villa situada a dos kilómetros del balneario.

Hilda recibió a sus invitados con gran amabilidad. La mesa del té lucía una profusión de pasteles, tortas y emparedados que hicieron las delicias de Juan Manuel y María Gloria.

—Comprendo —decía Hilda— que a esta chica le agrada la vida nómada y plena de imprevistos. En cambio, la mía es monótona y solitaria.

—Siendo tan rica podría usted adoptar a otra niña —insinuó Zoraida—. Hay tantas que sufren hambre y miseria.

—Pero a mí me gustaba María Gloria. . .

Como volviera sobre su proyectada adopción, Zoraida resolvió partir rechazando el ofrecimiento del automóvil.

Iban a medio camino entre la villa y la ciudad cuando sobrevino una tormenta con lluvia torrencial.

—¿Y si volviéramos a la villa? —preguntó María Gloria—. Mami está algo resfriada.

—No, no —declaró la gitana—. Llegando a nuestro carro cambiaré mi ropa. Tenemos que partir mañana y hay mucho que arreglar.



—Juan Manuel, yo creo que mamá está muy enferma —dijo María Gloria.

Una hora después Zoraida, agitada por la fiebre, gemía y se asfixiaba.

—Tengo un dolor muy agudo en la espalda —decía la gitana—. Como si me clavarán un puñal.

María Gloria sacó del botiquín de remedios un sinapismo y lo aplicó al costado de la gitana.

—Qué buena enfermera es mi hijita —decía Zoraida, en medio de su dolor—. Ya sufro menos.

La noche transcurrió entre angustias. Era evidente que Zoraida sufría atrozmente y que le fallaba la respiración.

Apenas despuntó el día, Juan Manuel salió del carromato en busca de un médico.

—Neumonía —fué el diagnóstico del facultativo.

Una tarde la gitana dijo a María Gloria:

—Ve con tu hermano al restaurante. Estoy cansada. Prefiero acostarme.

—¿Estás enferma, madrecita?

—preguntó María Gloria—. Te veo muy pálida.

—Llamaremos al médico —declaró Juan Manuel.

—No digas tonterías —protestó Zoraida—. Salgan pronto y diviértanse. Mañana, si quieren, buscarán a un médico. Ahora deseo dormir.

Juan Manuel y María Gloria caminaban pensativos y cavilosos.

—Mamá no se siente bien —dijo Juan Manuel—. Me inquieta su salud.

—Comeremos apresuradamente y regresaremos —indicó María Gloria.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



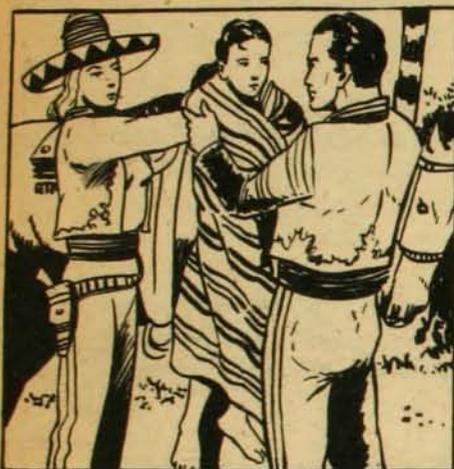
¿Puede decirnos de cuántos huesos se compone el cráneo? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 6 lápices automáticos; 3 lapiceros fuente, 3 álbumes pirograbados, 3 billeteras, 4 libretas apunte con cubierta pirograbada, 1 tambor, 10 paquetes de Vitalmín, 5 juegos de pimpón, 5 carpetas de esquelas y 10 libros de cuentos infantiles.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 67.

El arpa tiene 47 cuerdas.

Premiados con UNA CARPETA DE ESQUELAS: Sigifredo Celedón, Talca; Margarita Toledo, Santiago; Rita Morales, Valparaíso; Osvaldo Rodríguez, Santiago; Sergio González, La Serena; Silvia Vera, Chañaral; Marcos Rojas, Valparaíso; Camilo Carrasco, Santiago; Miguel Sanhueza, Talcahuano; Hilda Rojas, Coronel. UN JUEGO PIMPON: María Ubilla, Curicó; Narciso Estrada, Quillota; David Murillo, Concepción; Haydée Hormazábal, San Fernando; Eugenio Ugarte, Talca. UNA CAJA CONSTRUCCION: Ismael Araneda, Melipilla; Guillermo Fernández, Santiago; Sergio Cerda, Coquimbo; Guillermo Godoy, Viña del Mar; Eduardo Ibáñez, Santiago. UN JUEGO DOMINO: Ruth Monasterio, Santiago; Mónica Flores, Concepción; Alberto Peralta, Ovalle; Isabel Castro, Victoria; Mirna Rojas, La Serena. UN CINTURON PARA NIÑO: Carlos García, Santiago; Sergio Lira, Viña del Mar; Raúl Jeria, Santiago; Gloria Novoa, Los Angeles; Lidia Díaz, Santiago. UN PAQUETE VITALMIN: Fresia Hevia, Parral; Orlando Mosquera, Angol; Matilde Ojeda, Santiago; Hernán Castillo, Valparaíso; Teresa Lavín, Concepción; Rubén Mora, La Unión; Clemencia Pineda, Viña del Mar; María Sanhueza, Santiago; Eugenia Silva, Talcahuano; Pablo Navarrete, Constitución. UN LIBRO DE CUENTOS INFANTILES: Sergio Pizarro, Santiago; Aurora Reyes, Temuco; Tomasa Velásquez, Viña del Mar; Juan Rojo, Talca; Ramón Ortega, Concepción; Patricio Alvarez, Santiago; Juan Espinoza, Curicó; Víctor Arenas, Chimbarongo; Jorge Reyes, Talcahuano, y Violeta Cortés, Los Angeles.

LA FLECHA



CAPITULO II. HISTORIA DE ALIKA

1. Teddy Bill y su esposa Olivia se habían establecido en México. Una tarde Olivia encontró en las montañas a la indiecita Alika, que estaba loca de miedo, porque la habían amenazado de muerte. Olivia la trajo a su rancho, la acostó en su cama y le dió alimento. La niña dijo llamarse Alika, pero no quiso dar mayores indicaciones.



2. Al día siguiente, Teddy Bill envió a su peón Juan a investigar sobre la identidad de Alika, quien no respondía a sus preguntas. El viejo Juan interrogó a los habitantes del villorrio. Algunos retrocedían atemorizados al oír el nombre de Alika, y otros murmuraban: "—Quien la cobije tendrá que sufrir muchas penurias."

DEL SOL



3. Por fin uno de los rancheros dijo al peón Juan: "—El padre de Alika era un gran jefe que provocó la envidia de las tribus vecinas. Un día, mientras cazaba, silbó una flecha y le atravesó el corazón. Su cuerpo fué expuesto en la cima de una colina, sujeto a un caballo. Alika, su hija, recibió como insignia del poder una flecha de oro."



4. "El cacique, su padre, le había dicho: "—Mientras guardes esta flecha serás poderosa." Pero —siguió el ranchero— los que mataron al gran cacique continuaron persiguiendo a su pobre hija Alika. Estos son los feroces indios, amigos de contrabandistas y ladrones. Ellos odian a la niña Alika, y sin duda han querido matarla."

(CONTINUARÁ)

AKYRA

CAPITULO VIII.—Los subterráneos secretos

Akyra, la doncella árabe salvada por el capitán Omar, y Alí, ayudante del capitán, tratan de conducir a tierra al valiente Omar, quien fué herido por el tirano Ben-Kasen. Tras de varias proezas logran bajar a tierra, y al entrar en la mansión del amigo Buazza la ven rodeada de policías.



—¿Quién es ese hombre? —preguntó un oficial árabe.



El médico entregó una bolsa con oro a los policías.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Quién es ese hombre herido? —preguntó un oficial árabe.

—Es el sobrino del señor Buazza, un pobre marinero que fué golpeado por un a verga —dijo Alí.

—¿Han pagado ustedes los impuestos exigidos por la ley para bajar a tierra? —preguntó el oficial—. Si no los han pagado irán como esclavos a Bufekrane.



—Los guardias han partido más que satisfechos —dijo el médico.

señor Buazza nos dirá dónde colocamos al enfermo.

—Como todo puede esperarse del pérfido Ben-Kasen —declaró Buazza—, voy a conducirlos a un subterráneo que nadie podrá descubrir. Es una guarida secreta de los antiguos contrabandistas.

Encendiendo una antorcha, el buen Buazza acompañó el cortejo. Allí llevaba en brazos a su patrón, el capitán Omar, y le seguían sus fieles ayudantes Amed, Suzi, Famed y la doncella Akyra.

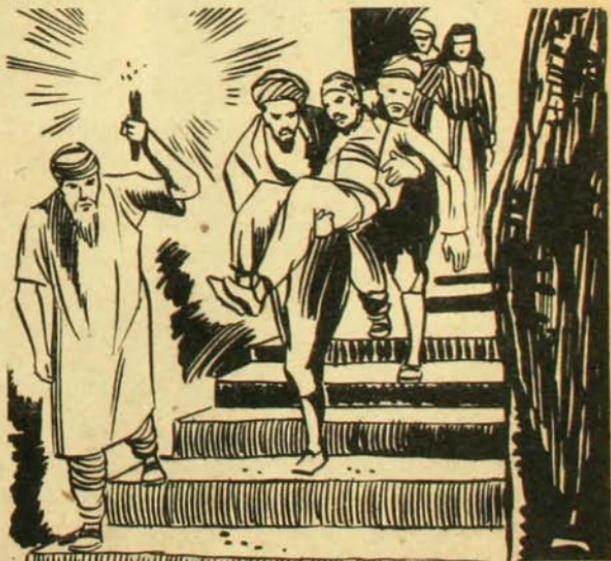
La comitiva descendió por una larga escalera de granito y de allí pasaron a una vieja alcantarilla.

—He descubierto —dijo Buazza— que caminando por estos túneles construidos

—No comprendo esa orden —intervino el médico que había ido en busca de Omar—, pero si ustedes quieren, puedo entregarles esta bolsa con oro. ¿Basta para pagar la deuda del impuesto?

—Basta —declaró el codicioso oficial, retirándose con su tropa.

—Los guardias han partido más que satisfechos —dijo el médico—. Ahora el



El buen Buazza los condujo a un subterráneo secreto.



El médico curó la herida del capitán Omar.



Alí y sus compañeros exploraban los túneles.

bajo el mar, se puede llegar hasta Bufekrane. Doblemos a la izquierda. Allí hay una espaciosa caverna cómodamente amoblada.

El médico comenzó a examinar la profunda herida que la cimitarra del enemigo abrió en la espalda de Omar.

—El herido necesita absoluto reposo —declaró el médico—. Akyra, tú te dedicarás a colocarle compresas de hierbas en la herida y le alimentarás nada más que con leche de cabras. Si no sobreviene fiebre, en ocho

días podremos decir que se ha salvado este noble defensor de nuestras libertades.

Siguieron días amargos para la doncella Akyra, pues Omar estuvo entre la vida y la muerte, a causa de su envenenada plaga. Mientras tanto, Alí, Amed y Suri continuaban explorando los túneles secretos, y un día llegaron tan lejos, que de pronto se hallaron en los suburbios de Bufekrane.

—Por la barba del profeta —exclamó Alí—, algún día podremos entrar a Bufekrane permaneciendo invisibles para sus moradores.

—Hemos descubierto el camino de la libertad —añadió Amed.

(CONTINUARA)



Por LUGOZE

¡PARDIEZ! ¿TODAVÍA ESTAIS
EN ESTO? ¡ME PÍCAN LAS
MANOS POR
DARTE UNA
BUENA
AZOTAINA!



¡LISTO.
HUINCA!



¡OUA!
¡OUA!
¡OUA!

¡AY! ¡POR LOS
MIL DIABLOS!
¡ME PÍCA TODO
EL QUERPOOO!
¡AYAYAYYY!



LUGOZE



Simbad

o 71

EL PEREGRINO DE BUDA



\$ 2.-

LAUTARITO



L.4



Simbad

L GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO II

N.º 71

Precio: \$ 2.—

10-1-1951

EL PEREGRINO de BUDA



CAPITULO I.—En el desierto de Gobi

En el año 618, precisamente cuando el Emperador Tai-Tsong emprendía una serie de batallas para conquistar el imperio chino, un joven monje budista llegaba a Suchuan. Tenía por nombre Yuansú, y, a pesar de sus veinte años, era un sabio que conocía todas las teorías de los filósofos antiguos.

—Busco la luz y la verdad —decía el joven Yuansú— y odio las guerras.

Para instruirse decidió viajar por todos los países del Oriente, interrogar a los sabios y estudiar las doctrinas de Confucio, Laotsé y otros fundadores de sectas religiosas.

Con este fin reunió a otros jóvenes sedientos de sabiduría y les invitó a retirarse en una torre sagrada para meditar sobre aquel viaje que su-



Para instruirse, Yuansú viajó por todas las tierras, en busca de la sabiduría.



Reunió en torno suyo a muchos jóvenes amantes del saber.

Las fronteras de la China estaban cerradas y nadie podía franquearlas sin la autorización del emperador Tai-Tsong. Por esta razón, el joven monje Yuansú debía partir en secreto, ocultándose en el día y caminando de noche.



Yuansú y sus compañeros se retiraron a una torre sagrada con el propósito de meditar.

ponía muchas penurias y peligros. La meditación tuvo sobre sus compañeros un efecto contrario. Uno por uno fueron desertando, hasta que Yuansú quedó solo. Resuelto a cumplir su voto, el joven budista partió hacia las montañas de Kansu. Esta provincia se avanza hasta el famoso desierto de Gobi, que es tan extenso y desamparado como el desierto de Sahara, en Africa.

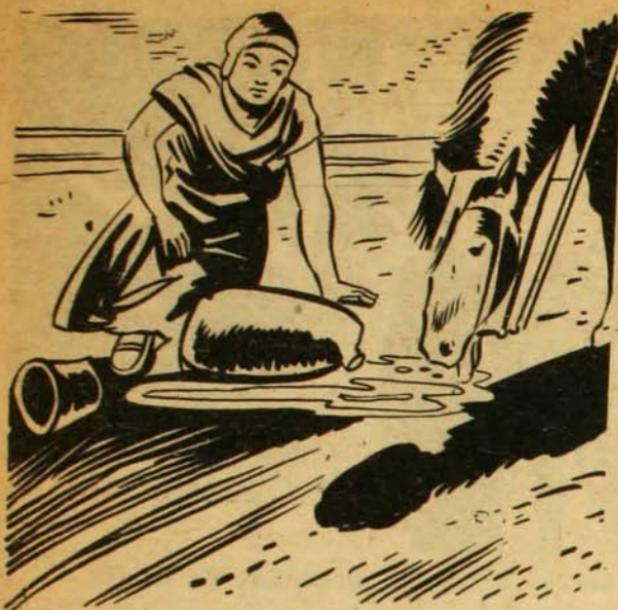


El joven budista partió hacia las montañas de Kánsú.

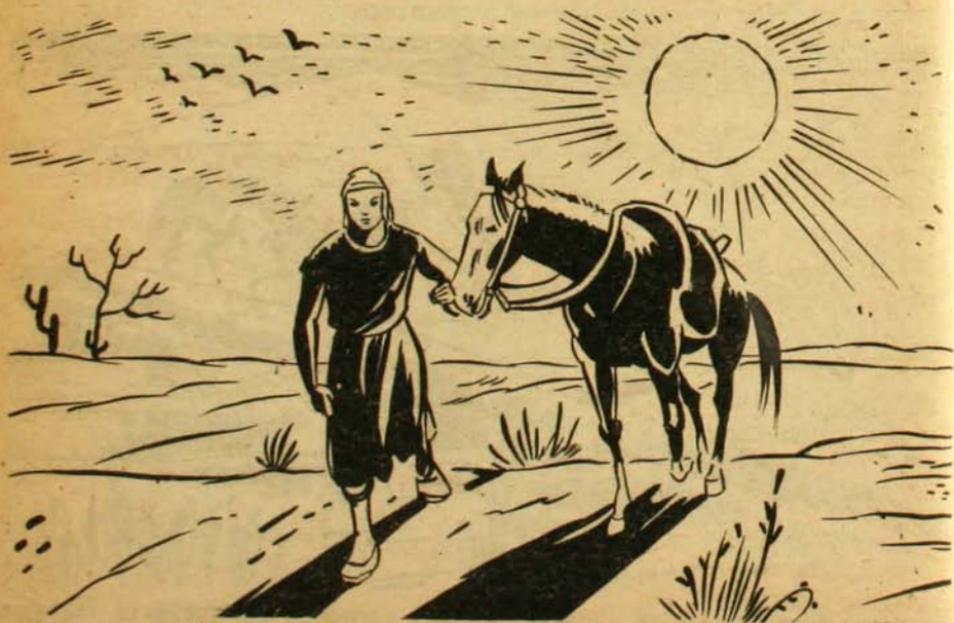
Para seguir la pista de las caravanas, Yuansú comenzó por atravesar el río sobre un árbol colocado de ribera a ribera. Su caballo Mauro iba a paso lento, temeroso de caer al río, inundado de sanguijuelas y otros bichos venenosos.



Yuansú, llevando a su caballo de las riendas, atravesó el río por medio de un tronco de árbol.



El odre se escapó de las manos de Yuansú y toda su provisión de agua se derramó en la ardiente arena.



El joven reanudó su camino a través de la desierta estepa.

Durante cuatro días el viajero avanzó por la candente arena, envalentonando a su corcel, que sólo se alimentaba de cardos y duras cañas de bambú.

Yuansú llevaba un mapa de la región, a fin de poder detenerse en los pozos y llenar de agua su cantimplora. Pero muchas veces esos pozos estaban secos, porque horas antes había pasado una caravana con camellos, caballos y un sinnúmero de gente.



Yuansú, extenuado por la sed y la fatiga, veía maravillosos espejismos.

Advirtiendo que el caballo Mauro jadeaba de calor, Yuansú cogió el odre con agua para darle de beber, pero como el odre era muy pesado, escapó de sus manos y toda la provisión de agua se derramó en la ardiente arena.

El joven monje, desesperado, tuvo la idea de volver a la frontera china, pero en seguida murmuró:

—He jurado cumplir mi voto y no retrocederé. Prefiero morir camino de la India antes que regresar a la China.

Y el joven reanudó su ruta a través de la desierta estepa.

Cuatro días después Yuansú se arrastraba por la arena, en tanto que Mauro, extenuado, caminaba paso a paso.

La vista del viajero se llenaba de espejismos en el desierto. Parecíale ver caravanas de camellos regiamente equipados, árboles frutales, surtidores de agua y exquisitos manjares.

Por fin los ojos de Yuansú se cerraron y, tendido junto a su caballo, esperó la muerte, invocando el nombre de su patrono Buda.

(CONTINUARA)

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 71
Las fases lunares
son.....

EL PIRATA LING-SOO

CAPITULO XVIII.— El monje budista

Al llegar el ataúd, en el cual se encerraba al narcotizado Maine, a casa del comerciante Tai-Wang, Víctor Gaunt bajó de la litera y se arrojó llorando en brazos de Tai-Wang.

—Mi ilustre amigo —murmuró sollozando—, te traigo los restos de mi desventurado padre y te suplico que los admitas en tu casa.

Tai-Wang replicó:

—Que todos los espíritus buenos acompañen a tu padre, mi ilustre amigo.

Los cargadores depositaron el ataúd en el centro de una amplia sala.

Cerradas las puertas, Gaunt y Tai-Wang se apresuraron a trasladar al desmayado Maine al cuarto secreto del detective y llenaron de piedras el ataúd.

Esta maniobra, efectuada con el mayor sigilo, se efectuó en breves momentos, y cuando los cargadores fueron llamados de nuevo, no era Víctor Gaunt quien presidía el duelo, sino Tai-Wang, admirablemente disfrazado del principal doliente. En tanto, Víctor Gaunt, disfrazado de Tai-Wang, quedaba en la puerta de la tienda, despidiendo con gestos amistosos el funeral que se alejaba.

* * *

Héctor Maine paseó sus miradas por la extraña habitación.

—¿Usted es Tai-Wang? —preguntó el enfermo al individuo que se inclinaba sobre su lecho—. ¿Quién me trajo aquí? Lo único que recuerdo es que caí de un avión en Chang-Ku. ¿Dónde está Víctor Gaunt?

RESUMEN: Ya en poder de cuatro pagodas y de las tres cajas de laca, el detective Víctor Gaunt, disfrazado de Ting-Tong, penetra en el castillo secreto de Ling-Soo a fin de salvar a su amigo Héctor Maine. Descubierta por los piratas, se lanza al lago y lleva consigo a su compañero Maine. Descubre en un subterráneo un hidroavión moderno y vuela en él con Héctor Maine. Tras duras peripecias llegan al villorrio de Chang-Ku y visitan al médico amigo Chen-Sung, quien promete ayudarles. Gaunt decide narcotizar al inválido Maine y llevarlo dentro de un ataúd a la ciudad de Hankow. Ling-Soo sospecha la estratagema de Gaunt.

—Hola, viejo... —respondió Gaunt—. ¿Te sientes mejor? Este cuarto tiene murallas blindadas. Lo hice construir especialmente. Puedes hablar con entera confianza.

—Gaunt —exclamó Maine—, esto es simplemente maravilloso. —Y tú eres el cadáver de mi padre —explicó sonriendo Gaunt—. Ya te contaré nuestra odisea. Tai-Wang está presidiendo el entierro de un montón de piedras y la ceremonia durará varias horas.

Victor Gaunt y Héctor Maine disfrutaron de una copiosa cena y charlaron largamente, hasta organizar un plan que les procuraría la posesión de las 7 pagodas.

El detective había colocado el tablero del juego de mah-jong sobre la mesa y con los dados de las tres cajitas de laca resolvía el enigma de las pagodas.

—Ya tengo cinco pagodas en mi poder —decía el detective—. Una de las que faltan está en poder del mandarín chino Chani-Yu y la otra fué enviada al capitán de un junco chino, llamado Fio-Kon. Proyecto ir a casa de Chani-Yu en busca de la sexta pagoda de jasper y oro.



Victor Gaunt tenía en su guardarropia numerosos disfraces.

Con aceite y pinturas el detective transformó su semblante en el de un anciano sacerdote budista, de barba cana. En su guardarrope tenía una colección de trajes y pelucas que le servían para sus múltiples disfraces.

—Nuestra tarea termina en Hankow —terminó diciendo Gaunt—. Pronto emprenderemos viaje al país donde se encuentra el tesoro cuyo secreto encierran las siete pagodas.

Héctor Maine contemplaba asombrado la transformación de su amigo.

—Eres un transformista maravilloso —expresó Maine—. Se diría que has pasado tu vida en un templo de Buda.

—Amigo mío —replicó Gaunt—, cuando se tiene por contendor a Ling-Soo, todo ardid resulta insuficiente.

Y decía verdad el gran detective, pues a esa misma hora había en el restaurante situado frente a la tienda de Tai-Wang dos espías del jefe de los bandidos observando cuanto ocurría en casa del mercader de tapices persas.

El dueño del restaurante, secuaz también de Ling-Soo, vió salir al monje barbudo de casa de Tai-Wang, y moviendo la cabeza murmuró:

—Ese hombre sale de allí, pero juraría por Confucio que no ha entrado ni por puertas ni ventanas.

—¿Usted cree que se trata de alguna astucia del demonio blanco? —preguntó uno de los espías de Ling-Soo.

—A mí me pagan para que mire y no para que piense —replicó el posadero—. Yo he visto salir de la casa de Tai-Wang a un monje budista que nunca vi entrar allí. Si tú quieres, puedes seguir al monje.

El espía llamó a otro de sus compañeros y ambos siguieron los pasos de Víctor Gaunt.

El mandarín Chani-Yu manifestó gran sorpresa cuando le anunciaron la visita de un monje budista.

—¿Puedo hablar con usted sin temor a que me escuchen? —interrogó el falso monje al ilustre mandarín.

—Puede usted hablar —respondió el mandarín, cerrando las lujosas cortinas de su aposento—. ¿Qué secretos trae el insigne sacerdote de Buda para su humilde esclavo?

—¿Usted es el amigo del difunto Hang-Ho? Yo soy Víctor Gaunt y vengo en busca de una pagoda de jaspe que Hang-Ho

confió a su cuidado hasta que yo la reclamara.

—Efectivamente —asintió el mandarín Chani-Yu—, tengo dos pagodas. La que me envió mi difunto amigo Hang-Ho y otra que dejó en mi poder el capitán Fio-Kon antes de partir.

Los ojos de Víctor Gaunt brillaron de alegría.

Ya tenía en su poder las siete pagodas y con ellas podría descubrir el tesoro que Héctor Maine buscaba en Indochina.

Triunfaba el detective y pronto sería suya la victoria...

Entretanto, los dos espías de Ling-Soo se deslizaban como sombras tras los muros de la casa del mandarín Chani-Yu. Junto a la ventana escucharon rumor de voces y en el acto a m b o s colocaron sus puñales entre los dientes.

—Si es Víctor Gaunt el que habla —dijo el espía jefe—, morirá y también la persona que le acompaña.

Con sorprendente agilidad escalaron ambos el muro hasta colocarse a nivel de la ventana.

El mandarín abrió la caja de fondos y entregaba a Víctor Gaunt las dos pagodas de jaspe.

—Es el demonio extranjero —murmuró el espía jefe al oído de su compañero—. Yo mataré a Gaunt y tú al mandarín.

Dos filudos puñales se alzaron simultáneamente.

Víctor Gaunt vió reflejarse en el pulido acero de la puerta exterior de la caja de fondos las siniestras figuras de los piratas, y, con la maravillosa intuición que le caracterizaba, comprendió que la muerte estaba acechándole.

Sin vacilar, en vez de coger la pagoda que el mandarín le entre-



Un monje budista salía de la tienda de Tai-Wang.

gaba, cogió la mano del mandarín Chani-Yu, y brutalmente le arrastró hacia un rincón de la estancia, a tiempo que dos puñales se clavaban en la caja de fondos.

Los piratas quedaron atónitos ante la hábil maniobra de Gaunt. Por cierto que el famoso detective no les dió tiempo para volver de su aturdimiento y saltó fuera de la ventana en persecución de los fugitivos.

¿Cómo habían descubierto su identidad? Víctor Gaunt temblaba por la vida de Héctor Maine, quien permanecía en la casa de Tai-Wang sin defensa.

Si Ling-Soo estaba al corriente de sus actividades, penetraría en la casa del mercader de tapices persas y se apoderaría de su prisionero.

Su descenso por la ventana fué tan rápido que alcanzó a coger a uno de los espías y le aturdió con un fuerte golpe en el mentón. Pero ya el otro pirata había huído y sin duda iría a dar parte del suceso a Ling-Soo.

Era preciso obrar con rapidez.

El espía, maniatado, fué conducido al interior de la casa del mandarín Chani-Yu.

Se hallaban en la cocina, y Gaunt derretía, en una sartén, varias barritas de plomo. El pirata abría desmesuradamente sus ojos con una expresión de terror.

Cuando el plomo estuvo derretido, Víctor Gaunt colocó la sartén sobre la cabeza del espía y le dijo:

—Sería mejor que confesaras pronto. Si no lo haces, derramaré algunas gotas de este líquido sobre tu mollera.

Por cierto que el detective no intentaba infligir tal tortura al prisionero; sólo trataba de amedrentarle.

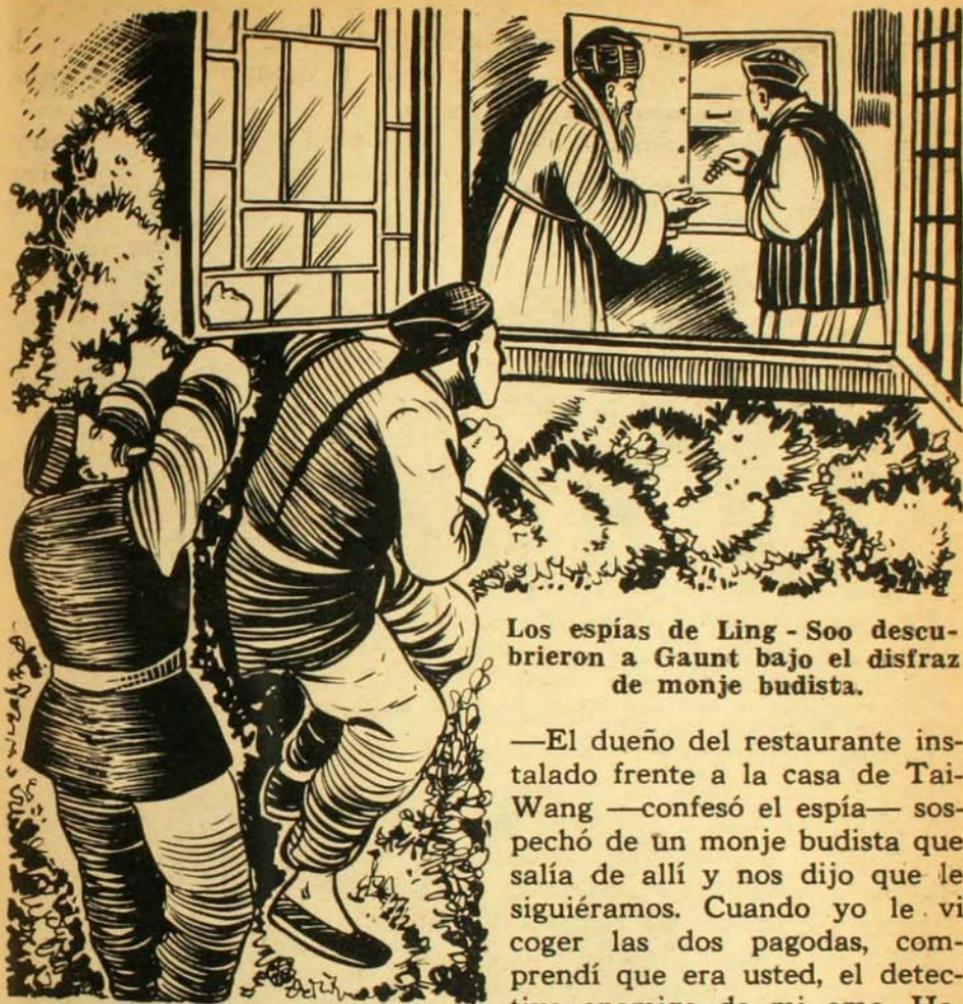
—Si confieso, Ling-Soo me arrancará la lengua de raíz —balbuceó el pirata.

—Ling-Soo estará muy pronto en el *yamen* (presidio), esperando su sentencia de muerte —replicó Gaunt—. Habla pronto... Mi brazo se fatiga.

Y como para demostrar su cansancio, dejó que la sartén se inclinara un poco.

—Deténgase, señor —suplicó el pirata—. Confesaré todo.

—Yo interrogo —indicó Gaunt—. Primero: ¿cómo descubriste que yo era el demonio blanco?



Los espías de Ling - Soo descubrieron a Gaunt bajo el disfraz de monje budista.

—El dueño del restaurante instalado frente a la casa de Tai-Wang —confesó el espía— sospechó de un monje budista que salía de allí y nos dijo que le siguiéramos. Cuando yo le vi coger las dos pagodas, comprendí que era usted, el detective enemigo de mi amo. Ha-

Leo, el dueño del restaurante, también está al servicio de Ling-Soo.

—¿Cómo te llamas?

—Sang-Fu.

—¿Eres chino o indochino?

—Nací en Hankow y mis padres eran mendigos en la puerta oriente de esta ciudad.

—Está bien —declaró Gaunt—. Pronto sabré si has dicho la verdad.

(CONTINUARA)

LA FLECHA

CAPITULO III.— EL FEROCES CHIGUAN, ENEMIGO DE ALIKA



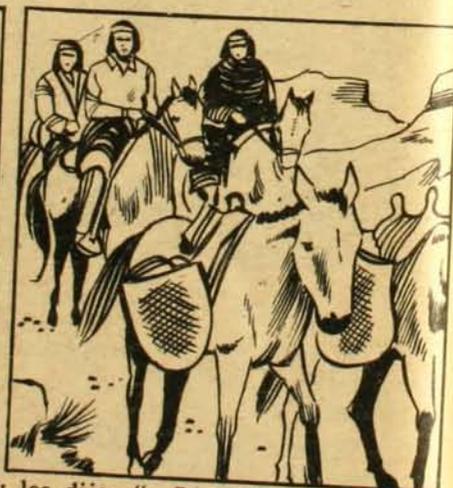
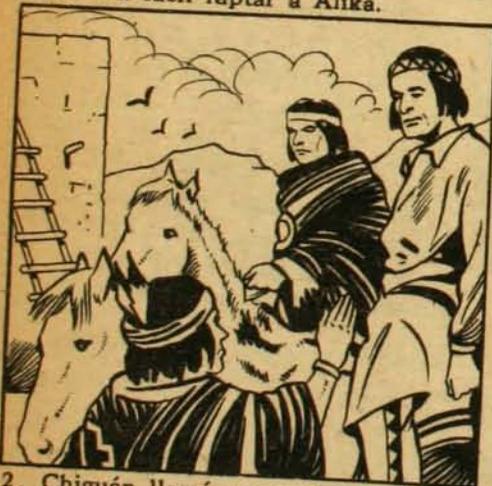
1. Teddy Bill, el rancharo que había recogido a la joven Alika, envió a su peón Juan a tomar datos de la princesa india. Chiguán, jefe de una tribu amiga de contrabandistas, decidió perseguir a Alika, poseedora de la "Flecha del Sol", insignia del poder supremo. Con ese fin sembró la discordia en el campamento de los *chipetes* y les instó a la revuelta. En medio del tumulto era fácil raptar a Alika.



DEL SOL



3. La princesa Alika recibía lecciones del anciano hechicero cuando de improviso vio a un indio que cogía por la espalda al hechicero y le aturdía de un mazazo. "—Los bandidos de Chiguán", gritó Alika desprovista. Pero sin poder defenderse, fué colocada sobre el lomo de un caballo y apresada entre los brazos de un indio que partió a todo galope hasta el desierto. "—No me mates", gemía la doncella.



2. Chiguán llamó a tres de sus jinetes y les dijo: "—Id en busca de Alika, que está en el cerro en compañía del hechicero, pero no la matéis, porque cometeríais un sacrilegio. Dejadla abandonada en el desierto y regresad al campamento. Entretanto yo iré a casa del cacique Urlan, padre de Alika, y buscaré el cofre con la "Flecha del Sol". Tres jinetes partieron hacia la montaña.



4. Pronto se reunieron dos hombres más con el raptor de Alika. "—¿Qué órdenes te dió Chiguán?", preguntó uno de ellos al indio que llevaba a la cautiva sobre el arzón de su silla. "—Que la abandone en el desierto, pero que no la mate, porque sería un sacrilegio." "—Morirá de frío en esta tormenta", dijo otro indio. Entretanto Chiguán entraba en la casa del cacique Urlan y robaba el cofre con la "Flecha del Sol".

(CONTINUARA)



MIGUEL STROGOFF

EN el gran palacio imperial de la ciudad de Moscú se llevaba a cabo una de las acostumbradas fiestas de gala. Lo mejor de la sociedad rusa, elegantes damas y riquísimos caballeros, conversaban animadamente con nobles y militares, y todo parecía indicar que no existía el más pequeño motivo para que nadie se sintiese preocupado. No era así, sin embargo. El zar, jefe absoluto del gobierno en su país, permanecía alejado en un extremo del salón y no participaba de la alegría de los concurrentes. Pasando nerviosamente la mano por los hémosos corrajes de su flamante uniforme, parecía preocuparlo un grave problema. Y en verdad, no le faltaban motivos para mostrarse así: pocos momentos antes de comenzar la fiesta, un oficial de cazadores, de su guardia imperial, le había comunicado que un terrible bandido, llamado Iván Ogareff, al frente de un ejército numeroso, se disponía a atacar, de un momento a otro, por sorpresa, el palacio del gran duque, con el propósito de dar muerte a éste.

Era el gran duque hermano del zar, y, como vivía en una región muy alejada de la ciudad de Moscú, si llegaba a ser sorprendido por Ogareff, poco o nada podría hacer para defender su vida.

De pronto, el zar abandonó el salón donde se efectuaba la fiesta, y, dirigiéndose rápidamente a su despacho particular, le preguntó a uno de sus oficiales:

—¿Es posible avisar a mi hermano, el gran duque, que su vida peligra?

—Es posible, pero difícil, majestad —le respondió el militar—; sólo podría hacerlo un correo secreto, que partiera en el acto hacia su palacio.

—¿Y tiene usted entre sus soldados algún hombre que pueda cumplir esa difícil y peligrosa misión? —volvió a preguntar el zar.



Abandonó Miguel Strogoff la residencia del zar, y se dirigió por el camino más corto al palacio del gran duque.

—Hay uno —contestó el oficial—, y si su majestad lo desea, puedo llamarlo inmediatamente.

Sin pronunciar una sola palabra, el zar hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y, minutos después, se presentaba, vestido con el uniforme de los guardias imperiales, un hombre joven y simpático.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó su majestad.

—Miguel Strogoff, señor —le contestó el guardia.

—¿Sabes para qué te he mandado llamar? —tornó a preguntarle el zar.

—Sin duda para que sea útil a mi querida patria —replicóle Strogoff—; y en ese caso —continuó—, puedo asegurar a su majestad que estoy dispuesto a dar mi vida por ella.

La respuesta fué del agrado del zar. Sabía que los soldados de su guardia imperial eran valientes, pero la misión que debía encargarle a Miguel Strogoff era demasiado difícil y peligrosa. No obstante, comprendiendo que del éxito de aquella misión dependía la vida de su hermano, habló de esta manera:

—Cierto es que debes exponer tu vida; mi hermano, el gran duque, corre un grave peligro: el terrible bandido Iván Ogareff se dirige hacia su palacio con ánimo de darle muerte. Para ponerle

sobre aviso, he decidido enviar un correo y he pensado que sólo un valiente como tú puede hacer tal cosa.

—Dispuesto estoy a partir en el acto, y confío en que Dios habrá de guiar mis pasos —respondió el soldado, al tiempo que tomaba un papel secreto que le entregaba el zar y aguardaba que le diera la orden de retirarse.

Una hora más tarde, llevando escondido en sus ropas el documento, abandonó Miguel Strogoff la residencia del zar y se dirigió por el camino más corto al palacio del gran duque. Vestido con ropas humildes para no ser reconocido, marchaba dispuesto a cumplir la peligrosa misión que se le encomendara.

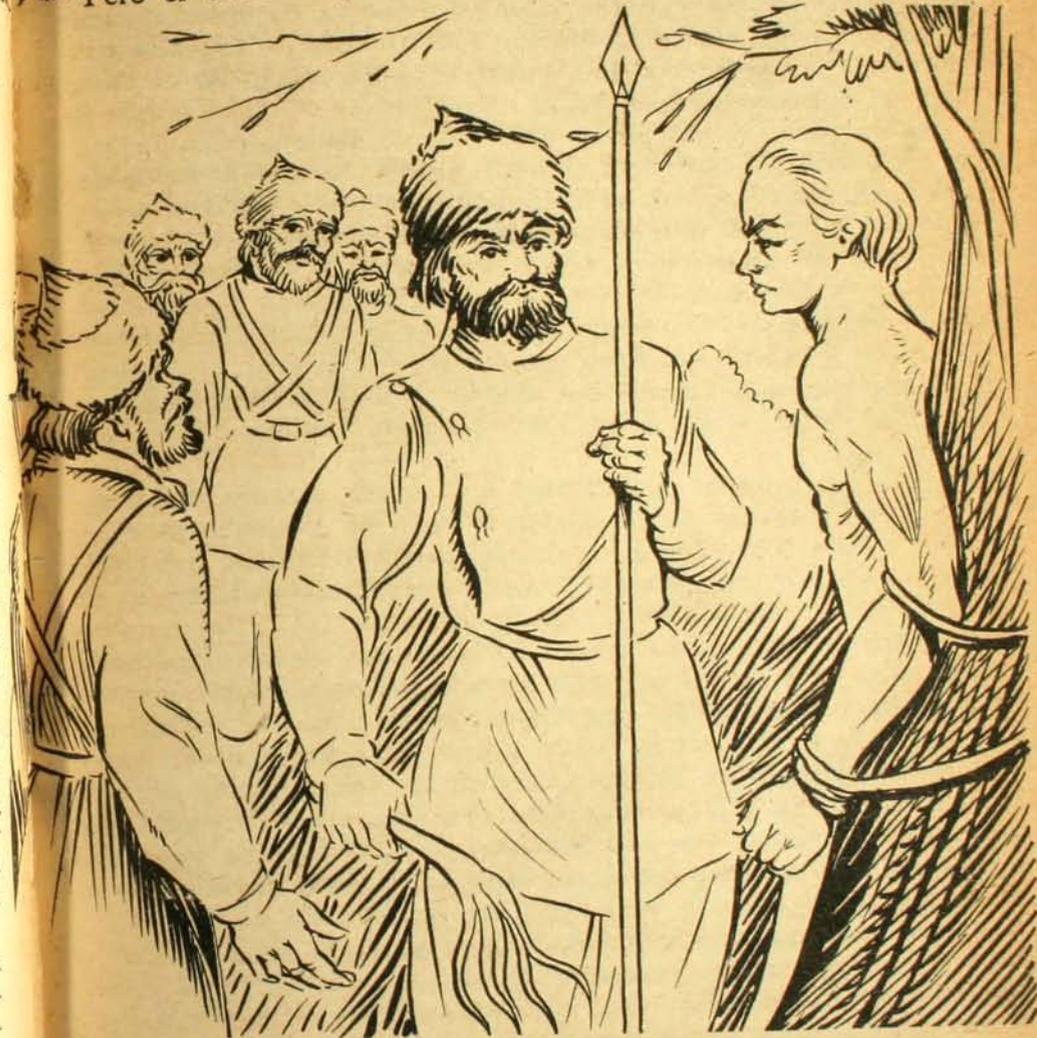
Durante varios días sólo la inmensa extensión de las estepas desiertas y cubiertas de nieve se ofreció a la vista del correo secreto, mientras dos constantes peligros le amenazaban de continuo: el frío, que debilitaba su cuerpo y el de su noble caballo, y los lobos, que le iban siguiendo los pasos a corta distancia. Con la escopeta lista, Miguel Strogoff marchaba atento para defender su vida y la de su cabalgadura.

El palacio del gran duque hallábase muy distante. Para llegar a él era necesario, después de atravesadas las heladas estepas, navegar un buen trecho por un caudaloso río. Las aguas de éste se deslizaban tranquilas y estaban surcadas por embarcaciones seguras, pero el peligro de navegar se hallaba en el riesgo de toparse con los compañeros del bandido Ogareff, que tenían establecidos sus cuarteles en una de sus orillas. Strogoff sabía que, en caso de ser descubierto, se jugaba la vida; mas no era hombre que sintiera jamás miedo, y por eso marchaba seguro y confiado. Llegó, por fin, el correo del zar al puerto donde habría de embarcarse. Dejando su caballo a un campesino, al que le dió dinero para que se lo cuidara, sacó un pasaje haciéndose pasar como comerciante que viajaba por asuntos de negocios. A pesar de sus precauciones, fué descubierto por un compañero del bandido Ogareff, que lo conocía de haberlo visto en Moscú. Nada supo, sin embargo, Strogoff, y partió esa misma tarde para dar término a su misión.

Numerosos pasajeros conducía el barco hacia el mismo lugar a donde se dirigía el correo del zar. Entre ellos iba una hermosa niña llamada Nadia, hija de un viejo militar, que marchaba a reunirse con su padre, y que muy pronto se hizo amiga de Strogoff. Buen cuidado tuvo éste, sin embargo, de no dar a conocer su ver-



dadera identidad. Como ambos se dirigían hacia el mismo sitio, pronto se pusieron de acuerdo en no separarse, y de esa manera llegaron al puerto de destino. Una vez en él, el correo secreto, pensando que no debía perder un segundo si quería salvar la vida del gran duque, alquiló un trineo, y, siempre acompañado de Nadia, emprendió la marcha. Pero el bandido que descubriera en el barco a Strogoff, y que



Amarrado fuertemente a un árbol, con medio cuerpo desnudo, Strogoff fué interrogado de nuevo.

avisara a Ogareff a su llegada al puerto, lo hizo detener en la mitad del camino. En efecto, cuando el correo del zar paró en una posada para pasar la noche, fué atacado de sorpresa y hecho prisionero. A la mañana siguiente, fuertemente amarrado con sogas, se le condujo, junto con otros prisioneros, también acusados de ser emisarios del zar, a donde estaba Ogareff. Strogoff, más afligido por no cumplir la misión que se le encomendara que por su propia suerte, se dispuso a no pronunciar una sola palabra. Y ya en presencia de Ogareff, ante las preguntas de éste, guardó el más completo silencio.

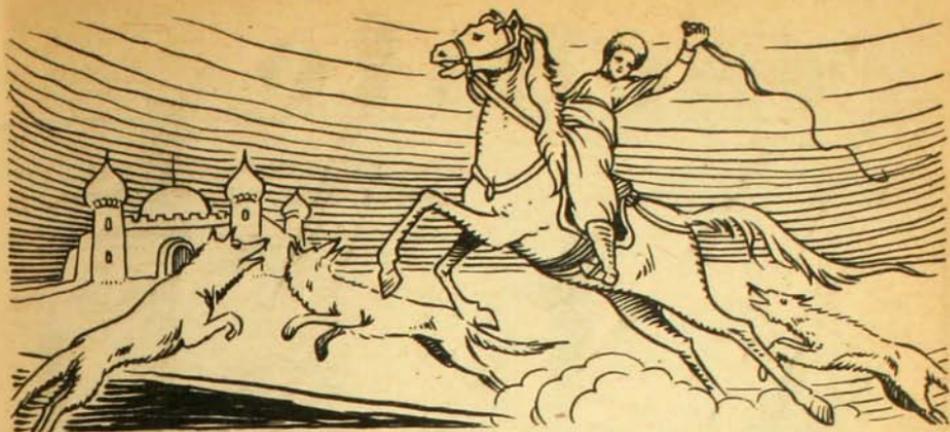
Ni con castigos ni amenazas pudieron los bandidos arrancarle una declaración, y entonces Ogareff, enfurecido por el valor de ese soldado imperial, ordenó a sus hombres que lo encerraran en un calabozo y que a la mañana siguiente lo azotaran.

Frío y lluvioso amaneció el nuevo día. Strogoff, preocupado por los acontecimientos de la víspera, no había podido conciliar el sueño, y aguardaba el castigo sin demostrar temor. Poco debió esperar; un grupo de bandidos penetró en el calabozo, y, después de hacerle nuevas preguntas sin obtener respuesta, lo condujo al centro del campamento donde habría de ser azotado para obligarle a hablar.

Amarrado fuertemente a un árbol, con medio cuerpo desnudo, Strogoff fué interrogado de nuevo. Pero como también en esta ocasión permaneció silencioso, el jefe de los bandidos, que empuñaba un látigo, golpeó repetidamente con él al indefenso Strogoff, hasta que éste perdió el conocimiento.

Varios prisioneros fueron testigos de esta terrible escena. Justamente entre esos prisioneros, algo alejada, pero sin haber perdido un solo detalle del castigo, una mujer lloraba desconsoladamente; era Nadia, a quien también hicieron prisionera los bandidos creyéndola compañera de Miguel Strogoff. La valiente niña estaba dispuesta a dar la vida por aquel hombre que, antes de descubrir su secreto, consentía en ser castigado tan bárbaramente, pero comprendiendo que era necesario esperar la oportunidad, aguardó a que los soldados se alejaran para aproximarse al joven.

Llevando con gran trabajo a Miguel Strogoff hasta un lugar oculto, Nadia logró hacerle reaccionar, y después le vendó las heridas con extremado cariño. A la mañana siguiente el correo secreto ya se hallaba bien, y, aprovechando un descuido de los bandidos, se apoderó del caballo de uno de ellos y reanudó la marcha



Nuevamente la estepa desierta y helada se ofreció a su vista. Pero ya el palacio del gran duque estaba próximo.

hacia el palacio del gran duque, no sin haberle agradecido antes a la niña cuanto había hecho por él.

Nuevamente la estepa desierta y helada se ofreció a su vista. Pero ya el palacio del gran duque estaba próximo. En efecto, pocas horas después, con las ropas deshechas y la fatiga pintada en el rostro, Miguel Strogoff se presentaba ante el hermano del zar. De inmediato le advirtió que su vida peligraba, pues el bandido Ogareff no tardaría en llegar.

Rápidamente se organizó la defensa, y cuando algún tiempo después las tropas del bandido se presentaron, los soldados del duque, tomándolas de sorpresa, las obligaron a huir y dieron muerte a la mayoría.

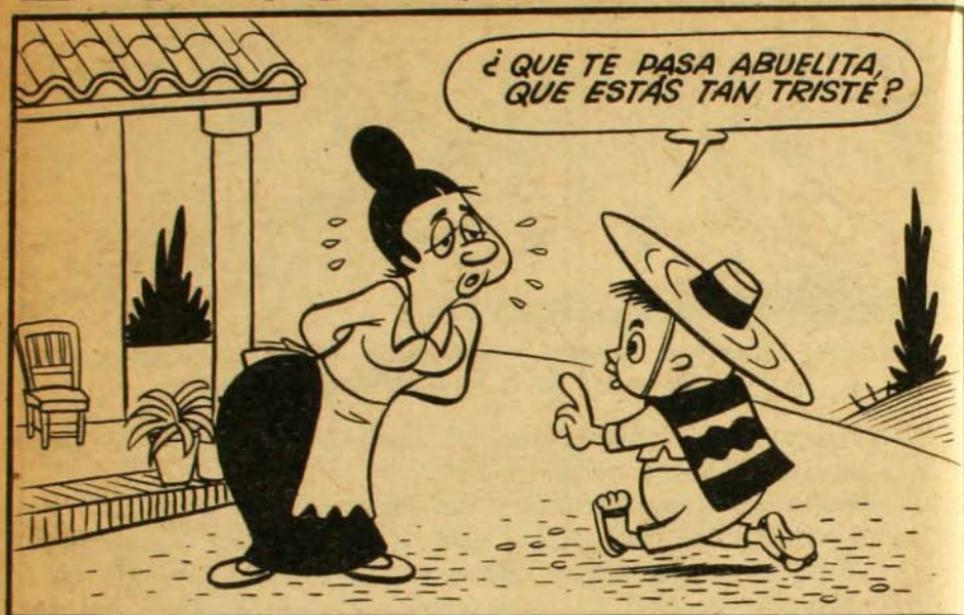
Cuando más tarde Strogoff regresó a Moscú, el zar hizo llamar a su presencia al valiente soldado, que con riesgo de su vida había cumplido una misión tan peligrosa. Presentóse sin demora Miguel Strogoff, y entonces el zar, para demostrarle su agradecimiento, le prometió que le concedería cualquier cosa que le pidiera.

—¿Qué deseas? —le preguntó.

—Sólo una cosa, majestad —contestóle Strogoff—: que me permitáis casarme con la mujer que me salvó la vida, pues gracias a ella pude cumplir la misión que me encargasteis.

Días más tarde, Strogoff, ascendido al grado de oficial, se unió en matrimonio con la hermosa y valiente Nadia, y en el magnífico palacio imperial se llevaba a cabo una fiesta en honor de la feliz pareja.

Ponchito







Maria Gloria



CAPITULO V.—Muere la gitana Zoraida

El médico que auscultaba a la gitana Zoraida condujo a Juan Manuel y a María Gloria al cuarto vecino y les dijo:

—¿Por qué me han llamado tan tarde? Ayer tal vez habría sido posible salvarla.

—Doctor, doctor, ¿qué dice usted? —preguntó el gitanillo—. ¿Es muy grave el estado de mi madre?

—Su madre sufre de una gravísima congestión pulmonar. Tal vez un enfriamiento mal cuidado...

—En efecto, sufrió un resfrío, pero siempre estaba tan alegre

—murmuró Juan Manuel con lágrimas en los ojos—. No sospechábamos su gravedad. Anoche se quejó de un poco de fatiga...

—¿Un poco de fatiga? —interrumpió el médico—. La verdad es que está agotada y que su naturaleza ya no da más. Seguramente ha trabajado mucho.

—Toda su vida ha sido un duro sacrificio —suspiró Juan Manuel. —Tenga valor... Voy a intentarlo todo, pero en un organismo tan gastado no me atrevo a esperar reacción.

—No es posible, no es posible —sollozaba Juan Manuel—. Una pérdida tan grande y tan injusta...

—Mi hermanito querido —murmuró María Gloria—, seamos valientes. Es preciso que mamá no advierta nuestra pena.

RESUMEN: Jaime Daver llega con su hija María Gloria a la aldea de Santa Clara y se hospeda en el hotel "Caballo Blanco". Durante la noche muere Jaime Daver, y su hija queda desamparada. El juez del lugar decide enviar a la huérfana a un orfanato, pero la gitana Zoraida, de oficio confitera, adopta a María Gloria. Después de seis meses la linda niña se encuentra feliz en el carricoche de Zoraida y de su hijo Juan Manuel. Traba amistad con los artistas de un circo y ayuda en la tienda de confites de su madre adoptiva. Tres años después, una dama elegante es atraída al quiosco de Zoraida por la belleza de María Gloria. Hilda de Beral desea adoptar a María Gloria, lo cual produce indignación en la familia gitana. Días después Zoraida cae gravemente enferma.

—Su hermana tiene razón —expresó el médico—. Vamos a colocarle una inyección de penicilina.

La gitana Zoraida ya estaba semiinconsciente.

—¿Tienen ustedes algunos amigos que puedan ayudarles en este momento? —preguntó el médico a los niños.

—Sí —dijo María Gloria—. Voy a llamar al señor Artiga y a su señora.

Pronto llegaron los buenos amigos del Circo Artiga, y algunos no actuaron en el circo esa noche por atender a la enferma.

Por desgracia, al cuarto día la gitana Zoraida se extinguió sin haber recobrado su lucidez mental. Su mirada, de una tristeza infinita, se fijaba por momentos en los seres amados, y una vez, poco antes de expirar, murmuró:

—Juan Manuel... Siempre... vela por tu hermanita.

* * *

La situación de Juan Manuel y de María Gloria era penosa y difícil. Al profundo dolor por la muerte de Zoraida se unía la inquietud material del porvenir. Juan Manuel tenía conciencia de su deber.

—Necesito asegurar tu existencia —dijo el niño a María Gloria—. Abandonaré mis estudios y seguiré el oficio que ejercía mi madre.

—No, no; eso es imposible —protestó María Gloria—. Tú no puedes fabricar confites.

—Buscaré una buena confitera —declaró Juan Manuel—, y tú atenderás la clientela como cuando vivía nuestra madre.

—No lo acepto —dijo María Gloria—. Para ti todos los sacrificios y yo llevando una vida regalada... No y no. Yo quiero que me dejes reemplazar a



El médico declaró que la gitana Zoraida se moría.

nuestra madre fabricando todos los confites y turronec sin que busques una empleada. Ten confianza en mí, Juan Manuel. Continuemos los dos solos en el negocio.

Ante la insistencia de su hermana adoptiva, el muchacho aceptó el proyecto de María Gloria.

—Nosotros les ayudaremos —dijo la señora de Artiga—. Zoraida era una excelente amiga y muy servicial. Es justo que les consideremos a ustedes como de nuestra propia familia.

María Gloria comenzó animosamente su nueva vida, reconfortada por la calurosa simpatía de la tribu gitana.

Después de una última visita a la tumba de su madre, Juan Manuel y María Gloria se aprestaban a partir en el carromato junto con el resto de los gitanos, cuando golpearon a la puerta.

—Ve tú a abrir, María Gloria —ordenó el muchacho—; tengo que cerrar esta caja.

La niña se asomó por entre los visillos y lanzó un grito de espanto, corriendo a refugiarse junto a Juan Manuel.

—¿Qué ocurre, hermanita? —preguntó el niño—. ¿Son los granujas del encantador de serpientes? Habla...

—No abras, Juan Manuel... Te lo ruego... Si tú supieras...

—A mí nada me espanta —musitó Juan Manuel, dirigiéndose a la puerta del carromato.

Ante él se detenía, sonriendo, la señora Hilda de Beral. Juan Manuel miró a la dama con estupor. ¿Qué venía a buscar ahí esa mujer que, indirectamente, era la causante de la muerte de su madre? Sin esa malhadada invitación, Zoraida no habría cogido una neumonía.

Sin embargo, el muchacho se inclinó por cortesía ante la dama y le pidió que entrara a la salita, donde María Gloria y él estudiaban sus lecciones.

—Me informé de la muerte de su querida madre y he venido a compartir con ustedes esa pena —dijo Hilda—. Pobre señora, tan buena, tan delicada y cariñosa.

Juan Manuel escuchaba en silencio.

—¿Y su hermanita María Gloria? —preguntó la señora Beral—. Se ocultó cuando me divisó.

—Está muy nerviosa desde la muerte de mamá —expresó Juan Manuel—. Excúselas si no acude a saludarla, señora.

—Pero yo deseo verla —insistió Hilda—. Desde que me informé de la muerte de su madre, me he ocupado de ella y tengo

algo muy importante que comunicarle. Vaya a buscarla... Se lo ruego.

Juan Manuel se vió obligado a llamar a María Gloria. La pobre niña entró temblando a la salita.

Al verla, Hilda avanzó tendiéndole las manos en un gesto maternal.

—Ven, hijita, y no me tengas miedo —dijo la dama—. Te comunico que de hoy en adelante irás a vivir conmigo. Ya efectué todos los trámites ante el juez de Santa Clara. Como ahora te encuentras de nuevo sola en la vida y eres menor de edad, el juez considera que vuelves a estar bajo la tutela de la Asistencia Social de Huérfanos. Yo te ofrezco mi casa, te adoptaré por hija... No hay ninguna razón para que rehuses venirte conmigo.

—No quiero separarme de Juan Manuel —dijo María Gloria sollozando.

—Es una locura —exclamó Hilda de Beral—. ¿Cómo quieres



—Vengo en busca de María Gloria —dijo Hilda de Beral.



El médico trataba de consolar a la triste María Gloria.

—Hermanita, ten valor —dijo el muchacho—. Cuando sea hombre volveré a buscarte.

—¿Me lo juras? —preguntó María Gloria—. ¿Es una promesa solemne?

—Por la memoria de mi madre, cuyas últimas palabras me ligan para siempre a ti, María Gloria.

—Entonces te esperaré, Juan Manuel —murmuró la niña.

María Gloria se arrojó en brazos de su hermano adoptivo.

Juan Manuel quedó anonadado y sin fuerzas para ver partir a María Gloria.

—Si quieres hacerte hombre y ganar dinero, vente conmigo al Este —díjole el domador de potros salvajes—. En algunos años volverás y entonces nadie te quitará a tu hermanita María Gloria.

que ese niño de quince años, que carece de fortuna, tome a su cargo otra persona?

—Con mi trabajo María Gloria tendrá lo suficiente, señora —declaró Juan Manuel, rojo de indignación.

—Usted es tan infantil como María Gloria —protestó Hilda—. Haría mejor en razonar y hacerla comprender dónde está su conveniencia.

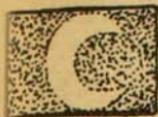
—Tal vez con usted, señora, tendrá riquezas —gritó Juan Manuel—, pero ella prefiere una felicidad más modesta y segura...

—¿Usted quiere insinuar que ella no será feliz conmigo? —replicó Hilda—. Permítame decirle que usted no tiene derecho a intervenir. María Gloria depende del juez de Santa Clara y usted no puede adoptar a una chica, ni retenerla por la fuerza.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántas son las fases lunares? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Entre los solucionistas exactos se sortearán: 10 cajas de lápices de colores, 10 paquetes de Vitalmín, 10 cuadernos, 5 carpetas esqueladas, 5 juegos de escobillas, 5 cinturones para niños y 5 juegos de pimpón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 68. Los Reyes Magos fueron tres.

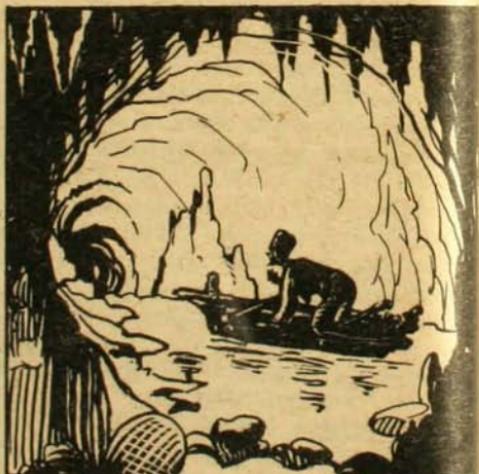
Premiados con **UNA PELOTA DE GOMA**: María Zurita, Iquique; Alicia Kroger, Talcahuano; M. Sarella, Santiago; Yolanda Vargas, Santiago; Jorge Oliva, Temuco; Luisa Orozco, Quilpué; Grecia Gálvez, Temuco; Pedro Rosel, Lebu; Hilda González, Coronel; Nilo Miranda, San Fernando. **UN TROMPO**: Guillermo Vallette, Temuco; Mabel Mococaín, Talca, Ximena Rodríguez, Santiago; María Núñez, Talcahuano; Yolanda Espinoza, Linares; Rosa Guzmán, Santiago; Laura Mas, San Bernardo; Mario Molina, San Antonio; Carlos Cárdenas, Santa Juana; Luis Galetto, Santa Juana. **UNA CORNETA**: Adriana Yáñez, Graneros; Hernando Flores, Copiapó; Francisco Dendarién, Traiguén; Marina Arancibia, Santiago; Floridor Canales, Talca. **UN PITO**: Gladys Andrade, San Carlos; Aristides Vergara, Cartagena; Mireya Pérez, Peumo; Nelson Pérez, Peumo; Hilda Aguirre, Santiago; Lucía Camiruaga, Chimbarongo; Rosa Recio, Lautaro; Raúl Contreras, Santiago; María Mendoza, Viña del Mar; Reinaldo Donoso, Coquimbo; Luis Gaete, Vallenar; Jorge Díaz, La Serena; Elena Torres, Santiago; Ramón Arenas, Calbuco; Leonor Encina, Vallenar; Julián Gamero, Valparaíso; Oscar Novoa, Concepción; Eduardo Sotomayor, Linares; María Teresa Fontecilla, Santiago; Sergio Tapia, Santiago. **UNA MUÑECA**: Carlos García, Santiago; Lilian Riquelme, Angol; Sergio Querol, Santiago; Iván Lara, Talagante; Inés López, Valparaíso; Madeleine Labborot, Santiago; María Avalos, Viña del Mar; Pedro Morales, Linares; Yolanda Bustos, Viña del Mar; Lisette Riquelme, Temuco. **UN AUTO BAQUELITA**: Jorge Miguel, Santiago; Manuel Jau, San Bernardo; Raúl Muñoz, Rancagua; Jorge Ananías, Concepción; Santiago Castillo, Santiago; Angel Bravo, Santiago; Víctor Cuevas, Lota Alto; Francisco Lavín, Santiago; Aristides Aguirre, Los Andes; Ofelia Garay, Santiago. **UNA PISTOLA**: Arturo Jaramillo, Lota; José Arriagada, Purén; Luis Castillo, Santiago; Eduardo Latorre, Linares; Heriberto Romero, Santiago. **UN RELOJ JUGUETE**: Norma Díaz, Angol; Celia Pérez, Santiago; María Luque, Santiago; Valentina Cruz, Santiago; Marcelo Yuraseck, Osorno; Juan Ortiz, Temuco; Gladys Velásquez, Llay-Llay; Eliana Hermosilla, Lebu; Gogo Kokron, Santiago; Eduardo Salas, Valdivia. **UN ROMPECABEZAS**: Sara Rioja, Valparaíso; Leticia Anabalón, Santiago; Enrique Villarroel, Lautaro; Juan Jiménez, Santiago; Alejandro Vergara, San Felipe. **UN JUEGO CONSTRUCCION**: Francisco Gutiérrez, Santiago; Lucy González, Valparaíso; Salvador Cares, Santiago; Carmen Longueira, Santiago; Juan Mancilla, Santiago. **UN PAQUETE VITALMIN**: Daniel Sandoval, Santiago; Luis Contreras, Lebu; Raúl Helmcke, La Unión; Teresa Figueroa, Talcahuano; Gri-chi Wiersma, Llolleo; Margarita Suazo, Los Angeles; María Albornoz, Llay-Llay; Patricio Waggner, Santiago; Rosa Mancilla, Santiago, y Raquel Mancilla, Santiago.



Las mil y una noches

CAPITULO VI. SIMBAD COLGADO EN UNA RED

1. Feliz estaba yo por haber escapado de ese hostigoso Viejo del Mar, pero temía que despertara pronto de su borrachera y saliera a buscarme para montarse otra vez sobre mí, como si yo fuera un burro de carga. Por suerte había traído en mi fuga su acerada cimitarra, y con ello comencé a cortar leños para fabricarme una balsa. Cuando la terminé, partí mar adentro y desembarqué en otra isla que me pareció bastante fértil.



2. Adentrándome en la tierra divisé un río de agua dulce que corría en un cauce formado por piedras maravillosas. ¿Pero de qué me servirían esas esmeraldas, rubíes y diamantes, si lo que yo necesitaba era un pocillo de arroz? Lancé mi balsa al río, y la corriente vertiginosa me llevó por oscuros túneles. Advirtiendo el peligro de resbalar al agua, me até a la balsa con un grueso cordel y me dejé llevar.



3. Creo que estaba dormitando cuando sentí que caía sobre mí una red. Abrí bien los ojos... El río se había convertido en una cascada, y yo iba derecho al abismo. Por suerte los que tiraban de la red me sujetaron con balsa y todo. En seguida fuimos izados, la balsa y yo, hasta la ribera. Yo estaba más muerto que vivo, y no supe qué hicieron conmigo, hasta que recobré los sentidos en una magnífica habitación.



4. Un árabe de lengua barba y una jovencita hermosísima me servían como a un huésped bien venido. Como siguiera tiritando de frío, el anciano barbudo me acostó en un amplio y mullido lecho. Al día siguiente yo le conté mis aventuras. "—Olvida todo eso, Simbad —dijo el patilludo—; aquí puedes hacer magníficos negocios que te darán una fortuna superior a la de todos los sultanes y faraones juntos."

(CONTINUARA)

AKYRA

CAPITULO IX.—Akyra organiza una revolución



Akyra entró en la ciudad burlando la vigilancia de los soldados de Ben-Kasen.

destinamente a Bufekrane por los túneles submarinos.

—El camino de la libertad —declaró Ali, al salir de los túneles—. Una barca nos conducirá a la ciudad que tiraniza el malvado Ben-Kasen. Vendrá con nosotros Akyra, la doncella árabe que sabe conmover a todos con sus patrióticas arengas.

A la noche siguiente, Akyra entraba en la

Akyra y el herido Omar se hallaban ocultos en las cavernas de un islote que se comunicaba por túneles submarinos con la ciudad de Bufekrane.

Mientras Akyra cuidaba al capitán Omar, herido en el pecho por la cimitarra del tirano Ben-Kasen, los ayudantes de Omar, Ali, Amed y Suri, llegaban clan-



La joven árabe arengaba a sus conciudadanos y los inducía a la revuelta.



Los mendigos espiaban las entradas y salidas de los palacios de Ben-Kasen.

ciudad, burlando la vigilancia de los soldados de Ben-Kasen. Inmediatamente la doncella reunió a un grupo de los enemigos del tirano Ben-Kasen, y les dijo:

—Id por todas partes a prevenir a nuestros hermanos que iniciamos la guerra contra los tiranos Ben-Kasen y Koleib. Vosotros formaréis las primeras bases de esta revuelta. Cada ciudadano árabe se convirtió en un propulsor de la revuelta.

Las órdenes circulaban de mano en ma-



El buen Buazza se contrató de mozo a fin de descubrir los secretos del tirano Ben-Kasen.



—Ben-Kasen prepara un ataque —narró Buazza a la doncella Akyra.

y las riberas del mar. El buen Buazza, que había recibido en su caverna del islote al herido Omar, se contrató de mozo en un café que frecuentaban los secuaces del tirano Ben-Kasen, a fin de sorprender sus secretos. Un día oyó que Koleib decía a otro de los capitanes de Ben-Kasen:

—El *duar* de Ait-Suala no ha pagado impuestos. Tendremos que efectuar una *razzia* y obligar a todo el villorrio a pagar el tributo que exigimos.

—Cuánto nos vamos a divertir —respondió el émulo de Koleib—. Yo ensartaré cabezas en mi cimitarra.

“Vergüenza podía darles”, pensó Buazza, quien no perdía una sílaba de la conversación de los ayudantes del tirano Ben-Kasen. Apenas vió partir del café a Koleib y a su cómplice, Buazza fué en busca de la doncella Akyra, y le dijo:

—Ben-Kasen prepara un ataque terrorífico al *duar* de Ait-Suala. ¿Qué harán esos pobres labriegos ante la fuerza bruta de nuestros tiranos?

—Iremos también nosotros —declaró Akyra, quien ya había formado un numeroso grupo de revoltosos bien armados y valientes. Apenas cayó la noche, la intrépida doncella árabe, acompañada de doce jinetes, partió hacia el *duar* de Ait-Suala, para proteger a los infelices *fellahs* (campesinos), amenazados por el tirano de Bufekrane.

¿Llegarían antes que Ben-Kasen y Koleib efectuaran la temida *razzia*?

no y por los medios más inverosímiles. Un encantador de serpientes transportaba mensajes de guerra en los cestos donde guardaba sus peligrosas cobras. Los mendigos espían a las entradas y salidas de los palacios de Ben-Kasen. Tampoco faltaban cargadores que llevaran la voz de la doncella Akyra a los campos

(CONTINUARA)



Por LUGOZE





Simbad

EL PIRATA LING-SOO

N.º 72



\$ 2.-

LAUTARITO



Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora:

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO II

N.º 72

Precio: \$ 2.—

17-I-1951

El PEREGRINO de BUDA



CAPITULO II.—Yuansú recibe homenajes reales.

En el año 618, precisamente cuando el emperador Tai-Tsong emprendía una serie de batallas para conquistar el imperio chino, un joven monje budista llegaba a Suchuan. Tenía por nombre Yuansú, y, a pesar de sus veinte años, era un sabio.



Yuansú sació su sed en el arroyo de un oasis.

Decidió partir en visita a todos los pueblos de Asia, para interrogar a los eruditos y estudiar las doctrinas de Confucio, Laotsé y otros fundadores de sectas religiosas. Sus discípulos se negaron a acompañarle, porque temían los peligros del desierto de Gobi. En efecto, la jornada resultó sumamente peligrosa para el joven monje Yuansú,



El peregrino pidió hospedaje en un convento budista.



Doce mensajeros del rey de Turfan saludaron al peregrino.

quien, a pesar de llevar un mapa de la región, quedó extenuado en el desierto y expuesto a morir de sed.

Cuando ya sus fuerzas se agotaban y sus párpados se entornaban, oyó el alegre relincho de su caballo, que volaba como una flecha hacia un punto invisible para su débil mirada. Dejándose guiar por el instinto del animal, divisó un pequeño arroyo rodeado de frescas hierbas. Allí, ambos saciaron su sed, y Yuansú llenó



Yuansú se negó a aceptar la invitación del rey.

detenerse y tomar un largo reposo.

Meditaba el sabio Yuansú sobre las doctrinas filosóficas, cuando le anunciaron la visita de doce personajes que deseaban ver al peregrino.

—Traemos un mensaje a nombre de nuestro amo —anunciaron los visitantes.

Muy extrañado de que su presencia fuera conocida, el joven monje se presentó a los mensajeros, quienes, al verle, se inclinaron como ante un ser superior.

—Somos enviados por el rey de Turfan —dijo uno de ellos, entregando a Yuansú un pergamino.

El monarca de Turfan era un ferviente budista y le invitaba a su corte para que hablaran sobre los libros sagrados.

sus odres con agua clara.

Tras breve descanso, el peregrino de Buda partió para Ha-Mi, término de su primera etapa.

Ha-Mi era un oasis, gobernado, en esa época, por los turcos. Yuansú encontró, por suerte, un convento budista donde



Los emisarios le obligaron a salir por la fuerza.



El rey de Turfan rindió honores a Yuansu.

pues comprendían que el soberano de ese reino les castigaría si no le llevaban al joven peregrino de Buda.

—Le llevaremos por la fuerza —decidieron los doce mensajeros. Así fué cómo al día siguiente, cuando Yuansú les recibió para entregarles su mensaje, todos cayeron sobre él y le aseguraron que si no partía voluntariamente le conducirían por la fuerza al reino de Turfan.

Yuansú siguió, pues, a los emisarios hasta Turfan. El rey salió a las puertas de la ciudad a recibir al mensajero de Buda, y le rindió toda clase de homenajes.

Pero al fin del mes, Yuansú manifestó su deseo de proseguir su peregrinación a la India.

—No partirás de aquí —díjole el despótico rey de Turfan—. Te retendré por la fuerza o te enviaré de nuevo a la China.

—Haré la huelga del hambre —declaró el peregrino de Buda. Y así fué en efecto.

El joven Yuansú se negó a probar alimentos.

El rey de Turfan lo invitaba a placenteros festines.

Se escuchaba la música de los más extraños instrumentos, y, desde lejos, llegaban los aromas de apetitosas viandas.

El rey observaba al joven budista y auscultaba en su rostro la más mínima señal de ansiedad o renunciamento. Pero todo era en vano.

—Imposible —respondió Yuansú— porque ese itinerario desviaría considerablemente mi ruta hacia la India. La invitación de vuestro rey me honra, pero no puedo aceptarla. Responderé al mensaje del rey de Turfan dándole mis excusas.

Pero los doce mensajeros de Turfan no quedaron contentos,



Le envió a Samarcanda con una gran escolta.

Yuansú se mantenía firme en su decisión de no probar bocado. El rey de Turfan ordenó que hermosas doncellas desfilaran todas las mañanas delante de la habitación de Yuansú portando viandas con exóticas frutas.

El joven ni siquiera se dignaba mirar el cortejo. Ya no se levantaba del lecho, pues las fuerzas lo abandonaban poco a poco.

Pero la resolución del joven era inquebrantable.

Pasaron varios días, y el porfiado rey de Turfan, al advertir que el peregrino de Buda se debilitaba, se atemorizó mucho y le dió una escolta armada para que emprendiera el viaje.

Y he aquí que el joven Yuansú, que había partido en su peregrinación sin apoyo oficial y sin discípulos, gracias a su ciencia, se lo disputaban las cortes asiáticas.

Iban llegando a la ciudad de Samarcanda, cuando uno de los guías exclamó:

—Maestro, un mal presagio... Diviso a un hombre a través de la ruta.

(CONTINUARA)

SCUPON DEL
CONCURSO
Semanal
SIMBAD N.º 72

El cometa consta de
... partes.

EL PIRATA LING-SOO

CAPITULO XIX.— Héctor Maine oculto en la al-tombra.

Entretanto, Ling-Soo, oculto en el restaurante situado frente a la tienda de Tai-Wang, espiaba cuanto ocurría allí.

—El espía Sang-Fu ha regresado —dijo el dueño del restaurante.

—Que pase —ordenó el pirata. Ling-Soo examinó de hito en hito al espía que entraba en su estancia, y después de un momento, le dijo:

—Tú eres Sang-Fu, mi espía jefe. Te reconozco. ¿Tú viste la luz en Shanghai? ¿No es así, amigo?

Era una trampa para cerciorarse de si en realidad tenía frente a él al auténtico Sang-Fu.

Pero Víctor Gaunt no caería en la trampa.

Sang-Fu se hallaba prisionero en casa del mandarín Chani-Yu, y el detective, hábilmente disfrazado, afrontaba impertérrito las miradas inquisidoras del pirata.

—Grande e Ilustre Uno —respondió el falso Sang-Fu—, todo lo sabes y no puedes errar, pero si es verdad que vi la luz en Shanghai, mis padres me engañaron, porque, según ellos, yo nací cerca de la puerta de Oriente, en Hankow, donde ejercían el oficio de mendigos.

—Ahora estoy seguro de que eres mi fiel espía Sang-Fu —exclamó Ling-Soo—. Inicia tu relato.

RESUMEN: Ya en poder de cuatro pagodas y de las tres cajas de laca, el detective Víctor Gaunt, disfrazado de Ting-Tong, penetra en el castillo secreto de Ling-Soo a fin de salvar a su amigo Héctor Maine. Descubierta por los piratas, se lanza al lago y lleva consigo a su compañero Maine. Descubre en un subterráneo un hidroavión moderno y vuela en él con Héctor Maine. Tras duras peripecias llegan al villorrio de Chang-Ku y visitan al médico amigo Chen-Sung, quien promete ayudarles. Gaunt decide narcotizar al inválido Maine y llevarlo dentro de un ataúd a la ciudad de Hankow. Ling-Soo sospecha la estratagema de Gaunt. El convoy funerario arriba por fin a Hankow, y Héctor Maine es trasladado a un lecho donde revive y se alimenta. Gaunt va en busca de dos pagodas a casa del mandarín Chani-Yu, donde es descubierto por los émulos de Ling-Soo.

El falso Sang-Fu refirió textualmente lo ocurrido hasta el instante en que Gaunt le aturdió.

—El demonio extranjero quiso atormentarme para que confesara —prosiguió Gaunt—. Yo le dije que usted había descubierto que el mandarín Chani-Yu era amigo del difunto Hang-Ho, poseedor de las siete pagodas, y que por eso nos había mandado espiar esa casa.

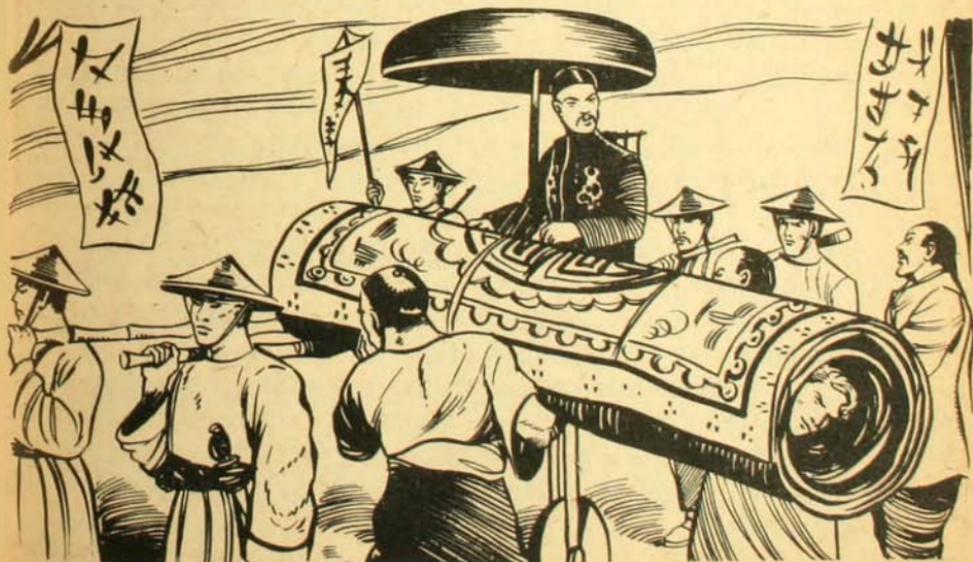
—Supongo que no le dirías que Ha-Leo es nuestro aliado. . .

—No, ilustre Uno —respondió el detective—. Nadie sospecha que usted vigila la casa de Tai-Wang. Cuando me encerraron en la sala vecina a la que ellos ocuparon, oí que el demonio extranjero se disponía a volver a la tienda de tapices disfrazado de mayordomo del mandarín Chani-Yu y que declararía que iba a ella en busca de valiosas mercaderías.

—¿Y tú cómo lograste huir?

—El demonio extranjero ignoraba que yo poseía otra daga bajo mis ropas; corté mis ligaduras y he corrido hasta aquí.

—Magnífico, Sang-Fu —indicó Ling-Soo—. Ahora atraviesa la calle y entra en la tienda de Tai-Wang. Finge escoger una alfombra y cerciérate de si Tai-Wang ha entrado en sospechas de que le vigilan. En seguida, volverás a informarme.



Héctor Maine iba oculto en el rollo de alfombras.

La suerte de Víctor Gaunt no podía ser mayor. Tenía el campo libre para entrar en la tienda de su amigo Tai-Wang y advertirle que la casa estaba rodeada de enemigos. También podría comunicarle a su amigo Héctor Maine que buscara otro escondite más seguro.

Diez minutos después el falso Sang-Fu volvía junto a su presunto jefe Ling-Soo, diciéndole que el mercader Tai-Wang no tenía la menor idea de que le espiaban.

—Bravo, Sang-Fu —replicó Ling-Soo—. Recibirás una recompensa y un ascenso por tu labor de hoy. Puedes retirarte.

Media hora después el cordón de espías que rodeaba la tienda de Tai-Wang vió detenerse un palanquín muy alto y sujeto por gruesas cañas de bambú. Para alivianar el peso, la silla se sostenía por su base sobre una rueda de madera.

Ese exótico carruaje era aún usado por los magnates indochinos que odiaban los usos europeos.

—Llega un mandarín, Gran Uno —anunciaron los espías.

—Es un nacionalista —dijo Ling-Soo—. No le temo. Ellos odian a los blancos, y aun cuando el demonio extranjero le pidiera algo en contra mía, no lo aceptaría. Sin embargo, si ese mandarín entra en la tienda de Tai-Wang, daré la señal de ataque a mis huestes. Víctor Gaunt es tan atrevido en sus disfraces que podría transformarse en el emperador de la China.

—Ese mandarín —explicó Ha-Leo a Ling-Soo— es el delegado de Shanghai a una conferencia antieuropea. Yo le conozco. Viene con sus propios lacayos y en su famoso palanquín.

El convoy exótico se detuvo frente a la tienda del mercader Tai-Wang.

—Que acuda el dueño de los tapices —gritó el rico mandarín desde su alto sitio.

—Mi amo —declaró el lacayo al dueño de la tienda— necesita un tapiz digno de su egregia mansión.

—¿Querría tu ilustre amo pasar a escogerlos en mi humilde morada? —preguntó Tai-Wang.

—¡No! —gritó con voz aflautada el nacionalista—. ¡Haz traer a mis pies dos de tus mejores alfombras y yo escogeré!

Los empleados de la tienda extendieron a los pies del mandarín ricos tapiçes que el delegado iba rechazando con gran desdén.

—Culpa de ustedes, perros idiotas —decía el mandarín—, es que



LAS 7 PAGODAS

los blancos se lleven los mejores tapices. ¿Se acabaron ya los maravillosos tejedores? Escogeré esas dos alfombras persas a falta de otras mejores. Enróllenlas y cárguenlas sobre mi palanquín. Los empleados de Tai-Wang entraron en el interior de la tienda y volvieron con los tapices muy bien enrollados. En seguida los colocaron sobre el palanquín, cuya silla tenía una rueda de madera para alivianar el peso.

El convoy se puso en marcha, llevando no sólo las alfombras, sino también a Héctor Maine oculto en ellas.

Ling-Soo permaneció en expectación tras las ventanas del restaurante y luego que vió salir de la tienda a Tai-Wang en actitud tranquila y con risueño aspecto, sintió crecer su inquietud.

—Ha-Leo —ordenó el sagaz pirata—, llama por teléfono a casa del delegado que compró los tapices y pregunta si está allí.

Ha-Leo regresó temblando.

—Gran Uno —dijo a Ling-Soo—, el delegado partió a Shanghai esta mañana y me dicen que un extranjero sobornó a la escolta del mandarín. Ellos le proporcionaron el traje del magnate indochino y partieron en el palanquín con rumbo desconocido. Agrega el mayordomo que en uno de los tapices iba un hombre enfermo.

—¿Ignoran hacia dónde se dirigieron esos bellacos?

—Partieron en automóvil, Gran Uno.

—Otra vez me vence el demonio extranjero —rugió Ling-Soo—.

El enfermo es Héctor Maine, quien estuvo oculto en la tienda de Tai-Wang todos estos días. Pero yo daré a estos blancos el castigo que merecen. Ordena que acudan los treinta hombres que vigilan la tienda de Tai-Wang.

La reunión de Ling-Soo con sus confederados se verificó en el patio interior del restaurante.

—Escuchen, cerdos —gritó el jefe de los piratas—; idiotas, imbéciles, Víctor Gaunt se ha escapado con mi prisionero Héctor Maine. Lleva en su poder las siete pagodas de jaspe que dan la clave del tesoro oculto. Ese tesoro yace escondido en la TIERRA DE LAS RUINAS, desde mil años.

Los secuaces de Ling-Soo se estremecieron al oír la arenga del jefe. La TIERRA DE LAS RUINAS formaba parte de un inmenso desierto, lleno de cadáveres de animales y de hombres que pretendieron franquearlo.

Decíase que la persona que escapaba de aquel desierto se volvía loca.

—¿Cobardes, tembláis? —exclamó Ling-Soo—. Pues bien, os digo que Víctor Gaunt y Héctor Maine proyectan franquear ese desierto llevando las siete pagodas y que nosotros debemos seguirles. Ofrezco repartir entre ustedes ese inmenso tesoro. Prepárense a partir y que los centinelas vigilen todas las puertas de Hankow por si aun no ha partido el demonio extranjero.

Entretanto, Gaunt y Maine, disfrazados de dos hermanos chinos, se hospedaban en un hotel central de Hankow. El ex prisionero de Ling-Soo aun no podía caminar y por ese motivo debieron aguardar ocho días antes de emprender viaje a la TIERRA DE LAS RUINAS. Durante esos días Víctor y Héctor descifraban los jeroglíficos de las pagodas.

—Tengo en la memoria la fórmula que me dió el mandarín Hang-Ho —decía Maine—. Es así: 4 antes de 7, en seguida 3, después 1. 5 más 2 sobre el otro. Total 8, y está hecho.

Cada una de las pagodas tenía un número del 1 al 7 y cada cual contenía dos flechas que apuntaban en diversas direcciones. Siguiendo la fórmula, debían colocarse las 7 pagodas en el siguiente orden: 4, 7, 3, 5, a fin de que las flechas formaran una línea recta. Después el número 5, junto al 2 y al 6, que daban total 8.

Siguiendo las observaciones de Maine, Gaunt colocó las pagodas

sobre un papel de calco y las apretó fuertemente. Después de algunos minutos alzó las pagodas y quedó trazado el camino que debían seguir.

—Es maravilloso, Héctor —dijo Gaunt—, hasta un niño podría seguir con este mapa. Sacaré una copia por si se pierde o estropea.

Tan abstraído estaba Víctor Gaunt en ese trabajo, que no le llamó la atención el mutismo de Maine.



Una mano amarilla dejó caer un polvo soporífero sobre el rostro de Héctor Maine.

Un puñal había rasgado el tabique tras el diván donde reposaba Maine y una mano amarilla dejó caer sobre el rostro del joven un polvo sóporífico, que le dejó aletargado.

Víctor Gaunt presintió el peligro con maravillosa intuición y volvió la cabeza a tiempo que la mano amarilla reaparecía con un puñal que iba derecho a clavarse en el corazón de Héctor Maine.

(CONCLUIRA)

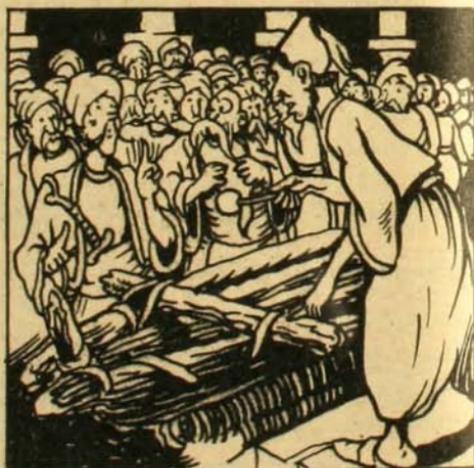


Las mil y una noches



CAPITULO VII

1. El venerable anciano que me había recogido en su palacio continuó hablándome de negocios y me invitó a la gran feria de la ciudad. “—¿Qué están rematando allá?”, pregunté yo. “—Simbad, ¿no reconoces la balsa en que llegaste —me dijo el patilludo—. Los leños son de madera de sándalo y valen una fortuna. Escucha.” “—Mil denarios por el lote... Dos mil... Cincó mil... ¿Quién da más? Diez mil”... “—Yo me quedo con el sándalo”, dijo el venerable anciano.



2. Lleno de audacia, aun cuando jamás soñé que esos palos pudieran valer algo, grité como un forajido: “—A ese precio yo no vendo mi madera de sándalo.” “—Tienes razón, Simbad —dijo mi protector—; pero aquí todos son pobres. Yo te daré los diez mil denarios en moneda de oro.” Mi protector sacó de un cofre diez mil denarios y agregó: “—Ahora te quiero pedir otra cosa, sobrino Simbad.”



3. "—Lo que tú me pidas queda concedido, mi buen tío", dije yo. "—Como lo puedes advertir, sobrino Simbad, yo estoy muy viejo y no tengo herederos varones. Sólo una hija joven y hermosa. Si tú consientes, te la daré por esposa, a condición que tú aceptes vivir en este país siguiendo las costumbres nuestras." Tras larga meditación decidí casarme con la linda muchacha, cuyos ojos negros ya me habían fascinado.



4. "—Por Alá, venerable sheik —respondí entonces—, considérame como tu hijo, pues ya me he conformado con tu voluntad." Encantado con mi respuesta, el sheik hizo venir al cadí y a los testigos. Ni siquiera me preguntó si yo era casado. . . Mi prometida era de gran belleza. La vistieron con lujosos atavíos para la boda y la cubrieron de joyas inestimables. Además nos sirvieron un festín que duró cuatro días enteros.

(CONTINUARA)



El Cierro vanidoso

Erased un león muy poderoso y temido que reinaba entre los animales de la selva. Un día sé enfermó tan gravemente, que apenas si podía moverse. Y, como es natural, estaba desesperado y gritaba con tanta fuerza, que hacía temblar la montaña en donde estaba su cuéva:

—¡Grrr!... ¡Grrr!... ¡Grrr!... ¡Yo quiero sanarme! ¡Quiero que venga el médico! ¡Grrr!

Y destrozaba a zarpazos todo cuanto se hallaba al alcance de sus garras.

Una tarde pasó junto a la cueva una ardilla muy vivaracha, que, al oírlo quejarse de esa manera, fué corriendo a casa de su amigo el oso para darle la importante noticia.

—¡Señor Oso, señor Oso! —le dijo apenas llegó, ahogada por la fatiga de la carrera—. Acabo de oír quejarse al león; se encuentra muy enfermo, y quiere que vaya el médico.

—¿Y a mí qué me dice? Yo no soy médico, y no puedo hacer nada por él —dijo el oso, que era muy torpe.

—Pero, ¡señor Oso! —replicó la ardilla—. ¿No podemos ir a buscarlo un médico?

El oso estuvo pensando un momento, y, al fin, se convenció de que la ardilla tenía razón y se dispuso a ir con ella.

—Vamos en seguida —apuró la ardilla— a la casa de un pingüino que sabe más que un doctor.

—¿Cómo más que un doctor? —replicó el oso.

—Quiero decir que sabe mucho.

Y echando mano a una bicicleta el oso, y a un monopatín la ardilla, partieron velozmente hacia la casa del pingüino.

A su paso, todos los animalitos salían de sus casas. Y si bien todos querían saber el motivo de esa prisa, ninguno se animó a detenerlos para preguntarle. Unicamente el zorro los paró y les dijo:

—¡Eh, amigos míos! ¿Se puede saber por qué corren de esa manera?

—Vamos a buscar al señor Pingüino para que vaya a curar al señor León, que está muy enfermo.

—¿A quién? —preguntó el zorro, como pareciéndole imposible lo que había oído.

—¡Al señor León, amigo, al señor León! ¿Ha oído bien ahora?

—Parece tonto —dijo por lo bajo el oso a la ardilla, al tiempo que reanudaban la marcha; y, mientras éstos continuaban su carrera, el zorro, procurando no ser visto de nadie, se dirigió a la cueva del enfermo.

Llegó el zorro a la cueva del león y lo encontró sobre un colchón hecho de pasto, rugiendo con más desesperación que antes. Procurando hacer poco ruido, se acercó a la entrada de la cueva y preguntó:

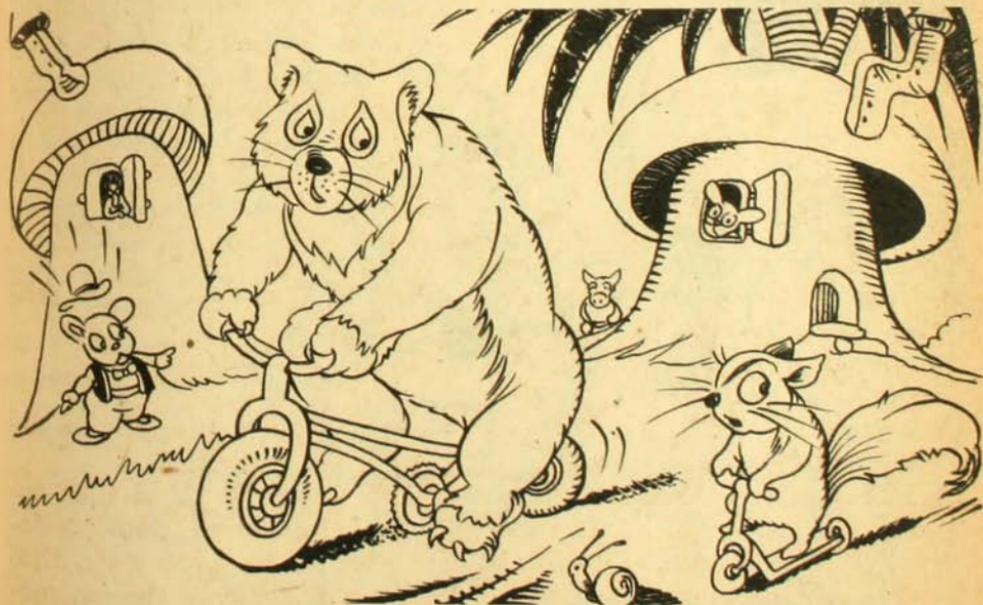
—¿Se puede saber, mi estimado amigo, por qué alborota el bosque de esa manera?

El león, al oír una voz dentro de su cueva, se puso más furioso; pero, al ver que se trataba del zorro, le dijo:

—Pase, amigo Zorro, pase "no más", que no van a comerlo.

Mas el zorro, que, por estar acostumbrado a engañar a los demás, no se fía ni de su sombra, entró, pero sin ponerse al alcance del león.

—¿Qué le pasa, mi amigo? ¿Por qué alborota de esa manera?



Echando mano a una bicicleta el oso, y a un monopatín la ardilla, partieron velozmente.

—Porque soy muy desgraciado, amigo Zorro. Hace tiempo, sufrí un dolor de cabeza horrible y estoy desesperado porque el médico no viene a verme. Si usted fuera tan bueno que ayudara...

—¿Yo?

—Sí, usted, amigo Zorro.

—¿En qué forma?

Notando el león que el zorro parecía dispuesto a ayudarlo, se acomodó lo mejor que pudo en la cama, y habló de esta manera:

—Querido Zorro; para mi enfermedad sólo hay un remedio: ¡el corazón de un ciervo!

—¡El corazón de un ciervo! —exclamó asustado el zorro, al tiempo que las orejas se le ponían de punta—. ¿Y cómo cree usted que voy a conseguirlo, si soy un animal mucho más pequeño que el ciervo?

—Ya esperaba que me preguntaría eso —dijo el león—; por lo tanto, escúcheme bien: el ciervo es más grande que usted, pero menos inteligente, y usted, con engaños, puede hacerlo venir hasta aquí. Lo demás, déjelo por mi cuenta.

Entonces el zorro, muy orgulloso y contento porque el más poderoso y temido de los animales del bosque le había pedido un favor, salió a todo lo que le iban sus piernas para la casa del ciervo, el cual estaba en la aldea conversando con dos cabritos, tres conejitos y un lechón gordito y rosado, que el zorro se pasó la lengua por el hocico dos o tres veces, como diciendo: "¡Uy, si te pillara a mí!".

Después de dar unas vueltas alrededor de la casa y procurando no ser visto, el zorro se decidió, al fin, a hablar al ciervo. Lo saludó cariñosamente para no infundir sospechas, y le dijo así:

—El objeto de mi visita, señor Ciervo, es traerle un mensaje del más poderoso de los animales.

—Veamos el mensaje —dijo el ciervo.

Y el zorro continuó hablando:

—Mi amigo el león, que está muy enfermo y siente que se aproxima su última hora, ha cavilado varios días sobre quién podría sucederle en el reino de la selva y llegó a la conclusión de que el más indicado es usted.

—¿? ¿No es una burla, señor Zorro?

—No, señor, usted, por varias razones: porque es el más fuerte, el más valiente y el más hermoso de todos los animales, del rey abajo.

Cuando llegaron a la cueva, el león seguía tendido sobre el colchón de pasto.



El zorro se decidió, al fin, a hablar al ciervo.

El ciervo, al escuchar esos elogios, creyéndolos merecidos (también los animales tienen vanidad), miró ya con cierto desprecio a las cabras, al lechoncito y a los conejos.

—Mucho le agradezco, señor Zorro —dijo el ciervo—, que me haya comunicado la última voluntad del león; en realidad, creo que nadie mejor que yo podría ser el rey de la selva. Ahora me agradaría que me acompañara a la casa del enfermo, pues deseo conversar con él antes de que muera.

El zorro, al oír al vanidoso ciervo, no pudo evitar una sonrisa; mas, fingiendo estar emocionado, se limitó a decirle:

—Con mucho gusto, mi amigo; andando, y cuanto más ligero mejor, pues lo dejé muy grave y temo que no lo encontremos con vida.

Y emprendieron la marcha.

Cuando llegaron a la cueva el león seguía tendido sobre el colchón de pasto. En realidad, como hacía varios días que no probaba comida, se hallaba débil y le costaba algún trabajo levantarse de la cama.

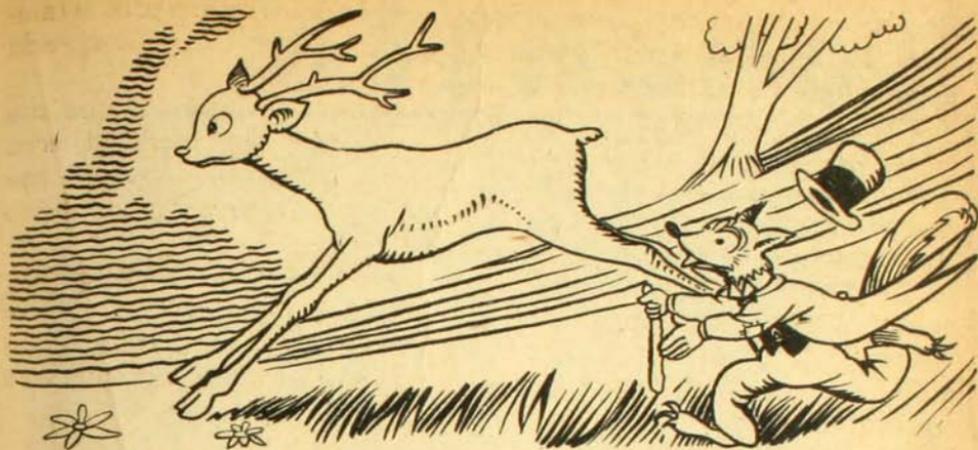
—Mucho te agradezco, amigo Ciervo, que hayas venido a mi cueva —dijo el león—. Creo que el amigo Zorro te habrá contado lo que pienso. Por lo tanto, acércate un poquito para ver si tus cuernos son lo bastante fuertes como para que puedas ser rey de la selva cuando yo muera.

Lo que deseaba el león era tenerlo cerca de sus garras, pero como el ciervo empezase a sentir cierta duda y no se acercaba, el león, impaciente, lanzó un terrible rugido. Entonces el ciervo, más muerto que vivo ganó la puerta de la cueva y huyó despavorido. Al ver su fracaso, volvió el león a rugir desesperadamente, y cada vez más enfurecido, por lo cual el zorro, procurando calmarlo, le dijo:

—Amigo León: creo que usted, al apurarse demasiado, asustó al pobre ciervo. Pero no se enoje. Iré de nuevo a buscarlo y le prometo venir con él otra vez, pero no se precipite, sea cauteloso. Y, sin esperar más, el zorro fué nuevamente a la casa del ciervo, pero no lo encontró.

Al fin, después de andar buscándolo por todas partes, lo halló escondido entre unas plantas altísimas (el miedo no es tonto). El zorro, al verlo, deseando engañarlo nuevamente, le preguntó:

—¿Por qué huyó, amigo Ciervo? No creo que pueda ser buen rey quien teme a un enfermo a punto de morir. Además, el león



Y el ciervo, halagado otra vez en su vanidad, acompañó al zorro... da esos rugidos a cada momento por los dolores que sufre. Se enojó mucho el león. "¿Cómo? —dijo al verlo huir—. Y yo que lo tenía por el más valiente." "Y lo es —le dije—. A lo mejor, al verlo sufrir, fué por un médico." Y lo creyó. De modo que puede usted volver.

Y el ciervo, halagado otra vez en su vanidad, acompañó al zorro, sin pensar el peligro que corría.

Esta vez el león, decidido a que no volviera a escapársele, se levantó como pudo y fué a esconderse detrás de la puerta de la cueva, y apenas el ciervo, muy arrogante, apareció en ella, se abalanzó sobre él y lo mató de dos zarpazos; en seguida empezó a destrozarlo para comérselo; pero el zorro, al ver junto a sus patas el corazón del ciervo, en el acto se lo tragó sin que el león se diera cuenta. Después de haber comido unos cuantos pedazos, el león empezó a buscar el corazón. Como no lo encontraba, preguntó:

—¿Es posible que este ciervo no tuviera corazón?

Y el pícaro zorro, relamiéndose, le respondió al tiempo que salía de la cueva:

—Es inútil que lo busque, mi amigo; ¿qué corazón podría tener un ciervo que vuelve a la cueva del león después de haberse librado de la celada?

Y echó a correr.

Al decirle esto, el zorro quiso indicarle que *los que pretenden honores sin merecerlos, dejándose llevar por los elogios, no alcanzan a advertir el peligro y son víctimas de su vanidad.*

Ponchito

SE ME REVENTÓ UN NEUMÁTICO Y NECESITO UN "GATO" PARA CAMBIARLO. ¿PODRÍA CONSEGUIRME UNO?



¡CLARO QUE SÍ! EN LA CASA TENGO UNO



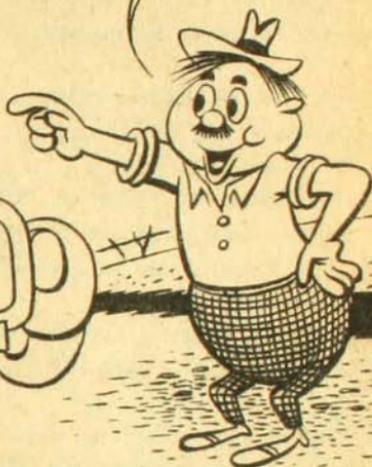
VOY A BUSCARLO RAPIDAMENTE



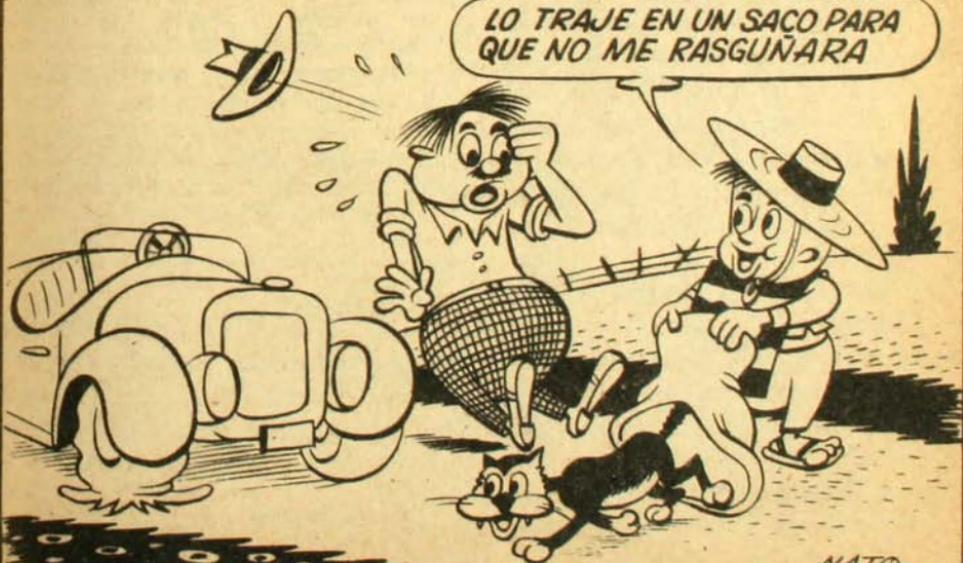
ESTOS AUTOMOVILISTAS
SIEMPRE QUEDAN
EN PANA



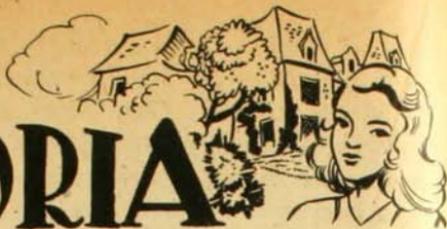
¡QUE BUENO! AHI
VIENE EL HUASITO



LO TRAJE EN UN SACO PARA
QUE NO ME RASGUÑARA



MARÍA GLORIA



CAPITULO IV.—Dolor y pena de María Gloria.

De nada le valieron todos sus argumentos a María Gloria y a Juan Manuel.

Hilda de Beral ya tenía el título de madre adoptiva de la hija de Jaime Dáver y se la llevaba en su lujoso automóvil.

Juan Manuel quedó consternado y llorando su soledad y desdicha.

Poco después acudió al carromato de Zoraida el *gringo* Reginaldo, domador de fieras en el Circo Artiga.

—¿Me han dicho que esa dama rica, que les visitó en el balneario, insistió en llevarse a María Gloria? —preguntó Reginaldo al desdichado Juan Manuel.

—Sí —gimió el muchacho gitano—. María Gloria partió para siempre.

—Ingrata la niña rubia —expresó el *gringo*.

—Ingrata, no. ¡Jamás! —protestó Juan Manuel—. Ella lloraba tanto como yo, pero esa mujer había adquirido derechos sobre ella. Se hizo nombrar tutora por el juez de Santa Clara. Y para colmo me dejó esta misiva con diez billetes de cinco mil pesos. Dice así: "A Juan Manuel, en recuerdo de su querida madre y a fin de que pueda terminar sus estudios".

—Esa gente rica todo lo arregla con dinero —suspiró Reginaldo—. Pero creo que no tuvo intención de ofenderte, muchacho. Con esos cincuenta mil pesos y la venta del carricoche podrías

RESUMEN: Jaime Dáver llega con su hija María Gloria a la aldea de Santa Clara y se hospeda en el hotel "Caballo Blanco". Durante la noche muere Jaime Dáver, y su hija queda desamparada. El juez del lugar decide enviar a la huérfana a un orfanato, pero la gitana Zoraida, de oficio confitera, adopta a María Gloria. Después de seis meses la linda niña se encuentra feliz en el carricoche de Zoraida y de su hijo Juan Manuel. Traba amistad con los artistas de un circo y ayuda en la tienda de confites de su madre adoptiva. Tres años después, una dama elegante es atraída al quiosco de Zoraida por la belleza de María Gloria. Hilda de Beral desea adoptar a María Gloria, lo cual produce indignación en la familia gitana. Días después Zoraida cae gravemente enferma. Muere de neumonía. Transcurridos algunos días, Hilda de Beral reclama como hija adoptiva a María Gloria y la separa de Juan Manuel.

reunir una buena suma y marcharte conmigo a Norteamérica, donde explotaríamos la crianza de caballos en mis tierras.

—Me alejo de María Gloria —musitó el cuitado niño.

—Cuando seas mayor de edad tendrás todo derecho para reclamar a tu hermana adoptiva —declaró Reginaldo—. Y si reúnes una pequeña fortuna...

Juan Manuel meditaba, hasta que Reginaldo le preguntó:

—¿Qué decides?

—Me marcho contigo —dijo Juan Manuel—. En otro país seré menos desdichado.

* * *

María Gloria llegó a la regia mansión de Hilda de Beral, y cuando se vió de nuevo sola, en la linda habitación que le destinaban, estalló en llanto.

Su destino era muy cruel. Huérfana, tuvo la suerte de tener una madre tan buena como la gitana Zoraida y un hermano que era todo su consuelo.

A pesar de su carácter suave y bondadoso, María Gloria sentíase llena de resentimiento hacia la rica señora que la había separado a viva fuerza de los suyos.

De pronto llamaron a la puerta. La niña no respondió, a fin de que creyeran que estaba durmiendo.

La puerta se entreabrió y apareció la camarera de Hilda de Beral.

—La señora me ordenó que vistiera a la señorita para la comida.

—Estoy vestida —replicó María Gloria.

—Ya lo veo —dijo la camarera—, pero debe colocarse este traje azul, peinar sus cabellos...

—No es posible —protestó Ma-



—Juan Manuel, vente conmigo y serás rico —dijo el gringo Reginaldo.

ría Gloria—. Yo estoy de luto por mi madre y no vestiré de color...

—Pero esa gitana no era su verdadera madre —argumentó la camarera.

—Ella me consideraba su hija y yo la quería como a una madre —murmuró sollozando María Gloria—. Y no me dejan llevar luto por ella...

—Señorita, reflexione...

—No y no —exclamó María Gloria, con energía—. No cambiaré de traje.

Como la camarera pretendiera desabrochar el vestido que llevaba puesto, María Gloria gritó enardecida:

—Nadie me impedirá que continúe de negro... Puede ir a decirselo a su patrona...

Al retroceder, María Gloria volcó un pedestal que sostenía una jardinera de plata con flores. El pedestal golpeó la ventana y destrozó los vidrios.

Al oír el ruido, acudió la señora Beral preguntando qué ocurría.

—Señora —dijo la camarera—, la señorita no quiso cambiar de traje. Furibunda quebró los vidrios de la ventana y yo tengo miedo que me pegue...

Hilda de Beral quedó muda de espanto.

¿Era posible que esa niñita encantadora, de rostro angelical se transformara en tan poco tiempo en una arpía?

La dama observaba el semblante convulsionado de María Gloria, sus cabellos desgreñados y su mirada fija.

—Salga usted, Julia —ordenó Hilda—, y déjeme sola con la señorita.

—Pero, señora —insinuó la camarera—, no es prudente que...

—Salga, Julia —repitió Hilda, con impaciencia.

La camarera bajó rápidamente a la cocina y ante todo el personal doméstico dijo indignada:

—La pequeña mendiga que recogió la señora es una verdadera furia. Rompió los vidrios de la ventana y yo creí que iba a matarme... Tuve un susto horrible...

—Esas vagabundas... —dijo el mozo— son capaces de todo. Una saltimbanqui, engendro de gitanos... Yo sé lo que es esa gente. Si les pasa una idea por la cabeza, son capaces de asesinar. Por un sí o un no, los gitanos matan a cualquier persona.

—O incendiará la casa —expresó la cocinera—. Eso se lee siem-



—No quiero vestir con un traje de color —dijo María Gloria.

pre en los diarios. ¿Qué objeto tuvo la patrona en traer aquí a esa mendiga?

Mientras los criados efectuaban tan siniestros comentarios, Hilda de Beral trataba de calmar a María Gloria.

—Dime, hijita, ¿por qué esa desesperación, esos gritos y esas lágrimas? ¿Qué sucede?

—Que no quiero vestir ese traje azul —respondió María Gloria.

—¿Por qué motivo, hijita? —preguntó suavemente Hilda—. Yo misma escogí ese traje azul celeste pensando que te gustaría. Es muy bonito...

—Quiero guardar luto por mi madre Zoraida —respondió la niña. La señora Beral reflexionó un instante y con la misma suavidad replicó:

—Está bien, te compraré otros vestidos elegantes y de color negro. María Gloria alzó sus pupilas azules hacia su tutora y ante tal



Maria Gloria cayó inerte a los pies de Hilda de Beral.

—Y yo mi bastón —insinuó el mozo.

Así armados, los estúpidos criados subieron la escalera. En el primer tramo del segundo descanso, Felicia balbuceó:

—Nada se oye...

—¿Habrà muerto la patrona? —susurró Julia.

Entretanto, Hilda, impacientada por la espera, salía de la habitación al encuentro de sus empleados.

Al ver a las dos mujeres con armas en la mano, creyó que estaban locas y las miró severamente.

—Teníamos tanto miedo, señora —dijo Felicia.

—Comprendo que la lengua de víbora de Julia las ha engañado

—dijo Hilda—. ¿Creen que una pobre niñita de doce años, que ha sufrido tantas desgracias, constituye un peligro? Ayúdenme a socorrer a la infeliz pequeñuela que se ha desmayado.

bondad sintió vergüenza de sus arrebatos. Quiso decir algunas palabras, pero le faltó la respiración.

La pobre huérfana, agotada por las diversas emociones sentidas en la última semana, cayó desmayada a los pies de Hilda de Beral.

Hilda, angustiada y temerosa, comenzó a llamar a sus empleadas:

—¡Julia!... ¡Felicia!... ¡Vengan!... ¡Pronto, pronto!...

Al oír el llamado de la patrona, Julia, que aun permanecía en la cocina, exclamó:

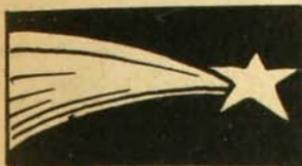
—¿Qué les decía yo? Se ha trezado en lucha con la patrona...

—Es un pequeño monstruo —murmuró la cocinera Felicia—. Voy corriendo... Llevaré las tenazas... Nunca se sabe con estas gitanas...

(CONTINUARA)

GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántas son las partes principales de un cometa? Envíe su respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios: 10 estuches colegial, 10 premios de dos cuadernos cada uno, 10 llaveros,

10 paquetes Vitalmín, 5 paletas acuarelas y 5 juegos escobillas.

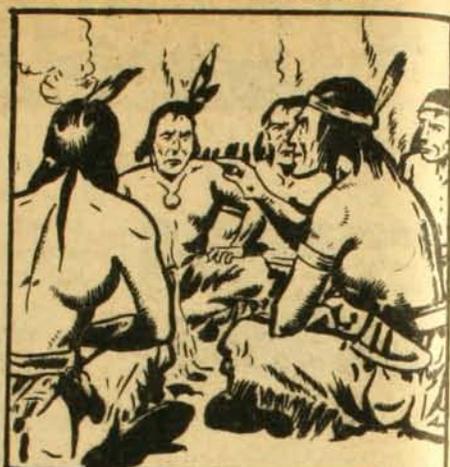
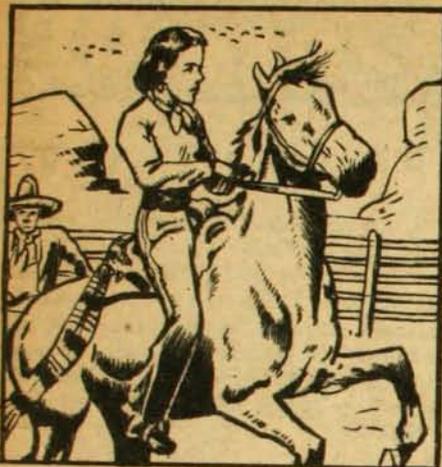
SOLUCION AL CONCURSO N.º 69.

Los jinetes del Apocalipsis fueron cuatro.

PREMIADOS CON UN PAQUETE VITALMIN: Raúl Contreras, Santiago; Quenia Mora, Santiago; Heriberto Romero, Santiago; María Paulina Rosenberg, Santiago; Astrid González, Santiago; Oscar Ríos, Santiago; Fernando Montes, Concón; Máximo Lira, Santiago; Berta Jofré, Temuco; Lucy González, Valparaíso. **UN CARTON HERRAMIENTAS:** Víctor Kroger, Talcahuano; Eliana Beddings, Viña del Mar; Anunciatta Granatta, Santiago; Vera Krausuva, Santiago; Carlos Silva, Santiago; Juan Butkovic, La Unión. **UN JUEGO DOMINO:** Hugo Segovia, Santiago; Gerardo Jiménez, Viña del Mar; Maillor Simián, Santiago; Demetrio Rebolledo, Valparaíso. **UN JUEGO PIMPON:** Aída Cornejo, Coronel; Luis Castillo, Santiago; Irma Pérez, Santiago; César Morales, Temuco; Antonio Ravanal, Temuco. **UN JUEGO LOTERIA:** Jorge Muñoz, Lota Alto; Eduardo Ortiz, Temuco; Julia Bravo, Santiago; Ruben Ortúzar, Concepción; Omar Ortiz, Constitución. **UN PAR SOQUETES:** Sonia Jofré, Curicó; Sergio Sáenz, Pailahueque; Niño Bozzo, San Fernando; Fernando Araos, Viña del Mar; Luis Urrutia, Pailahueque; Julia López, Los Andes. **UNA CHAUCHERA:** Pedro Mario Peralta, Pailahueque; Miguel Ahumada, Curicó; José Manuel Toro, Santiago; Oscar Guerrero, La Florida. **UN LIBRO:** Juan Ferrari, Viña del Mar; Manuel Torres, Santiago; Rolando Vergara, Talcahuano; Marcelo Barra, Lota Alto; Ociel Ibarra, Yungay; Rodrigo Henríquez, Temuco; José Santos Vásquez, Pailahueque; Jorge Zárate, San Bernardo; Jerry Oyarzún, Valparaíso, y Beatriz Bozzolo, Quillota.

LA FLECHA

CAPITULO IV.— TACOMAC BUSCA A LA PRINCESA ALIKA.

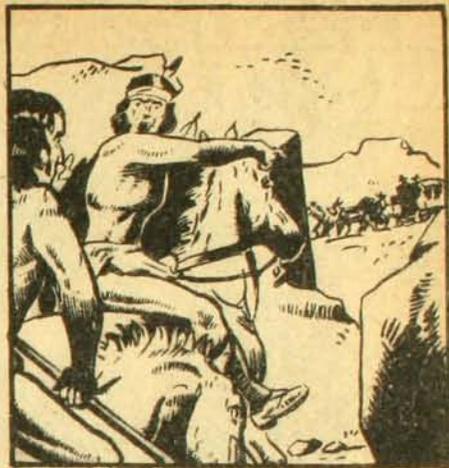
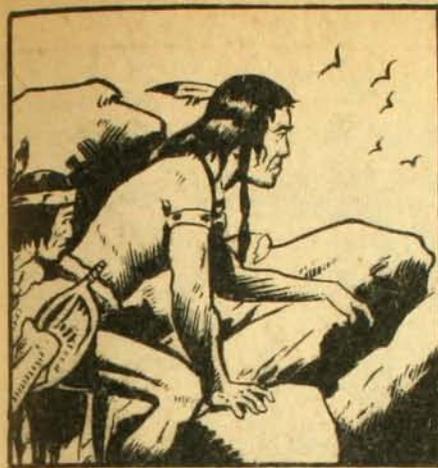


1. Teddy Bill y su mujer Olivia ya conocían la triste historia de Alika, la hija del cacique Urlán, a quien Chiguán había robado la "Flecha del sol". La indiecita, acogida con cariño por los rancheros, montaba a caballo y parecía haber olvidado sus penas. Pero no así el joven cacique Tacomac, fiel a la hija de Urlán. Refugiados en la montaña, Tacomac y sus amigos juraban vengarse de Chiguán.



2. "—Venceremos a ese malvado —decía Tacomac—, y recuperaremos la "Flecha del sol". Desde ese momento los proscritos sólo pensaban en tenderle emboscadas a los secuaces de Chiguán. Después de una victoria contra las hordas de Chiguán, recogieron un magnífico botín y dejaron clavada en el sitio del combate una flecha como signo de venganza. "—Tacomac —dijo uno de los indios a su jefe—, han muerto muchos caballos."

DEL SOL



3. "—Ya los recuperaremos en el campo enemigo o entre los rostros pálidos —respondió el jefe de los proscritos—. Lo más esencial es recobrar la "Flecha del sol" y encontrar a la princesa Alika." Los indios recorrían prados y montañas buscando a la hija de Urlán, pues ignoraban que la princesita vivía con el buen ranchero Teddy Bill. "—Se acerca un gran carruaje —gritó un centinela—. Es una diligencia."



4. "—Son hombres pálidos —dijo Tacomac—; no les haremos mal, pero los quitaremos sus caballos, porque nosotros los necesitamos mucho para nuestras luchas contra Chiguán. Esos animales pertenecerán a los que hayan perdido los suyos en el reciente combate." Al oír el grito de guerra de los pieles rojas, la diligencia se detuvo y el cochero alzó las manos dándose por vencido: "—No les haremos daño —dijo Tacomac, acercándose a los pasajeros—. Sólo necesitamos sus caballos, señores."

(CONTINUARA)

AKYRA

CAPITULO X.—El triunfo de la doncella Akyra.



Los esbirros de Ben-Kasen asaltaron el villorrio.



Se llevaron el botín en grandes bolsas.

Akyra, la hermosa doncella árabe, liberada de la esclavitud por el capitán Omar, reúne a todos los oprimidos por el tirano Ben-Kasen y organiza una revuelta que lleva proporcionen gigantes.

Mientras el capitán Omar yace herido en un islote, contiguo a Bufekrane, sus amigos trabajan en la liberación de la tiranía feroz que ejerce Ben-Kasen.

Akyra fué advertida por el fiel Buazza de que Ben-Kasen y su émulo Koleib intentaban efectuar una *razzia* al *duar* de Ait-Suala, para castigar a los pobres *fellahs* (c a m pesinos), porque no habían pagado el tributo que exigía el tirano. La doncella partió con doce jinetes, pero ya los crueles cobradores de impuestos de Ben-Kasen penetraban en el tranquilo villorrio de Ait-Suala.

Golpeando en cada puerta, solicitaban el impuesto o tributo que exigía el tirano de Bufekrane.

—Carecemos de dinero —gemían los *fellahs*—. La cosecha del año fué mala. Esperadnos un poco.

—Si no tenéis dinero, nos llevaremos vuestros trajes, vuestros



Akyra aprisionó a los malvados adeptos de Ben-Kasen.

utensilios, y si con eso no basta para pagar el tributo, vendemos a vuestras mujeres como esclavas. Los esbirros de Ben-Kasen, mientras saqueaban las humildes viviendas, habían dejado sus corceles a cargo de un guardián. Akyra divisó desde lejos el piño de caballos y ordenó a sus doce jinetes que se apoderaran de ellos y les llevaran a un



Todo el botín fué devuelto a sus dueños.



—Idos a trabajar al desierto —ordenó Akyra.



Los cobardes huyeron despavoridos hacia el desierto.

baño —ordenó Akyra—, y que el botín vuelva a manos de sus dueños.

—Piedad de nosotros, bella princesa —gimieron los cobardes prisioneros—. Si Ben-Kasen se impone de nuestra derrota, nos hará desollar vivos o nos venderá como esclavos.

—Entonces, ¿por qué continuáis al servicio de ese malvado? —preguntó Akyra a los cautivos—. Os devuelvo vuestros corceles bajo la condición de que os enmendéis y no os pongáis jamás a las órdenes de un tirano.

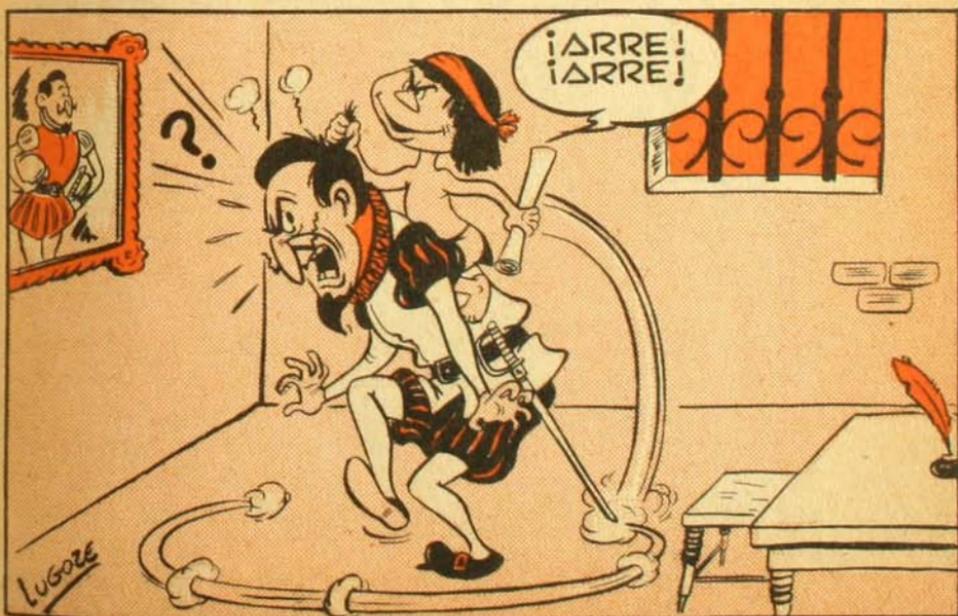
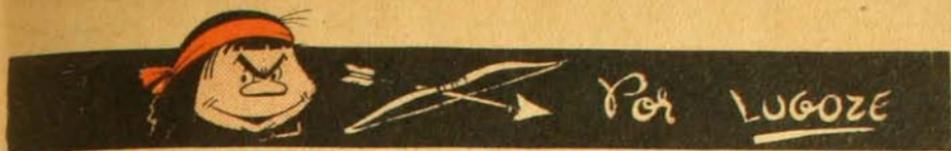
Los cuitados siervos de Ben-Kasen huyeron velozmente hacia el desierto.

sitio donde no pudieran divisarles los secuaces de Ben-Kasen.

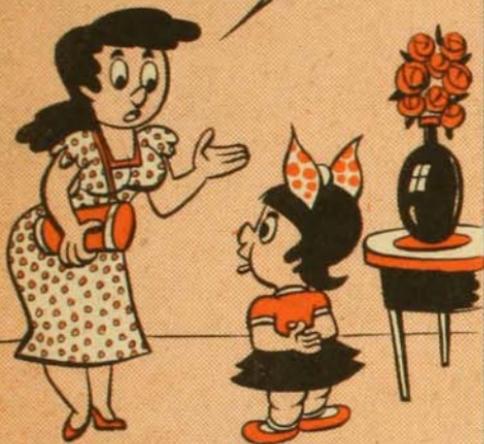
Ignorantes del ataque que se les venía encima, los malvados explotadores de los *fellahs* caminaban cargados de bultos en busca de sus caballos.

De pronto fueron rodeados por Akyra y sus valientes jinetes.

—Que devuelvan todo lo que se han ro-



TU CUIDARAS LA CASA MIENTRAS VOY AL CENTRO, TEN MUCHO CUIDADO CON LOS LADRONES



¡AH! YA SE LO QUE VOY A HACER



RATO DESPUES

A VER COMO SE HA PORTADO PELUSITA



...Y PARA QUE NO ENTRARAN LADRONES INVITE A COMER A ESTOS CARABINEROS



Simbad

N.º 73

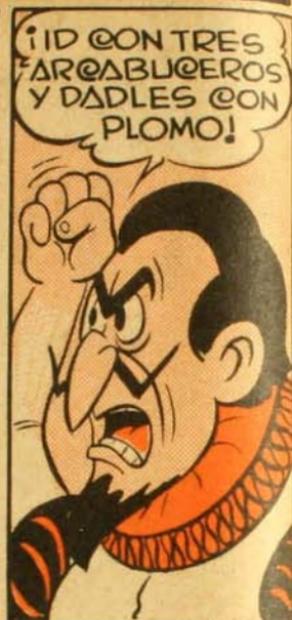
LAS MIL Y UNA NOCHES



\$ 2.-

AL.

LAUTARITO



Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

EL PEREGRINO de BUDA



Directora:
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO II N.º 73

Precio: \$ 2.—

24-1-1951

CAPITULO III.—*EL persa Kiu traiciona a Yuansú*

En el año 618, precisamente cuando el emperador Tai-Tsong emprendía una serie de batallas para conquistar el imperio chino, un joven monje budista que tenía por nombre Yuansú, partía en peregrinaje por todos los pueblos de Asia llevando las doctrinas de los sabios y filósofos orientales.

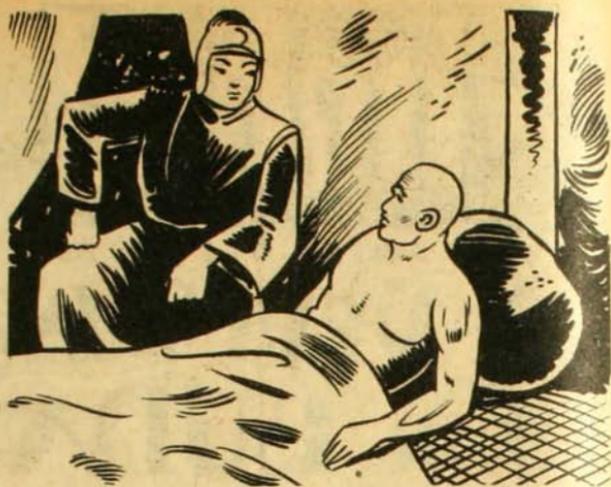
Era tal su ciencia, que le llamaban “El Maestro de la Ley”.



Yuansú ordenó que atendieran al hombre que encontraron exánime en su ruta.

Yuansú partió solo, porque sus discípulos temieron los grandes peligros de un viaje en el cual habían de recorrer inmensos desiertos y afrontar, además, la malquerencia de los fundadores de otras religiones que ya comenzaban a tener odio a las doctrinas de Buda.

Yuansú fué muy bien recibido por el rey de Turfan, quien



—Me llamo Kiu; soy persa y mercader — dijo el herido.



Las lamentaciones de Kiu eran falsas e hipócritas.

le facilitó una escolta para que llegara al reino de Samarcanda, donde también sería recibido por el monarca de aquel reino.

En la ruta hacia Samarcanda, la escolta de Yuansú descubrió a un hombre tendido a través del camino. El compasivo y joven peregrino de Buda desmontó y examinó al hombre que yacía en el suelo. No estaba muerto, pero tenía varias heridas que, según dijo él, le habían infligido los bandidos que pululaban en el país.



—Kiu ha huído —declaró un soldado a Yuansú.

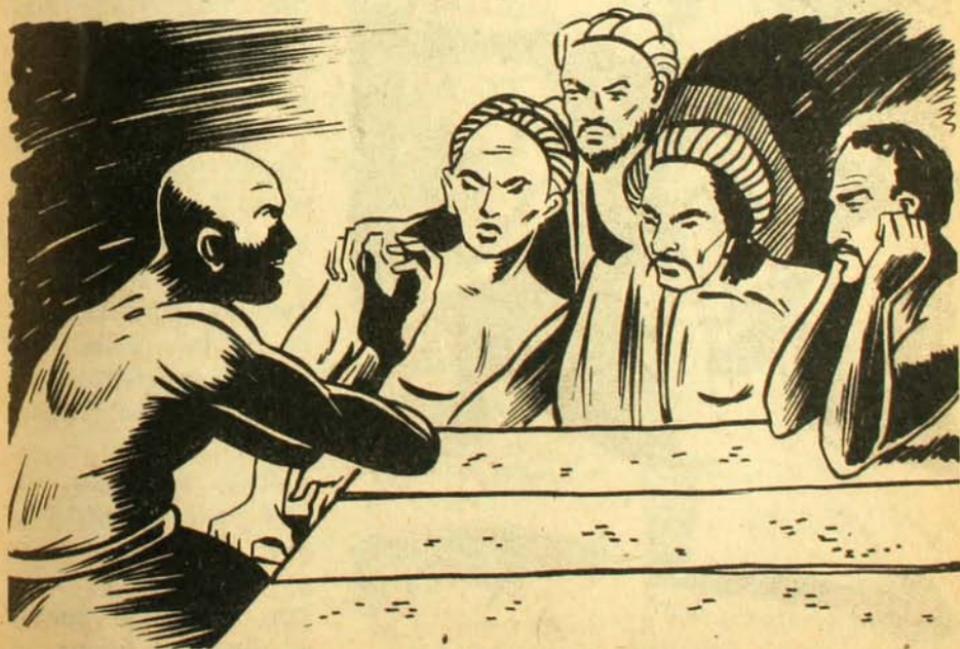
gemidos y llantos, Yuansú no respondió, porque su maravillosa inteligencia le hacía intuir que Kiu era un comediante.

Al día siguiente, el monje budista y su escolta llegaron a la ciu-

El desconocido fué instalado bajo la carpa del campamento de Yuansú.

—Me llamo Kiu, soy originario de Persia y mercader —respondió el herido a una pregunta del joven monje budista—. Ustedes me han salvado la vida, pero, ¿quién me devolverá mis mercancías? Estoy arruinado.

Fastidiado con tantos



Kiu exaltó a los adoradores del fuego contra Yuansú.

dad de Samarcanda.
—Maestro —dijo uno de los de su escolta—. Kiu ha desaparecido.

Aunque sorprendido de tamaña ingratitud, el monje no le dió importancia y siguió hasta el palacete que los sabios de Samarcanda le habían señalado como hogar. Allí el sabio Yuansú se dedicó a desarrollar sus conoci-



Una flecha cruzó las sombras e hirió a su caballo.



Al llegar a su palacio, Yuansú fué asaltado.

tos sobre las doctrinas religiosas y filosóficas del Oriente. Entretanto, el pérfido Kiu se preparaba a pagar con traiciones el beneficio recibido. Sabiendo que los habitantes de Samarcanda eran adoradores del fuego, recorrió las calles más siniestras, entró a las tabernas peor reputadas y dijo:

—Esos budistas vienen para convertir al rey de Samarcanda y destruir el culto que vosotros rendís al dios del fuego.

Ese culto o secta ori-

ginaria de Persia y que se llama la religión de Zarathustra o Zoroastro, consistía en la adoración del fuego, elemento sagrado que no puede contaminarse con nada impuro. Los *parsis* consideran, además, sagrada el agua y la tierra, de manera que los cadáveres, por ser impuros, no pueden estar en contacto con ninguno de los tres elementos enunciados.

El Templo del Fuego constituye el sitio de adoración para esa secta de Zarathustra.

—¡Afuera los budistas! —gritaron todos los oyentes.

—Hay algo más —prosiguió el traidor Kiu—, el monje budista trae un rico bagaje, que podemos repartirnos como botín.

Los samarcandeses convinieron en asaltar a Yuansú en el palacio que le había concedido el rey.

Una noche Yuansú regresaba a su palacio cuando divisó un gran tumulto de gente que avanzaba con antorchas. Uno de los asaltantes le disparó una flecha al caballo que montaba.

—A muerte el discípulo de Buda —gritaban los asaltantes—. Sacrifiquémosle al dios del fuego para purificar la ciudad.

El peregrino de Buda se lanzó por una sombría calleja, a fin de llegar a su palacio. Pero allí le aguardaban sus enemigos, quienes le envolvieron en un manto y le derribaron brutalmente.

(CONTINUARA)



Los enemigos le capturaron y envolvieron en un manto.

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 73

El aparato respiratorio
consta de ... partes.

EL PIRATA LING-SOO

CAPITULO XX y final.—Gaunt encuentra el tesoro

Una mano amarilla había dejado caer un polvo soporífico sobre el rostro de Héctor Maine, y en seguida esa misma mano empuñaba una daga para herir al ex prisionero de Ling-Soo.

Pero Víctor Gaunt, con portentosa rapidez, cogió su revólver y apuntó a la alevosa mano.

Se escuchó un grito de dolor tras el tabique. Al mismo tiempo otros piratas intentaron abrir la puerta del ángulo opuesto.

Chang-Lu y otros doce confederados habían descubierto el sitio donde se ocultaban los demonios extranjeros y proyectaban apoderarse de ambos.

Gaunt cogió en brazos a Maine, abrió una puertecilla secreta disimulada entre el cortinaje y desapareció tras ella con las siete pagodas.

Chang-Lu alcanzó a divisar al detective cuando se introducía por la puerta secreta y gritó a sus secuaces:

—Derriben la puerta, pues si Ling-Soo se impone de la fuga de los demonios blancos, nos sacará los ojos.

Los doce bandidos pretendieron derribar la puerta, pero fué vano su intento. Era blindada, y aun cuando la hubieran destrozado, ya Víctor Gaunt con Héctor Maine auestas había salido a otra casa muy distante. El detective volvió a cambiar de disfraz y también trocó la indumentaria de su narcotizado compañero.

Ling-Soo, desesperado por su derrota, decidió por fin dirigirse con cincuenta de sus confederados a la *Tierra de las Ruinas*.

Formaba esta tierra maldita parte de un vasto territorio asolado por remotos cataclismos.

Sólo quedaban allí ciudades muertas y uno que otro templo habitado por monjes budistas, de órdenes contemplativas.

Simultáneamente, viajaban hacia una de esas ciudades muertas Víctor Gaunt y Héctor Maine, por el camino del Este, y Ling-Soo con sus piratas por el Oeste. Ninguna de las dos caravanas se había encontrado en la ruta árida y desierta.

Evitando los senderos frecuentados, Gaunt y Maine llegaron a la *Ciudad Muerta*, tras cuyos muros veíanse antiguas pagodas y las altas murallas de un templo en ruinas.

—Maine —dijo Gaunt a su amigo—, allá lejos divisó una nube de polvo. Seguramente se acerca Ling-Soo con su horda de demonios amarillos. Apresurémonos. Antes de dos horas estarán aquí.

En efecto, Ling-Soo y sus cincuenta afiliados galopaban por el arenoso desierto y se detenían frente a la *Ciudad Muerta*.

Las pupilas del jefe de los piratas brillaron con fuego infernal.

—Victor Gaunt no saldrá vivo de ese templo —dijo Ling-Soo—. ¡Aquí todos! —agregó con salvaje júbilo—. Rodeen el templo mientras Chang-Lu y yo entramos en él.

Un monje barbudo, de rostro cadavérico, salió al pórtico del antiquísimo templo.

—¿Quién eres tú? —interrogó Ling-Soo.

—Soy el Sacerdote de la Muerte —replicó el anciano monje.

—¿Has visto a otros hombres aquí?

—Sí —respondió el monje—, hace menos de dos horas llegaron



Una escuadrilla de aviones planeaba sobre el templete en ruinas.

aquí dos hombres. Sin saludarme, consultaron un papel y se alejaron.

—¿En qué dirección?

—Hacia la bóveda de aquel templete en ruinas.

—Condúcenos allí —ordenó Ling-Soo al viejo monje.

El barbudo sacerdote guió a los piratas hasta el interior del templete derruido y señaló la puerta de un subterráneo.

—Por allí bajaron —dijo el monje de la Muerte.

—¡Chang-Lu! —exclamó Ling-Soo—. Todos aquí. Llama a nuestra gente.

Los cincuenta piratas se alinearon a la entrada del subterráneo y comenzaron a bajar por la escalera de piedra.

Quedaban sólo cuatro afuera cuando Ling-Soo decidió seguirles. Con mirada cautelosa el astuto jefe alzó la vista hacia una antigua pagoda contigua al templete y le pareció divisar una silueta en la barandilla más alta de la pagoda.

Al instante sospechó una intriga.

Volviéndose hacia el monje, que permanecía extático y como absorto en contemplación ultraterrena, gritó enloquecido de rabia:

—Me preparabas una trampa, Víctor Gaunt. . .

Con brutal ademán echó atrás el capuchón del monje falso y le arrancó la barba.

—Señor Gaunt —gritó Ling-Soo—. Usted me preparaba una celada. No hay tal tesoro en el subterráneo. Quería sepultarme vivo con mis soldados.

Víctor Gaunt, inmóvil y rodeado de cuatro piratas, se consideró perdido. Su hábil estratagema fracasaba por la imprudencia de Héctor Maine.

—Me has vencido, Ling-Soo —replicó Gaunt, con extraña humildad.

Los cuatro piratas que le rodeaban creyeron en la sumisión del demonio extranjero y bajaron las espadas.

Entretanto, Gaunt, con sus manos a la espalda y afirmado en la puerta de acceso al subterráneo, había logrado cerrar con llave la puerta y en seguida ocultarla en los pliegues de su hábito monacal.

Seguro de que los otros piratas no podrían atacarle, el detective propinó certeros golpes a sus cinco asaltantes, cogió la espada de uno de ellos y, protegido por un pilar, inició una heroica defensa.



Los piratas huyeron enloquecidos de espanto.

—Ya voy, Gaunt —gritó Maine desde la pagoda—. Mantén a raya a esos demonios.

Ling-Soo alzó la vista y apuntó con su revólver al joven Maine. Por suerte la arena del desierto había inutilizado el arma y la bala no salió.

Se siguió un combate reñidísimo. Ling-Soo cayó de espaldas sobre una piedra y se aturdió.

—Subamos a la pagoda —ordenó Gaunt a Maine.

Saltando por entre los heridos, ambos jóvenes treparon a la escalerilla de la pagoda y se refugiaron en el séptimo piso, teniendo cuidado de cerrar las puertas de cada piso.

—Aquí está la estatua de Buda que indica el plano —dijo Víctor Gaunt, deteniéndose frente a un ídolo de bronce—. El tesoro debe...

—Ya lo encontré —replicó Maine—, y fué tal mi entusiasmo que cometí la imprudencia de asomarme por los pilares de la pagoda. Esta indiscreción casi te costó la vida.

—Y aun estamos en peligro —declaró Gaunt—. Ling-Soo ha dado libertad a los piratas que estaban encerrados en el subterráneo.

Mira cómo salen en tropel de la bóveda. Ahora seremos dos contra cincuenta.

Sólo en ese momento vinieron a darse cuenta los dos jóvenes de que no había manera de huir. Estaban en el séptimo piso de una pagoda que no medía más de cuatro metros cuadrados.

—¿Qué haremos, Víctor? —preguntó Héctor—. Ling-Soo está abriendo la puerta del primer piso de la pagoda. Los piratas se acercan.

Gaunt sacó de su cinturón el famoso espejito que le servía para sus transformaciones y lo movió de izquierda a derecha, buscando los rayos del sol.

—Envío un mensaje inalámbrico —indicó Víctor Gaunt.

Héctor fijó su vista en el cielo y lanzó una exclamación de asombro.

Una escuadrilla de aviones se aproximaba velozmente y planeaba sobre el templete.

Víctor Gaunt continuaba enviando señales. De pronto estalló una granada casi a los pies de la pagoda.

Los piratas, enloquecidos de espanto, salieron del templete en ruinas y se dispersaron.

Pero no pudieron huir lejos; las bombas de los aviones les alcanzaban y en pocos minutos ningún secuaz de Ling-Soo quedó en pie.

Terminado el bombardeo, los aviadores aterrizaron en la arena. Ling-Soo murió aplastado por un muro del templo.

—Terminados los días de terror y de tiranía —murmuró Víctor Gaunt, contemplando el cadáver del pirata Ling-Soo.

Una hora más tarde, sólo quedaban vivos en la *Ciudad Muerta* Héctor Maine, Víctor Gaunt y los aviadores.

—¿Cómo llegaron tan a tiempo los aviadores? —preguntó Héctor Maine.

—Antes de partir de Hankow —explicó Gaunt—, yo envié a Tai-Wang, el mercader de tapices, con una carta a la Embajada Británica, pidiéndole que enviara una flotilla de aviones a la *Tierra de las Ruinas*.

—Nosotros —expresó uno de los aviadores— seguimos a la caballería de Ling-Soo y aguardamos la señal del capitán Gaunt para lanzar las bombas.

—Por todos los santos del cielo, Gaunt —exclamó Maine—, eres el hombre más inteligente que he conocido.



—Soy el demonio blanco, como me llamaba Ling-Soo —explicó, sonriendo, Gaunt.

—Soy el *demonio blanco*, como me llamaba Ling-Soo —replicó sonriendo el detective inglés.

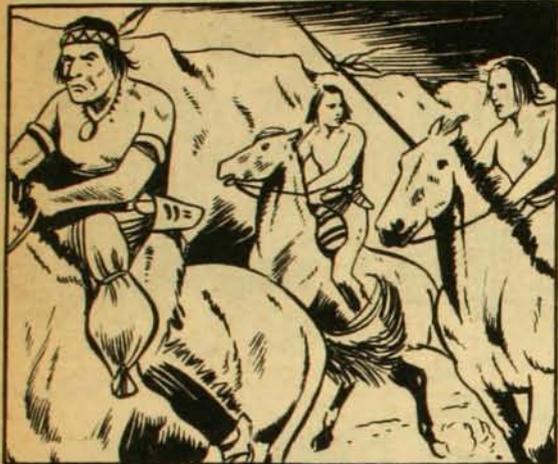
El inmenso tesoro del viejo templo budista fué trasportado a los aviones. Un tiempo después Gaunt y Maine partían a su patria, poseedores de incalculables riquezas.

Pero nunca esas riquezas serían tan grandes como las hazañas que había efectuado el explorador Gaunt en su azarosa vida en el Oriente.

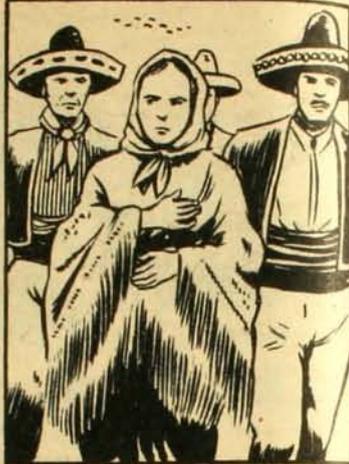
F I N

LA FLECHA

CAPITULO V.— LA FLECHA CLAVADA EN LA PUERTA DEL CARRUAJE.



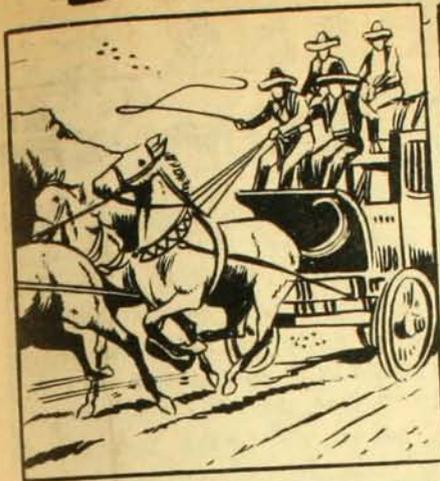
1. Tacomac y los demás guerreros fieles a la princesa Alika atacaron una diligencia y le robaron los caballos sin recoger botín, ni dañar a los viajeros. "—Necesitamos estos animales para vengarnos de Chiguán —había dicho Tacomac—, pero no por odio contra los blancos." Apenas estuvieron en su poder los caballos, se lanzaron por las sierras, dejando a pie a los viajeros de la diligencia.



2. Caminando por la montaña se encontraron con el ranchero Teddy Bill, que cabalgaba en compañía de la princesita Alika. Informado del asalto, Teddy les dijo: "—Yo les prestaré caballos." Alika se había aproximado a la diligencia, y grande fué su estupor al ver clavada en la puerta de la diligencia una flecha. Teddy facilitó los caballos a los viajeros, y éstos se marcharon muy contentos.



DEL SOL



3. "—Todos estos atentados —decía días después Teddy Bill a sus peones— son obra de la misma banda. La flecha lo prueba. Voy a partir a la sierra para investigar quién dirige los asaltos." "—Tenga cuidado, patrón", díjole Ramón. "—Sé prudente", suplicó su esposa Olivia. Alika sabía que los pieles rojas la buscaban y que terminarían por asaltar el rancho de Teddy para recapturarla.



4. Sin embargo, la princesa india no se atrevió a comunicar a Teddy Bill su temor y permaneció silenciosa cuando el ranchero subió a su carruaje. "—Adiós, Olivia; adiós, Alika. Tony y Ramón vigilarán de día y de noche nuestro rancho. Yo regresaré pronto." Teddy partía en una misión muy peligrosa, pero necesaria. Si hubiera sospechado que los pieles rojas rondaban su casa, no hubiera partido tan tranquilo.

(CONTINUARA)



LA CABAÑA DEL TÍO TOM



Hace muchísimos años, en todos los países americanos los negros eran vendidos como esclavos. Por fortuna, esa malvada costumbre ha desaparecido ya de América, como de casi todo el mundo. Igual que otros muchos, cierto rico propietario norteamericano tenía en su casa un crecido número de esclavos, hombres, mujeres y niños, que trabajaban en la hacienda y hacían los servicios domésticos con la mansedumbre que es tan propia de los negros. Era bondadoso y compasivo aquel señor, y lo eran también su esposa y sus hijos, de modo que la vida de los negros se deslizaba tranquila y sosegada, dentro de la triste situación en que esa pobre gente tenía que vivir, privada de su libertad.

Pero, un día, el propietario se vió obligado a vender algunos negros. Carecía de dinero para pagar una deuda que no podía demorar y resolvió, para salir de aquel apurado trance, desprenderse con hondo pesar suyo de algunos de sus fieles servidores.

Entre los esclavos vendidos figuraban el tío Tom, que era el más antiguo en la casa, y un negrito de pocos años, inútil aún para el trabajo, pero tan vivaracho y simpático, que el comprador se encaprichó en llevárselo, sin importarle nada de la terrible pena que tendría Elisa, su pobre madre, al verse separada de él. El tío Tom era hombre de alguna edad; estaba casado con una esclava de la misma casa, y todos le querían por ser muy bueno y muy trabajador.

Cuando se supo la noticia de la venta, las lágrimas brotaron de los ojos de todos. La dueña de casa se afligió en extremo y pidióle a su esposo que, por lo menos, se quedase con el tío Tom, pero nada consiguió: el negocio se había hecho ya en escritura ante escribano, y no había manera de volverse atrás.

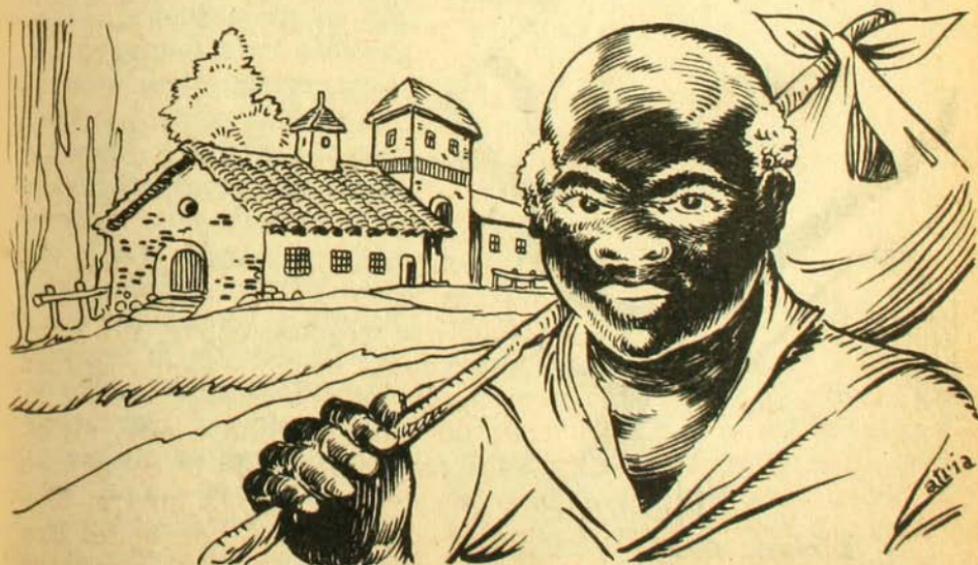
Llegada la noche de aquel triste día, cuando todo estaba en silencio en la casa, una sombra salió rápidamente de la cabaña en que vivían los esclavos y avanzó con decisión por la huerta, hasta llegar al camino exterior, en el cual se internó corriendo. Era Elisa, la madre del negrito, que se rebelaba a dejarse arrebatar

el amor de su corazón. Entre sus brazos, envuelto en una manta, iba dormido el inocente niño, bien ajeno a la desgracia que en aquel momento le amenazaba. La pobre madre hallábase casada con un negro que trabajaba en una lejana comarca, y se había propuesto llegar a su lado. ¿Lo conseguiría? Dejémosla por el momento; la noche favorece sus planes; nadie se ha enterado de que huye. ¡Que el Señor guíe sus pasos en esa desesperada tentativa de librar a su hijo de las garras de un negrero!

Poco después de amanecer llegó a la casa, guiando una gran carreta, el comprador de los esclavos. Estos se despidieron de sus familiares y de los que hasta entonces habían sido sus amos, y se fueron acomodando en el vehículo que debía conducirlos a un nuevo e incierto destino, pues el comprador no los quería para su propio servicio, sino para venderlos a quien diese más por ellos. Ya estaban todos en la carreta. Sólo faltaba el hijo de Elisa.

—¡A ver! —gritó el comprador, haciendo restallar un látigo—. ¿Dónde está ese muchacho? ¡Que venga en seguida!

Se pusieron a buscarlo. Pero ni él ni su madre aparecían por ninguna parte, y bien sabemos nosotros por qué. El comprador culpó de tramposo al dueño de la casa, creyendo que éste se valía de un engaño para no entregarle todos los negros vendidos. Y como era hombre violento, desahogó su furia golpeando rabioso con el



Entre los esclavos vendidos figuraba el tío Tom.



...y la masa helada y blanca llevó a los fugitivos al Estado fronterizo.

látigo a los esclavos acurrucados en la carreta. Todos gritaron y lloraron al verse así tratados por el tío Tom recibía en silencio y sin moverse tan brutal como el injusto castigo.

El dueño de la casa, para demostrar su buena fe, puso a disposición del negrero dos de sus esclavos; montaron éstos a caballo y salieron en busca de Elisa en un recodo del camino, lejos de la vista de todos, los dos negreiros aparearon. Si era por ellos, Elisa no iba a ser hallada.

Dejaron pasar una hora, y luego regresaron diciendo que, pese a su larga búsqueda, no habían hallado el menor rastro de los fugitivos.

Entonces el negrero pidió un caballo, montó en él y salió a galope en busca de unos agentes de policía del puesto más próximo, los cuales tenían la obligación, porque así lo disponía la ley, de auxiliarle en la persecución que estaba realizando. Negrero y agentes tomaron sin pérdida de tiempo por el camino que suponían habría seguido Elisa, y era el que conducía a un Estado próximo, donde la esclavitud ya había sido, afortunadamente, abolida.

Y, en efecto, no tardaron en encontrarla. Estaba detenida en la orilla del río que servía de límite a los dos territorios. ¡Y ahora no tendría escapatoria, porque el río estaba muy crecido y arrastraba en sus obscuras aguas grandes masas de hielo que harían imposible toda tentativa de cruzar la orilla opuesta!

Los perseguidores avanzaron a galope y dando gritos de triunfo. La esclava se estremeció: ¡esta es mi pérdida! ¡Habían resultado vanos sus terribles esfuerzos por salvar a su inocente hijito!

Miró con desesperación el río bloqueado de hielo que pasaba entonces cerca de ella, balanceándose suavemente; no tardaría en alejarse... Acaso iría a tropezar en la margen de enfrente. Encomendándose a Dios, cerró los ojos y dió un salto... Y la masa helada y blanca llevó a los fugitivos al Estado fronterizo donde estaba abolida la esclavitud.

El negrero y los policías, viéndose así burlados, maldijeron de su mala suerte y regresaron al lado de la carreta, donde los otros esclavos pedían a Dios que no los diesen hallados Elisa y su hijo.

Estos llegaron a una casa, pidiendo que les diesen de comer, pues estaban desfallecidos, y como encontraron gentes caritativas, pronto se repusieron de sus fatigas y no tardaron en ponerse de nuevo en marcha.



Llegaron a una casa y pidieron que les dieran de comer.

En cuanto al tío Tom y a sus compañeros de infortunio, fueron conducidos a un mercado de esclavos, en donde, siguiendo la costumbre, fueron vendidos al comprador que más dinero ofreció por ellos.

Tuvo suerte el tío Tom, pues fué adquirido por un rico propietario de cuya familia formaba parte una hermosa niña que se encariñó de tal manera con el anciano, que hasta llegó a enseñarle a escribir para que pudiese comunicarse con su esposa. Si ésta estuviera a su lado, el pobre negro se habría considerado feliz. La niña lo animaba a sobrellevar con resignación su desgracia; le prestaba su libro de rezos, salía a pasear con él; era, en fin, un ángel que le hacía más llevadera la vida.

Pero, precisamente por ser un ángel, Dios la llamó a su lado, y dejó a todos sumidos en el mayor desconsuelo. El afligido padre decidió entonces deshacerse de todo lo que le pertenecía y marcharse a otro país. Los esclavos fueron vendidos en el mercado, y el tío Tom tuvo la desgracia de que lo adquiriese un hombre cruel, dueño de extensas plantaciones de algodón, en las que trabajaban como bestias numerosos negros, hombres y mujeres.

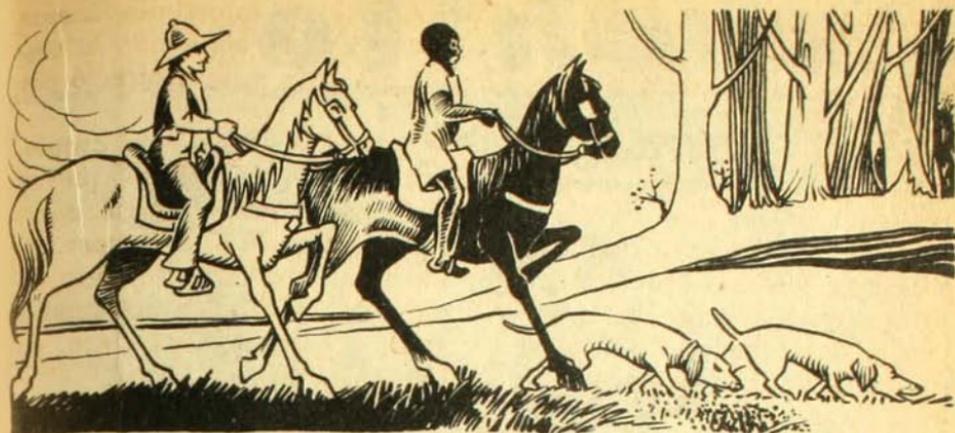
El tío Tom empezaba a doblarse bajo el peso de los años; pero su espíritu se conservaba fuerte y sereno, alentado por las oraciones que había aprendido de labios de la hermosa niña.

Su esposa le recordaba, en algunas de sus cartas, que estaba reuniendo la cantidad necesaria para comprar su libertad.

El viejo esclavo leía estas noticias suspirando. ¡Qué buena era su esposa! Y a escondidas, a la luz de una bujía, le contestaba con unas líneas temblorosas, llenas de inquebrantable fe y esperanza en el porvenir.

Un día, trabajando en las plantaciones, vió que el capataz golpeaba con el látigo a una esclava porque se mostraba lerda en el trabajo. Pero, como al fin de la jornada la mujer presentó la cantidad de algodón que tenía que entregar, el capataz tuvo la sospecha de que el tío Tom le había ayudado en la tarea, y entonces lo castigó también a él.

Por la noche, la mujer acercóse al tío Tom y le propuso huir juntos. El anciano trató de hacerla desistir de su propósito, recordándole que las plantaciones estaban rodeadas de pantanos que no se podían atravesar. Pero no pudo convencer a la esclava; estaba ésta resuelta a abandonar aquel infierno donde no había más razones que el látigo de los capataces, y lo abandonaría.



Montaron a caballo y salieron en busca de Elisa.

—Y usted debe venir conmigo, tío Tom —le dijo—. Piense que más allá de los pantanos está su esposa, que le espera; está, si no la libertad, por lo menos la paz. ¡Venga, tío Tom!

El anciano ansiaba también abandonar aquel lugar. Ayudó a la esclava a realizar los preparativos, y una noche muy oscura ambos se dispusieron a huir.

Grandes fueron las penalidades y peligros que los dos fugitivos tuvieron que pasar para salvarse de la persecución de su cruel amo. Más de una vez estuvieron a punto de caer en sus garras, y tristísimo habría sido su fin entonces; pero Dios, que vela siempre por los desgraciados que sufren persecuciones e injusticias y en El ponen su confianza, fué dirigiendo sus pasos y les hizo escapar con vida de aquella terrible aventura.

Una mañana, después de muchos días de caminar, escudándose en las sombras nocturnas para no ser visto, llamaba el tío Tom, rendido de fatiga y agobiado por las hambres pasadas, en una cabaña, cuyo recuerdo ni un instante se había borrado de su pensamiento. Y el pobre negro, llorando de alegría, estrechó entre sus brazos a su buena esposa y a su idolatrado hijo. Y juntos, los tres dieron gracias a Dios, que los reunía para no separarlos nunca más.

En los trances más desesperados de la vida, jamás hay que perder la confianza en Dios, que protege siempre a los que proceden recta y honradamente.

Ponchito



ESTA CARNE ESTÁ
AÑEJA, YO QUIERO
CARNE FRESCA



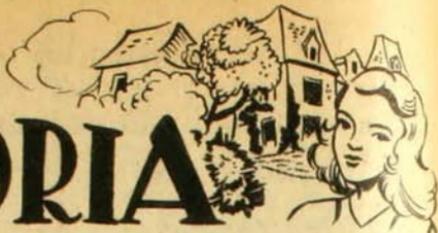
¡ ESPERE UN MOMENTO,
POR FAVOR !



¿ QUE LE PARECE
ESTA ?



MARÍA GLORIA



CAPITULO V.— *El matrimonio de Hilda Beral.*

Hilda de Beral, como una enfermera abnegada y vigilante, se mantuvo junto al lecho de María Gloria sin abandonarla un instante.

Por fin, al noveno día, el médico declaró que la niña estaba fuera de peligro de muerte.

Sin embargo, su delirio continuaba y los nombres de su padre, de Zoraida y de Juan Manuel estaban siempre en los labios de la enfermita.

—Doctor, usted ha salvado la vida de esta niña —dijo Hilda al médico.

—Y usted me ha secundado admirablemente, señora —declaró el doctor—. Ella le debe a usted mucho más que a mí. Sin su atención continua, tal vez la paciente no habría soportado esta crisis.

En ese momento Hilda sintió la presión de una mano todavía afiebrada.

La dama miró a María Gloria, quien, al volver a la vida, había oído las palabras del médico y sonreía.

Su corazón lleno de ternura se abrió al afecto de su protectora. Lentamente María Gloria acercó la mano de Hilda a sus labios y la besó.

RESUMEN: Jaime Daver llega con su hija María Gloria a la aldea de Santa Clara y se hospeda en el hotel "Caballo Blanco". Durante la noche muere Jaime Daver, y su hija queda desamparada. El juez del lugar decide enviar a la huérfana a un orfanato, pero la gitana Zoraida, de oficio confitera, adopta a María Gloria. Después de seis meses la linda niña se encuentra feliz en el carricoche de Zoraida y de su hijo Juan Manuel. Traba amistad con los artistas de un circo y ayuda en la tienda de confites de su madre adoptiva. Tres años después, una dama elegante es atraída al quiosco de Zoraida por la belleza de María Gloria. Hilda de Beral desea adoptar a María Gloria, lo cual produce indignación en la familia gitana. Días después Zoraida cae gravemente enferma. Muere de neumonía. Transcurridos algunos días, Hilda de Beral reclama como hija adoptiva a María Gloria y la separa de Juan Manuel. El muchacho parte a Norteamérica con Reginaldo, y María Gloria sufre un síncope que le produce una fiebre cerebral.

Hilda cogió entonces en sus brazos a la enferma y con voz emocionada murmuró:

—Ahora ya no habrá malentendidos entre nosotras, hijita. Seremos muy felices las dos.

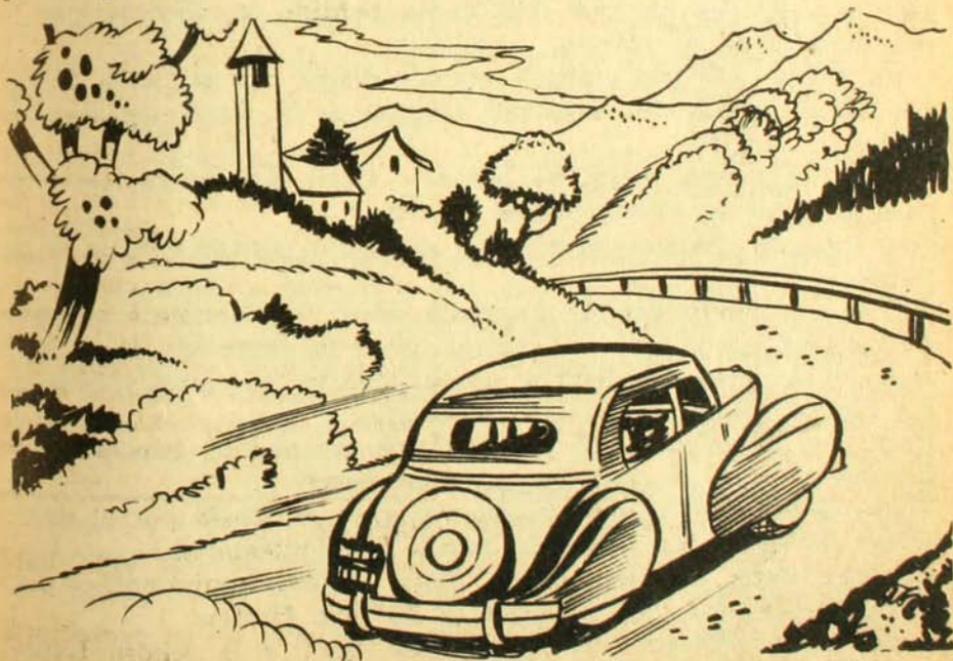
* * *

María Gloria tuvo en la señora Beral una madre afectuosa y buena. Los días de convalecencia acaso fueron los mejores de su vida.

Sin duda, el recuerdo de Zoraida y de Juan Manuel persistía en ella, pero conservándoles un sitio muy grande en su corazón, comprendía que era imposible manifestar indiferencia o desdén a esa dama que la colmaba de atenciones.

Por su parte, Hilda de Beral nunca se arrepintió de su buena acción. María Gloria era una hija cariñosa y dócil, que llenaba el vacío de su vida solitaria.

Además de sus horas de clase, la niña se dedicaba a la música y a la pintura.



María Gloria paseó con su madre adoptiva por valles y balnearios.

Cuando llegó el invierno, Hilda de Beral propuso a su protegida un viaje hacia regiones más cálidas.

Estas excursiones por balnearios y sitios agrestes fueron para María Gloria una deliciosa revelación. Su salud, debilitada por la fiebre cerebral, recobró vigor. En poco tiempo la hermosa rubia se convirtió en una jovencita de mejillas sonrosadas y esbelto talle.

La belleza de su hija adoptiva enorgullecía a Hilda, y con gusto la presentaba en sociedad como su verdadera hija.

Así, en tan dulce quietud, llegó María Gloria a los dieciséis años. Para su cumpleaños, Hilda regresó a su villa y ofreció una fiesta magnífica a la querida niña.

María Gloria no era afecta al bullicio ni a las reuniones sociales. Prefería el estudio y la vida tranquila, pero como a su madre adoptiva le agradaba lucirla y vestirla con lujo, ella trataba de satisfacer los deseos de la señora Beral.

La regia mansión acogió a un sinnúmero de relaciones que antes fueran olvidadas por la joven viuda.

Un día, una de sus amigas íntimas recomendó a Hilda a un abogado de grandes méritos, que había perdido su fortuna por la indelicadeza de un cliente.

—Es joven —dijo la amiga—, puede dirigir tus negocios. Si tienes algún asunto que resolver, dirígete a él. Se llama Patricio Brater.

—Invítalo a casa —replicó Hilda—. Creo que puede servirme para arreglar un asunto con el Banco.

Desde ese día, Patricio Brater fué un asiduo visitante de la viuda Beral.

Era éste un individuo de cuarenta años, de fisonomía enérgica e inteligente, pero tanto su mirada como la expresión de su boca carecían de franqueza. Había viajado mucho; su conversación era por demás interesante y sabía agradar.

Hilda de Beral comenzó por confiarle un asunto bancario, que Patricio arregló en muy buenas condiciones.

María Gloria sentía instintivamente gran antipatía por el nuevo amigo de Hilda. Sin embargo, nunca la manifestaba.

Además, como su vida estaba llena de entretenimientos, poco tiempo le restaba para observar a Patricio Brater.

Tenía como profesora de piano y de canto a la señora Laurel, cuya voz magnífica le mereció renombre y aplausos en su juventud. Retirada ya del teatro y de las salas de concierto, la señora

Laurel tenía un grupo de alumnas, de las cuales era María Gloria su preferida.

—Señora Hilda —decía la ex artista—, su hija tiene una voz divina. Si alguna vez tuviera necesidad de ganarse la vida, podría hacer fortuna en la radio o en el teatro. Voces como la de María Gloria son escasas. —Mi hija nunca tendrá necesidad de ganarse la vida —replicó Hilda—. Ella heredará mi fortuna. Me agrada que estudie piano y canto porque es un adorno para una joven y un agrado escucharla.

En efecto, en todas las reuniones sociales de Hilda de Beral, las audiciones de María Gloria eran recibidas con gran entusiasmo.

Sólo Patricio Brater guardaba silencio y nunca aplaudía a la hija adoptiva de Hilda de Beral. La amistad del abogado con la viuda iba haciéndose cada día más íntima.

Patricio le había dado a entender que todos la explotaban y que su inexperiencia la llevaría a la ruina.

—En dos o tres años no le quedará un céntimo.

—¿Es posible? —exclamó, muy alarmada, la cándida viuda.

—No lo dude —afirmó Patricio—; esto les ocurre siempre a las mujeres solas que se confían en gente deshonesto.

Hilda de Beral reflexionaba:

“Una mujer sola en la vida... Necesito apoyo y consejo... Patricio es un hombre inteligente, simpático. El velará por mí... Aumentará mi fortuna...”

Sólo María Gloria la retenía. Si ella se casaba con Patricio Brater, ¿qué ocurriría con la niña que ella había recogido y mimado? Como Patricio Brater insistiera en sus pretensiones matrimoniales, Hilda le manifestó sus escrúpulos de conciencia.



María Gloria tenía una voz divina.



Patricio Brater engañaba a la viuda Hilda de Beral.

—Pero yo querré tanto como tú a María Gloria —declaró el abogado—. Para mí será una hija también. Linda y heredera de una gran fortuna, María Gloria tendrá muchos pretendientes a su mano. Yo velaré también por ella, a fin de librarla de algún aventurero.

—Es verdad —musitó la crédula Hilda—. Tú posees gran perspicacia y mucha inteligencia.

Hilda de Beral terminó por acceder a los deseos del abogado y consintió en casarse con él.

La sorpresa de María Gloria al oír la noticia fue atroz. Comprendía la niña que su vida iba a cambiar totalmente.

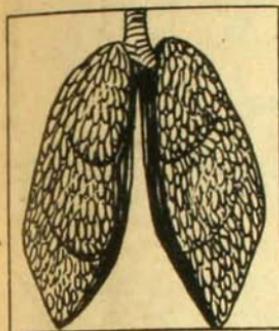
—No llores, vida mía —díjole Hilda—. Siempre serás mi hijita querida. Patricio te querrá tanto como yo... Serás muy feliz.

—Si tú eres feliz, lo seré yo también, mamacita —murmuró María Gloria.

(CONTINUARA)

GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos son los órganos que componen el aparato respiratorio? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los solucionistas exactos se sortearán los siguientes premios; 6 pares de soquetes, 1 toalla, 1 tambor, 1 pañuelo niño, 2 chombas lana, 6 ositos goma, 5 reglas colegial, 6 premios de 5 secantes cada uno, 3 premios de 5 forros cuadernos, 4 juegos dominó, 10 paquetes Vitalmín, y 5 libretas apuntes.

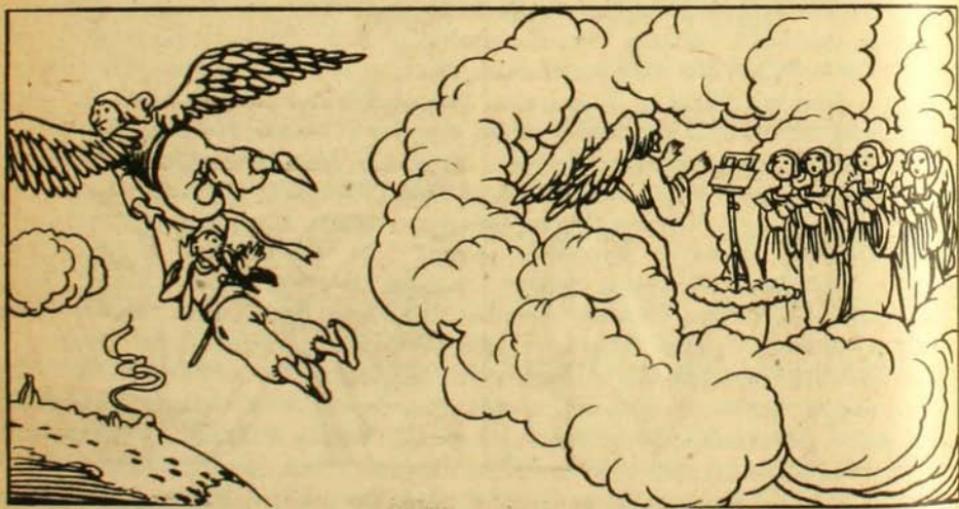
SOLUCION AL CONCURSO N.º 70.— El cráneo tiene 8 huesos.

PREMIADOS CON UN LAPIZ AUTOMATICO: Vera Ana Kroizová, Santiago; Hadasoff Kristjanpoller, Valparaíso; Inés Moreno, Santiago; Sergio Moncada, Santiago; Gladys Garrido, Quillota; Raúl Berríos, Santiago. UN LAPICERO FUENTE: Hilda Morales, Santiago; José Manuel Fernández Santiago; Osvaldo Vergara, Valparaíso. UN ALBUM PIROGRABADO: Jorge Quijada, Chillán; Elisa Alaluf, Viña del Mar; Sergio Morales, Santiago. UNA BILLETERA: Ricardo Ganter, Santiago; Juan Alvarado, La Unión; Juan Cid, Tucapel. UNA LIBRETA APUNTES: Iván Alvarez, Santiago; Edison Ruiz, Angol; Carmen Pérez, Santiago; María Castellanos, Coquimbo. UN TAMBOR: Arnoldo Avendaño, Angol. UN PAQUETE VITALMIN: Ximena Rodríguez, Santiago; Mario Germáin, Santiago; Rosa Araya, Santiago; Adolfo Galindo, Osorno; Adriana Contreras, San Carlos; Delicio Sepúlveda, Talca; Graciela Monsalve, San Carlos; Valentina Cruz, Santiago; María Amstein, Talcahuano; Julia Bravo, Santiago. UN JUEGO PIMPON: Rina Becerra, Santiago; Edna Alvarado, Santiago; Carlos Gohona, Valparaíso; Carmen Espinoza, Tejas Verdes; Lorenzo Rojas, Santiago. UNA CARPETA ESQUELAS: Ana María Rojas, Curicó; Iván Gaete, Chimbarongo; Donatila Rojas, Santiago; Rosa Ferreira, Santiago; Silvia Tapia, Los Andes. UN LIBRO: Gladys Garrido, Santiago; Evaristo Orellana, Santiago; Pablo Rabí, Santiago; Raquel Garay, Santiago; Olga Rocha, Santiago; Julia Pérez, Santiago; Inés Vaccaro, San Felipe; Benjamín Navarrete, Santiago; Virgilio Bontá, Santiago; Juana Santander, Santiago.



CAPITULO VIII.— EN VIAJE AL CIELO

1. Los días de mi luna de miel con la preciosa hija del sheik fueron deliciosos; pero, poco a poco, fui hostigándome con la dulzura de mi odalisca. Las costumbres del país eran también muy extrañas. Al llegar la primavera todos cambiaban de aspecto y les crecían alas en los hombros y podían volar. Pero, como a mí no me salían alas, me dejaban al cuidado de las mujeres y de los niños, y nadie quería revelarme su secreto.



2. Aunque al cabo de los años me habitué a esa transformación periódica, sentía vergüenza y tristeza de ser el único hombre que carecía de alas. Como no podía hacer crecer en mis hombros ese adminículo volador, resolví pedir a uno de mis amigos que me llevara en su vuelo. “—Eres muy pesado, Simbad”, me dijo el amigo. “—Yo te daré una bolsa con oro, y eso pesará más en tu bolsillo” díjele yo.



3. No tuve tiempo para anunciar mi viaje ni a mi mujer ni a mis hijos. Nuestra ruta a través de los aires fué tan elevada que llegamos al cielo. Allí pude oír perfectamente a los ángeles que cantaban. Yo grité entusiasmado: "—Gloria a Alá en lo más alto de los cielos. Bendito sea él por todas las criaturas." Apenas dije yo estas palabras, sentí que iba rodando por entre nubes en una caída estrepitosa.



4. Por suerte aterricé en un peñasco, y lloré. De pronto acudieron dos donceles de maravillosa hermosura. Ambos llevaban bárculos de oro en sus manos. "—¿Quiénes son ustedes?", les pregunté. "—Adoradores del verdadero Dios—respondieron los donceles—. Toma este bastón y sigue la dirección que te indicaremos." A poco andar divisé a un hombre metido en el cuerpo de una serpiente. Sólo se le divisaba la cabeza.

(CONTINUARA)

AKYRA

CAPITULO XI.—Ben Kasen tortura a sus esclavos.



Akyra vió que los verdugos azotaban a los esclavos.



—Ali, averigua por qué les castigan —dijo Akyra.

Después de haber derrotado a los esbirros de Ben-Kasen, que pretendieron cobrar un inicuo impuesto a los campesinos de Ait-Suala, Akyra y sus doce jinetes regresaron a Bukefrane para continuar su lucha por la libertad del país.

La doncella cubría su rostro con un velo, a fin de no ser

reconocida por sus enemigos.

Dirigiéndose al puerto, la doncella árabe fué testigo de un espectáculo atroz.

Por orden del tirano Ben-Kasen, sus verdugos estaban azotando a los infelices esclavos.

—Alí —ordenó Akyra al ayudante del capitán Omar—, ve a imponerte de quiénes son esos desdichados y qué suerte se les reserva. No es posible permitir que Ben-Kasen trate de esa manera a seres humanos.

Alí se mezcló con los marineros de un velero listo para zarpar y volvió al lado de Akyra para decirle:

—Esos pobres hombres han disgustado al tirano Ben-Kasen, y éste los envía al otro lado del océano para venderlos en un mercado de esclavos. Esta noche levará anclas ese velero llevándose

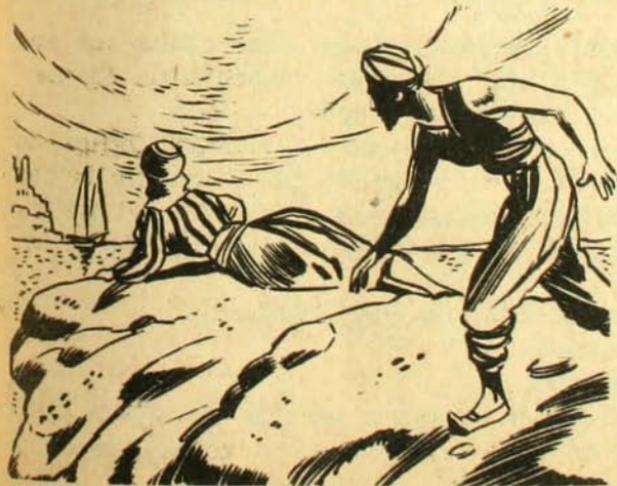
a los hombres suplicidos. Su ruta es la del Sol Levante.

—Volvamos a los subterráneos, a fin de informar a Omar sobre nuestra empresa a favor de las víctimas de Ben-Kasen —expresó Akyra.

Como se recordará, el capitán Omar yacía en su lecho, a causa de las heridas que le infligieron los



—Son esclavos que llevan al Lejano Oriente.



Akyra decidió libertar a los esclavos.

secuaces del tirano de Bukefrane.

Alí y Akyra bajaron a los subterráneos, cuyos túneles se comunicaban por debajo del mar con el islote de los contrabandistas.

Omar, muy repuesto de sus heridas, gracias a las atenciones de Buazza y del médico árabe, dijo a la valiente Akyra:

—Tripulen mi tartana con soldados bien aguerridos, y cuando llegue la noche, asalten el velero donde



—¡Al abordaje, compañeros!— gritó Akyra.

viajan los enemigos de Ben-Kasen. En seguida traerán a las víctimas a estos subterráneos. Con ellos comenzaremos a formar nuestro ejército libertador.

Pronto la tartana de Omar quedó bien equipada y se situó entre las rocas del islote.

—Ya salen del puerto —indicó Alí.

Akyra y Alí, tendidos sobre un alto peñasco, observaban las evoluciones del velero y veían con horror la conducta de los verdugos de Ben-Kasen con los pobres esclavos.

—Pronto serán ellos los fustigados —declaró Akyra indignada. Sobre el mar flotaban dos barcos: el velero que conducía la carga humana, que llevaban al mercado de esclavos del Lejano Oriente, y el otro, la tartana de Omar, que iba a cumplir su misión salvadora.

De pronto, ambos navíos quedaron a corta distancia.

Akyra gritó con voz tonante:

—¡Al abordaje, compañeros!

Mientras unos lanzaban sus garfios para apresar el velero, otros marineros, colgados de gruesos cordeles, hacían volteretas en el aire y saltaban sobre el puente del velero enemigo.

(CONTINUARA)



Por LUGOZE

AL RATO.

¡ADELANTE, MIS
VALIENTES
SOLDADOS!

¡APUNTAD
BIEN Y...
¡FUEGOOO!



¡OH, POMPITAS
DE TABÓN!

¡BOA!
¡BOA!
¡BOA!



LUGOZE

¡PELUSITA!
¡PELUSITAAAAA!



¿DONDE SE HABRA
METIDO ESTA CHIQUILLA?



¡PELUSITAAAAAAA!
¿DONDE ESTAS?

¡AQUI,
MAMA!



ESTA ES LA UNICA PARTE
DONDE NO HACE CALOR



Simbad

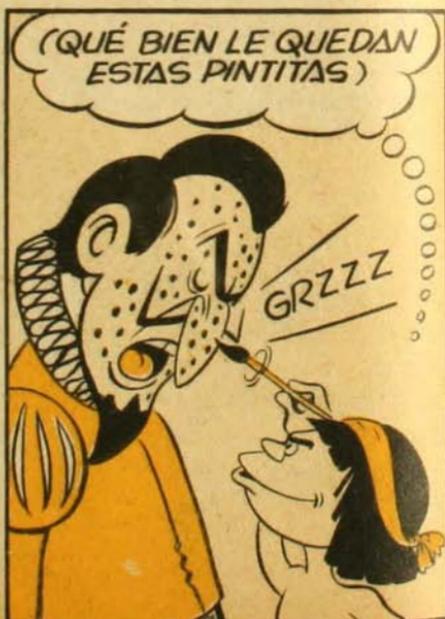
N.º 74

EL MISTERIO DEL DESIERTO

\$ 2.-



LAUTARITO



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO II

N.º 74

Precio: \$ 2.—

31-1-1951

EL PEREGRINO de BUDA

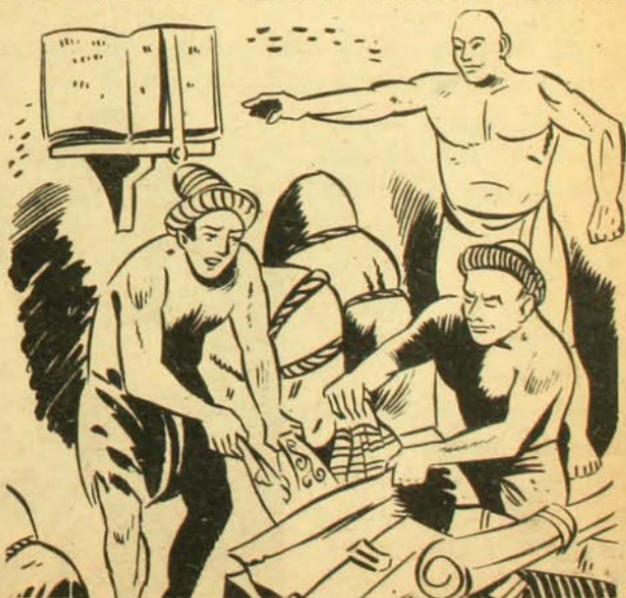


CAPITULO IV.—En la torre del silencio

En el año 618, cuando en Asia comenzaban a formarse las religiones de Confucio, Laotsé y Buda, un joven de veinte años, famoso por su sabiduría, partió en peregrinaje por todos los pueblos del Oriente, para intensificar sus nociones sobre las ciencias religiosas.

Yuansú sólo contaba veinte años, pero ya se le llamaba "Maestro de la Ley".

Después de terribles aventuras en el desierto de Gobi, el peregrino fué atendido por reyes y sabios y al fin llegó a Samarkanda. En su ruta Yuansú recogió y favoreció al persa Kiú, quién le traicionó y soliviantó contra él a los adoradores del Fuego. Esta secta religiosa, llamada de Zarathustra o Zoro-



Los ladrones desvalijaron al peregrino de Buda.



Kiú y sus secuaces sacaron a Yuansú del palacio.

no de Buda, pero ya los soldados del rey les rechazaban. Algunos fueron conducidos a prisión. Kiú y sus cómplices lograron salir por una puerta secreta, cargando cuanto encontraron de valor en el palacio de Yuansú.

También se llevaron prisionero al peregrino de Buda.

—De nada sirvió a Yuansú la protección del rey de Samarkanda —decía el ingrato Kiú—, porque ya le tenemos en nuestro poder y es el único que podría acusar-

astro, odiaba a los budistas.

Yuansú fué, pues, capturado por los adoradores del fuego. Creyendo que traía grandes riquezas en su equipaje, los asaltantes, capitaneados por el persa Kiú, registraron sus baúles y sólo hallaron en ellos papiros y manuscritos con copias de los libros de sabiduría oriental.

Mientras tanto, el populacho enardecido, forzaba la entrada al palacio que el rey de Samarkanda había facilitado al peregrino



—Ese budista es enemigo de nosotros —decían los “parsis”.



—Llévenlo a la torre del Silencio —dijo Kiú.

ró Kiú—, que nosotros los persas odiamos a los budistas, quienes están atrayendo adeptos en todo el Oriente. Es preciso que ese peregrino de Buda desaparezca, pero con suma prudencia.

De pronto uno de los pillastres exclamó:

—Uno de mis primos es guardián de la "Torre del Silencio". Mediante algunas monedas de oro, él nos libraré de ese monje y nadie irá a buscarle allí.

A pesar de su crueldad, varios de aquellos facinerosos temblaron ante la macabra proposición, pero la aceptaron.

Kiú aturdió al peregrino de Buda dándole un feroz golpe en la cabeza. En seguida por las callejas más sombrías y desiertas condujeron a Yuansú hasta la "Torre del Silencio".

Todo ocurrió como lo habían previsto y cuando el monje de Buda volvió en sí, vió centellear las estrellas en el firmamento. Suavemente movió su dolorida cabeza a fin de imponerse del sitio donde se encontraba.

Las cuerdas que le ataban limitaban sus movimientos, pero pudo ver junto a él, en una especie de canaletas, los cadáveres



El peregrino fué aturcido y maniatado.

nos. Pero no tenemos intención de permitirle hablar. Los muertos son mudos.

—¿Por qué te ensañas contra ese joven?

—preguntaron a Kiú los adoradores del fuego, llamados comúnmente PARSIS.

—Tú sabes —decla-

que los parsis tenían la costumbre de colocar en la "Torre del Silencio". Esos cadáveres eran devorados por los buitres y cuervos que vivían en el parque de la siniestra torre.

"Me han destinado a la más horrible de las muertes", se dijo Yuansú.

En su desesperación el joven sabio trataba de desatar sus ligaduras, pues sabía, por sus lecturas y leyendas, que apenas despuntara el día, las aves de rapiña caerían sobre él y comenzarían por sacarle los ojos.



Grande fué su horror al verse en la torre del Silencio.

Las horas pasaban lentas, con su cortejo de fúnebres pensamientos.

Yuansú pensaba en su fiel servidor Wei.

El joven pensaba también en las sabias enseñanzas que había aprendido en los libros sagrados del Buda.

—Aún me quedaba mucha obra por hacer en la tierra —se lamentaba Yuansú—. No merecía esta muerte tan prematura. A los veinte años...

Por el Oriente se extendió una tenue claridad. Los rayos del sol acariciaban levemente la faz de la tierra.

“Mi muerte, está próxima —se dijo Yuansú—. Pero no me resigno a ser despedazado por esos pájaros inmundos que se alimentan de despojos humanos.”

En efecto, ya planeaban en el espacio los buitres ávidos de carne humana. Sus negras alas cubrían por momentos la naciente luz del sol.

Una sombra interceptó por algunos momentos la claridad solar.

El joven trató de volverse hacia ese lado para investigar la causa de ese fenómeno. Pero sus ligaduras le impedían todo movimiento.

De pronto, su corazón comenzó a latir locamente.

Escuchaba susurro de pasos.

Alguien subía pesadamente los escalones de la torre.

¿Quién podría ser el intrépido que se aventuraba en ese macabro lugar?

De súbito Yuansú vió que una negra silueta se posaba junto a él. —¿Quién eres? —interrogó el peregrino de Buda—. ¿Hombre o demonio?



Cuervos y buitres descendían a devorar su presa.

(CONTINUARA)

EL MISTERIO DEL DESIERTO



CAPITULO I.—La bailarina mora

Polo y Lily debían partir a Marruecos para reunirse con su padre después de dos meses de vacaciones en casa de sus abuelos Dubert.

—Me inquietan que partan solos estos niños —dijo la señora Dubert.

—¿Cómo, solos? —protestó su marido—. ¿Y el fiel Bakri, tan amante de nuestros nietos? ¿Y la joven Dora?

En ese instante entraban en la sala un muchacho de 16 años y una chica de 12.

—Apresúrense niñitos —díjoles la inquieta señora Dubert—. Dora les espera desde largo rato en el carruaje.

—A esa Dora yo la odio —dijo Polo acercándose a la ventana—. Es una mujer perversa.

—Es una salvaje que le pega a los animales —añadió Lily—. Yo también la detesto.

—Sean compasivos —intervino la señora Dubert—; recuerden que Dora ha sido muy desgraciada. Ella sufrió los horrores de la revolución húngara y se ha quedado sin patria y sin familia. El padre de ustedes la adoptó y deben quererla.

—Quién va a querer a ese monstruo —exclamó el fogoso Polo—. Ya me imagino cómo hará sufrir a mi madre en Marruecos.

Los esposos Lorin, padres de Polo y Lily, se habían instalado cinco años atrás en el sur de Marruecos con una comisión científica para investigaciones arqueológicas. Vivían en una granja fronteriza al desierto del Sahara.

El doctor Lorin recibió cierta vez una carta del conde Demidoff, quien le rogaba que se ocupara de su hija Dora y la colocara en un buen colegio.

Poco tiempo después el doctor Lorin se informó de la muerte de Demidoff y, como tenía una deuda de gratitud con el conde húngaro, decidió adoptar a la niña huérfana.

Por desgracia, Dora Demidoff tenía un carácter tan altanero y déspota, que no supo hacerse querer de su familia adoptiva.

Terminadas las vacaciones, Polo, Lily, Dora y el negro Bakri retornaban a la granja de SIDI EL GUIR, debiendo embarcarse en el "Estrella del Sur", para efectuar la travesía del Mediterráneo.

—Bakri —gritó el señor Dubert al fiel negro, que ya se dirigía al carruaje donde esperaban sus amos—, es preciso que cuides mucho a los niños. La patrona está inquieta.

—No tiene por qué —respondió Bakri—. Viajaremos en un buen barco y los niños no se marean.

—Dicen que las tribus indígenas de Marruecos están sublevadas y se han robado a muchos niños de los colonos —insinuó la señora Dubert.

—El sahib Lorin, por registrar tumbas y sarcófagos se olvida de las realidades —musitó el negro—, y no sabe que las serpientes se enredan en las flores.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Dubert.

—Mi amo Lorin ha introducido una serpiente en su casa —declaró Bakri—. Un traidor que le adula. Es Bagded el barbero.

—¿Bagded, en quien tanto confía mi hija Elisa? —protestó la señora Dubert—.

¿Ese árabe que acompaña a Lorin en sus expediciones? Bagded conoce las lenguas antiguas y es muy útil.

—Sí, sí —expresó Bakri—, Bagded es muy sabio, pero traidor. Lo he visto hablando con un "ayusa". Ésos ayusas son los que organizan los saqueos en las granjas de los colonos y raptan a sus familias para hacerlas esclavas.



Polo y Lily subieron al tilburí sin hablarle a Dora.

—Cuida tú a los niños —recomendó por última vez la señora Dubert—, y dale parte de tus sospechas contra Bagded a mi hija Elisa.

Los jóvenes viajeros se embarcaron al día siguiente para Marruecos.

Bakri seguía como una sombra a sus patronos y espiaba en secreto a Dora Demidoff, pues compartía con Polo y Lily su opinión adversa a esa joven húngara.

Al día siguiente y cuando el “Estrella del Sur” llevaba varias horas de navegación, Polo golpeó a la puerta del camarote donde dormían Lily y Dora.

—Lily —gritó el muchacho—, levántate pronto... Ya se ven las costas de España.

La niña se asomó a la ventanilla del camarote y dijo a Dora:

—Levantémonos; ya se divisa tierra española.

—Majadera —protestó Dora—. Eres insoportable... Déjame dormir.

—Bueno, bueno, ¿para qué te enfadas tanto? —expresó Lily—. Cualquiera diría que yo soy tu criada.

—Si estuvieras en mi país lo serías —respondió la ingrata hija adoptiva del doctor Lorin—. Yo soy hija de un noble y tú...

—¿Qué dice esa...? —gritó desde afuera Polo—. Lily, vístete pronto y no le hagas caso a esa muchacha altanera... Gracias a Dios que pronto estaremos al lado de nuestros padres. Allí le bajarán sus ínfulas o la arrojarán de casa como lo merece...

Lily siguió a su hermano hasta la cubierta. El “Estrella del Sur” ya estaba frente a la hermosa bahía de Barcelona.

Numerosos pasajeros subían al barco mientras los marineros bajaban la carga.

—Allá están tomando aire los pobres pasajeros de tercera clase —dijo Polo, encaminándose al sitio donde se agrupaba una pintoresca muchedumbre.

Había árabes de blancos bornús, spahis con sus mantos rojos, mujeres marroquíes y turcas que regresaban a su patria.

—Carecen de camarotes —explicó Polo—, y duermen apiñados en el puente.

—Vale más que ahogarse en esos camarotes infectos —dijo una voz.

—Buenos días, Dora —respondió Polo tornando vivamente el rostro—. ¿Has dormido mal?

—Sí —dijo la malhumorada joven.

—Estoy y seguro de que si durmieras en el puente estarías mejor —indicó Polo—. Los marineros empiezan a baldear la cubierta antes del alba y todos tienen que levantarse. De todas maneras —agregó Polo—, es interesante observar este movimiento y sobre todo para ti, que nunca has cruzado el Mediterráneo.

—¿Cómo lo sabes tú?

—preguntó Dora.

—Tú misma dijiste que no conocías estas costas —afirmó Polo. Dora se mordió los labios y quiso enmendar su indiscreción.

—No he atravesado el Mediterráneo, pero

he navegado con mis padres por el Mar Negro, cuando íbamos a Turquía. . .

—Qué extraño —declaró Polo Lorin—; nunca me habías contado esos viajes.

En ese instante llegó el negro Bakri a anunciar que estaba listo el desayuno.

—Un desayunito con mucha *clema* para Lilita —dijo Bakri.

—Con mucha *clema* para Lilita —remedó Dora.

El negro no respondió, pero quedándose atrás escupió tres veces y murmuró la peor injuria de su país:



—*Bagded* es un traidor —decía el negro Bakri.

—Hija de Chitán (Diablo).

El día transcurrió sin incidentes. Polo y Lily visitaron el barco en compañía del capitán. Cuando atravesaban el puente llamó la atención de los niños un grupo de marineros que cantaban y palmoteaban al compás de una música africana.

—Una bailarina mora —exclamó jubilosa Lily.

El capitán abrió el círculo formado por los tripulantes y dejó pasar a Dora y a los dos hijos del doctor Lorin.

Un anciano acompañaba a la bailarina tocando un tambor de cuero y cantando una dulce melopea.

—Yo creía —dijo Dora a Polo— que las mujeres árabes nunca se descubrían el rostro en presencia de los hombres. Esta mujer no lleva velo.

—En efecto, las mujeres árabes van con el rostro cubierto, pero esta joven debe pertenecer a una tribu beduína o tuareg. Las mujeres nómades no llevan *haick*.

Mira qué linda es, Dora, y parece muy jovencita.

Dora no respondió.

La mora continuaba bailando cadenciosamente. Los brazaletes de sus tobillos ritmaban la danza; sus ojos eran dos carbones y su cuerpo ondulante, divinamente bello.

Terminada la danza, la mora desató el lazo de su garganta y recibió en él el óbolo de los pasajeros.

—Para el abuelito —decía la encantadora joven—. El pobrecito es ciego.

—¡Es ciego!, ¡qué pena! —murmuró Lily, vaciando todas sus monedas en el lazo de la mora.

Polo aguardó que se retiraran todos los curiosos para acercarse al ciego a quien en ese instante la bailarina mora sentaba sobre un montón de sacos que le servían de lecho.

—¿Vas a Casablanca? —preguntó Polo a la mora.

—Sí —respondió ella—. Los pasajeros han sido muy generosos. El abuelo podrá cenar esta noche. Viajamos en cuarta clase y no nos dan comida... Ya estamos habituados a la miseria. Alá es grande y nunca nos abandonará...

En ese instante la mora fijó sus miradas en Dora Demidoff y una sorda exclamación brotó de sus labios. Precipitadamente se inclinó sobre el anciano y le habló al oído.

—Los chacales no están lejos —murmuró el ciego estremeciéndose.

La bailarina, con el semblante demudado por la angustia y el temor, preguntó a Polo, señalando a Dora:

—¿Conoces a esa extranjera?

—Por cierto —expresó Polo—. Es la pupila de mi padre y vive con nosotros. Parece que su vista te desagrada...

La bailarina murmuró algunas palabras en árabe y en seguida dijo con duro acento a Polo:

—Pasa tu camino. No es bueno que los hijos de los *rumis* (cristianos) vengana a conversar con estos miserables indígenas. Polo, desconcertado, se retiraba ya cuando apareció Lily con un cargamento de frutas y golosinas.

—Toma, para el abuelito, —dijo Lily a la bailarina.

La mora rechazó los obsequios con dureza.

—Guarda tus regalos. Nada necesitamos... —gritó la mora.

Dora, que había presenciado la escena, lanzó una burlona carcajada.

—¡Qué éxito! —dijo la antipática hija del conde Demidoff—. Mal genio tiene la mora.



La bailarina mora llevaba el compás de la danza con los brazaletes de sus tobillos.

(CONTINUARA)



Las mil y una noches



CAPITULO IX. EL REY DE TULEZ

1. Les estaba contando de mi trágico vuelo a las alturas y de cómo me había soltado el hombre alado. Pues bien; ese mismo individuo era el que estaba en el vientre de la serpiente. Yo levanté el bastón de oro que me habían dado los donceles celestiales y al punto la sierpe vomitó al hombre alado y lo dejó en el suelo. “—Perdóname, Simbad —decía el infeliz—. Yo te solté porque nombraste a Alá.”



2. Ese nombre era terrible para los hombres de las alas invernales. Decidí apartarme de esos sitios llenos de serpientes y subí a un velero que pronto naufragó. Los sobrevivientes del naufragio arribamos a una costa que me pareció en un punto de Turquía, por los feces rojas que llevaban los hombres en sus testas. Uno de ellos me dijo: “—¿Quién eres tú?” “—Soy un extranjero, y muy pobre”, respondí yo.



3. En seguida les referí todas mis aventuras y quedaron tan conmovidos que me propusieron llevarme ante el rey que habitaba una ciudad vecina. Partimos galopando sobre el lomo de un caballo que me dejó molido. Ya en presencia del estrafalario rey de Tulez y referidas mis aventuras, le dije: "—Majestad, ¿por qué no usan aquí sillas de montar? Es muy cómodo. Déme un cuero y yo le fabricaré un modelo."



4. El rey me dió un gran cuero de vaca y me dijo: "—Trabaja bien, porque si no me satisfaces, te haré empalar o te casaré con una mujer moribunda. . ." A los pocos días el rey de Tulez recibió una magnífica montura. Al probarla quedó tan prendado de ella y de su uso, que en recompensa me dió por esposa a una de sus cortesanas. "—Esa mujer será digna de ti", me dijo. Pero yo vi una sonrisa mala en sus labios!

(CONTINUARA)



LAS RANAS DESCONTENTAS

¡Croac-croac-croac!, cantaban las ranas de la mañana a la noche, llenas de contento porque había llovido torrencialmente y la charca habíase agrandado con la gran cantidad de agua caída, lo que iba a permitirles nadar más cómodamente y disputar carreras más largas.

Una ranita que no había salido nunca de su casa, al ver tanta agua se asustó y le dijo a una amiguita que la acompañaba, y que había ido a invitarla a nadar:

—¿Nadar yo? Si no sé. Además tengo mucho miedo al agua; debe estar helada. ¡Brrrr! —hizo, como si ya sintiera en sus carnes el contacto del agua.

—No seas tonta —dijo la amiguita—. Las ranitas no debemos temer nunca al agua, que es nuestra salvadora.

—¿Salvadora? —preguntó asombrada la ranita miedosa.

—Es claro. ¿No ves que si nos persigue una cigüeña nos zambullimos y estamos salvadas?

Y, apenas dicho esto, oyeron detrás de ellas un ruido. Se dieron vuelta para ver de qué se trataba, y fué tanta su sorpresa, que quedaron tiesitas como hipnotizadas, sin atinar a cosa alguna. Tenían ante sí nada menos que a una enorme cigüeña que, con el pico amenazante, avanzaba hacia ellas. Pero no logró comerlas, porque, tanto la ranita que tenía miedo al agua, como la otra, ante el miedo mayor que les infundía la cigüeña se arrojaron a la charca y desaparecieron.

Cuando llegaron al fondo, vieron, sorprendidas, a varias ranitas charlando muy animadamente. La mayor y más vieja de todas hablaba en ese momento en voz alta. Se acercaron, y pudieron oír que decía:

—Amigas mías: hasta que apareció por nuestros pagos esa enorme cigüeña del pico largo y afilado podíamos jugar y pasear tranquila y libremente; pero ahora tenemos que andar siempre cuidándonos de ella para que no nos agarre de sorpresa y nos coma.

Por lo tanto, debemos pensar en hacer algo que nos defienda de tan terrible enemigo.

—¡Muy bien! ¡De acuerdo! —exclamaron todas.

—¡Un momento! —dijo la que había hablado primero—. Como tenía la seguridad de que todas estarían de acuerdo en eso, he pensado una solución que nos salvará de esa maldita cigüeña.

—¿Qué solución es ésa? —gritaron todas.

—Ir a ver a nuestro rey y pedirle que nos mande un jefe para que nos enseñe a defendernos.

—¿Y quién irá a verlo? —se atrevió a preguntar la ranita que tenía miedo al agua.

—Todas —dijeron las otras—. Iremos todas juntas para que no nos pase nada.

Y así fué. Sin aguardar más, se dirigieron al palacio del rey, que era un cocodrilo muy viejo y muy bueno. Cuando llegaron, la que había tenido la ocurrencia de la solución se adelantó y dijo:

—Majestad: hasta que una cigüeña llegó a nuestra charca, todas vivíamos felices y contentas; pero ahora tenemos miedo, porque sabemos que nuestras vidas corren peligro.

—¿Y qué puedo hacer yo por vosotras? —preguntó el cocodrilo.

—Enviarnos un jefe.

—¡Un jefe... ¡Un jefe!... —decía el cocodrilo, como pensando



Cuando llegaron al fondo, vieron, sorprendidas, a varias ranitas charlando.

en voz alta—. ¿Y se puede saber qué clase de jefe seáis?

—Un jefe bueno, que nos defienda y nos cuide— dijeron todas a la vez, como si llevaran preparada la respuesta.

—Muy bien —dijo el rey—; podéis regresar a vuestros hogares, que yo os prometo cumplir vuestros deseos.

Y, después de hacer una reverencia y expresar su agradecimiento al monarca, abandonaron el palacio y volvieron a sus casitas cuando ya se acercaba la noche.

Pasaron varios días, durante los cuales se hablaba en la charca de otra cosa que del jefe prometido por el rey, hasta que una tarde en que estaban las ranitas hablando sobre lo mismo con mucho entusiasmo, oyeron que se producía un ruido extraño en la superficie de la charca.

—¿Qué será ese ruido? —dijo una ranita.

Otra, a la que llamaban la curiosa, replicó:

—Tal vez sea el jefe que envía el rey Don Cocodrilo —y nadó rápidamente a la superficie, para enterarse de la primera. Y al ver un tronco de árbol flotando por la charca se dijo: “Este debe ser el jefe. ¡Un valiente y fuerte!” —y volvió corriendo junto a sus amiguitas para darles con toda prontitud la gran noticia.

Desde ese momento volvió la tranquilidad a las ranitas y reanudaron sus paseos y juegos. Pero un día, sin que se dieran cuenta, apareció la terrible cigüeña con su pico largo y afilado, y se tragó unas cuantas ranitas. Lástima, lograron salvarse, muy afligidas, se reunieron en el fondo de la charca y empezaron a deliberar, resolviendo ir a ver al jefe para pedirle una explicación sobre su actitud, pues no había hecho la mínima cosa para defenderlas.

Y allá se fueron nadando a más poder. Cuando ya estaban próximas al tronco se detuvieron y permanecieron quietitas, pues como era el jefe, no se atrevían a acercarse; pero, al ver que no se movía, se fueron animando y acercándose poco a poco. Una de las ranitas, más audaz que las otras, se acercó hasta casi tocarlo.

Y al ver que era un simple tronco, se subió y se atrevió a gritarle:

—Señor jefe: nosotras creíamos que al ver a usted, la cigüeña nos dejaría tranquilas; pero veo que nos hemos equivocado. ¿Qué hizo usted? ¿Por qué no nos avisó que corríamos peligro? ¿Ni para eso sirve? ¡Hable! ¡A ver, diga siquiera para qué sirve!

Como el tronco permanecía callado, las demás empezaron a protestar:

—¿Y qué puedo hacer yo por vosotras? —preguntó el cocodrilo.



La terrible cigüeña, con su pico largo y afilado, se tragó unas cuantas ranitas.

—Este jefe no sirve para nada.

—Estábamos más tranquilas antes de que viniera él.

Unas se le acercaban para hacerle burlas, otras se le subían encima. En fin, no lo dejaron tranquilo hasta que una propuso ir a pedirle al rey otro jefe.

Y otra vez, al día siguiente, fueron a ver al rey-cocodrilo, y también otra vez habló la misma rana.

—Señor: como queríamos que alguien nos defendiera de la terrible cigüeña que ronda nuestra charca, solicitamos de vuestra majestad que nos enviarais un jefe. Y vos, señor, como rey justo y bueno, accedisteis a nuestra petición y nos lo enviasteis a los pocos días. (Las otras ranitas la escuchaban atontadas y se decían entre sí: “¡Qué bien se explica! Claro, estudió mucho y fué muy aplicada.”)

—Y ahora, ¿qué deseáis? —preguntó el rey.

—Majestad —continuó la que tenía la palabra—: deseamos otro jefe, pues el que tenemos no sirve absolutamente para nada. En su presencia, y sin que ni siquiera haya dicho “esta boca es mía”, varias de nuestras compañeras hallaron la muerte en el pico de la cigüeña.

—Muy bien —dijo el rey—; otra vez serán cumplidos vuestros deseos. Id tranquilas.

Después de expresar al rey su agradecimiento y de saludarlo con toda reverencia, regresaron a sus casas las ranitas, pensando cómo sería el nuevo jefe y cuánto tardaría en ser enviado.

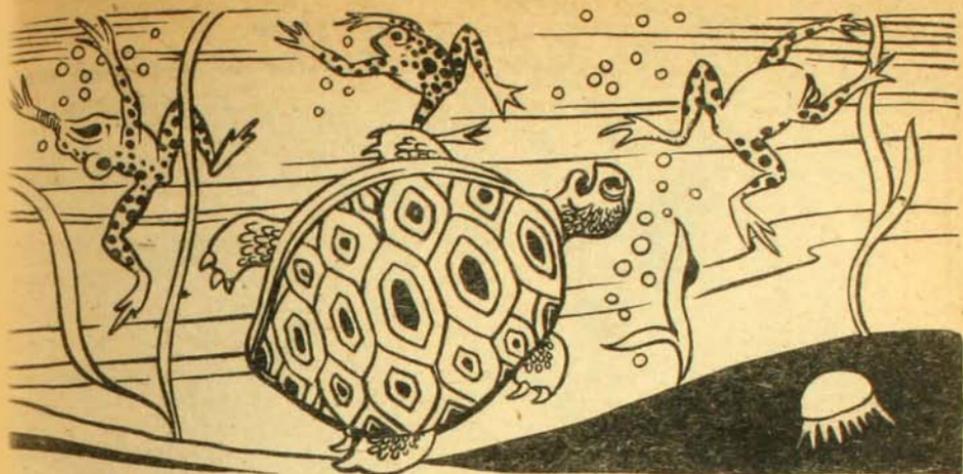
Pero esta vez no tuvieron que aguardar mucho tiempo. Al día siguiente, al apuntar el alba, se oyó un ruido raro.

—¿Qué habrá sido ese ruido? —preguntó la Curiosa, que, por enterarse de todo, apenas dormía.

—Debe de ser que ha llegado el nuevo jefe —dijo otra ranita, curiosa también como todas ellas, aunque no tanto como la que llevaba el apodo de tal.

Y la que había terminado de hablar, ganándole el tirón a la primera, se arrojó de la cama y nadó ligero hasta la superficie, en donde pudo contemplar un ser para ella desconocido: era una tortuga que el rey había mandado como jefe y la cual, no bien tuvo cerca a la ranita que se había aproximado, para saber qué pasaba, se la tragó.

Al rato llegó la Curiosa, y creyendo que era la primera porque



...era una tortuga que el rey había mandado como jefe.

no vió a ninguna otra, se le acercó apresuradamente y, ¡zas!, también se la tragó. ¡Pobre Curiosa!...

Viendo que no regresaba ninguna de las dos, empezaron a impacientarse las otras, decidiendo que la mayor y más sabia de todas ellas, aquella que le hablara al rey dos veces, fuera a ver qué pasaba. Pero, como además de saber mucho era prudente, trató de observar sin ser vista y vió que en ese momento la tortuga se tragaba a una rana muy chiquita que se había escapado tras las otras, sin que la viera su mamita. ¡Cara pagó la travesura!

La rana sabia, muy asustada, regresó al fondo y explicó tartamudeando lo que había visto. Y todas lloraron mucho, lamentando que el rey les hubiese mandado un jefe tan malo.

Entonces la ranita sabia exclamó sollozando:

—Este es el castigo que nos merecemos. Cuando el señor rey nos mandó un jefe bueno y tolerante, corrimos a decirle que no lo queríamos, después de haber hecho burla y escarnio del pobre, y el rey, en castigo, nos envió este jefe que es más peligroso aún que la cigüeña, porque nos matará a todas, abusando de su autoridad.

¿No os parece, lectorcitos, que tenía razón? Cuando seáis mayorcitos, recordad este cuento y la moraleja que nos enseña, o sea: *que vale más un hombre falto de carácter, pero bueno, que uno malo con carácter.*

Ponchito



LOS SAQUE'
TODITOS



¡EPA...!



¡ABUELITA! ¿A QUE
NO ADIVINAS LO QUE
ME PASÓ?



MARIA GLORIA



CAPITULO VI.—Inquietudes de María Gloria

María Gloria no participaba de la buena opinión de Hilda respecto a Patricio Bratel. Pero comprendía la inutilidad de sus advertencias.

“Si yo digo algo contra su novio a mi madre adoptiva, —pensaba María Gloria—, creará que es por interés mío o por injustificados celos.”

La linda jovencita guardó silencio, esperando que a pesar de sus presentimientos, su buena protectora fuera feliz.

María Gloria no tardó en comprobar que se realizaban sus sombríos vaticinios.

A los seis meses el segundo marido de su bienhechora se reveló muy diferente del cortante amable y sumiso.

Fácilmente dominó a Hilda y, con datos financieros que la pobre mujer no podía comprender, le demostró que su fortuna estaba gravemente comprometida.

—Usted ha malgastado su dinero —decía Patricio a su esposa—. Aquí todos gastan como en un país conquistado, Es una vergüenza. Todos la explotan, Hilda.

RESUMEN: Jaime Daver llega con su hija María Gloria a la aldea de Santa Clara y se hospeda en el hotel “Caballo Blanco”. Durante la noche muere Jaime Daver, y su hija queda desamparada. El juez del lugar decide enviar a la huérfana a un orfanato, pero la gitana Zoraida, de oficio confitera, adopta a María Gloria. Después de seis meses la linda niña se encuentra feliz en el carricoche de Zoraida y de su hijo Juan Manuel. Traba amistad con los artistas de un circo y ayuda en la tienda de confites de su madre adoptiva. Tres años después, una dama elegante es atraída al quosco de Zoraida por la belleza de María Gloria. Hilda de Beral desea adoptar a María Gloria, lo cual produce indignación en la familia gitana. Días después Zoraida cae gravemente enferma. Muere de neumonía. Transcurridos algunos días, Hilda de Beral reclama como hija adoptiva a María Gloria y la separa de Juan Manuel. El muchacho parte a Norteamérica con Reginaldo, y María Gloria sufre un síncope que le produce una fiebre cerebral. Hilda de Beral cuida como a su propia hija a la enferma, quien llega a profesarle gran cariño. Transcurren los años y la señora Beral proyecta casarse con Patricio Bratel.

—¿Es posible? Nunca se me hubiera ocurrido —balbuceó Hilda, consternada.

—Algo escandaloso —prosiguió Bratel—. Hilda, si tienes cariño por mí, despide a la mitad de tu personal.

—En este momento es difícil encontrar buenos empleados —insinuó Hilda.

—Qué ingenua eres, amada mía —dijo el pérfido Patricio—. Te aseguro que son todos unos villanos. ¿Desconfías de mí? O crees que ellos tienen la razón. . .

—Yo sé que tú eres un hombre escrupuloso y sagaz —respondió la engañada Hilda—, y que ves mejor que yo. Voy a despedir a los empleados que tú ordenes y los reemplazaremos. . .

—No los reemplazaremos —declaró Patricio—. Tu capital ha disminuído atrozmente y es preciso economizar. . .

—Como tú quieras. . . Dispón de todo, Patricio.

Bratel comenzó por despedir a la servidumbre más antigua, a la que, por cierto, no cayó muy en gracia el matrimonio de la viuda. María Gloria debía ser la nueva víctima del tiránico marido.



—María Gloria es una chica encantadora —decía Hilda a su pérfido marido.

Sin duda la presencia de la linda jovencita no agradaba a Patricio, tanto más que él había adivinado la silenciosa hostilidad que María Gloria le profesaba. Sabía también Bratel que la hija de Jaime Daver era muy inteligente y perspicaz.

“No me conviene esa chica que aún conserva gran influencia sobre Hilda”, pensaba el ambicioso Bratel.

Un día, dijo a Hilda:

—Tal vez vamos a estar en desacuerdo, querida Hilda, pero se trata de tu protegida...*

—¿Supongo que no pretenderás imponerle alguna privación a María Gloria? —preguntó alarmada Hilda.

—No te agites tanto antes que yo exprese mis ideas —protestó Patricio—. María Gloria ha sabido dominarte de tal suerte...

—¿Dominarme? Ella tan inocente, tan bondadosa...

—Ahórrame los elogios a tu protegida y escúchame... Vamos a la ruina y es necesario evitar que todo se derrumbe. Ya suprimimos parte del personal y ahora se trata de María Gloria, a quien tú le has dado una educación sólida y perfecta.

—La merecía —observó Hilda.

—Estimo que esa educación está terminada —prosiguió Bratel—. Por consiguiente te pido que suprimas sus clases de piano y canto, las que no tienen objeto.

—María Gloria es una artista...

—Qué candidez —dijo el despreciable individuo—. María Gloria canta como toda colegiala. La profesora también te explota...

—La señora Laurel se preocupa más de música que de ganar dinero —se atrevió a decir Hilda.

—Esa es tu opinión... Bien; que se haga como tú quieras —replicó Patricio con furibundas miradas.

—No te enfades —suplicó la crédula Hilda—. Comprendo tus buenas intenciones, Patricio. Después de todo, María Gloria es comprensiva y si le digo que estoy obligada a efectuar economías será la primera en aceptar tal decisión.

Esa misma tarde Hilda comunicó a su hija adoptiva que era preciso suspender las clases de música.

María Gloria aceptó sin replicar, pero atribuyó con justicia esas medidas, para ella dolorosas, al infame Bratel.

La niña se apresuró a comunicar a su querida profesora que ya no recibiría más sus lecciones.

—Mi pobre niña —murmuró la señora Laurel—, estoy tan desolada como tú por esa determinación. Pero podemos arreglar este asunto. En adelante mis clases serán gratuitas para ti.

—¿Lo permitirá mi madrina? —preguntó María Gloria.

—Ya lo veremos —dijo sonriendo la gran artista—. Y ahora trabajemos, pues la música es el mejor lenitivo de las penas.

María Gloria regresó muy feliz de casa de la señora Laurel y a la hora de la comida estuvo como siempre alegre y comunicativa con su madre adoptiva.

Patricio Bratel, al verla sin un asomo de tristeza ni abatimiento, le preguntó súbitamente:

—¿María Gloria, advertiste a la señora Laurel que cesaban sus clases?

—Comuniqué a la señora Laurel que mi madre lamentaba mucho no poder continuar ofreciéndome esas clases, porque las dificultades de su nueva vida se lo impedían... Mi profesora comprendió muy bien...

—¿Ves Patricio cómo todo se arregló sin molestias? —insinuó Hilda—. María Gloria aceptó este pequeño sacrificio y estudiará sola.

—Tengo mejor suerte, madrina, —interrumpió María Gloria—. La señora Laurel es tan buena, tan comprensiva, que continuará dándome clases sin remuneración alguna. No sé cómo agradecer tanta bondad.

—Muy amable de parte de la señora Laurel —declaró Hilda—, pero considero un poco abusivo...

Hilda miraba a su marido con ansiedad, pues su semblante se congestionaba por momentos como próximo a una explosión.



María Gloria escuchaba las discusiones de su madrina con Patricio Bratel.



—Estamos arruinadas —comunicó Hilda a María Gloria.

la Laurel a contarle sus desdichas, sus penas, y al verla gemir y quejarse, la profesora le ha ofrecido esa limosna.

—Madrina, usted sabe que yo soy incapaz de esa conducta —exclamó María Gloria.

—Entonces soy yo el embustero... —gritó Bratel.

—Sí, usted miente y engaña —declaró María Gloria poniéndose de pie y cruzando sus brazos.

—Hilda, ya puedes ver de cuánto es capaz esta vagabunda que recogiste por caridad —dijo Patricio.

—Los vagabundos que se recogen por caridad —respondió María Gloria— no traen tanta desgracia a un hogar como los intrigantes sin escrúpulos a quienes se acoge con exagerada confianza.

—¿Abusivo, dices? —gritó por fin Bratel—. Yo lo considero una afrenta... ¿Cómo es posible que una vagabunda que recogiste en el arroyo, a quien has vestido, alimentado y educado durante tantos años, te ultraje de tan villana manera? Es escandaloso...

—No te comprendo bien, Patricio —balbuceó Hilda—. Dices cosas...

—Digo que eres demasiado buena y que finges no comprender —vociferó Patricio—, pero que en el fondo estás completamente de acuerdo conmigo. ¿Por qué vas a recibir limosnas de parte de la vieja Laurel?

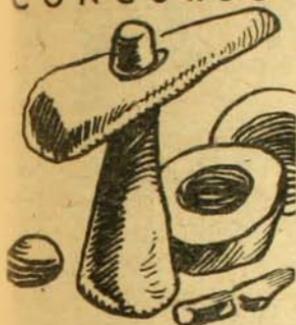
—Madrina —murmuró desesperada María Gloria—. No es una limosna...

—No la permitas que abogue por esa artista —interrumpió Bratel—. Seguramente, Hilda, tu protegida ha ido a casa de

(CONTINUARA)

GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos en cuántos grandes períodos se divide la prehistoria? Envíe su respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los que envíen soluciones exactas se sortearán los siguientes premios: 10 libros de cuentos infantiles, 10 paquetes de Vitalmin, 10 premios de 5 forros para cuadernos, 10 premios de 2 lápices y una goma, y 10 libretas de apuntes.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 71.

Las fases lunares son cuatro.

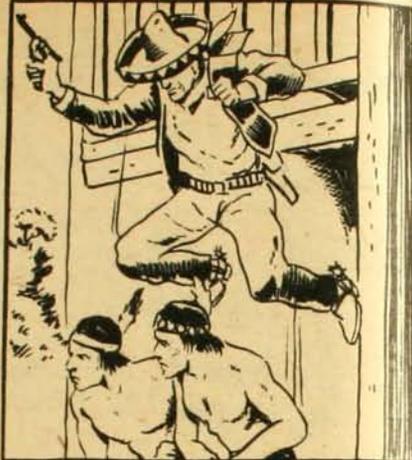
PREMIADOS CON: UNA CAJA DE LAPICES DE COLORES: Enrique Baeza, Talcahuano; Juan Márquez, Temuco; Hernán Alvarado, La Unión; Francisco Guerra, Angol; Cintia Valenzuela, Valparaíso; Daniel Caro, Curicó; June Collyer, Valparaíso; Armando Rebolledo, Santiago; Teresa Miño, Tomé; Roberto Roa, Lebu. UN PAQUETE DE VITALMIN: Doris Godoy, Temuco; Enrique Meyer, Puerto Varas; Juan Velásquez, Coronel; Erna Andrade, Viña del Mar; Edgard Briceño, Talcahuano; Oscar Mery, Coquimbo; María Zurita, Iquique, Yolanda Espinoza, Linares; Nora Llantén, Santiago; Edith Velásquez, Llay-Llay. DOS CUADERNOS: Hilda Aguirre, Santiago; Humberto Rodríguez, Valparaíso; Ana María Moraga, Santiago; Lila Fuentes, Putaendo; Raúl Saavedra, Santiago; María Leigh, Santiago; José Miguel Fica, Angol; Carmen Muñoz, San Antonio; Guillermo Soto, Santiago; Neison Ruz, Vicuña. UNA CARPETA DE ESQUELAS: Manuel Ríos, Temuco; Addys Matus, Concepción; Nazri Dabdou, Tomé; Norma Navarrete, Santiago; Edmé Castañeda, Santiago. UN JUEGO DE ESCOBILLAS: Kosy Venthur, Pailahueque; Hugo Rivera, Viña del Mar; Mireya Pérez, Peumo; Oscar Pérez, Santiago; Santiago Cornejo, Rengo. UN JUEGO DE PIMPON: Marta de Freitas, Santiago; Lautaro Olea, Santiago; María Berrios, Valparaíso; Gastón Bustos, Santiago, y Alicia Quijada, Longaví.

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 74

La prehistoria se divide en ... períodos.

LA FLECHA



CAPITULO VI. ALIKA SALUDADA COMO REINA

1. En ausencia de Teddy Bill, Tony y Ramón debían custodiar la casa. En una de sus rondas Tony divisó a un piel roja, a quien cogió por las piernas para cautivarle. Por su parte, Ramón divisó a otros dos pieles rojas y cayó sobre ellos desde el balcón. Los tres indios, aturdimos por los golpes de Tony y de Ramón, clamaban misericordia. "—¿Quién les envió a ustedes aquí?", preguntó Ramón. "—Buscamos a la princesa Alika."

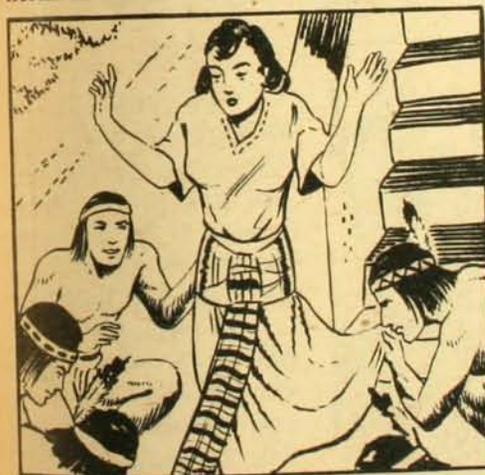


2. "—Aquí estoy sana y salva, gracias al ranchero Teddy Bill", gritó la doncella india. Inmediatamente el jefe de los asaltantes dijo a los indios que se acercaban en tropel: "—Cesad el combate. Amigos, gracias al cielo nuestra reina se ha salvado y nuestra tribu recobraré toda su gloria." Alika alzaba también la mano diciendo: "—Los blancos e quienes atacabais son mis amigos y ellos me salvaron."

DEL SOL



3. Los pieles rojas rodearon entonces a la heredera de la flecha del sol y escucharon su trágica historia: "—Chiguán, y los chipetes me raptaron y abandonaron en el desierto." "—Tacomac nos envió aquí sin saber que estabas resguardada por colonos", dijo el guerrero jefe. "—Dejadme en casa de Teddy Bill, y buscad la flecha de oro, signo del poder supremo —ordenó la hermosa Alika—. Estos son mis amigos."



4. La princesa Alika desfiló radiante en medio de los pieles rojas, que besaban sus vestidos y gritaban: "—¡Se ha salvado nuestra reina!" Esa noche Ramón y Tony mataron un cordero para celebrar la paz. Tony cogió su guitarra y cantó las mejores canciones de su repertorio para sus nuevos amigos. Pero uno de los indios huyó como un traidor a contar al pérfido Chiguán los sucesos que hemos narrado.

(CONTINUARA)

AKYRA

CAPITULO XII.—Akyra liberta a los esclavos



—¡Al abordaje, compañeros! —gritó Akyra.



Nadie pudo resistir el empuje de Ali.

La doncella Akyra, salvada por el capitán Omar de la esclavitud del tirano Ben-Kasen, se había constituido en la libertadora de los habitantes de Bukefrane. Mientras Omar yacía en su lecho curando sus heridas, Akyra, Ali, el ayudante de Omar y otros fieles servidores del capitán efectuaban campañas libertadoras y provocaban revoluciones.



—No deseo servir más al tirano —dijo el capitán del velero.

tartana de Omar y se cruzaron en el mar con el velero de sus enemigos.

—Al abordaje, compañeros —había gritado la valiente Akyra. Los amigos de la doncella árabe saltaron al puente del velero y amenazaron con sus largas cimitarras a los tripulantes del barco. El capitán del velero se irguió en toda su esbeltez y dijo:

—Esperaba una ocasión propicia para no servir más al tirano Ben-Kasen—. Con mucho gusto me declaro vuestro prisionero.

—¿Y por qué le servías entonces? —preguntó Akyra al capitán.

—Porque tenemos a bordo de este velero a varios individuos de la guardia secreta de Ben-Kasen, que con-

ciones en contra de Ben-Kasen y sus secuaces.

Cierta vez divisó en el muelle del puerto a un grupo de hombres que los verdugos del tirano Ben-Kasen azotaban.

Akyra se impuso de que esa noche partirían en un velero para ser vendidos como esclavos en un mercado del Lejano Oriente.

Inmediatamente Alí y Akyra equiparon la



Los espías de Ben-Kasen pedían perdón.



Los verdugos fueron arrojados del velero.

seguida decidieron que los espías secretos de Ben-Kasen serían enviados a tierra en un lanchón.

Cuando se alejó la lancha con los espías, Alí y Akyra bajaron a la bodega del velero.

Los desdichados esclavos fueron libertados de grillos y cadenas y el capitán del velero prometió conducirles a un puerto lejano donde nada tendrían que temer de parte de Ben-Kasen.

Cumplida su misión salvadora, Akyra y sus amigos retornaron a la tartana del capitán Omar, muy complacidos de su noble acción. La tartana y el velero se separaron tomando cada cual su rumbo. De pronto el vigía de la tartana gritó:

—Un barco a la vista.

Alí, trepado a una escala de cordel, exclamó aterrado:

—Es la galera personal del tirano Ben-Kasen. No hay barco de mayor velocidad y calibre que esa galera.

—¿Qué podríamos hacer? —preguntó la doncella Akyra al ayudante Alí.

—Enfrentarnos con la galera constituiría un disparate —replicó Alí—, pero la astucia es sucedánea de la fuerza.

trolan nuestros actos.

—Queremos conocerles —indicó Akyra.

Los facinerosos al verse descubiertos, gemían y suplicaban que les perdonaran.

—No nos maten —decían, inclinando su frente, o alzando sus brazos.

—Merecería a la muerte por maltratar a esos pobres jóvenes, —declaró Akyra.

Alí y Akyra despojaron de sus cadenas a las víctimas del tirano de Bukefrane y en

la

(CONTINUARA)



Por LUGOZE



¿VISTES EL FRASCO DE DULCE QUE HABIA EN EL COMEDOR?



SI, MAMA', YO LO TOME



¿Y DONDE LO DEJASTE?



¡AQUI MAMA'!



Simbad

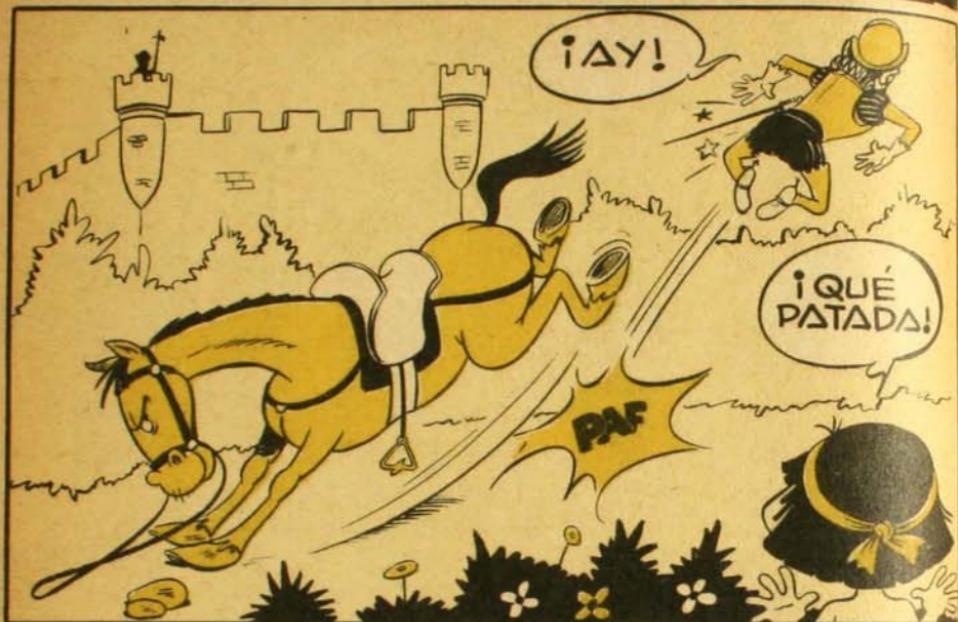
N.º 75

MARIA GLORIA

\$ 2.-



LAUTARITO



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO II

N.º 75

Precio: \$ 2.—

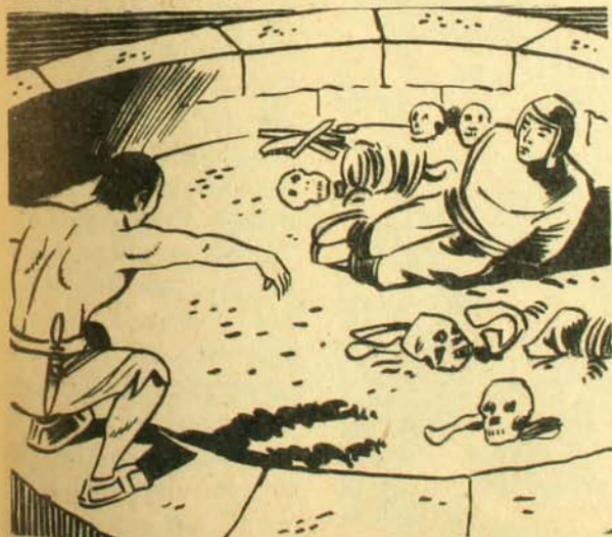
7-II-1951

EL PEREGRINO de BUDA



CAPITULO V.—Los buitres de la Torre del Silencio

Allá por el año 618, comenzaban a formarse en el Asia las sectas religiosas que debían propagarse en el resto del mundo como doctrinas filosóficas de alto vuelo. Entre los más fervientes partidarios de Buda, se podía contar al joven Yuansú, quien a pesar de sus veinte años, ya era conocido como "Maestro de la Ley", por su, gran sabiduría.



El criado Wei encontró a Yuansú en la Torre del Silencio.

Yuansú partió como peregrino de Buda hacia las regiones de la China y de la India. Después de terribles aventuras en el desierto de Gobi, fué recibido por príncipes y reyes con honores de sabio y apóstol. Al entrar al reino de Samarkanda, el buen Yuansú socorrió al persa Kiú, el que, lejos de agradecer sus favores, le traicionó y entregó a los fanáticos parsis,

adoradores del fuego y enemigos de las doctrinas de Buda.

Uno de éstos le condujo a la Torre del Silencio, macabro lugar donde se tendía, sobre canaletas de acero, a los muertos de la religión de Zoroastro, para que fueran devorados por cuervos y buitres.

Pero los *parsis* no colocaban allí a los vivos, sino a los muertos, como en



Mientras Wei le desataba, acudieron los buitres.

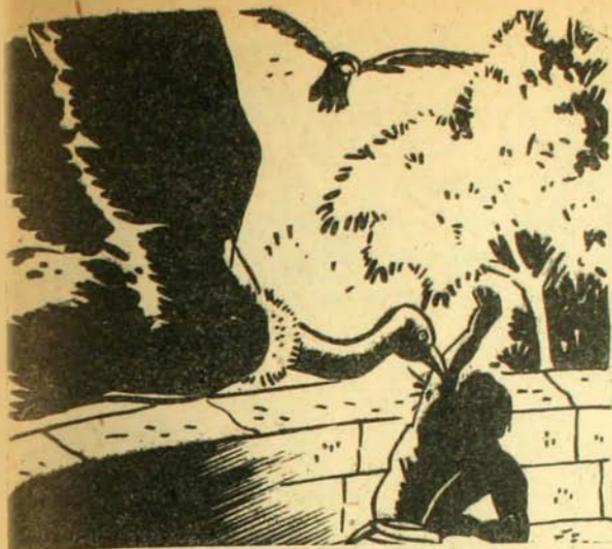


Wei hirió a un ave de rapina con su puñal.

otros países se les sepulta bajo tierra.

El joven Yuansú despertó de su aturdimiento para encontrarse entre cadáveres descarnados por las aves de rapina. De súbito vió a un hombre que se acercaba a él sigilosamente. Al erguirse reconoció a su fiel servidor Wei.

Provisto de un puñal el criado de Yuansú, se apresuró a cortar las ligaduras del peregrino de Buda y resumió en pocas palabras los sucesos de la noche anterior:



El buitre dió un picotón en el brazo de Wei.

—El ataque de los secuaces de Kiú fué rechazado por los hombres enviados a socorrerle y entonces le buscamos por todas partes en el palacio que el rey le dió por hospedaje. De inmediato comprendimos que usted había sido víctima de los fanáticos *parsis*. Acudí a la Torre del Silencio...

Wei no pudo continuar su relato porque los buitres comenzaban a revolotear más y más cerca de su presunta víctima.

—Un momento más,

Gran Maestro —dijo Wei—, y quedarán desatadas sus piernas. Pero las aves de rapina cada vez más insistentes que rían apoderarse del peregrino como reclamando su legítima presa. Wei se vió obligado a suspender su trabajo para dar de puñaladas a los siniestros pájaros que chillaban enfurecidos.

El rapaz herido se alejaba, pero acudían otros y otros más.



El criado de Yuansú cayó mortalmente herido.

—Trata de cortar mis ligaduras, Wei —suplicó Yuansú—, y así seremos dos para defendernos.

El obediente Wei se inclinó sobre el maniatado peregrino para satisfacer su deseo y un buitre le dió tan feroz picotón en un brazo que le dejó una profunda herida.

—Maestro, trate de huir usted solo —murmuró el fiel criado—. Mi sangre les ha enloquecido. Levántese ahora que ya está libre de ligaduras y salte a un árbol. Por ahí vine yo hasta esta maldita torre.

La situación era por demás trágica. A pesar de su debilidad,



Yuansú clavó su puñal en una pata del pájaro negro.



El peregrino de Buda cargó en sus brazos a Wei.

Yuansú hizo un esfuerzo desesperado y cogiendo el puñal de Wei golpeó al buitre que se ensañaba en la espalda de Wei.

El ave de rapiña voló pesadamente dejando una lluvia de sangre en su vuelo.

Por fin el peregrino de Buda logró ponerse de pie y colocar a Wei en la baranda de la torre.

—Huya usted, Maestro, mi vida nada vale —suplicaba Wei—. Los buitres vuelven a la carga.

En efecto, los rapaces, enfurecidos, no pensaban soltar su presa ni cesar el sangriento combate.

(CONTINUARA)

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 75

Las bellas artes son



EL MISTERIO DEL DESIERTO



CAPITULO II.— *Aicha vaticina peligros a Polo Lorin.*

—Polo —preguntaba Lily Lorin a su hermano—, ¿por qué se enojó tanto la bailarina mora cuando le traje esos obsequios?

Como antes había recibido dinero, yo me atreví a...

—No te preocupes, Lily —respondió Polo, cogiendo del brazo a su pequeña hermana—. Vamos al salón. Allá hay buena música. Sin embargo Polo continuaba intrigado por el cambio tan sorprendente de la mora, desde que divisó a Dora Demidoff.

Era el segundo día de navegación desde Barcelona hasta las costas del Africa.

Debido al calor, los pasajeros del "Estrella del Sur" pasaban todo el día fuera de sus camarotes.

Como a Polo Lorin le gustaba instruirse, trabó amistad con el radiógrafo del "Estrella del Sur". Este le enseñaba los aparatos y hasta le permitió enviar un mensaje radial.

Aquella tarde, Polo se dirigía a visitar a su nuevo amigo, y al llegar al pasadizo, en cuyo extremo se hallaba la cabina de radio, divisó a la joven mora espiando la oficina del radiógrafo. Unos pasos más lejos, el árabe que se decía ciego estaba acechando.

De súbito la puerta sobre la cual se apoyaba la mora se abrió violentamente antes que ella pudiera huir. A su grito de espanto hizo eco una expresión de furor lanzada por la persona que entreabría la puerta.

Polo reconoció a Dora Demidoff.

—Víbora —gritó la húngara—. ¿Qué haces aquí? Has venido a espiarme...

Y la cruel Dora cogió de los cabellos a la mora.

—Suélteme —gimió la bailarina—, yo venía a ver cómo funciona ese aparato.

RESUMEN: Lily y Polo Lorin se dirigen a Marruecos para reunirse con sus padres, que son colonos en Sidi el Guir. Les acompañan el fiel Bakri y una joven húngara, Dora Demidoff, hija adoptiva del doctor Lorin. Polo habla con una bailarina mora, quien odia a Dora.

Pero Dora continuaba remeciendo los cabellos de la mora... Y lo curioso era que ninguna de las dos mujeres hablaba en voz alta.
—Responde —murmuró furibunda Dora—. ¿Por qué estabas escuchando?

—No he venido a espiar —afirmó la mora.

—Mentira —rugió Dora—. Toma, para que aprendas a inmiscuirte en lo que no te concierne.

Y una feroz palmada azotó la linda cara de la bailarina.

Polo no pudo contenerse y corrió en defensa de la ultrajada mujer.

—Dora, ¿no tienes vergüenza de pegarle a una infeliz muchacha?

—protestó Polo—. Suéltale el pelo... Eres muy cruel.

—Tú no sabes lo que ha hecho, Polo... Estaba espiando aquí... —Y tú también.

—Es muy diferente...

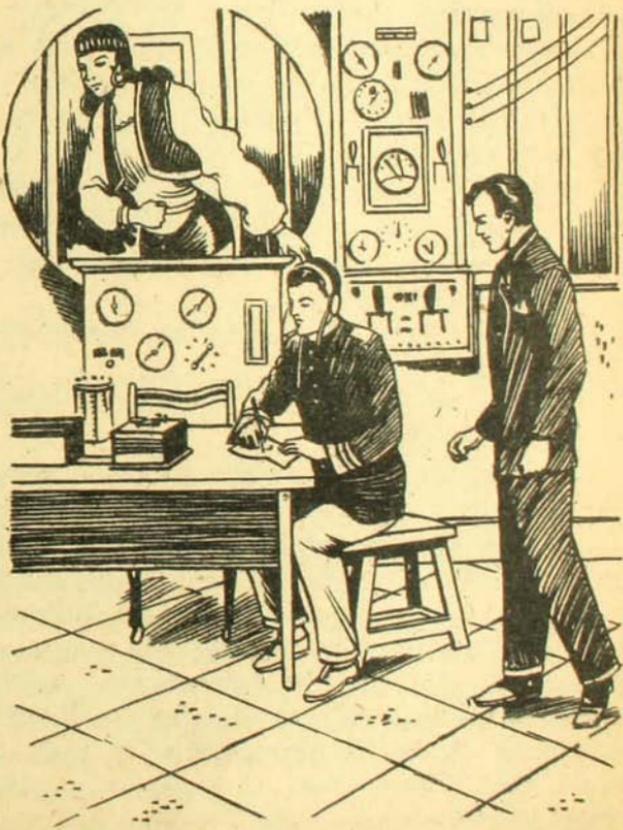
—dijo turbadísima la joven húngara—. Yo soy pasajera de primera clase y puedo recorrer todo el barco.

—De todas maneras, si ella falta, no eres tú la llamada a castigarla. Eso correspondería a un oficial de marina o al capitán.

—Estos indígenas son traidores —replicó Dora—. Tal vez quiso sorprender un mensaje secreto.

—No creo que el "Estrella del Sur" envíe mensajes secretos

—insinuó Polo—. En tal caso tú también estabas sorprendiéndolos.



Polo divisó a la bailarina Aicha espiando al radiógrafo.

—Eres un imbécil —murmuró Dora eludiendo una respuesta directa—. Si te place defender a esa hija del desierto, en buena hora...

Dora se alejó lanzando improperios al muchacho.

Polo tuvo intención de preguntarle al radiógrafo el motivo de la visita de Dora, pero tras breve reflexión pensó que no era decoroso inmiscuirse en los actos de la hija adoptiva de su padre.

Antes de recogerse a su camarote, Polo Lorin decidió dar un paseo nocturno por la cubierta.

De pronto al llegar a proa sintió que alguien le cogía el brazo.

—No tengas miedo, mi señor. Soy Aicha, la bailarina —dijo una voz en la obscuridad—. Deseo hablarte.

Polo siguió a la mora hasta un banco de marineros que estaba en la penumbra.

—Quería agradecer tu defensa —expresó Aicha—. Me has arrancado de las garras de esa maldita perra...

—No te expreses así, Aicha... Admito que Dora fué cruel contigo y que...

—No la defiendas, señor —interrumpió Aicha—. No te hablaré más de ella. Aicha pedirá todas las tardes a Alá que te proteja a ti y a todos los tuyos y que les aparte de esa "Bestia Venenosa".

—¿Qué quieres decir?

—Dame tu mano. Yo sé leer el destino en las líneas de tus palmas, señor.

Polo le dió su izquierda y la mora se colocó a la luz de la luna, para examinarla.

—Eres valiente y leal —dijo Aicha—, pero veo que te amenazan serios peligros. Tu vida y la de los tuyos están amenazadas.

—¿Qué peligros podemos correr? —exclamó Polo—. Pasado mañana estaremos en "Sidi el Guir" con mis padres.

—Con frecuencia los sucesos que esperamos se alejan y los que no habíamos previsto se acercan —sentenció la mora—. Alá es grande... No tomes en bromas mis vaticinios... Yo sé muchas cosas que el hijo del *rumi* ignora... Un gran peligro te amenaza. Desconfía de la "bestia malvada".

—Tu odio contra Dora es brutal —murmuró Polo Lorin—. Esa joven es muy desgraciada. Perdió a sus padres, su fortuna y todo. Nosotros la protegemos. No me hables más de Dora, Aicha.

—Alá lo dirá —replicó la mora—. Quiero obsequiarte algo mío

para agradecer tu bondad. Escoge una piedra preciosa. La bailarina abrió su mano y mostró a Polo un sinnúmero de piedras semipreciosas engastadas en dorado metal.

—No quiero privarte de tus alhajas —insinuó Polo.

—Se las darás a tu hermanita, que Alá guarde... Toma este brazaletes para los tobillos o este prendedor.

—Ya que insistes en obsequiarme algo —declaró Polo—, dame esa pulsera que llevas en tu muñeca. Le gustaría mucho a Lily.

—No puedo... —murmuró angustiada Aicha—. Además carece de valor.

—Por eso te la pedía.

—Es mi BARAKA (talisman) —Esta pulsera tiene algo más que un poder mágico—. Ella...

Pero sin duda Aicha pensó que había hablado demás y tendiendo a Polo una piedra verde engastada en plata, le dijo:

—Toma esta piedra que te servirá para protegerte de todo peligro. Alá te proteja a ti y a tu hermana.

Antes que Polo le diera las gracias la bailarina había desaparecido. A la mañana siguiente los viajeros llegaron a Casablanca y se aprestaron para desembarcar. Polo, Lily, Dora y el negro Bakri fueron los primeros en bajar a tierra.

Entretanto Aicha estaba desesperada. Se le había perdido su pulsera o talismán y la buscaba en vano por el puente.

—Mi brazaletes —gemía la mora.



—Tu odio por Dora es brutal —dijo Polo a Aicha.

Aicha quiso comunicar su pérdida a Polo Lorin, pero ya el muchacho había subido a un carruaje y se alejaba del muelle. Cuando Polo pidió cuatro boletos de ferrocarril para Marrakek, el boleterero le dijo:

—¿Se dirigen ustedes a Marrakek?

—Vamos más lejos.

—Búsquense un buen compañero —aconsejó el boleterero—. Hay muchas revueltas y las tribus aiussas están sublevadas.

—Nos acompaña Bakri y yo soy valiente —replicó el arrogante muchacho.

—¿Qué dice ese imbécil? —preguntó momentos después Dora Demidoff.

—Me habló de revueltas, pero no lo creo. Papá nos escribió diciendo que todo estaba tranquilo.

El trayecto hasta Marrakek se efectuó sin accidentes.

En las estaciones intermedias fueron subiendo nuevos viajeros que hablaban también de rebeliones, asaltos a colonos y luchas entre la Legión Extranjera y las tribus indígenas. Como todos hablaban en árabe, Dora preguntó a Polo de qué se trataba.

—Parece que las tribus indígenas se han sublevado instigadas por un profeta que predica la guerra contra los blancos —explicó Polo.

—¿Cómo se llama ese profeta? —inquirió Dora.

—Kadur-El Kebir —dijo Polo—. Kebir significa en árabe GRANDE. Dicen que ese profeta es un individuo cruel y feroz. Tiene completamente subyugadas a las tribus aiussas y berberas.

Dora inclinó la vista a fin de que Polo no advirtiera el rayo de alegría que iluminaba sus negras pupilas.

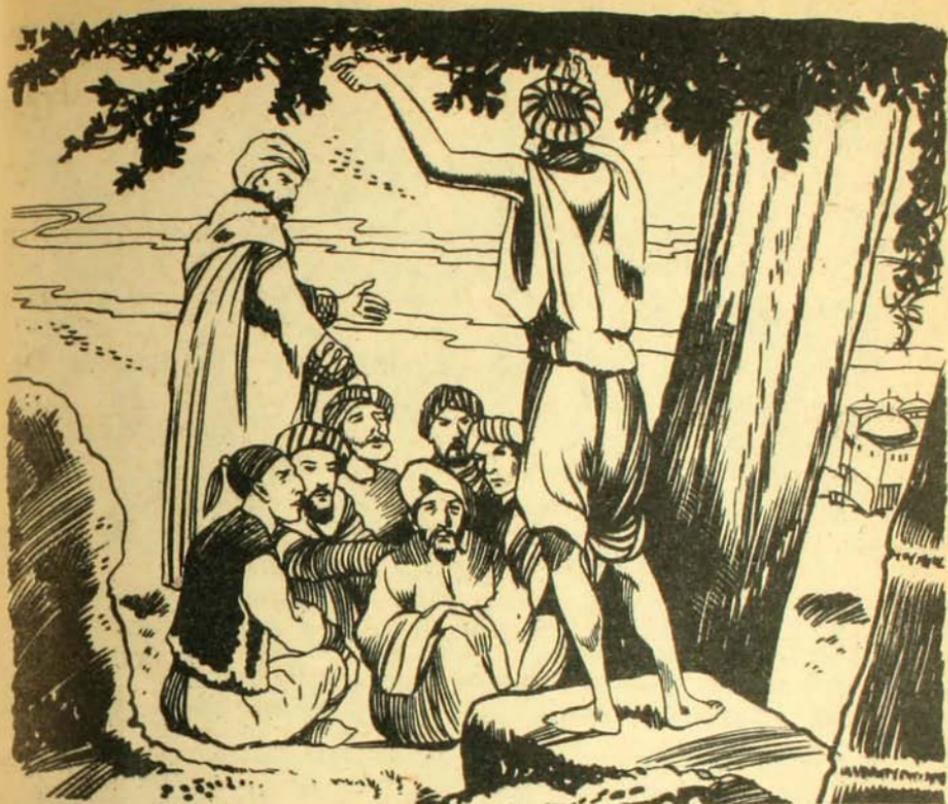
—Dicen también —prosiguió Polo—, que el gran Cheik a quien obedecen todas las tribus de esta región obedece también al profeta Kadur-el Kebir. Pero qué nos importan a nosotros estas reyertas. . . Los rebeldes no se atreverán a llegar hasta las colonias de "Sidi el Guir".

A la mañana siguiente los viajeros llegaron a la Estación de Marrakek.

—Lleva tú el equipaje, —ordenó Polo al negro Bakri—, y nosotros buscaremos a papá y mamá. Por aquí, Dora. . . Pronto, Lily. Pero al recorrer el andén no divisaron a los señores Lorin.

—Se han retardado —balbuceó tristemente Lily.

—Me extraña —murmuró inquieto el muchacho—, porque siempre son tan exactos.



Kaur-el-Kabir era un profeta que predicaba la guerra contra los blancos.

—Tal vez el señor Dubert olvidó enviarle el telegrama —sugirió Dora.

—No lo creo —expresó Polo—. Mi abuelo es muy ordenado y estaba inquieto por nuestra partida. Sólo que el telégrafo está algo lejos de "Sidi el Guir".

Aguardaron largo rato y ya comenzaban a experimentar la congoja de un misterio.

El negro Bakri iba de un lado a otro y de súbito fijaba sus miradas en Dora Demidoff, como si quisiera traspasar su mente para adivinar qué había dentro de esa mujer a quien el negro odiaba instintivamente.

—Ya no vienen —suspiró Lily.

—No te entristezcas, hermanita —suplicó Polo Lorin—. Ya llegarán.

(CONTINUARA)

LA FLECHA



CAPITULO VII. CHIGUAN Y TACOMAC

1. El rancho Teddy Bill recogió a la joven soberana india, Alika, destronada por el usurpador Chiguán. Los pieles rojas fieles a la doncella Alika, dirigidos por Tacomac, hacen alianza con Teddy y Tony para combatir a los chipetes. Un espía de Chiguán, comunica a su jefe que Tacomac intenta robar sus rebaños. "—Cuida tú mi ruca —ordenó Chiguán al espía—, porque allí guardo la flecha del sol."

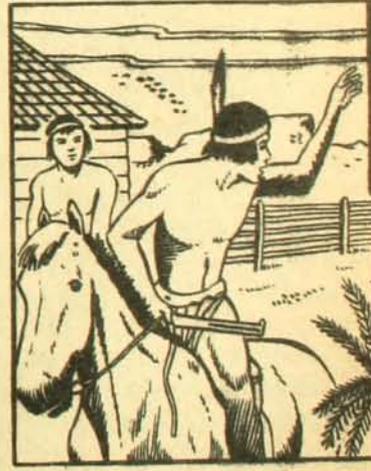


2. Los chipetes tenían numerosos caballos en la pradera. Chiguán, oculto entre las rocas, espía la llegada de las huestes de Tacomac, quien desde que la princesa Alika le ungió como capitán sentíase lleno de audacia. Su deseo era destruir el prestigio de su enemigo Chiguán en la tribu de los chipetes y reconquistar la flecha del sol, signo del poder supremo. "—Atención", gritó de pronto Tacomac.

DEL SOL



3. De súbito surgió el guerrero Chiguán por entre las rocas y arremetió furiosamente contra su contendor, el indio Tacomac. El combate fué cruel y sangriento por ambos lados. Pero venció la superioridad numérica de Chiguán, y también su táctica de avezado luchador. Tacomac optó por retirarse en buena forma y sin dejar heridos en el campo de batalla. "—Yo les ayudaré", dijo Teddy Bill a los indios amigos.



4. En efecto, el rancho Teddy y sus ayudantes Tony y Ramón, comenzaron a teñir su cuerpo color ocre y a confeccionar pelucas con crines de caballo. Una vez perfectamente transformados en pieles rojas montaron en sus caballos y partieron a la pradera para servir de refuerzos a las huestes de Tacomac. "—Quiera Dios que tengan suerte", suspiró Olivia Bill al verles partir.

(CONTINUARA)



BEN HUR

En la santa ciudad de Jerusalén, poco tiempo después de haber sido visitada por los tres Reyes Magos que habían acudido a rendir tributo de adoración al Niño Jesús, vivía con su madre y hermana un adolescente llamado Ben-Hur, sano, fuerte y hermoso. Habitando en un palacio, pudiendo satisfacer todos sus gustos, pues su padre, el príncipe Hur, le había legado una inmensa fortuna, el noble joven tenía, sin embargo, una aspiración que no veía la hora de poner en práctica: era ir a Roma, capital del Imperio, y allí, alistado en su ejército, conocer a fondo la táctica guerrera de aquel pueblo que había conquistado el mundo, para convertirse él en el caudillo guerrero que devolviese a su raza la libertad perdida, cuando llegase el momento oportuno.

Con esa ambición royéndole el ánimo, el adolescente se complacía en ver los frecuentes desfiles de las legiones que salían o entraban en Jerusalén, y ante ese constante espectáculo su mente soñaba con aquel glorioso porvenir.

Un día de tantos admiraba desde la azotea de su casa el paso de una legión, y al apoyar el cuerpo en la balaustrada, para observar mejor, tuvo la desgracia de empujar un ladrillo que estaba algo flojo, el cual, desprendiéndose, fué a dar en la cabeza del gobernador de Judea, que comandaba aquella fuerza, al que hirió de alguna gravedad.

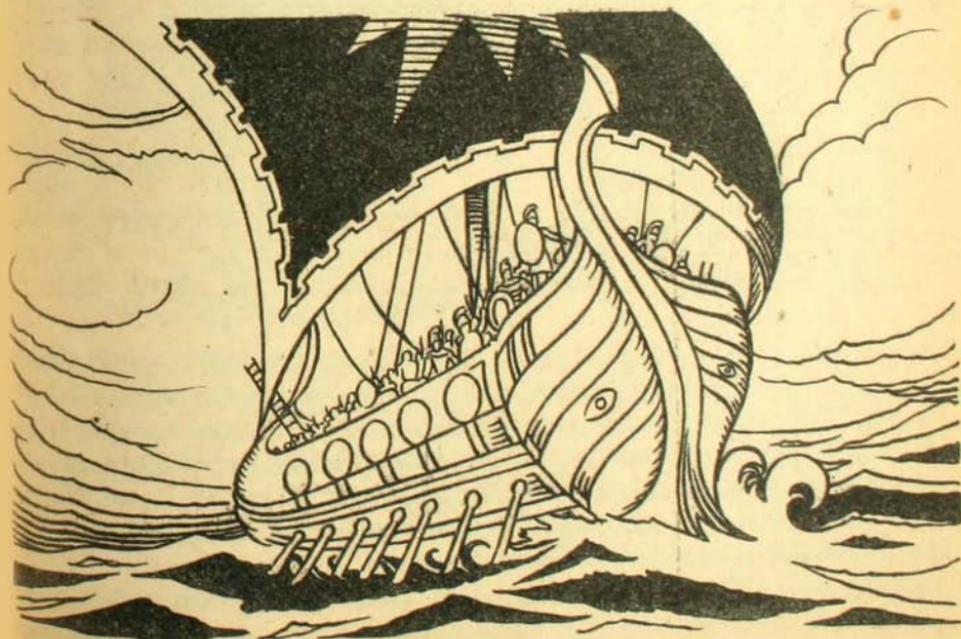
Ben-Hur y sus familiares pidieron excusas por aquel desgraciado e involuntario accidente, que eran los primeros en lamentar; pero frente a la sinceridad de aquella familia se levantó la mala fe de un antiguo amigo del propio Ben-Hur, llamado Mesala, quien, envidioso de las condiciones y riquezas de que gozaba aquél, no titubeó en afirmar que le había visto lanzar el ladrillo con indudable propósito de agredir al romano.

Pese a las protestas de Ben-Hur, a las explicaciones y a las lágrimas de la madre, el adolescente fué encarcelado y sometido a proceso por agresión deliberada a una autoridad del país.

La sentencia no se hizo esperar: Ben-Hur, según ella, había tra-

tado de matar al gobernante romano, impulsado indudablemente por el odio a Roma que alentaba en el pecho de todos los habitantes de la ciudad sometida por la fuerza al Imperio; teniendo esto en cuenta, el castigo que debía sufrir era el de remar en un trirreme, navío de guerra que recibía este nombre por tener a cada costado tres filas de remos, los cuales eran movidos por hombres jóvenes y robustos que accionaban a compás, bajo la constante amenaza del látigo del capataz o cómitre de los forzados. Mucho sufrió Ben-Hur durante los primeros tiempos de su ruda condena; pero su carácter bondadoso y el recuerdo de su atribulada familia, que le estaría llorando amargamente, le dieron ánimos para sobrellevar aquella vida infernal, en la esperanza de recobrar algún día la libertad, y no tardó en ser mirado con cierta simpatía por el cómitre, poco acostumbrado a ver jóvenes tan dignos como él.

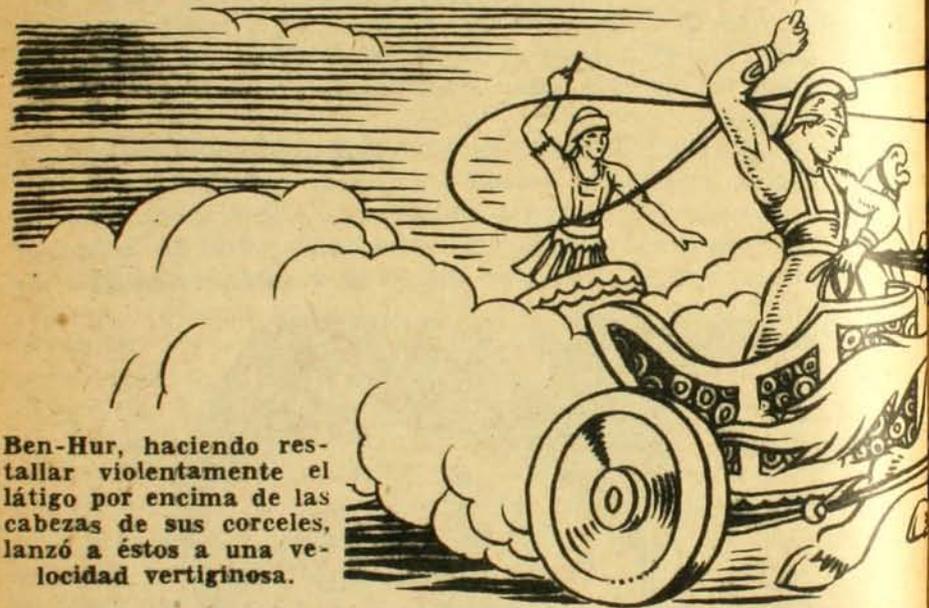
Pero la simpatía no fué sólo de éste, sino que alcanzó al propio Quinto Arrio, jefe de la escuadra imperial, quien conquistado a su vez por la gentil apostura de Ben-Hur, y pensando en hacer de él, cuando retornara a Roma, un consumado atleta de las palestras romanas, ordenó al cómitre que, si se entablaba combate con



El castigo que debía sufrir Ben-Hur era el de remar en un trirreme.

los piratas en cuya persecución iban, lo librasen de las cadenas que, como era costumbre, le sujetaban al banco de los remeros. Así se hizo, porque los piratas, en efecto, hicieron frente a la escuadra imperial con temerario valor.

Libre de las cadenas, Ben-Hur no pudo dominarse al sentir el estruendo del combate sobre cubierta al ser abordada la galera por los piratas, y se lanzó a la lucha enardecido; pero en ese instante la nave fué partida en dos a consecuencia de la embestida de otra galera pirata, y Ben-Hur fué despedido violentamente por la borda, y cayó al mar. Ante el temor de ser arrastrado por el remoli-



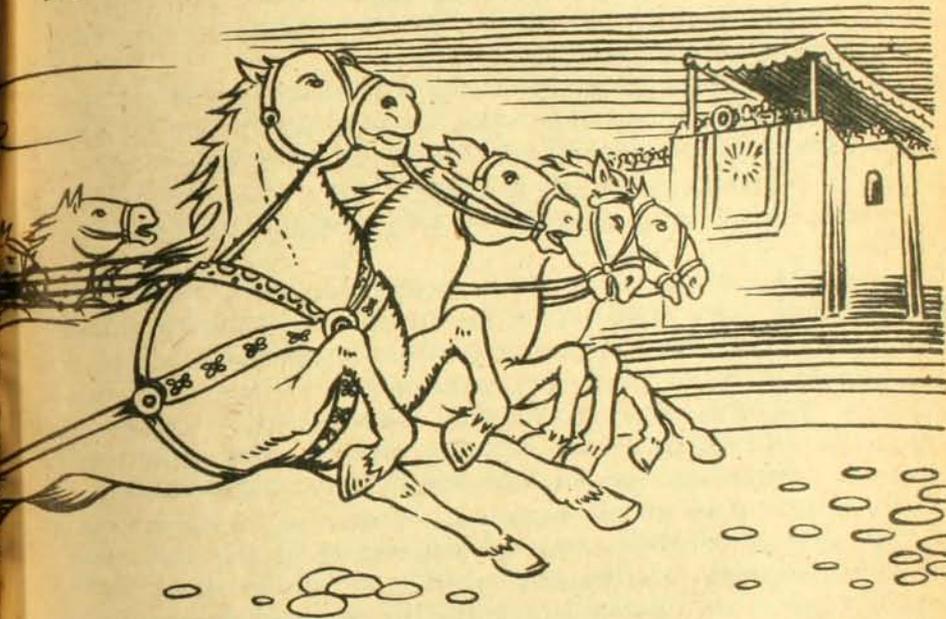
Ben-Hur, haciendo res-tallar violentamente el látigo por encima de las cabezas de sus corceles, lanzó a éstos a una ve-locidad vertiginosa.

no del agua al irse a pique su galera, Ben-Hur trató a toda costa de alejarse de ella. Nadó hasta alcanzar una gruesa tabla que flotaba no muy distante, y apenas se hubo encaramado en ella, advirtió que no muy lejos, un hombre manoteaba desesperadamente, tratando de sostenerse a flote, cosa que no le iba a ser fácil, pues, yendo vestido con pesada armadura, no tardaría en ser arrastrado a las profundidades del acéano.

Ben-Hur no titubeó un solo instante; abandonó la tabla y, dando fuertes brazadas, se acercó al otro náufrago, en el cual reconoció con gran sorpresa al propio Quinto Arrio.

Poco después una de las galeras de la escuadra que había puesto en fuga a las naves piratas, recogió a los dos náufragos. Deseoso Quinto Arrio de premiar el arrojo de Ben-Hur, le convirtió en su hijo adoptivo y le nombró heredero de su cuantiosa fortuna, puesto que él era soltero y no tenía parientes.

Parecía resuelta ya la suerte de aquel joven tan injustamente condenado por el falso testimonio de un amigo envidioso. Con el nombre de su protector y como hijo de éste fué recibido y agasajado en Roma, donde no tardó en distinguirse por su inteligencia y por su destreza en los juegos y en el manejo de las armas.



Encontrándose de paso en Antioquía y conocidas sus formidables condiciones de conductor de cuadrigas, fué buscado un día por cierto poderoso jefe árabe, Ilderín de nombre, el cual quería que le hiciese el señalado favor de dirigir los caballos que pensaba presentar en las carreras de cuadrigas en que toda la ciudad estaba interesada. Ben-Hur se negó a aceptar, alegando que no deseaba tomar parte en espectáculos públicos. Y esta decisión hubiera sido irrevocable si Ilderín, hablando del acontecimiento, no le hubiera dicho que en la competencia tomaría parte un tal Mesala, a quien deseaba ver vencido.

Mucho más lo deseaba Ben-Hur, que, como es de suponer, no podía borrar de su mente el recuerdo de aquel hombre, y aceptó al instante la proposición de Ilderín.

El día de la carrera, una enorme multitud colmó las instalaciones del circo, ansiosa de presenciar las pruebas, pero, sobre todo, aquella en que tomarían parte los dos jóvenes, de cuya antigua rivalidad se tenían noticias y se esperaba un emocionante espectáculo. Dada la señal de la partida, los corredores, entre los que estaba Ben-Hur, lanzaron sus cuadrigas con la velocidad del rayo. Bien erguidos en los carros, con las riendas en una mano y el látigo en la otra, excitaban a sus caballos con gritos y voces que los nobles brutos obedecían prestamente.

Mesala se adelantó a todos los demás al finalizar la primera vuelta, y Ben-Hur iba en segundo lugar, un poco delante de los otros competidores. El antiguo remero trataba de conservar su puesto, y en vez de castigar a los ágiles corceles que el jefe árabe le había confiado, les dirigía palabras cariñosas sin forzarlos como los demás.

El pueblo veía el desarrollo de la prueba con cierto desencanto, pues la mayor parte de la vuelta iba ya vencida, y Mesala y Ben-Hur conservaban entre sí la misma distancia inicial.

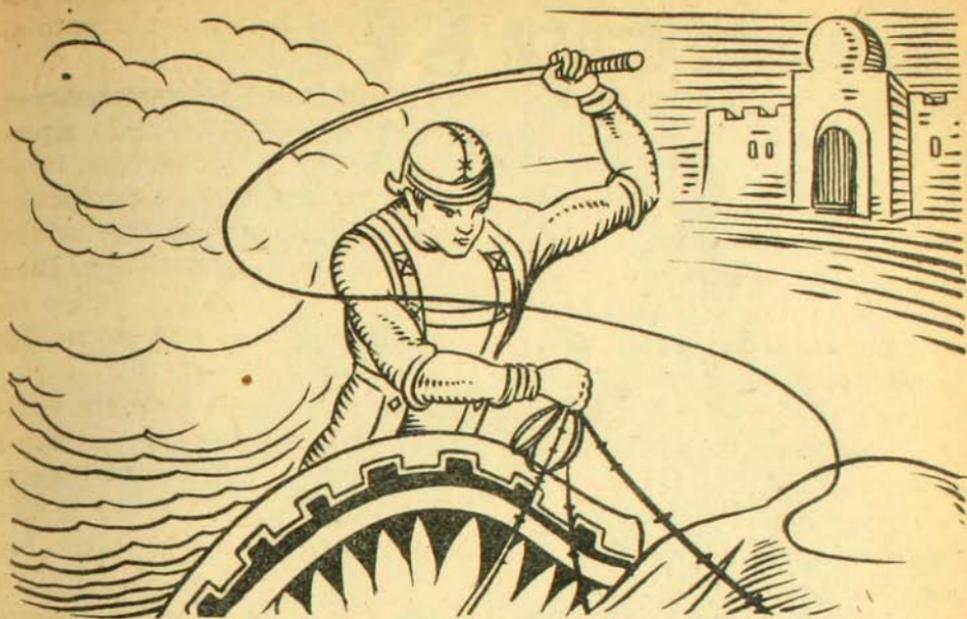
Se acercaba el fin de la carrera, y entonces ocurrió lo que no se esperaba: Ben-Hur, haciendo restallar violentamente el látigo por encima de las cabezas de sus corceles, lanzó a éstos a una velocidad tan vestiginosa, que más que correr, parecía que volaban.

Mesala, que se daba ya por vencedor, sorprendióse al advertir que su rival se le emparejaba y que no tardaría en dejarle atrás. Pero no estaba dispuesto a consentirlo el malvado oficial de la legión. Con el látigo y con las riendas golpeó los sudorosos lomos de sus caballos, al mismo tiempo que les gritaba con voz ronca:

—¡Adelante! . . . ¡Adelante! . . .

Pero los caballos empezaban a cansarse, y sólo pudieron continuar con el galope que hasta entonces habían llevado. Ben-Hur, mientras tanto, iba a pasarlo, ¡a vencerlo!

Y en aquel instante tomó una terrible resolución: tiró de las riendas del lado correspondiente a su rival, y, obedientes a ellas, los caballos se interpusieron en el camino de los de Ben-Hur; éste, fuerte y sagaz, consiguió torcer su cuadriga cuando el espantoso choque parecía inevitable. Los caballos del jefe árabe, elásticos y



Con el látigo y las riendas golpeó los sudorosos lomos de sus caballos. ágiles, se desviaron obedientes a los puños que habían adquirido nervios de acero en el trirreme imperial; y puestos de nuevo en la dirección de la ansiada meta, llegaron a ella antes que todos los demás, entre las aclamaciones delirantes del público, que había presenciado con gran emoción la incidencia que acababa de ocurrir.

Mesala, al ver la inutilidad de su acción, trató de sofrenar a sus caballos y de hacerles volver al camino que habían abandonado. Pero era tarde; en el viraje violentísimo, una de las ruedas del carro rozó con las piedras en que se asentaban las graderías y se rompió en pedazos; los caballo rodaron en confuso montón, enredadas las piernas en las riendas, y Mesala fué despedido a gran distancia, quedando herido de gravedad. Ilderín, que había pasado momentos de indecible angustia, fué el primero que se acercó a Ben-Hur para estrecharlo entre sus brazos.

El premio destinado al vencedor no impresionó a Ben-Hur al ser puesto entre sus manos. No era vanidoso, no buscaba halagos en la multitud.

Pasado algún tiempo se casó con la hija de Ilderín. Fué feliz, y esto sí que lo tuvo por mejor premio a su hazaña.

Ponchito

HOY TIENES QUE SEMBRAR EL HUERTO, PONCHITO

BUENO, ABUELITA



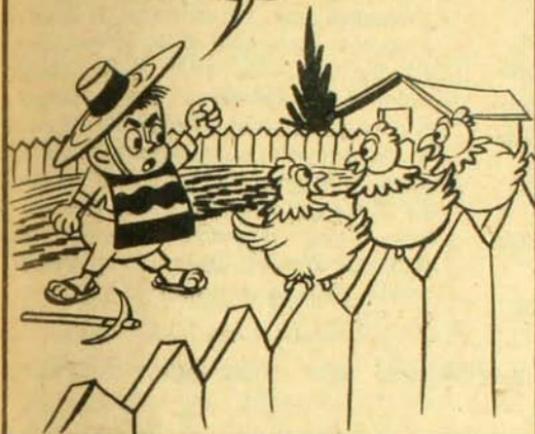
YA ESTÁ LA TIERRA CASI LISTA



...Y CON ESTOS PORCOTITOS, DOY POR TERMINADA LA SIEMBRA



¡AH! LAS GALLINAS DEL
VECINO ESTAN LISTAS PARA
VENIR A ESCARBAR Y
COMERSE LAS SEMILLAS

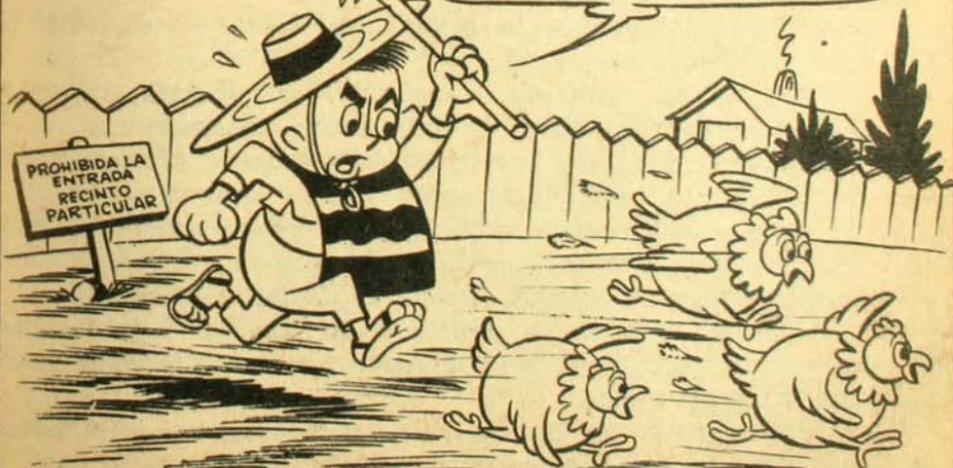


CON ESTE LETRERITO
NO PODRAN ENTRAR



RATO DESPUES

¡FUERA, FUERA! GALLINAS IDIOTAS
¿QUE NO SABEN LEER?



MARIA GLORIA



CAPITULO VII.— Fuga de María Gloria.

—¿La oyes, Hilda? —gritó, desahogado, Patricio—. Esta vagabunda me ha llamado intrigante.

Hilda se dejó caer en un sofá y cubrió su lloroso semblante con ambas manos.

—Tendrá que darme excusas, María Gloria —proseguía el malvado Patricio—, o yo abandonaré esta casa que consideraba mi hogar.

—Jamás daré excusas a un intrigante como usted —replicó, altivamente, María Gloria.

—¿Oyes, Hilda? —gritó Patricio con voz tonante—. Esta vagabunda se permite insultarme.

—María Gloria —murmuró la anonadada Hilda—, no sabes lo que dices impulsada por la ira.

—No estoy irritada, madrina —replicó María Gloria, con sorprendente calma—. He dicho lo que pienso sinceramente.

—¡Y mi esposa lo tolera! —vociferó Patricio—. ¿Estoy acaso soñando? Hilda, tú estás de acuerdo con mi enemigo.

—No lo creas —balbuceó la débil Hilda—. Reconozco que María Gloria ha obrado mal. Sube a tu dormitorio. No saldrás de allí durante veinticuatro horas. Felicia te subirá las comidas.

María Gloria se dirigió a la puerta y en seguida volvió sobre sus pasos para coger una mano de su protectora, la cual llevó a sus labios murmurando:

—Agradezco a usted de lo más profundo de mi corazón todas las bondades que ha tenido conmigo. Nunca la olvidaré...

La jovencita salió de la sala rápidamente, dejando a Hilda desamparada. La comida se terminó en silencio.

RESUMEN: Jaime Daver muere y su hija María Gloria queda desamparada. La adopta la gitana Zoraida. Con ella y su hijo Juan Manuel la niña vive feliz. A la muerte de Zoraida, María Gloria es adoptada por Hilda de Beral. Se separa de Juan Manuel, quien parte a Norteamérica con Reginaldo. Transcurren los años, y la señora Beral proyecta casarse con Patricio Bratel, quien hostiliza a María Gloria y roba la fortuna de Hilda.

María Gloria, entretanto, cambió su elegante vestido por uno muy sencillo y después escribió unas cuantas líneas que encerró en un sobre, dejándolo bien a la vista sobre su mesa de estudio. Furtivamente, descendió por la escalera de servicio y salió a la calle. Allí se detuvo indecisa y por fin encaminó sus pasos hacia el centro de la ciudad.

En su alma atribulada brilló una luz. Había recordado, de súbito, a la excelente señora Laurel, su profesora de música y causa involuntaria del lamentable incidente con Patricio Bratter.

“Ella me acogerá en su hogar por algunos días mientras encuentro trabajo —iba pensando la acongojada huérfana—. La señora Laurel no me negará su apoyo.”

María Gloria comprendía que su vida en casa de Hilda era imposible. Se había negado a presentar sus excusas al intrigante Patricio y su buena protectora debía estar de parte de ese hombre con quien, en mala hora, se desposó.

“Mi madrina es buena, pero confiada y muy crédula —pensaba María Gloria—. Ese hombre la lleva a la ruina.”

La señora Laurel vivía en un barrio modesto, por no decir miserable.

A pesar de que la noche avanzaba, María Gloria caminaba presurosa y sin miedo. No pensó al partir de su casa en colocarse un abrigo y el frío de la noche le producía escalofríos.

—Juan Manuel —murmuró María Gloria, evocando al hermano de sus felices días—, si



María Gloria huyó de casa de Hilda en una noche lluviosa.

tú estuvieras aquí, con qué cariño me habrías recogido. Pero, como hemos dicho ya, Juan Manuel había partido a Norteamérica en compañía de Reginaldo, el domador de caballos salvajes.

Eran las diez de la noche cuando la fugitiva llegó a la misérrima casa donde alquilaba una habitación la señora Laurel. Atravesando un callejón, con aposentos a ambos lados, María Gloria golpeó suavemente una puerta.

—¿Qué buscas? —preguntó una vecina, con voz agria.

—A la señora Laurel, mi profesora de canto —respondió la niña.

—Profesora de canto... ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! ¿Y a esta hora viene usted a estudiar canto, señorita? Mejor sería que se fuera a dormir...

—Perdone usted, señora —murmuró la niña—. Tal vez me he equivocado de casa.

—La señora Laurel vive en ese otro cuarto —dijo la mujer—, pero ha salido.

—¿Dónde puedo encontrarla? —interrogó María Gloria, angustiada.

—¿Usted cree que ella dice dónde va? —exclamó la antipática mujer—. Pase usted otro día a visitarla... Dicen que fué una artista de cabaret... Habrá ido a pasear con algún bohemio...

—Podría esperarla —insinuó la niña.

—No tengo un salón que ofrecerle... Puede quedarse en el patio de este conventillo o sentarse en la puerta. Con el frío que hace...

—Una última pregunta, señora...

—Basta de interrogatorios... Siga su camino...

Y diciendo esto la vulgar mujer cerró su puerta.

María Gloria golpeó tímidamente en la puerta que la mujer le había indicado anteriormente y no recibió respuesta al llamado.

Muy desconcertada, María Gloria buscó un sitio dónde guarecerse de la lluvia que camenzaba a caer. Al fondo del patio divisó un corredor. Ya se dirigía a ese perentorio refugio cuando escuchó gritos destemplados y violentas discusiones.

María Gloria retrocedió espantada y fué a colocarse en la miserable puerta que daba acceso a la habitación de la señora Laurel. Sufrió cruelmente del frío y de la humedad, pero por ningún motivo habría regresado a casa de su madrina.

Estoicamente se sentó en una grada de la puerta y por fin sucumbió, por exceso de fatiga, a un sueño lleno de pesadillas. La señora Laurel, cuya vida de sacrificios nunca pudo imaginar María Gloria, había ido de visita esa noche a casa de una anciana enferma y regresaba a su hogar con las primeras luces del alba.

Su estupor fué inmenso al descubrir tendida en el suelo a una chica que en el primer momento no reconoció.

Su espanto y extrañeza se duplicaron al reconocer a su alumna predilecta, a la linda hija adoptiva de la señora Hilda.

La ex artista cogió en sus brazos a la desfallecida niña y la depositó en un sillón de su desmantelado cuarto.

La palidez de María Gloria le asustó.

Desorientada por el extraño suceso, la pobre mujer no sabía qué hacer. Sus vecinas le manifestaban visible hostilidad, y no se atrevía a acudir a ellas.

—Un médico —murmuró la señora Laurel—. Conozco a uno muy cerca de aquí.

Por suerte, el médico era un hombre compasivo, y, al advertir la desesperación de la señora Laurel, acudió en seguida.

—Llegó usted a tiempo para evitar la muerte de esta niñita

—dijo el médico—. Acuéstela inmediatamente y déle una bebida caliente. Si es posible, algo con alcohol o café. Volveré a visitarla después de mediodía. María Gloria recobró los sentidos, y, ya reanimada, refirió a su profesora la escena de la víspera y su decisión de huir del malvado Patricio Brater.

—Usted me buscará trabajo —murmuró la doliente niña.

—Por cierto, por cierto —declaró la señora Laurel, a fin de no inquietar a la niña— Permane-



María Gloria iba de puerta en puerta preguntando por la señora Laurel.



La señora Laurel encontró a María Gloria desmayada en su puerta

cerás conmigo, y me ayudarás a dar lecciones de piano a los alumnos principiantes. Ahora, pequeña, vas a dormir.

Horas después, la señora Laurel se dirigió presurosamente a casa de Hilda.

La buena Hilda recibió a la señora Laurel llena de inquietud, temerosa de que su infame marido se impusiera de aquella visita.

—María Gloria está conmigo, señora —dijo la ex artista—, Ella me ha referido el motivo de su fuga...

—Tal vez soy yo la culpable de todo —suspiró Hilda—. Ella era tan mimada, y ahora que Patricio es mi marido... En fin, yo creo que será feliz con usted... Quiero ayudarla, pero carezco de dinero por el momento.

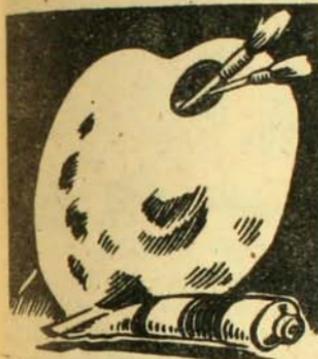
Hilda abrió un cofre con alhajas, que sin duda Patricio aun no había requisado, y entregó un anillo de brillantes a la profesora, diciéndole:

—Véndalo y organice su vida con María Gloria en la mejor forma posible. Diga a mi hija adoptiva que le conserve toda mi ternura.

(CONTINUARA)

GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántas son las Bellas Artes? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los que envíen soluciones exactas se sortearán los siguientes premios: 10 reglas colegial, 10 cajas lápices de colores, 10 carpetas de esquelas, 10 paquetes de Vitalmín, y 10 libretas apuntes.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 72.

Las partes principales de un cometa son tres.

Premiados con UN ESTUCHE COLEGIAL: Angélica Latorre, Peumo; Lucía Camiruaga, Chimbarongo; Alicia Kroyer, Talcahuano; Verónica Vial, Santiago; Gustavo Riquelme, Concepción; Bilica Basié, Santiago; Aída Palma, Linares; Lisette Riquelme, Temuco; Reinaldo Donoso, Coquimbo; Pedro Rossel, Lebu. **DOS CUADERNOS:** María del Carmen Rencoret, Tomé; Yolanda Vargas, Santiago; Nelson Ruz, Vicuña; Iris Obreque, Temuco; Zoi-la Arellano, Constitución; Luis Castillo, Santiago; Rafael Pino, Valparaíso; Rodolfo Echeverría, Angol; Aída Cornejo, Coronel; Haroldo Guzmán, San Fernando. **UN LLAVERO:** Gladys Andrade, San Carlos; Nelson Winsler, Los Angeles; Sonia Valenzuela, Marruecos; Gladys Escobar, San Felipe; Juana Soto, Quillota; Cunia Mora, Santiago; María Cristina Abarca, San Bernardo; Sergio Moya, San Bernardo; Osvaldo Trujillo, Peumo; Sergio Navarro, Santiago. **UN PAQUETE VITALMIN:** Narciso Goiri, Los Andes; Víctor González, Temuco; Eliana Navarro, Quillota; Mireya Rodríguez, San Carlos; Urbano Cortés, Chillán; Odette Vivanco, Chillán; Sonia Gordon, Los Andes; Carmen Pérez, Santiago; Isabel Vargas, Santiago; Iván Lara, Talagante. **UNA PALETA ACUARELAS:** Andrés Rixi, Los Andes; Adriana Contreras, San Carlos; Eduardo Barraza, Los Andes; Josefina Villegas, San Bernardo; Mercedes Solís, Santiago. **UN JUEGO ESCOBILLAS:** Carmen Longueira, Santiago; Susana Martínez, Sanitago; Ingeborg Neubeuer, Valparaíso; Marta Eugenia Merino, Talcahuano; Carlos Armijo, La Unión.



Las mil y una noches



CAPITULO X. ENTERRADO VIVO, POR VIUDO

1. El rey de Tulez era el hombre más loco que había conocido en mi vida, y también cínico y malvado. La mujer que me dió por esposa era una vieja horrible y descarnada. “—¡Ay, Simbad! —me dijo el amigo que me ayudó a fabricar la montura—. Este es el último día de mi vida.” “—¿Cómo, así? Te veo pleno de salud.” “—Pero mi mujer murió ayer y a mí me van a enterrar vivo, después que la sepulten a ella.”



2. Así se estilaba en el reino de Tulez. “—Por Mahoma —exclamé yo—. ¿Por qué no te fúgas al instante?” “—No se puede huir de Tulez, porque se llegaría al desierto, que es un lugar donde todos perecen.” El cortejo había salido ya de la ciudad y yo escondido entre las peñas presencié el suplicio de mi amigo talabartero. Abrieron un profundo foso y enterraron a mi amigo. Algo peor nunca ví en mis correrías.



3. Al atardecer volví al palacio del rey de Tulez y le pregunté: “—¿Ese asuntito de enterrar a los maridos rige también con los extranjeros?” “—Por cierto”, me respondió el estafalario rey. Yo salí muy caviloso y comencé a darle de comer a mi escuálida mujer hasta que le dió una indigestión que la llevó al mundo de sus antepasados. “¿Y, ahora qué hago?”, pensé desesperado.

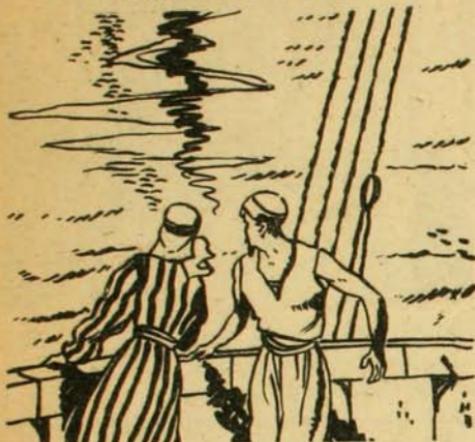


4. No escapé a la triste suerte de los viudos de Tulez. Los sepultureros me bajaron al pozo fatal, junto al ataúd de mi esposa. Me encontraba en un subterráneo mal oliente rodeado de los restos de tantos maridos desdichados. Como a todos los suplicados se le daba un pan y una jerra con agua, pude alimentarme económicamente algunos días; pero yo no iba a dejarme morir de pena por una vieja horrible.

(CONTINUARA)

AKYRA

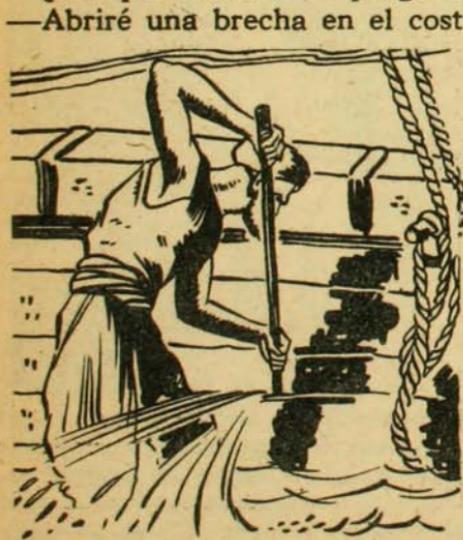
CAPITULO XIII.—Ben-Kasen prisionero.



Akyra y Ali contemplaban la galera de Ben-Kasen.

—¿De qué manera? —preguntó Akyra.

—Abriré una brecha en el costado de la tartana a fin de que se



Ali abrió una brecha en la tartana.

Akyra y Ali, después de libertar a los esclavos que Ben-Kasen enviaba al Lejano Oriente para ser vendidos en un mercado, como bestias, volvieron a tripular la tartana del capitán Omar, pensando regresar antes de la madrugada al isleto donde Omar curaba sus heridas. De pronto el vigía anunció la presencia de un barco en lontananza.

—La galera de Ben-Kasen, —observó Ali—. Es un barco muy poderoso y veloz. Un combate con esa nave sería desigual. Vamos a luchar con astucia.

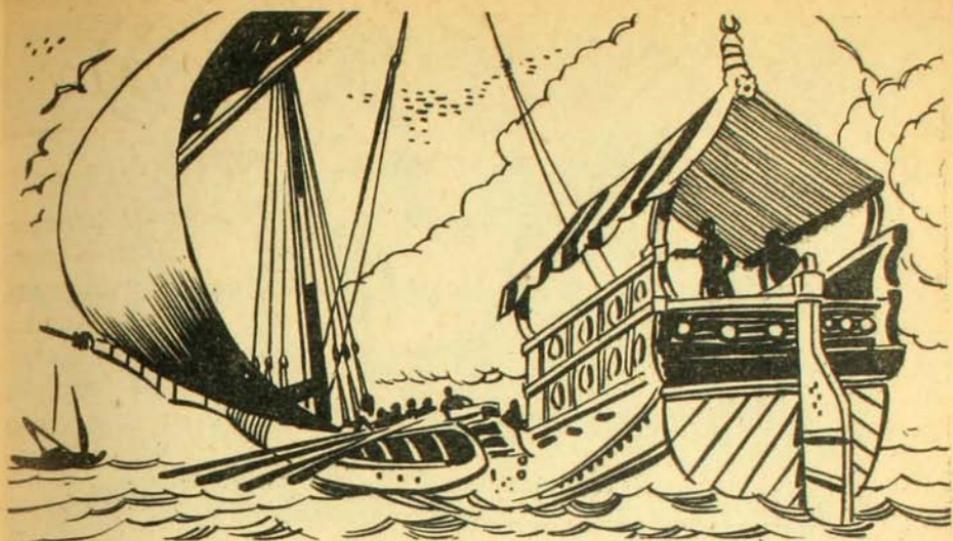
—¿De qué manera? —preguntó Akyra.

—Abriré una brecha en el costado de la tartana a fin de que se tumbe un poco sobre el mar. Ben-Kasen creerá que se trata de un barco encallado y solitario y sentirá codicia. La rapiña es uno de los defectos del tirano de Bufekrane.

Ali puso en práctica su audaz proyecto. Abierta la brecha en el costado de la tartana, ésta comenzó a tumbarse.

—¿No hay peligro de que nos hundamos todos? —interrogó Akyra.

—Ninguno —declaró Ali—. El mar es aquí como una taza de leche y la tartana, careciendo de peso, flotará siempre.



Ben-Kasen descubrió el barco encallado.

—Un despojo del mar —gritó Ben-Kasen desde la cubierta de su galera—. Sin duda habrá ahí muchas riquezas. Capitán Kobeid, tuerza rumbo hacia el buque encallado.

Apenas se acercó la galera de Ben-Kasen a la tartana, los marineros del capitán Omar saltaron al barco del tirano arrojando al mar a sus tripulantes y combatieron con los que intentaban defenderse de tan sorpresivo ataque.

Alí, fué el primero que llegó hasta el sitio donde temblaba de miedo el tirano de Bufekrane.

—Cesad el combate —gritó Alí a los que defendían la galera—, o hundo este puñal hasta el mango en el corazón de Ben-Kasen.

Por su parte Akyra ordenaba a los marineros que arrojaran sus armas.



Los marineros de Omar asaltaron la galera.



Akyra, jefe de los rebeldes.

—Noble doncella de Bufekrane —dijeron los tripulantes de la galera—. Nos rendimos a vuestros pies. Bien sabéis que todos odiamos a Ben-Kasen, y que sólo por temor le hemos servido. Allí y otros de sus compañeros, ya tenían prisionero a Ben-Kasen y le decían:

—Sólo te daremos libertad si delegas tus poderes en favor de Omar.

—Tendría que enviar un emisario a Bufekrane —insinuó el prisionero.

—Escribe —díjole Akyra—, pero no trates de engañarnos. Entretanto Suri y varios de sus compañeros tapaban la brecha de la tartana a fin de enviar en ella al emisario de Ben-Kasen.

—¿A quién vas a dirigir tu misiva? —preguntó Akyra al tirano, que fingía gran sumisión.

—A mi ayudante Laucine —dijo Ben-Kasen—. Le diré que entregue el poder a los delegados del pueblo.

—Ten cuidado con prepararnos una celada porque morirías colgado del mástil de tu galera —díjole Alí.

Como era peligroso permanecer en el mar durante la noche, Akyra y Alí decidieron conducir a Ben-Kasen a un islote.

El tirano escribió, pues, el mensaje y fingiendo siempre sumisión, se dejó llevar a un pequeño islote, donde había encallado la tartana de Omar.

(CONTINUARA)



Por LUGOZE

¡VOY A BUSCAR
UNOS REMEDIOS!



¡CON ESTO LO
SANARÉ!



¡POBRE@ITO!
¡COMO LE DOLDRÁ
LA PATITA!

¡ΔΥΔΥΔΥ!



LUGOZE
51

TE PROHIBO QUE TOMES
MI BOMBILLA PARA HACER
GLOBITOS DE JABON



PUEDES USAR
CUALQUIER OTRA
COSA



¡BAH! YA SE CON
QUE PUEDO HACER
GLOBITOS



MIRA, MAMA, ESTO ES MUCHO
MEJOR QUE LA BOMBILLA



Simbad



DOS CANDIDATOS A REY

N.º 76

2.

A.C.

LAUTARITO



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO II

N.º 76

Precio: \$ 2.—

14-II-1951

El PEREGRINO de BUDA



CAPITULO V.— *El rey castigará a los enemigos de Yuansú.*

Yuansú, el joven peregrino de Buda, llamado también "Maestro de la Ley" por su gran sabiduría, fué colocado por sus enemigos, los *parsis*, en la Torre del Silencio para ser devorado por los buitres. Por fortuna, acudió a socorrerle su fiel criado Wei. Pero los buitres hirieron al siervo de Yuansú, y éste, trepado en la baranda de la siniestra torre, no sabía cómo huir de aquel macabro sitio.

Los esfuerzos que hacía iban devolviendo sus fuerzas al peregrino de Buda, quien había pasado toda la noche estrechamente ligado de pies y manos.

Por suerte el tupido follaje de los árboles estorbaba el vuelo de las aves de rapiña y les hacía perder su agresividad. Sin embargo, la posición del monje budista no era muy feliz. La muralla de la Torre del Silencio estaba a quince metros del suelo y el inanimado Wei constituía un terrible obstáculo para la evasión.



Yuansú sujetaba al herido Wei.



El peregrino de Buda se descolgó por un árbol.

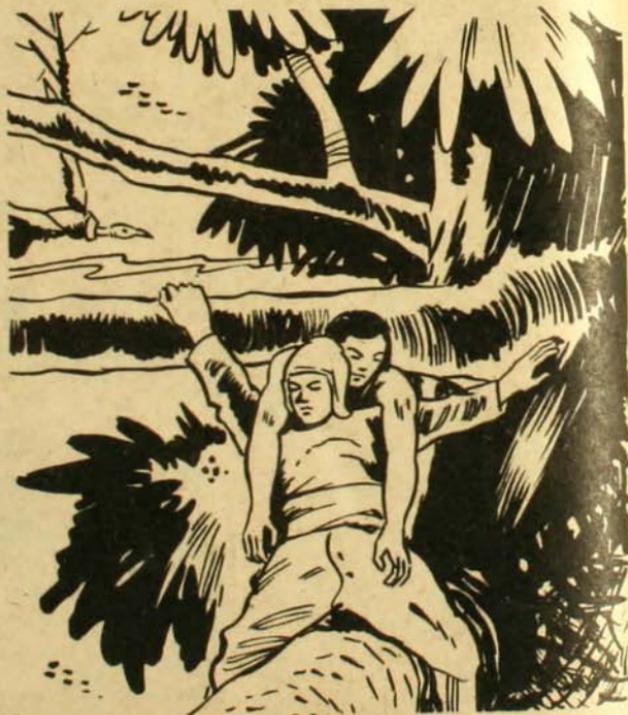
Por otra parte, los buitres y cuervos comenzaban a volar en círculo, vigilando a sus víctimas.

Yuansú desató rápidamente el cinturón de su siervo Wei y con él ató a su espalda al herido. En seguida saltó a una sólida rama, avanzando poco a poco, colgado de sus manos.

“Si un buitre me ataca estoy perdido”, murmuró el peregrino de Buda.

La tensión de sus brazos le hacía sufrir horriblemente, pero Yuansú era valiente y estaba acostumbra-

do a todos los sacrificios corporales. Ya sólo dos metros le separaban de la tierra, pero necesitó cinco minutos, que para él fueron mortales, para franquear esa corta distancia. Jadeando de cansancio, miró hacia arriba y comprobó que los buitres no abandonaban su intento. Caerían sobre ellos aun cuando estuvieran en tierra firme.



Poco a poco llegó hasta el pie de la Torre del Silencio.



Wei recibió atenciones de Yuansú.

Por fin el monje logró sostener sobre sus pies al herido Wei.

—¿Qué ha ocurrido, mi amo? —preguntó el fiel siervo.

—Un cuervo hirió tu espalda, Wei —respondió Yuansú—, pero ya estamos ganando la victoria.

—Hay muchos guardianes en estos jardines —musitó Wei—, y ellos son tan fanáticos que no nos perdonarán la vida. Amo, es preciso salir de este recinto antes



Yuansú y Wei llegaron a su palacio.

de que nos sorprendan. Yo ya puedo caminar.

Sujetando a Wei con sus brazos, Yuansú se encaminó a la puerta del templo de los *parsis*, sin que ningún guardián les sorprendiera.

A esas horas matinales las calles estaban solitarias y pudieron llegar tranquilamente a la mansión que les habían señalado.

Todos los servidores les miraron estupefactos.

Yuansú debió referirles con grandes detalles su trágica aventura en la Torre del Silencio.

Un médico chino examinó la herida de Wei y declaró que no era grave.

Horas después llegó un oficial del rey de Samarcanda para rogar a Yuansú que acudiera al palacio real.

El soberano escuchó con mucha atención el relato del peregrino de Buda y ordenó el arresto de todos los culpables.



El rey ordenó que arrestaran a los culpables.



El peregrino de Buda solicitó el perdón de sus enemigos.

Kui y sus cómplices, absolutamente seguros de que los buitres habían devorado al peregrino de Buda, fueron sorprendidos en la sede de los *parsis* y no pudieron huir.

—Majestad —dijo poco después Yuansú al rey de Samarcanda—, deseo continuar mi viaje.

—Santo hombre —respondió el monarca—, te invito a presenciar el suplicio de tus enemigos.

—Ese espectáculo me repugna —expresó el Maestro de la Ley—. ¿Qué pena les está reservada?

—Les cortarán las manos y los pies y después serán quemados vivos —dijo el rey.

(CONTINUARA)

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal** 82
SIMBAD, N.º 76
Los gases componen-
tes del aire son



EL MISTERIO DEL DESIERTO



CAPITULO III.— Traición de Bagded.

La espera en la estación de Marrakek se prolongaba.

—Seguramente no recibieron el telegrama —afirmó Polo Lorin—. Debí enviar un radiograma desde el “Estrella del Sur”.

—No lo habrían emitido —declaró Dora Demidoff—. No se aceptan mensajes radiales de menores.

—¿Cómo lo sabes tú? —preguntó intrigado el muchacho.

En ese instante recordó la escena casi trágica que se desarrolló junto a la oficina del radiógrafo, cuando Dora golpeó a la bailarina Aicha porque la espiaba en la puerta de dicha oficina.

—Soy curiosa y por eso lo sé todo —respondió Dora, algo turbada.

—Bakri, alquila un carruaje —ordenó por fin Polo al fiel negro—; si papá viene en camino, nos cruzaremos con él.

Aquel carruaje o *patacha* era poco menos que antediluviana y sólo la ocupaban los árabes más pobres. La tiraban cinco mulas montañasas, que subían velozmente los cerros.

A mediodía llegaron los viajeros a la aldea de Tabala y contrataron otro vehículo para llegar a Sidi-el-Guir.

El árabe que les alquiló el carruaje dijo a Bakri:

—Dile a tu patrón, de parte del viejo Abdulla, que debe salir de su casa rápidamente. Ya no hay seguridad para él ni para su familia. Todas las noches se ven fogatas en la montaña y los encantadores de serpientes bajan por centenares a los duares (villorrios). Es un mal signo... Que Alá nos proteja.

Después de una penosa ascensión a las más elevadas montañas, los viajeros divisaron las torres de Sidi-el-Guir.

RESUMEN: Lily y Polo Lorin se dirigen a Marruecos para reunirse con sus padres, que son colonos en Sidi-el-Guir. Les acompañan el fiel Bakri y una joven húngara, Dora Demidoff, hija adoptiva del doctor Lorin. Polo habla con una bailarina mora, quien odia a Dora. El hijo del doctor Lorin interviene en una querrela entre Dora y la bailarina Aicha. Esta comunica a Polo que Dora es una bestia venenosa y que se guarde de ella. Llegan a Marrakek y nadie espera a los viajeros.

—Esa es nuestra casa —señaló Lily Lorin a Dora Demidoff.
—Está fortificada como un castillo —murmuró la joven húngara.
—Los primeros colonos franceses construían así sus casas —explicó Polo—, para protegerse del pillaje. Podríamos resistir a un largo sitio desde nuestra fortaleza.

—Grande será la sorpresa de mamá y papá cuando nos vean llegar —insinuó la gentil Lily—. Me extraña que mi perro Cruton no haya salido a recibirnos. Polo, tengo miedo... ¿Qué habrá ocurrido? Nadie acude y el ruido de un vehículo se oye desde muy lejos en estos parajes.

Los viajeros entraron en la casa del doctor Lorin sin que persona alguna acudiera a recibirles.

Bakri abrió con su llave la puerta del primer patio y en seguida penetraron al interior de la casa.

Allí encontraron a un árabe haciendo sus abluciones junto a la noria.

—Bagded —preguntó Polo al árabe—, ¿dónde están mis padres?

—El *sidi* no ha regresado —replicó Bagded, inclinándose ante su joven amo—. Su telegrama llegó después que los amos habían partido. Aquí lo tengo.

—Justamente —exclamó Polo—. El telegrama está sin abrir... “Los niños se embarcan en el “Estrella del Sur”... Pero este telegrama se envió hace más de ocho días... ¿Desde cuándo están ausentes mis padres, Bagded?

—Hace diez días —d e c l a r ó Bagded—. El *sidi* se marchó sin darme instrucciones.

Entretanto, Lily, sentada en el brocal de la noria, sollozaba amargamente.



—Di al *sidi* Lorin que le amenazan graves peligros —dijo Abdulla a Polo.

—No llores, hermanita —aconsejó Polo—. Bagded, envíame a nuestros criados Mercedes y Pablo...

—También se han marchado —expresó el árabe.

Dora Demidoff examinaba a Bagded con penetrante mirada y en un momento dado ambos cambiaron una imperceptible señal.

Polo sabía que su padre se ausentaba a veces de Sidi-el-Guir, con objeto de efectuar excavaciones en los duares vecinos, pero su ausencia era a lo más de tres días.

—¿Sabes tú en qué dirección partió mi padre? —preguntó Polo a Bagded.

—Le habían indicado una caverna en Beni-Mena —explicó Bagded— y allí fuimos hace quince días... El *sidi* no encontró lo que buscaba, de manera que no creo que haya regresado allí. Yo pienso que el *sidi* ha descubierto algo muy interesante en otra región y que desea guardar su secreto.

Polo Lorin conocía las aficiones de su padre y sabía que su pasión por los descubrimientos arqueológicos era total, pero en este caso todo le parecía sospechoso y siniestro.

Los viajeros, animados por el fiel Bakri, se instalaron en las desiertas habitaciones de la casa y el negro les preparó la comida. Dora y Lily ocuparon un dormitorio, y Polo otra habitación contigua a la del buen Bakri.

Muy de mañana el negro entró sigilosamente en el cuarto de Polo y le dijo:

—Esta mañana la hija de Chitán...

—No llames así a Dora —protestó Polo.

—Bueno, esa señorita hablaba esta madrugada con Bagded...

—Tú ves traidores en todas partes —exclamó Polo—. Mejor sería que te preocuparas del desayuno...

Bakri se inclinó ante su joven amo, murmurando:

—El tigre calla... Mala seña...

Lily continuaba desconsolada.

—Ni el perro Cruton está aquí —decía la niña—. Papá nunca le lleva en sus viajes, ni tampoco a mi mamita Mercedes y a Pablo. Luego apareció Dora Demidoff muy fresca y contenta.

—Vengan a desayunar —dijo la húngara—. Nos darán quesos de cabra y miel de palmeras.

Sólo Dora hizo honor a los manjares ofrecidos.

A mediodía Polo volvió a interrogar al árabe Bagded.

—Tenga paciencia —respondió el berbero—. Ya llegará el *sidi*.
—No puedo tener paciencia —replicó Polo—. Escribiré inmediatamente al jefe de Policía de Tabala, informándole que mis padres y nuestros criados han desaparecido. Ellos enviarán a los soldados de la Legión Extranjera...

—Guárdese de enviar ese mensaje, porque al *sidi* le desagradaría —insinuó Bagded—. Si me jura no divulgar el secreto, voy a imponerle de todo.

—Habla pronto —ordenó Polo Lorin.

—El *sidi* y la *lala* se han dirigido al Lago Sagrado...

—¿A la comarca de los *aiussas*? —exclamó Polo, despavorido—.

Pero ésa es una locura. Aquella tribu odia a los cristianos y les torturan sin piedad.

—Los patrones se disfrazaron de árabes —explicó el traidor Bagded—. El *sidi* vestía *gándura* y *burnú*, y la *lala* un *haik*. El *sidi* se informó de que los *aiussas* guardaban, en las cavernas del Lago Sagrado, vasos muy antiguos de la época más remota, vasos que el profeta Mahoma usaba en su mesa... Estos vasos se exponen a la adoración de los fieles cada cinco años en una fiesta. Acuden peregrinos de todo el mundo árabe y el Gran Marabú les dirige la palabra desde las orillas del Lago Sagrado. El *sidi* y la *lala* quisieron ir a esa fiesta disfrazados y piensan robar los vasos de Mahoma.

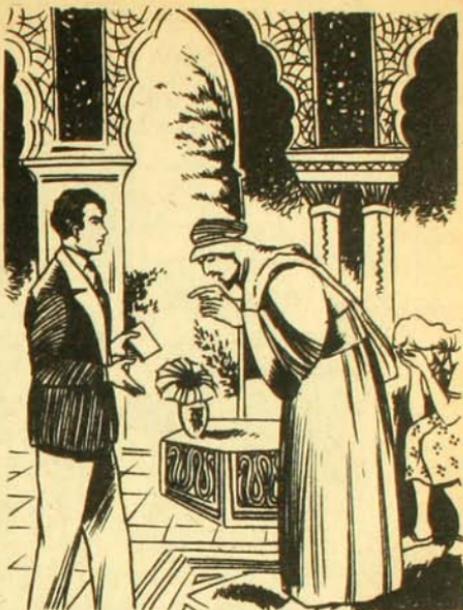
—¿Cuándo se verificará la fiesta?

—En la próxima luna llena.

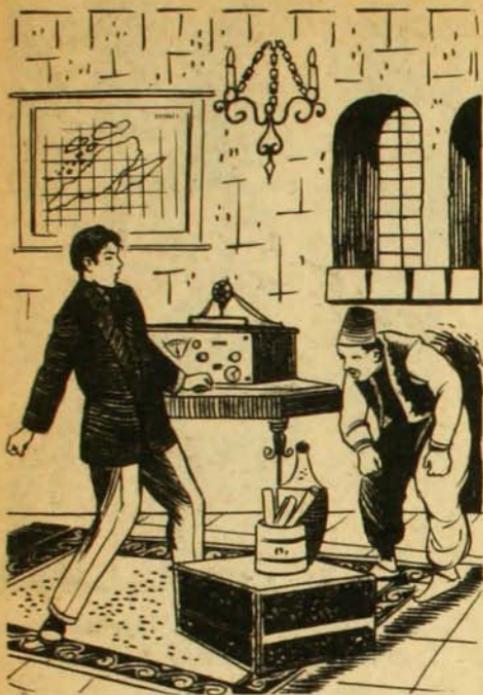
—El martes próximo —murmuró Polo—. Bagded, ¿crees que mis padres corren peligro?

—No lo creo... El *sidi* iba bien armado y la *lala* llevaba su revólver.

Polo sabía que su madre era muy valiente y manejaba las armas



—El *sidi* partió sin darme instrucciones —dijo Bagded.



—Socorro, Juan, socorro —decía la voz del fonógrafo.

Bagded —exclamó Bakri—. Ya te lo había dicho yo...

—No sé qué pensar... ¡Dios mío, protégenos!

Y como si el cielo le hubiera inspirado, Polo se aproximó al receptor de radio que servía al doctor Lorin para dictar sus notas y el resultado de sus investigaciones arqueológicas. Eran éstas las conferencias que después enviaba a la Universidad de la Sorbona.

—No toques esa máquina de Chitán —suplicó Bakri.

No obstante esa supersticiosa súplica, Polo hizo funcionar el aparato y la voz del doctor Lorin se oyó nítidamente:

"Las montañas de Djebel encierran en sus cavernas no sólo vestigios de la civilización cartaginesa, sino también..."

La conferencia continuaba sobre tópicos científicos.

De pronto Bakri y Polo se estremecieron. El aparato dió un sonido como de angustioso gemido o estertor de agonía y súbitamente retumbó un grito de horror y de auxilio:

"¡Socorro, Juan, soc...!"

como un hombre. Pero no podía convencerse de la veracidad del relato que le hizo Bagded.

Más y más angustiado, Polo Lorin decidió descubrir el misterio por su propia cuenta.

En la noche, después de efectuar la ronda en compañía de Bakri y de comprobar que Lily y Dora se habían retirado al dormitorio, el joven Lorin entró cautelosamente al escritorio de su padre, seguido del fiel Bakri.

—Mira, Bakri —murmuró Polo—. Bagded ha mentido. Aquí están todas las armas de papá... No falta una sola... Y aquí el revólver de mamá... También los cinturones con balas y municiones...

—Amito, tú necesitabas pruebas para probar la traición de

—La voz de mamá —murmuró Polo, temblando de miedo. Bakri creyó que el grito venía de alguna habitación próxima y se dirigió a la puerta.

—Vuelve, Bakri... La voz de mamá está en el fono... —gritó Polo, desesperado.

—Tengo que saber la verdad —dijo Polo, cogiendo el revólver de su padre—. Bakri... Vamos a interrogar a Bagded... Yo descubriré la verdad.

(CONTINUARA)



El banquete nupcial de la Princesa



—¿Cuál es la cosa más dulce que hay en la tierra? —preguntó un padre a sus dos hijas.

—El azúcar —dijo la mayor.

—La sal —contestó la menor, que era la más hermosa.

El padre se enfadó, porque se imaginó que se burlaba de él. Tan-ta fué su ira, que echó a su hija de la casa, diciéndole:

—Ya que sostienes que la sal es más dulce que el azúcar, búscate otra casa en donde los manjares sean más a tu gusto.

Era una hermosa noche de verano. La niña se sentó en el bosque y se puso a cantar alegremente. Un príncipe que se había extra-viado oyó su voz y se le acercó para preguntarle el camino. Im-presionado por su alegría y belleza, se enamoró de ella y, lleván-dola a su hermoso palacio, la hizo su esposa.

La novia invitó a su padre al banquete nupcial, sin decirle que era su hija. Ordenó que algunos manjares fueran guisados sin sal, cosa que disgustó mucho a los invitados.

El padre, al comer los insípidos platos, murmuró:

—Ah, la sal es la cosa más dulce de la tierra; sin embargo, cuan-do mi hija me lo aseguraba, la eché de la casa. ¡Cuán arrepentido estoy ahora!

La desposada levantó el velo que le cubría el rostro y, volvién-dose alegremente hacia su padre, le dió un beso. A continuación se sirvieron platos sazonados debidamente y continuó la fiesta en medio del regocijo general, especialmente del padre y de la feliz princesita.

LA FLECHA



CAPITULO VIII. UN INDIO HUYE CON LA FLECHA DEL SOL

1. El ranchero Teddy Bill había recogido a la joven soberana Alike, destrozada por el usurpador Chiguán. La doncella india tenía también como protector al jefe Tacomac, quien con los demás indios fieles a la princesa Alike se trabaron en lucha con Chiguán. Para reforzar sus fuerzas, Teddy, Tony y Ramón se disfrazaron de pieles rojas y se lanzaron al campamento de Chiguán.

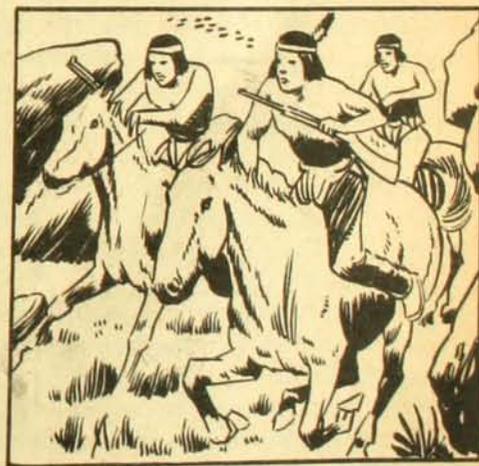


2. Entretanto Chiguán, creyendo que su enemigo Tacomac huía en retirada, no se preocupó de volver al campamento, donde en ese instante hacían irrupción las huestes indígenas capitaneadas por Teddy, Tony y Ramón, disfrazados de indios. La fuga de los *chipetes* fué precipitada. Solamente el indio que tenía a su cargo la custodia de la Flecha del Sol no huyó, y corrió a la ruca en busca del tesoro.

DEL SOL



3. Montado en un buen caballo, el indio corría hacia las cavernas del monte con el cofre sagrado. "—Ocultaré la Flecha del Sol donde nadie pueda hallarla jamás", murmuraba el piel roja. Puestos en fuga todos los *chipetes*, los compañeros de Tacomac saquearon la ruca de Chiguán, pero no pudieron encontrar la Flecha del Sol. Entonces resolvieron quemar el campamento de Chiguán y todas sus cosechas.



4. "—Ya llega Chiguán con sus guerreros", gritó uno de los indios de Tacomac. Teddy, Tony y Ramón montaron en sus caballos y salieron del campamento, que era ya una hoguera voraz. La furia de los *chipetes* fué horrenda. Llovían las flechas sobre los guerreros de Tacomac. El jefe les ordenó que se reagruparan todos para un combate frontal en la planicie de la montaña.

(CONTINUARA)

Dos candidatos a rey

Había, hace muchos años, en la selva un león muy viejo y muy bueno, que era el rey de todos los animales. Cierta día se le clavó una espina en un pie, y tan malo se puso a causa de ello que toda la ciencia del orangután, que era su médico, no pudo impedir que, al fin, se muriera. Como era muy querido por todos los animales, enorme fué la pena que sintieron; pero pasado algún tiempo, pensaron que era necesario elegir un nuevo rey y para ello resolvieron reunirse una tarde en el bosque.

—Nadie debe faltar a esa reunión —dijo un día una cigüeña de patas muy largas a una ardilla que iba de paseo con sus dos hijos.

—Pero entonces será necesario avisar a todos, pues usted sabe, señora cigüeña, que en el otro lado del bosque viven el zorro, el pavo y el cuervo, quienes probablemente no saben nada —le respondió la ardilla.

Entonces la cigüeña, dándose cuenta de que la ardilla tenía razón, les pidió a un gatito, a una serpiente y a un burrito que se encargaran de avisar a todos los animalitos que vivían del otro lado del bosque. De esa manera nadie en el pueblo dejó de saber que pronto se nombraría un nuevo rey.

Casi todos los animalitos no parecían preocuparse gran cosa por ocupar el puesto que el rey dejó libre al morir, pero en el fondo más de uno lo codiciaba. Sobre todo había dos, un camello y un elefante, que a todo el mundo que quería oírles, le contaban que nadie mejor que ellos haría de rey, pues por su gran tamaño tenían ya, desde luego, asegurado el respeto de los demás moradores de la selva.

Como el camello no deseaba demostrarle su interés al elefante, ni éste el suyo al camello, ambos procuraban no encontrarse. Y cada uno hacía propaganda a su manera, si bien tanto uno como otro no vacilaban en hacer toda clase de promesas, que luego no cumplirían, para conquistarse partidarios.

El elefante iba siempre hasta un arroyito cercano y conversaba durante varias horas con los pescaditos, los cocodrilos, las tortugas y los sapitos. Les prometía muchas cosas y les aseguraba que, de resultar elegido rey, haría agrandar el arroyito para que de esta manera pudieran nadar con más comodidad.

—Si ustedes me eligen —les decía—, verán cómo yo seré un rey mucho mejor que el camello y nunca castigaré a nadie.

—¿Nos dejará, señor elefante, cantar durante la noche? —le preguntó una vez un sapo.

—Claro que sí, amigo sapo; usted y sus hermanitos podrán cantar todo lo que quieran.

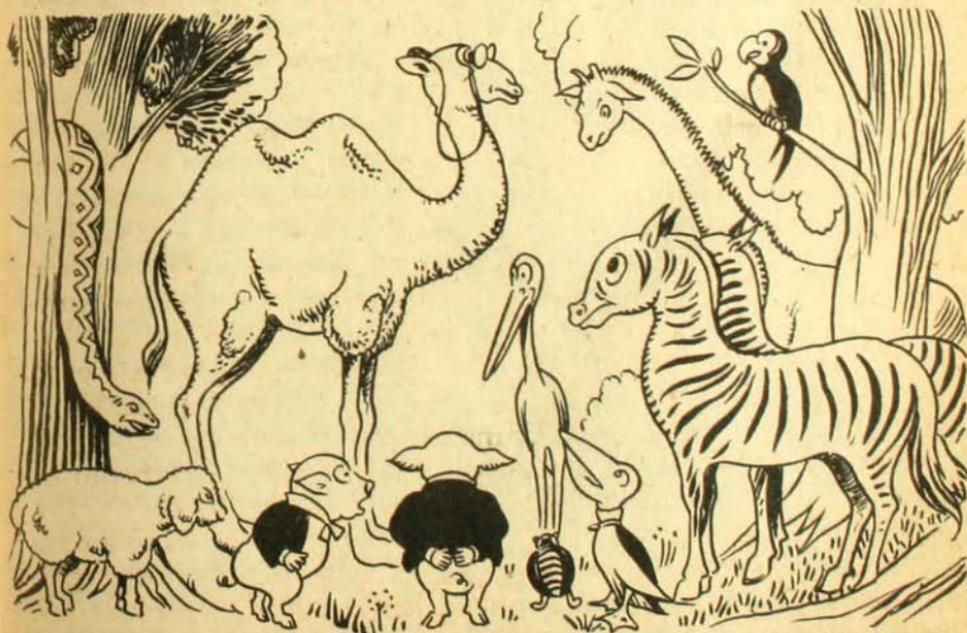
Por su parte, el camello iba al lugar más alejado del bosque y conversaba con sus amigos, que eran una cebra, tres chanchitos, un lobo, una jirafa y varios patos.

—Queridos amigos —les decía cuando se encontraba con ellos—: sé que el elefante quiere ser rey, pero les prometo que si ustedes me nombran para ese cargo, verán que nadie podrá ser más bueno que yo.

—Señor camello —le preguntó una vez un chanchito—, ¿nos dejará comer todo lo que encontremos?

—Claro, señor chanchito —le contestó el camello—; a usted le dejaré comer todo lo que quiera, y, además, daré una orden para que a la señora cebrá no le falte nunca pastito tierno, ni maíz a los señores patitos, ni carne fresca al señor lobo.

Ante estos ofrecimientos del camello todos sus amigos se ponían



...el camello iba al lugar más alejado del bosque y conversaba con sus amigos...



—Señor camello —le preguntó una vez un chanchito—, ¿nos dejará comer todo lo que encontremos?

muy contentos y le prometían que resultarían reyes.

—Yo, para que sea usted el mejor rey —le dijo en cierta ocasión el lobo—, le hablaré a varios animales que tengo para que no nombren rey al señor elefante.

Divididos en dos bandos los animalitos del pueblo, costaba trabajo saber quién resultaría elegido, porque, tanto los que querían al elefante como los que preferían al camello, estaban convencidos de ganar.

Una mañana, al ir al colegio, la tortuga del arroyo se encontró con un pato.

—¿Cómo le va, amigo pato? —preguntó, sacando la cabeza de abajo del caparazón.

—Muy bien, señora tortuga —contestó el pato, que, luego de contestar al saludo, se disponía a irse.

—¿Está muy apurado, amigo pato? —le preguntó la tortuga—. Porque, si no lo está, le preguntaría qué piensa del futuro rey, el señor elefante.

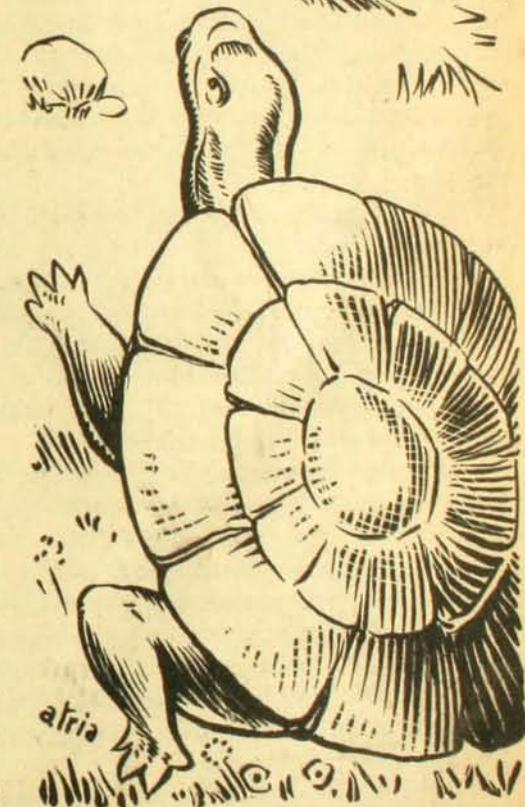
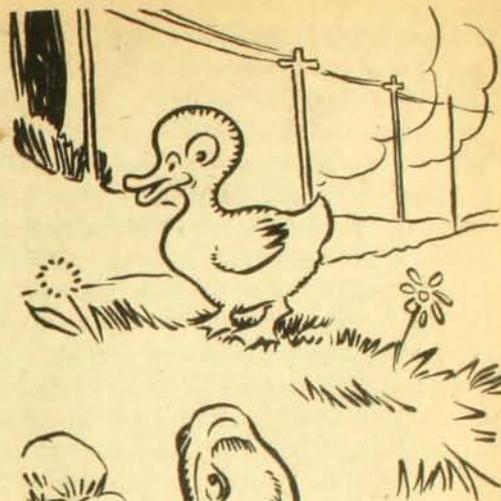
—Usted sabe, amiga tortuga, que mis hermanitos y yo, como muchos amigos nuestros, pensamos que el nuevo rey debe ser el señor camello.

Durante un largo rato el pato y la tortuga discutieron si sería mejor el camello o el elefante, pero como al cabo de mucho hablar no se pusieron de acuerdo, se fueron muy enojados, sin saludarse siquiera. Y de la misma manera que el pato y la tortuga también se enojaron otros animales; así, después de encontrarse varias veces, los cocodrilos no quisieron hablar más con los lobos; los pescaditos dejaron de ser amigos de los chanchitos y la jirafa dijo que no quería saber nada de los sapitos.

—¿Pero será posible que no puedan ponerse de acuerdo? —le preguntó una noche un mono al mono.

—Sí, señor mono —le respondió—, mientras algunos de nuestros amigos creen que el señor elefante ha de ser el mejor rey, otros afirman que nadie será tan bueno como el señor camello. Y llegará un momento en que la guerra en el pueblo sea una continua pelea.

—Pero si piensaran un poco más —dijo a decir el monito—, no pasarían esas cosas. Yo creo que tanto el señor elefante como el señor camello son muy buenos animales, quiero a los dos igual, porque son muy amigos míos; pero pienso que, para elegir a uno de ellos,



—¿Cómo te va, amigo pato? —saludó la tortuga, sacando la cabeza de debajo del caparazón.

rey, no debo tener solamente en cuenta que son mis amigos. El rey debe ser, además de bueno, fuerte, enérgico y, al mismo tiempo, justo. Sin justicia, creo que las cosas no marcharían bien. Por otra parte, si bien el señor león era valiente y decidido, ¿estamos seguros de que el elefante y el camello lo son?

El pavo se quedó pensando un largo rato. El también era muy amigo de todos los animales, pero justamente por eso no se le había ocurrido pensar que un rey debía ser una persona superior a las demás. Y comprendió que el mono tenía razón.

Desde ese día el pavo trató de aconsejar a sus amigos. Les dijo, repitiendo las palabras del mono, que no era razonable que discutieran y disputasen, que debían tener en cuenta que las promesas, la amistad y las simpatías debían dejarse de lado; que era necesario olvidarse por un momento de los amigos y pensar solamente que del nuevo rey dependía la felicidad de todos ellos. Y, en fin, les dijo muchas cosas más, tantas, que un chanchito, que desconfiaba de que cosas tan sensatas se le ocurrieran al pavo, le preguntó:

—Dígame, amigo pavo, ¿es posible saber quién le ha dicho a usted esas cosas?

—El señor mono —respondió rápidamente el pavo.

—¿El señor mono? —dijo sorprendido un patito.

—¿Es posible tal cosa? —agregó un burrito que hasta ese momento había permanecido en silencio.

—¿Y por qué dice eso el señor mono? —preguntó una ardilla saltando de una rama muy alta.

—Por partes, amigos —dijo el pavo, que, ante las preguntas que le hacían, no atinaba a responder—; vamos por partes, que de otra manera no podré responder a nadie. Lo ha dicho el señor mono; y estoy seguro que está en lo cierto, porque al no dejarse engañar con promesas, ha pensado con calma en lo que es más conveniente. El señor mono sólo desea que el nuevo rey sea tan bueno y justo como el león.

Contestadas todas las preguntas, el pavo se separó de sus amigos, que se quedaron durante un rato pensativos; de pronto, el burrito dijo muy convencido:

—Pienso que el señor mono tiene razón.

—Yo creo lo mismo —comentó el pato.

—Yo opino que debemos pensar antes de elegir al nuevo rey —agregó la ardilla.

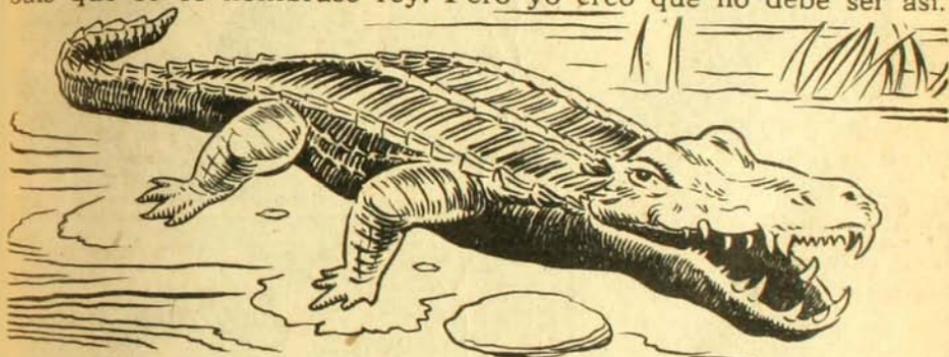
Pronto circuló por el pueblo la noticia, y todos los animales, después de conversar con el pato, el burrito y la ardilla, pensaron que la elección del nuevo rey era asunto más delicado de lo que parecía. Pero como no deseaban que el elefante y el camello se enteraran de sus pensamientos, resolvieron aguardar el día de la elección. Llegado éste, desde temprano todos se preparaban para saber quién sería elegido, y la mayoría ansiaba oír al monito. A la hora fijada, nadie faltaba en la reunión.

Llegado el momento de la votación, la cigüeña dijo:

—Creo que, antes de comenzar, sería conveniente que el señor mono hablara.

Todos aplaudieron; y el mono, que sabía que se le pediría tal cosa, se adelantó un paso, y después, dirigiéndose al mismo tiempo al camello y al elefante, les dijo amablemente:

—Queridos amigos: he llegado a enterarme que los dos esperabais que se os nombrase rey. Pero yo creo que no debe ser así.



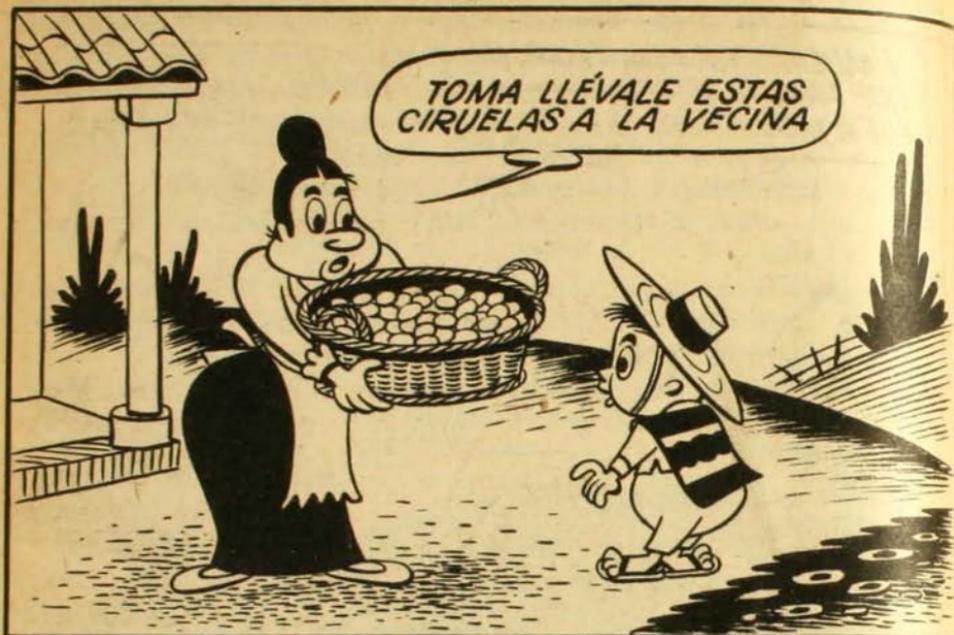
...los cocodrilos no quisieron hablar más...

Un silencio completo se produjo en la reunión y el mono continuó:

—No creo que sea suficiente, para ser rey, ser grande. El señor camello, por ejemplo, no tiene la energía necesaria y cada uno haría en el pueblo durante su gobierno lo que quisiera. Por su parte, el señor elefante, que también es grande, tiene miedo a un animalito tan chiquito como el ratón. ¿Les parece a ustedes que un rey puede tener miedo al más pequeño de los animales del pueblo?

No fué necesario que el mono dijera más. Todos se dieron cuenta de que ni el camello ni el elefante servirían para reinar en el pueblo. Y hasta el camello y el elefante dieron la razón al monito.

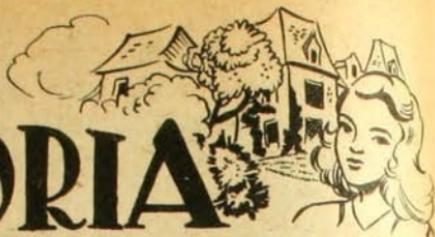
Ponchito



por nato



MARIA GLORIA



CAPITULO X.— *María Gloria se convierte en artista*

El recuerdo de su vida feliz en casa de Hilda Beral era muy penoso para María Gloria, y aunque se esforzaba por ocultar su pena, la señora Laurel lo comprendía muy bien.

Sabemos ya que la señora Laurel había visitado a Hilda para comunicarle la fuga de su hija adoptiva y su negativa de regresar a su hogar mientras estuviera allí el intrigante Brater.

—Patricio es mi esposo —habíale dicho Hilda—, y yo lo considero honrado. Creo que María Gloria, como es natural, siente celos porque antes ella y yo estábamos muy unidas. Señora Laurel, procure que nada le falte a mi hijita.

Como el infame Brater retenía todas las rentas de su esposa, Hilda dió a la señora Laurel un valioso anillo, a fin de que con la venta de esa joya pudieran instalarse en la capital.

Tres días después, y cuando la señora Laurel estuvo en posesión del dinero que recibió por la preciosa joya, dijo a María Gloria: —Ya nada nos detiene en esta ciudad. . . ¿Te gustaría que nos trasladáramos a la capital, María Gloria? Allá tengo una hermana que nos ofrece su hogar.

María Gloria abrazó entusiasmada a su vieja amiga, exclamando: —Me encantaría, señora Magda. Allá concurriría al Conservatorio de Música y acaso pudiera, perfeccionándome, dar algunas clases de piano y canto.

—Sin duda —declaró la ex artista—. Yo conservo buenas relaciones con personas influyentes en los centros artísticos.

—Me parece un sueño —balbuceó María Gloria.

—Sueño que se convertirá en realidad —sonrió Magda Laurel.

RESUMEN: Después de cuatro años de felicidad, la huerfanita María Gloria ve que su buena protectora Hilda de Beral se casa con Patricio Brater, individuo intrigante que codicia la fortuna de su madre adoptiva. Tras una querrela con Brater, María Gloria huye de la casa y se refugia junto a su profesora de canto, Magda Laurel. Esta ex artista obtiene la tutela de la menor.

En menos de ocho días la señora Laurel había liquidado sus muebles y otros objetos de valor y se trasladaba con su hija adoptiva a la capital.

La hermana de Magda, mucho menor que la ex artista, entusiasmada también del arte musical, acogió gentilmente a sus invitadas. Prendada de la gentileza, distinción y cultura de María Gloria, exclamó:

—Haremos de esta niña una gran artista.

En el concurso del año, María Gloria fué aceptada en el Conservatorio y con ello comenzó para la huérfana una tercera vida: la primera, de gitanilla; la segunda, de niña mimada, y la tercera, de artista.

Todo le parecía apasionante a María Gloria. Sus compañeras de curso celebraban su linda voz de soprano y la estimulaban. Ella, incapaz de envidias o de celos, se mostraba gentil y cariñosa con todas.

Cada mes había conciertos en la Escuela. Cierta vez a María Gloria le correspondió el papel de *Mignon* en la ópera francesa que lleva este nombre.

La ex gitanilla tuvo gran éxito, tanto por su voz como por la corrección de su traje de bohemia y los ademanes que la joven artista imitaba instintivamente, evocando su infancia junto a los gitanos y a su mamita Zoraida. Magda Laurel y su hermana pronosticaban para su protegida un porvenir colosal.



Las alumnas del conservatorio de música admiraban a María Gloria.

—Además de su prodigiosa voz —decía Magda Laurel—, es bonita y distinguida.

—Son ustedes muy indulgentes conmigo —musitaba María Gloria—. Mis compañeras de clase tienen más méritos que yo. Las dos hermanas, cuando estaban solas, comentaban la modestia excesiva de María Gloria.

—Esa modestia le hará daño en su carrera —decía Magda Laurel—. ¿Que piensas dedicarla al teatro? —interrogó la hermana—. Es una profesión muy peligrosa para la juventud.

Entretanto, María Gloria, a pesar de su vida tan agradable y consagrada al arte, sufría a veces de melancolía.

Carecía de noticias de Juan Manuel desde un año atrás. ¿Qué ocurriría al esforzado gitano que continuaba considerándola como hermana en todas sus cartas y pidiéndole que no le olvidara?

María Gloria se había impuesto por la prensa de la heroica acción de Juan Manuel al salvar en una pista de hielo a un joven americano que ya se perdía bajo los bloques helados.

El joven americano se interesó por su salvador y le asoció a sus negocios.

Después no tuvo más noticias de Juan Manuel.

“Patricio Brater ha debido interceptar mi correspondencia —pensaba la melancólica niña—. ¿O le habrá ocurrido alguna desgracia a Juan Manuel?”

Su corazón se angustiaba ante la idea de perder al compañero bien amado.

Pero María Gloria era valiente y contaba apenas dieciocho años. Más tarde, cuando fuera independiente y ganara su vida, iría a buscarle y se reunirían para siempre.

Estos pensamientos abstraían a la niña mientras atravesaba las calles para ir al Conservatorio de Música.

Bruscamente, al doblar una esquina, casi tropezó con una dama de edad madura y elegante. Por su indumentaria y su manera de andar le pareció extranjera.

“Es inglesa o norteamericana”, juzgó María Gloria, detallando con una mirada a la dama desconocida.

La señora, a su vez, examinó con vivo interés a la gentil María Gloria y, en seguida, con un grito de sorpresa y de espanto, murmuró:

—*My child... Mi hija... María, dear Mary...*

En seguida, presa de una emoción demasiado fuerte, cayó desmayada.

El síncope de la dama desconocida provocó la atención de los paseantes.

Manos piadosas la alzaron de la vereda.

—Un ataque cardíaco —decía uno...

—¿Está muerta? —preguntaba otro curioso.

—Es preciso llamar a la Asistencia Pública...

—Aquí cerca hay una botica —dijo el carabinero, que se acercó al tumulto—; ayúdenme a trasladar a esta señora.

La extranjera, aun sin conocimiento, fué trasportada a la farmacia. Allí, tras un primer examen, se comprobó que, aparte de algunas magulladuras producidas por la caída al pavimento, no parecía gravemente accidentada.

Para reanimarla, le dieron a beber un cordial. El efecto no tardó en producirse.

La desconocida abrió los ojos y miró con espanto a las personas que la rodeaban.

De pronto se incorporó, alzó su cabeza del sillón y murmuró con voz suplicante:

—*Mary, my dear child, where are you?* (María, ¿dónde estás tú?)

María Gloria hablaba inglés con facilidad, pues en su primera infancia sólo usaba ese idioma.

Ya en los primeros capítulos dijimos que su padre, Jaime Daver, había contraído matrimonio en San Francisco de California con María Hutchinson y que la madre de María se había indispuesto con ella porque no fué de su agrado su matrimonio con Jaime Daver.

Sin embargo, María Gloria no



María Gloria paseaba por las calles, muy cavilosa...



La dama extranjera fijaba sus ojos en María Gloria y la llamaba su hija.

se explicaba la intensa emoción de la dama extranjera, ni atribuía a su presencia el grito despavorido y el desmayo de esa mujer anciana.

María Gloria, solamente por compasión y humanidad, permanecía entre las personas que auxiliaron a la accidentada, y cuando advirtió que el síncope había pasado, decidió salir de la farmacia. Un grito de la dama la retuvo:

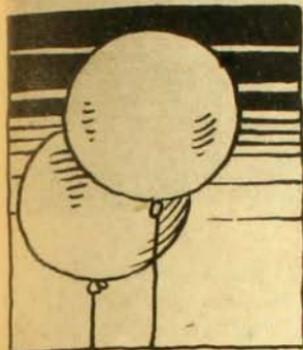
—¿Mary, Mary, voy a perderte de nuevo? —gimió la extranjera, estallando en copioso llanto.

—Una histérica —dijo el farmacéutico—. Convendría llamar a un médico.

(CONCLUIRA)

GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos son los gases componentes del aire? Envíe su respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los que envíen soluciones exactas se sortearán los siguientes premios: 6 aviones de baquelita, 1 tren completo, 3 juegos de lotería, 5 rompecabezas, 5 chaucheras, 10 paquetes de Vitalmín Vitaminado, 10 libros de cuentos infantiles, 5 pares de calcetines y 5 llaveros.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 73.

Los órganos que componen el aparato respiratorio son seis.

Premiados con UN PAR DE SOQUETES: Alicia Moreno, Santiago; Alberto Sepúlveda, Chillán; Geli Torres, Los Angeles; Arnoldo Avendaño, Angol; Iván Lara, Talagante; Anita Kroyer, Talcahuano. UNA TOALLA: Eliana Castro, Temuco. UN TAMBOR: Sandra Wilhelm, Traiguén. UNA CHOMBA LANA: Patricia Calvo, Santiago; Eliana Kroyer, Talcahuano. UN PAÑUELO: María Gutiérrez, Monte Aguila. UN OSITO: Jorge Concha, Angol; Susana Dueñas, La Serena; Héctor Paredes, Angol; María Cristina Sepúlveda, Santiago; Pedro Machiavello, Angol; René Cuevas, Santiago. UNA REGLA: Julio Sepúlveda, Los Angeles; Raúl Figueroa, Concepción; Mario Sanhueza, Temuco; Kyra Robles, Temuco; Juan Márquez, Temuco; Lilián Riquelme, Angol. CINCO SECANTES: Aída Cornejo, Coronel; Teresa Drago, Concepción; Arnoldo Medina, Loncoche; Patricio Whiteker, Santiago; Sara Rioja, Valparaíso; Evaristo Orellana, San Vicente. CINCO FORROS CUADERNOS: Ana Mónica Riveros, San Bernardo; Lya Cabonge Baeza, San Bernardo; Gastón Bustos, Santiago. UN JUEGO DOMINO: Virgilio Bontá, Santiago; Luis Alfaro, Santiago; Anice Blumel, Talcahuano; Miriam Beecke, Angol. UNA LIBRETA APUNTES: Milica Basic Rivera, Santiago, y Gloria García, Santiago.



CAPITULO XI

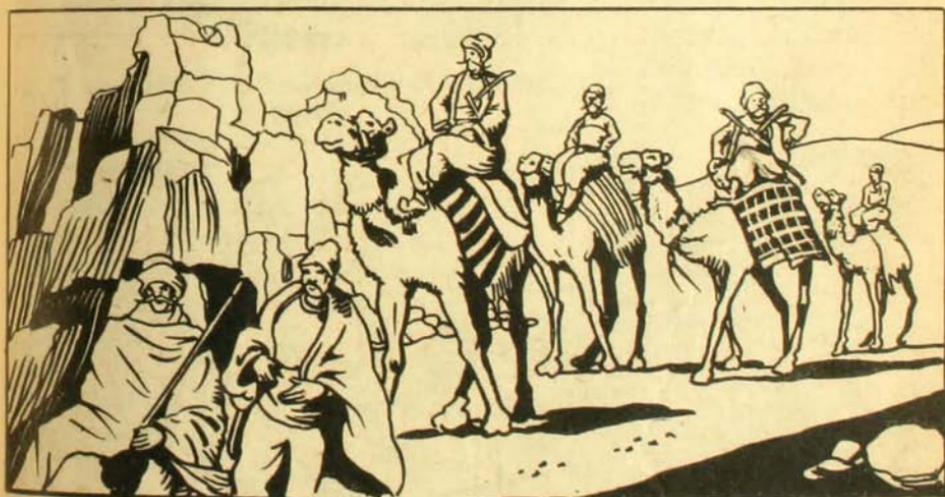
1. Como les iba contando, el rey de Tulez tenía la pésima costumbre de enterrar vivos a los viudos de su reino. Con toda perfidia, me casó a mí, pobre Simbad, con una vieja escuálida, que a los dos días murió. Terminado el funeral de la vieja, me lanzaron al pozo fatal. Después de una noche horrible, oí un ruido en el pozo y vi deslizarse una sombra. Era un chacal. Lo seguí y di gracias a Alá, de rodillas, por mi salvación:



2. Salí del pozo funerario, pero como no deseaba que me cogiera de nuevo el rey de Tulez, fui adentrándome en la selva hasta que llegué al país de los monos. Eran los simios más monstruosos que he visto jamás. Logré huir de ellos por un túnel de la montaña y salí por el boquete de un volcán. Allí divisé a tres hombres que mataban a un polluelo de Roc, recién nacido. —"Bárbaros", alcancé a gritarles.



3. Pero por suerte no me oyeron. Eran aquellos hombres bandidos del desierto que nada respetaban. Al verme uno de ellos me preguntó: "—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?" "—Voy al país donde los brillantes se dan como las papas", dije yo sacando de mi bolsillo una gran piedra que aun guardaba desde que estuve en la tierra de los hombres voladores. "—Llévanos a tu tierra", me dijo el de la cimitarra.



4. Los bandidos del desierto me proporcionaron uno de los mejores camellos y saciaron mi apetito con polluelos asados al palo. Pasamos la primera noche en pleno desierto, comiendo y bebiendo, y al día siguiente partimos en caravana. "—Simbad —me decía el jefe de los bandidos—, cuidado con engañarme, porque el filo de mi cimitarra es como diamante." Yo juraba que íbamos a las minas más ricas del mundo.

(CONCLUIRA)

AKYRA

CAPITULO XIV.— *La fuga del prisionero Ben-Kasen.*

Akyra y Alí, después de libertar a los esclavos y gente oprimida por Ben-Kasen, el vil tirano de Bufekrane, lograron, gracias a su arrojo y astucia, abordar la galera de Ben-Kasen y tomarle prisionero.

Pero como siempre temían las celadas del tirano, resolvieron relegarle a un is-



Un mensajero anunció la captura de Ben-Kasen.



Akyra se presentó al visir Laucine.



Ben-Kasen fingió estar agonizante en el islote.

—Regresa a la galera —ordenó Laucine al emisario—, y responde que sólo entregaré el poder al jefe de la rebelión.

Alí y Akyra oyeron la respuesta del visir Laucine en el puente de la galera.

—Permanece tú aquí, Alí —expresó la doncella Akyra—, y vigila bien, pues es muy posible una traición. Si adviertes un peligro, trasládate a la tartana y penetra a la caverna del capitán Omar. El te dirá qué debes hacer.

Akyra partió, pues, a Bufekrane con sus fieles ayudantes Amed y Surí.

La furia del visir Laucine al ver que el jefe de la rebelión era una mujer fué indecible.

—Que nuestro rajá haya sido juguete de una mujer no es posible —gritaba Laucine—. Yo

lote, mientras un emisario llevaba a Laucine, ayudante de Ben-Kasen, una misiva.

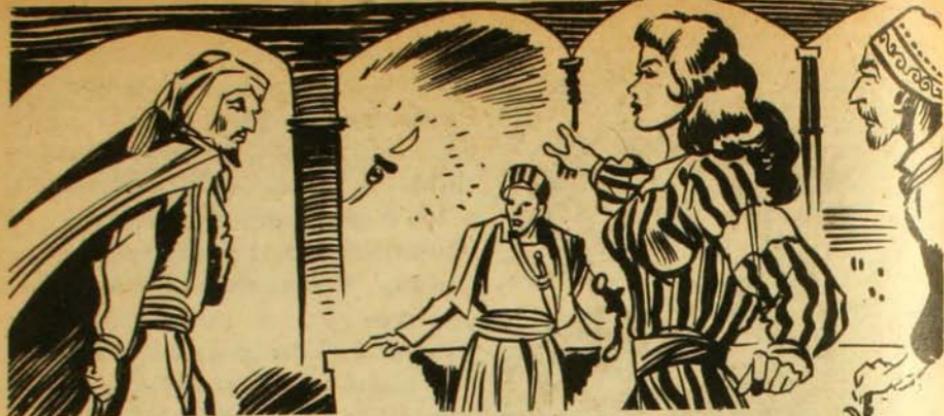
En esta misiva el tirano renunciaba al poder y lo entregaba a los delegados del pueblo.

Mientras los tripulantes de la galera permanecían también cautivos y a las órdenes de Akyra, el emisario de Ben-Kasen llegó a Bufekrane y solicitó hablar con el visir Laucine.

El emisario entregó la misiva al visir, y éste leyó algo entre líneas, porque su semblante demudado adquirió en seguida una expresión burlesca y diabólica.



El tirano asestó una puñalada al centinela.



Akyra ordenaba el destierro de Laucine.



—Atajen a los rebeldes —gritó Ben-Kasen.

aquel dolor, acudió al punto. Entonces Ben-Kasen, fingiendo cogerse de él en su desesperación, quitó el puñal de la cintura al centinela y se lo hundió en el pecho.

Libre ya de vigilancia, Ben-Kasen saltó al bote y remó apresuradamente hacia Bufekrane.

Entretanto Laucine, furioso porque el tirano de Bufekrane se había dejado vencer por Akyra, fingía parlamentar con ella para ganar tiempo.

(CONTINUARA)

no respetaré juramentos ni promesas. Una mujer nada vale para mí.

Entretanto el tirano Ben-Kasen, tendido en la arena del islote, rumiaba su derrota.

Un solo marinero le custodiaba. Ben-Kasen urdió una celada que iba a favorecerle.

—Me ahogo, me muero —gemía Ben-Kasen—. ¡Socorro! El corazón... , ya no respiro...

El centinela que custodiaba al prisionero, como padecido de



Por LUGOZE

¡YA ESTAN @ASI
LIMPIAS. HUIN@A!



¡REDIEZ! ¡BELLA@O!
¡HABÉIS BOTADO MIS
ESPUELAS AL
MAPO@HO!



¿PERO VOS NO ME
DIJISTEIS: "LIMPIADME
LAS ESPUELAS Y
LAS BOTAS?"



LUGOZE

¡MIRA QUE ESTOY QUEMADA,
PELUSITA! ESTUVE EN
LA PLAYA



NATO

EL AGUA SALADA Y EL
SOL QUEMA LA PIEL



YO TAMBIEN ME
TOSTARE LA PIEL



¡LISTO! AHORA ME DOY
UN BANO Y DESPUES ME VOY
A LA TERRAZA A TOMAR SOL



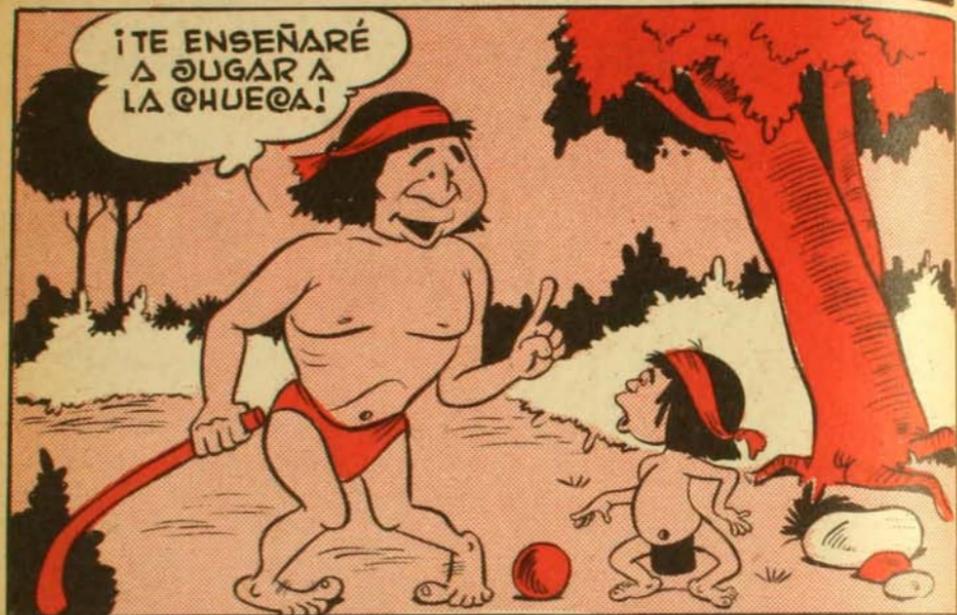
Simbad



\$ 2.

N.º 77 AKYRA

LAUTARITO



Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO II N.º 77

Precio: \$ 2.—

21-II-1951

EL PEREGRINO de BUDA



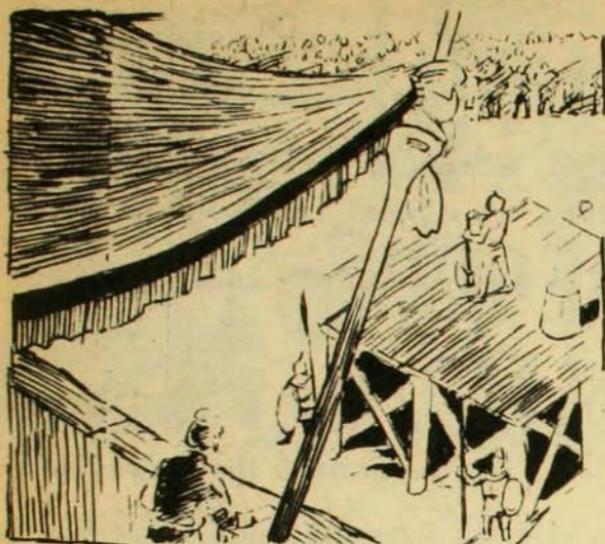
CAPITULO VI.— *El rey perdona a los culpables.*

Yuansú había partido a la India para esparcir las doctrinas de Buda. Al llegar a Samarcanda fué traicionado por el persa Kui, quien exaltó a los fanáticos *parsis*, secta adoradora del fuego, y



El rey de Samarkanda juró castigar a los enemigos de Yuansú.

les instó a que encerraran a Yuansú en la Torre del Silencio. Allí el peregrino de Buda corrió peligro de ser devorado por las aves de rapiña. Por fortuna, le salvó de esa muerte atroz su siervo, el fiel Wei. Libres de aquella trágica aventura, Wei y Yuansú comunicaron al rey de Samarcanda el crimen cometido contra ellos. El monarca sentenció al suplicio de la hoguera a Kui y a sus cómplices.



Se levantó la plataforma de los suplicios.

alzado una tribuna para el rey y sus invitados. Sobre una plataforma se hallaban los sentenciados a muerte, tránsidos de pánico.

De súbito sonaron las trompetas anunciando la llegada del rey y del peregrino de Buda.

—Siento horror por esos suplicios, Majestad —dijo el compasivo Yuansú.

—Durante la noche he meditado sobre tu petición —respondió el rey de Samarcanda—. Esos miserables no serán torturados. Espero que el espectáculo que les presento les servirá

Impuesto Yuansú de la terrible sentencia recaída sobre sus enemigos, se dirigió al palacio real para pedir clemencia.

Tan elocuente fué el peregrino de Buda en su alegato a favor de sus enemigos, que el rey, al fin, respondió a Yuansú:

—Mañana, a la hora del suplicio, te haré saber mi última decisión.

Al día siguiente Yuansú se encaminó hacia la plaza principal, donde se había



Sonaron las trompetas reales.



Yuansú pedia clemencia al rey.



El rey concedió al peregrino lo que solicitaba.

de lección, y, además los cien azotes que recibirá cada uno. Sólo el traidor Kiú permanecerá dos años en prisión.

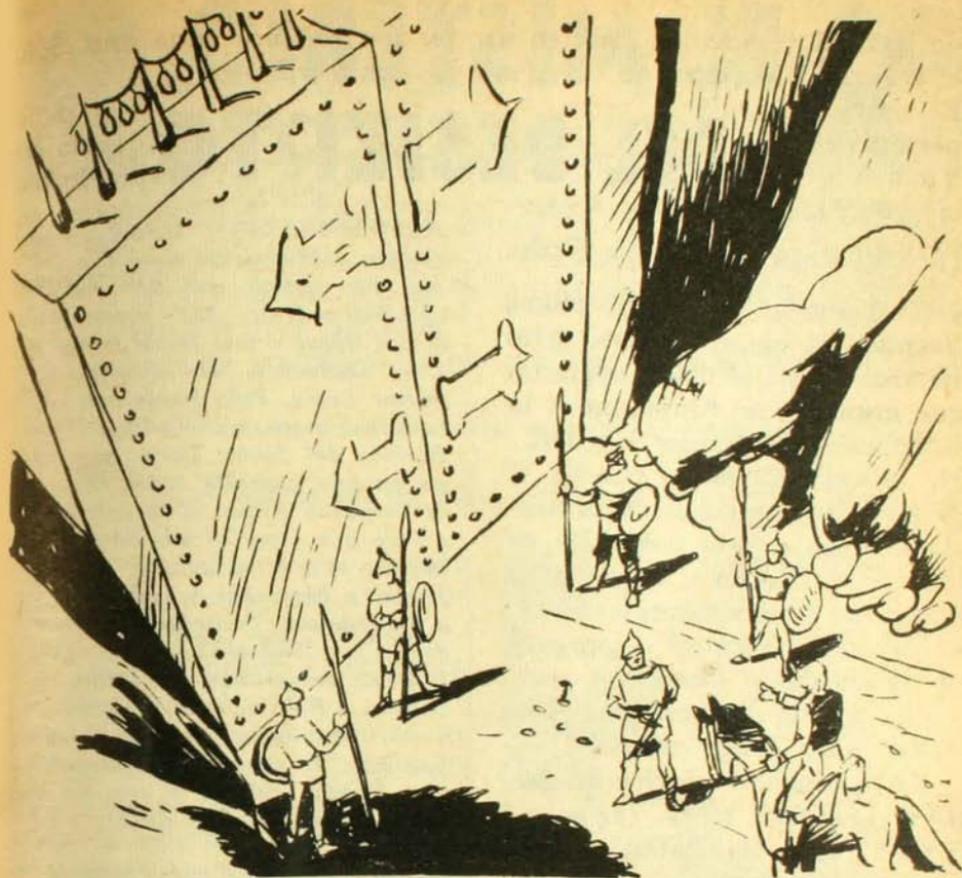
El peregrino de Buda agradeció al rey su generosidad, y pidió permiso para retirarse, a fin de hacer sus preparativos de viaje.

Yuansú ignoraba que un bramán, enemigo de los budistas, le había señalado a sus partidarios ordenándoles que le siguieran en su viaje y fueran anunciando a todos los pueblos indúes que Yuansú era un peligro para la religión de Brama, Vichnú y Siva, y también para los musulmanes.

Yuansú, al salir de Samarcanda, debía atravesar la Puerta de Hierro. Esta puerta era controlada por los turcos musulmanes, que impedían el libre tráfico entre la China y la India.



Yuansú partió en busca del Gran Khan.



Se detuvieron frente a la PUERTA DE HIERRO.

El peregrino de Buda caminó con su escolta por abruptas montañas, y después de largos días de viaje llegó a la gran Puerta de Hierro.

—Soy un tranquilo peregrino —dijo Yuansú a los centinelas de la puerta— que pide libre paso hacia el territorio del Gran Khan.

—Abran las puertas —ordenó el oficial de guardia—. Nuestro Gran Khan aguarda a este visitante.

Pero no dijo cuál sería la recepción que le harían al peregrino de Buda.

(CONTINUARA)

CUPON DEL
CONCURSO
SEMANAL

SIMBAD N.º 77

Colón efectuó a las
Indias Occidentales
... viajes.



EL MISTERIO DEL DESIERTO



CAPITULO IV.— Precipitada fuga de Lily y Polo.

Polo Lorin y el negro Bakri, después de oír el horrible grito de socorro en el disco, cogieron sus armas y se dirigieron a la habitación del traidor Bagded. No le hallaron en su cuarto.

Al escuchar los pasos de su hermano y su airada voz, Lily se levantó del lecho y corrió a la puerta de su dormitorio.

—Polo, ¿qué sucede? —preguntó temerosa—. Dora no está aquí; cuando desperté me encontré sola. Tengo miedo...

—¡Otra traición! —gritó furioso Polo—. Bakri tenía razón al llamar "hija de Chitán" a esa húngara intrigante.

No cabía duda de que un lazo misterioso unía al berberí Bagded con Dora. ¿Pero qué complotaban y por qué motivo habían huído juntos de Sidi-el-Guir?

—Seguramente Dora escuchó el disco con el grito de socorro de mi madre —insinuó Polo—, y fué a darle parte a Bagded, quien, viéndose descubierto, decidió huir. No comprendo la alianza de Dora con el berberí, como tampoco comprendo ese grito estridente de mamá. ¿Qué ocurriría aquí?

—Tal vez una *razzia* —sugirió Lily.

—Bakri —dijo Polo tras breve meditación—, saldremos de Sidi-el-Guir antes del alba. No estamos seguros en esta casa. Es preciso ir a Tabala en busca de la Legión Extranjera.

En seguida, dirigiéndose a Lily, indicó:

—Ve a dormir, hermanita. Yo te llamaré cuando llegue el momento de partir.

RESUMEN: Lily y Polo Lorin se dirigen a Marruecos para reunirse con sus padres, que son colonos en Sidi-el-Guir. Les acompañan el fiel Bakri y una joven húngara, Dora Demidoff, hija adoptiva del doctor Lorin. Polo habla con una bailarina mora, quien odia a Dora. El hijo del doctor Lorin interviene en una querrela entre Dora y la bailarina Aicha. Esta comunica a Polo que Dora es una bestia venenosa y que se guarde de ella. Llegan a Marrakek y nadie espera a los viajeros. Tampoco les aguardaban en Sidi-el-Guir. El árabe Bagded, mayordomo de Lorin, comunica a Polo que sus padres partieron disfrazados de moros al Lago Sagrado. El muchacho descubre que Bagded miente y oye en el disco de la radio un grito de auxilio.

Lily, que ignoraba el grito de socorro de su madre, volvió a su lecho y se durmió profundamente.

—Bakri, ocúpate de alistar las mulas —ordenó Polo al fiel negro— y prepara algunas provisiones. Dios mío, Dios mío, ¿dónde estarán mis padres?

—No llores, *sidi* —balbuceó conmovido Bakri—. Si los *aiussas* han raptado al patrón, Bakri lo libertará. El amito vestirá de árabe y llevará armas. No es bueno llevar legionarios de Tabala. Los *aiussas* son muy pérfidos.

—Pero solos no podremos luchar con una tribu salvaje —expresó Polo.

—El tigre es fuerte, pero el zorro es astuto —sentenció Bakri—. Tú verás.

Mientras Polo reunía en un saco armas, trajes y ropa, Bakri ensillaba las mulas.

A poco llegó Bakri con el semblante trastornado por el terror.

—Los chacaes, los chacaes —dijo el fiel negro— están ladrando. Es mal signo.

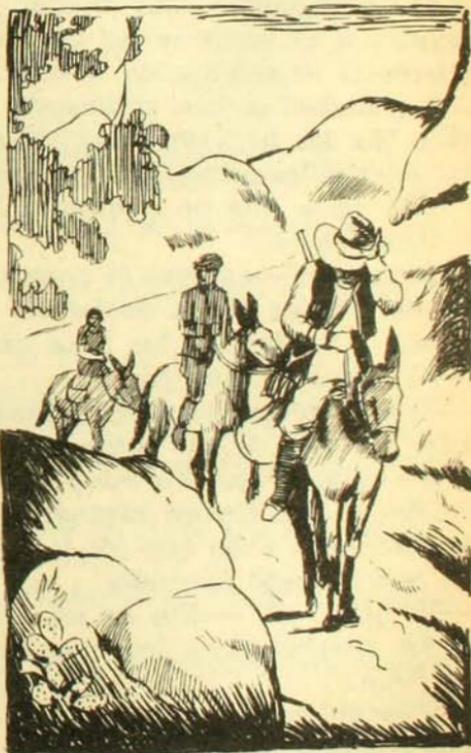
Polo y Bakri subieron a la torre de la fortaleza. Desde allí divisaron en los montes vecinos grandes fogatas que se destacaban como incendios en la obscuridad de la noche.

—Los *aiussas*, los cortadores de cabezas —exclamó Bakri—. Es necesario huir inmediatamente. Despierte a la niña, *sidi*, mientras yo saco las mulas. No podemos tardar un momento más.

Lily saltó fuera del lecho y se vistió apresurada.

—Polo, tengo miedo —decía la pequeñuela.

Un cuarto de hora después la fortaleza de Sidi-el-Guir quedó desierta.



Los tres fugitivos huían hacia la montaña.

Lucía el alba cuando los fugitivos se encontraron en el primer desfiladero de la montaña, tras la cual se situaba el pueblo francés de Tabala.

A lo lejos se escuchaban el ruido de la caballería y los gritos de guerra de las tribus rebeldes.

—¿A qué hora llegaremos? —preguntaba una y otra vez Lily. Polo no respondía.

De súbito, en un recodo del camino, divisaron un rebaño de cabras que huían enloquecidas a los gritos de un pastorcillo tan atemorizado como su rebaño.

Un perro seguía a la manada.

—¡Cruton! ¡Cruton! —gritó Lily, al ver que el perro abandonaba el rebaño y corría hacia ella.

Polo y Lily desmontaron y se acercaron al perro regalón de la señora Lorin.

—Cruton, ¿dónde está mamá? —preguntó Polo, acariciando al animal—. Si pudieras hablar nos lo dirías.

Pronto se acercó a ellos el pastorcillo del rebaño y les dijo:

—Los árabes se han apoderado de Tabala y el camino está cortado. Yo les he visto bajar. Van arrasando con todo y robando rebaños. A los *rumis* los degüellan sin piedad.

—¿Tú crees que no podremos llegar a Tabala antes que ellos? —indagó Polo.

—Imposible —expresó el pastor—. También hay otras tribus rebeldes, porque se ha declarado la Guerra Santa contra los cristianos. ¿Ustedes son los hijos del doctor Lorin?

—¿Tú conoces a mi padre?

—Y a tu madre también —declaró el pastor—. El doctor Lorin curó los ojos de mi padre, y tu madre cuidó a la mía en una grave enfermedad. Yo estoy pronto a dar mi vida por ellos...

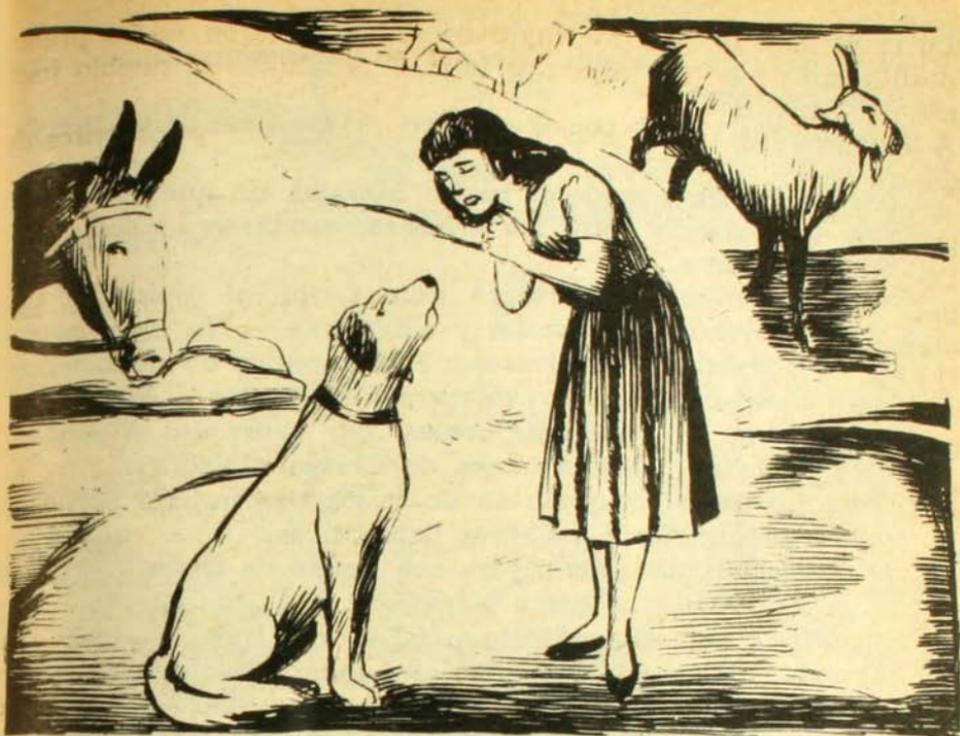
—Mis padres fueron raptados por los rebeldes —dijo Polo al pastorcillo—. Creo que los traicionó Bagded...

El pastor quedó aterrado.

—Escucha, *sidi* —dijo en seguida—; creo que lo más seguro... Bakri interrumpió a los muchachos al volver a toda carrera en su mula.

—¡Vienen cerca los *aiussas*! —gritó el negro—. Ocultémonos. Los primeros jinetes bajan por la montaña.

El pequeño grupo buscó un medio de salvarse. ¿Cuál podía ser? Si galopaban hacia adelante, les sorprenderían las tropas que sitiaban a Tabala.



Crutón, mi buen Crutón —murmuró Lily, al reconocer al perro.

—Trepemos a ese senderito de cabras —murmuró el pastor, cogiendo de la mano a Lily.

Los fugitivos se ocultaron entre un bosque que cubría una profunda quebrada. Las mulas se tendieron sobre el césped y la pequeña caravana quedó enteramente escondida entre los árboles. Como un huracán pasaron los rebeldes *aiussas*, haciendo estremecerse el suelo.

—Qué fisonomías más terribles —observó Polo, al verlos pasar—. Es horrible hallarse solo en un país hostil. . .

—No estás solo, *sidi* —protestó el pastor—; tienes dos compañeros fieles que te defenderán.

—Gracias —respondió Polo—. ¿Cuál es tu nombre, niño bueno?

—Mesaud, que quiere decir “el dichoso”.

—Bien, Mesaud, que tu nombre nos dé felicidad. Cuánto deseo encontrar a mis padres.

—No te desesperes, *sidi*. Tú hallarás a tus padres. Por Alá juro que yo te ayudaré.

Apenas había pronunciado Mesaud su juramento cuando lanzó un grito estridente.

—Tres *aiussas* vienen por el sendero... Bajarán a esta quebrada...

Las cabras habían seguido al pastor Mesaud, sin que éste lo advirtiera, y, pastando entre los arbustos, excitaron la codicia de los terribles jinetes.

—Estamos perdidos —murmuró Polo Lorin al divisar a esos tres árabes armados de pistolas y cimitarras—. No tenemos por dónde huir. Bakri, los revólveres... Trataremos de defendernos. El negro Bakri entregó un revólver a Polo y otro a Mesaud.

—De nada van a servir esas armas, *sidi* —expresó Mesaud—, Espera que yo descubra la cueva de Chitán (Diablo).

El pastorcito estaba ocupado en un misterioso trabajo arañando el suelo y pronunciando palabras cabalísticas.

De pronto movió una gran piedra con ayuda de Bakri y dejó en descubierto una caverna negra y húmeda.

Mesaud indicó por señas a Polo y a Lily que debían entrar a la cueva, cuya abertura resultaba en esos momentos milagrosa.

Tras los niños se deslizó Bakri, arrastrándose como una serpiente. La roca volvió a cerrarse en forma giratoria, tal como si tuviera goznes.

Entretanto, los tres árabes habían atado sus corceles en el bosquecillo, donde quedaban las tres mulas y el rebaño de cabras.

—Estas mulas no han llegado solas hasta aquí —dijo uno de los jinetes—. Los *rumis* han de encontrarse en las vecindades.

Pero por más que registraron la quebrada, les fué imposible encontrar a los fugitivos.

—Llevémonos las mulas y las cabras —dijo otro de los *aiussas*. En el interior de la caverna, Mesaud, con el oído atento, escuchó por fin el galope de los caballos.

—Considero que no es prudente salir inmediatamente de la caverna —expresó Mesaud—, porque los *aiussas* pueden haber dejado un espía en la hondanada.

—¿Qué haremos ahora sin las mulas —preguntó Polo— y sin las provisiones que se encontraban en las alforjas?

—Yo creo —indicó Mesaud— que lo esencial es que se disfracen de árabes. Si les parece, ustedes se quedarán aquí con Bakri mien-



Los tres aiussas partieron al galope.

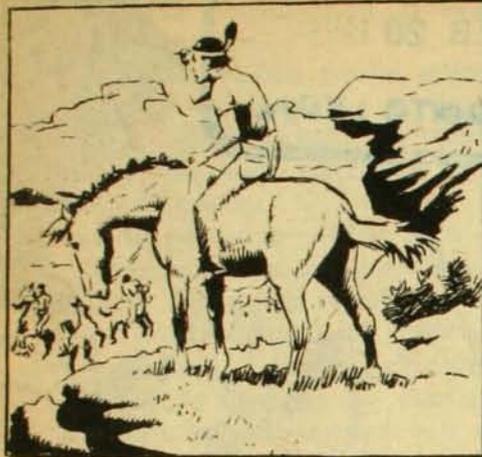
tras yo me dirijo al *duar* vecino en busca de indumentaria del país.

—Tienes razón —asintió Polo—. Ve en busca de esos trajes, Mesaud. Aquí tienes dinero y que Dios te proteja.

Pero fueron vanos los esfuerzos de Bakri y de Mesaud para mover la piedra giratoria. Estaban condenados a morir enterrados vivos en esa caverna.

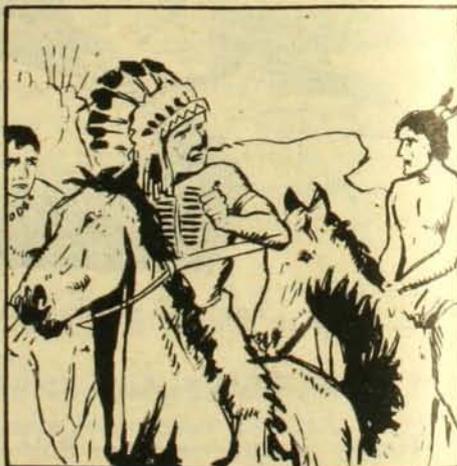
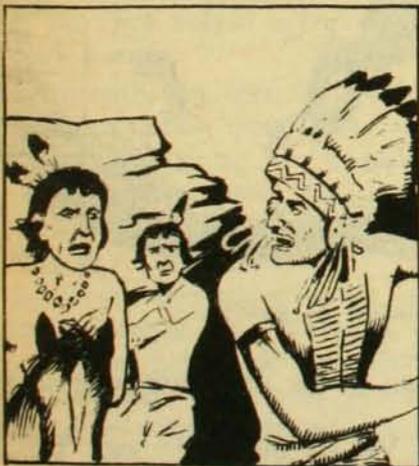
(CONTINUARA)

LA FLECHA



CAPITULO IX. EL ESPIA DE CHIGUAN

1. Teddy Billy, sus rancheros Tony y Ramón, disfrazados de indios, ayudaban a las huestes de Tacomac a luchar contra los *chipetes* y su jefe Chiguán, quienes eran enemigos de la princesa Alika, cuya flecha de oro habían robado. Tacomac lanzó el grito de guerra después de haber incendiado el campamento de los *chipetes* que llegaban a galope para combatir al enemigo.



2. Al volver la cabeza, Chiguán descubrió el fulgor del incendio en su campamento y gritó a sus huestes: "—Corramos todos... Hay que salvar el reducto... Siganme. Todo está en llamas." Entonces Tacomac se detuvo y dijo al ranchero Teddy: "—Has trabajado bien, hermano. Está terminada nuestra misión. Cuando Chiguán llegue a su campamento en ruinas comprenderá que ya no es él el jefe supremo de la tribu."

DEL SOL



3. Chiguán, loco de ira, penetró al campamento y comprobó el desastre. "—Me vengaré", gritó el piel roja usurpador de la Flecha del Sol. Entretanto Teddy y Tacomac llegaban al rancho y referían a Olivia Bill y a la princesa Alika sus victorias. "—¿Y la Flecha del Sol?", preguntó la joven india. "—Ya la recuperaremos —dijo Teddy Bill—. Esta noche iniciaremos otra embestida contra Chiguán."



4. Pero nadie advirtió que un espía de Chiguán les estaba escuchando. De pronto Alika dijo: "—Hay un emboscado tras de las rocas." "—Estás soñando", insinuó Teddy. "—No, no... Ahora oigo el galope de un caballo." Tacomac puso su oído en tierra y murmuró: "—Es exacto. Se aleja un caballo. Chiguán ya sabe dónde se oculta nuestra soberana Alika, y tarde o temprano atacará este rancho. Es preciso huir."

(CONTINUARA)

UN CAPITÁN DE QUINCE AÑOS



Una mañana del mes de febrero del año 1873, poco antes de que el buque ballenero "Pilgrim" abandonara el puerto de Nueva Zelanda para dirigirse al de Valparaíso, un simpático niño de quince años se presentó ante el capitán de la nave y le pidió permiso para conversar con él.

—Poco falta para que abandonemos el puerto —le dijo el viejo marino, cuyo apellido era Hull—, pero si es importante lo que tienes que decirme y lo haces rápidamente, estoy dispuesto a escucharte.

—Sí, señor —le respondió el niño—; me llamo Ricardo, no tengo padre ni madre, y como he sabido que su buque va a zarpar en seguida, vengo a ofrecérmelo a usted como grumete.

Estas palabras, dichas en tono que descubrían el carácter decidido del niño, sorprendieron al capitán, que permaneció callado unos instantes, tratando de darles respuesta apropiada. Al cabo, sólo atinó a decir:

—¿Pero tú no sabes, pequeño, que los marinos se hallan expuestos a muchos peligros?

—¡Sí, señor! —contestó el niño—. ¡Pero yo no temo el peligro!

—¡Bien, bien! —exclamó entonces el capitán—; si estás decidido, no quiero contrariarte. Falta nos hace un grumete y creo que tú nos servirás perfectamente.

Cuando dos horas más tarde el "Pilgrim" abandonaba el puerto, llevaba a bordo un tripulante más. Y el pequeño Ricardo, deseoso de demostrar al capitán su firme decisión de ponerse práctico, ayudaba con entusiasmo a los marineros en las tareas de a bordo. La bonanza del tiempo y, por lo tanto, la tranquilidad del mar permitieron al buque ballenero navegar sin contratiempos durante los primeros días. En ellos los trabajos más pesados se ejecutaban por la mañana y esto permitía a la tripulación, por las tardes, cuando había poco que hacer, entablar conversaciones con los escasos pasajeros de la nave.

De esa manera, el pequeño Ricardo pudo conocer a la señora Weldon, esposa del armador del "Pilgrim", que, acompañada de su pequeño hijito, se dirigía a la ciudad chilena a reunirse con su esposo. Varias veces había conversado con ella, y la buena mujer

llegó a sentir una marcada simpatía por el grumete. De igual manera, tanto el capitán Hull como los marineros se habían encariñado con Ricardo y por todos los medios trataban de ponerlo práctico en las tareas de a bordo.

Sólo el cocinero del barco permanecía indiferente al valor y a la bondad del niño. Portugués de nacimiento, respondía al nombre de Negro, y de su vida poco o nada se sabía. Ricardo, a pesar de ello, siempre que tenía necesidad de conversar con él, se mostraba correcto y respetuoso.

Varios días más continuó el viaje sin que nada anormal intranquilizara al capitán Hull. Pero una mañana, cuando el pequeño Ricardo se hallaba trepado en uno de los mástiles observando el horizonte, alcanzó a distinguir algo así como una embarcación pequeña que se dirigía hacia el "Pilgrim". En el acto trató de llamar a grandes voces la atención de sus compañeros:

—¡Atención; atención! ¡Algo avanza hacia nosotros por estribor!... Sorprendido por las exclamaciones del muchacho, el capitán Hull no tardó en aparecer sobre cubierta. Durante un largo rato estuvo observando con un catalejo, y después, volviéndose hacia los ma-



Ricardo, trepado en uno de los mástiles, observando el horizonte...

rineros que le rodeaban, les explicó que el pequeño grumete tenía razón en dar la voz de alarma, por más que no se trataba de una embarcación.

—A la distancia parece, efectivamente, que fuese una ave — dijo —, pero se trata de una ballena. Es necesario que nosotros dispongamos rápidamente a darle caza.

La orden fué acatada en el acto. Al tiempo que varios marineros disponían una pequeña embarcación, con la que se habría de seguir al cetáceo, otros preparaban los arpones, que son las armas que se emplean en tales circunstancias. Listo el bote y terminados todos los preparativos que requería el caso, el capitán Hull se embarcó en aquél, acompañado de sus tripulantes.

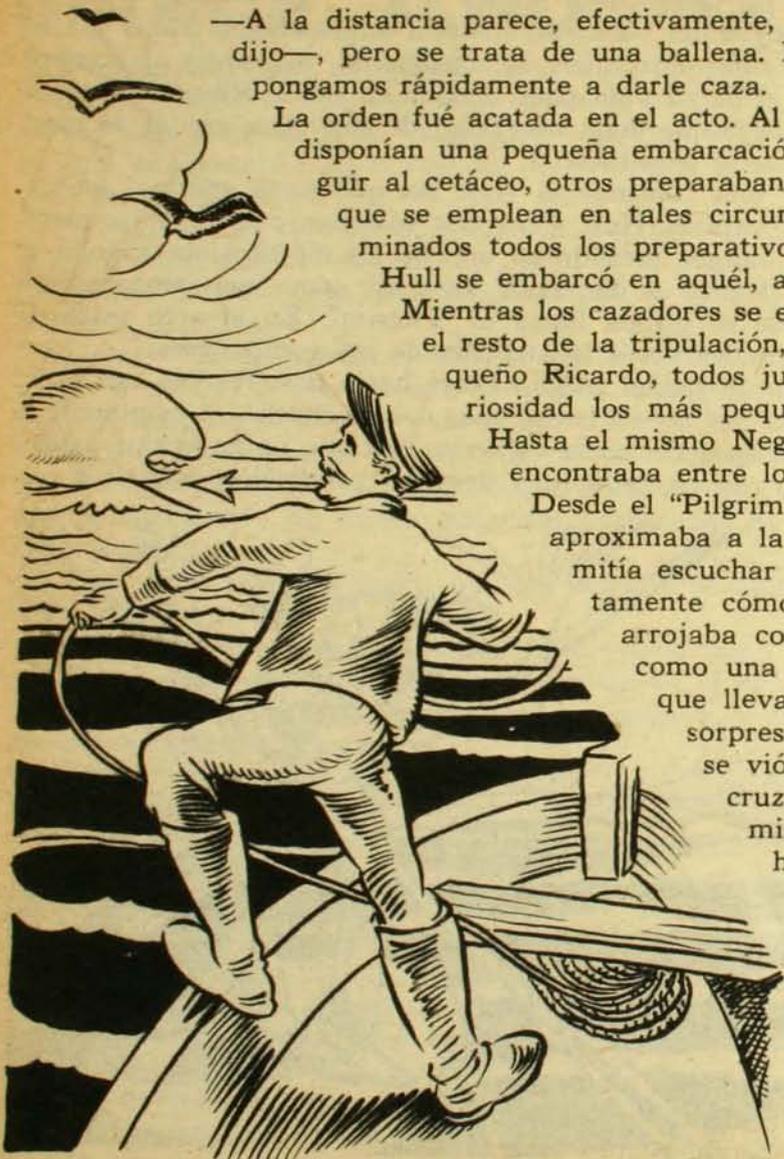
Mientras los cazadores se encaminaban en dirección a la ballena, el resto de la tripulación, la señora Weston y su hijito y el pequeño Ricardo, todos junto a la borda observaban con gran curiosidad los más pequeños detalles de la arriesgada expedición.

Hasta el mismo Negoro, que raramente abandonaba la cocina, se encontraba entre los presentes contemplando lo que pasaba.

Desde el "Pilgrim" podía verse cómo la pequeña embarcación se aproximaba a la ballena. Y a pesar de que la distancia no permitía escuchar las órdenes del capitán Hull, se distinguió perfectamente cómo éste, apoyando un pie sobre la borda del bote, arrojaba con toda violencia el arpón contra el cetáceo. Rápida como una flecha partió el arma, que merced al fuerte impulso que llevaba, se clavó en el cuerpo del animal; éste, tomado de sorpresa, trató de hacer frente a sus atacantes. Por segunda vez se vió entonces al capitán afirmar el cuerpo, y un nuevo arpón cruzó el aire para clavarse junto al anterior; pero sea porque la misma herida entreciera a la ballena o porque ésta, al querer huir, se enfrentaba con la barca, lo cierto es que el cetáceo la golpeó rabiosamente con la cola y la hizo volar por el aire hecha pedazos.

Un grito de espanto se escapó de las bocas de cuantos observaban la escena desde el "Pilgrim", y el pequeño Ricardo, después de un instante de vacilación y sorpresa, comprendiendo que era necesario correr en seguida en socorro de los naufragos, ordenó a los marineros que tendieran las velas y apresuraran la marcha hacia el lugar del accidente.

Fué inútil, sin embargo, cuanto se hizo. Cuando el buque ballenero se hubo aproximado lo suficiente, sus tripulantes sólo halla-



...arrojaba con toda violencia el arpón contra el cetáceo.



Negoro acató la orden sin responder una sola palabra.

ron los restos de la pequeña embarcación. El capitán Hull y sus seis compañeros habían desaparecido bajo las olas.

El pequeño Ricardo fué el primero en darse cuenta de la situación creada. Se había hecho todo lo posible por salvar la vida de los compañeros, pero ante el fracaso total, ahora sólo restaba reanudar la marcha. Nuevamente se tendieron las velas, y el "Pilgrim" siguió rumbo a Valparaíso.

Por orden de la esposa del armador de la nave, la señora Weldon, se dió el mando de la misma al pequeño grumete. Desaparecido el capitán, nadie como él era el indicado para ocupar su puesto, por estar práctico ya en las tareas de hacer frente a los peligros del mar. Pero, a pesar de que todos los tripulantes parecieron aceptar complacidos la designación, hubo quien pretendió oponerse a ella; el cocinero Negro, creyéndose tal vez con más derechos, trató por la fuerza de imponer su voluntad. Una tarde que Ricardo le ordenaba un trabajo, exclamó desdeñosamente, haciéndole frente:

—¡Sólo acepto órdenes del capitán del buque!

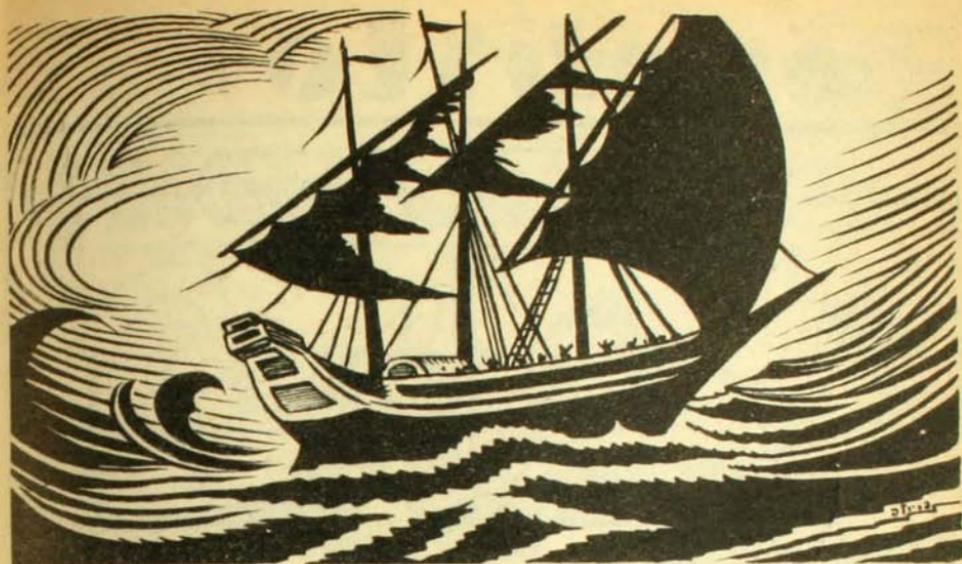
—Pues usted sabe —le respondió, con toda tranquilidad, Ricardo— que después del accidente he quedado yo en ese puesto.

—¡Un capitán de quince años! —exclamó burlonamente Negro, tratando de acercarse al niño para castigarlo. Pero debió desistir de sus propósitos. Sorprendido, sin poder darse cuenta de lo que sucedía, vióse frente al cañón de un revólver que le apuntaba al pecho. El pequeño capitán, al tiempo que amenazaba disparar el arma si el otro pretendía dar un solo paso, le dijo sin perder la calma:

—Regrese en el acto a la cocina si no desea llevarse un disgusto. Su puesto está en ella, y no permitiré que nadie se meta en lo que no le interesa.

Convencido, más por el arma y la firmeza del muchacho que por sus propios deseos, Negro acató la orden sin responder una sola palabra. Y desde aquel momento, tal vez temiendo que Ricardo cumpliera su palabra, trató no sólo de permanecer en la cocina, sino de no encontrarse con el pequeño capitán.

Ya el viaje estaba próximo a su fin. Sin embargo, cuando faltaba poco para llegar al puerto de Valparaíso, varias tempestades obligaron al pequeño Ricardo a demostrar sus conocimientos y su valor. Una tormenta terrible que se desencadenó cierta noche arrancó violentamente uno de los mástiles, y fué entonces cuando



Hubo un momento, sin embargo, en que pareció inevitable el naufragio...

pudo verse que la señora Weldon no había estado desacertada al elegir el sucesor del infortunado capitán. El muchacho, sin tomarse un momento de descanso, sin temer los embates de las olas que barrían la cubierta, se hallaba en todas partes dando órdenes y ayudando en las tareas difíciles a los tripulantes. Hubo un momento, sin embargo, en que pareció inevitable el naufragio, pues las sacudidas del "Pilgrim" hacían casi imposible mantener firme la rueda del timón. Pero el niño, asegurándola con fuertes cables, salvó el grave inconveniente.

Poco a poco fué amainando la tormenta. Ya las primeras luces de la aurora iluminaban el cielo, cuando el "Pilgrim" pudo ser gobernado de nuevo y continuar con toda felicidad el interrumpido viaje.

El puerto de Valparaíso ya estaba próximo. En él el armador Weldon, que esperaba noticias de su esposa y su hijito, no pudo ocultar la alegría que experimentaba al ver avanzar su embarcación por las aguas tranquilas. El encuentro fué emocionante. El señor Weldon, enterado por su esposa del valiente comportamiento del capitán, quiso premiarlo haciéndose cargo de él. Y algunos años más tarde, siendo Ricardo ya un hombre, salió de Valparaíso como capitán de una enorme nave, satisfecho de haber triunfado en la vida por su abnegación y su valor.

Ponchito

¡TOMA! PARA QUE SEPAS
QUIEN RONCA AQUI



TODAS LAS VECES QUE
PASO FRENTE DE SU
CASA ME PEGA



¡AH! TENGO UNA IDEA
PARA LIBRARME DE LAS
PALIZAS QUE ME DA ESTE



A VER SI AHORA ME
VA A DEJAR EL OJO
EN TINTA OTRA VEZ

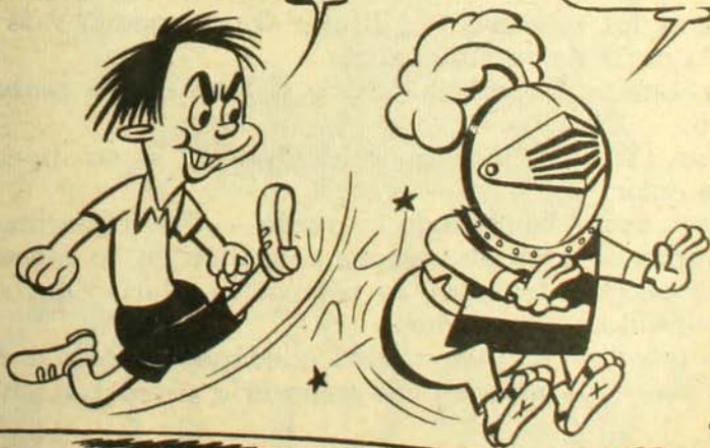


¡JA, JA! ¡AHI VIENE!
NO LE TENGO NI PIZCA
DE MIEDO



¡TOMA CABEZA DE LATA!

¡AYAYAYY!



MARIA GLORIA



CAPITULO XI Y FINAL.— *La dicha de Juan Manuel y María Gloria.*

María Gloria evocaba rápidamente los sucesos que iban desarrollándose vertiginosamente.

Caminaba ella sumida en sus melancólicos recuerdos cuando tropezó en una esquina con una dama de edad madura, que al verla gritó:

—¡María, mi hija querida! —y se desmayó.

Cuando recobró los sentidos en la farmacia vecina, la extranjera volvió a llamar a su hija perdida en medio de sollozos desgarradores.

—Es una histérica —decían al boticario algunos de los espectadores.

—Tal vez está más enferma de lo que yo pensaba —dijo el farmacéutico—. Señores y señoras, les ruego que se retiren. Me parece que esta dama está algo perturbada. Vuestra presencia la excita.

Al retirarse los espectadores, María Gloria quedó más visible a la mirada de la dama accidentada.

Al verla, ésta se levantó del sillón y, tendiéndole ambas manos, murmuró:

—Quédate conmigo, niña querida. Quédate si no quieres verme morir de dolor.

—Decididamente ha perdido la razón —dijo el farmacéutico—. Sin embargo, no advierto ninguna contusión en su cabeza.

—Pobre señora —balbuceó la compasiva María Gloria—. Si yo puedo ser útil en algo, señor...

—Haría usted un acto de caridad quedándose junto a ella —dijo el boticario—. La señora debe tomarla a usted por una persona querida.

—¡Qué pena! —musitó María Gloria, aproximándose a la desconocida—. ¿Quiere usted que la llevemos a su casa? —preguntó la niña.

—Sí, sí, llamen un taxi —se apresuró a decir la accidentada—. Pero no me abandones, hijita mía. Nunca más nos separaremos... María, he llorado tanto...

María Gloria ayudó a la extranjera a subir al taxi y se detuvieron frente al hotel cuya dirección dió la anciana señora.

María Gloria, creyendo cumplida su caritativa misión, quiso despedirse, pero comenzaron de nuevo los llantos y lamentaciones. De pronto apareció un anciano de cabellos blancos y noble presancia, a quien se dirigió la extranjera en idioma inglés, diciéndole:

—*Gerald, Gerald, it is she... Our daughter...* Es ella, nuestra hija.

Y, al terminar estas palabras, sufrió un nuevo desmayo.

La compasiva María Gloria acompañó a la anciana dama hasta su dormitorio, y allí, ayudada por Geraldo, la acostaron en su lecho.



—No me dejes, María —suplicaba la anciana señora Hutchinson.

—No me creas loca, hijita —decía la extranjera—. Geraldo, llama a Juan Manuel. . . Llámalo. . . El le referirá nuestra historia. María Gloria, que comprendía perfectamente el inglés, se estremeció al oír que nombraban a Juan Manuel.

“Qué necia soy —pensó en seguida—; en el mundo existen miles de personas que se llaman también Juan Manuel.”

Geraldo entró al dormitorio de su esposa acompañado de un mocetón de veinte años.

María Gloria lanzó un grito de sorpresa y corrió hacia el joven, tendiéndole sus brazos.

A pesar de los años transcurridos, ella reconoció al punto a su querido Juan Manuel, hijo de la gitana Zoraida.

—Mi hermanita, María Gloria —decía Juan Manuel—, ¡qué grande estás y qué linda eres!

—Y tú, Juan Manuel, te has convertido en un joven buen mozo. Cuán orgullosa estaría mamá Zoraida si pudiera verte.

Desprendiéndose de los brazos de María Gloria, Juan Manuel dijo a su hermana adoptiva:



—Eres digna de ser feliz —dijo Magda Laurel a María Gloria.

—Abraza a tu abuelo y a tu abuela, María Gloria. Hace un año que te andan buscando.

Sin comprender aún el suceso, María Gloria se acercó al lecho de la señora Hutchinson y, después de besarla, pidió que le explicaran la situación.

—Geraldo, refiérele tú nuestra historia a la niña —suplicó la señora Hutchinson—. La emoción y el golpe sufrido en la calle me han dejado sin respiración. María, ¿has olvidado el idioma inglés?



Juan Manuel y María Gloria fueron muy felices.

—No, abuelita —respondió, sonriendo, María Gloria—. Lo comprendo perfectamente.

Como ya lo dijimos en el primer capítulo de esta novela, Jaime Daver se había casado en San Francisco de California con María Hutchison, a disgusto de los padres de la novia.

—Más tarde —refería Geraldo Hutchinson— nos arrepentimos de nuestra severidad. Tu madre había muerto y tu padre, el pobre Jaime, partió al extranjero. Por fin, conocimos a Juan Manuel, quien había salvado a un amigo mío.

—Y Dios quiso que te encontrara en la calle, hijita mía —murmuró la señora Hutchinson—. Tienes que vivir con nosotros

ahora para alegrar nuestros últimos días y hacernos perdonar la falta que cometimos con tus padres. Esperamos que algún día nos tengas cariño. . .

—Ya se lo tengo, abuelita —declaró María Gloria, besando a la anciana—, y también a mi abuelito Geraldo. Les ruego que me permitan ir a casa para comunicarle esta noticia a mi protectora la señora Magda Laurel.

—Por cierto —expresó Geraldo Hutchinson—. Juan Manuel te acompañará en nuestro automóvil.

Inmensa fué la sorpresa de la señora Laurel al conocer la novelesca historia de María Gloria Daver.

—Han terminado los malos días, hijita —dijo la ex artista—. En adelante serás feliz.

—Lo he sido inmensamente con usted —respondió María Gloria llena de gratitud—. Ahora querría también ver a mi protectora Hilda. . .

—Acabo de saber que la desventurada señora quedó completamente arruinada por el perverso Patricio Brater —refirió Magda Laurel— y que se ha relegado a una pequeña finca, que es lo único que ha podido salvar de su gran fortuna.

Geraldo Hutchinson, cuya fortuna subía de cuarenta millones, fué en extremo generoso con Magda Laurel y con Hilda Brater, las madres adoptivas de su nieta María Gloria.

Transcurrido algún tiempo, Juan Manuel dijo a María Gloria:

—María Gloria, hace diez años, cuando me separé de ti, te dije que volvería algún día, cuando hubiera hecho fortuna, y que entonces nunca más nos separaríamos. ¿Quieres tú que realicemos esa promesa?

—Sí, lo quiero —respondió la encantadora niña—. Comprendo que no podría vivir lejos de ti, Juan Manuel.

—¿Y qué dirán tus abuelos?

—Tontito —murmuró sonriendo María Gloria—. Ellos desean tanto como nosotros este matrimonio. La abuelita María ya tiene vista la casa que piensan regalarnos y creo que hasta el ajuar de novia. . .

—Por cierto que sí —exclamó la señora Hutchinson, apartando un cortinaje—. Estaba escuchándoles y les doy mi bendición, hijos míos. Que Jaime Daver me perdone desde el cielo. . .

—Ya está perdonada, abuelita —murmuró María Gloria, abrazando a la anciana—, pues usted ha hecho la felicidad de su hija.

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos viajes efectuó Colón a las Indias Occidentales? Envíe su respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los que envíen soluciones exactas se sortearán los siguientes premios: 10 estuches colegial, 10 choucheras, 10 billeteras, 10 libros de cuentos infantiles y 10 paquetes de Vitalmín.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 74.

La Prehistoria se divide en dos períodos.

Premiados con UN LIBRO: Sonia Arenas, Valparaíso; Arturo Mancilla, Valparaíso; Olivia Betancourt, San Fernando; Carmen Muñoz, San Antonio; Yolanda Inés Espinoza, Linares; Gerardo Sepúlveda, San Carlos; Nancy Cofré, Pailahueque; María Gabriela Yáñez, Santiago; Luis Castillo, Santiago; Sergio Querol, Santiago. UN PAQUETE VITALMIN: Adelina Italiani, Santiago; Pablo Rabí, Santiago; Haydée Moncada, Santiago; Josefina Vásquez, Santiago; María Luisa Pérez, Santiago; Arnoldo Medina, Loncoche; Juan Márquez, Temuco; Armando Rebolledo, Santiago; Lautaro Olea, Santiago; Sergio Moya, San Bernardo. CINCO FORROS CUADERNOS: Sara Rioja, Valparaíso; Carmen Barría, San Bernardo; Juan Larenas, Valparaíso; Miguel Fernando Parra, Santiago; Evelyn Klepetar, Viña del Mar; Edgardo Roberto Postigo, Santiago; Víctor Aqueveque, Santiago; Eva Kruska, Santiago; Carmen Leiva, Rengo; María Hormazábal, Llay-Llay. DOS LAPICES, UNA GOMA: Ana Correa, Viña del Mar; María Gutiérrez, Monte Aguila; Georgina Figueroa, Santiago; Víctor Kroger, Talcahuano; Manuel Reyes, Victoria; Héctor Paredes, Angol; Anselmo Delgado, Santiago; José Becerra, Santiago; Luis Brahim, Angol; Hernán Guzmán, La Calera. UNA LIBRETA APUNTES: Carlos Zott, Coronel; Ruperto Bustos, Máfil; Marina Arancibia, Santiago; Hugo Urrea, Chimbarongo; Julia Bravo, Santiago; Jorge Ríos, Santiago; Eliana Barrientos, Osorno; Nelly Figueroa, San Antonio; Luis Urrutia, Pailahueque; Nancy Alvarez, Temuco.

SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL, \$ 90.—

SEMESTRAL, \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.

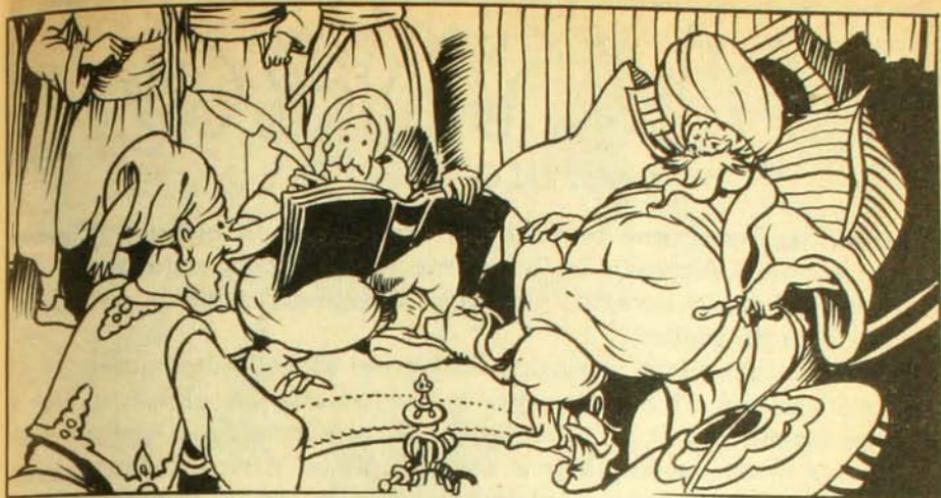


CAPITULO XII Y FINAL. SIMBAD ESCRIBE SUS AVENTURAS

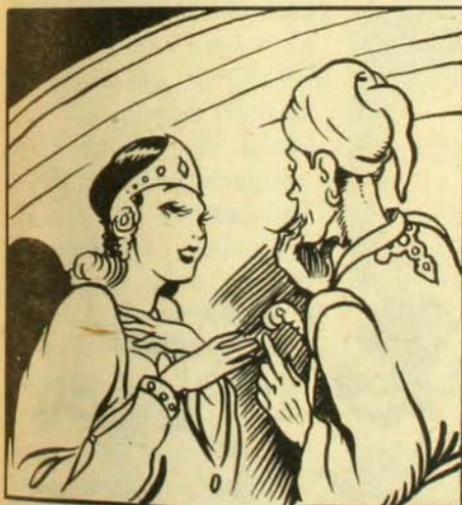
1. Los bandidos del desierto comenzaban a ponerse recelosos y juraban que si les engañaba me cortarían en trozos con sus cimitarras. “—Simbad, tú eres un gran mentiroso”, me dijo uno. “—¿Mentiroso? —respondí—. ¿Cómo quieren que vea el camino con esta lluvia de arena?” En efecto, se desencadenaba una tormenta en el desierto y yo aproveché el momento para separarme de ellos, en la obscuridad.



2. Caminando y caminando llegué a un claro oasis y allí estuve resguardándome de la tormenta hasta que pude llegar a la ribera del mar. Gracias al poderoso Alá logré subir a un barco que me llevó a las cercanías de Bagdad, justamente al lugar donde vivía mi esposa. Recordarán ustedes que yo me había casado con una linda joven en ese país donde los hombres, en cierta época, criaban alas.



3. El viejo suegro me recibió con grandes ternuras, y me dijo que aguardaba mi regreso para escribir la historia de los hombres alados. “—Esos hombres son demonios obligados por Alá a recobrar su forma humana. Era un secreto que mi padre no podía revelarte”, añadió mi esposa. “—¿Y él no vuela?” “—Mi padre es solamente un viajero como tú —dijo mi mujer—, que un día se extravió en esta tierra maldita.”



4. “—No frecuentes más a esos hombres —añadió mi esposa—, y huye para siempre de aquí, Simbad, porque Alá te castigaría, obligándote a ser un demonio más.” “—Partiré contigo, mi bella esposa”, dije yo. Y así fué que ambos partimos de la ciudad de los demonios alados y yo decidí poner término a mis aventuras de mar y tierra. Mi esposa tenía tantas riquezas como arenas trae el mar.

AKYRA

CAPITULO XV.

El tirano de Bufekrane había huído del islote en el cual le retenían prisionero Akyra y su ayudante Alí. Ambos, seguros ya de su victoria, habían decidido deponer al visir Laucine y obligarle a abandonar la ciudad.

Pero no contaban con la astucia del cruel Ben-Kasen, quien, después de asesinar al hombre que le custodiaba en el islote, llegó sorpresivamente a su palacio de Bufekrane y ordenó que capturaran a la doncella Akyra y a sus cómplices Amed y Suri.

Entretanto, Alí se había impuesto también de la fuga de Ben-Kasen. Abandonando la galera conquistada el día anterior, saltó a la tartana, cuyo andar era más rápido, y llegó al refugio subterráneo del capitán Omar.

—¡Capitán! —exclamó Alí al entrar en la caverna de Omar—, es preciso libertar a la doncella Akyra, que está en poder del tirano Ben-Kasen. Ese malvado ha dicho que la venderá como esclava a los bárbaros o que la descuartizará.



Ben-Kasen ordenó capturar a Akyra y a sus cómplices.



Alí contó las nuevas a Omar.

me todos. Lo único que tenemos que hacer es destrozarse algunas baldosas que han colocado en el patio interior del palacio.

Los amigos de Omar, sus marineros y Bauzza, atravesaron los largos túneles que unían el islote de los contrabandistas a la ciudad de Bufekrane. Allí comenzaron, con picotas y azadones, a remover las baldosas, hasta que abrieron una brecha.

Con el último golpe de picota, el capitán Omar salió al patio del palacio como un dios de la guerra blandiendo su invencible cimitarra. Se-

—Aunque aun no estoy bien de mi herida —respondió el intrépido Omar—, iré a defender a la doncella Akyra, que ha sido la más noble de las heroínas.

—No podemos atravesar la ciudad sin ser aprisionados —dijo Alí.

—No se inquieten por eso —indicó el árabe Bauzza—; yo conozco un túnel que llega hasta el palacio de Bufekrane. Sigan-



Los amigos de la doncella Akyra abrieron un túnel hasta su prisión.



Con el último golpe, el capitán Omar salió al patio, blandiendo su invencible cimitarra.

guían al valeroso capitán varios árabes que odiaban la tiranía de Ben-Kasen. Marchando así unidos y valientes, atravesaron en medio de la obscura noche el inmenso recinto y llegaron hasta las habitaciones inferiores del palacio.
—¿Dónde está Aky-



—Condujeron a la doncella a la sala de suplicios —contestó el soldado.

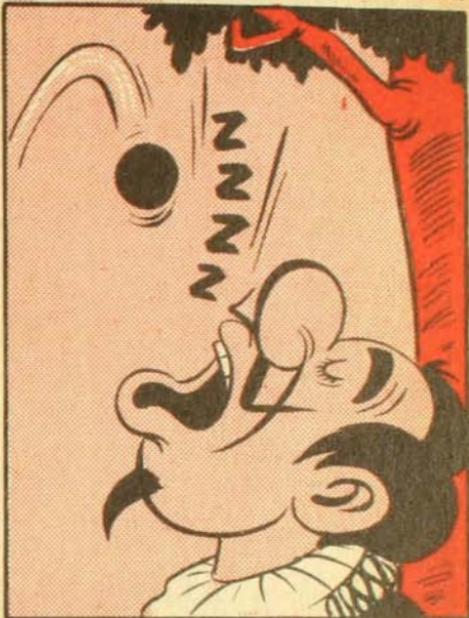
—¿a? —preguntó el capitán Omar a un soldado de la guardia.
—La han conducido a la sala de los suplicios —respondió el soldado—. Dicen que al amanecer comenzarán a torturarla a ella y a sus cómplices de sedición.
—¿Qué suplicio le prepararán?
—Han de cortarle los pies y las manos y en seguida la quemarán en una hoguera.
—¡Maldición! —gritó el capitán Omar.
Y sin preocuparse de la herida que aun sangraba, Omar corrió a la sala de las torturas.
¿Llegaría a tiempo?

(CONTINUARA)



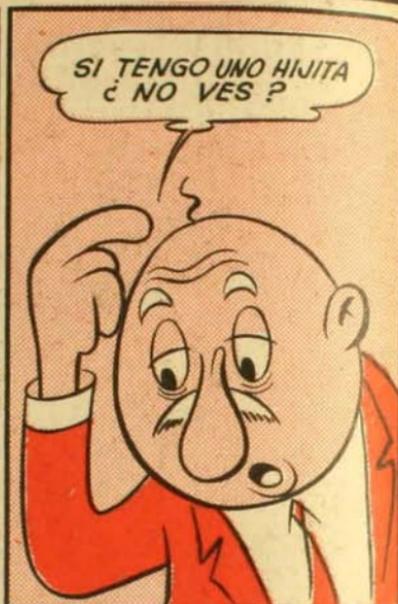
Por LUGOZE

¡LE PEGARÉ CON
TODAS MIS
FUERZAS!



¡SI NO ME
ENTREGAIS
LA PELOTA,
OS ACUSO AL
JEFE HUINO!





Simbad

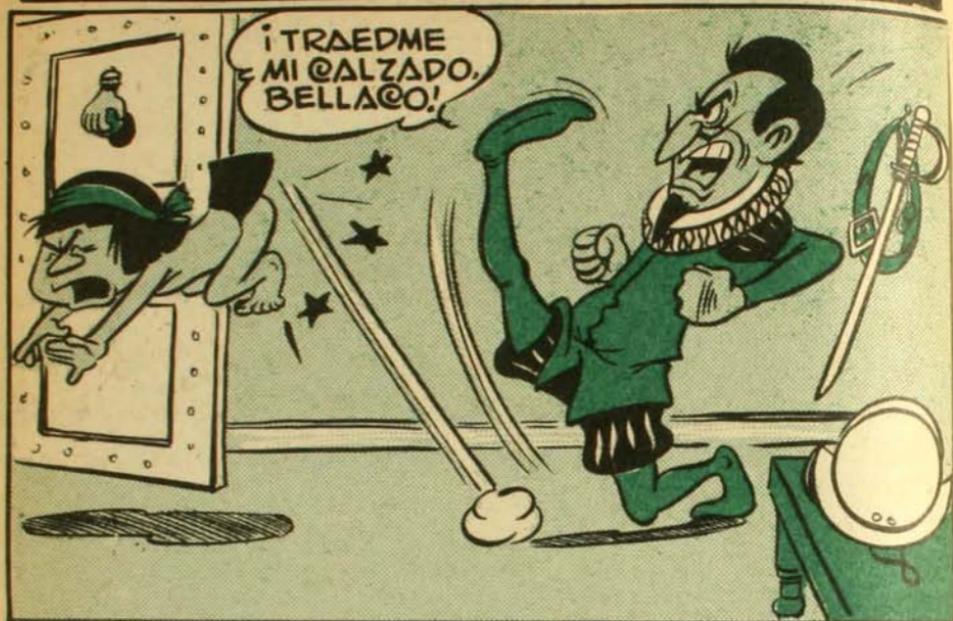
EL MOSQUETERO AZUL

N.º 78



\$ 2.-

LAUTARITO



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO II

N.º 78

Precio: \$ 2.—

28-II-1951

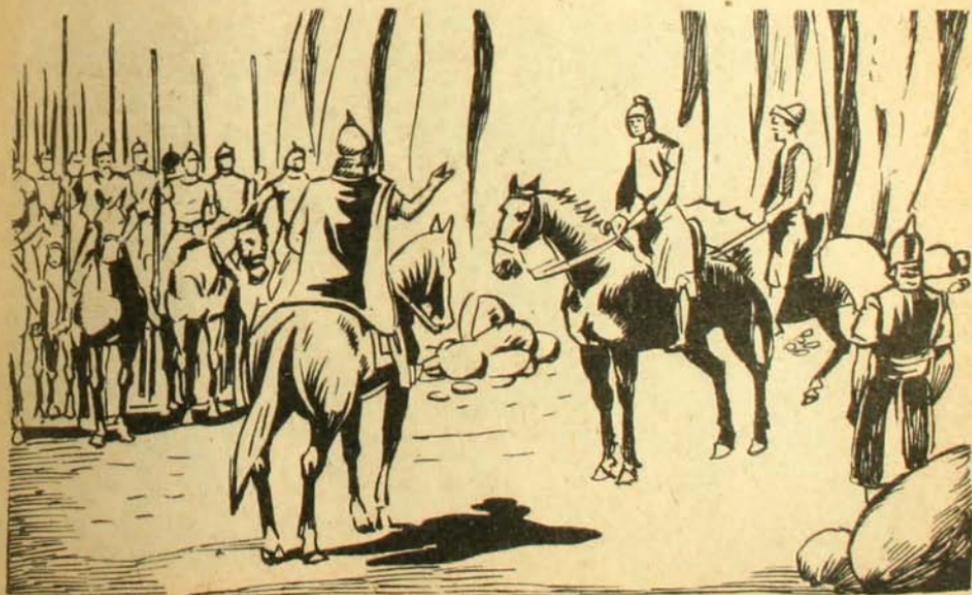
EL PEREGRINO de BUDA



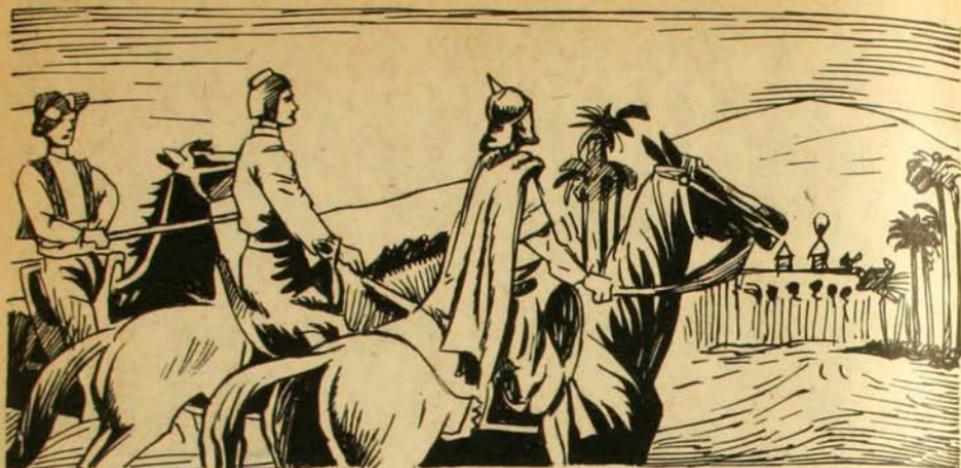
CAPITULO VII.—Hacia la tierra del Gran Khan.

El peregrino de Buda logró, casi por milagro, evadirse de la Torre del Silencio y llegar hasta el rey de Samarcanda, quien era su protector.

Poco después Yuansú decidió seguir viaje al país del Gran Khan.



Una barrera de soldados les estorbó el paso.

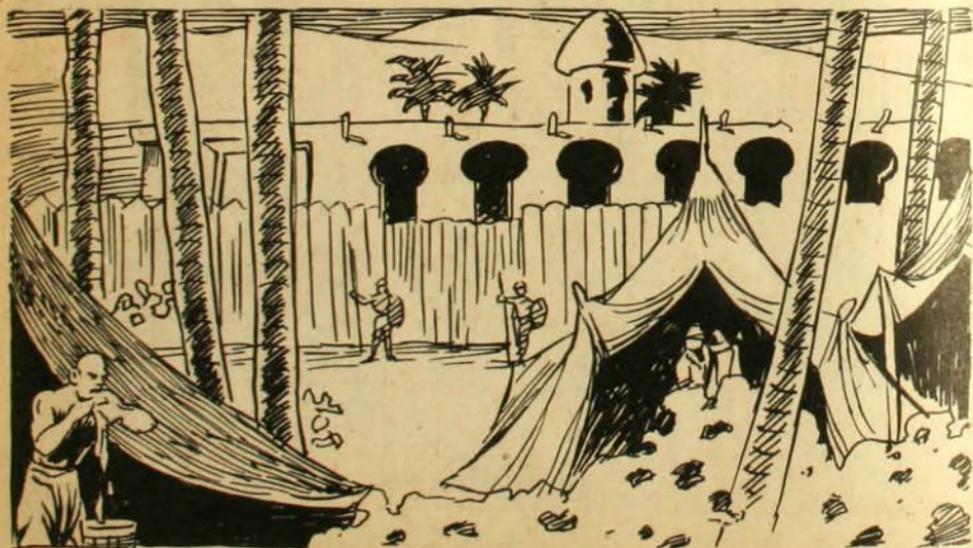


Yuansú caminaba junto a un oficial turco.

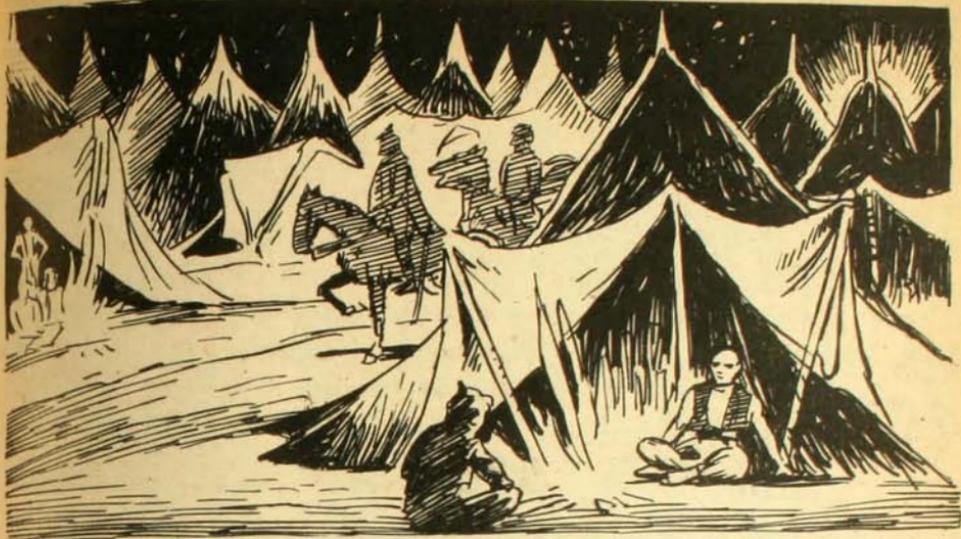
Antes de franquear el reino de los turcos musulmanes, el peregrino tuvo que atravesar una gran puerta de hierro.

—El Gran Khan te espera —díjole el oficial que custodiaba la puerta.

El sagaz criado del peregrino de Buda advirtió una sonrisa diabólica en el semblante del oficial, pero guardó sus presentimientos, mientras avanzaban por un fértil oasis.



Era un palacio morisco con alta empalizada.



Los soldados acampaban en tiendas.

De pronto divisaron una fila de guerreros turcos armados de lanzas y cimitarras.

—Es la escolta que te envía el Gran Khan —dijo el oficial que acompañaba a Yuansú.



El camino era iluminado con antorchas.

No ocurrió accidente alguno durante el viaje, y cuando apareció en el horizonte el magnífico castillo del Gran Khan, el criado Wei creyó que sus presentimientos eran exagerados. Sin embargo, al caer la tarde sintió una terrible angustia al atravesar un campamento donde acampaban millares de guerreros en torno a la empalizada del palacio imperial.

El palacio, construido enteramente de piedra blanca, era de un estilo morisco. En el interior estaba adornado con maravillosos tapices y pieles de tigres y leones. Una alta empalizada lo circundaba y fuera de ella se divisaban las tiendas de los guerreros. Allí acampaban las hordas de jinetes salvajes sometidos a la autoridad del Gran Khan. En cada tienda había una fogata, de manera que el campamento presentaba un aspecto feérico a todo viajero.

El peregrino de Buda y su escolta atravesaron por entre las tiendas de campaña, y así llegaron hasta el castillo imperial.

La escalinata del palacio, que poco antes parecía desierta, se llenó de antorchas, cuyos portadores rodearon a Yuansú y a su escolta. —¿Qué debemos hacer? —preguntó Yuansú al oficial que le había acompañado desde la Puerta de Hierro.



Los turcos arrestaron a la escolta de Yuansú.



Eres un monje impostor —dijo el Gran Khan.

—Sígueme —respondió brevemente el turco, desmontando de su caballo y sujetando las riendas al corcel de Yuansú.

Ambos penetraron al palacio imperial y atravesaron varios salones llenos de cortesanos y magistrados suntuosamente vestidos.

Apenas Yuansú entró en el palacio, los soldados turcos se arrojaron sobre la escolta del monje budista, la desarmaron y en seguida encerraron a esos pobres individuos en una fétida mazmorra. Yuansú se enfrentaba en ese momento con el Gran Khan.

—¡Monje impostor! —vociferó el soberano—, al fin te hemos capturado. En Samarcanda el rey te protegía, pero aquí yo te condeno... No queremos tus doctrinas budistas, tortuosas y engañosas. Con la luna nueva tu cabeza será aplastada por la pezuña del elefante sagrado.

(CONTINUARA)

**CUPON DEL
CONCURSO
SEMANTAL**

SIMBAD N.º 78

La cara se compone
de ... huesos.



EL MISTERIO DEL DESIERTO



CAPITULO V.— Polo y Lily se disfrazan de árabes.

—Estamos encerrados —declaró Polo, con espanto.

—Es muy extraño —murmuró Mesaud, con visible inquietud—, yo sé que esta piedra gira apoyando la mano en la hendidura del centro. Pero ahora no se mueve. Es preciso buscar otra salida.

—Así me parece —insinuó Bakri—. Nada obtenemos con lamentaciones. Tú, Mesaud, vas a buscar por ese lado de la caverna.

—Y yo por el otro —dijo Polo Lorin—. Mientras tanto Lily ahuyentará a los murciélagos con la manta.

Bakri, Polo y Mesaud comenzaron a golpear los muros de dura roca sin hallar salida.

De pronto Polo advirtió que Bakri había desaparecido.

—¡Bakri! ¡Bakri! —gritaban Polo y Mesaud.

Pero el negro no respondía.

—No me dejen sola —gemía Lily.

Polo cogió de la mano a su hermanita y continuó internándose en la caverna hasta llegar a un hueco tan angosto que no pudo avanzar.

“¿Dónde se ha ido Bakri? —pensaba el muchacho—. Ha desaparecido como por arte de magia.”

A cada instante la situación se hacía más crítica. Ratones y murciélagos les atacaban ferozmente y la atmósfera era sofocante.

RESUMEN: Lily y Polo Lorin se dirigen a Marruecos para reunirse con sus padres, que son colonos en Sidi-el-Guir. Les acompañan el fiel Bakri y una joven húngara, Dora Demidoff, hija adoptiva del doctor Lorin. Polo habla con una bailarina mora, quien odia a Dora. El hijo del doctor Lorin interviene en una querrela entre Dora y la bailarina Aicha. Esta comunica a Polo que Dora es una bestia venenosa y que se guarde de ella. Llegan a Marrakek y nadie espera a los viajeros. Tampoco les aguardaban en Sidi-el-Guir. El árabe Bagded, mayordomo de Lorin, comunica a Polo que sus padres partieron disfrazados de moros al Lago Sagrado. El muchacho descubre que Bagded miente y oye en el disco de la radio un grito de auxilio. Polo sale en busca de Bagded y advierte que él y Dora han huido. Bakri, Polo y Lily abandonan también la casa de sus padres y se refugian en una caverna que les proporciona el pastor Mesaud.

—Moriremos asfixiados —dijo Polo al oído de Mesaud.

—No, *sidi* —replicó el pastor—. Ya ve usted cómo viven esos bichos. Tenga confianza. Alá nos protegerá.

Momentos después escucharon un ladrido lejano.

Los tres niños pusieron atento oído y oyeron más de cerca los ladridos de Cruton. En seguida resonó la voz del negro Bakri.

—Aquí, niños, aquí. . .

Inmediatamente cayeron algunos fragmentos de roca y por un orificio se dejó caer Cruton. Tras del perrito apareció el negro todo magullado.

—¿De dónde vienes? —preguntó Polo—. ¿Por qué desapareciste? El negro reía al ver la sorpresa de sus amos.

—En mi niñez fui hombre-serpiente en una compañía de maro-
meros —explicó Bakri—, y recordando esos ejercicios me intro-



Mesaud, Polo y Lily quedaron estupefactos al ver a Cruton.

guje por el estrecho agujero donde ustedes se detuvieron. En seguida di la vuelta por la montaña, hasta que encontré la salida de los marabúes.

—Pobre Bakri —musitó Lily, acariciando el rostro magullado del negro—. Tienes las manos y la frente llenas de sangre.

—No importa —respondió Bakri—. Ahora vamos a salir de la caverna y nos ocultaremos en la copa de un ceibo gigantesco mientras el *sidi* decide lo que haremos.

Lily recobró su infantil alegría y comenzó a jugar con Cruton. Una vez instalados a la sombra del ceibo el pastor Mesaud dijo a Polo:

—Antes que todo es preciso que usted, *sidi*, y su hermana se disfracen de árabes. Ya es de noche e iremos acercándonos al *duar* de Djelba. Allí tengo amigos y podré conseguir un burnú y una túnica para el *sidi* y una *djelba* y un *haik* para la niña.

Inútil parece decir que los hijos del doctor Lorin hablaban perfectamente el árabe, pues desde su infancia vivían en Sidi-El-Guir.

—Faltan sólo cinco días para las fiestas del Lago Sagrado —decía Polo a Mesaud—, y si antes de esa fecha no salvamos a nuestros padres, perderemos toda esperanza.

La famosa fiesta del Lago Sagrado llevaba a esa comarca, perdida entre los más altos picachos de las montañas, a una multitud de mahometanos. Los desfiladeros del Lago Sagrado daban libre paso a los peregrinos; pero, terminadas las ceremonias religiosas, se cerraban como las puertas del Paraíso para Adán y Eva. Los fugitivos se pusieron en marcha, evitando los caminos públicos y buscando siempre la sombra de las quebradas o de los pastizales.

—Si el *sidi* Polo quiere escuchar a este negro —dijo de pronto Bakri—, yo le daría el consejo de consultar a Zauya.

—¿Quién es Zauya?

—Zauya es muy sabia. . . Ella lee todos los secretos en la arena del desierto.

—¿Tú conoces a Zauya, la hechicera de Ben-Mera? —preguntó Mesaud a Bakri.

—Es mi nodriza —declaró el negro, con orgullo.

—Si Zauya nos ayuda, podremos llegar con facilidad al Lago Sagrado —expresó el pastor.

—No creo en las hechiceras —insinuó Polo—. Son generalmente embusteras y abusan de la ignorancia de la gente.



Polo se transformó en un jóven árabe, y Lily en un linda mora.

—Zauya sabe donde está el sidi Lorin y la Lalla —dijo Bakri—. Mi madrina lo sabe todo.

Mesaud se aproximó a Polo y en voz baja le dijo:

—No ofendas a Bakri, *sidi*. Yo no puedo afirmar que Zauya lo sabe todo, pero es muy sabia, y como recorre día y noche los *duares*, sabe todo lo que ocurre. Ella nos dará buenos indicios.

—Bien, Bakri —expresó Polo—, iremos a visitar a tu nodriza Zauya. ¿Dónde vive?

—En el *duar* de Ain-Kebir. Podremos llegar allí mañana temprano.

Al aproximarse a Djelba, Mesaud se adelantó, a fin de comprar la indumentaria árabe que necesitaban Polo y Lily para figurar como indígenas.

El pastorcito regresó con un saco de ropa y algunos víveres. Polo se transformó en un joven árabe, y cualquiera hubiera asegurado que lo era efectivamente. Más difícil fué disfrazar a Lily, niña rubia y de ojos claros.

Mesaud decidió que la niña envolviera sus cabellos en un pañuelo de colores y cubriera su rostro con un velo.

—Ahora —declaró Mesaud— vamos a dirigirnos a casa de mi amigo Galufa, quien ya me ofreció hospitalidad, y mañana seguiremos a Ain-Kebir a visitar a la hechicera Zauya. Lo esencial es que la niña no se descubra el rostro, porque, aunque hospitalarios, los galufa son enemigos de los *rumies*.

Minutos después dos muchachos árabes y una pequeña mora, seguidos de un negro, entraban a la choza de Galufa.

—El *salam* para ti, Galufa —dijo Mesaud al entrar—. Traigo a los amigos de que te hablé.

—Sean bien venidos a mi modesta vivienda —expresó Galufa. La choza era sucia y miserable. Una mujer vieja y gorda preparaba la comida.

—Puedes quedarte con tus amigos —decidió Galufa—, pero todos deben partir apenas despunte el día. Ocupen ese cuarto y que duerman bien.

Los fugitivos se tendieron sobre las sucias esteras, pero el cansancio les provocó un sueño pesado y reparador.

Al alba los huéspedes de Galufa despertaron muy descansados. Sólo Lily había llorado toda la noche, pesando en sus padres y llena de miedo y repugnancia en esa miserable pocilga.

La mujer de Galufa ofreció a los viajeros una taza de leche de cabra y pan negro.

—Los *aiussas* se han apoderado ya de Tabala —comunicaba la locuaz mujer—, y todos los *rumies* han huído. Dicen que este año la fiesta del Lago Sagrado será maravillosa.

—¿Sabe usted dónde encierran a los prisioneros los *aiussas*? —preguntó Polo a la mujer de Galufa.

—¿Prisioneros *rumies*? —dijo la vieja obesa—. ¿Para qué les van a conservar la vida a esos perros cristianos? ¿Crees que les sobran los víveres para mantenerles? ¡Ah! Si yo pillara a un *rumi*. . . Le despedazaría miembro por miembro y se lo daría a los puercos. . . Eso es lo que merecen.

Al oír estas palabras, Lily se estremeció y cogió del brazo a Polo como para pedirle que huyeran pronto de esa peligrosa mujer.



La vieja mora quiso levantar el velo de Lily.

La vieja mora añadió, riendo:

—Tú, mi linda niña, nada tienes que temer, porque eres de nuestra raza y sabes ser modesta y cubrir tu rostro como lo manda el profeta Mahoma. Antes de que partas quiero ver tu carita bonita. Vamos, puedes mostrarla a una mujer. Eso no lo prohíbe nuestra religión.

Y la vieja quiso levantar el *haik* de Lily.

—¿Qué te pasa, chiquilina? —protestó la mujer de Galufa—. Eres muy huraña.

La mujer, enardecida, trató de coger por la fuerza a Lily.

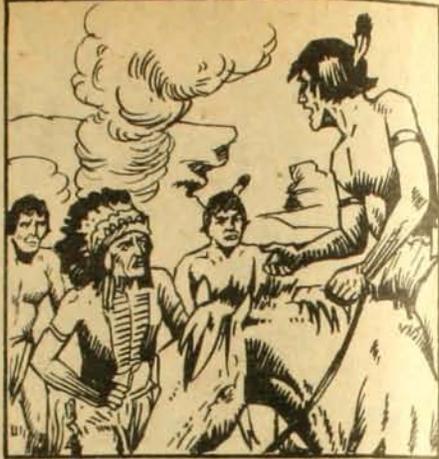
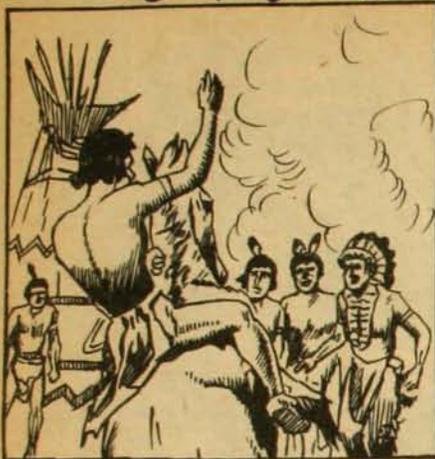
Polo intervino:

—Es muy tímida mi hermanita y después de todas las emociones que ha sufrido desde que nos robaron cuanto poseíamos, está algo trastornada. Es medio loca, la pobrecita. Déjela en paz.

Mesaud se apresuró a salir de la casa de Galufa, agradeciéndole su hospitalidad, y terminando así la peligrosa escena que había suscitado la curiosa mora.

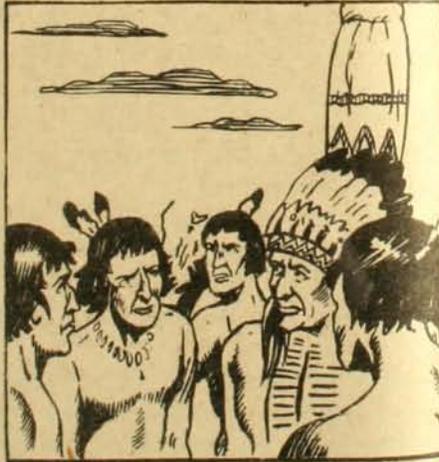
(CONTINUARA)

LA FLECHA



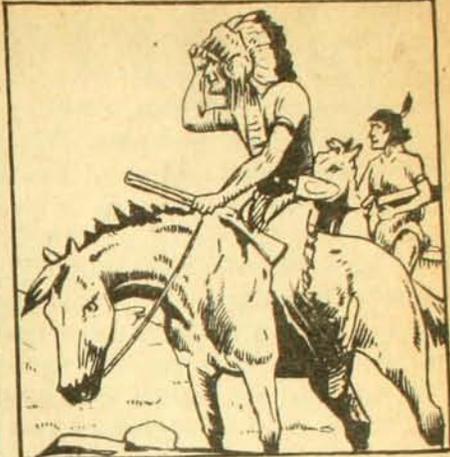
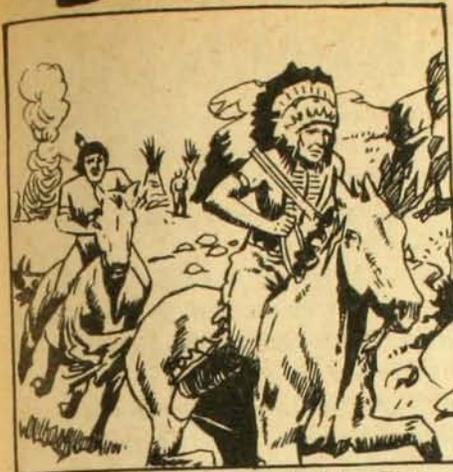
CAPITULO X.— Chiguán oculta la flecha del sol.

1. Teddy Bill había hospedado a la joven soberana de los indios, la doncella Alika, a quien perseguía Chiguán y defendía el indio Tacomac. Chiguán envió un espía al rancho de Teddy y éste divisó a la princesa Alika. En el acto corrió a dar parte a Chiguán. —Tacomac se ha aliado con los blancos —murmuró furioso Chiguán. —Guarda el secreto— ordenó en seguida al espía.

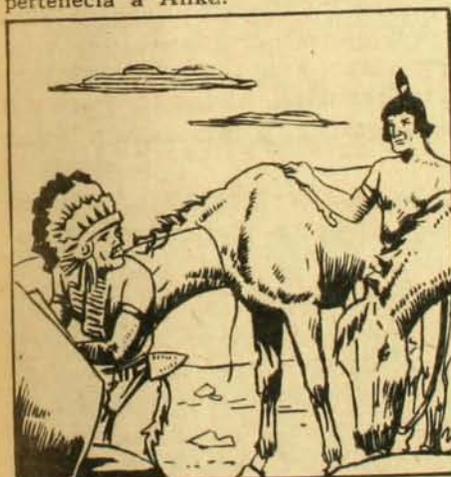


2. Chiguán sabía que si la tribu se imponía de la noticia, abandonaría sus filas, pues todos adoraban a la princesa Alika, legítima soberana de la tribu Chipete. Chiguán reunió a sus cinco cabecillas y les dijo: —Solo nosotros cinco conocemos este secreto. Yo voy a partir con "Cuerno de Bisonte", para esconder la flecha del sol, signo del poder y del mando supremo.

DEL SOL



3. Chiguán y "Cuerno de Bisonte" se alejaron a través de la pradera. Pronto llegaron al pie de una montaña y se introdujeron por un estrecho desfiladero. —Aquí están las cavernas, "Cuerno de Bisonte" —dijo Chiguán—. Nadie nos espía. Vamo; a bajar cautelosamente. Chiguán llevaba en su mano el pequeño cofre en el cual se guardaba la preciosa flecha de oro que pertenecía a Alika.



4. El astuto Chiguán no permitió que "Cuerno de Bisonte" conociera el sitio donde iba a guardar el tesoro y entonces dijo: —Cuida tú de los caballos, hermano—. En seguida el indio se descolgó por el acantilado de la montaña, siempre llevando el cofre apretado a su brazo. Por fin aterrizó en una plataforma. Este sitio era conocido por Chiguán y le servía también para sus contrabandos.

(CONTINUJARA)



LA COMADREJA DESOBEDIENTE



En este cuento vamos a hablar de una comadreja muy chiquita. Esta comadreja era tan mala y desobediente, que su mamita tenía que reprenderla sin descanso. Cuando la llamaba para ir al colegio lloraba mucho, y, a fuerza de rabieta y llantos, lograba quedarse en la cama y hacer la cimarra.

Por más que su mamá le decía que todos se burlarían de ella cuando fuera grande, porque no sabría nada, y que a los chicos malos y desaplicados les crecen las orejas como a los burros, ella seguía haciendo su gusto, y no iba nunca a la escuela. Por las tardes, no bien terminaba de almorzar, se escapaba hasta un arroyito cercano y se entretenía en tirar piedras a los pájaros y en cazar mariposas. Y, como era tan mala, los demás bichos le tenían mucho miedo. Los conejitos, en cuanto la veían, corrían a refugiarse en sus madrigueras para evitar que les tirara de las orejas; los pájaros escondían sus nidos en las ramas más altas para que no lastimara a sus pichoncitos, y las ranitas, que vivían junto al arroyo, no salían de sus cuevas. Ninguno quería ser amigo de ella. Una tarde, estando nuestra comadreja entretenida en tirarle a un monito de la cola, un oso grandote, que era el vigilante del pueblo, como sabía que era tan mala, quiso darle un susto, para ver si se corregía. Se acercó despacito, despacito, y, de repente, ¡zas!, la sujetó por la cola y le habló así:

—¿No sabes que a los chicos malos que no quieren ir a la escuela y que hacen daño a los otros chicos los encerramos en un calabozo muy obscuro?

—Pero yo no soy mala, señor vigilante —le dijo al oso la comadreja, muerta de miedo—. Quería tirarle de la cola al monito para que jugara conmigo.

El vigilante se dió cuenta en seguida de que la comadreja no decía la verdad, porque a los animales, como a los chicos que dicen mentiras, se les pone muy coloradas las orejas. Y las de ella se habían puesto que parecían de fuego.

—No sólo eres mala y desobediente —dijo el vigilante—, sino que hasta eres mentirosa.

Y la llevó al calabozo.

Pero el vigilante era bueno y amigo de los chicos, como todos los

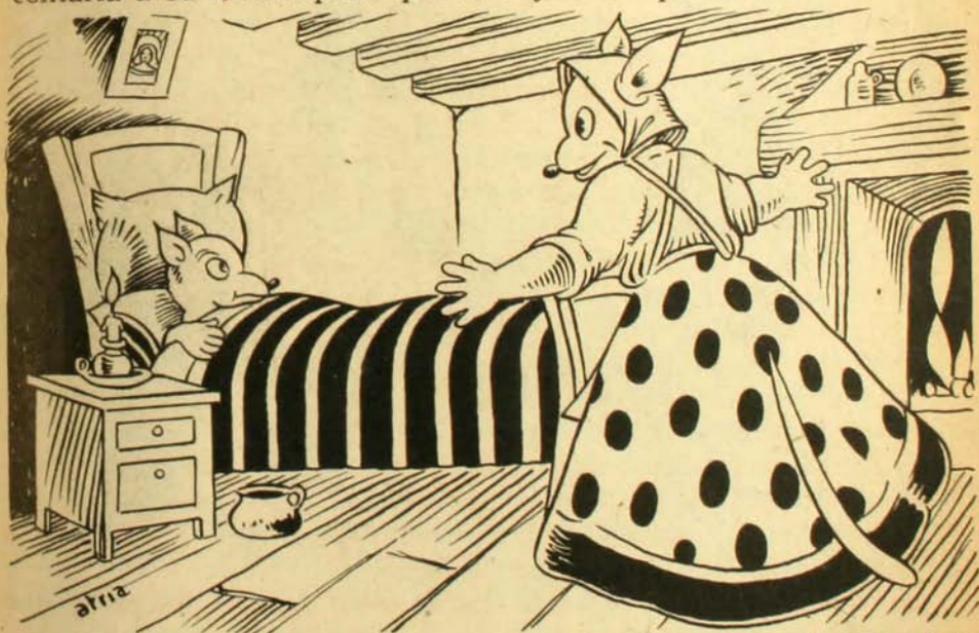
vigilantes, y la metió en el calabozo solamente para asustarla y dejarla allí un ratito, aunque le decía que no la sacaría más. La comadreja lloraba a mares.

—¿Me prometes ser buena? —le preguntaba el oso desde afuera.

—Sí, señor vigilante —decía la comadreja, haciendo pucheritos.

—Bueno, voy a ponerte en libertad —y así lo hizo—, pero si vuelvo a pescarte haciendo algún daño a los otros chicos, te dejaré encerrada por mucho tiempo. Y si no vas a la escuela, también te encerraré en el calabozo obscuro, porque los chicos malos que no van al colegio no quieren a sus padres y merecen un castigo.

La comadreja le prometió nuevamente que sería buena y que no haría más la cimarra; pero, como era mala y embustera (apenas haría dos horas que saliera del calabozo), cuando vió a una pata que llevaba a pasear a sus patitos, corrió a esconderse entre unas matas al borde del camino por donde debían pasar. En cuanto llegaron, salió de pronto y los patitos, asustados, echaron a correr por entre unos cardos, y se lastimaron todos con sus espinas. La mamita de los patitos se asustó igualmente; pero, viendo que se trataba de la comadreja chiquita, la reprendió y le dijo que se lo contaría a su mamá para que la dejara sin postre.



...ella seguía haciendo su gusto, y no iba nunca a la escuela.

—¡Está arreglada! —le respondió con descaro la comadreja—. Aunque quisiera dejarme sin postre no podrá, porque no pienso volver más a casa.

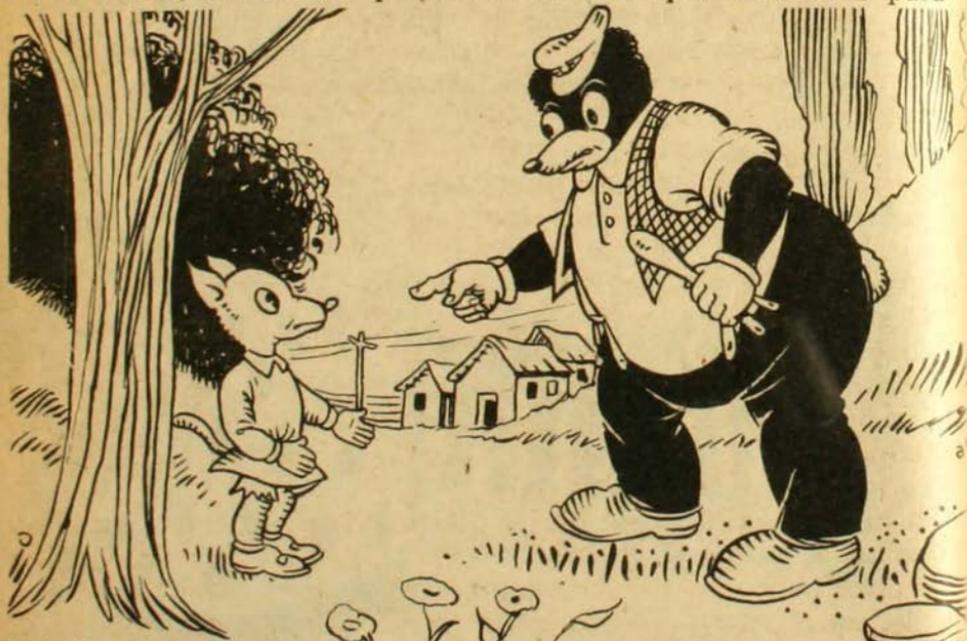
—Pues, si no regresas, tu mamá se enfermará del disgusto, porque pensará que te pasó algo malo.

—¿Y a mí qué me importa? —dijo la comadreja, demostrando una vez más lo mala que era. En seguida echó a correr y se perdió entre las plantas.

Pasó mucho tiempo sin que se tuvieran noticias de ella. Como nadie sabía por qué lugares andaría haciendo de las suyas y no daba señales de vida, los otros animalitos jugaban muy tranquilos por el bosque.

Por la tarde, cuando el sol ya estaba casi escondido en el horizonte, los conejitos se divertían jugando a la rueda, sin temer nada. Esos conejitos no faltaban nunca a la escuela y su mamá les daba permiso para que jugaran después de estudiar. También las ranitas, que iban a la escuela todas las mañanas, luego de hacer los deberes se iban a oír los cuentos que les contaba un pajarito que sabía mucho.

Una mañana, cuando iba para la feria a comprar las cosas para



El vigilante se dió cuenta en seguida de que la comadreja no decía la verdad...



—¿Y a mí qué me importa? —dijo la comadreja, demostrando una vez más lo mala que era.

la comida, la mamá de la comadreja se encontró con un perro de policía. La pobre señora, que todavía estaba afligidísima por la desaparición de su hija, lo detuvo:

—Buen día, señor agente.

—Buen día, señora. ¿Por qué está tan afligida?

—¡Pobre de mí! —exclamó—. Hace varios meses que mi hija se escapó de casa y no sabemos nada de ella. ¿Usted, por casualidad, sabe algo?

—No sé nada, señora; pero no creo que deba apenarse tanto por su hija; ha de volver, no lo dude.

El perro sí sabía algo, porque un canguro viejo le había dicho que un lobo, cansado de las bromas y travesuras que le hacía la comadreja chica, la había matado, pero no quiso decírselo a la pobre madre por no afligirla más.

Y así fué pasando el tiempo y la comadreja no regresaba. Su mamá se había ido para otro pueblo, porque siempre que veía jugar a los otros animalitos se acordaba de su hija y empezaba a llorar. Un día un zorrino que venía de un pueblo cercano, trajo la gran noticia: la comadrejita vivía.

—¿Y podría usted decirnos, señor Zorrino, si piensa regresar? —

le preguntó una gallina que tenía unos pollitos amarillos muy lindos y que temía por ellos.

—No podría decirselo, señora Gallina —respondió el zorrino—; sólo sé que no es cierto que la mató un lobo, pues, por el contrario, es amiga de todos los lobos, y todas las noches sale con ellos a robar.

—¿A robar? —preguntó, sorprendida, una coneja.

—¡Sí, sí; a robar!

—¿Será posible eso? —dijeron a la vez, en extremo asombradas, una gatita blanca, una chanchita y una tortuga—. ¿Y por qué?

—Porque, como cuando era chiquita no quiso ir al colegio, ahora, que ya es grande no sabe nada para ganarse la vida trabajando honradamente. Es el fin a que llegan los chicos desobedientes, desaplicados y malos.

Desde ese día los animalitos dejaron de jugar afuera de sus casas y los pajaritos volvieron a colocar sus nidos en las ramas más altas de los árboles, y las ranitas no escucharon más cuentos del pajarito. Sin embargo, pasó todavía mucho tiempo sin que la comadreja mala diera señales de vida. Corrió la voz de que estaba muy cerca, pero que tenía miedo de que el oso vigilante la metiera en el calabozo oscuro.

Una noche, cuando todos los habitantes del bosque dormían tranquilamente, la comadreja mala salió de su madriguera. Esta madriguera estaba muy cerca del bosque, y la había ocultado con hojas secas para que no la descubrieran. Sin hacer ruido el dañino animal se encaminó a la casa de un lobo amigo de ella. Una vez que llegó golpeó fuertemente con la cola.

—¿Quién llama? —respondió una voz ronca.

—¡Soy yo, amigo Lobo, la comadreja! ¡Abra rápido, que tengo mucho que hablar con usted!

Abrió el lobo y entró la comadreja. Sentáronse cómodamente, y ésta habló así:

—Vengo a molestarlo, amigo Lobo, porque tengo pensado llegarle hasta el bosque a robar algo; pero, como todos me conocen, creí conveniente disfrazarme. ¿No tiene algún traje que me quede bien?

—Creo que sí —respondió el lobo, mientras buscaba en un baúl muy grande—. ¿Qué le parece este disfraz de médico? —le dijo, mostrándole uno—. Estoy seguro que le caerá muy bien.

Se lo puso la comadreja y le quedó como si fuera hecho de me-



—¿Y podría usted decirnos, señor Zorrino, si piensa regresar?

dida. Después de agradecer al lobo el servicio, salió corriendo para el bosque. Pensaba ir primero a lo de la gallina, porque tenía mucha hambre y deseaba comer unos pollos tiernecitos; después, si le quedaba tiempo, haría una visita al conejo.

No bien llegó al gallinero empezó a golpear con la cola: ¡Toc-toc-toc!

Como nadie respondía, volvió a llamar, y entonces asomóse la gallina por la ventana.

—¿Qué desea, señor doctor? —le preguntó, creyendo que era un médico.

—¿No me han llamado para ver a un enfermo?

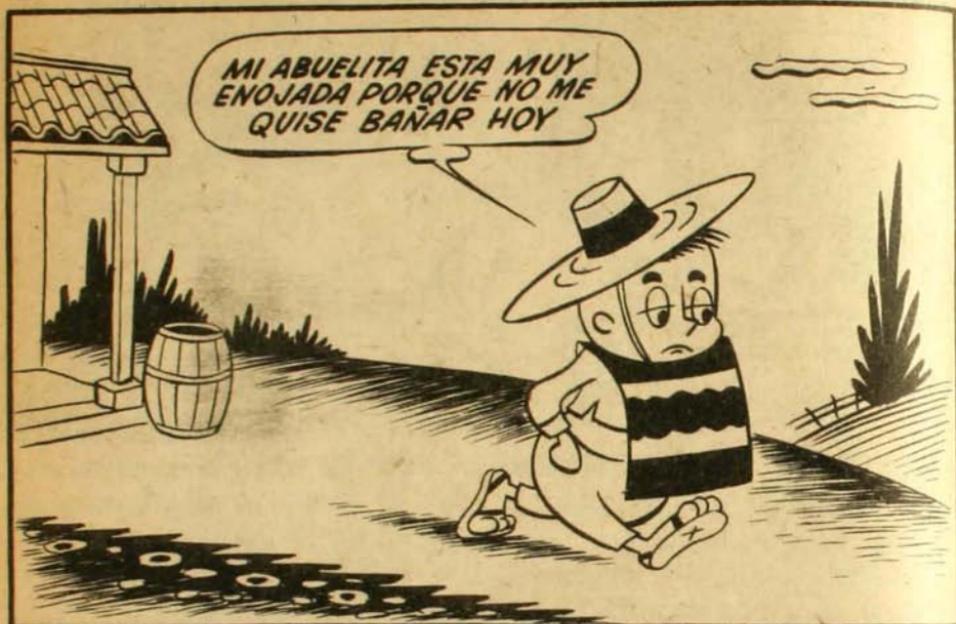
Al oír su voz, la gallina reconoció en seguida a la farsante y, al tiempo que cerraba la ventana de golpe, le dijo burlonamente:

—Estamos todos muy bien, señora ladrona, y tenga por seguro de que si no vuelve más por el bosque estaremos mucho mejor.

La comadreja, al ver que la conocían, aunque se disfrazara, se fué para siempre del pueblo en que había nacido, arrepentida por no haber hecho caso de su mamita. Y la gallina, con su proceder, nos demuestra que *las personas sensatas descubren las artimañas de los malvados, aunque éstos finjan ser buenos.*

La comadreja, por su parte, nos advierte del *peligro a que nos exponen la desobediencia, la haraganería y la ignorancia.*

Ponchito



¡ME ESCONDERÉ EN
ESE BARRIL!



¡PLAF!



¡BANDIDO! ¡YO TE ORDENÉ QUE TE
BAÑARAS, PERO SIN ROPA!



La fierrecilla

CAPITULO I.—La orgullosa Julia.

Un suntuoso automóvil se detenía frente al Carlton. Descendía de él una niña de doce años, bonita y elegante. La manera de alzar su cabeza denotaban orgullo y pretensión.

Aguardó que su compañera bajara para golpear la puerta del auto y decir con autoritario acento:

—Mañana el coche a las diez en punto, Francisco.

El chófer saludó respetuosamente mientras Julia subía las gradas del hotel con su raqueta de tenis.

—¿En qué piensas, Sonia? —preguntó Julia a su compañera, al advertir que la niña examinaba con admiración el espléndido carruaje que se alejaba.

—Pienso que tú eres muy dichosa —dijo Sonia—. Andas siempre vestida como una princesa, vas a todas las playas de moda, tienes un séquito de empleados y un magnífico auto...

—Tres —rectificó Julia—. Tenemos tres autos y dos chóferes. Uno para mi tía y otro para mí. El tercer automóvil sirve en caso de una panne.

—Y tú viajas todo el tiempo de palacio en palacio —prosiguió Sonia—. No concurre al colegio...

—Pero tengo una institutriz; tú sabes... Y eso no es muy agradable.

—No creo que te abrume de trabajo —sonrió Sonia—. Te veo paseando todo el día.

—Ni yo se lo permitiría —protestó la orgullosa Julia—. Mi tía no quiere que me abrumen con estudios. Dice que la educación debe hacerse sin esfuerzos y aprender lo más indispensable para la vida. Yo hablo tres idiomas, he seguido cursos de baile, patinaje, cultura física, *bridge* y canasta.

—¿A tu edad eres aficionada al juego?

—No mucho, pero es *chic* saber jugar, y cuando mi tía necesita formar un cuarto me ocupa a mí. Fíjate, Sonia, que ayer jugamos con un embajador y un ministro.

—Gran suerte para ti es tener una tía tan rica y tan generosa —expresó la compañera de tenis—. En verdad, tú quedaste huérfana y tu tía trata de compensar. . .

—¡No soy huérfana! —exclamó Julia—. Mi padre vive y tengo una hermana mayor.

—¿Y cómo vives siempre con tu tía?

Julia se sonrojó, y después de comprobar que nadie las escuchaba, agregó:

—Mi tía no tenía hijos y adoraba a los niños. Entonces, como mi papá estaba siempre muy ocupado, consintió en prestarme a la hermana de su esposa, es decir, a mi tía.

—¿Prestar una hija? —murmuró Sonia—. Mi papá nunca consentiría en prestarme a nadie. Me quiere demasiado para separarse de mí.

—Eres una estúpida —replicó la **FIERECILLA**—. Mi padre también me quiere, y es por eso que sacrificó su deseo de tenerme siempre a su lado, para asegurar mi porvenir, como dice mi tía. Yo seré su única heredera. ¿Comprendes?

Decididamente la simpática Sonia no comprendía tales ambiciones.

—Aunque repitas que soy una estúpida —afirmó Sonia—, me gustaría más no heredar tantos millones y vivir con mi papá.



Julia sólo hablaba de sus grandezas con Sonia.

¿En qué trabaja tu padre?

—Es médico... Un gran sabio... Ha hecho muchos descubrimientos científicos y tiene fama en todo el mundo...

—Tú deberías estar muy orgullosa de tu padre entonces —reflexionó Sonia.

—Sí, sí —musitó Julia, deseosa de cambiar de tema.

—¿Le visitas con frecuencia?

—Cada vez que pasamos en nuestras excursiones a la provincia donde vive —dijo Julia con desgano—. Creo que en dos meses más iremos a visitarle. Hace cinco años que no veo ni a mi padre ni a mi hermana mayor. Tú comprendes, Sonia, a mi tía le gusta viajar por el mundo civilizado... Europa, Norteamérica, Egipto y tantos otros países interesantes...

La arrogancia de Julia impresionaba a la sencilla Sonia, escogida por la niña millonaria para jugar tenis todas las mañanas en un club deportivo.

—Has de tener muy buenos recuerdos de esos maravillosos viajes —insinuó Sonia—. Algún día me contarás tus aventuras...

—Por cierto, querida —respondió Julia, con aire de superioridad—. Hasta mañana, Sonia, a las diez... Yo pasaré a buscarte en el auto para ir al tenis.

Con su paso, a la vez altivo y decidido, Julia entró al *hall* del hotel-palacio.

Se dirigía ya a su departamento cuando un *botones* se acercó precipitadamente hacia ella.

—Señorita, suba pronto... Su institutriz la necesita.

—¿Qué ocurre? —preguntó Julia, sorprendida por la actitud emocionada del muchacho.

—Una desgracia, señorita Julia —explicó el *botones*—. Una terrible desgracia. Aquí está el ascensor. Suba, prontito.

Julia no podía contenerse dentro del ascensor y regañaba al ascensorista porque no la llevaba directamente a su piso.

Una angustia espantosa la invadía. Casi sin aguardar que el ascensor se detuviera, la impulsiva niña se lanzó corriendo hacia su departamento.

Una mujer de aspecto grave y severo salió a recibirla.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Julia a su institutriz—. Una desgracia...

—Temo que sea una desgracia fatal —dijo la dama—. Hubiera deseado comunicárselo con menos brutalidad...



—Señorita —dijo el botones del hotel—, ha ocurrido una terrible desgracia.

Julia tenía un corazón ardiente y afectuoso.

Quería con toda el alma a su tía Corina, mujer algo fantástica, original e independiente, siempre ávida de novedades y diversiones. Viuda a los cuarenta años de un financista inmensamente rico, deploró siempre no tener hijos.

Nunca pensó en volver a casarse, y cuando su hermana murió dejando dos hijas pequeñas, pidió a su cuñado que le confiara a la menor. La hija mayor, de diez años de edad, podía quedar al lado del médico, que vivía preocupado de sus investigaciones científicas. No así la chica de cinco años, que era lindísima y además la preferida de Corina Artel.

Desde entonces Julia pasó a ser la hija adoptiva de la millonaria y su presunta heredera.

El médico había aceptado la separación conociendo el buen corazón de su cuñada y pensando en el porvenir de Julia.

—¿Qué pasa? —preguntó Julia—. Hable usted.

—Acaban de telefonar que su tía tuvo un accidente automovilístico. Que está muy grave y la trasladaron a una clínica. Como no podían traerla hasta aquí, decidieron los médicos que convenía dejarla en Bellavista... Julia murmuraba profundamente conmovida:

—Mi pobre tía... Un accidente... Ella que tanto temía morir de repente.

Bajo su aspecto arrogante y presuntuoso, debido acaso a su extraña educación, Ju-



Corina Artel fué conducida a una clínica después del accidente.

La chica fué mimada en exceso por Corina. No había capricho que no se le satisficiera en el acto. Julia se convirtió en una niña autoritaria e independiente. Nunca un castigo, rara vez una reconvención.

¿Qué más podía desear una chica de doce años, sobre todo si además recibía caricias y mimos como una hija predilecta?

—Dios quiera que no sea grave —balbuceó Julia entre lágrimas y sollozos—. Yo quiero ir a verla. . . Ordene que llamen a Francisco y que traiga el automóvil, señorita Juana. Dígame la verdad, ¿mi tía vive aún? Hable. . . Usted permanece ahí como un estafermo. . . Hable, le digo. . .

La fisonomía de la señorita Juana tenía una expresión severa que nunca le conoció Julia.

—Ya lo sabremos —dijo por fin la institutriz—. Entre a su dormitorio, niña. Allá le servirán la comida.

—Yo no quiero comer —protestó Julia—. Yo quiero ir a Bellavista inmediatamente. Quiero ver a mi tía Corina.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos de cuántos huesos se compone la cara? Envíe su respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón.

Entre los que envíen soluciones exactas se sortearán los siguientes premios: 10 peinetas de bolsillo, 10 panes de jabones, 10 carpetas de esquelas, 10 paletas de acuarelas y 10 paquetes de Vitalmín Vitaminado.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 74. — Las Bellas Artes son 5.

Premiados con UNA REGLA COLEGIAL: Sonia Barrios, Santiago; Jaime Oyarce, Talca; Anselmo Delgado, Santiago; Sonia Urzúa, El Monte; Oscar Pérez, Santiago; Rosá Cuevas, San Bernardo; Noel Fuentes, Putaendo; Antonieta Carvajal, Santiago; Silvia Alarcón, Traiguén. UNA CAJA LAPICES DE COLORES: Ruperto Bustos, Máfil; Marta Isabel Rodríguez, Santiago; Eliel Navarrete, Máfil; Jorge Rojas, Santiago; Rigoberto González, Santiago; Irma Matamala, Concepción; Alberto Alvarez, Linares; Jaime Vera, Coquimbo; Matías Rodríguez, Concepción; Claudio Valencia, Talca. UNA CARPETA DE ESQUELAS: Lilia Sepúlveda, San Fernando; Norma Alvarado, Santiago; Felipe Saavedra, Rengo; Jorge Guzmán, Viña del Mar; Ramón Riquelme, Valparaíso; Luis Méndez, Quilpué; Esteban Moreira, Rancagua; Pablo Jofré, Rancagua; Alicia Rodríguez, Temuco; Raúl Carrasco Santiago. UN PAQUETE VITALMIN: Marta Escobar, Talca; Eduardo Gutiérrez, Santiago; René Barrientos, Santiago; Juan González, Viña del Mar; Oscar García, Temuco; Regina Espinoza, Valdivia; Berta Moreno, Cauquenes; José Pino, Concepción; Osvaldo Martínez, Los Angeles; Alicia Torres, Santiago. UNA LIBRETA APUNTES: Teresa Yávar, Concepción; Carmen Escudero, Temuco; Alfonso Cortés, Los Andes; Graciela Pacheco, Ovalle; Pedro Medina, Quillota; Aura Ojeda, La Unión; Remigio Ugarte, Vallenar; Héctor Merino, Victoria; Hernán Viel, Valparaíso; Sergio Donoso, Talcahuano.

SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL, \$ 90.—

SEMESTRAL, \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.

EL MOSQUETERO



CAPITULO I.— Pedro de Rognac.

1. Bajo el reino de Luis XIII vivía en un castillo enmurallado el joven vizconde Pedro de Rognac. Sus aficiones preferidas eran la esgrima y la equitación. Todos los días partía en su caballo favorito hacia la pradera, acompañado de los paisanos, que le adoraban. Pedro era tan hermoso como bueno y valiente.



2. Su amor a los ejercicios bélicos no dañaba a sus estudios. Le apasionaban la historia de su patria y las matemáticas. Su madre murió joven. Pedro confió a su padre el deseo de ser mosquetero del rey, donde servía uno de sus primos. “Hijo mío —respondió el padre de Pedro—, tengo que hacer-te una confesión.”

AZUL



3. “Tú no puedes debutar en la carrera militar porque somos muy pobres. Hace años, tu tío, el barón de Luberon, hermano de tu madre, nos arruinó, y sin dinero sería imposible contratar una compañía o escolta, como tienen todos los grandes señores de la corte.” “¿Cómo nos arruinó mi tío Aquiles de Luberon?”



4. “El rey me nombró embajador en Saboya —refirió el padre—, y en mi ausencia Aquiles de Luberon le arrebató su fortuna a tu madre y se introdujo con una horda de bandidos en nuestro castillo. No bastándole tal crimen, aprisionó a los criados y tu madre murió desesperada.” “Cuéntame más”, suplicó Pedro de Rognac.

(CONTINUARA)

AKYRA

CAPITULO XVI.—Heroico sacrificio de Omar.



La doncella Akyra colgaba de los brazos.

El capitán Omar, al imponerse de que el tirano Ben-Kasen intentaba torturar a la doncella árabe, se levantó de su lecho de enfermo y corrió en auxilio de Akyra. Al llegar al palacio interrogó a uno de los guardias, quien le dijo que Akyra estaba en el patio de los suplicios.



El capitán Omar arrancó el látigo al verdugo.



El verdugo cayó bajo los golpes de Omar.

tan vil y torturar a una mujer?

Omar dió una feroz bofetada al verdugo, y, además, le azotó con toda su fuerza.

—¡Huyamos! —dijo a Akyra, después de desatar sus manos—.

Oigo los gritos de alarma en la guarnición.

Ya se escuchaban las órdenes del tirano de Bufekrane. Allí, el fiel ayudante de Omar, acudió entonces en busca de su jefe y de la doncella Akyra, diciéndoles:

—No podemos atravesar el palacio, porque Ben-Kasen y el visir Laucine han reunido a todas sus huestes, pero yo conozco un subterráneo en medio del patio. Basta con levantar

En efecto, Omar divisó a la doncella árabe colgada de las manos, y tras ella al verdugo, con un látigo para iniciar el tormento.

El héroe de Bufekrane cogió el mango de la fusta antes de que el verdugo pudiera defenderse.

—¡Malvado, cobarde y ruin! —díjole el capitán Omar—. ¿Cómo puedes ser



Omar, Ali y Akyra huían del palacio.



Los fugitivos se introdujeron a un subterráneo.

una losa y estaremos adentro.

Ayudado por sus compañeros de prisión, Alí pudo alzar la losa a tiempo que los esbirros de Ben-Kasen aparecían en el patio.

Omar fué el último



Omar protegería la retirada.



Omar comenzó a desmoronar la bóveda.

—¡Bajen! —gritaba Ben-Kasen—, y mátenlos a todos.

Omar, provisto de su acerada cimitarra, comenzó a destruir las vigas carcomidas por la humedad, que sostenían la bóveda del subterráneo.

que descendió al subterráneo.

—Sigan corriendo hasta la salida al mar —ordenó el valiente capitán a sus amigos—. Yo defenderé la retirada.

Por el patio escuchaba Omar las carreras de los secuaces de Ben-Kasen, que ya buscaban afanosamente a los cautivos. No tardaron en descubrir la boca del subterráneo.

(CONTINUARA)

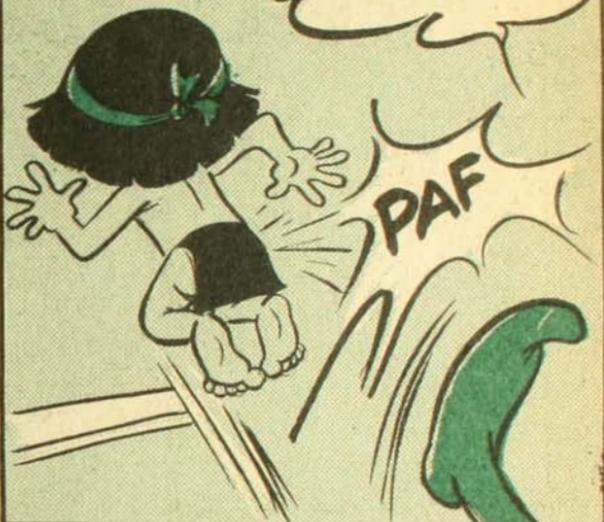


Por LUGOZE

¡AQUÍ TENÉIS
VUESTRO CALZADO,
HUINCA!



¡OS DEMORÁSTEIS
MUCHO! ¡TOMAD!



¡JUA! ¡JUA! ¡TENDRÁ
TODO EL DÍA PARA
SACARSE LAS
ESPINAS!



¡AYAYAY!



LUGOZE



Simbad

N.º 79

EL PEREGRINO DE BUDA



\$ 2.-

LAUTARITO



Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO II

N.º 79

Precio: \$ 2.—

7-III-1951

El PEREGRINO de BUDA



CAPITULO VIII.— *Wei otra vez es fiel*

Mientras el peregrino de Buda era insultado por el Gran Khan, llamándole impostor y amenazándole con que su cabeza sería aplastada por la pezuña del elefante sagrado, el fiel criado Wei lograba escapar de la agresión de los soldados turcos y se escurría hacia el palacio imperial.



El fiel Wei logró escapar de los turcos.



Desde una ventana oyó la sentencia del Gran Khan.

Por desgracia, en su exaltación, olvidó toda prudencia y fué descubierto por un centinela de voz gutural.

—¿Qué haces ahí?

—preguntó el turco.

—Me instruyo — respondió el criado Wei, saltando de la ventana.

Y al decir esto asató un feroz golpe en el mentón del soldado, que cayó de espaldas, enteramente aturcido.

Wei se apoderó de sus armas y de su gorro de piel.

Así podía pasar por un turco en la penumbra de la noche. Agrupándose con los demás centinelas del



Un centinela turco le sorprendió.

Aprovechándose del tumulto, pudo disimularse tras una columna del magnífico castillo, donde la luz de las antorchas sólo iluminaba débilmente.

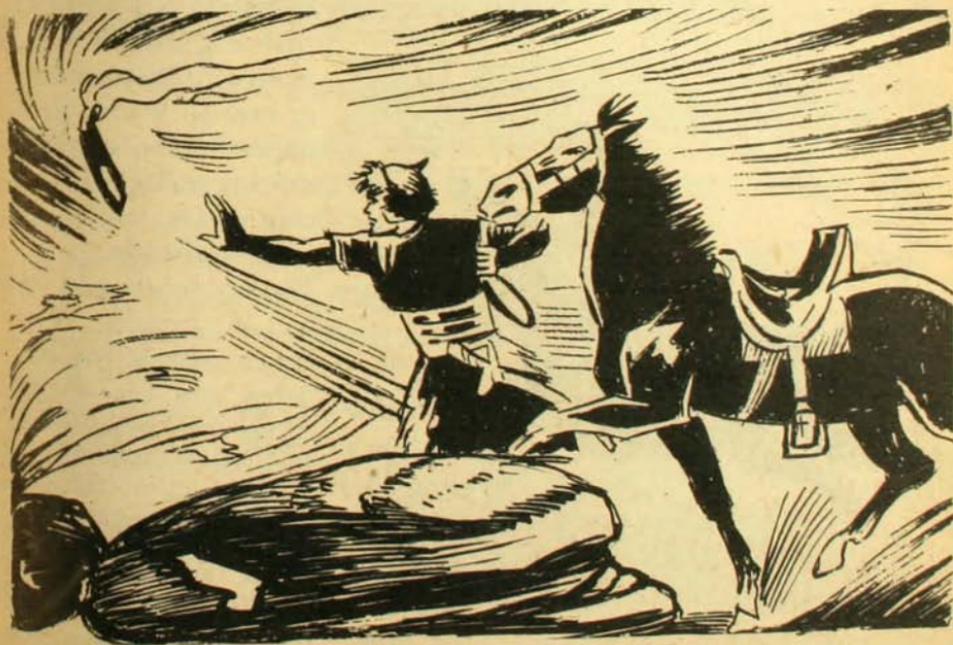
Allí, oculto tras el cortinaje de una ventana, oyó las terribles palabras del Gran Khan.

—Cómo insultan a mi amo —murmuró Wei— El es un santo monje y Buda les castigará.

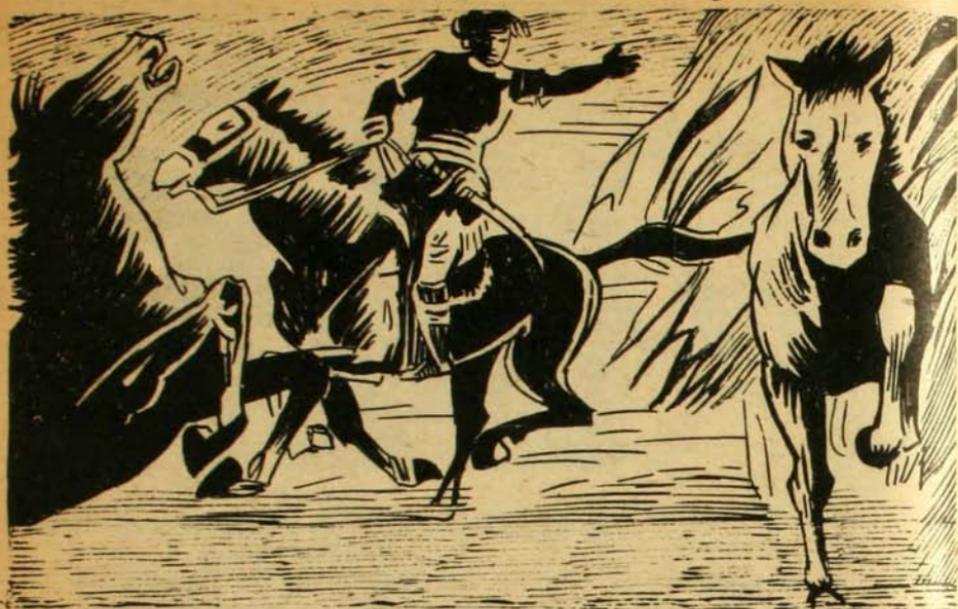


El chino Wei golpeó al soldado turco.

palacio, pudo salir de él cuando les relevaron de la guardia.
"Vencido el primer obstáculo —se dijo Wei, cuando salió de la empalizada—. Ahora voy en busca de mi caballo."



Wei lanzó una tea en las pesebreras.



Los caballos se desbocaron.

Después de activa búsqueda, Wei consiguió sacar de los corrales un magnífico corcel árabe. Sigilosamente lo ensilló y en seguida cortó los cordeles de los caballos atados a los postes de la empalizada.



Corriendo a todo galope Wei huyó del campamento.

No contento con esto, el criado Wei lanzó contra los corceles una tea encendida, que provocó el loco desbande de los animales.

El astuto Wei gritó poco después:

—¡Incendio! ¡Incendio!... ¡Salven los caballos!...



Wei pidió auxilio a los caminantes.

Mientras los palafreneros se esforzaban por sujetar a los enloquecidos caballos, el valiente chino Wei, feliz con el éxito de su empresa, desaparecía del campamento.

Corriendo a todo galope, Wei iba pensando:

“El rey de Dekán es un fiel budista y un valiente guerrero. Acaso querrá acudir en auxilio del peregrino de Buda antes de la luna nueva.”

Después de muchos días de viaje, Wei, agotado y muerto de sed, fué socorrido por unos caminantes.

—¿Quién eres, extranjero, y qué buscas en Dekán?

—Pido protección para el “Maestro de la Ley”, Yuansú, a quien el Gran Khan ha condenado a muerte.

Wei cayó desmayado al pie de su caballo.

(CONTINUARA)



EL MISTERIO DEL DESIERTO



CAPITULO VI.—La bruja Zauya vaticina.

Los fugitivos salieron presurosos de casa del moro Galufa y caminaron toda la mañana bajo un ardiente sol.

—Allá vive mi nodriza Zauya —dijo de súbito el negro Bakri, señalando una rústica vivienda que se afirmaba sobre una roca.

En verdad, más que vivienda, era aquélla una cueva con un toldo de paja a la entrada.

Bakri dobló su espalda para entrar en el tugurio de la hechicera. Se hallaba Zauya fabricando ungüentos de hierbas mágicas en una olla.

—El *salam* para ti, mama Zauya —dijo el negro, abrazando a la bruja—; vengo con amigos que quieren les digas la suerte.

—¿Traen dinero? —preguntó Zauya dando una mirada hosca a los muchachos.

—No querrás que te paguen esos muchachos pobres, mama Zauya —protestó Bakri—; son infelices víctimas de los *aiussas* y los quiero como hermanos míos.

Mientras tanto, Polo vaciaba el contenido de sus bolsillos buscando alguna moneda para entregar a la hechicera.

Zauya se aproximó al niño. Polo sacó de su bolsillo un puñalito con mango de nácar, obsequio de su abuelo, un cordel, un lápiz, pero ni un solo centavo.

La hechicera iba a coger el puñalito cuando su vista se clavó en otro objeto que Polo extraía del bolsillo. Era la *Piedra Verde* con engaste de plata, que la bailarina Aicha le había dado en el barco "Estrella del Sur".

La bruja pareció hechizada por esa piedra.

RESUMEN: Lily y Polo Lorin van a reunirse con sus padres, colonos de Sidi-el-Guir. Les acompañan el fiel Bakri y una joven nungara, Dora, quien traiciona a los niños. Conocen a una danzarina, Aicha, quien les regala un brazalete. Nadie los espera en Sidi-el-Guir. Por un disco en la radio escuchan un grito de auxilio. Los niños abandonan la casa de sus padres, y huyen a una caverna con el pastor Mesaud.

—Dámela —ordenó Zauya, alargando sus dedos con monstruosas uñas—. ¿Quién te dió esa joya?

—Aicha, una mora que venía con nosotros en el barco desde Marsella —explicó Polo—. La acompañaba un anciano ciego.

—¡Alá es grande! —exclamó la hechicera con júbilo—. Ninguno de los dos ha muerto.

En seguida Zauya cogió las manos de Polo y ansiosa le preguntó: —¿Recuerdas las palabras que te dijo Aicha cuando te obsequió esta piedra?

Polo revivió en su mente aquella noche en que la bailarina le llamó sigilosamente a un rincón del barco y evocó sus misteriosas palabras:

—Me acuerdo —declaró Polo—, a pesar de que en ese instante no les di mucha importancia. Aicha me dijo: “Después de mi brazalete, esta piedra es lo más precioso que poseo. Guárdala y te protegerá de todo peligro, a ti y a tu hermana”.

—Aicha tenía razón —respondió la hechicera—. Esta piedra es un talismán para todo hijo del profeta M a h o m a. Entren ustedes en mi choza. La vieja Zauya hará todo lo que ustedes le soliciten.

—Sin duda —expresó Zauya—. yo debo obedecer al mandato de esta piedra verde. No teman que les traicione; por lo demás no necesito de sus confidencias, porque ya sé quiénes son ustedes. Polo y Lily temblaron de miedo.

Pero la hechicera, sonriendo, se acercó a la niña y la despojó de su velo. En seguida le soltó su linda y rubia cabellera.



La hechicera Zauya tiñó los cabellos rubios de Lily Lorin.

—¿Crees poder conservar tu incógnito con esa tez blanca y esos cabellos de oro? —dijo Zauya a Lily—. ¡Qué inocentes sois!... Los *aiussas* no tienen delicadeza para respetar el velo de las mujeres y en cortas horas te habrían descubierto. No te asustes, chica. Voy a transformarte en una verdadera morita y nadie sospechará que no eres de nuestra raza.

La bruja arrojó polvos negros en una olla de greda y tras de mezclarlos bien, fué tiñendo los cabellos rubios de Lily Lorin. Después de teñir el pelo de Lily, Zauya embetunó la carita sonrosada de la niña con unguentos cobrizos y la aproximó al fuego para secarle los lacios cabellos ya ennegrecidos.

Nadie habría reconocido a la rubia hija del doctor Lorin después de esa transformación. Por suerte, Lily no tenía un espejo a la mano, porque si se hubiera visto habría llorado al verse convertida en una morochita.

—Ahora voy a consultar al viento del desierto —dijo la adivina, después de escuchar la trágica historia de los desterrados.

Zauya trasportó al umbral de su cabaña una artesa llena de arena muy fina y dorada; la colocó sobre un tronco de árbol. En seguida, con el rostro vuelto hacia el Oriente, efectuó en el aire signos cabalísticos y murmuró con solemne acento:

—Simún, viento del desierto, gran viento, tráeme los secretos de Alá.

Volviéndose hacia los cuatro puntos cardinales, Zauya repitió aquellas palabras, haciendo cada vez con mayor vivacidad los signos cabalísticos.

En seguida comenzó a correr alrededor de la artesa, como si el alma del gran Simún hubiera entrado en ella. Rendidas sus fuerzas en esa loca carrera, Zauya se inclinó sobre la arena y contempló el oleaje que el viento producía en el fino y dorado polvo. Empezó después a soplar en la arena y a estudiar los movimientos que su potente sopro producía.

Por fin se detuvo extenuada.

Lentamente cogió la artesa con arena y la llevó al interior de la cabaña. Hecho esto, la hechicera se cruzó de brazos y con grave majestad dijo a sus oyentes:

—He aquí lo que Alá me dice por intermedio del gran viento del desierto. Hermanos, que poseéis la piedra verde, escuchad mis palabras y puedan ellas servirlos en la empresa que seguís... La extranjera de cabellos negros y ojos color de mar...

—Mamá —murmuraron Polo y Lily.



Mesaud trajo un borrico para la pequeña Lily.

—La extranjera —prosiguió Zauya— pasó por aquí en la última luna. Montaba un caballo gris, que la llevaba a todo galope. La seguían varios árabes. Todos pasaron por allí.

La adivina señalaba hacia el horizonte, donde el sol se levanta.

—Señala el camino hacia el Lago Sagrado —indicó Mesaud.

—El gran *rumi* que cura todos los males —continuó la bruja— y la extranjera están prisioneros en la gruta del Lago Sagrado. Serán sacrificados para complacer a Alá, porque son infieles e impíos, y han pretendido violar secretos que solo Alá todopoderoso conoce. La ejecución se verificará después de las fiestas de la santa peregrinación.

—¿Qué podremos hacer para salvar a nuestros padres? —preguntó, desesperado, Polo.

—Tú nada puedes hacer —dijo Zauya—, ni tampoco tus compañeros, pero tienes en tu mano un precioso talismán y una poderosa aliada.

—¿Aicha? —interrogó Polo—. ¿Esa pobre bailarina que encontramos en el barco en compañía de un anciano ciego? ¿En qué puede servirnos esa infeliz?

—No juzgues por las apariencias, *rumi* —sentenció Zauya—. Ya verás que en momento oportuno ella les ayudará. Y ahora escuchén todos: Al amanecer del tercer creciente de la luna, comienzan las fiestas del Lago Sagrado. Este año será presentada a los árabes reunidos la joven reina de los *aiussas*. A ella han sido confiados todos los tesoros del lago y de la mezquita. Sólo en ese día, en que cumple 17 años la joven reina, puede mostrar por un instante su rostro en el momento de la coronación. Por uso habitual es su padre quien presenta a la joven reina, pero el anciano jefe de los *aiussas* está enfermo y es su hermano quien gobierna.

—Y ese hermano —interrumpió Mesaud— se deja dominar por el profeta Kadur-el-Kebir, culpable de haber excitado a los árabes a la revuelta.

—Los designios de Alá son impenetrables —declaró Zauya—. Diríjense ustedes al Lago Sagrado mezclándose con las caravanas de peregrinos, pero guárdense de que la princesa les vea, porque les odia.

Después de despedirse de Zauya, los cuatro viajeros treparon a la montaña.

—Conozco todos los senderos —decía Bakri—, y llevaré a mis patroncitos al Lago Sagrado.

A poco andar, Lily se sintió cansada, y Bakri la cogió en sus brazos.

—Necesitamos un borrico —expresó Mesaud—. En las serranías sueñen ambular burros y mulas en busca de pasto.

—Sin dinero no podremos comprar animales —musitó Polo.

Lily se durmió en brazos de Bakri, pero no era posible continuar la ruta de esa manera.

Mesaud había desaparecido entre las hondonadas del monte. De pronto se oyó el rebuzno de un asno. Era un sonido largo y lastimero. . . .

—Ese rebuzno no es de un burro de verdad —declaró Bakri—. Mesaud ha recurrido a una astucia muy frecuente entre las razas



Los padres de Lily y Polo fueron capturados a pesar de su disfraz.

nómadas. Llamen así a los burros y, si anda alguno extraviado, al punto se engaña con el rebuzno y acude.

—Sentémonos a esperar al burrito Mesaud y a su colega —indicó Polo, sonriendo.

Una media hora de reposo y la merienda consiguiente reanimaron las fuerzas de los viajeros.

—Bakri —gemía Lily—, no me sueltes de tus brazos. Me duelen los pies.

De súbito los desdichados niños divisaron a Mesaud montado en un borriquillo que parecía muy manso.

—¡Aquí traigo a mi hermanito! —gritó Mesaud—. Ya puede la señorita Lily montar en él. Me ha dicho que es huérfano de padre y madre.

—Ahora tenemos que pensar en comer —dijo Polo—. Las provisiones que nos obsequió Zauya se terminan. Se me ocurre una idea. Podemos aprovechar nuestros propios recursos. Cruton sabe caminar en dos patas y bailar...

—Yo sé tocar la flauta —indicó Mesaud.

—Todavía recuerdo la jota sevillana que me enseñó mi nodriza Carmen —declaró Lily.

—Y yo puedo ser el hombre-serpiente —indicó el negro Bakri.

(CONTINUARA)

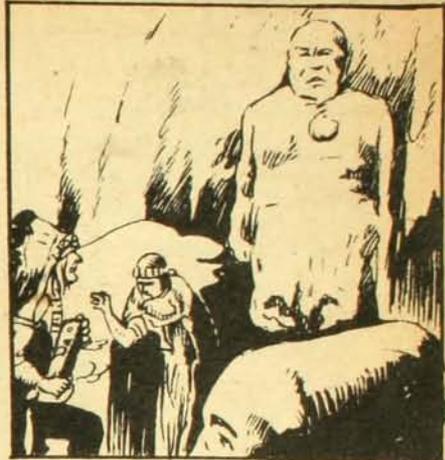


CAPITULO XI.— LA CAVERNA DE LOS IDOLOS.

1. Un espía había impuesto a Chiguán de que la princesa vivía aún y estaba hospedada en casa del ranchero Teddy Bill. Inmediatamente el indio decidió ocultar la flecha del sol, símbolo del poder supremo, en una caverna que solamente él conocía. Chiguán encendió una tea con su pedernal, y descubrió una brecha.



2. Por ella se introdujo hasta un paso secreto, que terminaba en un río subterráneo. Había allí una piragua atada a una roca. Chiguán saltó a la embarcación y remó largo rato. Haciendo eco con sus manos, comenzó a gritar: "—¡Aió!, ¡aió!, ¡aió!..." De lejos respondió otra voz, que parecía un eco chillón y cascado.



3. Chiguán saltó de la piragua, y divisó a una vieja india que atizaba una fogata. Tras la mujer se divisaban enormes y grotescos ídolos de piedra. "—Salud a ti, jefe —dijo la india vieja—. ¿Qué te trae por aquí?" "—Un gran peligro nos amenaza; por eso he venido a la morada de mis antepasados", dijo Chiguán a la india.



4. La vieja era la guardiana del santuario, y vivía allí con un hijo loco. "—¿Dónde está tu hijo?", preguntó Chiguán. "—Andaba de caza, pero ahí viene", respondió la mujer. Un hombre hirsuto y encorvado se inclinó frente al jefe Chiguán. Parecía temeroso. "—Ven conmigo, Rulón —ordenó Chiguán—. Voy a confiarte una misión."

(CONTINUARA)



El naufragio

Cierta mañana del mes de diciembre de un año ya lejano, zarpó del puerto de Liverpool, con rumbo a la isla de Malta, un gran buque que llevaba a bordo más de doscientos pasajeros. El tiempo estaba borrascoso y el mar aparecía muy agitado.

Sentado sobre un rollo de cuerdas, en un rincón de la cubierta, iba un niño de unos doce años, pequeño, pero robusto para su edad. Tenía el rostro pálido, y el cabello rubio y ensortijado le caía graciosamente sobre los hombros. En su gesto se adivinaban decisión y energía nada comunes en una criatura que contaba tan pocos años.

Apoyando el codo en una pequeña valija que constituía todo su equipaje, miraba con aire distraído a los pasajeros que pasaban a su lado y a los marineros que, encaramados en los palos del navío, ejecutaban con asombrosa rapidez todas las maniobras.

Poco después de la salida, cuando ya los altos edificios de Liverpool se esfumaban en el horizonte, un marinero italiano, de cabello gris, apareció al lado del chico conduciendo de la mano a una preciosa niña.

—Mario —dijo el marinero—, aquí tienes a una compañerita de viaje, italiana como nosotros, y que, igual que tú, me ha sido recomendada por nuestro cónsul en Liverpool. Hacedos amigos y podréis realizar distraídos la travesía.

Se retiró el marinero, y la niña se sentó al lado de Mario. Representaba la misma edad que éste, y era más alta; vestía un traje modesto, pero muy limpio, y llevaba el cabello recogido con un pañuelo encarnado, que permitía ver los zarcillos de plata que le colgaban de las orejas.

—¿A dónde vas? —le preguntó Mario.

—A Malta —contestó la linda viajera—; soy de allí, pero hace algún tiempo que vine a Inglaterra para cuidar a una hermana de mi mamá, que estaba enferma. Ahora, gracias a Dios, ya está bien, y vuelvo al lado de mi familia, que me está esperando en Nápoles. Me llamo Julia . . . ¿Y tú?

—Mario; ya se lo has oído al marinero. Yo también soy de Malta, aunque puedo decir que me crié en Liverpool, donde traba-

jaba mi papá. He quedado huérfano y voy a reunirme con unos parientes, los únicos que tengo...

Al acabar de decir esto abrió su valija y extrajo de ella nueces y pan; invitó a su compañera, y los dos se pusieron a comer tranquilamente, sin preocuparse de las miradas curiosas que les dirigían los pasajeros que iban y venían por la cubierta.

Entre bocado y bocado hablaron del viaje, de la patria lejana, de lo que habían visto en Inglaterra y de lo que tardarían en llegar a su destino. Charlando y charlando, llegó la hora de separarse para ir a dormir. Se dieron la mano y la niña dijo a Mario:

—Hasta mañana. Que duermas bien.

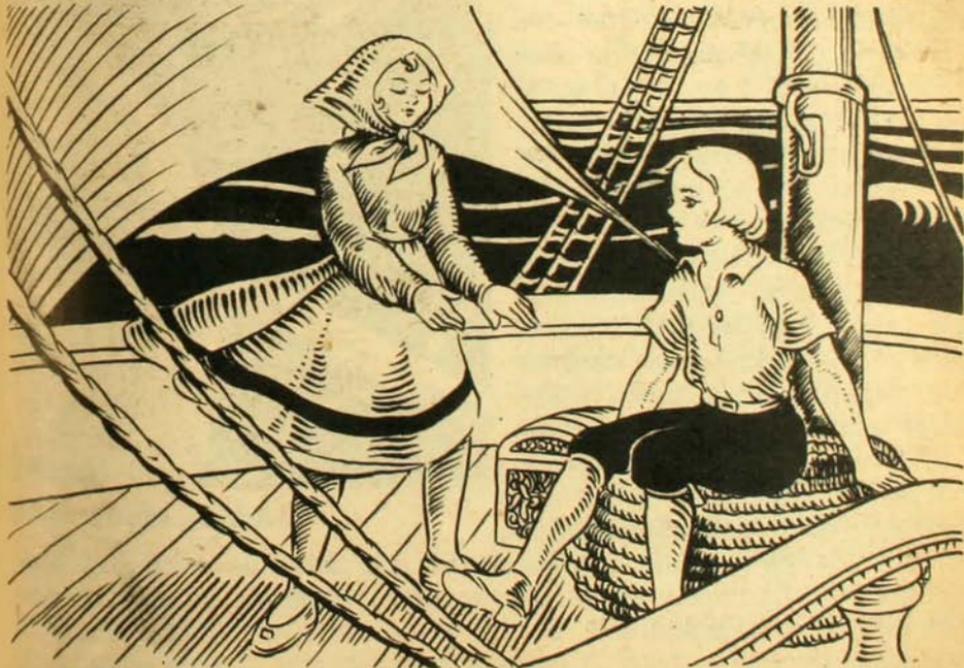
—¡Me temo que nadie dormirá bien, hijitos! —exclamó el marinero italiano, a cuyo cuidado iban los dos, y que pasaba en aquel momento a su lado.

—¿Por qué? —preguntó Mario.

El marinero, desde lejos, les gritó:

—¡Va a haber baile!... ¿No ven cómo está el mar?

Iban a separarse los dos niños cuando un fuerte bandazo arrojó



—¿A dónde vas? —le preguntó Mario.

—A Malta —contestó la linda viajera.

a Mario contra un madero y le hizo rodar por el suelo. Julia, al ver caer a su amiguito, lanzó un grito y se tapó los ojos, asustada. En seguida le ayudó a levantarse, y al observar que tenía una pequeña herida en la frente, se quitó su pañuelo encarnado, le limpió con él la herida y luego se lo envolvió a la cabeza con cuidados de madre.

Al estrechar la frente de Mario contra su pecho, para anudar las puntas del pañuelo, sobre su vestido quedó una manchita de sangre.

—¿Te duele? —preguntó la niña.

—No; no es nada —contestó Mario—. Gracias... Hasta mañana.

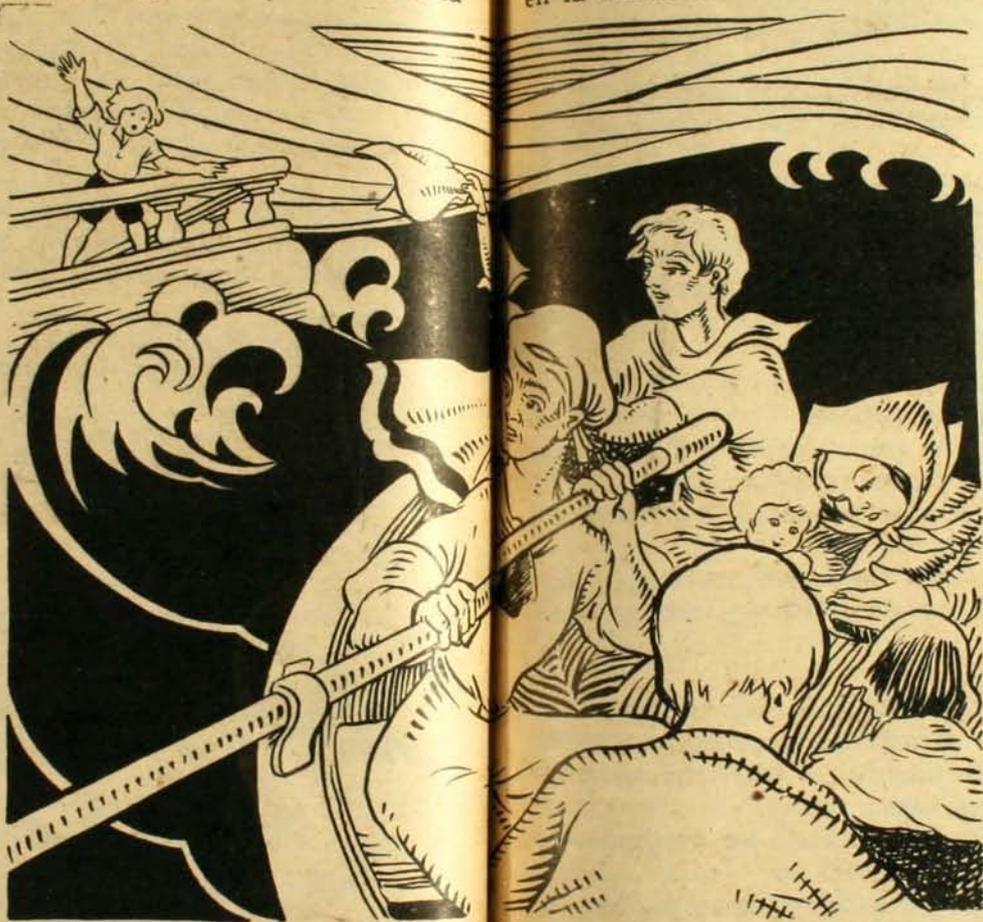
—Hasta mañana —repitió Julia. Y se separaron.

No se había equivocado el marinero al anunciarles la tormenta. Poco tiempo después se desencadenó ésta con furia terrible; las olas asaltaron la cubierta y se llevaron tres lanchas de salvamento, y el huracán despedazó uno de los palos como si se tratara de una débil caña. Los pasajeros, encerrados en sus camarotes, lloraban y rezaban en voz alta; y los marineros trepaban a los palos y corrían por la cubierta haciendo todo lo que conviene en tales circunstancias.

La tempestad fué aumentando en furia, según se iba acercando el día. Al amanecer, las olas rompieron el timón y entraron con gran violencia en el departamento de las máquinas.

—¡A la bomba! —gritó el capitán.

Los marineros se lanzaron a la bomba para achicar el agua que



—¡Adiós, Mario! —respondió la niña, sollozando...

lo inundaba todo. Pero sus esfuerzos resultaron inútiles, porque en seguida se abrió en un costado un gran agujero por el que se precipitó el agua con enorme fuerza. El capitán ordenó entonces que se abrieran los camarotes y que los pasajeros se reunieran en la cubierta.

—¡Capitán! —gritaron todos a la vez—. ¿Hay alguna esperanza? ¡Sálvenos! Confiamos en usted...

El capitán levantó una mano reclamando silencio, y elevando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Confiemos en Dios, hijos míos! Y resignémonos con lo que él disponga...

El terror se apoderó de todos. Algunas mujeres se desmayaron, otras se abrazaban, llorando, a sus esposos y a sus hijitos. Un sacerdote que iba entre los pasajeros decía a todos palabras de consuelo, y les aconsejaba que confiaran en la bondad divina.

El capitán ordenó lanzar al agua los dos únicos botes de salvamento que quedaban. Cuando estuvo listo el primero, una voz poderosa gritó:

—¡Las mujeres y los niños, al bote!

La embarcación se llenó al instante; ya en el agua, unos enérgicos golpes de remo la separaron del costado del buque, y los

que quedaban a bordo la vieron alejarse bailando sobre las furiosas olas.

Cuando estaban por lanzar al mar el segundo y último bote, los marineros que lo tripulaban gritaron:

—¡Venga con nosotros, capitán!

—No, hijos míos —replicó el marino—. Yo debo permanecer aquí hasta el fin...

Se volvió hacia los que quedaban, y gritó:

—¡Pronto! ¡Las mujeres y los niños, a ese bote!

El buque se hundía lentamente. Algunos hombres se lanzaron al mar, y se les veía bracear furiosamente tratando de alejarse del barco.

Ya estaba lleno el bote e iba a descender por el costado del buque. Pero, de pronto, un marinero gritó, haciendo bocina con las manos:

—¡Hay sitio para uno! ¡A ver, pronto, un niño!

Mario y Julia habían permanecido hasta entonces agarrados desesperadamente a unas cuerdas, contemplando con ojos llenos de espanto aquellas terribles escenas. Estaban sin moverse, sin respirar siquiera, como si fuesen de piedra. Al escuchar la voz del marinero, los dos a un tiempo exclamaron:

—¡Yo!

Y soltando la cuerda corrieron hacia el bote.

—¡Yo! —exclamó Julia, tratando de encaramarse a él.

—¡Yo! —gritó Mario, haciendo ademán de saltar.

—¡El más pequeño! ¡Que venga el más pequeño! —gritaron los marineros—. El bote está muy cargado ya...

Julia, al oír estas palabras, se detuvo; dejó caer los brazos, con cara de inmensa resignación, y mirando a Mario, con los ojos llenos de lágrimas, murmuró:

—Ve tú... Te corresponde...

Mario fijó en ella la mirada. Resaltando sobre el vestido de la niña, a la altura del pecho, vió la manchita de sangre que había quedado allí como recuerdo del accidente de la noche anterior. Y por la mente del niño cruzó una idea.

—¡Pronto! ¡El más pequeño! —seguían gritando los marineros—.

¡Pronto! ¡Nos vamos!

Mario se agarró a la barandilla con las dos manos, y con voz que no parecía la suya, gritó a los del bote:

—¡Ella! ¡Que se salve ella!

Volvióse rápidamente a Julia:

—¡Tú, Julia! ¡Sube tú! Te cedo mi sitio... Yo soy huérfano; tú tienes padres. ¡Anda! ¡Sálvate!

Y al mismo tiempo que hablaba, el niño tomó a su amiguita por la cintura y la ayudó a subir al bote. Después, retirándose, per-



...el buque desaparecía tragado por las enfurecidas aguas del mar.

maneció junto a la borda mientras el viento despeinaba sus hermosos cabellos rubios. Dos lágrimas rodaron por la carita del chico.

—¡Adiós, Julia, adiós! —dijo, levantando la manecita.

—¡Adiós, Mario! —respondió la niña, sollozando—. ¡Adiós, adiós, adiós!...

El bote salvavidas comenzó a descender. Quedó por fin depositado sobre las enfurecidas olas del mar, y cuando ya se disponía a alejarse, un marinero, colocando una mano al costado de la boca, gritó:

—¡Hay otro lugar en el bote! ¡Rápido, chico, arrójate al agua que pronto el buque se habrá hundido!

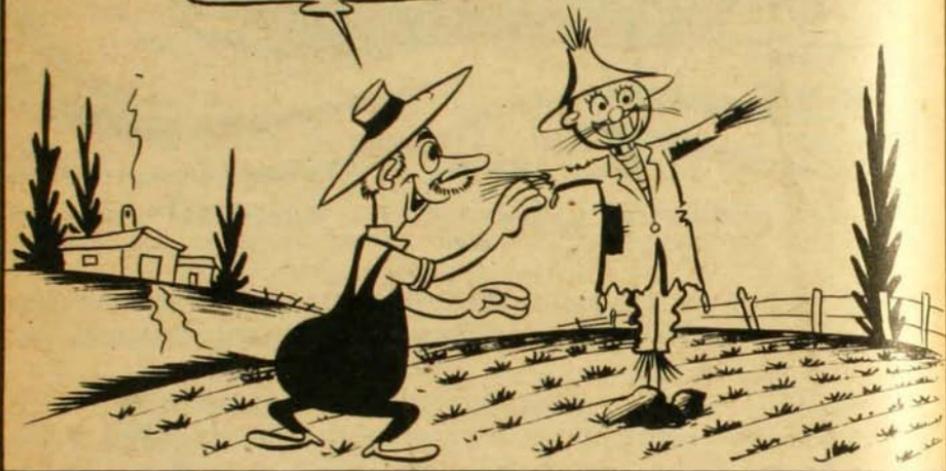
Sin titubear, Mario se arrojó por la borda. Como cayera al mar, varios marineros debieron ayudarle a subir al bote; y después le hicieron un lugar junto a su pequeña amiguita. Mientras tanto el buque desaparecía tragado por las enfurecidas aguas del mar. Durante un largo rato, Mario y Julia permanecieron en silencio. Pero por último, la niña, echando sus bracitos al cuello de su amiguito, le besó cariñosamente en la frente al tiempo que le decía:

—¡Eres un chico valiente, Mario! ¡Sólo los chicos valientes son tan buenos!

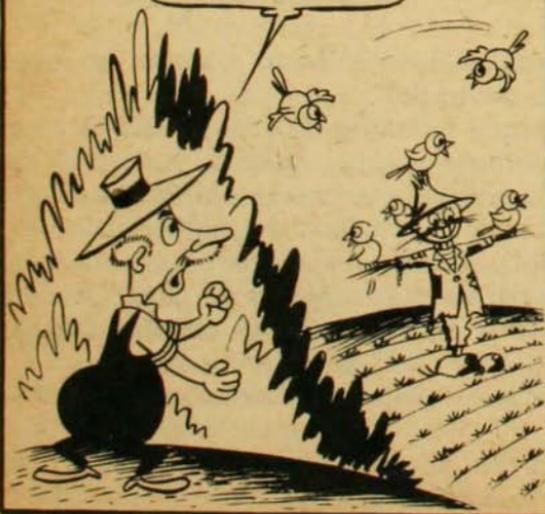
Y los dos amiguitos, muy juntos, dieron gracias a Dios por haberles salvado de una muerte espantosa.

Ponchito

CON ESTE MONIGOTE NO ME
COMERAN LA SIEMBRA LOS
PAJAROS



¡BAH! NO ME DIO
RESULTADO



ME VESTIRE' CON ESA
ROPA Y ME PONDRE'
DE ESPANTAPAJAROS



RATO DESPUES

A VER SI LE DEGO
A ESE MONITO
DE PAJA

ZZZZ



¡AYAYAYCITO! ¡ME MATAN!



¡SOCORRO, ABUELITA! EL
ESPANTAPAJAROS HABLÓ!

NATO.



La fierrecilla

CAPITULO II.—Una desgracia cae sobre Julia.

—Quiero ir a Bellavista en el acto —repetía Julia, desesperada—. Señorita Juana, ordene a Francisco que saque el automóvil.

La institutriz, con voz implacable, respondió:

—Imposible... Por el momento usted debe comer y acostarse. Mañana recibiré noticias de la señora Corina y se las comunicaré. Todo el orgullo, toda la vehemencia de Julia, estallaron exasperados por su dolor. Jamás le había hablado en ese tono la institutriz.

La señorita Juana sabía que si Julia se hubiera quejado a Corina de la menor falta de respeto, la dama no lo habría tolerado.

—Yo quiero ir donde mi tía, quiero verla, cuidarla y abrazarla —insistía Julia.

La institutriz miró a Julia de tal manera, que las piernas de la mimada niña comenzaron a temblar.

—Usted no tiene nada que querer, nada que ordenar —dijo la señorita Juana, cogiendo a Julia de la mano con sus dedos sarmientosos y flacos—. Entre a su dormitorio y cuidado con hacer locuras.

Julia se sofocaba literalmente de ira, de estupor y de pena.

La idea de que su tía Corina estaba lejos de ella y enferma, dominaba todo otro sentimiento. No podía comprender el cambio de la institutriz, antes tan tímida y discreta y ahora dura y cruel. En verdad, Julia no lo comprendía ni se daba cuenta de que alguien pudiera contradecir sus caprichos.

Encerrada... Así estaba: encerrada con llave. Furiosa comenzó a golpear la puerta con manos y pies.

Una voz masculina dijo a través del madero:

RESUMEN: La millonaria Corina Artel tenía a su cargo, como hija y heredera, a su sobrina Julia, niña de doce años, muy altiva e independiente. Un día anunciaron a Julia que Corina había sufrido un accidente grave y estaba en una clínica de Bellavista.

—El gerente del hotel ordena a la señorita Julia que no continúe haciendo ruido, porque molesta a los demás pasajeros. Julia reconoció la voz del mozo del piso, a quien ella había tratado muchas veces con dureza y altanería.

—Quiero salir —replicó Julia—. Y saldré y gritaré hasta que me dé la gana.

—Si el ruido continúa —declaró el mozo—, tengo orden de conducirla al pabellón de la servidumbre, que está al fondo del jardín.

Ya no era ella la “señorita”, a quien se saludaba con respeto. Decididamente, el accidente ocurrido a la millonaria Corina Artel cambiaba el panorama.

—Espera que mi tía mejore y ya verás tú y también esa gringa maldita.

—Esperemos, **FIERECILLA...**

—¿Qué me ha dicho ese insolente? —murmuró Julia.

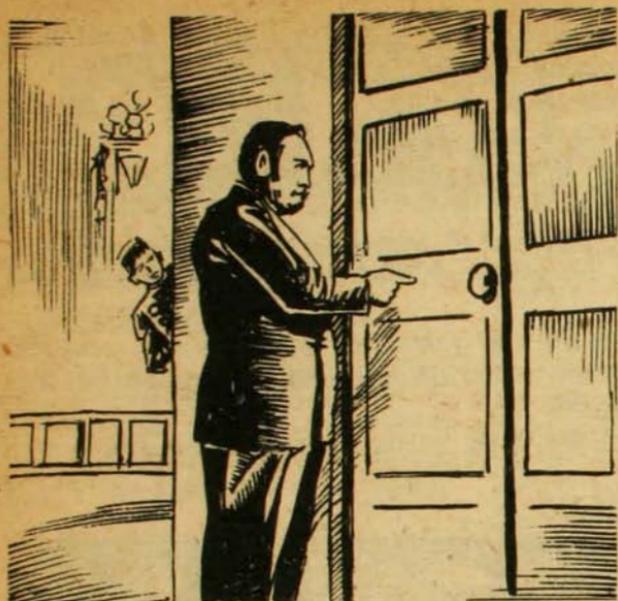
La niña ignoraba que tal era el sobrenombre que le habían dado en el hotel. Nadie tendría piedad de ella y ahora se vengaban de su anterior arrogancia.

La señorita Juana, que soportó por largos años el despotismo de la niña caprichosa, parecía decidida también a hacerse pagar caro sus humillaciones.

Quizás si Julia hubiera sido más suave y complaciente, alguien se habría con-



— La señorita Juana se mostró severa con su pupila Julia.



—Si la señorita continúa molestando irá al departamento de la servidumbre.

—¡Por favor, ábranme!... ¡Tengan piedad! —gimió la niña—. ¡Abranme la puerta!

Una voz queda respondió:

—Soy yo, el botones Raúl. Tenga paciencia, señorita. Volveré en una hora más y podré ayudarla.

—Sé bueno, mi botonesito Raúl. Tráeme noticias de mi tía Corina. Llama por teléfono a la clínica de Bellavista. Yo pagaré la comunicación y una buena propina. Ven después a decirme lo que te informen.

—Haré algo mejor, señorita Julia —respondió el botones Raúl—. Trataré de hacerla salir de aquí y le ayudaré a ir a Bellavista.

—Si pudieras hacer esto, Raúl, te guardaría eterna gratitud —balbuceó Julia—. Que pueda yo abrazar a mi tía y acompañarla. Yo sé que ella me necesita.

—Eso es lo que quiere impedir la pícara señorita Juana —dijo Raúl—. Yo oí que ella decía a unos señores que acaban de llegar al hotel, que no pensaba dejarla salir a usted. Esos señores son parientes del marido de la señora Corina, a quienes llamó por teléfono la señorita Juana.

Ella tendría, pues, que plegarse y obedecer ahora que estaba abandonada.

Sin embargo, esa actitud no le afligía tanto como el alejamiento de su tía Corina, a quien ella quería con toda su alma.

Después de haber rabiado a más y mejor, se arrodilló en la puerta y comenzó a sollozar.

Llegó la noche sin que Julia lo advirtiera. De súbito oyó un leve ruido tras la puerta cerrada.

—Sí; ya sé quién es ese hombre —declaró Julia—. Es el hijo del primer matrimonio del marido de mi tía Corina. Ella no le admitía en nuestra casa porque se portó muy mal. Sólo quiere dinero ese bellaco.

—La señorita Juana parece ser muy amiga de ese señor y de su esposa —prosiguió el botones Raúl—. Oí que ella les hablaba de la herencia.

—¿De herencia? —exclamó Julia—. ¿Entonces mi tía Corina está muy mal?

—Creo que sí —declaró Raúl—. Por eso es que yo quiero sacarla de aquí, señorita Julia, para que pueda abrazar a su madrina antes que muera. Apenas se acuesten todos y haya hecho su ronda el villano Jaime, vendré a buscarla.

—Gracias, mi querido Raúl —murmuró Julia—. Eres muy bueno.

—No, señorita —protestó el botones Raúl—. Usted ha sido muy buena conmigo. Un día, cuando supo usted que yo trabajaba para ayudar a mi madre enferma, le pidió a su tía Corina un billete de mil pesos para regalármelo. Con esto compré remedios y alimento a mi madre. Nunca lo olvidaré.

—Me complace haber podido salvar a tu madre, porque tú sabes, una mamá... , una mamá...

Y no pudo proseguir porque las lágrimas ahogaban su voz.



Julia lloraba desconsoladamente.

En ese momento Julia comprendía cuánto representaba esa madre que ella había perdido en su primera niñez.

En ese momento en que personas extrañas la apartaban del lecho de la mujer que amaba tiernamente, pero de la cual no era hija. Seres interesados, ingratos e indiferentes, ocupaban su lugar.

—¡Pero no triunfarán los malos! —exclamó Julia con vehemencia—; yo llegaré junto a mi tía y con besos apaciguaré sus dolores. Poco me importan las riquezas. . .

Ya más serena, Julia comprendió el complot tramado contra ella por los que ambicionaban los millones de Corina Artel.

Apartando a la sobrina preferida, podrían obligar a la viuda de Artel a testar en favor de la familia de su difunto marido, o, simplemente, a no testar, para recibir la herencia del millonario Artel.

Pero, como ya dijimos, Julia, a pesar de su carácter altanero y déspota, no era interesada y su pena era verdadera.

La niña comenzó a recoger los objetos que creyó más indispensables y los reunió en un maletín.

Cuando a las ocho de la noche apareció la institutriz Juana acompañada del mozo que traía la comida, encontró a su pupila copiando una tarea escolar.

—Ha estudiado bien —expresó Juana, con dureza—. Ahora va a comer y después se acostará.

—Señorita —preguntó Julia, suavemente—, ¿tiene noticias de mi tía Corina?

—Está muy mal —replicó secamente la institutriz—. Mañana intentarán una operación.

—¿Y yo no podré verla?

—Más tarde, más tarde —respondió Juana, desde el umbral de la puerta—. Buenas noches.

Apenas salió la institutriz, Julia dejó correr las lágrimas que retuvo ante la severa mujer.

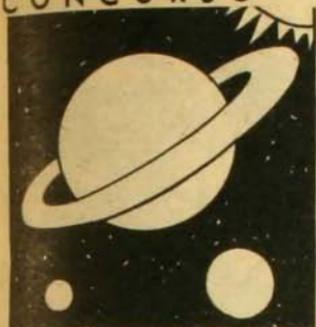
—¡Malvados, cínicos, perversos! —gemía Julia—. ¿Cómo pueden dejarme encerrada aquí mientras mi tía me necesita y seguramente me reclama? ¿Pensará ella que soy indiferente? Partiré con el botones Raúl. Estoy decidida. . .

**CUPON DEL
CONCURSO
SEMANAL**
SIMBAD N.º 79
Entre Marte y Júpiter
se mueven pla-
netas.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos planetas chicos, llamados en conjunto Asteroides, se mueven entre Marte y Júpiter? Envíe su respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los que envíen soluciones exactas se sortearán los siguientes premios: 10 tubos de pasta dentífrica, 5 pizarras colegiales, 10 premios de dos cuadernos cada uno, 5 cajas lápices de colores, 5 paletas acuarelas, 5 libretas de apuntes y 10 paquetes de Vitalmín Vitaminado.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 76.— Los gases componentes del aire son cuatro.

PREMIADOS CON: UN AVION DE BAKELITA: Iván Lara, Talagante; Presia Núñez, Melipilla; Juana Reyes, Angol; Adriana Castillo, Santiago; Nelson Díaz, San Carlos; Lavinia Ulsen, Angol. **UN TREN COMPLETO:** Cecilia Fernández, Santiago. **UN JUEGO LOTERIA:** José Santos, Pailahueque; Rodolfo Postigo, Santiago; Sergio Chandía, Valparaíso. **UN ROMPECABEZAS:** Julio César Lizana, Santiago; Sonia Echavarría, Quilpué; Angélica Jarpa, Concepción; Alfonso García, Concepción; Gerardo Sepúlveda, San Carlos. **UNA CHAUCHERA:** Rosa Cuevas, San Bernardo; Gladys Velásquez, Llay-Llay; Eduardo González, Valparaíso; Ruth Felmer, Lanco; Francisco Valero, Santiago. **UN PAQUETE VITALMIN:** Hugo Segovia, Santiago; Enrique Haquin, Santiago; Mary Lin, Santiago; Pedro Contreras, Talca; Aída Cornejo, Coronel; Mercedes Solís, Santiago; Carlos Bernal, La Cruz; Ricardo Cebrero, Viña del Mar; Mariana Muñoz, Santiago; Galvarino Villena, San Fernando; Ruperto Bustos, Máfíl; Lautaro Olea, Santiago; Ximena Schultze, Santiago; Marina Lee, Santiago; Aglae Valenzuela, Santiago; Hugo Trivelli, Santiago; Roberto Roa, Lebu; Yolanda Vira, Concepción; Cinderella Moscoso, Antofagasta; Chochito Ortega, Linares. **UN PAR SOQUETES:** Edith Navarrete, Máfíl; Filomena Andrade, San Carlos; Alfonso San Martín, Pailahueque; Herminia Pérez, Pailahueque; Juan Duharte, La Unión. **UN LLAVERO:** Raúl Parra, San Felipe; María Luisa Pérez, Santiago; Jorge González, Santiago; Teresa Toledo, Concepción; Gregoria Carrasco, Concepción.

SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL, \$ 90.—

SEMESTRAL, \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.

EL MOSQUETERO



CAPITULO II.— EL JURAMENTO DE PEDRO.

1. Pedro de Rognac escuchaba el terrible relato de su padre: "—Tu infame tío Aquiles de Luberon registró todo el castillo, hasta que encontró, en un pilar, hueco del sótano, las bolsas de oro que formaban nuestro tesoro. En seguida recompensó a sus cómplices con un puñado de monedas, y partió a la corte de Luis XIII.

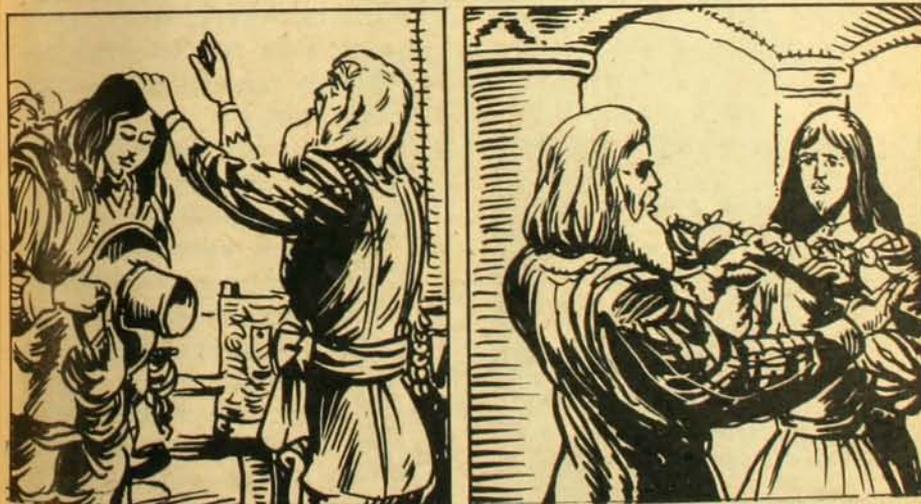


2. "A la cabeza de sus bandidos llegó a la corte, y allí vivió fastuosamente, gracias al dinero que nos había robado. Yo presenté mis quejas al juez de París, pero, como no tenía pruebas, se negaron a arrestar al pérfido Luberon, quien continuaba viviendo en la corte del rey, dando fiestas y saraos con nuestro tesoro.

AZUL



3. "Gran parte de esa fortuna consistía en monedas que el rey Enrique IV había obsequiado a mi padre. Aquí me quedan algunas de esas monedas de oro, para que tú las reconozcas." "—Padre —murmuró Pedro de Rognac—, juro ante Dios que yo castigaré a Luberon. Ningún poder humano impedirá mi venganza contra ese infame."



4. El anciano conde ungió caballero a su hijo y le dió su bendición. Pedro de Rognac vistió el traje azul de los mosqueteros del rey, sombrero con plumas azules y botas de cuero. En seguida, el anciano le entregó su espada, diciéndole: "—Esta espada nunca ha fallado en los campos del honor, y aun conserva la sangre de mis enemigos."

(CONTINUARA)

AKYRA



La bóveda se derrumbó sobre Omar.



Sólo una mano quedó fuera de los escombros.

CAPITULO XVII.— *La bella Zora, espía de los rebeldes.*

El heroico capitán Omar había desmoronado la bóveda del subterráneo a fin de facilitar la fuga de Akyra, Alí y demás prisioneros de Ben-Kasen. Pero una gruesa viga aplastó al capitán Omar, quien quedó bajo los escombros. Toda la galería subterránea se había desmoronado y Omar era la primera víctima de ese accidente.

Entretanto, Akyra, Alí y los demás fugitivos se detenían preguntándose angustiados dónde estaría Omar.

Sólo una mano aparecía fuera del montón de tablas, vigas y tierra que se había formado en la bóveda del subterráneo.

—Valiente Omar —murmuró Alí—, se ha sacrificado por salvarnos. No destruyamos su obra, Akyra. Corramos hasta el refugio del mercader Bauzza y en seguida volveremos a rescatarle. Miren, ya se acercan los esbirros del tirano Ben-Kasen.

Muy pesarosa, Akyra se resolvió por fin a abandonar al capitán Omar.



Akyra y sus compañeros no podían salvarle.

—Hemos capturado al capitán Omar, jefe de los rebeldes, y lo tengo encerrado en uno de los calabozos del palacio.

—Esta vez no se escapará de mi venganza —rugió el tirano Ben-Kasen—. Su muerte servirá de lección a todos los que pretendan rebelarse. Mañana a las diez dispondremos que en esa clase de tortura se le dará a ese miserable revolucionario.

Entretanto, Akyra, Ali y demás individuos fieles al capitán Omar, llegaban al reducto de los contrabandistas y comunicaban la suerte que había corrido Omar.

Zora, la hija de Bauzza, una hermosa morena de dieciocho años, dijo a la doncella Akyra:

—Estoy contratada

Entretanto, los secuaces de Ben-Kasen apartaban las vigas, y uno de ellos decía:

—Está vivo. No le matéis, porque nuestro amo estará dichoso con tenerle prisionero para torturarle.

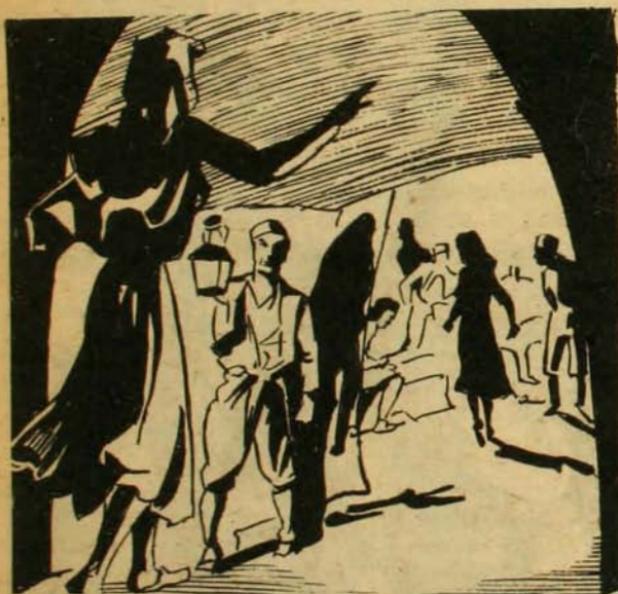
Poco después llegó al palacio de Bufekrane el visir Laucine a decir al bajá Ben-Kasen:

Dos soldados desenterraron a Omar.





Laucine anunció a Ben-Kasen la captura de Omar.



Zora traía noticias a sus compañeros.

—Continúa espiondo, por favor —ordenó Akyra—, y acude a este subterráneo cuando tengas noticias.

—Traeré noticias y también un plan para salvar a nuestro buen capitán —respondió la hermosa Zora.

como sirviente en el palacio del visir Laucine.

—Aprovecha para indagar qué suerte ha corrido Omar —suplicó Akyra.

Horas después Zora llegó anunciando que el capitán Omar vivía.

—Está prisionero en el palacio de Laucine —agregó—. Dicen que lo guarda como rehén, para atraer a una celada a todos sus partidarios.

(CONTINUARA)



Por LUGOZE

(TENGO UNA BUENA IDEA)



¡HUINCA! ¡HUINCA!
¡ALLÍ VIENE @AUPOLICAN
CON 2 MIL GUERREROS!



¡JUA! ¡JUA! ¡QUÉ
SABROSO ESTA
ESTE PATITO!





Simbad

\$ 2.-

N.º 80

AKYRA



LAUTARITO



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora

ELVIRA SANTA CRUZ

(Roxane)

AÑO II

N.º 80

Precio: \$ 2.—

14-III-1951

EL PEREGRINO de BUDA



CAPITULO IX.—*Pulakecin va en auxilio de Yuansú*

Al imponerse de que el Gran Khan había condenado a muerte al peregrino de Buda, su fiel criado, el chino Wei, partió hacia el reino de Dekán, a solicitar del rey, que era un ferviente budista y un valiente guerrero, que salvara a su amo.

Wei, medio muerto de cansancio y de sed, fué socorrido por los magnates de Dekán,

quienes le auxiliaron y llevaron a la presencia del buen rey de Dekán. La reputación de ciencia y sabiduría del "Maestro de la Ley" era conocida en todos esos países del Oriente.

Por eso el rey de Dekán, Pulakecín, esperó al peregrino de Buda con impaciencia.

—Convocad al Consejo Supremo —ordenó Pulakecín a su



Un mensajero llegó al palacio de Dekan.



El rey Pulakecin esperaba impaciente a Wei.

El rey marcharía hasta el castillo del Gran Khan y libertaría al peregrino de Buda, cuya vida estaba en peligro. Se haría responsable al Gran Khan de la vida de Yuansú.



Se reunió el consejo de Dekan.

secretario—, y velad porque el criado de Yuansú sea atendido como se lo merece. Momentos después el fiel Wei comunicaba al rey y al Consejo Supremo la captura de Yuansú por el Gran Khan.

El Consejo entró a deliberar y llegó a la siguiente conclusión, que fué aprobada por unanimidad:

—Un ejército de caballería y de elefantes armados en guerra



Los infantes marchaban al son de tambores.

Pulakecín era un rey-soldado, y su ejército estaba reputado como el mejor de la India, tanto por la valentía de los guerreros como por su magnífico armamento.

El rey Pulakecín tomó el mando de sus tropas. Eran centenares de aguerridos soldados que avanzaban tras los tambores y trom-



Seguían la caballería y los elefantes.



Yuansú aguardaba la hora fatal.

días de marcha en el desierto, el poderoso ejército de Dekán llegó a poca distancia del campamento enemigo. Los centinelas turcos, sorprendidos en sus puestos de vigilancia, fueron capturados. De esta manera el Gran Khan no pudo imponerse del avance del rey Pulakecín.

Al avistar el castillo del Gran Khan, la vanguardia de los dekaneses divisó una multitud de guerreros reunidos en el recinto fortificado. En medio de ese tumulto, el elefante blanco del Gran Khan formaba como una mancha clara y luminosa.

Los dekaneses corrieron a imponer al rey Pulakecín de aquel suceso.

—¿Habrán descubierto nuestra llegada? —preguntó uno de los cortesanos.

—No lo creo —expresó el criado Wei, palideciendo—. Hoy es el día en que mi amo debe morir, y éstos son los preparativos para el suplicio. El elefante sagrado del Gran Khan debe aplastar al peregrino de Buda. Tenemos nueva luna esta noche.

En efecto, Yuansú, encerrado en su celda solitaria, esperaba el momento fatal. Le habían comunicado que ese día debía morir, y permanecía tranquilo, orando y evocando a sus dios.

petas. Los infantes llevaban arcos, lanzas y escudos; la caballería, yataganes y lanzas, y la guardia del rey montaba en enormes elefantes. También había tiradores de hondas de piedra, que eran admirables en su puntería.

El rey Pulakecín montaba un elefante cuyos colmillos tenían puntas de acero, y un dardo envenenado en medio de la frente.

Después de varios



El peregrino de Buda en la piedra del suplicio.

—Que avance el elefante sagrado.

De súbito llegó corriendo un jinete, cuyo caballo jadeaba por la precipitada carrera.

—¡A las armas! —gritaba el jinete—. Se acerca el ejército de Dekán. El rey Pulakecín viene a la cabeza de sus guerreros.

Se produjo un ambiente de pánico entre los soldados turcos, que corrieron en busca de sus armas, y nadie pensó más en el suplicio del peregrino de Buda. Sólo el elefante blanco permanecía tranquilo junto a la piedra del suplicio.

(CONTINUARA)

Yuansú fué sacado del calabozo por su verdugo, quien le hizo arrodillarse y colocar su cabeza sobre una piedra en forma de cono.

En seguida, el Gran Khan, vestido con sus paramentos de gran sacerdote, ordenó a sus vasallos:

**SCUPON DEL
CONCURSO
Semanal**
SIMBAD N.º 80
Las guerras médicas
duraron ... años.



EL MISTERIO DEL DESIERTO



CAPITULO VII.— *El talismán de Aicha.*

Poniendo en práctica el plan de Polo Lorin, los cuatro viajeros iban de *duar* en *duar* efectuando representaciones que los campesinos aplaudían entusiasmados.

Caían monedas en la bolsa de Mesaud, y eran invitados a cenar en algún hogar de la vecindad.

—Con tal que dure nuestro éxito y podamos llegar al Lago Sagrado —decía Polo. Mesaud comenzaba a manifes-

tarse inquieto por las preguntas que le hacían los árabes, y Lily temblaba de miedo de que descubrieran su disfraz.

La pequeña caravana se detuvo un día en casa de un árabe rico, a quien entusiasmó la danza sevillana de la mora Leila, es decir, de la pequeña Lily.

—Polo, mejor sería no dar más representaciones —dijo Lily a su hermano—. Te aseguro que hay gente aquí que me mira con recelo y, aunque sé hablar bien el idioma, creo que sospechan de mí.

—Tranquilízate, hermanita —decíale Polo—; se necesitaría ser muy astuto para descubrir que eres una *rumi*. En cuanto a tus danzas sevillanas, un árabe me dijo ayer que ni las bayaderas tienen tanta gracia como tú.

—Pero yo tengo miedo —insistió Lily.

—Bueno —concedió Polo—; ésta será la última vez, y, si obtenemos bastante dinero, partiremos a la madrugada.

Se encontraban en una gran villa, y ya Mesaud, con su tambor

RESUMEN: Lily y Polo Lorin van a reunirse con sus padres, colonos de Sidi-el-Guir. Les acompañan el fiel Bakri y una joven húngara, Dora, quien traiciona a los niños. Conocen a una danzarina, Aicha, quien les regala un brazalete. Nadie los espera en Sidi-el-Guir. Por un disco en la radio escuchan un grito de auxilio. Los niños abandonan la casa de sus padres, y huyen a una caverna con el pastor Mesaud. La bruja les dice que el doctor Lorin y su esposa están prisioneros en el Lago Sagrado. Los cuatro fugitivos emprenden un viaje lleno de penurias y necesidades.

y sus discursos, tenía congregado un grueso público en la plaza de la localidad.

—¡Vengan a ver al perro sabio, al hombre serpiente y a la grandiosa bailarina Leila! —gritaba el pastorcito.

Las monedas caían en el platillo de Crutón, pues había entre los espectadores ricos comerciantes y adinerados estancieros.

Bakri había terminado su actuación, y Leila entró al redondel.

—Valor, hermanita —murmuró Polo al oído de Lily—; recuerda que es la última vez.

La niña, dominando su terror, comenzó a bailar la jota sevillana. De súbito, sus miradas se fijaron en un árabe que la observaba fijamente. Lily reconoció al punto a uno de los individuos que viajaban con ella de Casablanca a Sidi-el-Guir.



Los cuatro viajeros presentaban un artístico espectáculo.

Fué tal su espanto, que perdió la cabeza y cayó desvanecida, como un pajarito herido.

Polo y Mesaud se apresuraron a levantarla; pero ya otros árabes la habían alzado y, para reanimarla, le quitaron el velo.

La pintura cobriza con que la hechicera Zauya había embadurnado a Lily desaparecía casi por completo. El árabe del tren reconoció inmediatamente a la hija del doctor Lorin.

Este comunicó su descubrimiento a los demás árabes, y la concurrencia entera, como obedeciendo a una orden misteriosa, rodeó a los cuatro artistas con gritos y amenazas.

—¡A muerte los espías! —gritaban enfurecidos.

El moro que había descubierto a Lily explicaba a sus compañeros que la pequeña *rumi* era hija de un jefe enemigo.

—El muchacho es su hermano, y el negro, su criado, a quien ellos han obligado a espiarnos también —agregó el árabe—. En cuanto al pastor Mesaud, es un traidor vendido a nuestros enemigos. También merece la muerte.

En vano trató Mesaud de explicar a los exaltados moros que no tenían la intención de espiarles, sino que iban en busca de los padres de Polo y Lily.

Bakri trató de defender a sus amos; pero, ¿qué podía él solo contra una multitud fanática y enardecida? Después de una lucha feroz, en la cual cayeron varios indígenas con la mandíbula rota y las narices achatadas, el negro fué ligado de pies y manos y encerrado en una choza bajo la vigilancia de diez berberos armados.

Mesaud fué atado a un poste y expuesto a las burlas del populacho.

Lily perdió los sentidos y fué transportada a la cabaña de una mujer, quien la arrojó brutalmente sobre una inmunda estera.

A Polo, como jefe del grupo traidor, le llevaron a presencia del cheik de la villa.

Era éste un anciano de blanca barba y respetable aspecto. Estaba el cheik sentado en una especie de trono formado por cojines de rica seda. Sin perder su serenidad, continuó fumando su larga pipa cuando entró el joven prisionero.

—¿De qué acusan a este muchacho? —preguntó el cheik a los árabes que lo conducían.

—Es un perro cristiano que viene disfrazado para espiarnos...

—Cuando el chacal se introduce a una aldea para robar gallinas



—Yo mataré al “rumí” con mi propia cimitarra —dijo el cheik.

—sentenció el cheik— al chacal se le mata. ¿No crees tú que cuando un enemigo se introduce disfrazado entre nosotros es para traicionarnos? Por lo tanto, mereces la muerte.

—No hemos venido a espiarles —protestó Polo Lorin—. Somos viajeros.

—Yo creía que los hijos de *rumis* eran más valientes —declaró el cheik—. Tratas de escapar al castigo mintiendo.

—¡Nunca he mentado —exclamó Polo—, ni soy cobarde!

El cheik contempló al prisionero, y, como él era de raza de valientes, no pudo evitar un gesto de admiración ante la altivez del cristiano.

—Quiero admitir que seas valiente —insinuó el cheik—; pero eso no impide que seas culpable. En vez de recibir una muerte ignominiosa, yo te mataré con mi propia cimitarra.

—Disponga usted de mi vida, cheik —murmuró Polo—; pero salve a mi hermanita.

—Es tu cómplice.

—Es demasiado pequeña para conocer el mal —insistió Polo.

El cheik pareció conmoverse ante la actitud heroica de Polo; pero tenía en su contra a los terribles árabes, que, ebrios de venganza y fanatismo, pedían a gritos la muerte de los traidores.

—Bien —dijo por fin el cheik—. Tu petición es aceptada. Salvaré a tu hermana. Por Alá te juro que yo mismo conduciré a la niña a Casablanca y la entregaré a *rumis*.

Entre tanto los árabes, advirtiendo que el interrogatorio se prolongaba, comenzaron a protestar.

El cheik dió orden de conducir a Polo al sitio de la ejecución.

—Escuchen, hermanos —declaró el anciano cheik—, yo mataré al joven *rumi* con mi propia cimitarra. Lo merece por su valentía. Los moros no se atrevieron a protestar, y acompañaron al condenado a muerte hasta la plaza pública, donde horas antes se había realizado la última representación de los cuatro prisioneros.

Un árabe de siniestra catadura leyó la sentencia de muerte. Enseguida el verdugo quitó el burnú a Polo y le ordenó que se arrodillara.

Con el movimiento que hizo el muchacho, un objeto metálico rodó hasta los pies del verdugo.

El árabe, creyendo que se trataba de una moneda, la recogió ávidamente; pero el cheik, cuyos ojos penetrantes todo lo veían, arrebató el objeto de manos del verdugo y, poseído de indecible asombro, lo mostró a la muchedumbre.

Inmediatamente los árabes retrocedieron y algunos cayeron de rodillas invocando a Alá.

¿Qué objeto era aquél que así tornaba la belicosa actitud de los moros en una respetuosa y tímida adoración?

Nada más que la piedra verde engastada en plata que la bailarina Aicha obsequió a Polo en el barco "Estrella del Sur".

Bien había dicho la hechicera Zauya a Polo Lorin que esa piedra o sagrado talismán le ayudaría en su viaje.

El cheik cogió de la mano a Polo y lo mostró a la multitud.

—¡Todos de rodillas —gritó el anciano—, a pedir perdón al enviado de Alá por las ofensas que le hemos hecho!

Polo no exigía tanto... Sólo le bastaba saber que estaba libre y que Lily y sus compañeros Bakri y Mesaud podían contar con



Los árabes pedían a gritos la muerte de Polo.

Polo Lorin ocupó el sitio de honor en el banquete de los ancianos jefes de la tribu.

Cuando terminó la comida, el cheik dijo a Polo:

—Tú dirás a los que te envían, ¡oh, gran *sidi!*, que la tribu de Akbar está lista para marchar al primer llamado. ¿No es verdad, hermanos?

—Lo juramos por Alá —respondieron todos los miembros del consejo.

—Parte, hermano —agregó el cheik—, a cumplir tu noble misión. Por desgracia, en el umbral de la tienda aguardaba a Polo una dolorosa sorpresa.

Una mujer mora lanzaba agudos gritos y se prosternaba ante el juez como pidiendo perdón.

—¿Qué ocurre? —preguntó Polo, visiblemente inquieto.

—En un momento de descuido de esta mujer —explicó el cheik—, tu hermana ha desaparecido.

Polo corrió como un loco al tugurio donde habían encerrado a su hermana Lily.

Todo fué inútil. Lily Lorin había desaparecido.

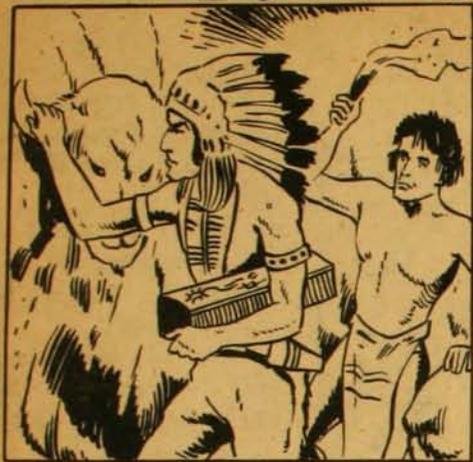
(CONTINUARA)

la protección de los árabes.

—Ven conmigo —dijo por fin el cheik a Polo—; hoy comerás en mi tienda con todos los jefes de la tribu.

—¿Y mi hermana y mis compañeros? —preguntó ansiosamente Polo.

—No te inquietes, *sidi* —respondió el cheik—; ya he ordenado que les den libertad. Pero ahora es preciso que concurras al consejo de la tribu.

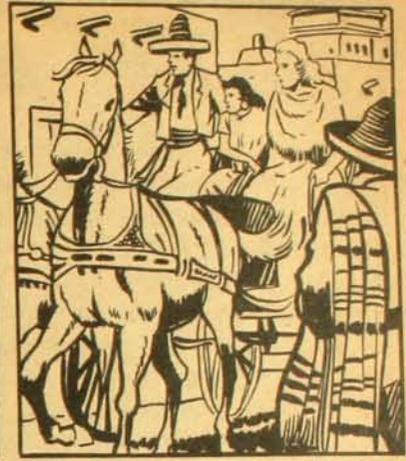


CAPITULO X. LOS ESPIAS DE CHIGUAN

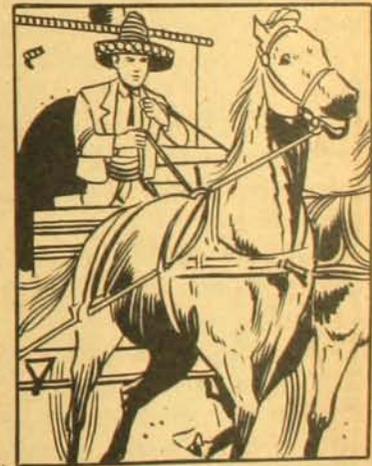
1. Chiguán se alejó de la caverna de los antepasados llevando en su mano el cofre con la Flecha del Sol. Le seguía Rulón el loco. Al llegar a un ídolo esculpido en la roca, Chiguán movió una especie de lápida y dejó en descubierto un orificio pequeño. "—Aquí voy a guardar nuestro talismán de grandeza y poder", dijo Chiguán al loco Rulón.



2. Minutos después el jefe de los *chipetes* salía de las cavernas y montaba a caballo en compañía de uno de sus indios más fieles. Su intención era atacar el rancho de Teddy Bill y raptar a la princesa Alike. Pero ya el rancheiro Teddy, previendo la maldad de Chiguán, había decidido llevar a la princesa india a un lugar seguro. Chiguán corría con sus guerreros por la montaña.



3. El vaquero Ramón comenzó por arriar todo el ganado de Teddy hacia un lugar donde los *chipetes* no lo descubrieran fácilmente. Entretanto Olivia, su esposa Teddy Bill y la princesa Alike llegaban a la ciudad y se detenían en casa de un amigo del rancheiro. "—Aquí estarán ustedes seguras", decía Bill a Olivia y Alike. Teddy no se imaginaba que un secuaz de Chiguán les estaba espiando.



4. Los viajeros descendieron del coche, y Teddy dijo a su amigo Braley. "—Le confío por un corto tiempo a mi esposa Olivia y a esta joven indígena cuya historia le contaré después." "—Quedan en buenas manos, amigo Teddy —respondió el rico hacendado—, y más seguras que en el campo." Teddy partió tranquilo sin imaginarse que un villano iba siguiendo sus pasos.

(CONTINUARA)



EL RATON agradecido

Hace muchos años —tantos, que uno se pone a contarlos y se queda dormido antes de llegar al fin— había en una selva africana un pueblo que presentaba un aspecto encantador y alegre, que había recibido por eso el nombre de Feliz.

Este magnífico lugar estaba habitado únicamente por ratones, gatitos, gallinas, patos, comadreas, perritos y muchos otros animales pequeños que vosotros conocéis, que cantaban y jugaban alegres, sin pelearse nunca, porque no había en aquella región ningún animal grande ni malo.

Un día, sin embargo, un pato que se sentía muy enfermo y se fué a un pueblo vecino para hacerse curar por un mono que tenía fama de ser muy buen doctor, regresó tan asustado, con una noticia tan mala y con tanto miedo, que el pobre patito no atinaba siquiera a explicar la causa de su terror.

—¡Pero señor pato! —maulló un gatito muy revoltoso y juguetón—, ¿tan malas noticias trae que ni siquiera nos puede decir qué es lo que lo ha asustado tanto?

—Yo... yo... —tartamudeaba el patito, temblando como una hoja.

Comprendiendo que el pato no iba a poder hablar hasta que se le pasase su gran susto, y esto quién sabe cuándo sería, una gallina, que usaba anteojos porque era corta de vista, dijo a sus compañeros:

—¿Qué les parece si uno de nosotros fuera hasta el pueblo vecino para saber qué peligro nos amenaza a juzgar por el terror del señor patito?

Todos aprobaron lo que dijera la razonable gallina, pero cuando llegó el momento de elegir al encargado de la investigación, cada uno dió una excusa:

—Yo iría de buena gana —dijo un perro—, pero como soy muy grande no podría esconderme con facilidad y pronto me descubrirían.

—Pienso lo mismo que el perro —agregó un lechoncito que, aunque era muy curioso, nunca dejaba de comer, y tenía la fea costumbre de hablar con la boca llena—; yo creo que debiera ir

el más chiquito y vivaracho de nosotros para enterarse de todo sin ser visto.

—Eso es lo mejor; muy bien pensado —dijeron los más grandes a coro.

Pero una comadreja que tenía fama de inteligente creyó oportuno intervenir:

—Queridos amigos; aparte de ser pequeño y vivaracho, es necesario que el que vaya pueda correr mucho para escapar de lo que tanto asustó al pato.

—Muy bien —dijo la gallina—; me parece conveniente seguir pensando hasta que demos con el que, por ser pequeño, vivaracho y pueda correr mucho, no haya peligro de que fracase en su excursión.

Después de mucho deliberar, ya estaba la mayoría de acuerdo en elegir al conejo, por reunir todas las condiciones necesarias, cuando la comadreja creyó prudente hacer esta observación:

—No cabe duda que de todos nosotros uno de los más veloces es el señor conejo, pero, ¿es eso suficiente?... Porque creo que no es el conejo el más pequeño de nosotros.

—Pero es lo suficientemente chico como para ocultarse con facilidad —contestó el lechoncito en tono airado y sin dejar de comer.

—De acuerdo, señor lechón, de acuerdo —dijo la comadreja—, pero, ¿no ha pensado usted que si bien el señor conejo puede



el pato no iba a poder hablar hasta que se le pasase su gran susto..

escondese fácilmente, no podrá así ocultar sus orejas que son muy largas?

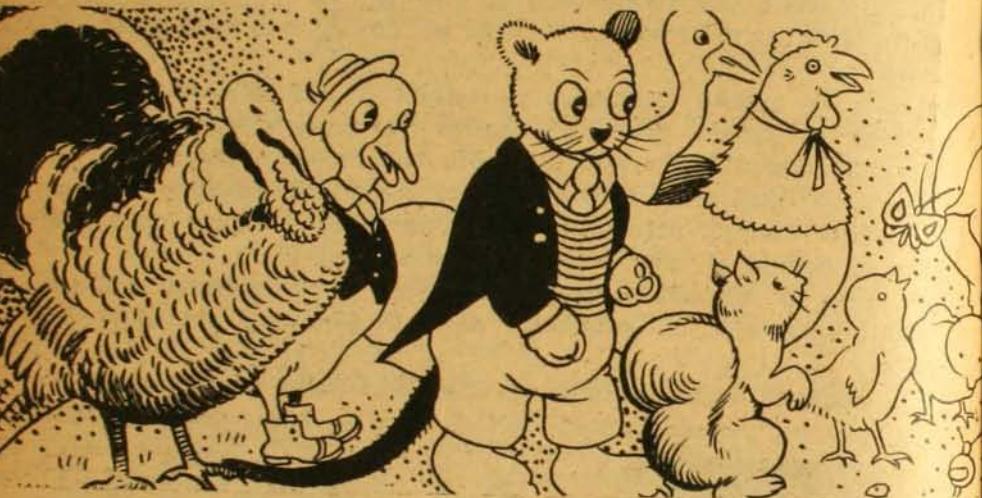
Este razonamiento de la comadreja convenció a todos. Era necesario pensar en otro más capaz.

—¿Y si enviáramos a un gorrión? —dijo de pronto un gatito.

—No, no es el indicado; se entretiene demasiado en su vuelo y poco o nada podrá observar.

—¿Y si fuera el ratoncito? —preguntó, entusiasmado, el lechoncito, dejando esta vez de comer.

—¡Eso es, eso es! —exclamaron con alegría casi todos a un tiempo—; ¡el ratoncito, el ratoncito!



Después de mucho deliberar, ya estaba mayoría de acuerdo en elegir al conejo...

La comadreja se puso seria, se rascó la cabeza tratando de encontrar alguna condición favorable en el ratoncito y se limitó a decir:

—Efectivamente, creo como ustedes que es el más indicado de todos, pues es pequeño, veloz y, además, con inteligencia suficiente como para comprender qué ha sido lo que causó tanto temor al señor patito.

Ante la conformidad general no fué necesario seguir la discusión. El mismo ratoncito permaneció callado, esperando, aunque con miedo, que le indicaran cuándo debía partir.

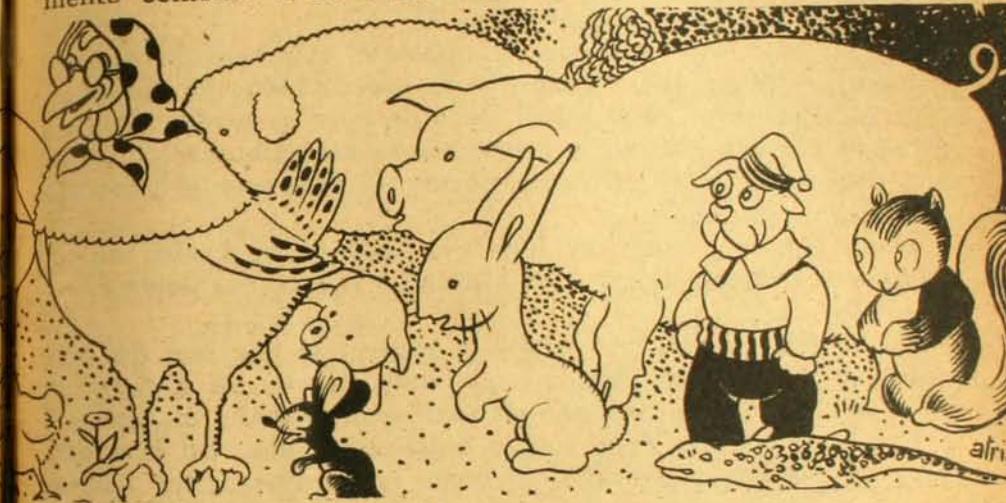
—Mañana temprano —le dijo entonces solemnemente la gallina— seguirás el camino que conduce a la casa del doctor Orangután. Fué por ese camino donde el señor patito se asustó tanto;

sin duda tú también verás algo que te llamará la atención; procurarás, sin ser visto, enterarte de cuanto suceda y nos traerás la noticia a todo correr, para que podamos defendernos del peligro que nos amenaza.

A la mañana siguiente, bien temprano, partió el ratoncito, no sin derramar una lágrima, por el camino indicado.

Al principio nada vió que llamara su atención, pero se había internado ya en la selva cuando de pronto oyó algo que lo dejó paralizado.

—Muu... muuu... —oía el ratoncito, y escondiéndose rápidamente comenzó a observar.



Al momento distinguió un animal muy grande: era una vaca, que mugía llamando a su ternerito; pero como el ratón no había visto nunca un animal tan grande, al principio comenzó a temblar; mas siguió su camino procurando esconderse siempre, al tiempo que decía:

—No creo que el señor pato se haya asustado de ese animal tan raro. Yo también me asusté mucho al principio; es cierto, pero en seguida me di cuenta de que es bueno y no puede hacer daño a nadie.

Camina que te camina, anduvo y anduvo por la selva, y le pareció que estaba ya próximo el fin de su viaje, porque a corta distancia distinguió una casita con grandes carteles, posiblemente en donde vivía el doctor.

Acercóse y, efectivamente, vió que era así; dió dos vueltas alrededor de la casita, y al no descubrir nada que llamara su atención, emprendió el regreso.

Después de andar un buen trecho, como estaba algo cansado, recostóse en un matorral, y no tardó en dormirse.

Pero cuando se hallaba en lo mejor de su sueño sintió que algo le oprimía la cabeza.

Asustado, se disponía a escapar con la mayor rapidez, cuando lleno de espanto advirtió que no podía huir por ningún lado.

—¡Pobre de mí!, ¿quién sois, señor tan poderoso, para privarme de la libertad en esta forma?

—¿Quién soy? —le contestó un potente rugido—. ¿No sabes quién soy? ¡Soy el más fuerte y poderoso de todos los animales!

¡Soy el león, el rey de la selva!; pero de poco te valdrá saberlo... El ratón hizo un esfuerzo y logró zafarse de las garras del león;

mas éste no tardó en atraparlo de nuevo. Entonces el ratoncito comenzó a suplicar:

—Señor león..., señor rey león..., nada os he hecho, no he querido molestaros; dejadme en libertad y nunca más volveré por este lugar...

—En libertad, ¡ja, ja, ja! —rugió el león—; sé que eres del cercano pueblo llamado Feliz, al que muy pronto iré a destruir; ya el otro día habéis mandado otro emisario —aludía al patito—, el que al oír mi más débil rugido huyó espantado. ¡En libertad!, nada me costaría..., pero si lo hago, quizá dirás a tus amigos que el rey de la selva te ha tenido miedo...

—¡No sólo no diré nada —dijo temblando el ratoncito—, sino que me comprometo a ayudaros cuando lo necesitéis!

—¡Necesitar tu ayuda! —repitió el león, soltando una estrepitosa carcajada—. ¿Sabes que me causa gracia, y que sólo por eso te dejaré en libertad? Vete, regresa con tus amigos y diles que muy pronto conocerán a su rey.

Y muerto de risa el león retiró sus garras y dejó en libertad al asustado ratoncito, que le agradeció mucho el haberle perdonado la vida.

Ya era noche cerrada cuando éste emprendió el regreso, pero a pesar de dar muchas vueltas no encontró el camino que debía conducirle al pueblo.

“Bueno —se dijo—, creo que será necesario esperar el nuevo día para volver.”



El ratón hizo un esfuerzo y logró zafarse de las garras del león. Y se disponía a buscar un lugar para pasar la noche, cuando le pareció oír no muy lejos los rugidos del mismo león que poco antes le perdonará la vida. Orientándose por los rugidos, se internó en el bosque completamente oscuro, dejando el miedo a un lado, porque creyó notar que el león pedía socorro. Y, en efecto, después de mucho andar llegó al pie de un enorme árbol, al lado del cual habían hecho una trampa cubierta con una red de sogas, en donde se hallaba prisionero el temido rey de la selva, quejándose lastimeramente. Allí se detuvo, asombrado, el ratoncito, y le dijo al león: —¡Os prometí ayuda y os ayudaré, señor león; sabéis que os estoy agradecido, nada temáis!

Y sin aguardar más comenzó a roer las sogas de la red con sus afilados dienteitos, y al cabo de varias horas logró poner en libertad al león, el que dijo: —Antes me burlé de ti, cuando prometiste ayudarme; ahora comprendo que siempre *los más fuertes necesitamos de la ayuda de los más débiles*. Gracias, buen amigo; ¿qué hacías por este sitio todavía?

El ratoncito, ya sin temor, le dijo que se había perdido en el bosque.

—Yo te guiaré —dijo el león, echando a andar—, y cuando llegues al pueblo diles a tus amigos que sigan viviendo felices, pues ningún peligro los amenaza ya.

Ponchito



YO SOY MUY BUENO PARA
ANDAR A CABALLO

A black and white comic panel showing a boy and a girl in a yard. The boy is on the left, wearing a striped shirt and pants, and is speaking. The girl is on the right, wearing a dress and a bow in her hair, and is listening. In the background, there is a house with a tiled roof and some plants. A small dog is visible in the lower left corner.



NO LE TENGO
MIEDO A NINGUNO

A close-up of the boy's face. He has a determined expression, with his mouth slightly open and his hands near his chest. There are sweat drops on his forehead.



AUNQUE SEAN CHÚCAROS
NUNCA ME CAIGO

A black and white comic panel showing the boy and girl in the same yard. The boy is on the left, wearing a striped shirt and pants, and is speaking. The girl is on the right, wearing a dress and a bow in her hair, and is listening. The background is the same as the first panel.



La fierrecilla

CAPITULO III.— Aventuras en un automóvil.

Julia espiaba anhelante el menor ruido tras la puerta de su dormitorio. Esa puerta, clausurada por la intrigante institutriz Juana, sería abierta en una hora más por el botones Raúl, quien la conduciría a la clínica de Bellavista.

Entre tanto, Corina Artel, en su lecho de dolor, acaso estaría pensando en la ingratitud de su mimada sobrina, quien no acudía a visitarla.

—Los hijos de su primer marido quieren apoderarse de su fortuna —murmuró Julia—, y por eso me tienen encerrada. Poco me importa en este momento el dinero. Yo deseo ver a mi tía Corina, acompañarla, besarla. Sé que ella también estará deseosa de verme.

Poco a poco fueron disminuyendo los ruidos en el hotel Carlton. Cuando la niña advirtió que la mayoría de los aposentos contiguos al de ella estaban sin luz, comenzó sus preparativos de fuga. En una maleta de mano colocó los objetos de uso habitual para un corto viaje, y guardó en su bolso un rollo de billetes.

A medianoche, Julia estaba lista para el llamado del botones Raúl. Este no se dejó esperar.

—Veo que está usted pronta para salir —dijo el botones, entrando al departamento—. Tenemos que apresurarnos, porque el director no tardará en regresar del casino.

—¿Es muy terrible ese director?

—No es terrible; pero la institutriz le recomendó tanto que no dejara salir a usted, que temo que si la descubre la obligue a volver.

RESUMEN: La millonaria Corina Artel tenía a su cargo, como hija y heredera, a su sobrina Julia, niña de doce años, muy altiva e independiente. Un día anunciaron a Julia que Corina había sufrido un accidente grave y estaba en una clínica de Bellavista. En vez de conducirla junto a su tía, la institutriz encierra a la niña en su dormitorio. El botones Raúl, del Hotel Carlton, compadecido de Julia, promete llevarla esa noche a la clínica.

El botones Raúl, un niño casi de la misma edad que Julia, se daba gran importancia en esta atrevida misión.

—Bajaremos por la escalera de servicio —susurró a Julia cuando atravesaban los desiertos pasillos del hotel—. ¿Tiene usted dinero?

—Mucho —declaró Julia.

—Tanto mejor. Encontré un automóvil para que nos lleve a Bellavista. Yo la acompañaré, y regresaré en el mismo coche.

Uno en pos de otro, los fugitivos bajaron con infinitas precauciones hasta la calle, donde les aguardaba un chófer de fisonomía antipática y dura.

—¿Traen dinero? —preguntó el hombre a los niños.

—Por cierto —respondió altaneramente Julia—. De otra manera no le habríamos contratado.

El automóvil partió velozmente y pronto estuvo fuera de la ciudad.

Raúl y Julia no prestaron atención al camino que recorrían en los primeros momentos. La emoción de haber burlado satisfactoriamente la vigilancia que injustamente ejercían sobre ella, deleitaba a Julia.

—Usted comprende, señorita Julia —decía el botones del Carlton—, que yo voy arriesgando mucho con esta travesura. Si a las once de la mañana no me presento al servicio, el director del hotel me pondrá en la puerta...

—No te inquietes —expresó la arrogante Julia—. Si te despiden



—¿Traen dinero? —preguntó el chófer a los dos fugitivos.

del hotel, yo te buscaré un empleo mejor. No creas que olvidaré el favor que me has hecho. Mi tía Corina, si vive...

—¿Y si no mejora? —se atrevió a preguntar Raúl—. Si...

Julia se estremeció; pero, reaccionado valientemente, murmuró: —Aun si ocurriera esa desgracia, yo me preocuparé de ti, y tu porvenir estará asegurado. Yo soy la única heredera de mi tía, la millonaria Corina Artel.

Algo herido por el acento altanero de la niña, Raúl replicó:

—Nada le estoy pidiendo yo a usted, señorita. Simplemente deseo conservar mi empleo en el Hotel Carlton. Si yo le ayudo a usted es por gratitud. Usted fué buena con mi madre...

—Mi buen Raúl, tú eres el único que ha tenido compasión de mí en el hotel —decía Julia—. ¿Por qué todos se han tornado malos e insolentes desde que no está mi tía Corina para protegerme?

—¿No se enojará si se lo digo? —inquirió el simpático botones.

—No, no; sé franco...

—Usted sabe... No sé cómo decirle... Que a las personas grandes no les agrada que los niños sean atrevidos... La gente que trabaja tiene también su orgullo. La señorita Juana, por ejemplo, sufría mucho, y el mozo de piso, don Jaime, la llama a usted LA FIERECILLA...

Deseoso de cambiar de conversación, el botones dijo a Julia:

—¿Qué camino ha tomado el chófer?...

—¡En verdad! —exclamó Julia—; siempre que íbamos a Bellavista seguíamos el camino de la playa. Oiga, oiga, chófer... ¿Adónde nos lleva? Este no es el camino para Bellavista.

—Sí, sí —respondió el huraño individuo—. Es *mi* camino.

—Raúl, tú contrataste a ese chófer. ¿Lo conocías antes?

—No —dijo el niño—, porque si hubiera llamado a los chóferes que se sitúan siempre frente al hotel no habrían querido llevarnos. Después de haber rodado un cuarto de hora más por caminos solitarios y montañosos, el chófer se detuvo bruscamente, descendió del automóvil y abrió la puerta.

—Quiero ver el dinero que tienen para pagar esta carrera —dijo el chófer, con acento tan severo, que ambos niños temblaron.

—No tenga cuidado —expresó Julia—; se le pagará bien y se le dará además una propina; pero continuemos la ruta.

—La propina será para después —insistió el chófer—; pero el precio de la carrera debe cancelarse antes. Apresúrese... No soy muy paciente.



El chófer era un facineroso.

Sin atreverse a discutir más, Julia abrió su lindo bolso y sacó un lío de billetes. Comenzaba a contarlos cuando el hombre se los arrebató de la mano.

—Yo los guardaré —dijo, colocando los billetes en su bolsillo—. Aquí están más seguros.

El chófer volvió a subir al automóvil y siguió por un pedregoso camino.

De pronto lanzó una maldición y murmuró:

—Estamos en *pana*... Desciendan... Tengo que levantar el coche con la *gata*.

Apenas Julia y Raúl saltaron al suelo, el pérfido individuo trepó al vehículo y partió vertiginosamente, dejando a los dos fugitivos al borde del camino.

No hicieron el menor movimiento para llamarle o seguirle. Ambos



El chófer partió dejando abandonados a Raúl y Julia.

eran bastante inteligentes para comprender que todo resultaría inútil.

El ladrón huía con el dinero y el maletín de Julia, y nunca le alcanzarían.

—Tonto, idiota, imbécil —gritó la Fierecilla—; no sé lo que te haría por haberme colocado en esta ridícula situación. Todo es culpa tuya, estúpido, *botones*. . . Nadie se embarca así de noche sin conocer al conductor de un coche. . .

—Escuche, *doña Julia* —replicó con igual insolencia el *botones*—; usted estaba muy contenta conmigo mientras las cosas marchaban bien. Usted también pudo pensar en los peligros que corría al huir de noche. ¿Qué quiere usted? . . . Yo lo hice por hacerle un servicio.

—Bonito servicio —protestó Julia—. ¿Te parece muy cómico?

—Menos cómico me debería parecer a mí, que voy a perder mi empleo en el hotel —declaró Raúl—. Y además de todas mis inquietudes, usted me reprocha. . . Y se extraña de que en el hotel la llamaran Fierecilla. . . Pst, pst. . .

Julia quedó atónita. . . Todos respondían altaneramente a sus palabras; todos se complotaban contra ella. Por fin comprendió la injusticia de sus reproches, y preguntó suavemente a Raúl:

—¿Qué haremos ahora?

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos años duraron las guerras médicas? Envíe su respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los que envíen soluciones exactas, se sortearán los siguientes premios: 20 premios de dos cuadernos cada uno, 10 premios de tres lápices y una goma, 10 cajas lápices de colores, 10 paletas acuarelas, y 10 paquetes Vitalmín.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 77.— Colón efectuó 4 viajes a las Indias Occidentales.

PREMIADOS CON UN ESTUCHE COLEGIAL:

Eliana Castro, Temuco; Julia López, Los Andes; Ruth Feller, Lanco; José Hernán Chamorro, Curanilahue; Jesús Diez, Los Andes; Carmen Silva, Temuco; María Luisa Pérez, Santiago; María Angélica Rojas, Quilpué; Norma Parra, Talcahuano; Nelly Figueroa, San Antonio. UNA CHAUCHERA: Eliana Gómez, Santiago; Sergio Moya, San Bernardo; Karin von Busch, Temuco; Hilda Vásquez, Santiago; Luis Castillo, Santiago; Lautaro Olea, Santiago; Héctor Paredes, Angol; Edgard Briceño, Talcahuano; Doralisa Rojas, Lota; Raúl Figueroa, Concepción. UNA BILLETERA: Fredy Mardones, Hualqui; Manuel Gutiérrez, Valparaíso; Enrique Vera, Melipilla; Elena Espinoza, Viña del Mar; Fernando Montes, Santiago; Héctor Narciso López, Valparaíso; Héctor Rolando Jara, Talcahuano; Héctor Montecinos, Santa Cruz; Ruth Cerda, Santiago; Aristides Aguirre, Los Andes. UN LIBRO: Roberto del Río, Santiago; Rosa Recio, Lautaro; Germán Ramírez, Santiago; Félix Lerdon, Traiguén; María Elena Ovalle, Santiago; Edgardo Roberto Postigo, Santiago; Agustina Navarrete, Santiago; Osvaldo Cepeda, Talca; Adriana Mladineo, Santiago; Carlos Muñoz, San Bernardo. UN PAQUETE VITALMIN: Alicia Moreno, Santiago; Carlos Meyer, Puerto Varas; Gastón Retamal, Chillán; Fernando Fuentes, Parral; María Gutiérrez, Monte Aguilá; Juan Gallardo, Rancagua; Vitalia Parada, Peñablanca; Marta Reyes, Coronel; Raúl Pedraza, Santiago; Ada Alcaíno, Santiago.

SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL, \$ 90.—

SEMESTRAL, \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.

EL MOSQUETERO



CAPITULO III. PEDRO ENCUENTRA UN AMIGO FIEL

1. Pedro de Rognac partió acompañado de su escudero Rolando. Su magnífica prestancia provocó los vítores de todos sus criados. Como Pedro carecía de fortuna, los viajeros se detenían a pernoctar en el camino, alimentándose de las liebres que cazaba el fiel escudero Rolando. “—Ya llegaremos a París”, pensaba el muchacho.

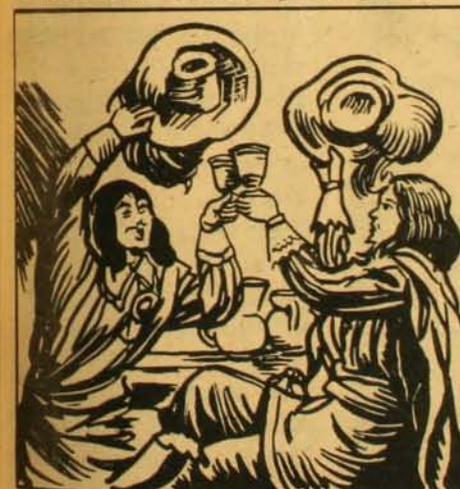


2. Una noche vieron pasar a un jinete solitario y en seguida oyeron gritos y ruidos de armas. “—Corramos, Rolando”, ordenó el joven mosquetero. Cuatro bandidos habían caído sobre el viajero solitario. “—Ya llego, amigo”, gritó desde lejos Pedro de Rognac, sacando la espada de su padre. Momentos después los bandidos huyeron.

AZUL



3. “—Le debo la vida, monseñor —dijo el viajero a Pedro—. Mi nombre es De Armengol. Voy a París para entrar como cadete en la guardia real. Llámeme Juan. ¿Y usted, quién es?” “—Yo soy Pedro de Rognac y voy a luchar con un bandido mil veces más dañino que los malandrines que le atacaron a usted esta noche. Sigamos juntos.



4. Pedro y Juan, siempre seguidos por el escudero Rolando, caminaron en compañía, descendiendo en las mejores posadas, pues De Armengol era un joven rico y generoso. Una mañana de mayo llegaron por fin a París y descubrieron que la capital de Francia estaba en plena efervescencia. “—Seguramente un complot contra el joven rey”, musitó Juan.

(CONTINUARA)

AKYRA



Zora y Akyra querían salvar a Omar.



Akyra se disfrazó de bailarina montañesa.

Capítulo XVIII.— Akyra se disfraza de bailarina.

Por salvar a la doncella Akyra, que estaba prisionera del visir Laucine, el capitán Omar quedó sepultado entre los escombros de la galería subterránea, que él mismo había desmoronado cuando salvó a la joven árabe de un terrible suplicio.

Alí y Suri obligaron a Akyra a huir hasta la casa del mercader Bauzza, convenciéndola de que, para la suerte futura del capitán Omar, era mejor que ella estuviera libre.

En efecto, los fieles amigos del capitán Omar, al informarse de que éste estaba encerrado en un calabozo de Bufekrane, decidieron salvarle.



La doncella se presentó al palacio de Laucine.

La doncella Akyra se disfrazó de bailarina, pintó hábilmente su rostro hasta quedar transformada en una morena hija de las montañas, y así se presentó en la puerta del palacio de Laucine.

—Dejadme entrar —expresó Akyra a los guardias del palacio de Bufekrane—. Id a decir a vuestro amo Laucine que vengo de las montañas para danzar ante él.

Informado Laucine de la solicitud de la bailarina montañesa, respondió inmediatamente:

—Dejadla entrar. Me aburro en este palacio, y sus danzas distraerán mi espíritu.

La disfrazada Akyra, ataviada con vistosas

Zora, la bella hija de Bauzza, se había contratado como sirvienta del visir Laucine, jefe de la policía del tirano Ben Kasen, y ésta servía de espía a los rebeldes que permanecían ocultos en las cavernas del islote.

—Zora —dijo Akyra a la joven—, necesito entrar al palacio de Bufekrane—. Tengo un plan para salvar a mi amigo Omar.



Laucine ordenó que salieran los guardias.



Laucine se asustó al ver el puñal.

—Condúceme a los calabozos —
ordenó Akyra.



—Condúceme a los calabozos y no trates de llamar a la guardia.
—¿Quién eres tú, demonio maligno? —preguntó Laucine.
—Soy la vengadora de tus múltiples crímenes, Laucine —dijo Akyra.

Laucine obedeció a la heroica doncella árabe.

(CONTINUARA)

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
Santiago de Chile - Casilla 84-D.



Por LUGOZE

¡LE LLEVARÉ ALGO ESPECIAL!



¡AQUÍ OS TRAIGO LO QUE VOS ME PEDISTEIS!



¡JE, JE!

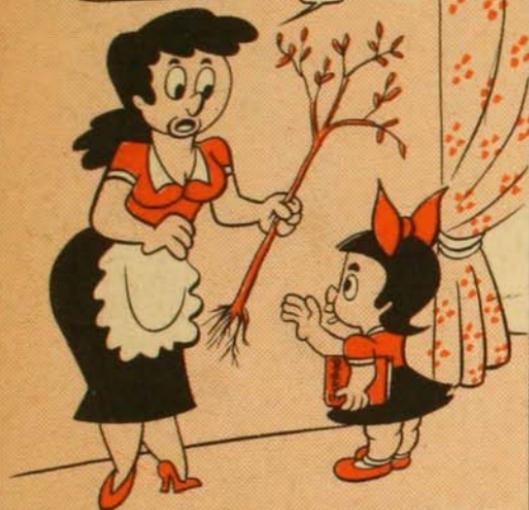
¡AY UN RATÓN!



LUGOZE



PLANTA ESTE ARBOLITO EN EL JARDIN Y LO RIEGAS



¡JA, JA! QUE DIVERTIDO ES LAUTARITO



¡QUE BONITO ES ESTE CUENTO!



...Y ENTONCES LA PRINCESA...



Simbad

no 81

VALIENTE CAZADOR DE URI

2.-



LAUTARITO



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxané)

AÑO II - N.º 81

Precio: \$ 2.—

21-III-1951

El PEREGRINO de BUDA

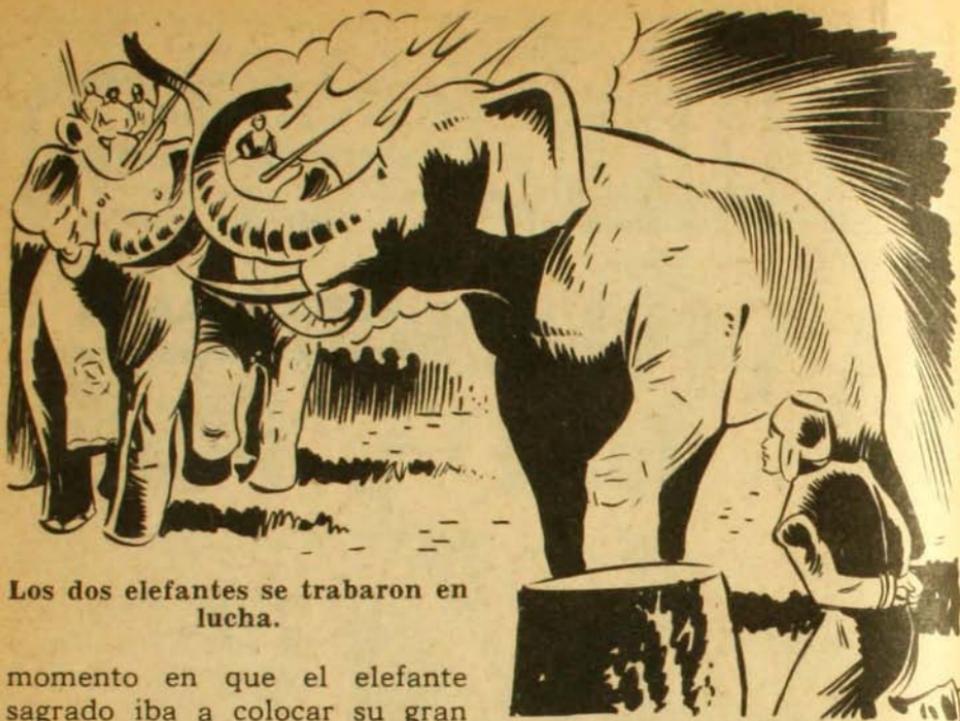


CAPITULO X.—

El Gran Khan, jefe de los turcos de la India, había decretado la muerte del peregrino de Buda porque odiaba la religión budista. El suplicio que reservaba a Yuansú se verificaría en la primera noche de la luna nueva.

Entonces fué cuando el fiel criado Wei acudió al rey Pulakecín, de Dekán, para que auxiliara al peregrino de Buda. Pulakecín partió con un numeroso ejército, llegando al recinto amurallado del Gran Khan, en el preciso

El elefante blanco avanzaba hacia Yuansú.



Los dos elefantes se trabaron en
lucha.

momento en que el elefante
sagrado iba a colocar su gran
pezuña sobre la cabeza de Yuansú para aplastarla.
Un emisario llegó anunciando la llegada de las tropas de Dekán,
lo cual produjo gran pánico entre los turcos.



El acerado dardo se hundió en
el cráneo del elefante blanco.

Los oficiales daban órdenes, los khanes tocaban sus trompetas, los caballos relinchaban.

Sólo el elefante blanco proseguía su tranquila marcha hacia la piedra del sacrificio, donde Yuansú esperaba la muerte con pasmosa indiferencia.

De súbito el paquidermo sagrado se detuvo y alzó su trompa. Un berrido atronador estalló en el espacio.



Yuansú fué izado hasta el lomo del paquidermo.

Los elefantes de guerra, ebrios de ira, atravesaban el campamento turco, pisoteando a su paso hombres, caballos y tiendas. Aquellos monstruosos paquidermos habían destruído de un golpe la empalizada interior y avanzaban por el patio del palacio. Cuando divisaron al elefante blanco, hubo un imponente silencio. El paquidermo que llevaba en su lomo al rey Pulakecín, de Dekán, se arrojó contra el elefante sagrado del Gran Khan.



Los discípulos de Buda instruían a Yuansú.

El choque fué de inaudita violencia. Lentamente osciló el elefante blanco sobre sus patas. El dardo que llevaba el paquidermo de Pulakecín en la frente se hundió en el cráneo del elefante sagrado y el colmillo con punta de acero le atravesó la garganta. El elefante blanco dobló enteramente sus rodillas y cayó como una mole que se desploma.



Yuansú atacaba a los bramanes.

Mudo de estupor el peregrino de Buda observaba aquel gigantesco y breve combate.

De pronto se sintió alzado por dos manos potentes y se encontró sobre el lomo del elefante vencedor y frente al rey Pulakecín y su criado Wei.

Mientras que los tres hombres se felicitaban por el feliz éxito de su plan, la lucha en torno de ellos ter-

minaba con la completa derrota de los turcos, dispersos o aniquilados.

El Gran Khan pereció en la batalla, su castillo fué incendiado y su guardia diezmada.

—Que cese la carnicería —ordenó el rey Pulakecín—; regresemos sin tardanza a nuestro lejano reino.



Los bramanes capturaron al peregrino de Buda.

Para Yuansú la vida siguió su curso normal durante los meses que vivió en Dekán. El peregrino visitó todos los lugares donde había vivido el gran Buda y tomó contacto con los discípulos del Maestro. Estos sabios budistas le enseñaron las doctrinas de Buda en sus textos originales, dándole mucha luz y sabiduría.

Antes de levantar un obelisco de piedra para celebrar la salvación de Yuansú, el rey Pulakecín organizó una gran ceremonia, durante la cual el peregrino de Buda dirigió la palabra.

Con su natural elocuencia hizo triunfar sus principios religiosos y confundió a los idólatras bramanes.

Estos no se atrevieron a atacarle abiertamente, pero una noche incendiaron el pabellón donde vivía. Wei instó a huir a su amo. El rey Pulakecín también acudió para salvar a su protegido de las llamas, pero entre la gran humareda Yuansú fué cogido por sus enemigos.

Uno de los bramanes le amordazó y ligó de pies y manos.

—Le llevaremos a la “Torre de los Sollozos” —dijo el jefe del complot contra Yuansú—, y allí decidiremos qué muerte se le dará.

(CONTINUARA)



EL MISTERIO DEL DESIERTO



CAPITULO VIII.— Lily prisionera de los tuareg

Durante la noche Mesaud, Bakri y Polo recorrieron el desierto llamando a Lily. Por fin Bakri decidió caminar hasta las montañas.

—Acaso ha seguido el camino hacia Tabala —cavilaba Polo—. Ayer yo le indiqué el sendero que conducía hacia la colonia francesa.

De pronto vieron llegar hasta ellos al perro Crutón, quien traía en su collar una misiva del negro Bakri.

Decía así:

Crutón les guiará. Síguenle. Creo que podremos encontrar a la niña. Yo sigo sus pasos.

Polo y Mesaud emprendieron veloz carrera siguiendo al perro Crutón y pronto se reunieron con Bakri.

—¿Encontraste a Lily? —preguntó Polo Lorin.

—Mire —dijo el negro, mostrando a Polo el velo de Lily—. Lo encontré en un arbusto.

—¿Pero, Lily? —preguntó Polo, desesperado.

—Imposible alcanzarla —murmuró Bakri—. Huellas de camellos indican que se la robaron los tuareg.

Mesaud anduvo algunos metros hasta llegar al recodo de la montaña y volvió muy apenado.

—Yo también creo que los tuareg se han robado a tu hermana —expresó el pastor—. No la matarán ni le harán daño. Esa tribu de bandoleros exigirá un grueso rescate.

RESUMEN: Lily y Polo Lorin van a reunirse con sus padres, colonos de Sidi-el-Guir. Les acompañan el fiel Bakri y una joven húngara, Dora, quien traiciona a los niños. Conocen a una danzarina, Aicha, quien les regala un brazalete. Nadie los espera en Sidi-el-Guir. Por un disco en la radio escuchan un grito de auxilio. Los niños abandonan la casa de sus padres y huyen a una caverna con el pastor Mesaud. La bruja les dice que el doctor Lorin y su esposa están prisioneros en el Lago Sagrado. Los cuatro fugitivos emprenden un viaje lleno de penurias y necesidades. En el momento en que los árabes van a dar muerte a Polo culpándolo de espía, ven que el muchacho posee un talismán sagrado y le aclaman. Lily desaparece misteriosamente.

Por primera vez después de tantas y tan fuertes emociones, Polo Lorin estalló en llanto. Todo su valor se evaporaba en vista de la desaparición de Lily.

—No te desesperes, *sidi* —balbuceó Bakri—. Todavía hay esperanzas de encontrar a la niña. Los *tuareg* irán también al Lago Sagrado. Quizás les encontremos a la entrada de los desfiladeros. Sigamos el camino de todos los peregrinos. Así no se escaparán de nuestra vista.

Los caminantes decidieron continuar viaje al amanecer, a fin de que Polo recuperara sus agotadas fuerzas.

Habían perdido el borriquillo y debían recorrer centenares de kilómetros antes de llegar a los desfiladeros de la montaña.

Despuntando el alba, Mesaud, Bakri y Polo se ponían de nuevo en marcha. A mediodía llegaron a los primeros vericuetos de la



El perro Crutón traía en su collar un papel.

montaña. Una larga fila de peregrinos formaba una inmensa faja blanca en la cintura del monte. Antes de entrar a los desfiladeros, las caravanas debían dejar sus camellos, mulas y coches en la altiplanicie.

Mesaud y Bakri se mezclaron con los árabes de las diversas tribus y por ellos supieron que los *tuareg* no concurrirían a las ceremonias del Lago Sagrado.

—Los *aiussas* —declaró un sheik— les han prohibido la entrada porque son bandidos peligrosos y pueden turbar las fiestas religiosas con sus fechorías.

—¿Dónde acamparon? —preguntó Mesaud.

—Han regresado al desierto por el otro sendero de la montaña y, como caminan desde ayer por la tarde, han de ir muy lejos. Los tres amigos se miraron consternados. Lily estaba perdida para ellos.

Mientras Bakri, Polo y Mesaud buscaban desesperadamente a Lily Lorin, la niña sufría también tormentos indecibles.

Recordarán nuestros lectores que Lily fué entregada a una vieja mora, quien debía responder de la cautiva.

Cuando Lily recobró el conocimiento, y vió inclinada sobre ella a la malvada mujer, dió un grito pavoroso y pretendió huir.

—Si te mueves —díjole la mora—, te mataré a palos.

Lily permaneció inmóvil y aterrada.

—¿Y Polo? —se atrevió a preguntar la pequeña prisionera.

—¿Quién es ese Polo? —interrogó Zoraida.

—Mi hermano, el muchacho que hacía bailar al perro.

—Tu hermano es un espía —respondió Zoraida—, y le han cortado la cabeza.

Lily comenzó a temblar. Horrorizada, murmuraba:

—Polo, mi pobre Polo. . .

—¡Cállate! —rugió la vieja—, o si no te curto a palos.

Lily cayó otra vez sobre la inmunda estera y se cubrió la cara con ambas manos.

Después de un largo rato, advirtiéndole Zoraida que la niña permanecía inmóvil, la creyó dormida y se dirigió en busca de agua a la noria.

Lily pensó que su única salvación era la fuga. Apenas salió Zoraida, se deslizó fuera del tugurio y corrió hacia el desierto.



En un recodo del monte, Lily se encontró súbitamente con una caravana.

Como toda la población se encontraba en la plaza aguardando el suplicio de Polo, la niña pudo huir sin que nadie la detuviera.

Falta de aliento, por fin se refugió a la sombra de un bosquecillo. Entretanto Zoraida regresaba al tugurio y, al ver que su prisionera había desaparecido, corrió a casa del sheik. En ese momento el sheik estaba reunido en consejo con los potentados de su tribu, y la mujer no se atrevió a denunciar la fuga de su prisionera.

Llegó la noche. Mientras Polo, Mesaud y Bakri la buscaban en el desierto, Lily se perdía en los vericuetos de la montaña.

Con la obscuridad salieron de sus cuevas las hienas y los chacales. La niña, loca de terror, corría desesperada. En su carrera perdió el velo de seda roja que llevaba atado al cuello.

En ese instante llegaba a un recodo del monte y se encontró súbitamente con una caravana de camellos y hombres de aspecto

Su primera idea fué huir, pero era tal su temor a los chacales y hienas, cuyos aullidos la perseguían, que prefirió ser capturada por los árabes antes que verse devorada por las fieras.

Por lo demás, poco tiempo tuvo para cavilar, porque ya uno de los bandidos la cogía en sus brazos y le preguntaba:

—¿Quién eres tú?

Lily trató de explicar que era una bailarina mora, que se había extraviado en la montaña, y, para afirmar lo que decía, mostró su pantalón de seda y su blusa bordada.

—¿Desde cuándo las moras se pasean con el rostro descubierto, lejos de sus viviendas? —exclamó el bandido—. Nunca vi árabes de ojos azules... Tú eres una *rumi*. Llévemola donde el jefe. Lily lloró, suplicó, pero todo fué inútil.

—Entréguenla a las mujeres de la tribu —ordenó el jefe—. Me ocuparé de ella cuando acampemos. Y ahora en marcha... No perdamos tiempo.

Lily fué colocada en un palanquín sobre el lomo de un camello. En el palanquín iban también dos esclavas negras.

Por esas mujeres Lily se informó de que ellas habían sido capturadas por una tribu de *tuareg*.

Al amanecer Lily fué bajada del camello y quedó a cargo de una negra que la amenazó con hundirle un puñal en el pecho si pretendía huir.

En pocas horas los *tuareg* improvisaron un campamento en la quebrada, levantaron tiendas y las engalanaron con vistosas telas. El *targui* o jefe de la tribu convocó a su presencia a Lily Lorin.

—¿Tus padres pueden pagar un fuerte rescate por ti? —preguntó el *targui*.

—Mis padres han desaparecido e ignoro dónde se encuentran —declaró Lily.

—Bien —replicó el bandido—, si tus padres no pagan una buena suma de dinero, te abandonaremos en el desierto y serás devorada por las fieras.

La niña lanzó un grito de horror, pero este grito se ahogó en su garganta al divisar el rostro de una mujer asomado en un lujoso palanquín.

Un espeso velo cubría su rostro dejando libres solamente unos ojos brillantes, que Lily creyó reconocer.

La joven mora, que había descendido del palanquín, preguntó al jefe de los *tuareg*.



Uno de los bandidos cogía a Lily y la aprisionaba.

—¿Quién es esa muchacha?

—Una *rumi* que mis hombres hallaron en la montaña. Voy a mantenerla cautiva hasta que su familia pague un buen res-

cate por ella. Si no pagan la abandonaré en el desierto y si no la devoran los chacales, caerá en poder de los *aiussas*.

—Haces mal, *targui* —replicó la mora—. Déjala mejor en el campamento junto con los demás prisioneros. Es muy niña todavía.

—Bien, princesa —dijo el *targui*, inclinándose ante la velada joven.

La joven mora entró en una lujosa tienda de campaña mientras el *targui* entregaba a Lily a una horrible mujer.

—Acuéstate y trata de no aturdirme con tus llantos y gemidos —dijo la negra.

Pero era tal su cansancio, que pronto se durmió profundamente.

—Floja, ¿crees que estás aquí para divertirte y dormir a tus anchas? Dobla esas mantas y amárralas con la correa.

Lily comenzó a doblar las mantas, pero sus débiles fuerzas no le permitían enrollarlas ni atarlas con la correa.

(CONTINUARA)

LA FLECHA



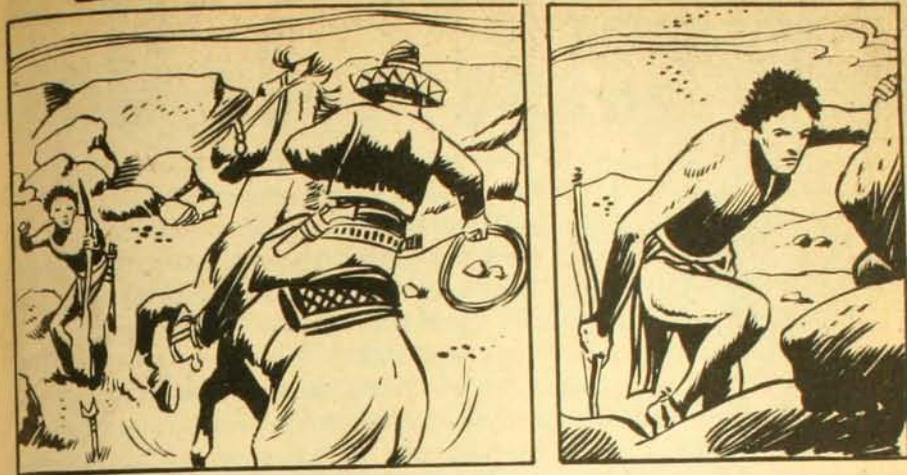
CAPITULO X.—EL LOCO RULON.

1. Teddy Bill, después de dejar a Olivia y a la princesa Alika en la casa del hacendado Barley, volvió en busca de Ramón, quien conducía sus ganados a una montaña solitaria. "—Patrón —díjole el indio Tacomac—, Chiguán prepara algo grande. Quiere robarse otra vez a la princesa Alika." "—Descuida, Tacomac —respondió Teddy—, Alika ya no está en mi rancho, y nadie la raptará."



2. Siguiendo hacia las montañas los rancheros lanzaron el lazo a dos puercos que se les habían escapado. Pero en ese instante apareció un hombre hirsuto y les lanzó una flecha. Era el loco Rulón, encargado por Chiguán de cuidar la Flecha del Sol. Inmediatamente Ramón cogió a su vez el lazo para coger al ladrón de su manada de cerdos. El loco Rulón desapareció entre las rocas.

DEL SOL



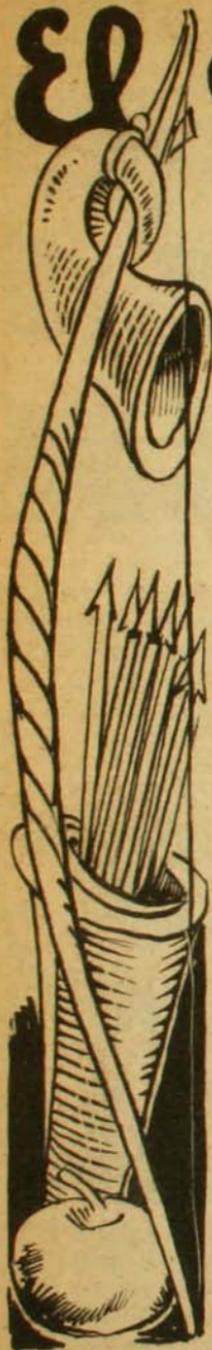
3. Ramón continuó siguiendo al hijo de la hechicera y le vió subir por un liso peñasco hasta una especie de cráter de volcán, que resultaba inaccesible para cualquier individuo que no fuera ese hombre hirsuto y salvaje. "Aquí debe tener su madriguera Chiguán —pensó Ramón—. Algún día vendré con Tacomac." El loco Rulón entró a la caverna de los ídolos.



4. Entre tanto Olivia y Alika vivían tranquilas en casa de los esposos Braley. Un día quisieron salir de la enmurallada casa. "—Tengan cuidado— aconsejó la señora Braley—. Teddy prefiere que no salgan a la calle." Pero ambas jóvenes se hicieron acompañar por un vaquero. "—Chit —dijo de pronto Alika—; allí hay un grupo de *chipetes*. Escuchemos... Están complotando, sin duda."

(CONTINUARA)

El valiente cazador de Uri



Allá por el año mil trescientos y tantos, en una humilde choza situada en el cantón de Uri, vivía en compañía de su esposa y dos hijos, Walter y Guillermo, un esforzado cazador que fué por aquel entonces el héroe de la independencia suiza. Se llamaba Guillermo Tell.

Como los demás pastores y cazadores que vivían en las aldeas vecinas, enlazadas entre sí por empinados senderos tallados en la roca viva de las altas montañas siempre nevadas de los imponentes Alpes, llevaba un gorro de piel, las piernas al aire y calzaba sandalias de cuero.

Muy trabajador y de nobles sentimientos, Guillermo Tell era querido y respetado por todos; y tenía fama de ser el mejor cazador, porque nadie con más fuerza y maestría manejaba el arco en toda la región.

Un día circuló por la ciudad una noticia que preocupó de igual manera a los pobres como a los ricos. Muerto hacía varios meses el gobernador, uno nuevo se presentaba para substituirlo en el cargo. Y éste, un militar muy rudo y malo, llamado Gessler, llegaba al lugar dispuesto a castigar de la manera más cruel a quienes se opusieran a sus caprichos. Poco tardó la población en conocerle; solamente llevaba una semana en el cargo, cuando una noche hizo castigar a un anciano porque al pasar a su lado no se quitó el sombrero. Otra vez encerró en un oscuro calabozo a un campesino muy pobre, porque los gritos de sus animales no le dejaban dormir en su palacio. Y así, de esa manera, en otras ocasiones trató de imponer su voluntad haciéndose temer por todo el mundo.

Muy pronto se enteró Guillermo Tell de la suer-

te corrida por sus amigos. Disgustado mucho por esos castigos que consideraba injustos, dijo un día a su esposa que iría hasta la ciudad para ver si era cierto cuanto se decía del malvado gobernador Gessler.

—Ten cuidado, Guillermo —le dijo muy afligida aquélla—; mira que de ser cierto cuanto se dice de él, te castigaré, si te presentas en su palacio.

—Nunca he tenido miedo —le respondió Tell, que en realidad era muy valiente—; y ahora menos que nunca debo tenerlo, pues nada he hecho que merezca castigo.

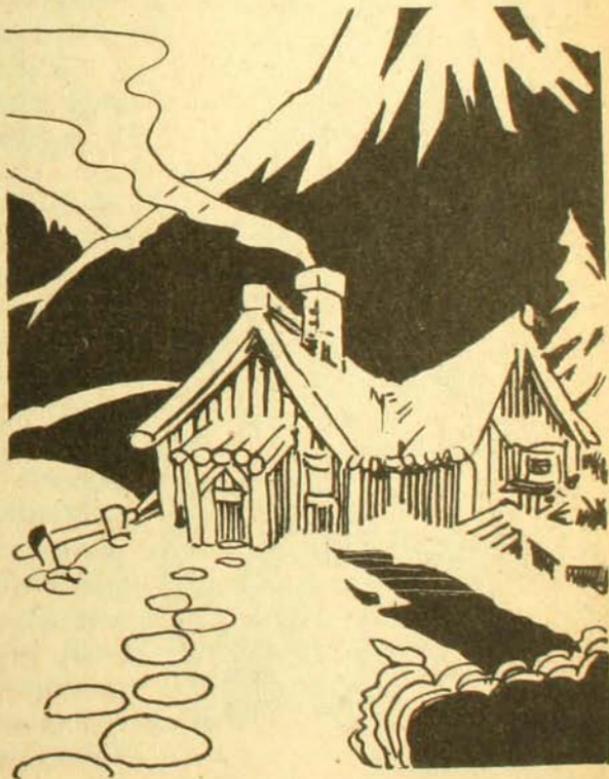
Ya que era imposible convencer a su esposo de que desistiese del viaje, la pobre mujer trató de hacerlo menos peligroso.

—Puesto que estás decidido a ir, creo que no es necesario que lleves el arco y las flechas —le dijo—; es posible que haya llegado a oídos del gobernador que eres un hábil cazador y que crea, al verte con las

armas preparadas, que vas dispuesto a matarle.

—Tú sabes bien, querida esposa —le respondió Tell—, que no podría marchar sin llevarlas. Las quiero como si fueran una parte de mi cuerpo y, además, sería insensato que cruzara sin ellas el bosque habitado por fieras.

Cuando ambos estaban así conversando, entró en la habitación el pequeño Walter. Curioso como todos los chicos de su edad, el niño, al ver a su padre dispuesto a partir, se acercó a



... una humilde choza situada en el cantón de Uri.

él y le habló cariñosamente al tiempo que tendía sus manitas:

—¿A dónde vas, papá?

—A la ciudad, hijito —le respondió Tell, acariciándolo—, a visitar a unos amigos que han sido castigados por un hombre muy malo.

—¿Y por qué no me llevas contigo?

Al escuchar la pregunta del pequeño, la mujer, que había guardado silencio, aprovechó la ocasión que se le ofrecía para decirle a su esposo:

—Llévalo, si quieres; él te hará compañía. Además, si el gobernador te ve con un niño, se dará cuenta de que no son malas tus intenciones.

—¡Sí, sí, papá! —exclamó el pequeño Walter con alegría—. ¡Llévame contigo, pues yo, que ya soy un hombre como tú, podré defenderte!



Después que la mujer hubo besado cariñosamente a su esposo y abrazado largamente a su hijito, ambos salieron de la casa y se encaminaron hacia el bosque. Una luna blanca brillaba en el cielo, por lo que se veía sin dificultad el camino que conducía hasta la capital.

Durante un largo rato el padre y el hijo caminaron en silencio. Muy pronto, sin embargo, el niño, sorprendido de las cosas que veía, comenzó a hacer preguntas:

—Dime, papá, ¿es cierto que porque tienes el brazo muy fuerte puedes arrojar las flechas a mucha distancia?

—Sí, querido Walter —le respondió Tell, sonriendo.

—Entonces, si tú quisieras —volvió a decir el pequeño—,

Guillermo Tell era el mejor cazador...



—¡Oh, no; hasta la luna no alcanzaría!

estirando mucho la cuerda del arco alcanzarías hasta esa hermosa luna que alumbra el camino.

—¡Oh, no; hasta la luna no alcanzaría! Se halla muy lejos de nosotros y la flecha perdería fuerza antes de llegar a ella.

La respuesta dejó pensativo al niño. Sabía, porque muchas veces había escuchado, que su padre era el mejor cazador de toda la región, y siendo el niño tan pequeño, no podía explicarse cómo las flechas no llegaban a la luna.

De pronto Guillermo Tell y su hijito se detuvieron al oír ruido de cabalgaduras; por un claro del bosque vieron aparecer a varios caballeros militares, jinetes en magníficos caballos. Cuando estuvieron cerca, uno, que por las ropas que vestía parecía un príncipe, lanzando una desafiante mirada al cazador, le dijo:

—¡Creo conocerte! ¿No eres tú Guillermo Tell?

—En efecto, señor —le respondió el nombrado.

—¿Y no sabes, por ventura, quién soy yo?

—No, señor —respondió humildemente Guillermo Tell, apoyando una mano sobre la cabecita de su hijo.

—¡Pues entérate de una vez, desdichado! ¡Soy tu nuevo amo, el gobernador Gessler! ¡Y a quienes como tú pasan a mi lado sin quitarse el sombrero, suelo castigarlos como se merecen! Por un momento olvidé que eres el mejor cazador de la ciudad. Pero mira, para que veas que también sé proceder con justicia, me comprometo a no castigarte si me demuestras que es cierto cuanto se dice de tu destreza.

Guillermo Tell sonrió al escuchar esas palabras; sabía que a cien pasos de distancia no habría de errar un blanco por pequeño que fuera. Por eso, al tiempo que colocaba una flecha en el arco, preguntó:

—¿Hacia dónde quiere el señor gobernador que dispare por primera vez?

El malvado Gessler permaneció callado unos instantes. Al cabo, haciendo una mueca de satisfacción, exclamó señalando al niño:

—El pequeño puede ayudarte en este caso; si es cierto que no temes errar, haremos una prueba arriesgada. Colocaré una manzana sobre la cabeza de tu hijo, al que ataremos a un árbol, y tú dispararás sobre la manzana con una flecha.

Al oír tal cosa, Guillermo Tell se puso muy pálido. Su pulso siempre firme y seguro cuando empuñaba el arma, tembló ahora como una hoja, al darse cuenta de la tremenda prueba que se le exigía.

—¡No es posible que habléis en serio, señor! —exclamó con voz emocionada—. ¡Cualquier cosa podría hacer, menos eso que me habéis pedido!

—¡Pues lo harás! —bramó Gessler al tiempo que dejaba oír una carcajada—. ¡Lo harás porque en caso contrario tanto tú como él habréis de lamentarlo!

Sujetado fuertemente por los acompañantes del gobernador y no pudiendo por ello defenderse, Tell sintió que la sangre le hervía en las venas. Pero antes de que tuviera tiempo de pronunciar una sola palabra, el pequeño Walter exclamó tranquilamente:

—Nada temas, papá, demuéstrale a este señor que nadie maneja el arco como tú.

Ante las inocentes palabras del niño, Tell pareció decidirse. Tratando de estar tranquilo, vió cómo su hijo era atado a un árbol y sobre su cabecita era colocada una manzana. Pero cuando apuntó al niño con el arma preparada, nuevamente el pulso le tembló. Parecía incapaz de afinar la puntería, justamente en mo-

mentos en que más necesitaba estar sereno, y el arco se le cayó de las manos.

Gessler, entonces, con perversa intención, le gritó:

—¡Tira, cobarde! Aprende que sólo tiene derecho a usar armas el que las sabe manejar.

Guillermo Tell ya no titubeó más ante esta ofensa. Frente al niño que aguardaba sin pestañear, y en medio de un silencio mortal, tiró de la cuerda resuelto, apuntó conteniendo la respiración, y la flecha, cruzando veloz la atmósfera, atravesó la manzana y clavóse en el tronco del árbol. Los presentes lanzaron un grito de admiración, y el gobernador se mordió despechado los labios. Aproximóse lentamente al cazador y notó, con extrañeza, que en la cintura tenía Tell otra flecha preparada.



Guillermo Tell ya no titubeó más ante esta ofensa.

—¿Qué pensabas hacer con esa flecha? —le preguntó muy serio.

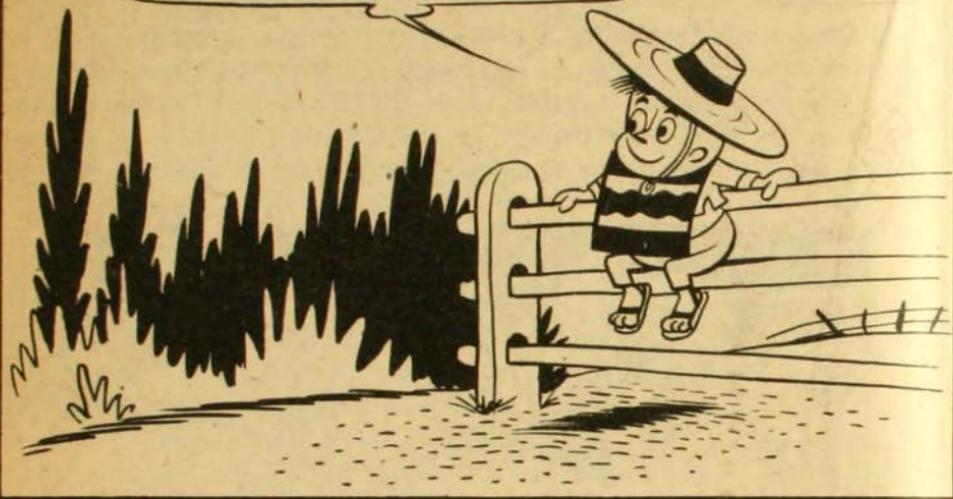
—Dispararla contra vuestro pecho, si la primera que disparé hería a mi hijito —respondió Tell, resueltamente.

Pero el gobernador, que al cabo se había dado cuenta de su mal proceder, ordenó que dejaran en libertad al cazador. Después, al tiempo que se alejaba a caballo con sus compañeros, le dijo afectuoso:

—Puedes irte tranquilo con los tuyos, amigo Tell; me has demostrado hoy que eres un valiente y los valientes merecen un premio.

Ponchito

ALLÍ VIENE DON SERAPIO, LO
HARE' RABIA UN POCO



PELADOOO CABEZA DE
TUNA, EL PELOO...



¡ATREVIDO! ANDA
A CANTARLE A
TU ABUELA





La fierrecilla

CAPITULO IV.— *En el albergue de la montaña.*

—Raúl, estoy desesperada — decía Julia—. ¿Qué haremos ahora?

El botones Raúl, que tenía excelente carácter, olvidó las injurias de la Fierrecilla y respondió serenamente:

—Me pareció ver una casa poco antes de que el chófer nos abandonara. Podríamos retroceder hasta allí.

Pero una distancia que parece corta en automóvil, resulta larga cuando se camina a pie.

Dos horas después los niños divisaron luz en un albergue campesino.

¿Qué acogida recibirían en esa casa de la montaña?

Mucho rato vacilaron antes de entrar. Por la ventana examinaban el interior del albergue, malamente iluminado por una ampolla eléctrica, sucia y empolvada.

Inquietante parecía a Raúl y a Julia aquella casa alumbrada a hora tan avanzada de la noche.

¿Qué aguardaban allí y a quién? La imaginación del botones Raúl, excitada por la lectura de novelas policiales, le movía a pensar que esa luz era una señal o una cita para contrabandistas o malhechores.

Julia, más tranquila y positiva, murmuró:

—Tal vez la dueña de casa olvidó apagar esa luz.

Con el corazón palpitante, golpearon a la puerta antes de entrar. Una mujer, soñolienta y despeinada, acudió al llamado.

RESUMEN: La millonaria Corina Artel tenía a su cargo, como hija y heredera, a su sobrina Julia, niña de doce años, muy altiva e independiente. Un día anunciaron a Julia que Corina había sufrido un accidente grave y estaba en una clínica de Bellavista. En vez de conducirla junto a su tía, la institutriz encierra a la niña en su dormitorio. El botón Raúl del Hotel Carlton, compadecido de Julia, promete llevarla esa noche a la clínica. Ambos niños parten en un automóvil, pero el chófer que los conduce resulta ser un ladrón que despoja a Julia de su dinero y les deja abandonados.

—¿Qué buscan aquí? —preguntó muy sorprendida al verles—. Yo esperaba... ¿Quiénes son ustedes?

En seguida, como si un presentimiento la embargara, exclamó: —Algo le ha ocurrido a Tonio... Díganmelo pronto.

—No, señora —indicó Julia—. Nos hemos extraviado y veníamos...

—Gracias sean dadas a Dios —dijo la mujer, con igual exaltación—. Yo creí que Tonio no regresaba porque estaba herido... En la montaña es fácil resbalar. Tonio es tan imprudente y loco... Nadie como él.

Julia trató de detener aquel torrente de palabras.

—No, señora —dijo la niña—. Nosotros no venimos a anunciarle ninguna desgracia, ni vimos gente en el camino. ¿No es verdad, Raúl?

El botones trató también de acallar la exaltación de la mujer, por si de esa manera podían obtener ayuda.

—Todo está tranquilo en estos parajes —expresó Raúl.

—No es al camino a quien temo yo, niño —dijo la mujer—. Es a la montaña. Cuando Tonio parte así de noche y solo, yo sé que escala los más altos picachos. Tonio es el mozo más valiente y gallardo de la región. Tonio es un águila, un águila que remonta hasta el sol. La mujer continuó hablando así por espacio de diez minutos sobre su Tonio, su valentía y hermosura.

Julia y Raúl cambiaban miradas desesperadas. Por fin la mujer detuvo su verbosidad y, observando de hito en hito a los niños, preguntó:

—¿Y ustedes qué hacen errando por la montaña a horas tan



Julia y Raúl quedaron rezagados en medio del camino.



Temerosos, llegaron a un albergue de la montaña.

Después de quitarme el dinero, se burló de nosotros dos y nos dejó en estas soledades.

—Ustedes andaban solos a esta hora —observó la mujer—. Y tú, muchacho, perteneces a la servidumbre del Hotel Carlton...

—Sí —se apresuró a decir Julia—, él es *botones* en el hotel y yo pensionista.

—¿Y no encontró usted mejor compañía que ese *mosquito* para viajar de noche? —indicó la sospechosa mujer.

—No —dijo la imprudente Julia—, tuvimos que huir del hotel porque mi institutriz quería impedir que yo acudiera a Bellavista, donde está herida mi tía...

—¡Ah, ah, ah! —dijo severamente la mujer—, entonces se trata de una escapada, de una fuga de dos pilletes que han querido divertirse lejos de sus mayores.

avanzadas? ¿Quiénes son ustedes?

—Nos hemos perdido y precisamos llegar a Bellavista lo más rápidamente posible —declaró Julia—. Mi tía Corina Artel está muy grave en un hospital.

La mujer les miró con desconfianza y preguntó:

—¿Cómo se entiende que anden por estos lados cuando Bellavista está en sentido contrario? ¿De dónde vienen ustedes?

—Señora —explicó Julia—, el chófer de un automóvil de alquiler, un hombre malvado, que debía conducirnos a Bellavista, nos engañó.

—No, señora —protestó Julia—, nunca pensamos en divertirnos, se lo juro.

—Cállese usted, desdichada —ordenó la verbosa mujer—. Piensen que sus madres deben estar desesperadas buscándoles. Tal vez lloran. . .

—Yo no tengo madre —expresó Julia, mientras Raúl inclinaba la cabeza como un culpable—. Era mi institutriz la que no quería dejarme ir a Bellavista.

—Una institutriz es una persona seria —declaró la mujer—. Si ella te lo prohibía, muchacha, sus razones ha de tener.

—Entonces —preguntó Julia entre desolada y furiosa—, ¿usted no nos ayudará a llegar a Bellavista?

—Por cierto que no —replicó la montañesa—. Apenas llegue mi Tonio, y cuando tenga tiempo, les llevará. Mientras tanto no se moverán de aquí.

—Supongo que no intenta encerrarnos —protestó Julia, con indignación.

—No quiero complicaciones —expresó la mujer con firmeza—. Y tú, muchacha, trata de ser más gentil y bien educada. No pretendo molestarles. Les daré de comer y un lecho para dormir. Pero a mí no me agradan los niños que dan inquietudes a sus padres.

A pesar de las protestas de Julia, que gritaba e insultaba como una fierecilla, la mujer les obligó a entrar en una habitación, cuya limpieza era relativa.

Allí les sirvió un plato de sopa caliente y les mostró dos camas bastante sucias.

—Reposen —ordenó la mujer—, y quiera el cielo que mi Tonio llegue antes del día. No saldrán de aquí hasta que él lo decida. La mujer salió sacudiendo sus cabellos grises.

Julia y Raúl se miraron consternados.

—¡Qué chiste! —murmuró Raúl—. Aquí nos quedamos anclados hasta que el famoso Tonio regrese.

—Y entretanto mi tía Corina puede morirse sin que yo la vea —gimió Julia—. Esta mujer es una borrica. . .

—Hizo mal usted en enfadarla —protestó el botones del Carlton—. Como siempre, usted empeora las cosas con su mal genio. Nada se avanza con gritar y vociferar. Ella tiene razón. . . Mejor hubiera sido obedecer. . .



—No creo que anden en buenos pasos —dijo la mujer a Julia.

—Tú no tienes carácter ni valentía —gritó la **FIERECILLA**.— Eres un miedoso, un cobarde... Eso eres...

—Y usted una rabiosa y una ingrata —replicó Raúl—. Todos tenían razón al juzgarla, señorita Julia. No discutiré más con usted. Buenas noches...

Sin una palabra más el *botones* se tendió sobre una cama y pronto se quedó dormido.

Julia miraba con horror el otro lecho desaseado, pero al fin, con gran repugnancia, también se acostó en él.

La niña no pudo dormir a pesar de su gran fatiga. Los bichos abundaban allí.

“¿Qué obtuve con mi fuga? —pensaba Julia—. Cambiar una prisión por otra peor. Y cuando llegue ese famoso Tonio, ¿qué suerte se nos espera? No sería extraño que ese hombre resultara un bandido, o un secuestrador.”

Con la experiencia reciente del chófer de taxi, Julia tenía razón de sospechar de todos.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántas y cuáles son las dos grandes divisiones que comprende el Reino Vegetal? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán los siguientes premios: 6 cinturones para niño; 3 trompos de bakelita, 4 pelotas de goma; 2 autos de bakelita, 5 pitos serpentinas, 10 libros cuentos infantiles, 10 paquetes de Vitalmín Vitaminado, 3 relojes de pulsera juguete y 7 juegos de lotería.

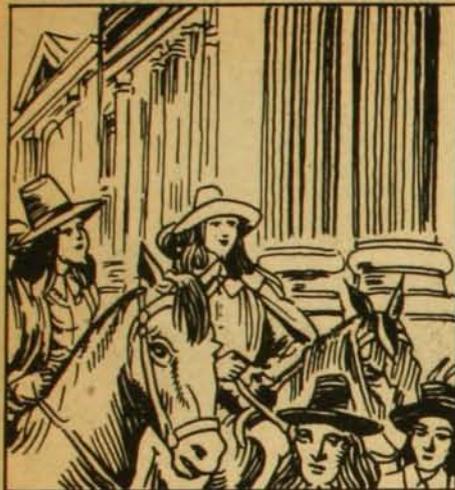
SOLUCION AL CONCURSO N.º 78.— La cara se compone de 14 huesos.

PREMIADOS CON UNA PEINETA DE BOLSILLO: Natacha Núñez, Santiago; Josefina Vásquez, Santiago; Yolanda Moya, Santiago; Raúl Figueroa, Concepción; Oscar Novoa, Concepción; Raúl Rojas, Temuco; Oscar Paredes, Angol; Nelly Santibáñez, Osorno; Donatila Rojas, Santiago; Kodó González, Temuco. **UN PAN JABON:** Olga Olea, Santiago; Juan Larenas, Valparaíso; R. Garrido, Rucapequén; Víctor Leco, Santiago; Raúl Bahamondes, Los Andes; Carlos Quiroz, Valparaíso; María Gutiérrez, Monte Aguila; Eliana Kroyer, Talcahuano; Elena Navarro, Rengo; Juan Alvarado, La Unión. **UNA CARPETA ESQUELAS:** Rolando Muñoz, Parral; Luis Quintana, Renca; Manuel Castro, Santiago; Agustina Viveros, Angol; Luis E. Aguirre, Angol; Luis Caamaño, Angol; María Silva, Santiago; María Teresa Lladser, Santiago; Libertad Carrasco, Coronel; Carlos Caviendes, Santiago. **UNA PALETA ACUARELAS:** Eliana Navarro, Quillota; Zunilda Rojas, Santiago; Jorge Arriagada, Santiago; Marina Arancibia, Santiago; Lautaro Olea, Santiago; Mónica González, San Carlos; Aglae Valenzuela, Valparaíso; Roberto Muñoz, Los Andes; Carmen Concha, Concepción; Jesús Diez, Los Andes. **UN PAQUETE VITALMIN:** María Castillo, Santiago; Nancy Cofré, Pailahueque; Edison Ruiz, Angol; Cristina Benavente, Lota Alto; Lilian Riquelme, Angol; Jorge García, Santiago; Luisa Izquierdo, Lota; René Miranda, Concepción; Rosa Salgado, Curicó; Ivette Mora, Valparaíso.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal** ✻
SIMBAD N.º 81

¿Puede decirnos cuántas y cuales son las grandes divisiones que comprende el Reino Vegetal?

EL MOSQUETERO



CAPITULO IV.— LA POSADA DE JOSE VINAY.

1. Pedro de Rognac y su amigo Juan de Armengol llegaron juntos a París en compañía del escudero Rolando. "—¿Siempre hay tanto tumulto aquí?", preguntó Pedro. "—Hay dos bandos en lucha —dijo Juan—. Los partidarios del joven rey Luis XIII en contra de la regente María de Medicis y de su Ministro Concini. Tu enemigo Luberón, a pesar de estar en la guardia del rey, es partidario de los Médicis."



2. Juan de Armengol se separó de Pedro, ofreciéndole su ayuda cuando lo necesitara. Rolando y Rognac entraron a la posada de José Vinay y pidieron hospedaje para ellos y sus caballos. El palafrenero, al oír hablar a Rolando con acento italiano, dijo a sus compañeros: "—Este es un traidor. Llama a los parisienses y díles que vengan a capturarles."

AZUL



3. El palafrenero comenzó a gritar en la calle, y toda la turba que se agitaba en la plaza se desvió hacia la posada de José Vinay. "—Ocultese, señor", dijo asustado el posadero a Pedro de Rognac: "—Jamás —respondió Pedro—; yo soy un mosquetero y a nadie le temo." "—Están cercando la posada —urgió José Vinay—, y usted no podrá defenderse contra esa multitud."



4. Pedro de Rognac se metió en el primer hueco que encontró a su paso, a fin de no dar más molestias al posadero. Entonces José Vinay salió fuera y declaró a los amotinados que el caballero vestido de azul ya había huido. "—A buscarle —gritaron todos—. No se escapará ese enemigo de nuestro joven rey." Entre tanto, Pedro se había metido en un tremendo lío.

(CONTINUARA)

AKYRA

CAPITULO XX.

—*Revuelta en Bapekrane.*

La doncella Akyra, desesperada con el cautiverio de su amigo, el heroico capitán Omar, se disfraza de bailarina montañesa y acude al palacio de Bufekrane. Allí se presenta al visir y jefe de policía Lau-



Akyra libertó al capitán Omar.

cine y baila ante él hasta fascinarle. En seguida extrae un puñal de su cintura y ordena a Laucine que la conduzca a los calabozos.

—Este puñal está envenenado —repetía Akyra—, y te lo atravesaré en la carne si intentas llamar a los guardias o huir.

De esta manera Akyra consiguió libertar al capitán Omar, con quien subió hasta la más alta terraza del palacio de Ben-Kasen.

Entretanto, Alí, el fiel ayudante de Omar, había amotinado al populacho de Bufekrane, y Akyra mostraba a



Omar arrojó la antorcha gigante.

Omar una compacta muchedumbre.

—Mira, mira —decía la heroica libertadora—, todos los partidarios de la libertad sólo esperan una señal de tu parte para actuar.

En la elevada terraza había una gran antorcha a petróleo, que servía para iluminar la parte superior del palacio.

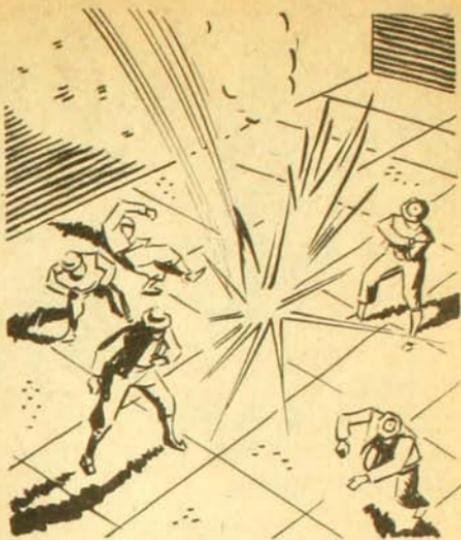
—Esta es la señal —declaró el capitán Omar, lanzando al patio la enorme antorcha.

El proyectil trazó una huella luminosa en el cielo y se estrelló en medio del patio, aterrizando a los soldados reunidos allí.

Allí sólo aguardaba esa señal para colocarse a la cabeza de los rebeldes.



Ali guiaba a la revoltosa muchedumbre.



Los soldados quedaron aterrorizados.

—Ha llegado nuestra hora —decía Ali—, luchemos por nuestra independencia. Todos le seguían entusiasmados.

Por todas partes cundió la revuelta. Los tiranos y sus palaciegos eran arrojados fuera del recinto real y hasta los marineros de las barquillas se unían en esta batalla por la libertad de Bufekrane.

Entretanto, los soldados de la guardia de Ben-Kasen, permane-



Por todas partes se combatía.

nosotros. Nuestros ideales son los mismos. Arrojad vuestras armas y luchemos todos por la libertad.

Los soldados vacilaban...

Alí decía la verdad. Sus hermanos e hijos luchaban por la santa causa de la libertad, y ellos, unidos al tirano por un miserable sueldo, debían disparar contra su propia carne.



Alí les exhortaba a luchar con ellos.

De pronto vieron a Akyra y a Omar que descendían de la terraza para unirse con los rebeldes. La presencia de la valerosa doncella y del intrépido Omar causó gran impresión entre los soldados.

(CONCLUIRA)



Por LUGOZE



¡LO SEGUIRÉ!



¡MIRAD QUE HERMOSAS FLORES OS HE TRAÍDO, HERMOSA GUACOLDITA!
¡Y QUÉ FRAGANTES!
¡SNIF!



¡AY!
¡SOCORRO!

¡OJA! ¡OJA!
¡EL RAMO TENÍA
UNA ABEJA!

LUGOZE



Simbad

N.º 82

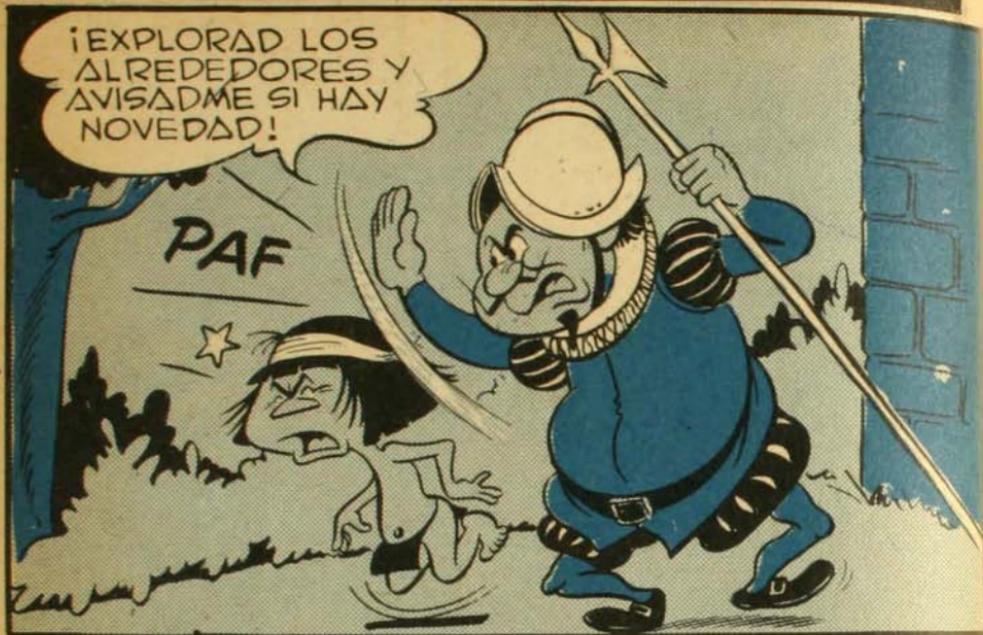
EL PEREGRINO DE BUDA



ELENA
POIRIER

\$ 2.-

LAUTARITO



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)
AÑO II - N.º 82
Precio: \$ 2.—
28-III-1951

EL PEREGRINO de BUDA



CAPITULO XI.—En la Torre de los Sollozos.

El peregrino de Buda fué capturado traidoramente después del incendio del pabellón que le había donado el rey Pulakecín, de Dekán.

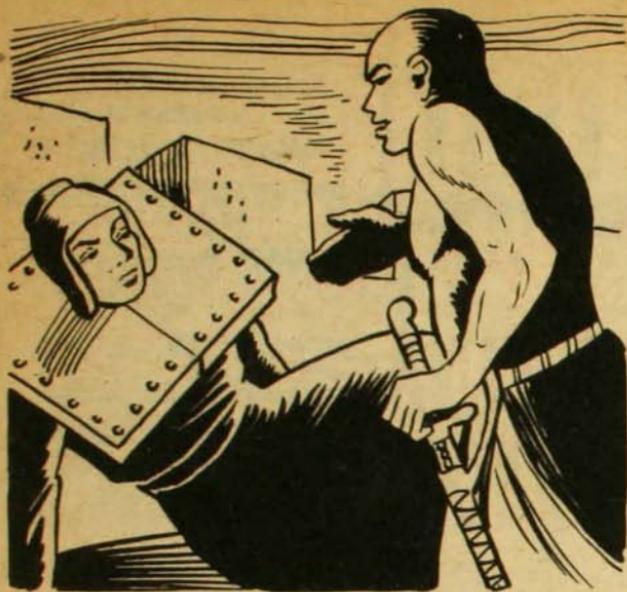
Narcotizado y atado de pies y manos, Yuansú recobró los sentidos para verse en la **TORRE DE LOS SOLLOZOS**.

Llantos, gemidos, gritos de auxilio se escapaban de las células de esa torre bien llamada de los sollozos. En un ángulo del último piso, el peregrino yacía apoyado en las almenas de la fortaleza.

Su cuello estaba aprisionado por una canga de madera retenida al muro con una cadena y un candado que sólo el



Sus enemigos le colocaron la oprobiosa carga.



Un carcelero custodiaba al prisionero.

Era tan intenso el calor, que le sofocaba. Poco a poco su mirada se acostumbró a la violenta luz y miró a su rededor, con gran asombro.

—¿Dónde estoy? — preguntó Yuansú a su carcelero—. ¿De dónde provienen esos lamentos?

—Estás en la Torre de los Sollozos — respondió el carcelero—. No hagas más preguntas, porque tengo orden de no contestar a ellas.

El peregrino de Buda intentó incorporarse y sólo entonces advirtió la *canga* oprobiosa que rodeaba su cuello.



Desde la torre, Yuansú divisó al fiel Wei.

guardián podía abrir. Ese guardián, bien resguardado de los vientos y del sol, custodiaba al prisionero bebiendo agua con miel.

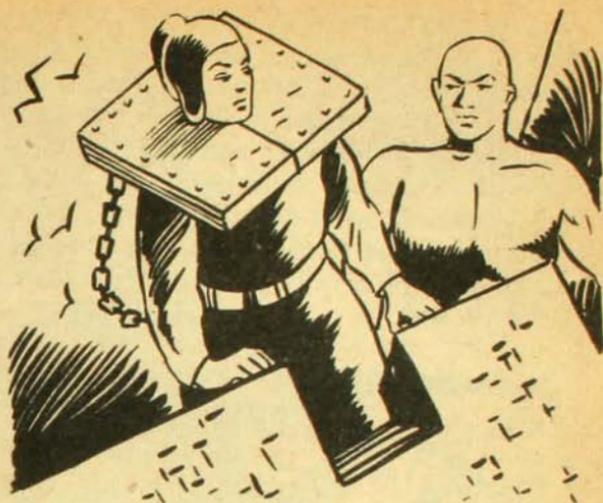
Cuando el Maestro de la Ley comenzó a moverse, el guardián salió de su tienda y se aproximó a él con un bastón en la mano.

Yuansú abrió los ojos y los cerró en seguida, deslumbrado por el ardiente sol.

Yuansú comprendió plenamente su situación. Había caído en poder de los brahmanes y todo podía esperarse del odio que profesaban al budista.

Con gran esfuerzo consiguió ponerse de pie y desde la altura contempló el panorama que se extendía a su vista. Al pie de la torre cuadrada corría un río de aguas profundas y circundadas de bosques. A lo lejos se divisaba una aldea.

De súbito el cautivo se estremeció. En la otra ribera del río y oculto entre los cañaverales, un hombre le hacía vehementes señales.



Si tienes sed, bebe agua del río —dijo el guardián.



Por fin el carcelero soltó la cadena.

Con sorpresa reconoció a su fiel Wei y comprendió que le indicaba que se lanzara al río desde la torre.

Como se acercara el carcelero, Yuansú le dijo:

—Tengo sed. ¿Puedes darme agua con miel?

—Puedes beber toda el agua que quieras si te lanzas al río —respondió el infame individuo—. Aquí nada tendrás.

Los quemantes rayos del sol provocaban en el peregrino de Buda desvanecimientos dolorosos. Su semblante chorreaba sudor.

—¿Podría caminar un poco? —balbuceó el monje—. Muero de calor y de sed.



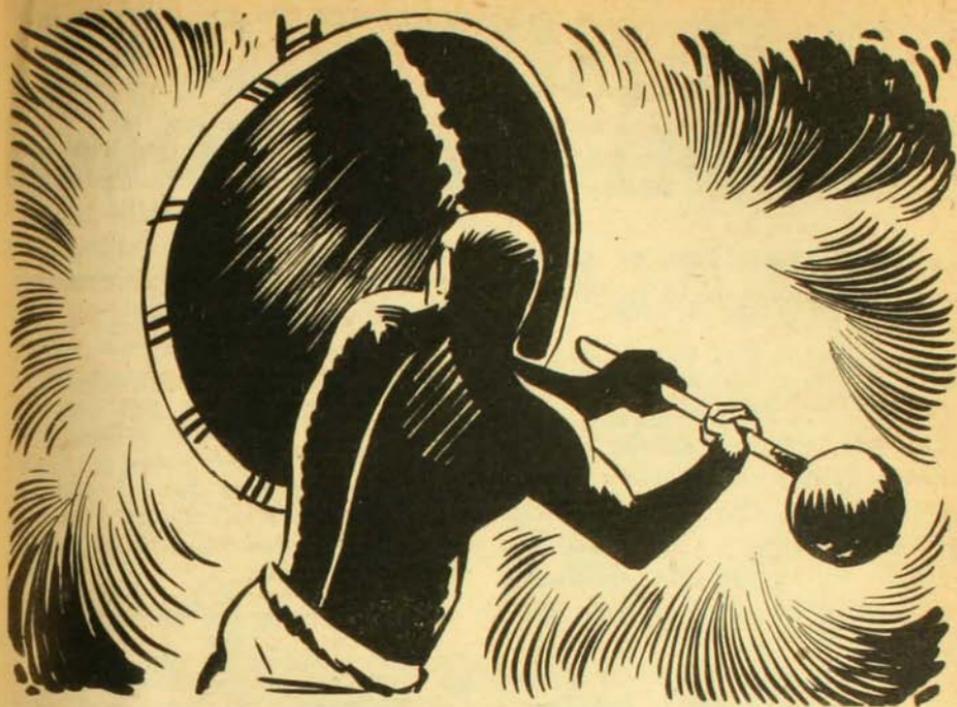
En el río, Wei protegería a su amo.

El guardián había recibido órdenes de mantener vivo a su cautivo el mayor tiempo posible sin evitarle ningún sufrimiento. Sin decir una palabra el carcelero desprendió la cadena del muro y la cogió en su mano como si fuera el prisionero una fiera a quien se llevaba atado a una soga.

El guardián se inclinó en seguida para coger su bastón, y antes que pudiera advertirlo, la cadena se soltó de sus manos y el prisionero se lanzó al río.

El peregrino de Buda cayó pesadamente al agua.

El centinela corrió hasta el borde de la torre y vió cómo el infeliz prisionero se hundía en las revoltosas aguas del río.



El guardián tocó un formidable gong.

“Ha ido a beber agua, como yo se lo aconsejé —pensó el carcelero—. En fin, éste se libró de una muerte más horrible. Hoy habrá menos llantos en la Torre de los Sollozos.”

Y el hombre volvió tranquilamente a reanudar su paseo, sin preocuparse de la suerte de su ex prisionero.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal** ❧

SIMBAD N.º 82

Díganos en cuántos minutos y en qué fecha tomaron los chilenos el Morro de Arica.

Pero el peregrino de Buda no se ahogaría, a pesar del peso de la *canga*. Ya el fiel Wei acudía con un sampán a salvarle.

Solamente en ese instante pensó el carcelero de los brahmanes en las consecuencias de su falta.

Rápidamente corrió a tocar el gigantesco gong que servía para dar la voz de alarma cuando un prisionero escapaba de la Torre de los Sollozos.

(CONTINUARA)



EL MISTERIO DEL DESIERTO



CAPITULO IX.— *Aicha protege a Lily.*

Lily Lorin, confiada por el *Targui* de la tribu *tuareg* a una malvada negra, sufría atrozmente en su cautiverio.

—¡Hija de Chitán! (diablo). ¡Perra cristiana! —gritaba Kadidja, su guardiana—. Toma, para que te pongas más diligente.

Y con un grueso bastón golpeó las pantorrillas de Lily. El *targui*, o jefe de la tribu *tuareg*, había ordenado a Kadidja que hiciera trabajar a la cautiva, y esa mala mujer maltrataba en todo momento a la niña.

—¿Por qué lloras? —preguntó un negrillo a Lily.

Lily no replicó, pero sus ojos llorosos se volvieron al tugurio donde estaba la negra Kadidja.

—Seguramente te ha maltratado —exclamó el negrito, cerrando los puños—. Es una bruja malvada. Nadie la quiere aquí. Ella es la guardiana-jefa de todos los prisioneros. Los trata tan mal que todos suspiran por el día en que venga el rescate.

—Nadie podrá rescatarme a mí —gimió Lily—. Mi familia está muy lejos y mis padres prisioneros en las cavernas del Lago Sagrado.

—Desgraciadamente, la tribu de los *tuareg* no irá al Lago Sagrado —expresó Bambula—, porque los *aiussas* le han negado el paso de los desfiladeros y se oponen a que concurran a las fiestas. En verdad, esta tribu es muy sanguinaria y vive del pillaje.

—¿Por qué levantan entonces el campamento? —preguntó Lily.

—Voivemos al desierto —respondió Bambula.

Esta noticia sumió a Lily en la más negra desesperación.

RESUMEN: Polo y Lily Lorin parten al desierto en busca de sus padres, quienes desaparecieron misteriosamente de Sidi-el-Guir. Tras terribles aventuras los viajeros se dirigen hacia el Lago Sagrado, creyendo que allí encontrarán al doctor Lorin y a su esposa. Lily es raptada por una tribu de tuareg.

Bambula se inclinó al oído de Lily y le iba a decir un secreto cuando la voz chillona de Kadidja le interrumpió:

—¿Qué hacen allí, demonios? Esperen un poco y van a probar mi matraca. Saquen los postes de la tienda y, si en cinco minutos no han terminado la faena, verán lo que les ocurre.

Bambula y Lily se apresuraron a obedecer, y cuando llegó Kadidja, la tienda estaba deshecha.

—Ahora a ordeñar las cabras —ordenó la terrible guardiana. La niña imitaba a las otras ordeñadoras, y tras infinitos esfuerzos consiguió llenar un balde.

Pero al levantarse, el recipiente se volcó y la leche se esparció por el suelo.

—¡Hija de Chitán! —gritó Kadidja—. Lo has hecho a propósito.



El targui ordenó a Kadidja que vigilara a Lily.

Y enfurecida alzó el bastón para descargarlo sobre la espalda de Lily. En ese instante una mano firme cogió el brazo de Kadidja y evitó el golpe.

—Te prohíbo que toques un cabello de esta chica —dijo una voz.

La negra se volvió furiosa.

Ante ella se erguía la joven mora que la noche anterior había intercedido por Lily ante el *targui*.

—El *targui* me ha ordenado que la haga trabajar —insinuó Kadidja.

—Yo te ordeno que la dejes en paz . . .

—¿Quién es usted para que me levante la voz de esa manera?

—gritó la feroz guardiana—. ¿Soy su esclava o su sirvienta?

A través del espeso velo, los ojos de la mora brillaron como ascuas.

Con violento ademán alzó el velo que cubría su rostro, diciendo:

—¿Quién soy yo? Vas a saberlo.

Lily lanzó un grito de alegría, murmurando:

—¡Aicha!

La niña reconoció en seguida a la bailarina mora que había viajado con ella en el "Estrella del Sur".

Aicha colocó disimuladamente un dedo en sus labios, como para indicarle que no debía reconocerla.

Entretanto, Kadidja, prosternada a los pies de la mora, decía humildemente:

—Perdóneme, princesa. Yo ignoraba quién era usted. Ordene y le obedeceré.

—Quiero que esta niña sea bien tratada —dijo Aicha—. Dale de comer, cuidala y no la agobies con trabajos superiores a sus fuerzas.

Kadidja besó la túnica de Aicha y murmuró con reverencia:

—Cumpliré vuestros deseos, princesa.

Aicha se inclinó al oído de Lily y murmuró:

—Tus penas han terminado, bella niña . . . Yo no olvido los beneficios que tú y tu hermano me prodigaron en la travesía de Marsella a Casablanca. Si esa mujer vuelve a maltratarte, acude a mí.

—¿Quién es usted? —preguntó Lily—. Debe ser muy poderosa para que todos le obedezcan.

—Aun no —respondió Aicha—, pero llegará el día en que triun-



—Hay alguien que te protege —dijo el negrito Bambula a Lily. faré y entonces se hará justicia y me acordaré de ti y de tu hermano. Hasta que llegue ese día, ten paciencia y espera.

—¿No te decía yo que tenías una protectora? —díjole el simpático negrillo.

—¿Tú la llamaste, Bambula? —preguntó Lily.

—Sí... Cuando vi lo cruel que era contigo la vieja Kadidja corrí a la tienda de Lalla Aicha y le conté lo que ocurría.

—¿Por qué la veneran tanto? —interrogó Lily.

—Lo ignoro —dijo Bambula—. Una noche llegó Aicha a nuestro campamento y solicitó hablar con el *targui*. Cuando nuestro jefe la reconoció, ordenó que toda la tribu le obedeciera. Para complacerla organizó la expedición al Lago Sagrado. Hay un misterio que yo no alcanzo a comprender. Lo único que sé es

que Aicha te protege, pues ayer oí decirle a su sirvienta que se interesaba por tu suerte.

—¡Y tú fuiste a buscarla! —murmuró Lily, con gratitud—. Un apretón de manos selló la amistad entre la rubia Lily y el negrito de pasas.

Mientras la tribu de los *tuareg* volvía al desierto, miles y miles de peregrinos subían a la montaña de Djebel. Entre la interminable caravana iban Polo, Mesaud y Bakri.

El hijo del doctor Lorin no podía consolarse con la desaparición de su hermana, a quien consideraba ya definitivamente perdida y prisionera de los feroces *tuareg*.

A medida que los peregrinos franqueaban el último desfiladero de la montaña, un grupo de *aiussas* les registraban, a fin de cerciorarse de que no llevaban armas de fuego ni puñales.



Los *aiussas* registraban a todos los peregrinos.

También debían dejar en la montaña sus camellos, asnos y demás animales domésticos.

—¿Por qué no permiten armas a los peregrinos? —preguntó Polo a Mesaud—, y, sin embargo, los *aiussas* están armados hasta los dientes.

—Porque ellos son los dueños de esta comarca —explicó Mesaud—; después de estos desfiladeros hay una extensa llanura muy próspera y cultivada. Fácilmente podrían las tribus extranjeras trabar una batalla campal con los *aiussas* y robarles sus tesoros. Por eso ellos desconfían de todos los peregrinos y, sólo por conservar los preceptos del profeta Mahoma, los admiten a las fiestas del Lago Sagrado. Este año las fiestas serán más solemnes porque el gran sheik coronará a la princesa Leilah.

Bakri y sus compañeros fueron registrados por los *aiussas* y continuaron su camino sin ser molestados.

Al llegar al vasto campamento buscaron refugio en una de las tiendas más humildes.

El espectáculo de esa multitud de peregrinos era por demás pintoresco. Los había de todas las tribus africanas, desde el más modesto felah (campesino) hasta los magnates de Fez y Marruecos.

El palacio del gran sheik se destacaba con sus altos minaretes a orillas del Lago Sagrado. Pero lo que más llamó la atención de Polo Lorin, fueron las cavernas horadadas en la montaña. Cada una de éstas veíase resguardada por un soldado *aiussa*.

—Allí se encuentran los prisioneros que serán sacrificados el día de la fiesta —explicó Mesaud a Polo.

—Mis padres, según dijo la hechicera Zauya —dijo tristemente Polo—, deben hallarse en esos subterráneos. Quién los pudiera ver...

Bakri se había ausentado desde la mañana, diciendo a Polo que había descubierto a un amigo y compatriota, quien, seguramente, podría indicarle el sitio donde se encontraban el doctor Lorin y su esposa.

Llegada la noche, el fiel negro regresó radiante de alegría.

—Mi amigo Suab custodia la quinta caverna —expuso Bakri—, y me ha prometido dejarnos entrar esta noche al campamento. Ya se dirigían a la llanura, cuando se produjo un extraño movimiento entre los peregrinos. Todos corrían a la ribera del Lago Sagrado, dando muestras de asombro.

(CONTINUARA)

LA FLECHA



CAPITULO XI. TONY CAMBIA EL VINO POR AGUA

1. Teddy Bill, el protector de la princesa Aliká, había confiado a su esposa Olivia y a la joven india al rancharo Bradley, que vivía en la ciudad. Para mayor salvaguardia dejó a su empleado Tony en la posada donde acudía la gente de la ciudad a fin de que le comunicaran los planes del enemigo. Aliká y Olivia sorprendieron las palabras de los *chipetes* y corrieron a la posada a fin de prevenir a Tony.

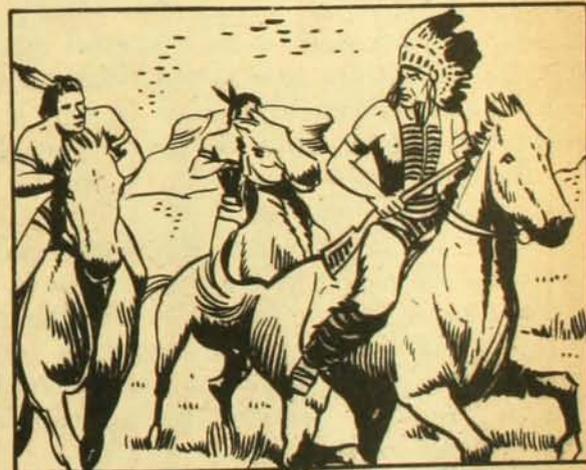


2. Sin esperar que la siguiera Olivia Bill, Aliká llegó hasta el bar y golpeó fuertemente a la puerta. "—Tony —dijo la princesita al rancharo de Teddy—, los *chipetes* intentan un ataque contra nosotros y piensan raptarme de nuevo. Avisale a Teddy para que acuda con los fieles hermanos de Tacomac." Un instante después Tony corría en dirección a la hacienda de Teddy Bill.

DEL SOL



3. Tras de una infernal carrera, Tony llegó a casa del rancharo Bill. Teddy despertó al oír el ruido del caballo y se asomó al balcón. "—Patón —gritó Tony—, traigo malas noticias." Teddy y Tony urdieron un plan muy inteligente para desvirtuar la obra de Chiguán. "—Ese indio está aliado con contrabandistas —declaró Teddy Bill—, trataremos de indisponerle con esos individuos."



4. Tony volvió a la posada de José Peralta y allí comenzó a reemplazar los toneles de vino, cambiándolos por otros que iba llenando con agua. Entretanto Chiguán y sus *chipetes* galopaban hacia un destino desconocido. Cada indio llevaba colgada a su montura una bolsa con pepitas de oro. Intentaban cambiar el oro por el vino que vendía el posadero José Peralta.

(CONTINUARA)

El Leopardo y las monas



—¡Auuuu!... ¡Auuuu! —rugía el leopardo; y los árboles del bosque parecían temblar de miedo, haciendo que los pajarritos, que no podían conciliar el sueño, temieran caer de sus nidos hechos con plumas y pajitas.

Varias noches seguidas llevaba ya rugiendo desesperadamente la terrible bestia. Su enorme boca, abierta como la entrada

de una cueva oscura, en cuyo interior relucían agudos colmillos, lanzaba sin descanso aquel pavoroso rugido.

Todos los animales pequeños de los alrededores permanecían escondidos en sus casas, si bien de vez en cuando se asomaban tímidamente a las puertas y a las ventanas, para conversar entre ellos, tratando de averiguar la causa de aquellos gritos.

—¡Se da cuenta, doña Coneja! —exclamaba una tortuga que había salido por detrás de un matorral y que hablaba con gran tranquilidad, porque se consideraba segura bajo su caparazón de carey—. ¡No es posible descansar un momento!... Me ha dicho la señora Serpiente, que el señor Leopardo debe de sufrir un terrible dolor de muelas que no le deja dormir un instante, y al parecer ésa es la causa de que se pase gritando día y noche.

—¿Será por eso? —respondía la coneja, que siempre ponía en duda cuanto le contaban.

—¡Sí, sí; lo ha asegurado el señor Asno! —aclaró rápidamente la tortuga, haciendo gestos con la boca y moviendo los ojitos redondos, para agregar luego—: Me dijo que ayer tarde, cuando regresaba del prado vecino, alcanzó a ver, sin ser visto él, cómo el señor Leopardo procuraba calmar los dolores aplicándose sobre la cara unos fomentos hechos con unas hierbas milagrosas que le había dado el buho.

—¿Y no le calmó el dolor? —preguntó, interviniendo en la conversación un hermoso zorrino.

La pregunta quedó sin respuesta. Un ruido tremendo hizo que los tres se ocultaran rápidamente; la coneja y el zorrino se metieron en sus cuevas; y la tortuga, que caminaba muy despacio

y no tuvo tiempo de escapar, se escondió bajo su grueso caparazón.

Poco después salió de un matorral cercano el terrible leopardo, cuyos ojos parecían despedir fuego. Se detuvo un instante, como tratando de orientarse con el olfato y en seguida se encaminó, muy nervioso, en dirección a un pequeño arroyuelo.

Cuando desapareció, salieron de sus cuevas la coneja y el zorrino y la tortuga sacó la cabecita por debajo del caparazón.

—¿Se ha ido ya, doña Coneja? —preguntó.

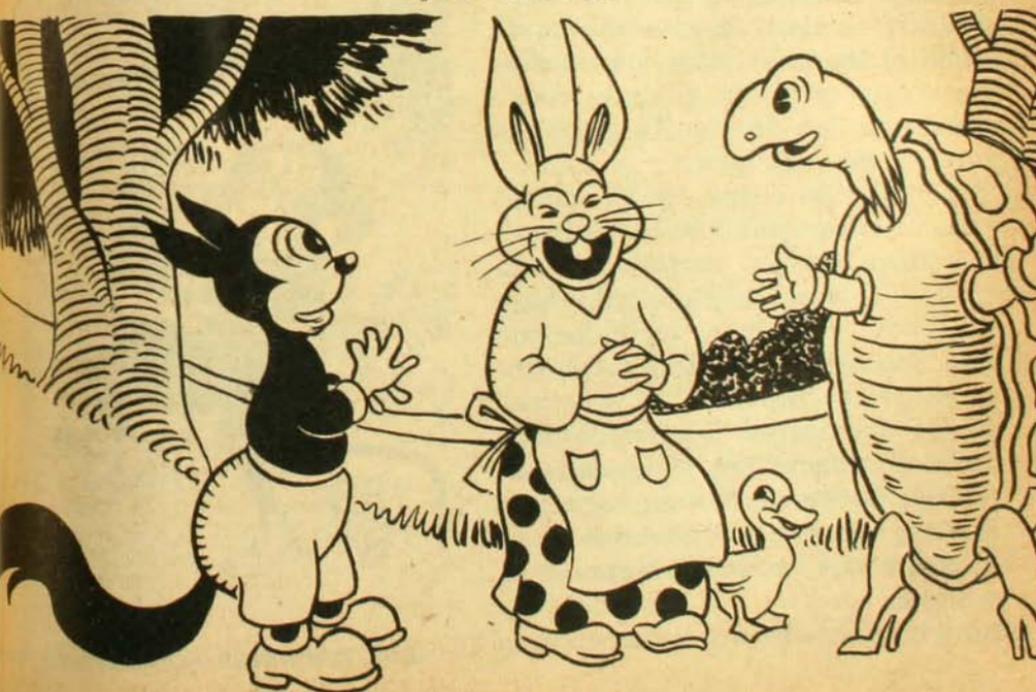
—¡Sí... sí!... —respondió, temblando, el zorrino, sin que nadie le hubiera preguntado nada.

Nuevamente se oyó un ruido, pero esta vez más débil, y los tres amigos miraron ansiosamente. Lo producían dos cabritas y un ciervo que regresaban de hacer algunas compras. Como ignoraban lo sucedido, se aproximaron al grupo para tratar de averiguar algo sobre los rugidos que desde hacía varias noches alborotaban el bosque. El ciervo fué el primero en preguntar:

—¿Qué tiene el señor Leopardo?

—¡Cómo! —exclamó la tortuga—; ¿no lo sabe usted? Pues un

—El señor Leopardo debe sufrir un terrible dolor de muelas —dijo la Tortuga.



terrible dolor de muelas que no le deja descansar.

—¿Y por qué no va a que se las saquen? —continuó preguntando el ciervo—. Tengo entendido que la cigüeña es una dentista bastante buena.

—Lo es, en efecto —aclaró una de las cabritas—; pero hay un pequeño inconveniente: la cigüeña le tiene mucho miedo y jamás se acercaría a él.

Los comentarios continuaban en boca de todos; pero, en realidad, ninguno sabía nada. O mejor, no todos, pues lo sabían varias monas, las causantes directas del alboroto. Esas monas, que eran muy bromistas, acostumbraban a reírse y burlarse de cuanto animal pasaba bajo el árbol en que vivían. Y a decir verdad, lo que menos le dolía al leopardo eran las muelas. Se sentía molesto porque continuamente las monas le gastaban bromas de mal gusto.

Según decían ellas —y lo comentaban entre grandes risotadas—, el juego había empezado una tarde. Al pasar el leopardo bajo el árbol, lo habían recibido con una verdadera granizada de frutas, que le golpearon en diversas partes del cuerpo. Sorprendido de un recibimiento tan inesperado, el terrible leopardo dió un salto para defenderse, pero al darse vuelta y no ver a nadie reanudó la marcha.

Sólo había dado dos pasos cuando



Las comadres deliberaban sobre los rugidos del señor Leopardo.

otra nueva granizada de frutas le hizo brillar los ojos de rabia, y lo que en un principio fuera en él una simple sospecha, pronto se transformó en plena seguridad al oír las risotadas de sus atacantes. Una mona vieja, cuya audacia llegaba al límite, tuvo además el atrevimiento de dirigirle la palabra:

—No lo tome a mal, señor gato grande (lo llamaba así para burlarse de él); pero hemos sabido que usted se alimenta solamente de carne y creemos que la carne es mala para el estómago. ¿Por qué no prueba esas ricas manzanas, a ver si le apetecen?

—¡O los duraznos! —agregó otra mona.

Una carcajada general acogió estas últimas palabras, y el terrible leopardo, enfurecido, arañó desesperadamente el tronco de un árbol, al mismo tiempo que exclamaba con una voz que más parecía un trueno:

—Os burláis de mí porque no puedo llegar hasta esas ramas, ¡pero ya veréis cuando os encuentre en la pradera!

Esta y no otra era la única causa por la cual el leopardo rugía enfurecido todas las noches; deseaba vengarse de las monas, y gritaba atemorizando a los tranquilos moradores del bosque, que ignoraban el porqué de aquel estruendo espantoso.

Una noche circuló entre los ani-

males una noticia increíble: el leopardo había aparecido muerto en un claro del bosque. Las monas, que fueron las primeras en saberlo, corrieron a dar la noticia a los demás.

—¡Lo hemos hecho morir de rabia! —decía una de ellas, que, prendida por la cola de una rama, se balanceaba en el aire.

—¡Ya no molestará más con sus rugidos! —agregaba otra, más pequeña, entre carcajadas burlonas.

Pero un ciervo viejo que tenía tantos cuernos como años y una experiencia no más corta, comentó sabiamente:

—Mucho me temo que os equivoquéis. Tendría que verlo para convencerme, y aun así creo que no estaría seguro de ello; el leopardo es capaz de cualquier cosa y yo no pienso ir a verlo, por las dudas.

La tortuga, por su parte, más que por la prudencia, era aconsejada por el miedo. Asomando apenas la cabeza, decía a la coneja, con un gracioso movimiento de sus ojitos:

—Yo tampoco lo creo, señora Coneja. El señor Leopardo era muy joven aún para morir de un ataque de rabia. Posiblemente nos quiera engañar, o a lo mejor descansa y parece muerto.

—¡Eso creo yo! —dijo el zorrino, asomándose rápidamente a la entrada de la cueva, en la que se volvió a ocultar en seguida.

Las únicas que estaban seguras de la muerte eran las monas. No les cabía ya la menor duda al respecto.

—¡Pero si serán tontos! —decía una—. Lo hemos visto bien y sabemos que está muerto y bien muerto. Además, hemos bailado un largo rato alrededor de él y no advertimos el menor movimiento.

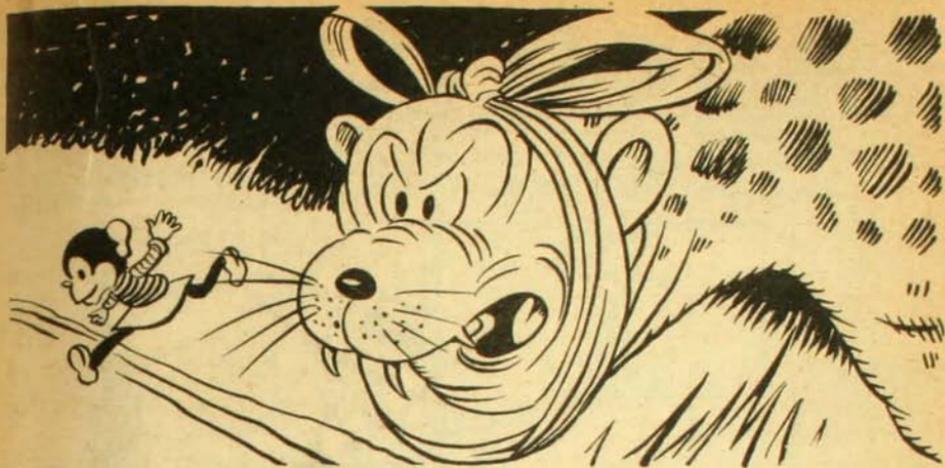
—De cualquier modo sería conveniente tener cuidado —dijo sentenciosamente el viejo ciervo.

—¿Cuidado de qué?, ¿de un muerto? —preguntó riendo una monita de cola corta—. ¡Pero señor Ciervo, si a los muertos no les es posible levantarse!

Como a pesar de la insistente seguridad de las monas, los otros animales no llegaban a convencerse, la que parecía mandar entre ellas, dijo desafiante:

—Procuraremos convencerlos. Iremos todas a rendir honores al leopardo y para cumplir como es debido cantaremos y bailaremos junto a su cadáver.

Y así lo hicieron. Entre una gritería ensordecedora corrieron todas en dirección al claro del bosque; y ya en él, junto al cuerpo



El leopardo se levantó, atemorizando a las monas.

del leopardo, se tomaron de las manos y comenzaron a bailar mientras cantaban. De tanto en tanto, una salía del corro y se aproximaba al cuerpo del leopardo para hacerle morisquetas.

Durante varias horas las monas bailaron y cantaron hasta desgañitarse, festejando el triunfo. Al anoecer, se dejaron caer al suelo, completamente rendidas por el cansancio. Pero ni aún así dejaban de reír y de mofarse del muerto.

De pronto se produjo un hecho inesperado. Sin que nadie pudiera decir de qué manera, el leopardo se puso lentamente de pie, sacudió la cola y rugió más fuerte que nunca.

Las monas, tal vez por el cansancio o porque el terror paralizara sus patas, no atinaron a escapar y se quedaron como clavadas en la tierra. Entonces el terrible leopardo les habló de esta manera:

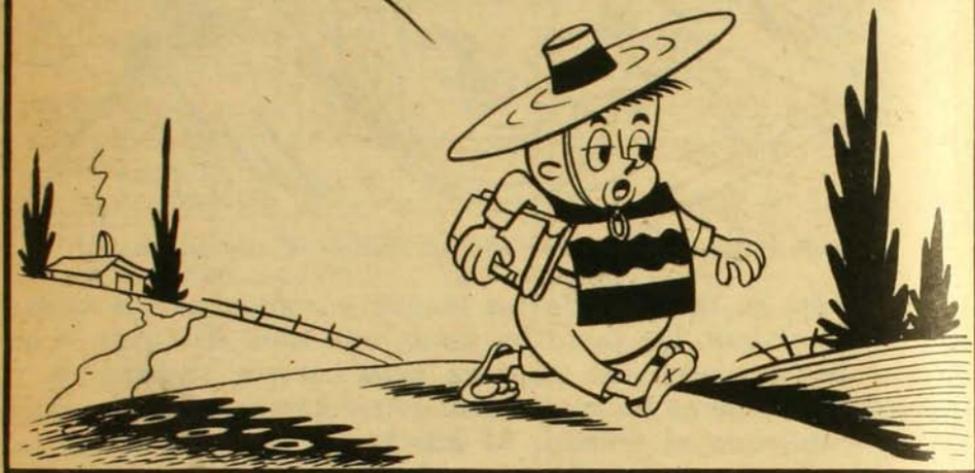
—Cuando estabáis en el árbol, lejos de mis garras, os reíais. Nada podía hacer yo para defenderme y eso bastaba para que me tirarais toda clase de frutas. Pero ahora la situación ha cambiado de aspecto; soy yo quien puede hacer lo que se me dé la gana... Y antes de que las monas salieran de su asombro, comenzó a repartir zarpazos a diestro y siniestro, y las mató a todas.

En un rincón del bosque, el ciervo, que rumiaba unas hierbas, decía para sí sentenciosamente:

—Mucho me temía que os equivocaseis... *El peor enemigo es el que aparenta no querer causarnos daño, para asestarnos con seguridad, cuando más confiados estamos, el golpe de su venganza.*

Ponchito

PARECE QUE VOY UN DOCO
ATRASADO PARA LA ESCUELA



DUEDA SER QUE ME
SALGA EL PERRO DE
LOS GONZALEZ



¡ME SALIÓ! ¡AHÍ VIENE!
¡ESTOY SALVADO!



¡ AHORA TENGO QUE
CORRER FUERTE !



¡ CAMPERO!
¡ VEN ACA!
¡ VEN ACA!



¡ DÉJELO NO MAS SEÑORA, NO VE
QUE ASI NO LLEGO ATRASADO A
LA ESCUELA !



La fierrecilla

CAPITULO V.— Regreso al hotel.

Mientras Raúl, el botones del Carlton, dormía en un lecho desaseado, Julia, tendida en otra cama, ardía de furia y desesperación.

¿Qué había conseguido con cambiar de encierro? En el lujoso hotel habría dormido mejor que en esa cama llena de bichos. Acaso por la mañana su institutriz le habría permitido salir...

—Y ahora estoy expuesta a los ataques de ese Tonio, que se me figura un bandido. Tuve la imprudencia de decir a la vieja que yo vivía en el Carlton y pueden retenerme aquí para pedir un rescate...

Cuánto lamentaba Julia haber obedecido a su instinto combativo y rebelde.

Su tía Corina estaría acaso moribunda y jamás volvería a verla. La primera preocupación del botones Raúl y de Julia fué cerciorarse de si había llegado Tonio, el hijo de la mujer que les había dado albergue.

—¿Llegó su hijo, señora? —preguntó Raúl a la mujer cuando ésta les llamó para ofrecerles desayuno.

—Llegó, pero está tan fatigado que dormirá todo el día —respondió la montañesa.

A Julia le dió tal ira la respuesta de la mujer, que comenzó a gritar y a protestar como si todos los que la rodeaban fueran sus

RESUMEN: La millonaria Corina Artel tenía a su cargo, como hija y heredera, a su sobrina Julia, niña de doce años, muy altiva e independiente. Un día anunciaron a Julia que Corina había sufrido un accidente grave y estaba en una clínica de Bellavista. En vez de conducirla junto a su tía, la institutriz encierra a la niña en su dormitorio. El botones Raúl, del Hotel Carlton, compadecido de Julia, promete llevarla esa noche a la clínica. Ambos niños parten en un automóvil, pero el chófer que los conduce resulta ser un ladrón que despoja a Julia de su dinero y les deja abandonados. En plena montaña Julia y Raúl divisan un albergue y piden hospedaje a una mujer que les reprocha su conducta y les encierra en un cuarto.

siervos. Golpeaba con el pie e insultaba a la montañesa hasta que ésta le dijo:

—Eres un demonio, chiquilla... Debería arrojarte a la calle por insolente, pero pienso en tu familia y me siento responsable. De aquí no saldrás sino bajo escolta. En vez de insultarme deberías agradecer la comida y el hospedaje.



La montañesa sirvió la cena a Julia y Raúl.

—¿Cuánto tiempo piensa retenerme en su pocilga inmunda?

—Hasta que Tonio decida la cuestión.

—Entonces no hay más que aguardar —dijo Raúl—, y darle las gracias, señora, por todas sus atenciones.

Cuando salió la montañesa, el botones del Carlton increpó a Ju-



—Tonio requiere dos días para recuperar sus fuerzas —explicó la mujer.

Esperemos que despierte Tonio. Le ofreceré dinero...

Raúl volvió a tenderse en la cama, dando la espalda a la caprichosa niña.

A la hora de almuerzo la dueña de casa les trajo sopa, queso de cabra y pan.

—¡Quién come esa sopa inmunda! —exclamó Julia, rechazando el plato.

lia su impertinencia:
—Se diría que usted trata de hacer aún peor nuestra situación. Qué mal carácter tiene...

—¿Mal carácter? —gritó enfurecida la Fierrecilla, sofocada por la audacia de ese miserable chiquillo—. Eres un insolente con una cliente del hotel Carlton. Ya verás cuando regresemos...

Raúl se cruzó de brazos con su bonete rojo calado entre los desordenados cabellos que no había peinado desde el día anterior.

—En vez de disputarnos —expresó el botones—, elaboremos un plan para huir de este albergue...

—No, no —respondió Julia—. Estoy curada para siempre de fugas estúpidas.

Raúl devoró cuanto le trajeron sin prestar atención a la Fierecilla, que en el colmo de la furia lanzó el plato a la ventana, volcó una silla y comenzó a llorar a gritos.

—¿Cuándo, cuándo terminará esto? —gemía Julia.

—Cuando usted haya comprendido que es preciso tener paciencia —replicó el botones.

Llegó la noche y la montañesa declaró a sus forzados huéspedes que Tonio requería dos días más para recuperar sus fuerzas.

—Además, necesita ir en busca de un carretón para llevarlos a la playa —declaró la mujer.

Julia terminó por someterse a todo y hasta devoró la sopa que la montañesa le ofreció por la tarde.

Al tercer día se presentó el joven Tonio con una carretela desvencijada y ordenó a los fugitivos que subieran en ella.

—Esta carretela me la alquiló Mario, el leñador —dijo Tonio—. Ustedes tendrán que pagarnos todos los gastos, comida, hospedaje...

—Bien, bien —interrumpió Julia—, se le pagará el cien por ciento de sus gastos, pero llévenos pronto.

—Ya lo veremos —declaró el joven Tonio.

La carretela demoró cinco horas en llegar al elegante balneario donde causó sensación entre los veraneantes.

El uniforme y bonete rojo de Raúl le daban un aspecto de mascarada carnavalesca. Julia, aunque vestida con elegancia, llevaba la cara sucia y los cabellos despeinados. La caprichosa niña no había aceptado el agua del lavatorio, ni la peineta de la montañesa. Las lágrimas y el polvo del camino formaban una masa gris en su albo rostro.



La "Fierecilla" lloraba a gritos y lanzaba por la ventana los platos.



La carretela hizo una pintoresca entrada al balneario.

—¡Pare aquí! —gritó Julia, a pocos pasos del hotel Carlton.

—Llegaré hasta la puerta del hotel —replicó Tonio—. No crea que me voy a ir sin que me paguen.

—¡Allí vienen, allí vienen! —gritó el portero del hotel—. Esa es su hija, doctor Miray. La acompaña el botones Raúl.

Julia miró de alto abajo al hombre desconocido que le ayudaba a bajar. Cuando reconoció a su padre, a quien hacía mucho tiempo que no veía, le echó los brazos al cuello con gran vehemencia. En seguida se desprendió para explicar su extraña llegada.

—Es Tonio, una buena persona que nos ha traído hasta aquí, papá —dijo Julia, con su habitual arrogancia—. Déle unos cinco mil pesos para recompensarle . . . , y otros cinco mil al botones.

—Mucho me agradecería recompensar los servicios que te ha prestado esta gente, hijita mía, pero no soy rico y una suma tal . . .

—¿En qué quedamos? —gritó el joven Tonio, avanzando furibundo—. Ahora comienzan a regatear . . . Aquí traigo la cuenta.

—No te inquietes por lo que dice ese palurdo, papá. Mi tía Corina pagará todo . . .

—¿Tu tía Corina? —balbuceó el doctor Miray, con triste acento.

—¡Pobrecita! . . . Tía Corina ya no existe.

(CONTINUARA)

GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos en cuántos minutos y en qué fecha fué tomado el Morro de Arica por los chilenos? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán los siguientes premios: 20 libros de cuentos infantiles, 10 paquetes de Vitalmín Vitaminado, 10 premios de \$ 10.—, y 10 paletas de acuarelas.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 79.

Entre Marte y Júpiter se mueven 433 planetas chicos, llamados en conjunto asteroides.

PREMIADOS CON UN TUBO DE PASTA DENTIFRICA: Rosa Infante, Los Angeles; María Reyes, Coquimbo; Dolores Rivera, Los Andes; Eliana Kroyer, Talcahuano; María Cristina Abarca, San Bernardo; Yolanda Ortega, Talagante; Víctor Kroyer, Talcahuano; Anita Kroyer, Talcahuano; Rafael Garrido, Rucapequén; Félix Gallardo, Putaendo. UNA PIZARRA PARA COLEGIAL: Juana Castillo, Santiago; Laura Elgueta, Curicó; Virginia Fonseca, Los Andes; Víctor Trujillo, Concepción; Mario Sotomayor, Valparaíso; Roberto Ibarra, Santiago; Regina Olivares, Viña del Mar; Fernando Campos, Temuco; Humberto Rodríguez, Talcahuano; Berta Ahumada, Villarrica. DOS CUADERNOS: Eulogio Quinteros, Santiago; Nancy Arriagada, Santiago; Berta Mardones, San Bernardo; María Cristina Peralta, Talca; Lola Proust, Victoria; Víctor Narváez, Copiapó; Patricio Flores, Quillota; Enrique Ayarza, Concepción; Carmen Moraga, Chillán; Sergio Rebolledo, Santiago. UNA CAJA DE LAPICES DE COLORES: Juan Quezada, Valparaíso; Rita Pardo, Santiago; Rosa Barra, Angol; Luis Lizana, Santiago; Aristides Gallardo, Temuco. UNA PALETA ACUARELAS: Marcelo Ceballos, Vallenar; Sonia Donoso, Santiago; Rubén González, Concepción; Isabel Vallejos, Temuco; María Calvo, Curicó. UNA LIBRETA APUNTES: Guillermo Cárdenas, Talcahuano; Patricia Inostroza, Santiago; Rodrigo Zamora, Melipilla; Víctor Barros, Valparaíso; Carlos Santander, Viña del Mar. UN PAQUETE VITALMIN: Antonio Ramírez, Los Andes; Alicia Galdames, San Felipe; Fresia Arriagada, Quillota; Osvaldo Pizarro, Los Andes; Lucila Frías, Talca; Yolanda Mendoza, Viña del Mar; Alicia Olivares, Antofagasta; Sara Gallegos, Concepción; Melitón Vergara, Valparaíso, e Isolda Bustamante, Santiago.

EL MOSQUETERO



CAPITULO V. LOS BANDIDOS DE LUBERON

1. Pedro de Rognac había llegado a París en plena revolución. Al hospedarse en un albergue le tomaron por enemigo del rey y tuvo que escurrirse por una ventana. Su entrada causó espanto a un pasajero del albergue y el Mosquetero Azul trepó entonces al tejado. Desde allí pudo divisar a una turba amenazante. Siguiendo por las techumbres buscó otra salida.

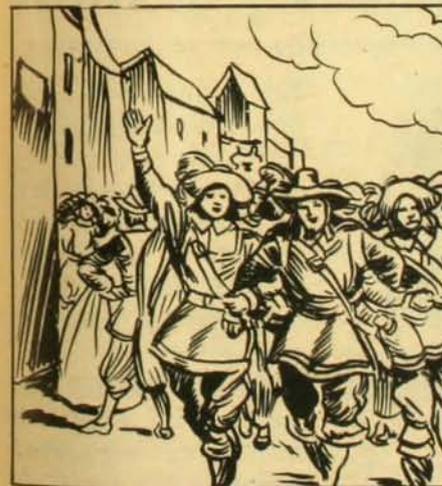


2. Al divisar una claraboya juzgó que por ahí podía evadirse, pero cayó en una gran sala donde había un numeroso grupo de individuos de mala catadura. "—¿Quién eres?", le preguntaron. "—Soy el Mosquetero Azul", dijo Pedro alzando su espada. "—Bien venido, mosquetero —gritaron los de la banda—. Podrás entonces invitarnos a beber, compañero."

AZUL



3. Pedro de Rognac sacó de su bolso un puñado de las monedas de oro con la esfinge del rey Enrique IV que le había dado su padre. "—Las mismas monedas de oro que tiene nuestro amo Aquiles de Luberon", dijeron los atorrante. Al oír que esa gente pertenecía a su enemigo mortal, Pedro decidió embriagarles a fin de conocer los secretos del villano Luberon.



4. Llevado casi en triunfo por sus nuevos amigos, Pedro pudo pasar frente a la posada de José Vinay sin que le sorprendiera la gente que le acechaba. En seguida, entre copa y copa, Pedro se informó de que Luberon estaba aliado con el ministro Concini y que juntos efectuaban salteos y robos. Tanto bebieron aquellos facinerosos que Pedro pudo zafarse de ellos dejandolos dormidos.

(CONTINUARA)

AKYRA

**CAPITULO XXI
Y FINAL. —
Triunfo de Akyra
y Omar.**

En toda la ciudad de Bufekrane, la revuelta organizada por Akyra, el capitán Omar y Alí, se propagaba como un reguero de pólvora. Hasta los soldados de la guardia de Ben-Kasen y Laucine se habían unido a los revoltosos.

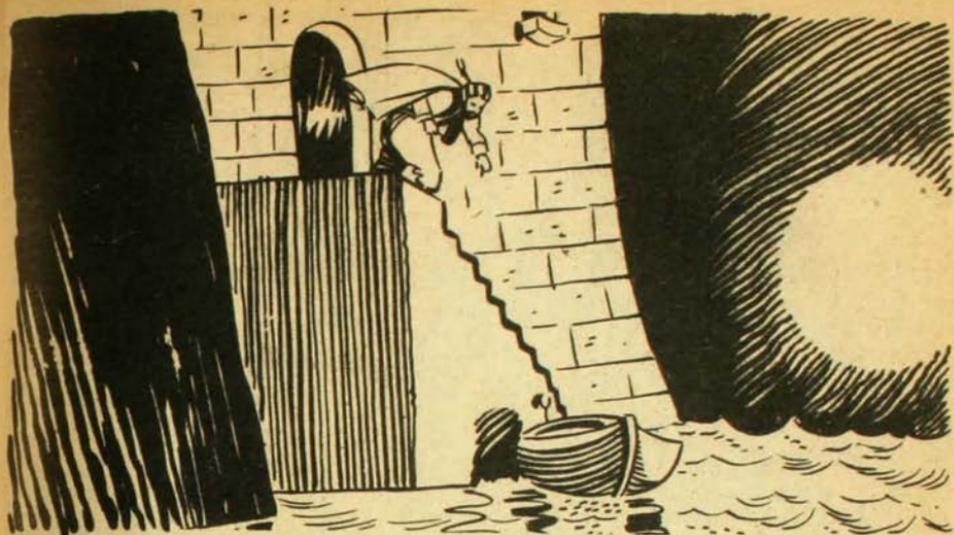


Omar fué ovacionado por el pueblo.



Los héroes Akyra y Omar.

En compactos grupos marchaban por las calles pidiendo la cabeza de los tiranos. —Tenemos que encontrar al miserable Ben-Kasen —decía Omar a la doncella Akyra. —Es preciso que ese hombre no vuelva a Bufekrane —expresó Omar—. El y su visir Laucine deben recibir el castigo que merecen. Ben-Kasen, entretanto, había huído a los



Ben Kasen se arrojó a una barquilla.

subterráneos del palacio, temiendo, con razón, la furia del pueblo, al que tanto había oprimido.

Cuando vió que Omar y Akyra salían del palacio, subió por un pasillo secreto que sólo él conocía.

Bajo el muro y atado a un cable, Ben-Kasen tenía una pequeña lancha para usarla en caso de fuga.

Fácil le fué descolgarse por el cable y saltar a la barca.

Cogiendo los remos pretendió llegar hasta su galera, pero, como estaba loco de miedo, remaba torpemente y poco avanzaba.

Por último, el obeso tirano fué a estrellarse contra un escollo submarino y la barca se volcó.

Inmediatamente aparecieron los tiburones en busca de su presa.



El tirano cayó al mar y fué devorado por los tiburones.



El pueblo obsequiaba a la doncella Akyra.

Los agradecidos habitantes de Bufekrane colmaron de presentes a sus libertadores, suplicándoles que permanecieran con ellos.

—Soy un enamorado del mar y de las aventuras —respondió Omar— y mi patria es la tartana que me lleva por los océanos. Akyra es mi musa y mi sirena.

La tartana, engalanada con su velamen rojo, se alejó como una llamarada más entre los reflejos dorados del sol poniente.



Akyra y Omar partieron hacia lejanos mares.

Desde la ribera el pueblo entero observaba la tragedia de Ben-Kasen, pero nadie habría dado un paso para salvarle.

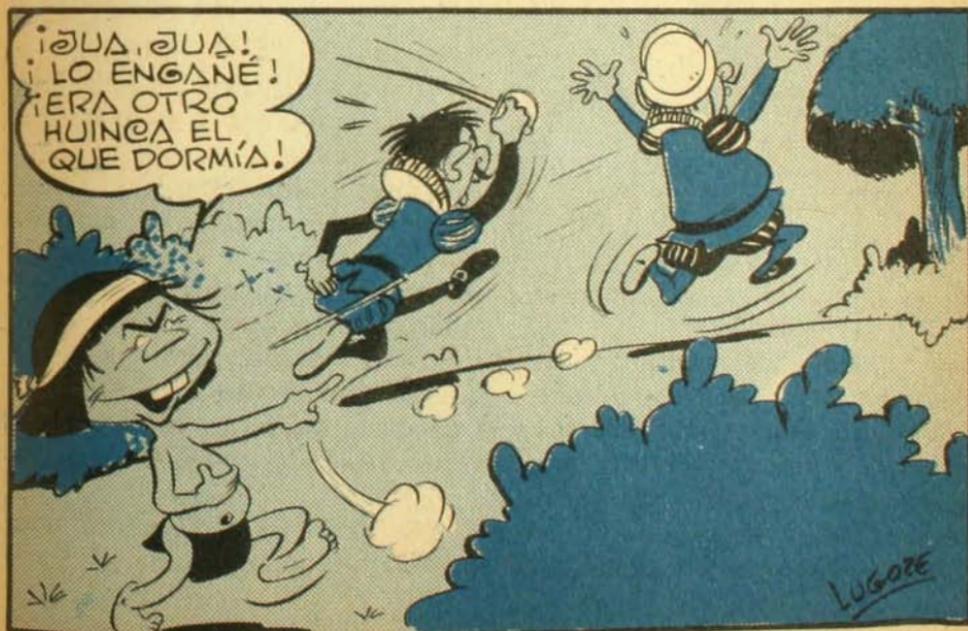
Así terminó el cruel Ben-Kasen. —¡Omar! ¡Omar! ¡Omar! —gritaba la multitud—. Sé tú nuestro soberano, y Akyra nuestra reina.

—Libres habitantes de Bufekrane —respondió el capitán Omar—, vivid en paz ahora. Akyra y yo hemos terminado nuestra tarea y volvemos al mar.

F I N



Por LUGOZE



MIRA, PELUSITA, ME
COMPRARON ZAPATOS
NUEVOS



¡BAH! LOS MÍOS
TAMBIEN SON NUEVOS



¡PERO LOS TUYOS
NO TIENEN SUELA
DE GOMA!



¡BAAAAAH! PERO A
TI NO TE APRIETAN!



Simbad

N.º 83

JOSITO, EL CORSARIO



ELENA TOBIER

\$ 2.-

LAUTARITO

¡OS MANDÉ A BUSCAR
AGUA PARA LAVARME
LOS PIES, ANIMAL!



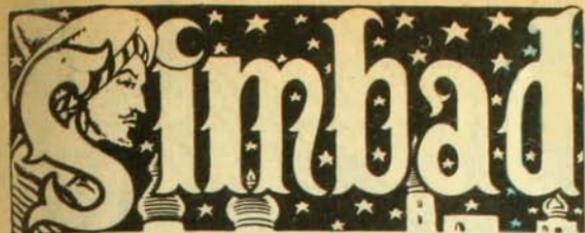
¡PITUCO DEL DIABLO!
¡TENER QUE IR HASTA
EL RÍO!



¡LE DARÉ UNA
LECCIÓN!



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA



EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora
ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO II - N.º 83

Precio: \$ 2.—

4-IV-1951

EL PEREGRINO de BUDA



CAPITULO XII.—Combate en el río.

Cuando el peregrino de Buda se escapó de la Torre de los Sollozos lanzándose al río, su carcelero tocó un gongo gigantesco, anunciando su fuga no sólo a los habitantes de la torre, sino a todos los bramanes de la vecindad, a los piratas del río y a los enemigos de los budistas.

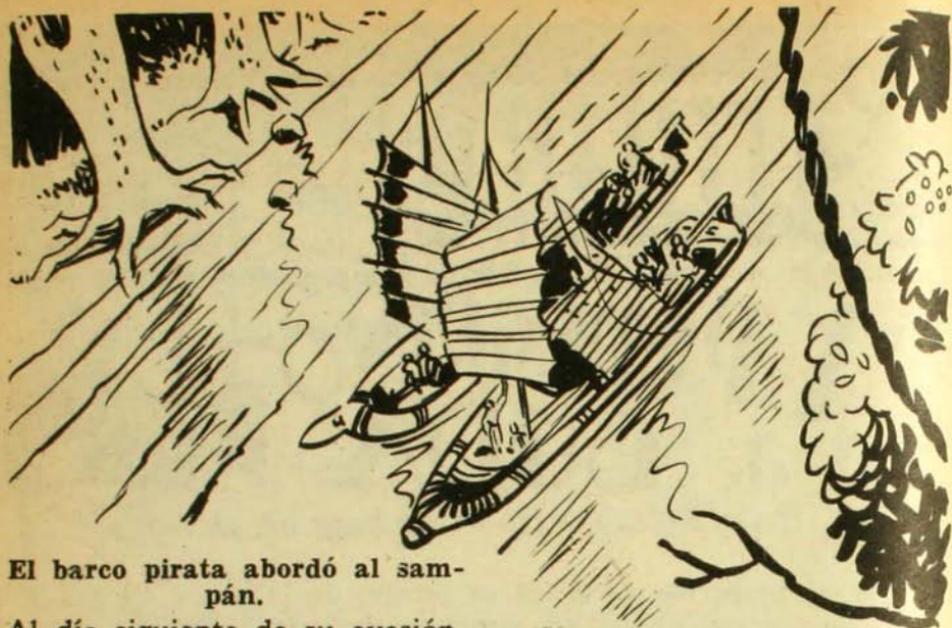
Pero esto lo ignoraban el fiel Wei y sus acompañantes.

El viaje se desarrolló al principio en las mejores condiciones. Feliz de haber escapado una vez más, Yuansú meditaba, sentado en la proa del sampán.

Avanzaban rápidamente, impulsados por un viento favorable, entre dos riberas bordeadas de árboles, cuyas ramas caían sobre el agua.



El sampán bogaba por el río.



El barco pirata abordó al sampan.

Al día siguiente de su evasión, el peregrino de Buda tuvo una desagradable sorpresa. El sampán abordaba una curva del río, cuando barcos

piratas surgieron de improviso. Se habían ocultado allí disimuladamente para capturar al Maestro de la Ley, cuya fuga les había avisado el gongo gigantesco.

Pronto las flechas silbaron, y algunos hombres cayeron de un lado y de otro.

Pero lo que pretendía el jefe de los piratas era el abordaje. Se produjo el choque brutal, y los dos sampanes unidos continuaron deslizándose en el río, en

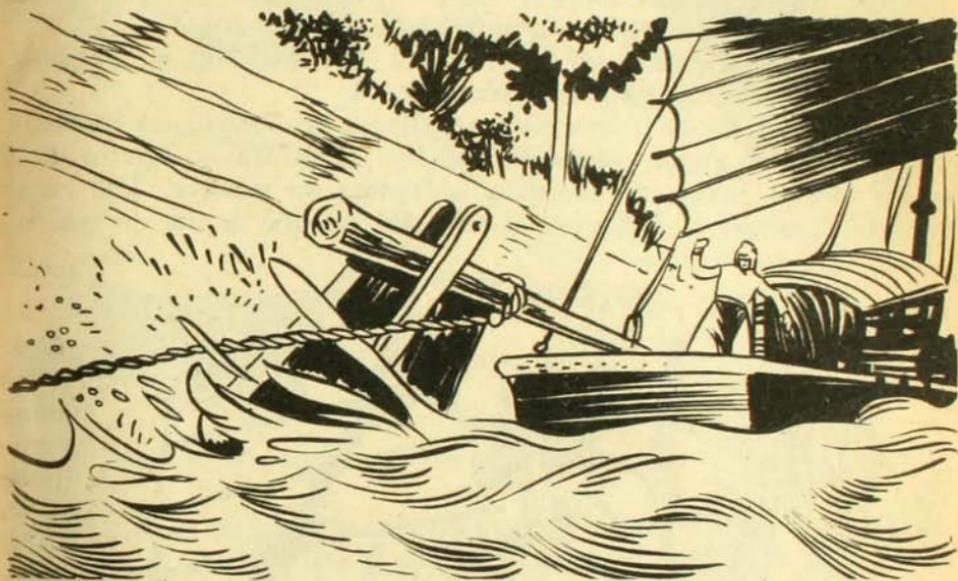


Los piratas optaron por el lazo.

tanto que sus ocupantes se batían como fieras. Yuansú, impasible, sujetaba el timón.

El fiel Wei comprendió que el combate era desigual; con un violento impulso se desprendió del sampán pirata y huyó auxiliado por la corriente.

—No importa esta primera derrota —dijo el pirata—; ellos no conocen los escollos de este río, ni tampoco sus temibles remolinos.



El sampán de Yuansú quedó embancado.

En efecto, el sampán de Wei fué pronto alcanzado por el barco pirata, y esta vez los afiliados a la secta bramán actuaron de diversa manera. Premunidos de un lazo muy largo, lo arrojaron al mástil del sampán en que viajaba el peregrino de Buda. El velamen de totora cayó pesadamente y quedó atado al grueso cordel:

El sampán, privado de dirección, fué a encallar en un arrecife y se partió por la mitad.

—Ríndanse o los exterminamos a todos —gritó el jefe de los piratas chinos.

Los compañeros de Yuansú contestaron despectivamente.

—Un amigo del Peregrino del Buda no se rinde jamás —exclamó Wei con orgullo.

Los piratas lanzaron nuevas flechas envenenadas y tres camaradas de Yuansú cayeron al río, heridos de muerte.

Wei, presa de ira tomó en sus hérculeos brazos el cuerpo de un pirata y antes de que sus compañeros pudieran reaccionar, lo lanzó al río.

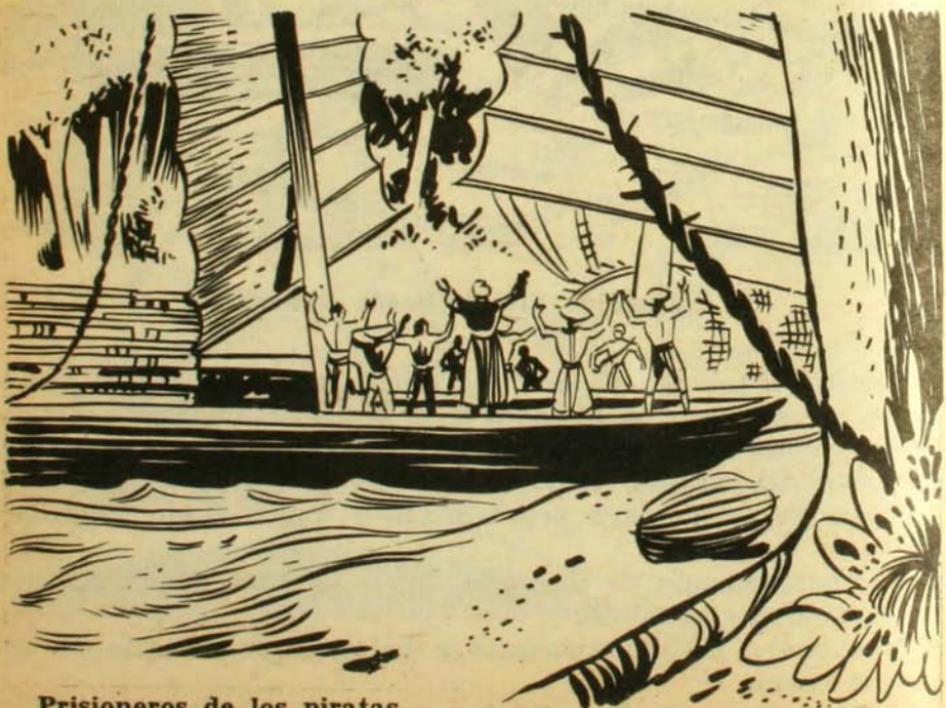
—Ríndanse —volvió a gritar el jefe de los bandidos.

Yuansú suplicó a sus amigos que no continuaran combatiendo, pues a él le repelía todo derramamiento de sangre.

—¿Por qué nos persigues? —preguntó Yuansú, con su habitual mansedumbre al jefe de los piratas.

—El guardián de la Torre de los Sollozos nos envió un mensaje por medio del gongo gigantesco —dijo el pirata—. Ignoro cuál es tu crimen, pero está dada tu sentencia de muerte. Tus compañeros quedarán atados en medio del bosque a fin de que el señor tigre les devore.

—¿Y el Maestro? —preguntó Wei.



Prisioneros de los piratas.



—Tu destino será horrible —
dijo el pirata a Yuansú.

—Los bramanes le han reser-
vado otro destino —agregó el

pirata chino—. Ya lo conocerás tú mismo, joven impostor y em-
bustero.

Mientras los otros piratas se llevaban a sus amigos al bosque,
Yuansú fué descendido a una fosa oscura, donde se escuchaba
un extraño rumor.

El peregrino de Buda pudo entrever en la penumbra de la ca-
vidad los cuerpos viscosos de las ser-
pientes y su pie tomó contacto con las
escamas de su piel.

Lleno de horror, el peregrino de Buda
exclamó aterrado:

—¡Las cobras!... Buda me proteja...
Esas serpientes fueron enemigas del
Maestro. Ellas le hicieron sombra con
sus cabezas. Mi destino está escrito.
Que se haga la voluntad de Buda.

(CONTINUARA)

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 83

¿Puede decirnos de
cuántas partes se
compone una hoja y
cuáles son?



EL MISTERIO DEL DESIERTO



CAPITULO X.— *Leilah, princesa cruel.*

Al advertir el movimiento de los peregrinos, que corrían desalados hacia las riberas del Lago Sagrado, Polo preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Vamos a ver —replicó Mesaud.

—Milagro, milagro —gritaba la multitud de peregrinos.

Bakri, Mesaud y Polo comprendieron el asombro de los árabes al ver que las aguas del

lago bajaban con una rapidez extrema, sin que nadie pudiera explicar el fenómeno. Al mismo tiempo se escuchaba un ruido lejano como de truenos.

¿Por qué el Lago Sagrado, cuyas aguas habían sido siempre límpidas y claras, se secaba en un instante?

Sólo se veía ya el fangó arenoso.

De improviso surgió una voz de los abismos del lago:

—Orad, hermanos —decía la misteriosa voz.

Los árabes, con la frente en el polvo, continuaban invocando a Alá.

Polo, menos crédulo que los infieles, contemplaba el pavoroso espectáculo. Como por arte de magia, brotó del fondo del lago seco la figura majestuosa de un individuo de larga y negra barba, ojos centelleantes y envuelto en un ancho manto azul.

—¿Quién eres tú que sales del fondo del lago sin que se mojen tus vestiduras? —preguntó un peregrino más osado al extraño personaje que surgía del lago.

—Soy el enviado de Alá —replicó con voz tronante el aparecido—. Soy el profeta Kadur-el-Kebir.

RESUMEN: Polo y Lily Lorin parten al desierto en busca de sus padres, quienes desaparecieron misteriosamente de Sudi-el-Guir. Tras terribles aventuras los viajeros se dirigen hacia el Lago Sagrado, creyendo que allí encontrarán al doctor Lorin y a su esposa. Lily es raptada por una tribu de tuareg. Aicha, la joven mora que conoció a los niños Lorin en su travesía desde Marsella, se constituye en protectora de Lily. Mientras tanto, Polo, Mesaud y Bakri continúan su viaje hasta el Lago Sagrado.

Un estremecimiento fanático conmovió a la muchedumbre. Casi todos los peregrinos habían oído hablar del profeta Kadur-el-Kebir, quien excitaba a los árabes a la revuelta contra los europeos. Se decía también que el cheik Abdul-ben-Mohamed estaba bajo su influencia y le obedecía ciegamente.

—¿Quién nos asegura que tú eres profeta? —apostrofó un árabe al hombre que surgía del Lago Sagrado—. Te vimos aquí en nuestra pasada peregrinación. Nos prometiste sanar a nuestro viejo rey Solimán, el guerrero y padre de nuestra bienamada princesa Leilah... ¿Has cumplido tu promesa?

Kadur-el-Kebir respondió:

—El altísimo nos otorga sus gracias o las desoye, como le place. Alá ha privado de la salud al rey Solimán. El anciano rey está ciego y loco. Por este motivo nos hemos visto obligados a encerrarle en una de las habitaciones del palacio, a fin de que no constituya un peligro público. En su lugar gobierna su hermano



—Ese hombre es un falso profeta, un impostor —gritaba Zauya.

Abdul-ben-Mohamed, quien cuida y protege a la princesa Leilah, vuestra legítima soberana.

De súbito, una mujer, con cabellera hirsuta y heroico ademán, trepó a un peñasco y arengó a la muchedumbre en estos términos:

—Miente, mente ese impostor —decía la mujer, señalando al profeta.

—¿Qué dice esa loca? —interrogó el profeta Kadur-el-Kebir.

—Me parece que yo conozco a esa mujer —murmuró Polo al oído de Mesaud.

—Es la hechicera Zauya —respondió el pastor.

—Sois unos ignorantes al dejaros engañar por ese hombre —gritaba Zauya—. ¿Quién es? ¿A qué tribu pertenece? Llegó a Dejebel, hace algunos años, pobre y harapiento. Y ahora manda como jefe. Nuestros hijos y nuestros hermanos van a la guerra y mueren por su mandato. Nos ha movido a una guerra sangrienta con los extranjeros, que respetaban nuestra religión. ¿Qué fin le lleva a una guerra inútil y cruel? Ni siquiera conocemos su nombre. El también es un extranjero que se oculta bajo un disfraz.

Kadur-el-Kebir ardía de ira y pretendía acercarse a la mujer que le increpaba.

La muchedumbre vacilaba. Por fin uno de los *aiussas* que vigilaban la entrada de las cavernas gritó:

—Si en verdad es profeta, que lo pruebe.

—Sí, sí —asintió Zauya—, que nos devuelva a nuestro rey Solimán. Sigámosle. Obliguémosle a que nos conduzca a las cavernas donde le tiene prisionero.

La hechicera saltó del peñasco para dirigirse al fondo del lago. La multitud iba a seguirla, y Kadur-el-Kebir caería en poder de esa gente furibunda.

—A las cavernas —vociferaba Zauya.

—Sigámosla —indicó Polo—; así llegaremos al sitio donde se encuentran mis padres.

Los guerreros *aiussas* no sabían qué actitud asumir. Vacilaban entre defender al profeta o unirse a los revoltosos.

—El agua sube —gritó Zauya—. Retírense pronto.

En efecto, el fondo del lago comenzaba a llenarse de agua. Zauya y algunos temerarios retrocedieron espantados hasta los peñascos de la ribera; pero en el momento en que la hechicera trepaba la escarpada roca, resbaló fatalmente y se hundió en el agua.



La princesa Leilah yacia muellemente reclinada en un diván.

El profeta Kadur-el-Kebir, por arte de magia, permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho en medio de las turbulentas aguas. Cuando el agua le llegó al cuello, el profeta gritó a la multitud, sobrecogida de espanto:

—Mañana a esta misma hora os presentaré a la princesa Leilah, vuestra soberana.

Las aguas siguieron subiendo, y el profeta desapareció de la superficie.

A través de la transparencia azul del lago no se veía ni el cuerpo de Zauya ni el del profeta enviado de Alá.

La muchedumbre, exaltada por el milagro del lago, aclamó al profeta.

—Gloria a Kadur-el-Kebir —gritaban los peregrinos—. El profeta es el enviado de Alá. Su poder es mayor que el del gran Marabú. Juramos obedecerle.

Polo quedó pensativo.

“Ese hombre es un falso profeta —se dijo el muchacho—; pero no me explico el misterio que encierra el lago.”

Polo Lorin no se equivocaba al juzgar de impostor a Kadur-el-Kebir.

Si algún buen nadador hubiera seguido a ese individuo cuando desapareció de la superficie del Lago Sagrado, le habría visto nadar hasta una compuerta subterránea, que se abrió para darle pasada a las cavernas.

Los dos árabes que abrieron la compuerta iluminaron el túnel con antorchas y guiaron sus pasos hasta el vestíbulo de un maravilloso palacio.

—¿La princesa está en sus habitaciones? —preguntó Kadur-el-Kebir a uno de los árabes.

—La princesa os aguarda.

—¿Y el gran cheik dónde se encuentra? —volvió a preguntar Kadur.

—Nuestro gran Marabú el cheik Abdul-ben-Mohamed se hallaba en la gruta superior mientras vos hablabais a la muchedumbre —respondió el árabe—. Ahora está en su aposento.

Kadur atravesó el vestíbulo y llegó a otra sala que semejaba el galpón de una gran fábrica, pues allí se veían bombas, motores y maquinarias muy complicadas.

—Las máquinas marcharon muy bien, Germán —dijo el profeta a un individuo de tipo rubio.

—Gracias, señor —replicó el ingeniero Germán.

Ya en tierra firme, el profeta golpeó a una puerta de bronce cincelado.

—Anuncia mi llegada a la princesa —ordenó Kadur a una mujer árabe que acudió a su llamado.

Kadur avanzó hacia la sala del trono, adornada con divanes y tapices maravillosos. La princesa Leilah estaba muellemente reclinada en un diván, rodeada de una corte de esclavas, que la abanicaban, mientras otras tocaban diversos instrumentos musicales.

—El *salem* para ti, princesa Leilah —dijo el profeta.

La princesa examinaba al profeta con sonrisa irónica. Sus ojos tenían una expresión cruel y dominante.

—Supe que todo resultó bien —dijo Leilah—; pero que una mujer se había ahogado.



La cruel princesa Leilah ordenaba azotar a sus esclavas.

—Me insultó y trató de amotinar a la muchedumbre. El cielo la ha castigado.

La princesa alzó la mano cuajada de anillos e indicó a sus doncellas que se retiraran.

Esas doncellas temían a la princesa más que al diablo. Continuamente las mandaba azotar y llegó hasta torturar a su propia nodriza Séfora.

—Salgan —gritó de nuevo la cruel princesa—, o mis perros darán cuenta de ustedes.

—¿Y esta niña se queda aquí? —preguntó Kadur, señalando a una negrita de doce años.

Leilah volvió el rostro hacia la negrita y le dijo furiosa:

—Vete en el acto.

La chica respondió asustada:

—No te enojés, princesa, ya me voy.

La princesa le arrancó violentamente el abanico y golpeó con él el rostro de la negrita.

(CONTINUARA)

¿ QVO VADIS ?

Reinaba en Roma el emperador Nerón, hombre cruel y de bajos instintos, cuando la doctrina del dulce Jesús, tan llena de amor por el prójimo, que convertía en hermanos a todos los hombres de la tierra, sin distinción de clases ni de razas, comenzó a extenderse por la tierra, propagada por los discípulos del Maestro. A la capital del poderoso imperio romano había llegado con tal objeto el apóstol Pedro, quien en poco tiempo logró conquistar gran número de adeptos, especialmente entre los humildes, que veían acercarse la hora de su redención.

Nerón, rodeado de una sociedad rastrera y corrompida, vivía entregado a los más bajos placeres, y su alma ruin jamás retrocedía ante los más espantosos y execrables crímenes, ya fuese para castigar a los desgraciados cortesanos que, por no haber sido suficientemente hábiles en el halago de su vanidad desmedida, perdían el favor imperial, o bien para eliminar a toda persona que pudiera estorbarle.

A la nueva "secta", como llamaban entonces los gentiles a la comunidad cristiana, pertenecía un noble matrimonio, con el cual vivía una hermosa niña, llamada Ligia, que había sido recogida por los esposos al quedar huérfana de padre y madre.

Visitando cierto día aquella honrada casa, el joven patricio Marco Vinicio, perteneciente a la nobleza del país, tuvo ocasión de conocer a Ligia, de quien quedó enamorado. Pero su desilusión fué muy grande al saber que la elegida de su corazón había adoptado también aquella doctrina, que las clases gobernantes empezaban a considerar como un peligro para la tranquilidad de Roma.

Marco Vinicio quiso persuadir a Ligia de que abandonase la fe que había abrazado; pero ella, con la seguridad de los convencidos, le replicó:

—Nada me hará renunciar al propósito de salvar mi alma en la religión de Nuestro Señor. Si tú fueses cristiano como yo, vendrías a sufrir a mi lado, y ni la muerte podría entonces separarnos, porque volveríamos a reunirnos en la otra vida, en el paraíso que nos tiene reservado Jesús a los que creemos en él.

El joven quedó profundamente impresionado por las palabras de

Ligia, y, comprendiendo que las ideas de los cristianos eran dignas de respeto, no insistió en que la niña las abandonase, y continuó visitándola, con el beneplácito del noble matrimonio que la había recogido.

Al servicio de Ligia estaba un esclavo llamado Ursus, dotado de una fuerza sorprendente y que adoraba a su ama, por quien estaba siempre dispuesto a dar la vida. Este esclavo era también cristiano, y, en compañía de aquélla, asistía a las ceremonias de las catacumbas, que así se llamaban las cuevas en que los fieles se reunían. Ligia y Ursus, mezclados en la multitud iluminada por la esperanza de la vida eterna prometida por Jesucristo, escuchaban absortos la palabra de San Pedro, adquiriendo cada día fuerzas para resistir la persecución brutal que presentían no iba a tardar mucho en llegar, pues de la maldad de Nerón había que esperar todo.

Un día, hallándose el emperador en las afueras de Roma, anunció a los cortesanos que iba a ofrecerles un espectáculo nunca visto. En efecto, poco después la ciudad de Roma empezó a arder; soldados debidamente instruidos habían prendido fuego a los barrios humildes, que estaban formados principalmente por casas de madera.

Nerón, ante aquel espectáculo, en vez de temblar y arrepentirse, empuñó la lira y recitó versos que él mismo había compuesto, pues, entre sus debilidades figuraba la de creerse músico y poeta.



Nerón empuñó la lira, en vez de temblar y arrepentirse.

Por su parte, el pueblo romano lanzóse a las calles, dando mueras al César, y, marchando en actitud airada, trató de ir a su encuentro y de hacerle pagar caro su felonía.

La situación para el emperador tornábase de un momento a otro difícil en extremo, y, para salvarle de semejante trance, algunos cortesanos propalaron la especie de que eran los cristianos los autores del incendio de Roma.

Las legiones atacaron entonces a éstos, y los que salvaron la vida y cayeron prisioneros fueron conducidos a los sótanos del circo, para ser arrojados a las hambrientas fieras.

En medio de la confusión que reinaba en la ciudad, el noble Marco Vinicio llegó a saber que Ligia había sido aprehendida y que también se hallaba encerrada en los calabozos del grandioso edificio en que se celebraban los juegos con que el emperador y la nobleza se distraían y distraían al pueblo, para que dejase de pensar en su salvación.

Marco Vinicio, desesperado, se propuso salvar a Ligia, y, sobornando a los soldados con dádivas y dinero, logró llegar al sótano en que estaba encerrada.

Ligia, atacada de fiebre, yacía en el suelo, sobre un montón de paja, y a su lado, pendiente de sus menores deseos, estaba el fiel Ursus, cuyos musculosos brazos se ocupaban humildemente en sostener la cabecita de su pobre ama cuando ésta bebía algunas gotas de agua, o en arreglarle las raídas mantas sobre las cuales descansaba.

Vinicio le prodigó palabras de consuelo, le prometió hacer cuanto le fuese posible para aliviar la triste suerte de los cristianos, y ella mostró una vez más su infinita confianza en la fe que había abrazado.

Fueron vanos, sin embargo, los esfuerzos que Marco Vinicio realizó en la corte imperial para salvar a quien tanto adoraba. Nerón no estaba dispuesto a perdonar a nadie; su tremenda maldad le había hecho concebir la idea de ofrecer a sus cortesanos y al pueblo un espectáculo de refinada crueldad, con el que esperaba aumentar su popularidad entre la plebe.

El día señalado para la fiesta, una multitud inmensa llenaba las graderías del circo. Presidiéndola estaba Nerón, rodeado de sus capitanes y de todos los que, por egoísmo, por vanidad o simplemente por miedo, lo adulaban, celebraban sus menores ocurrencias y se desvivían por merecer una de sus sonrisas.

Abiertas las puertas del sótano, Ursus, el gigantesco esclavo, avanzó lentamente hacia el centro del circo, con los brazos cruzados, la cabeza doblada sobre el pecho, indiferente a todo lo que había a su alrededor. La multitud, al verle así, prorrumpió en silbidos, burlas e insultos.



Marco Vinicio logró llegar hasta la prisión de Ligia.

tos; se consideraba defraudada. ¡Vaya un espectáculo más aburrido el que les ofrecía el gran Nerón! Muchas voces gritaron: —¡Fuera, fuera!... ¡Que se lo lleven!

De pronto, un silencio impresionante se hizo en las graderías. Todas las miradas se fijaron en una de las puertas que ponían en comunicación los sótanos con el redondel del circo. El mismo Ursus se volvió hacia aquel lugar.

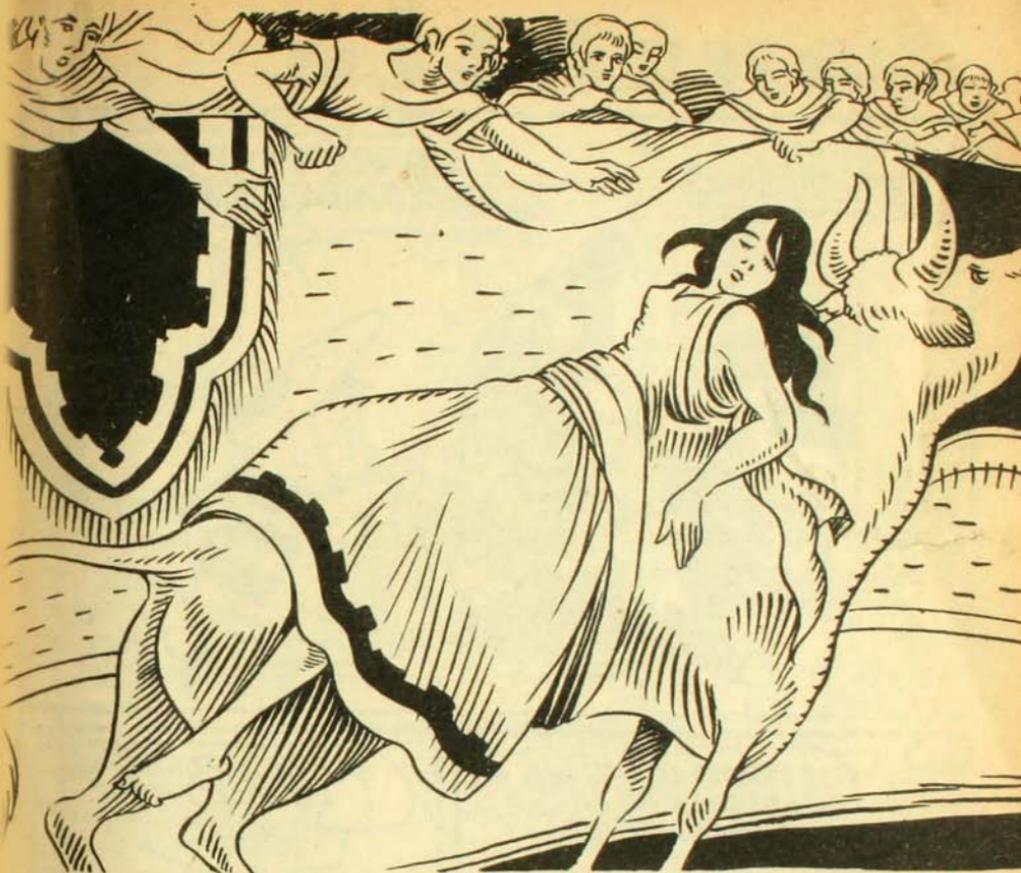
Nerón había ofrecido a sus cortesanos una gran sorpresa. Sin duda, esta sorpresa comenzaba. En la puerta mencionada acababa de aparecer un toro de soberbia estampa, cuyos ojos, deslumbrados ante aquella multitud, lanzaban chispas de furor. Sobre su lomo brillante, el hermoso animal llevaba a Ligia, sujeta con fuertes sogas, que mordían cruelmente sus miembros delicados. Nerón, en su inaudita perversión, había ideado que Ursus disputase a la fiera la delicada presa. ¿No se decía que aquel esclavo era capaz de vencer a un toro con sus brazos musculosos? Pues bien; ahora iba a verse si eso era cierto. Y el malvado emperador sonreía entre el corro servil de sus cortesanos, pensando en lo que iba a ocurrir dentro de poco...

Ursus, que hasta ese momento había ignorado para qué se le ponía en la arena del circo, comprendió al instante lo que debía hacer. Avanzó resueltamente hacia el toro; a un paso de éste extendió los brazos y tomó con sus manos de hierro las astas que ya se agachaban para herirle.

Al animal, al sentirse así sujeto, trató de levantar el testuz; pero las manos del esclavo, en una tensión que le hizo hinchar los bíceps como si fuesen a romperse, se lo impidieron. Forcejeó el toro, dando un paso atrás, y Ursus se dobló sobre él, dispuesto a impedirle todo movimiento. ¿Qué no haría el fiel Ursus por salvar a su dulce Ligia, a la pobre niña que yacía desmayada sobre el lomo de la bestia?

La multitud, sorprendida al principio, admirada luego, parecía no respirar contemplando aquella lucha inusitada que se desarrollaba ante sus ojos. Nerón y sus amigos estaban también pendientes del espectáculo. El emperador, mirando a través de la amatista que le servía de lente, empezaba a reconocer que no eran exageradas las noticias que tenía acerca de la fuerza hercúlea del esclavo.

Este había conseguido dominar a su adversario; sólo le faltaba torcerle el cuello para vencerle definitivamente. Afirmando los



Sobre el lomo del toro iba Ligia maniatada.

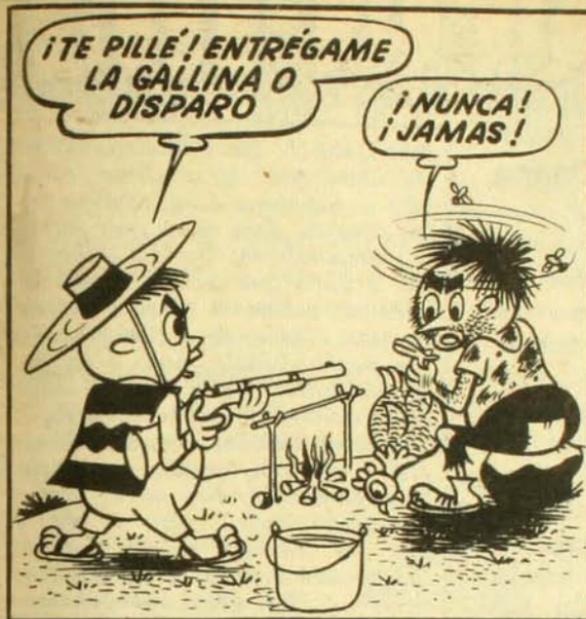
pies desnudos en la abrasada arena, el esclavo pareció acumular toda su fuerza en una aspiración profunda, y doblando los brazos hacia un lado, vió al fin que el cuello del toro se doblaba sin resistencia, y que el cuerpo, brillante de sudor, caía sin vida.

Rápidamente se agachó Ursus para soltar las ligaduras que inmovilizaban a Ligia, y alzando a ésta con las dos manos, avanzó hacia la gradería en que se hallaba Nerón. La multitud prorrumpió en un clamor unánime, pidiendo gracia para los dos cristianos, y el emperador no se atrevió a negarla.

Pocos días después, un matrimonio joven y dichoso salía de Roma en un carruaje. Llevaba un permiso especial de Nerón y se dirigía a Sicilia. Lo formaban la hermosa Ligia y el noble Marco Vinicio, unidos para siempre en la fe de Jesucristo.

Ponchito





La fierrecilla

CAPITULO VI.— Julia desprecia a su hermana Martina.

—Ha muerto mi tía Corina — gemía Julia entre sollozos—. Y yo que no pude despedirme de ella.

El doctor se apresuró a cancelar la deuda contraída con el montañés Tonio, quien presentó un papel cuyo monto no ascendía a doscientos pesos. Pero ya Julia subía al lujoso hotel y ocupaba un sillón del hall.

El doctor Miray y su hija mayor, Martina, aguardaron que se serenara un poco la mimada niña, y enseguida el médico le preguntó:

—¿Qué significaba tu desaparición justamente en ese momento trágico? Nos moríamos de inquietud, hija mía. ¿Dónde estabas tú? Cuando tu hermana y yo llegamos al Carlton, llamados por tu institutriz, quedamos aterrados al no encontrarte aquí. Explicame este suceso.

—Querían impedirme que fuera a ver a mi madrina —declaró Julia—, y yo me evadí para ir a Bellavista. El chófer nos dejó en la montaña y me robó todo el dinero que llevaba. Fuimos albergados por una estúpida mujer que nos retuvo tres días en su casa.

—¿No podías aguardar a que te llevaran a visitar a tu tía Corina? —preguntó el doctor Miray.

—Querían impedírmelo para apoderarse de la fortuna de mi

RESUMEN: La millonaria Corina Artel tenía a su cargo, como hija y heredera, a su sobrina Julia, niña de doce años, muy altiva e independiente. Un día anunciaron a Julia que Corina había sufrido un accidente grave y estaba en una clínica de Bellavista. En vez de conducirla junto a su tía, la institutriz encierra a la niña en su dormitorio. El botones Raúl, del Hotel Carlton, compadecido de Julia, promete llevarla esa noche a la clínica. Ambos niños parten en un automóvil, pero el chófer que los conduce resulta ser un iadrón que despoja a Julia de su dinero y les deja abandonados. En plena montaña Julia y Raúl divisan un albergue y piden hospedaje a una mujer que les reprocha su conducta y les encierra en su cuarto. Allí deben permanecer tres días hasta que Tonio les devuelve al elegante balneario.

tía —expresó Julia—. Y la institutriz era cómplice de esos villanos.

—¡Qué tonterías dices! —protestó el médico—. Posees un espíritu de rebelión que me hace sufrir.

—Tenía tantos deseos de ver a mi tía —balbuceó Julia, inclinando la cabeza:

—Y perdiste voluntariamente la ocasión de despedirte de Corina —dijo el severo padre—. La lección ha sido bien cruel. Pueda ella hacerte comprender de una vez por todas que los niños no deben decidir, ni suponer, ni creer... Para eso están sus mayores. A ti sólo te corresponde obedecer.

—Papá —suplicó la jovencita delgada y pálida—, no es el momento para regañar a Julia. La pobrecita está bastante castigada... El orgullo de Julia se rebeló ante las palabras de Martina. Mirando de alto abajo a la persona que se permitía compadecerla, replicó con voz airada:

—No me considero castigada, porque creo que no obré mal al querer ir a visitar a mi tía Corina. Son ustedes los malos..., los que me acusan... Es esa vieja y abominable señorita Juana quien les ha hablado mal de mí. La detesto, la odio, y a ustedes también... Poseída de una especie de crisis nerviosa, donde se mezclaban la desesperación y la ira, Julia se lanzó escalera arriba y quiso encerrarse en su dormitorio.

Pero en el umbral de la elegante habi-



El mozo Jaime sacó las maletas de Julia de su lujoso departamento.

tación tropezó con el mozo Jaime, que salía cargando dos maletas.
—Jaime, ¿qué hace usted aquí? —gritó la fierecilla—. Deje ahí mi equipaje. Esa es mi habitación.

Pero aquel hombre, a quien ella había humillado tantas veces, tenía preparada su venganza.

—Este cuarto ya no es suyo —dijo Jaime—. Se terminaron el lujo y el esplendor, señorita **FIERECILLA**. Hoy sale usted del Carlton con su padre, porque ya no tienen dinero para pagar un departamento de lujo en un hotel palacio.

Loca de indignación, Julia bajó la escalera con tanta precipitación como la había subido, y, sin advertir que había allí otros viajeros, dijo a su padre:

—¿Qué dice ese hombre? ¿Que yo debo abandonar mi departamento? ¿Por qué? A mí me agrada estar en el Carlton.

Triste, pero firmemente, el doctor Miray respondió:

—Nos mudamos de este hotel porque mis medios no me permiten habitar en un palacio como éste, ni aun por pocos días. No tengo fortuna, Julia. Tienes que convencerte de que tu vida va a cambiar.

—Pero yo soy rica. Soy la heredera de mi tía Corina.

El doctor Miray movió negativamente la cabeza y con toda suavidad dijo a la colérica niña:

—Heredas a tu tía Corina, hijita; pero ella sólo poseía una pe-



—No quiero ni sus consejos ni su compasión —dijo Julia a Martina.



Humillada y llorosa partió Julia del Gran Hotel Carlton.

queña fortuna propia, casi nada para lo que cuesta ahora la vida. Todas las riquezas de que disfrutaba mi cuñada vuelven a los hijos de su marido, quien era viudo cuando se casó con tu tía Corina.

—¿Entonces —balbuceó aterrada Julia— yo no soy rica?

—No lo eres... Y me extraña que en estas circunstancias la

cuestión dinero tenga tanta importancia para ti. La idea de ser pobre te aflige más que la muerte de tu benefactora.

—No me preocupa por mí —murmuró Julia con angustia—. Tengo una deuda que pagar, una deuda de honor, y me desespero no poder cancelarla.

—¿Una deuda de honor? —preguntó atónito Miray.

—Sí —respondió Julia, designando al botones Raúl—; por mi culpa ha perdido su empleo en este hotel. Le van a despedir, y su madre quedará desamparada.

—No te inquietes —interrumpió el doctor Miray, contento con advertir un sentimiento noble en su belicosa hija—; yo me encargaré de buscarle un empleo antes de que abandonemos este balneario. No quiero que los que han servido a mi hija queden perjudicados. ¿Ves ahora, Julia, las consecuencias de tu espíritu rebelde?

Julia inclinó la cabeza; pero demasiado orgullosa para reconocer su falta, se aproximó a Raúl y lo abrazó llorando:

—No te preocupes —díjole al oído—; no te olvidaré ni te abandonaré.

Conmovida Martina Miray por la nueva actitud de su hermana, pretendió abrazarla; pero Julia dió un paso atrás y la rechazó con violencia.

—Déjeme —gritó enardecida—. Usted está ligada con la señorita Juana. No quiero ni sus consejos ni su compasión.

—Julia, eres un verdadero monstruo... —protestó el médico—. ¿Cómo puedes rechazar con tanta aspereza un signo de afecto?

—¿Qué afecto puedo yo tener por una desconocida? Seguramente es una nueva institutriz, más arbitraria que la antipática Juana.

—Esta niña que tú llamas una desconocida es tu hermana Martina —declaró el doctor Miray.

Julia enrojeció de vergüenza y de humillación. ¿Su hermana era esa muchacha pobremente vestida, morena y humilde? ¿Qué dirían los porteros, el mozo Jaime y el botones Raúl, que estaban ahí presentes?

Con una mirada de desesperación buscó un aliado, alguien que la protegiera, y sólo vió caras hostiles.

Convulsivos sollozos la agitaron, mientras Jaime, el mozo que gozaba con su venganza, cargaba sobre sus hombros la maleta de la Fierrecilla, como indicándole que ya era tiempo de que abandonara el lujoso hotel Carlton.

(CONTINUARA)

GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos de cuántas partes se compone una hoja y cuáles son? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán los siguientes premios: 10 libros de cuentos infantiles; 10 libretas de apuntes; 10 paquetes de Vitalmín Vitaminado, 5 panes de jabón, y 5 peinetas de bolsillo.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 80.

Las guerras médicas duraron 43 años y fueron motivadas por el descontento de las colonias griegas contra sus opresores los persas.

PREMIADOS CON DOS CUADERNOS: Lautaro Olea, Santiago; Ociel Ibarra, Chillán; Hernán Alvarado, La Unión; Juan Alvarado, La Unión; Ricardo Moya, Santiago; Alicia Kroyer, Talcahuano; María Gutiérrez, Monte Aguila; Vilma Salinas, Valparaíso; Eliana Kroyer, Talcahuano; Ernesto Tobar, San Antonio; Nelson Díaz, San Carlos; Enrique Ramírez, Valparaíso; Natacha Núñez, Santiago; Marina Arancibia, Santiago; José Pino, Concepción; Graciela Pacheco, Ovalle; Héctor Merino, Victoria; Sergio Donoso, Talcahuano; Regina Espinoza, Valdivia; Rigoberto González, Santiago. **TRES LAPICES Y UNA GOMA:** Violeta Reyes, Viña del Mar; Clara Zepeda, Valparaíso; Oscar Venegas, Santiago; Adolfo Ortega, La Unión; Luis Palma, Viña del Mar; María Villagrán, Curicó; Leonardo Frías, Concepción; Lucinda Pérez, Limache; Miguel Moreno, Temuco; Enrique Yáñez, Lebu. **UNA CAJA LAPICES DE COLORES:** Gladys Rodríguez, Santiago; Miguel Medina, Santiago; Elsa Maldonado, Valparaíso; Olga Cisterna, Santiago; Marta Reyes, Linares; Jorge Rebolledo, Valparaíso; Clara Velásquez, Santiago; Roberto Cortés, Santiago; Alberto Gana, Concepción; Carmen Fuenzalida, Quillota. **UNA PALETA ACUARELAS:** Benilde Zúñiga, Valparaíso; Lucinda Pérez, Viña del Mar; Heriberto Ortúzar, Santiago; María Aldunate, Coquimbo; Isabel Rivera, Quillota; Mirna Araya, Talca; Julieta Sandoval, La Serena; Manuel Pantoja, Concepción; Ruth Quezada, San Antonio; Héctor Aranda, Lanco. **UN PAQUETE VITALMIN:** Gladys Rodríguez, Valparaíso; Mireya Lira, Quillota; Pedro Zapata, Santiago; Horacio Valdés, Melipilla; Eugenio Castillo, Coquimbo; Iván Silva, Quillota; Margarita Corvalán, Santiago; Horacio Cavada, Santiago; Jaime Mendoza, Valparaíso, y Aída Verdugo, Linares.

EL MOSQUETERO



CAPITULO VII. EL REY UNGE A PEDRO

1. El Mosquetero Azul, Pedro de Rognac, después de recuperar su caballo y unirse con su escudero Rolando, se dirigió al palacio real a fin de visitar a su amigo Juan de Armengol. “¿En qué puedo servirte, mi querido amigo?”, preguntó Juan. “Quiero saber de Luberon.” “Luberon comanda la guardia secreta del ministro Concini —expresó Juan—. No te aconsejo que te acerques solo a ese individuo.

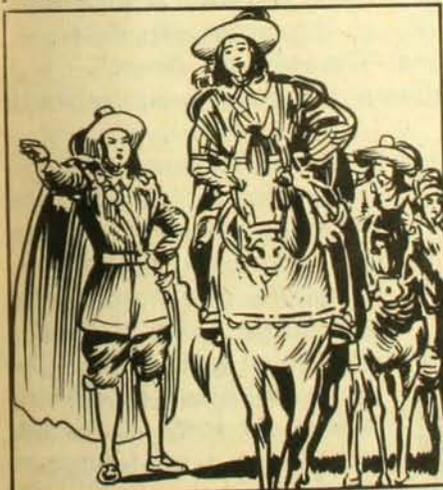


2. “Luberon está reputado aquí como un villano —agregó Juan—. Pero si quieres conocer al rey de Francia, yo te lo presentaré.” Al día siguiente el Mosquetero Azul fué presentado a Luis XIII, que sólo tenía quince años de edad. “Rognac, tu padre era muy amigo del mío —dijo Luis XIII al Mosquetero Azul—. Deseo que formes parte de mi guardia personal. ¿Qué te trae a París?”

AZUL



3. “Majestad —explicó Pedro—, estas monedas de oro se las obsequió el rey Enrique IV a mi padre, y Luberon las robó casi todas del castillo ducal. Yo quiero recuperarlas y castigar al ladrón.” “Te daré veinte de mis mejores caballeros para que formes una compañía —dijo el rey—. Luberon es un aliado del pérfido Concini.” En efecto, la reina madre y Concini complotaban contra el rey.



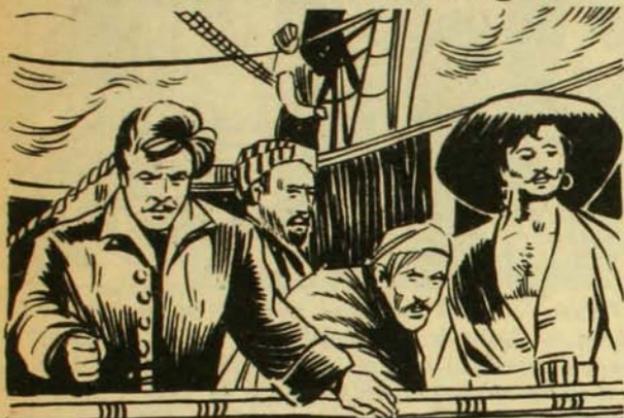
4. El Mosquetero Azul formó inmediatamente su compañía con veinte moce-tones valientes. Un agente del rey comunicó a Pedro de Rognac que Luberon intentaba un asalto al castillo del anciano duque de Chevroza, y que fuera a defenderlo. En efecto, el anciano conde estaba solo y paralizado. Le acompañaba su linda hija, la duquesita Elena.

(CONTINUARA)

JOSITO

EL CORSARIO

CAPITULO I.—El naufragio de la galera española.



Corazón de Acero y sus corsarios oyeron un grito.

Uno de los piratas más terribles era "Corazón de Acero". Aquel día habían atacado a una galera española y conquistado un gran tesoro.



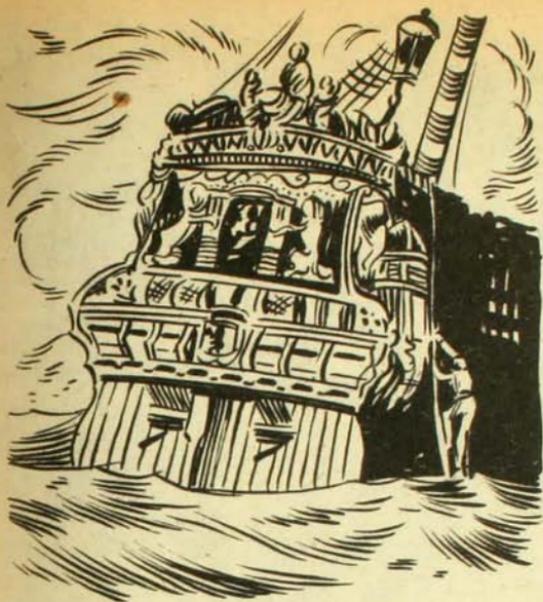
El jefe pirata se lanzó al mar.

En los años en que la conquista española dominaba el Nuevo Mundo, un solo peligro hacía temblar a los esforzados navegantes. Eran éstos los piratas que asolaban los mares, saqueaban los barcos y arrasaban las ciudades y puertos recientemente construídos por los españoles.

—Buena fortuna, mi capitán —decían los corsarios afirmados en la borda de su navío para contemplar la galera que comenzaba a hundirse entre llamas.

—Alguien grita —dijo Corazón de Acero—. Miren; allá en la torre de la galera diviso a un niño que tiende sus brazos pidiendo auxilio.

—Un hijo de españoles —expresó con desprecio otro pirata—, no es una gran pérdida. Que se queme...



Valientemente Corazón de Acero trepó a la galera incendiada.

en sus brazos a un chico de ocho a diez años, y afrontando las llamas que les envolvían bajó con su carga hasta el mar.

No había nadado más de cuatro metros cuando la galera hizo explosión, levantando verdaderas trombas de agua que casi sepultaron en el abismo al salvador y al niño.

Los corsarios se apresuraron a lanzar un bote al agua y así pudieron traer a su jefe hasta el velero.

—¡Qué locura! —decían los piratas a “Corazón de Acero”—. Tu vida estuvo en peligro por ese hijo de godos.

—Recuerda, “Corazón de Acero”, que quien cría cuervos...

El mar está muy agitado para ir a salvarle.

—¿Qué pasa? —exclamó un corsario—. ¿El capitán se ha vuelto loco?

Corazón de Acero, que probablemente también era corazón de oro, se había lanzado al mar y nadaba hacia el navío en llamas.

Con la agilidad de un pez el corsario surcó el agitado mar y con presteza subió la escala de cordel hasta llegar al sitio donde el niño continuaba gritando despavorido.

Desdeñando todo peligro, “Corazón de Acero” cogió



El corsario bajó con el niño en brazos.



Ambos sufrían de horribles quemaduras.



Josito fué curado por los piratas

—A mí no me sacará los ojos este pobre chiquillo —dijo con inusitada ternura el aguerrido pirata—. Déjenme curarle. Tiene la espalda llena de quemaduras. ¡Valor, muchacho! —decía “Corazón de Acero” al niño godo—. Con esta pomada sanarás de tus heridas. Quiero que aprendas a ser valiente.

Pero con el susto y el horror de la matanza, el niño fué presa de una fiebre cerebral y perdió la memoria.

(CONTINUARA)



Por LUGOZE

¡LISTO, NIÑO
PAQUITO!



¿ESTARÁ HELADITA?



¡JUA, JUA!
¡ESO LE PASA
POR MANDÓN!



¡AOOUU!
¡SÁQUENME
EL CAMARÓN
DEL DEDO!
¡AYYYYY!

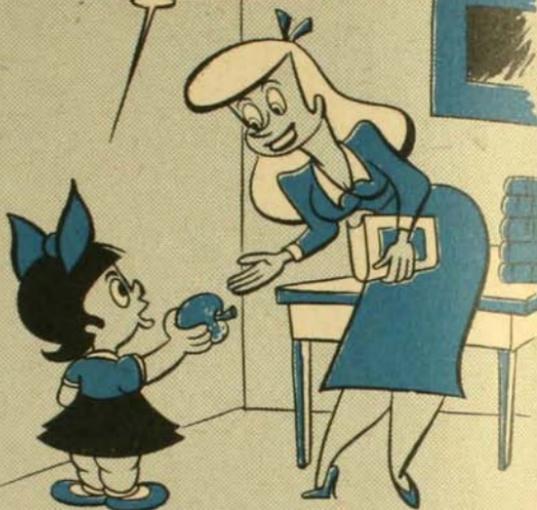


LUGOZE

LE REGALARÉ ESTA MANZANA
A LA PROFESORA PARA
QUEDAR BIEN CON ELLA



SEÑORITA LE TRAJE
ESTA MANZANA



¡OH! ¿QUE SIGNIFICA
ESTO, UNA BROMA?

NATO



¡POR INSOLENTE
ESTARAS UNA SEMANA
DE PIE EN LA CLASE!



Simbad

84

EL MISTERIO
DEL DESIERTO

ELSA
POIRIER

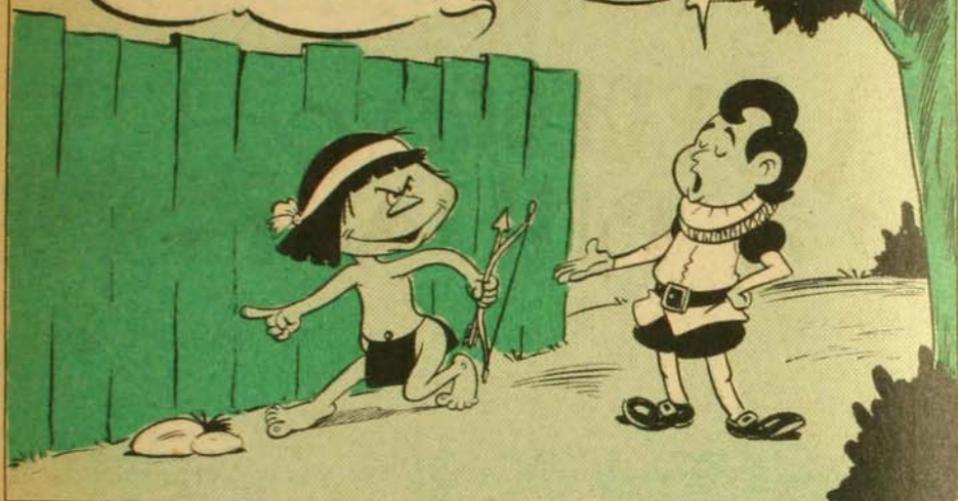


\$ 2.-

LAUTARITO

¿SOIS CAPAZ DE
CLAVAR UNA FLECHA
AQUÍ, NIÑO PAQUITO?

¡PASÁDMELA!



¡BRAVO!
¡ACERTASTEIS!

¡ES MUY
FÁCIL!



¡AHORA, SI
VOS SABEIS
EMPLEAR LA
MAZA, DADLE
UN GOLPE A
LA FLECHA!

¡JE, JE!
¡MÁS FÁCIL
TODAVÍA!



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO II

N.º 84

Precio: \$ 2.—

11-IV-1951

El PEREGRINO de BUDA



CAPITULO XIII.— *Se inunda el foso de las cobras.*

Después de huir de la Torre de los Sollozos, el peregrino de Buda fué capturado de nuevo por los brahmanes y arrojado a un foso lleno de serpientes, mientras Wei y sus fieles servidores eran atados a los árboles del bosque para que las fieras les devoraran.



Yuansú en el foso de las serpientes.

La instintiva repulsión que le inspiraban las cobras hizo perder a Yuansú su habitual serenidad. Retrocedió lentamente y se afirmó en la pared del foso, esperando el ataque de las serpientes alborotadas con su caída.

Bruscamente comenzaron a caer goterones de lluvia, que obligaron a las cobras a retirarse a sus



La lluvia atemorizó a las cobras.

Poco a poco fué inundándose el foso; Yuansú sentía que su hábito se empapaba, pegándose a su cuerpo yerto. Medio cegado por el agua, buscaba un punto propicio para la evasión, sin atreverse a dejar su inmovilidad.

De súbito cayó al foso un animalito de piel oscura. Era una mangosta, que en medio de la tormenta caía al foso de las cobras.

La mangosta, que como sabemos es la enemiga mayor de las cobras de oriente, quedó medio aturrida por la caída, pe-



Una mangosta cayó al foso.

cuevas. La tempestad, que desde la mañana se anunciaba en la región, estalló en una lluvia diluviana que desbordó los ríos e invadió la floresta.

Se diría que la naturaleza concedía una tregua a favor del peregrino de Buda. Las cobras, enrolladas las unas sobre las otras, se agrupaban en una cueva, pero sus cabezas alzadas demostraban que seguían vigilando al prisionero.



Se inició feroz lucha entre las cobras y la mangosta.

ro apenas oyó el silbido de las serpientes, se dispuso a la lucha. Este pequeño animal es insensible a la mordedura de las serpientes. Sus filudos colmillos conocen la parte débil del reptil y casi siempre vencen en su lucha con las cobras. Por lo tanto, Yuansú vió en la mangosta un aliado poderoso.

Se inició una batalla feroz, cuyo resultado era seguro. Las cobras huyeron desparvoridas y las que quedaron a retaguardia fueron exterminadas por la mangosta.

Entretanto, el peregrino de Buda intentaba escalar el muro del foso, pero cada vez que hallaba un punto de apoyo, volvía a resbalar al fondo.



Yuansú fué arrojado por la inundación.

La tormenta arreciaba en el bosque y la inundación de los ríos iba llenando el foso hasta que el agua llegó a la superficie de la tierra.

Las cobras y la mangosta suspendieron su combate en vista de un peligro mayor.

Yuansú optó por tenderse de espaldas y finalmente fué proyectado por las aguas hasta un punto de la floresta.

Varias veces evitó que un árbol desarraigado cayera sobre su cuerpo. Por fin pudo asirse a la raíz de un árbol y descansar un ins-



Por fin logró asirse de un árbol.

tante fuera del agua.

—¿Dónde estarán mis compañeros? —se preguntó el pere-

grino de Buda—. Sin duda la tempestad les ha librado de la muerte. Trataré de salvarles.



Sus seis compañeros estaban atados en el bosque.

La lluvia caía con menor violencia y la luna se asomaba entre nubarrones sombríos. Esa tenue luz bastó a Yuansú para orientarse e iniciar su búsqueda. Sabía el peregrino de Buda que Wei y sus compañeros se encontraban atados a un grupo de árboles que bordeaban el río. —Les colocaron allí —decíase Yuansú—, porque es el sitio donde acuden las fieras a beber cuando despunta el sol. El joven “Maestro de la Ley” avanzaba presuroso y sin importarle el peligro.

La luna iluminó de pronto un claro del bosque y Yuansú pudo ver a Wei y a sus cinco compañeros atados a seis árboles. Los prisioneros temblaban de frío y espanto.

Sin embargo, olvidaban sus sufrimientos presentes, para seguir con terror los movimientos de dos tigres que silenciosamente avanzaban hacia ellos.

(CONTINUARA)



EL MISTERIO DEL DESIERTO



CAPITULO X.—Dora Deminoff convertida en princesa mora.

La crueldad de la princesa Leilah era tan horrenda, que todo el mundo le temía.

El mismo profeta Kadur-el-Kebir quedó horrorizado ante el maltrato que daba a una negrita de doce años.

—Vete, maldita —insistía Leilah desde su muelle diván.

La negrita, que había tropezado con uno de los perros regalones de Leilah, huyó hasta la puerta perseguida por el animal, que pretendía morderla.

—Ven acá, Vilú —gritó Leilah a la desesperada negrita.

Sumisa y desesperada, la infeliz esclava se aproximó a Leilah.

—Acércate más... Dame tu brazo —ordenó la princesa.

—Perdóname... Fué casual —suplicaba la negrita.

Pero la infame mujer, en vez de perdonarla, llamó al perro y le dijo:

—Muerde...

El perro hundió sus colmillos en la carne de Vilú.

—Basta, basta —ordenó de nuevo Leilah a su perro regalón—.

Ya estás vengado. Y ahora, veté de aquí, Vilú —agregó la malvada princesa—.

Esta lección te servirá para ser más lista. Kadur-el-Kebir miró a la princesa con arqueadas cejas, pero nada dijo. Tenía mayores preocupaciones en su mente.

RESUMEN: Polo y Lily Lorin parten al desierto en busca de sus padres, quienes desaparecieron misteriosamente de Sudi-el-Guir. Tras terribles aventuras los viajeros se dirigen hacia el Lago Sagrado, creyendo que allí encontrarán al doctor Lorin y a su esposa. Lily es raptada por una tribu de tuareg. Aicha, la joven mora que conoció a los niños Lorin en su travesía desde Marsella, se constituye en protectora de Lily. Mientras tanto, Polo, Mesaud y Bakri continúan su viaje hasta el Lago Sagrado. Allí encuentran a la hechicera Zauya en pugna con el profeta Kadur-el-Kebir, a quien acusa de impostor. Polo, Mesaud y Bakri creen que Zauya se ha ahogado en el Lago Sagrado y bajan a las cavernas.

Contrariamente a lo que suponía Kadur-el-Kebir, la hechicera Zauya no había perecido en las aguas del Lago Sagrado.

Luchando contra la corriente, la mora logró cogerse de una roca subterránea y entrar a una caverna, donde se ocultó rápidamente. Zauya advirtió que el Lago Sagrado estaba rodeado de grutas naturales, que se comunicaban entre sí por estrechos túneles. La hechicera avanzó con suma cautela.

De súbito escuchó ruido de pasos y divisó dos siluetas que venían en sentido contrario al suyo. Zauya comprendió que las personas que avanzaban tampoco conocían esos vericuetos.

—No comprendo por dónde han pasado —decía una voz—. Hace un momento Mesaud me daba la mano y Suab iba adelante.

—No se preocupe, sídi —replicó otra voz—; ya les encontraremos. Aquí está tan negro como mi cara...

Zauya dejó escapar una jubilosa exclamación:

—Bakri...

—¿Oíste que te llamaban? —indicó Pofo Lorin.

La voz repitió con mayor fuerza:

—Bakri, Bakri...



La princesa Leilah ordenó al perro que hundiera sus colmillos en el brazo de Vilú.

—¡Mi nodriza! —exclamó Bakri, abrazando a la hechicera—. Yo creí que te habías ahogado, mi pobre mamá. . .

Zauya refirió a sus amigos cómo se había salvado, y enseguida les preguntó cómo pudieron entrar a las cavernas.

Polo la informó que gracias a Suab, un viejo amigo de Bakri, pudieron entrar allí en busca del doctor Lorin y de su esposa.

—Pero nos hemos perdido —agregó Polo.

—Sígueme —indicó Zauya—. Las grutas se comunican entre sí por estrechos túneles.

Los tres amigos llegaron a la sala de maquinarias. Polo se detuvo para examinar los motores y aparatos eléctricos.

—Sigamos —ordenó Zauya—; cada minuto perdido puede ocasionarnos la muerte. Aquí hay otra puerta.

Polo la entreabrió y retrocedió aterrado.

—La escalera está custodiada por guerreros *aiussas* —dijo el muchacho.

Zauya comenzó a tocar las paredes de la gruta, y por fin descubrió un pequeño orificio o ventanilla de respiración disimulada en la roca.

Esta ventanilla comunicaba con la sala de las esclavas.

Los excursionistas escucharon las quejas de esas mujeres contra la tiranía de la princesa Leilah.

—Tengo que ver a esa princesa —declaró Zauya—. Nuestra soberana no era cruel. Yo la conocí en su infancia, y era una niña dulce y buena.

—¿Qué harás para llegar a la sala de la princesa? —preguntó Polo.

—Tengo mi plan —respondió la hechicera—. Polo, ¿conservas la piedra verde que te dió la bailarina Aicha?

—Sí —declaró Polo, sacando de su bolsillo el precioso talismán.

—Bien —dijo Zauya—; sígueme. Tú, Bakri, que eres el hombre serpiente y sabes pasar por un orificio pequeño, introdúctete a esa habitación y amordaza a la guardiana de las esclavas antes que ella pueda gritar. Después nos abrirás la puerta.

Con agilidad de reptil, el negro se deslizó por la ventanilla y cayó sobre la mora antes que esta advirtiera su presencia.

Fácil le fué amordazarla y abrir la puerta a Zauya y a Polo.

—Escucha —dijo Zauya a la mora—. No queremos hacerte mal, pero jura obedecernos.

—¿Temes a la princesa? —preguntó Zauya—. Pues bien, nos-



El negro Bakri abrazó a la hechicera Zauya.

otros poseemos un poder más grande que el de tu princesa. Mira —agregó la hechicera— el talismán que este joven tiene en su mano.

La mora, al ver la esmeralda, cayó de rodillas a los pies de Polo y, besándoselos, exclamó:

—Bendito sea el que posee la piedra del profeta Mahoma. Puedes tú traernos la paz y la felicidad perdidas. Soy tu esclava. Ordena y te obedeceré.

Retrocedamos al momento en que Kadur-el-Kebir quedó solo con la princesa Leilah en la sala del trono.

—¿Estás segura de que nadie nos escucha? —preguntó el falso profeta a su cómplice.

—Segurísima —dijo la mujer—. Las esclavas me temen demasiado para desobedecer mis órdenes.

La joven princesa no sospechaba que Zauya, Bakri y Polo se encontraban tras ella, ocultos por un pesado cortinaje.

—Y bien, DORA —dijo Kadur, sentándose familiarmente a los pies de la mujer—, ¿supongo que ya estás acostumbrada a tu papel de princesa mora? Lo representas a las mil maravillas.

Al oír el nombre de *Dora*, Polo se estremeció y, a riesgo de delatar su presencia, entreabrió los pliegues del cortinaje.

De inmediato reconoció en aquella que llamaban princesa Leilah a la hija adoptiva de su padre, a Dora Deminoff, la húngara que había huído con Bagded desde Sidi-el-Guir.

—Mañana seré una verdadera princesa —prosiguió la infame impostora—. Cuando el pueblo me aclame, nadie podrá quitarme el título.

—No olvides que al día siguiente de tu proclamación deberás entregarme la mitad del tesoro —indicó Kadur.

—Por cierto —dijo la cínica mujer—. Podrás regresar a Europa en calidad de millonario.

—Hace tantos años que preparo este golpe magistral —suspiró Kadur—. Te esperaba año tras año, y ya me parecía que llegaría el momento de la coronación sin tener a la princesa Leilah.

—Sin mi llegada todo tu plan fracasaba —dijo, riendo, Dora Deminoff—, porque el presidente del Consejo sólo puede entregar la llave de los tesoros a la princesa reinante. ¿Cómo les explicaste mi ausencia de dos años?

—Les dije que estabas enferma y que por eso te había enviado al continente europeo.

—Fué una desgracia que mis padres murieran cuando les conducía a Marruecos —prosiguió Dora—. El idiota del doctor Lorin me envió a un convento. Habría huído de allí; pero sin dinero no podía embarcarme. Traté de enviarte un radio desde el “Estrella del Sur”; pero me sorprendió la maldita Aicha y tuve que renunciar.

—Qué coincidencia fué aquella de que tú viajaras en el mismo barco con Aicha —interrumpió Kadur—. ¿Estás segura de que te reconoció?

—Segurísima. Cuando perdió la pulsera sagrada, Aicha comprendió que yo se la había robado.

—Este robo resultó maravilloso —declaró Kadur—, porque sin esa pulsera no podías presentarte al pueblo como soberana. El “*Kolkahi de oro*” es la insignia del rango supremo. Supongo que has guardado el brazaletes en sitio seguro.



Dora mostró al falso profeta el brazalete de oro

—No te inquietes, tío Federico —dijo la petulante Dora—. Lo cuido como a la niña de mis ojos. Ven a verlo.

Dora Deminoff atravesó la magnífica sala y abrió un precioso cofre de sándalo. Entre ricas sederías y bien al fondo del cofre se hallaba el talismán real.

—Contéplalo, tío Federico —dijo Dora al falso Kadur.

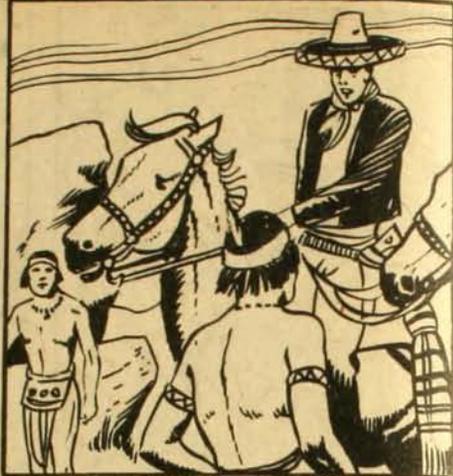
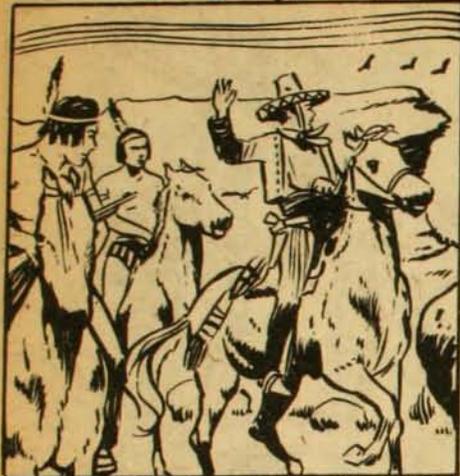
Polo reconoció en el acto la pulsera que adornaba el moreno brazo de la bailarina Aicha; recordaba también que él le había pedido esa joya, y que Aicha, no pudiendo separarse de ella, le había dado la piedra verde que le salvaría de todo peligro.

Dora volvió a guardar el brazalete en el cofre y lo cerró con llave. Polo, Zauya y Bakri observaban la escena a cortos pasos.

Si ellos pudieran sustraer ese brazalete, sus inquietudes y zozobras habrían terminado.

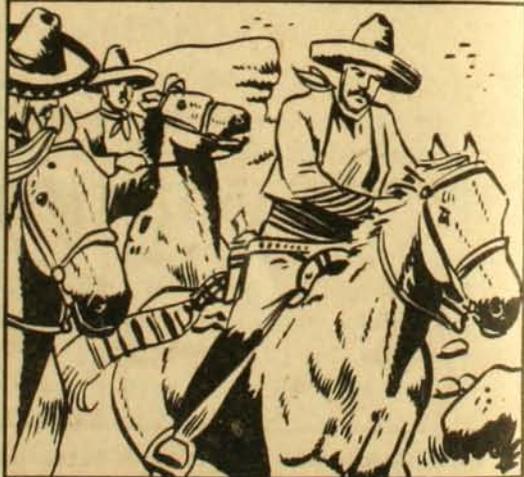
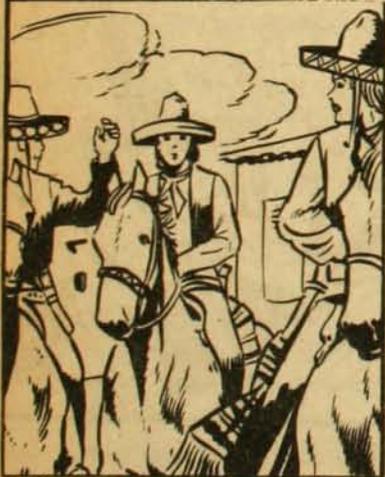
(CONTINUARA)

LA FLECHA



CAPITULO XIII.— CHIGUAN TRAS LA PRINCESA ALIKA

1. Los indios chipotes y su jefe Chiguán estaban furiosos con los contrabandistas, porque, a cambio de oro, éstos les habían entregado toneles con agua en vez de vino. Ignoraban que esa jugarreta era obra de Teddy Bill. “—Ahora correrán los contrabandistas a castigar a José Peralta —dijo Teddy a Ramón, a Tonny y a su aliado Tacomac—. Vamos a salirles al encuentro.”

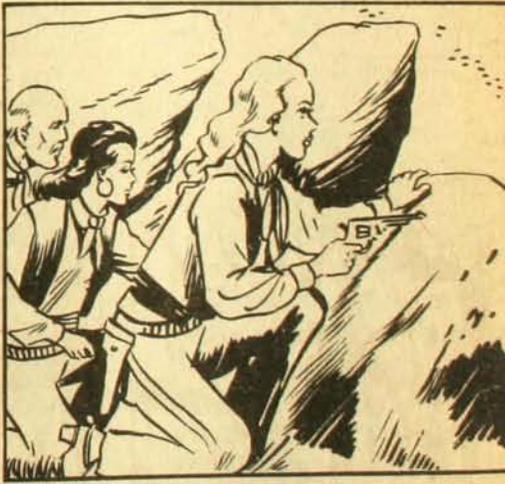


2. “—Pero antes —añadió Teddy—, es preciso colocar a resguardo a Olivia, mi mujer, y a la princesita Alika. Ramón, lleva monturas a las dos mujeres, y aléjate con ellas de la zona peligrosa.” Mientras tanto, los contrabandistas y los secuaces de Chiguán avanzaban hacia la taberna de José Peralta para vengarse del mesonero por haber cambiado el vino por agua.

DEL SOL



3. De pronto Chiguán divisó a lo lejos las siluetas de tres jinetes. Su vista de lince le señaló que dos eran mujeres. “—Allá va la princesa Alika —exclamó Chiguán—; prefiero su captura al vino de los toneles.” Alika, que también tenía el oído fino de los pieles rojas, dijo a Olivia Bill: “—Alguien nos persigue. Tenemos que ocultarnos, Ramón.”



4. Pero Teddy Bill, que todo lo había previsto, corría también tras el jefe Chiguán, dispuesto a dispararle por la espalda si intentaba capturar a la princesa Alika, dueña legítima de la Flecha del Sol. Por su parte, la joven soberana de la tribu chipote ya había desmontado, y junto con Olivia y Ramón se disponía a recibir a Chiguán con el fuego de sus fusiles.

(CONTINUARA)



El congreso de los ratones

Hace muchos años hubo un pueblo que se llamaba Ratópolis. En ese pueblo, situado en el sótano de la biblioteca de una casa muy vieja, vivían muchos ratoncitos. Eran ratoncitos muy comilones, y por eso se oía continuamente el ruido que hacían sus dientecitos afilados, al roer las páginas de los libros y las maderas de los estantes: ¡Croc-croc-croc! Pero a ellos no les molestaba el ruido, porque estaban acostumbrados a oírlo.

Pocas veces salían de sus cuevititas. Casi se puede decir que no conocían sino los estantes que se hallaban próximos a la entrada. Del gato Zapirón, un terrible gato de pelo blanco y bigote muy largo, nada sabían, pues nunca le habían visto. Por eso siempre estaban contentos y vivían felices.

Una tarde el ratoncito Roequeso les dijo a sus hermanitos:

—¿Qué les parece si vamos a dar una vuelta por el salón de la biblioteca? Me han dicho que hay unos libros nuevos de unas tapas muy ricas.

—¿Para qué? —le contestó Cometrigo, que era tan chiquito como prudente—. A lo mejor algún hombre que nos ve se enoja, y ¡puede matarnos!...

—Sí, sí; lo que dice Cometrigo es muy posible! —dijo Roelibros, que era el más viejo de todos y había visto muchas cosas—. Recuerdo que, cuando yo era chiquito, un amigo de papá, a quien llamaban Roe-Roe, salió a pasear por un salón cubierto por una alfombra muy linda. ¡Y pobre Roe-Roe!: mientras afilaba sus dientes, se distrajo, y un hombre muy grande le pegó con un palo en la cabeza y lo mató.

—¿Hace mucho tiempo que pasó eso? —preguntó intranquilo Cometrigo.

—¡Sí!... ¡Hace muchísimos años! —respondió Roelibros, después de pensar un momento.

—Entonces no tenemos por qué temer —contestó con alegría Roequeso—. Sin duda los hombres de ahora no son tan malos. Si quieren, saldré yo solo primero, y volveré luego para indicarles el camino.

—¡Bueno, bueno! —dijeron varios ratoncitos, saltando de alegría. Se despidió Roequeso de sus hermanitos y se encaminó en di-

rección a la puerta. Cuando llegó a ella asomó el hociquito y olfateó: ¡no había en apariencia ningún peligro! Caminó despacito. Durante un momento miró en todas direcciones; ¡nada se veía a causa de la obscuridad!; sin embargo, sus ojitos brillantes pronto se acostumbraron a las tinieblas, y alcanzó a distinguir, en un estante alto, muchos libros muy gruesos y de tapas muy duras.

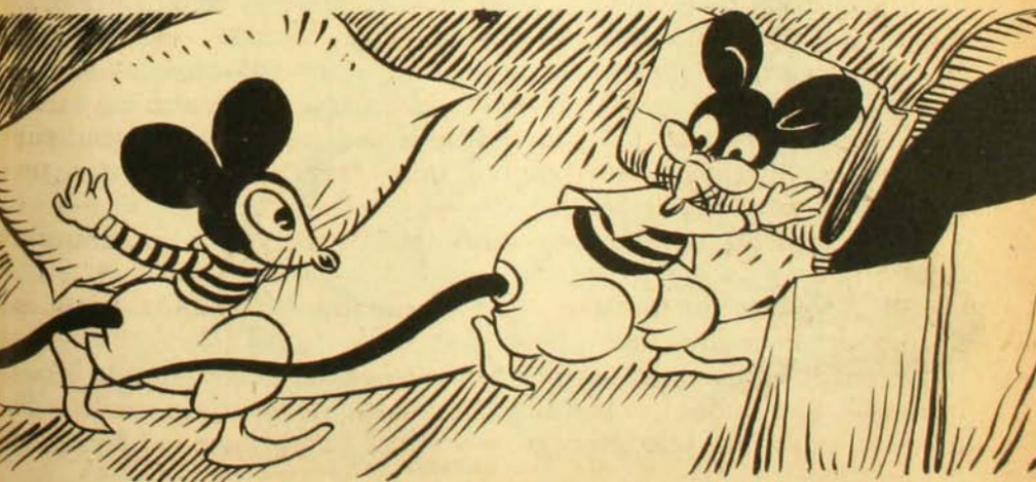
“¡Qué lindos libros para comer!”, se dijo.

Pero como estaban muy altos y no los podía alcanzar, continuó su camino. De pronto oyó un ruido y se detuvo asustado. ¿Qué sería? Miró hacia atrás, y la colita se le quedó tiesa de miedo. De una caja de madera que tenía doce números pintados había salido un pajarito de madera que, estirando el cogote, había dicho tres veces seguidas: ¡Cu-cú, cu-cú, cu-cú!

Después el pajarito había desaparecido. Roequeso no alcanzaba a comprender qué clase de pájaro sería ese que canta durante la noche. Como nunca había visto un reloj de cuco, no sabía que esa caja de madera con números pintados era uno de ellos.

Preocupado, y mirando con desconfianza a todas partes, Roequeso siguió su camino. De un lado al otro recorrió varias veces el salón de la biblioteca. ¡Cuántas cosas raras veía! Cuando se disponía a regresar a la cueva, oyó un ruido, al mismo tiempo que una luz muy fuerte le hizo cerrar los ojos. Al abrirlos, vió cerca de él a un hombre que le miraba enojado.

—¡Caramba —dijo el hombre con una voz muy ronca—; ¡de



Los ratoncitos juntaban provisiones para el invierno.

manera que hay ratones en la biblioteca; mañana traeré un gato para que se los coma!

Roequeso no quiso escuchar más. Corrió hacia la cueva, y cayó en ella como una bala.

—¿Qué te pasa que traes esa cara de miedo? —le preguntó Cometrigo.

—¡Un..., un..., un hombre! ¡He visto un hombre grande!

—contestó Roequeso, temblando.

—¡Lo que yo temía! ¿Y dijo algo ese hombre?

—¡Sí..., sí..., sí...; dijo que traería un gato grande para que nos comiera!

Todos los ratoncitos temblaron de miedo. ¡Un gato grande en la biblioteca! ¡Ya no podrían vivir tranquilos! Y así fué. Sabían, porque Roequeso lo había visto desde la entrada de la cueva, que un gato blanco, con bigote larguísimo, llamado Micolitos, se paseaba silenciosamente por la biblioteca esperando que saliera alguno de ellos para atraparlo. ¡No es posible salir de ninguna manera!

Durante muchos días los ratoncitos no hacían más que hablar del temible gato Micolitos.

—Llegará el momento —decía el primero— en que se nos terminará la comida y tendremos que salir; ¿qué haremos entonces?

—Saldremos de noche, cuando ese gato esté durmiendo —dijo un ratoncito.

—Pero, ¿tú no sabes que los gatos no duermen de noche, y que tienen unos faroles en los ojos que les permiten ver en la oscuridad? —le contestó Cometrigo.

Mientras tanto, la noticia había corrido por toda la cueva. Se hablaba de lo mismo en todas partes:

—¡Cuando llegue el invierno no tendremos qué comer! —decía, llorando, un ratoncito.

—¡Y qué diremos que tengo que dar examen y tenía pensado comerme un libro de historia con muchas figuras! —agregó otro.

—Yo, que soy zapatero, ¿de dónde sacaré ahora el cuero para hacer zapatos? —comentaba un tercero.

En realidad, la presencia de Micolitos significaba un problema para la población de Ratópolis, y como había que conseguir alimentos se resolvió que saliera Roequeso a buscarlos.

Todo quedó preparado para esa misma noche. Poniéndose unos zapatos de goma para no hacer ruido, salió Roequeso de la cueva y se deslizó lentamente en dirección a un estante cercano, y cuando



Roequeso, muerto de susto, vió un pajarito que salía de la caja.

do se disponía a subir a él, oyó un ruido. Quiso darse vuelta para escapar, pero antes que pudiera hacerlo, la zarpa del terrible Micolitos le golpeó en la cabeza y le dió muerte. ¡Pobre Roqueso!

Pronto se enteraron los ratoncitos de la desgraciada suerte de su hermano. Y como era necesario pensar en algo, el viejecito Roelibros dijo:

—Me parece que lo mejor es que nos reunamos esta noche en un congreso para decidir lo que habremos de hacer. ¡Nadie debe faltar!

Y esa misma noche los ratoncitos se reunieron en congreso. Roelibros lo presidía.

—Creo que lo mejor es que dejemos lo más pronto posible esta casa y busquemos otra en la que no haya gatos —dijo Cometrigo.

—¡Muy bien, muy bien! —aprobaron varios ratoncitos.

—¡Un momento, señores —dijo Roelibros—: me parece que no es tan buena la idea de Cometrigo! Si bien sería lo mejor abandonar muy pronto esta casa, pregunto yo: ¿de qué manera podremos hacerlo si en la entrada se encuentra el terrible Micolitos? ¡Nos mataría a todos en cuanto asomáramos la cabeza!

—¡Es cierto, es cierto! —dijeron algunos.

—¡Es necesario pensar con más calma y mejor! —agregó Roelibros. Y durante un largo rato los ratoncitos pensaron en la manera de burlar a Micolitos.

—¿Qué les parece si hacemos otra entrada a la cueva? —preguntó Comeleña.

—Malo... , malo... —contestó Roelibros—. Si no comemos, estamos débiles. Si estamos débiles, no tenemos fuerza. Si no tenemos fuerza, ¿cómo haremos la otra entrada?

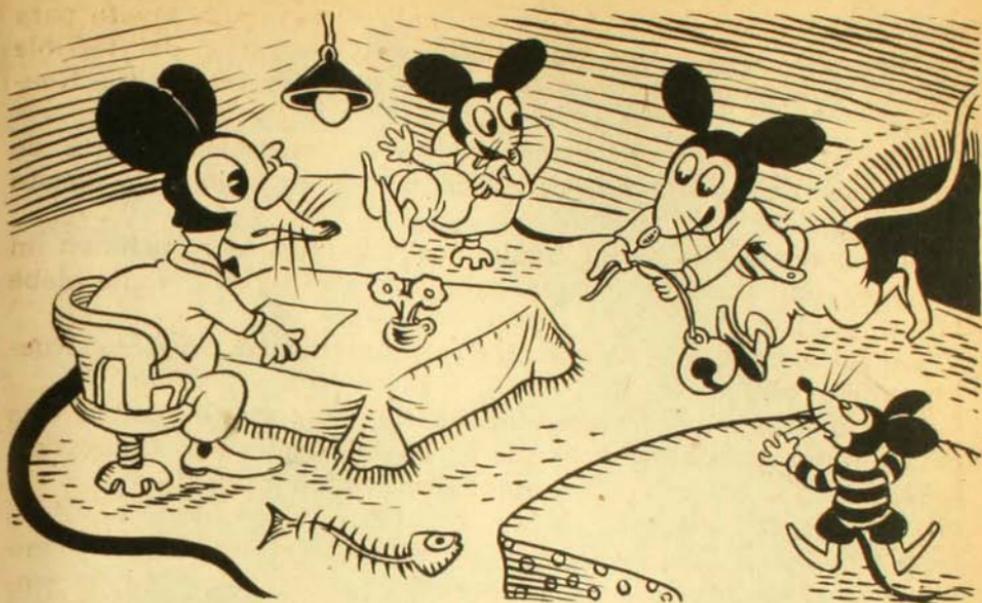
—¿Y si nos hacemos amigos de Micolitos?

—Peor aún; ¿no sabes, acaso, que desde hace muchísimos años los gatos han perseguido a nuestros padres y abuelos?

Todos permanecieron callados, pues sabían que sólo la muerte les esperaba: si salían, bajo las zarpas de Micolitos; si no salían, por la falta de comida.

De pronto se oyó un maullido terrible, que les dejó tías de miedo las colitas: ¡Miau, miarramiau, miau, miau!... Era el terrible Micolitos, que tenía hambre y quería comer a algún ratoncito.

Todos temblaron de miedo. Algunos comenzaron a llorar descon-



—Encontré un cascabel —gritó alegremente un ratoncillo.

soladamente. Pero en ese mismo momento apareció un ratoncito que llegaba atrasado. Saltaba de alegría y no hacía más que repetir:

—¡Ya no nos hará nada! ¡Ya no podrá perseguirnos!

Todos preguntaron ansiosamente al recién llegado el motivo de tanta alegría, y éste dijo:

—¡Un cascabel! ¡He encontrado un cascabel!

—¿Un cascabel? —preguntó Roelibros—, ¡y de qué puede servirnos!

—¡De mucho! ¡Se lo ataremos a Micolitos en el cuello, y cuando camine hará ruido, y nosotros podremos escapar!

—¡Muy bien, muy bien! —aplaudieron varios ratoncitos.

En realidad, el hallazgo parecía bueno. ¡Era la única solución! Pero cuando se pensó en llevarlo a la práctica y se dispuso elegir el ratoncito que habría de hacerlo, todos pusieron inconvenientes.

—¡Yo soy muy viejo! —dijo Roelibros.

—¡Yo soy corto de vista! —agregó Cometrigo.

—¡Yo tengo una patita lastimada! —comentó Comeleña.

Y no hubo nadie que le pusiera cascabel al gato.

Inventar proyectos tiene mérito; pero mucho más, llevarlos a la práctica.

Ponchito

¿OIGA PATRON USTED
COME PASTO?..



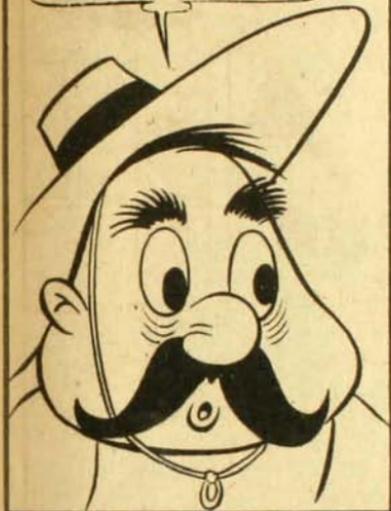
... ALFALFA, HENO
Y TODA CLASE
DE PASTO ?



¿COMO, QUE
DICES ?



¿POR QUE ME PREGUNTAS ESO?



POR NADA, ES QUE...



... MI ABUELITA SIEMPRE DICE QUE USTED COME COMO CABALLO



La fierrecilla

CAPITULO VII.—Visible descontento de Julia.

Llena de humillación partió Julia con su familia, ignorando adónde la llevarían y cuál sería su suerte.

El doctor Miray se trasladó con sus dos hijas a un modesto hotel, a fin de cancelar las últimas cuentas y disponer el futuro destino del botones Raúl y de su madre.

—Mañana partiremos a casa—dijo días después el médico a Julia—. Yo creo que podré conseguirle un empleo a la madre de Raúl como ama de llaves en el castillo de la familia Almarza. Es gente muy aristocrática y rica, y oí que necesitaban una mayordoma.

—¿Por qué no se queda con nosotros? —preguntó Julia.

—Porque yo no puedo darme el lujo de tener muchos empleados —replicó el médico de campo—. Nos basta con una cocinera, y Martina ayuda en los menesteres de la casa.

—Un médico de fama debería viajar en primera clase —refunfuñaba Julia—, o en el "Flecha"... Nunca pensé que me sucedería esto...

—Eso depende de la fortuna del médico —replicó el doctor Mi-

RESUMEN: La millonaria Corina Artel tenía a su cargo, como hija y heredera, a su sobrina Julia, niña de doce años, muy activa e independiente. Un día anunciaron a Julia que Corina había sufrido un accidente grave y estaba en una clínica de Bellavista. En vez de conducirla junto a su tía, la institutriz encierra a la niña en su dormitorio. El botones Raúl, del Hotel Carlton, compadecido de Julia, promete llevarla esa noche a la clínica. Ambos niños parten en un automóvil, pero el chófer que los conduce resulta ser un ladrón que despoja a Julia de su dinero y les deja abandonados. En plena montaña Julia y Raúl visitan un albergue y piden hospedaje a una mujer que les reprocha su conducta y les encierra en un cuarto. Allí deben permanecer tres días hasta que Tonio les devuelve al elegante balneario. Julia se desespera al saber que debe cambiar de vida y que será pobre. Desprecia a su hermana Martina y la humilla. Salen del lujoso hotel.

ray—. Además, no viajamos solos. He tenido que pagar el pasaje de Raúl y de su madre, y no consideré decoroso relegarlos a un vagón de tercera clase.

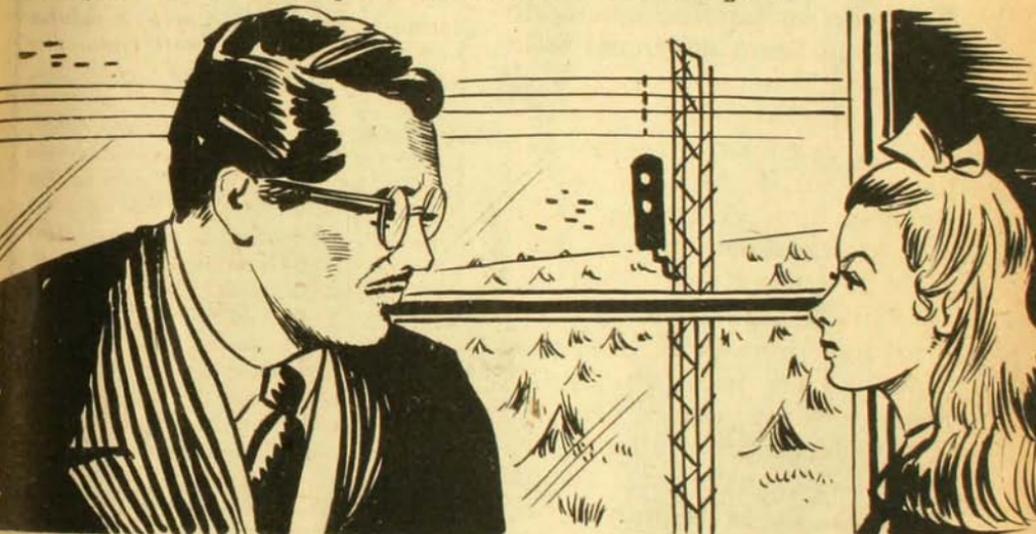
El doctor Miray acarició la rubia cabellera de su hija y le dijo que ocupara un sitio junto a Raúl a fin de que miraran el lindo panorama por la ventanilla del vagón.

—Estoy encantado —decía Raúl a Julia—. Parece que ingresaré a una escuela y podré trabajar después en mejor posición. El doctor le dijo a mi madre que ganaría un buen sueldo.

—¿Quieres ser un sabio? —preguntó Julia con sorna.

—No pido tanto —sonrió Raúl—; pero al menos espero escribir una carta sin cometer faltas.

—¿Eso es todo lo que ambicionas? —insistió Julia.



—Un médico de fama debería viajar en primera clase —decía Julia a su padre.

—También un poco de aritmética e historia. La geografía me entusiasma.

—A mí no me interesan los estudios —declaró Julia, echando atrás su cabeza rubia—. He viajado tanto, que todo lo conozco. El doctor Miray observaba a su hija y pensaba que había obrado mal al dejarla siete años en medio de una vida lujosa y vana.

—Ahora nos considera a todos con desprecio —suspiró el médico—. A Martina ni siquiera le dirige la palabra.

Entre tanto el ex botones, quien no se sentía apocado por las



El botones Raúl gozaba del viaje, y Julia permanecía indiferente.

impertinencias de la Fierecilla, hablaba como un loro de sus proyectos, del paisaje y de sus aspiraciones. En verdad, Raúl Fredes era un chico inteligentísimo y de buen carácter.

—Usted tiene la suerte de que su padre sea tan bueno como sabio —decía Raúl a Julia.

—Mi tía Corina aseguraba que papá es un médico notable, que ha hecho extraordinarios inventos —exclamó Julia, feliz de poder enorgullecerse de algo.

—Debería ejercer su profesión en la capital —insinuó Raúl—. Se pierde mucho tiempo en las visitas de campesinos.

—Para eso tiene un magnífico auto... —replicó Julia.

Pero cuando el tren se detuvo en la pequeña estación de Los Maitenes, el doctor se acercó a Julia y Raúl y les dijo:

—Bajemos, niños... Allí está mi coche... Prefiero ese viejo cabriolet a viajar en el autobús, que siempre va completo.

Julia siguió a su padre hasta un destartado vehículo al cual estaba uncido un caballo viejo y flaco.

—El equipaje irá en un camión —explicó el doctor Miray, saltando al pescante del cabriolet—. Aquí hay sitio solamente para nosotros cuatro.

Julia permanecía taimadamente en la vereda.

—Sube, hijita —díjole gentilmente el médico de aldea—. Será una novedad para ti, que estabas acostumbrada a los automóviles de lujo.



Un desvencijado cabriolet era el único vehículo del doctor Miray.

Atrozmente mortificada y observando la picaresca mirada de Raúl, Julia subió al pescante del cabriolet, tiesa como un huso y sin mirar a nadie.

Mientras trotaban por los polvorientos caminos, el doctor Miray señaló a lo lejos las torres de un lindísimo castillo.

—El castillo de Almarza —indicó Miray con su fusta—. Es su



La buena Martina Miray.

—¿Reciben mucho? ¿Tienen cancha de tenis o de golf?

—Te confieso que lo ignoro —dijo el buen médico—. Les conozco muy poco. Suelo encontrarme con la señora de Almarza en un dispensario para pobres. Es una dama arrogante, pero buena. Ella me había encargado un ama de llaves...

—¿Entonces a usted no le invitan al castillo? —preguntó Julia.
—Yo no voy a parte alguna —declaró un poco turbado el doctor Miray—. Tengo poco tiempo.

—Pero, en fin... —insistió Julia—, ¿es usted el médico de esa familia?

Miray eludió la respuesta deteniendo el vehículo.

—Aquí está su hotel, señora Fredes —dijo Miray—. Baja, Raúl, y ayuda a tu madre. Mañana vendré por ustedes a las ocho. Buenas noches.

Julia estaba anonadada. Esa clientela brillante, ese automóvil de lujo, esa situación expectable que ella había imaginado, se reducían a un sucio y destartado vehículo, a un rocín arestinamiento y a una casa.

La casa se parecía a todas las demás de una población de proletarios... Gris, chata y sombría.

Se entraba por un pórtico obscuro a un vestíbulo de baldosas blancas y negras. Julia tiritó.

—Entra aquí, hijita —expresó el médico—. El vestíbulo es frío como una catedral.

Rígida, con los labios apretados, Julia avanzó hasta una habitación clara y alegre. Los muebles eran de caoba antigua, y sobre una mesa con flores vió varias fuentes de plata, con frutas, pasteles y fiambrerías.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántos hijos tuvo Jacob y cómo se llamaban? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán los siguientes premios: 10 paletas acuarela, 10 paquetes Vitalmín Vitaminado, 10 libros cuentos infantiles, 10 carpetas esquelas y 10 libretas apuntes.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 81.

El reino vegetal comprende dos grandes divisiones: fanerógamas y criptógamas.

PREMIADOS CON UN CINTURON PARA NIÑO: Nelly Armijo, Graneros; Marina Arancibia, Santiago; Natacha Núñez, Santiago; Cristina Kroyer, Talcahuano; Rosa Recio, Lautaro; Karin von Buch, Santiago. UN TROMPO BAKELITA: Gloria Flores, Santiago; María Rojas, Curicó; Regina Espinoza, Valdivia. UNA PELOTA DE GOMA: Víctor Kroyer, Talcahuano; Alicia Kroyer, Talcahuano; Ociel Ibarra, Chillán; Nelson Díaz, San Carlos. UN AUTO BAKELITA: Pedro Venegas, Los Angeles; Norma Parra, Talcahuano. UN PITO: Jesús Díaz, Los Andes; Graciela Pacheco, Ovalle; Adolfo Ortega, La Unión; Aristides Gallardo, Temuco; Carlos Santander, Viña del Mar. UN LIBRO: Ivette Mora, Valparaíso; Luisa Meléndez, Santiago; Leonardo Frías, Concepción; María Villagrán, Curicó; Matías Contreras, Nueva Imperial; Enrique Yáñez, Lebu; Lucinda Pérez, Limache; Elena Fernández, Santiago; Roberto Cabezas, Talagante; Tomás Espinoza, Santiago. UN PAQUETE VITALMIN VITAMINADO: Miguel Moreno, Temuco; René Urzúa, Chillán; Fresa Espinoza, Chillán; Alberto Valenzuela, Talca; Marta Reyes, Linares; Elsa Maldonado, Valparaíso; Carmen Fuenzalida, Quillota; Alberto Gana, Concepción; Eugenio Navarro, Curicó; Roberto Cortés, San Felipe. UN RELOJ JUGUETE: Jorge Rebolledo, Valparaíso; Juan Rodríguez, Angol; Ana Paredes, Santiago. UN JUEGO LOTERIA: Rodrigo Zamora, Melipilla; Víctor Barros, Valparaíso; Sara Gallegos, Concepción; Alicia Olivares, Antofagasta; María Calvo, Curicó; Rubén González, Concepción, e Isabel Vallejos, Temuco.

CUPON DEL
CONCURSO
Semanal

SIMBAD N.º 84

¿Puede decirnos cuántos hijos tuvo Jacob, y cómo se llamaban?

EL MOSQUETERO



CAPÍTULO VIII.— EL RAPTO DE LA DUQUESA ELENA

1. Una tarde el anciano duque de Chevrosa, y su hija, la hermosa Elena, estaban leyendo tranquilamente en una habitación del viejo castillo, cuando oyeron un formidable ruido en el patio exterior. Jinetes armados exigían que les llevaran a presencia del duque. Aquiles Luberón, en persona, forzó la puerta, y dijo: “—Vengo de parte del primer ministro Concini a pedir 10.000 escudos de oro.”

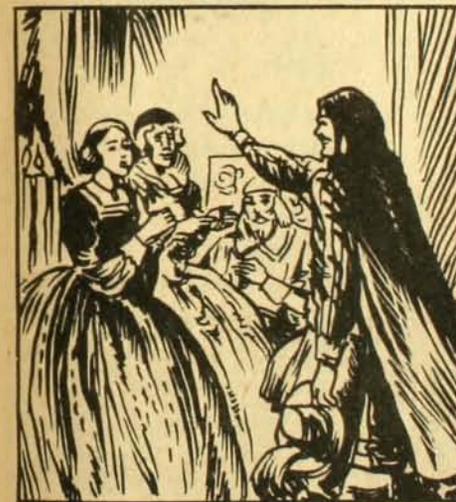


2. La duquesita Elena tembló de espanto, mientras el viejo parálítico respondía altivamente: “—Carezco de fortuna. ¿Trae usted una orden escrita para solicitar esa suma?” “—Mi palabra vale más que un documento —respondió el villano Luberón—. Me llevo prisionera a su hija como rehén hasta que usted entregue el dinero.” El viejo duque, incapacitado para defender a su hija, cayó desmayado.

AZUL



3. Por suerte uno de los criados del duque de Chevrosa pudo evadirse del castillo y encontró en su camino al Mosquetero Azul con su pequeña compañía de soldados. Al informarse del atropello de Luberón, Pedro de Rognac gritó: “—Por la justicia y por el rey... Compañeros, vamos a defender al duque de Chevrosa. Diviso el castillo, Dios quiera que no lleguemos tarde.”



4. Una hora después el Mosquetero Azul entraba en el castillo. “—Han partido llevándose prisionera a mi hijita Elena”, dijo la duquesa. “—Yo la libentaré”, replicó el valiente Pedro. Entre tanto, Aquiles Luberón conducía su tropa por caminos extraviados y llegaba a una granja solitaria, donde dejó prisionera a la joven duquesa Elena. “Qué será de mi pobre y viejo padre”, sollozaba la cautiva.

(CONTINUARA)

JOSITO

EL CORSARIO

CAPITULO II.—*Com-
bate entre corsarios y
españoles.*

El niño de la galera española salvado por el pirata Corazón de Acero sanó de sus heridas en la Isla de la Tortuga, cuartel general de todos los corsarios que asolaban el mar de las Antillas.

—Tú te llamarás Josito, y serás mi hijo —dijo Corazón de Acero al pequeño náufrago de la galera española—, pero tendrás



—Te llamarás Josito y serás mi hijo —dijo Corazón de Acero.



El niño estaba contento entre los piratas.

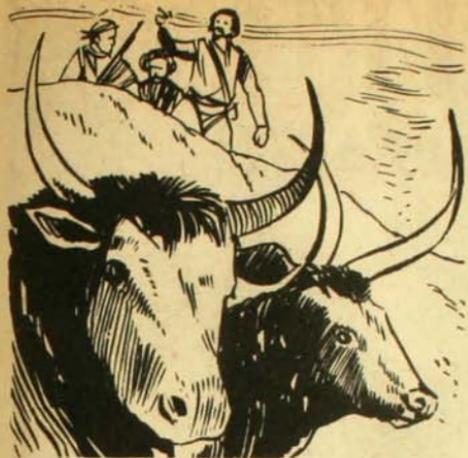
que caminar muy derecho y ser un verdadero corsario como yo.

—Sí, padre.

Desde ese día Josito formó parte de la tripulación pirata y fué aprendiendo el oficio de grumete en el velero de su padre.

Sin embargo, no le llevaban en las grandes excursiones por el mar Caribe, y le dejaban en la isla de la Tortuga al cuidado de sus granjas.

Transcurrieron tres años, y ya Josito era un muchacho robusto y hermoso.



Durante tres años le dejaron en una granja.

—He venido a buscarte —díjole Corazón de Acero— para que te hagas hombre. Basta de corretear tras los toros salvajes. Es hora de entrar a la lid.

Josito se embarcó en la fragata del corsario, y pronto llegó el momento de presenciar una sangrienta lucha con un velero español.

Iniciado el combate, Josito pretendió ocultarse en la bodega del barco, pues temblaba de pavor ante el ruido de las armas y la sangre vertida entre ambos bandos.

—Yo no quiero tener un hijo cobarde —



Para castigarle, Corazón de Acero le ató a una puerta.



Españoles abordaron la fragata corsaria.



Corazón de Acero se vió cercado por sus enemigos.

declaró Corazón de Acero, al ver la actitud del niño adoptado por él—. Tienes miedo. Voy a curarte haciéndote ver la muerte cara a cara.

—Corazón de Acero —gritaron los demás piratas—, el chiquillo sólo tiene doce años. Ven con nosotros... Los españoles intentan el abordaje de la fragata.

Pero el porfiado Corazón de Acero insistió en el castigo. Cogiendo dos gruesos cordeles ató las manos de Josito a las aldamas de una puerta y le dejó en esa peligrosa actitud.

Un momento después los españoles invadían la fragata, pero avanzaban con cautela, pues conocían bien las tretas de los piratas. Estos les dejaban abordar sus barcos y en seguida caían sobre el enemigo y lo exterminaban.

Esta vez Corazón de Acero, a pesar de su astucia y pericia, iba a ser víctima de su testadurez. Por detenerse a castigar a su hijo adoptivo no advirtió a tiempo que los marinos españoles le cercaban.

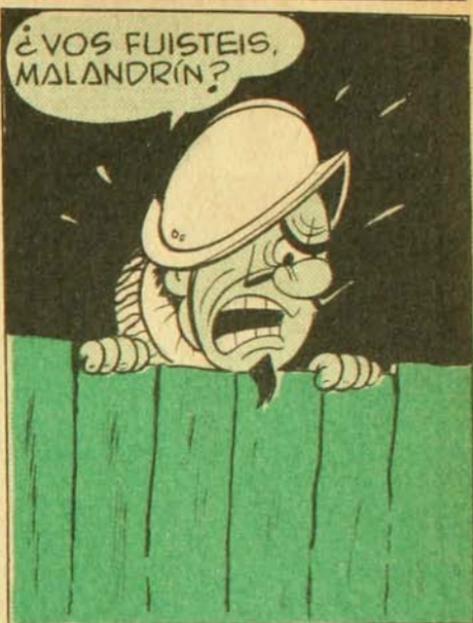
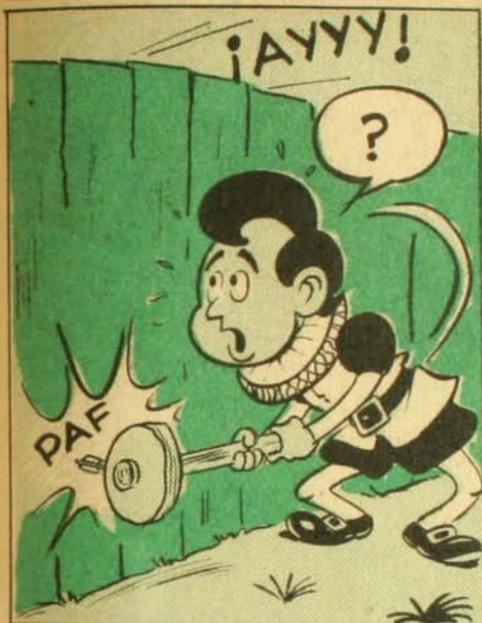
—¡Padre, padre, ten cuidado! —gritó Josito desde el sitio donde estaba ligado.

—¡Corazón de Acero! —exclamaron jubilosos los godos—. Matando al capitán seremos dueños de la fragata.

(CONTINUARA)



Por LUGOZE





Simbad

EL AVARO

N.º 85

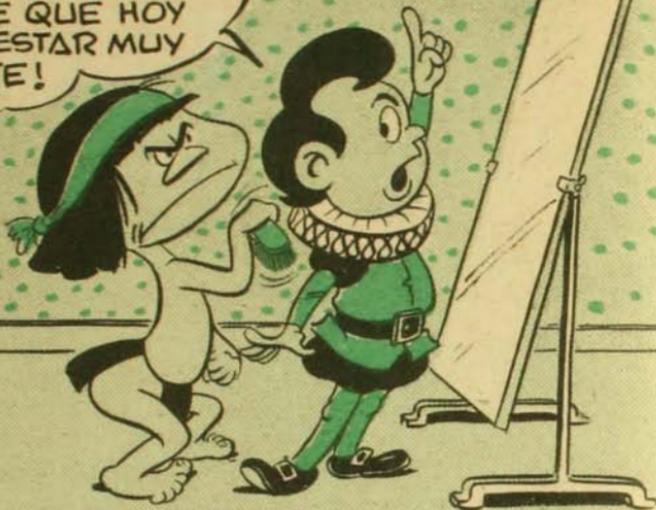
LENA
TOIRER



\$ 2.-

LAUTARITO

¡OÍDME INDÍGENA!
¡CEPILLADME BIEN
MI TRAJE QUE HOY
QUIERO ESTAR MUY
ELEGANTE!



¡AHORA LE LLEVARÉ DE
REGALO...



...ESTE COLLAR A
GUACOLDITA!
¿QUE OS PARECE,
INDIEGILLO?



CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora

ELVIRA SANTA CRUZ
(Roxane)

AÑO II - N.º 85

Precio: \$ 2.—

18-IV-1951

EL PEREGRINO de BUDA



CAPITULO XIV.—*Yuansú liberta a sus criados.*

El peregrino de Buda, lanzado a un foso lleno de serpientes por los brahmanes, logró salir de allí, merced a un aluvión que desbordó el agua hasta la superficie de la tierra.

Yuansú caminó presuroso por el bosque en busca de Wei y de sus cinco compañeros, a quienes sus enemigos habían atado a seis árboles del bosque. Los prisioneros miraron con horror el avance



Dos enormes tigres acechaban a los cautivos.



Yuansú desató las ligaduras de Wei.

tradición, o por natural astucia, una larga experiencia de los hombres, y, al ver allí a esos seres humanos inmóviles, obraron con prudencia.

de dos magníficos tigres cuyas brillantes pupilas se fijaban en tan fácil presa.

Entretanto, el peregrino de Buda avanzaba sigilosamente hasta colocarse detrás del árbol al cual estaba atado su criado Wei.

—Maestro —dijole el fiel Wei—, saque de mi cinturón un puñal y así le será más fácil cortar nuestras ligaduras. Si actuamos rápidamente, creo que nos libremos de esos tigres.

Las fieras tenían, por



Los prisioneros lograron huir por el bosque.



Wei y Yuansú divisaron a la caballería dekanesa.

Yuansú cortó las lianas que aprisionaban los brazos de Wei. El criado masajeó suavemente sus ateridos miembros, y, cogiendo el puñal, lo colocó a modo de lanza, en una larga caña.

Armado así, fué deslizándose de árbol en árbol y cortando las amarras de sus compañeros.

A medida que quedaban libres, los jóvenes budistas avanzaron en la sombra del bosque, sin perder de vista a los tigres que gruñían. Caminaban algunos pasos y luego se detenían.

De pronto, la luna desapareció tras un nubarrón y Wei reagrupó a sus dispersos compañeros.

Cuando volvió la claridad lunar, ya los tigres habían desaparecido. Siempre



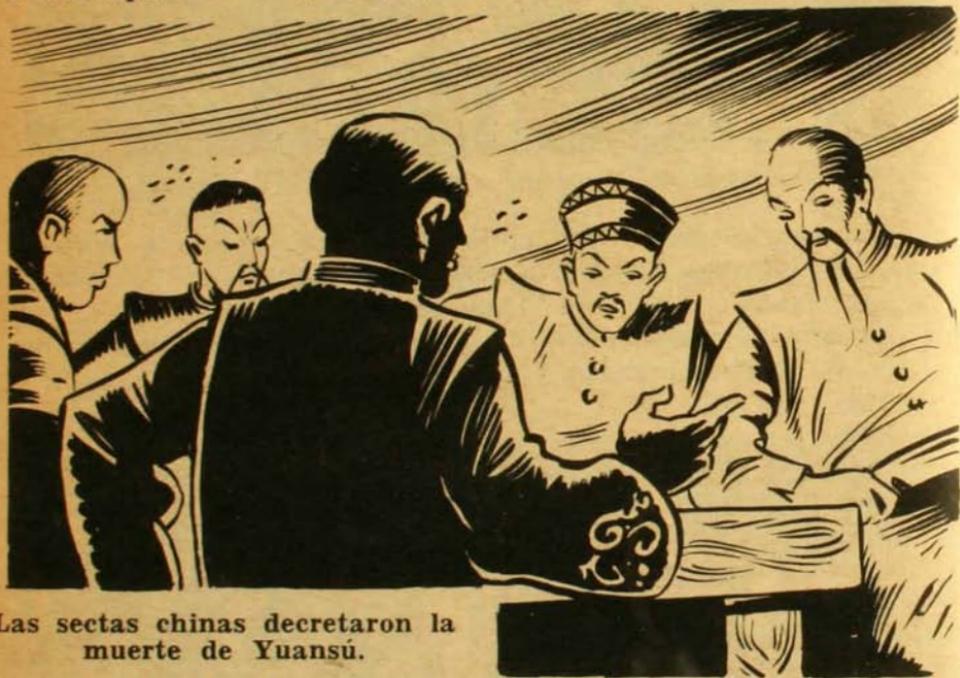
Yuansú partió con buena escolta.

alerto, el pequeño grupo se alejó de esos peligrosos lugares y marchó toda la noche hasta llegar a los linderos del bosque.

—No se muevan —balbuceó, de improviso, Wei—; siento el ruido de una cabalgata.

—Son amigos —expresó otro de los budistas—. Reconozco el pendón de la caballería dekanesa. Estamos salvados.

En efecto; los soldados del rey Pulakecin de Dekán acogieron con entusiasmo al “Maestro de la Ley”, y le ofrecieron a él y a sus compañeros amparo y protección.



Las sectas chinas decretaron la muerte de Yuansú.

—Conviene —insinuó el capitán dekanés— que os disfracéis de soldados para entrar al reino, a fin de que los brahmanes no os sorprendan.

Yuansú ya estaba fatigado de sus aventuras. Su peregrinaje por la India había terminado y se manifestaba ansioso de volver a China.

Con la ayuda del poderoso rey Pulakecin, organizó su viaje de regreso, y una semana después se ponía en camino hacia la frontera china. Wei y una numerosa escolta le acompañaban.

En las fronteras de la China, se entrevistó con todos los sabios y



El peregrino de Buda cayó en una celada.

filósofos de la época, a quienes expuso los venerados principios de la ley búdica.

Algunos sabios acogieron sus palabras y otros las escucharon

con desconfianza. Hubo sabios que, con no disimulado odio, presagiaron siniestros males si las doctrinas de Buda suplantaban a las de Confucio.

Los últimos días de su viaje, se marcaron con dramáticos incidentes, y Yuansú se vió expuesto a nuevos peligros.

Algunos miembros de otra secta religiosa, envidiosos del renombre adquirido por Yuansú y de los honores que iba recibiendo en cada etapa de su jornada, decidieron hacerle desaparecer.

Para despistar a sus fieles amigos, estos sectarios propusieron cometer el crimen en tierra extranjera.

Un día rodearon a Yuansú varios jinetes y le dijeron:

—Somos enviados por el gran emperador Tai-Tsong para guiarte y protegerte hasta las fronteras de su imperio.

(CONCLUIRA)

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 85

¿Puede decirnos de cuántos miembros se compuso la Primera Junta Nacional de Gobierno y el nombre de cada uno?



EL MISTERIO DEL DESIERTO



CAPITULO XI.— Prisioneros de los aiussas.

Polo Lorin temblaba de indignación mientras espía a la traidora mujer tras el tupido cortinaje.

Dora Deminoff no sólo era ingrata sino pérfida y cruel. Después de aprisionar a los esposos Lorin y de robar el brazaletes de oro a la bailarina Aicha, intentaba sustraer el tesoro sagrado de los árabes.

—Espero con ansias el día de mañana —exclamó la falsa Leilah—, para ser la mujer más rica del mundo.

—Era ya tiempo —expresó Kadur—, porque ese estúpido de Abdul-ben-Mahomed sufre atroces remordimientos. A cada instante me reprocha haber desposeído del reino a su hermano Solimán haciéndole pasar por loco, y haberte colocado a ti en el sitio de la verdadera princesa Leilah. Además, desde que Solimán y su hija huyeron de la caverna, donde les teníamos encerrados, Abdul-ben-Mahomed no está tranquilo.

—Eso no tiene importancia —declaró Dora—. El viejo Solimán está loco seguramente después de tantos tormentos, y su hija, pobre y perseguida por nuestros espías, no es peligrosa. Menos ahora que ya no posee el brazaletes de oro. ¿Qué haremos con los prisioneros, tío Federico?

RESUMEN: Polo y Lily Lorin parten al desierto en busca de sus padres, quienes desaparecieron misteriosamente de Sudi-el Guir. Tras terribles aventuras los viajeros se dirigen hacia el Lago Sagrado, creyendo que allí encontrarán al doctor Lorin y a su esposa. Lily es raptada por una tribu de tuareg. Aicha, la joven mora que conoció a los niños Lorin en su travesía desde Marsella, se constituye en protectora de Lily. Mientras tanto, Polo, Mesaud y Bakri continúan su viaje hasta el Lago Sagrado. Allí encuentran a la hechicera Zauya en pugna con el profeta Kadur-el Kebir, a quien acusa de impostor. Polo, Mesaud y Bakri creen que Zauya se ha ahogado en el Lago Sagrado, y bajan a las cavernas. Encuentran allí a la hechicera, y siguen hasta la sala del trono donde, por entre cortinajes, Polo descubre que la princesa Leilah es Dora Deminoff, la traidora hija adoptiva del doctor Lorin.

—Esta tarde, al ponerse el sol, serán juzgados y mañana al alba los precipitaremos al lago con una piedra al cuello —declaró el falso profeta Kadur—. ¿Te interesas tú por alguno de los cautivos, Dora?

El rostro de la joven Deminoff adquirió una expresión de odio salvaje.

—Sí —dijo la húngara—, quiero que el doctor Lorin y su mujer sean los primeros suplicados.

—¿Por qué les odias tanto, Dora? —preguntó Kadur—. Recuerda que el doctor Lorin fué amigo de tu padre.

—¿Qué me importa eso? Lorin me encerró en un convento que fué para mí peor que una prisión.

Al oír tan crueles palabras, Polo se indignó otra vez.

—Retirémonos —ordenó la hechicera Zauya—. Ya sé lo que tengo que hacer. Esa malvada mujer tendrá su castigo



El doctor Lorin y su esposa estaban prisioneros,

Cómo lo dijo Dora, a la caída de la tarde los prisioneros debían presentarse ante el gran marabú Abdul-ben-Mahomed para ser juzgados.

Suab, el negro amigo de Bakri, no había mentido al decir que los cautivos blancos se encontraban en las grutas subterráneas.

Formaban el grupo de prisioneros tres mercaderes de Tabala, dos turistas ingleses, el doctor Lorin y su esposa Juana.

En un calabozo de piedra, húmedo y oscuro, la señora Lorin, agotada con tanto padecer, lloraba desconsoladamente.

—Valor, mi pobre Juana —murmuró el médico.

—Tendría valor si sólo se tratara de mí —suspiró Juana—, pero pienso en mis hijos, en mi valiente Polo y en mi dulce Lily. ¿Por qué les ordenaríamos que regresaran a Sidi el Guir? Ellos estarían mejor resguardados en casa de sus abuelos.

—Siempre es triste pensar que no les volveremos a ver. Dios mío, Dios mío, ¿por qué nos has abandonado?

Como si el cielo respondiera a la súplica de la desolada madre, el calabozo se abrió dando paso al negro Suab y al pastor árabe Besaud.

—¿Es usted el doctor Lorin? —preguntó en voz baja el pastorcillo.

—Sí.

—Les reconozco, aunque la cautividad les ha cambiado mucho —expresó Mesaud—. Y los *sidis* recuerdan al pastor Mesaud a quien el doctor curó hace varias lunas.

—¿Mesaud, eres tú? —exclamó Juana, abrazando al pastor.

—Sí, Lallah Lorin. Nunca olvidaré sus bondades. Disponga de mí. Mi vida les pertenece.

—¿Qué puedes hacer por nosotros? —gimió Juana—. Estamos en un país de bandidos. Si supiera la suerte de mis hijos...

—Polo está aquí —declaró Mesaud.

—¿Polo aquí en las cavernas de Djebel? —interrogó Lorin con ansiedad.

En pocas palabras Mesaud refirió todas las aventuras del largo viaje desde Sidi el Guir.

—Siempre tan valiente mi querido Polo. ¿Y Lily?

Mesaud no se atrevió a decir que Lily había caído en poder de una tribu de *tuareg*.

Mesaud visitó en seguida a los demás prisioneros y les instó a no perder las esperanzas de salvarse.



—Los “aiussas” raptaron a mi esposa —dijo el doctor Lorin.

—Vamos a preparar vuestra fuga —dijo Mesaud a los cautivos—. Suab y Mesaud se retiraron dejando muy consolados a los cautivos.

Momentos después el carcelero anunció a los prisioneros que debían seguirle. Colocados en doble fila, atados con grillos y esposas, con una venda en los ojos, la pequeña caravana de cautivos atravesó las cavernas en dirección a la sala del tribunal.

Una inmensa muchedumbre de peregrinos se agrupaba a ambos lados del tribunal. Seis sacerdotes de Mahoma formaban el gran consejo. En medio de éstos se hallaba el cheik y gran Marabú Abdulben-Mahomed.

Por fin llegó el turno de los esposos Lorin.

—¿Tú eres el colono Santiago Lorin, propietario de Sidi el Guir?

—preguntó Abdul-ben-Mahomed al doctor Lorin.

—Sí.

—Te acusan de traición. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Tú sabes que es falsa esa acusación —declaró el doctor Lorin—. Protesto de la manera cómo nos han tratado a mí y a mi esposa. Los *aiussas* penetraron en mi casa y raptaron a mi esposa, y cuando quise acudir en su defensa tu gente me golpeó bárbaramente y me arrojó a un calabozo. Yo pido justicia.

La muchedumbre pareció emocionada. Algunas voces se levantaron en su defensa gritando:

—No son culpables. . . Que se les dé libertad.

El gran Marabú exclamó indignado:

—Son perros cristianos y de esa raza que nos oprime y esclaviza.

—Esa raza os ha dado beneficios únicamente —replicó el doctor Lorin—; a ella le debéis los caminos, los ferrocarriles, las máquinas de labranza. ¿Qué nos reprocháis?

—No pertenecéis a nuestra religión —dijo el cheik.

—Os dejamos en libertad de practicar vuestra religión —opinó Lorin—. ¿No poseéis vuestras mezquitas, como nosotros tenemos nuestros templos cristianos? ¿Por qué nos odiáis?

—El rumi es un sabio —dijo un árabe—. Gran Marabú, concededles la libertad a él y a su esposa.

De pronto surgió tras el trono del gran Marabú la siniestra figura del profeta Kadur-el-Kebir, quien, inclinándose al oído del Marabú, le dijo:

—Si concedéis la libertad a ese hombre estamos perdidos. Es preciso que muera, porque conoce todos nuestros secretos.

En seguida alzando la voz el malvado Kebir gritó a la muchedumbre:

—¿Qué pretendéis, imprudentes? ¿Queréis salvar a un ladrón, a un traidor sobre cuya cabeza ha caído la ira de Alá?

—Mientes —protestó Lorin—. A nadie he traicionado. Tú eres un impostor que abusa de la credulidad de esta gente para. . .

El doctor no pudo terminar la frase, porque dos hombres cayeron sobre él y le amordazaron.

—Este hombre ha blasfemado —gritó el gran cheik.

—¿Y si es inocente? —gritaron algunos árabes—. ¿Qué pruebas nos dais de su traición?



Apareció la siniestra figura de Kadur-el-Kebir.

—Vais a ver —contestó Kadur, dando en voz baja una orden al soldado *aiussa* que le servía de ayudante.

A poco se presentó ante el tribunal un individuo de cobrizo semblante.

—Bagded —exclamó Juana Lorin—. Bagded —suplicó Juana—, di a este tribunal que somos inocentes, que tu patrón fué siempre bueno contigo y con todos los que estaban a su servicio.

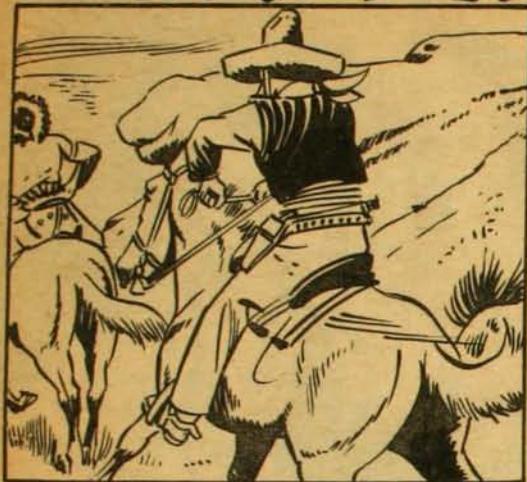
—Es inútil querer sobornar a este hombre —interrumpió Kadur—. Bagded, te ordenó que digas todo lo que sabes sobre ese perro cristiano.

Bagded, sin mirar a sus amos, respondió:

—Esos *rumis* trabajaban contra nosotros. Bajo pretexto de hacer excavaciones el *rumi* se introducía en nuestras aldeas y pensaba robar el tesoro del Lago Sagrado.

(CONTINUARA)

LA FLECHA



CAPITULO XIV.— CHIGUAN GOLPEA A TEDDY BILL

1. Teddy Bill, al advertir que el jefe Chiguán perseguía a la princesa Alika y a su esposa Olivia, se lanzó a toda carrera tras el chipote. El piel roja, con su fino oído, se dió cuenta de la persecución de su enemigo, y se dispuso a la defensa con pasmosa rapidez. El caballo de Teddy venia a una loca velocidad, y no pudo detenerse en su carrera.

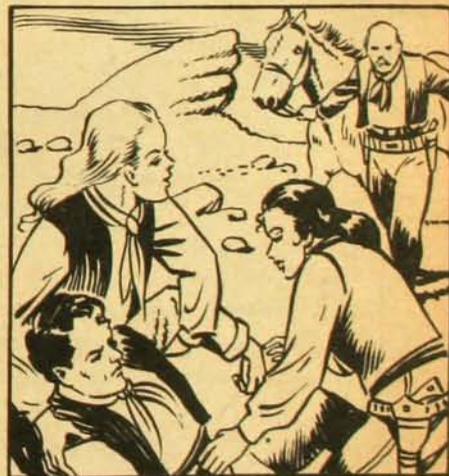


2. En cambio, Chiguán, dueño de su cabalgadura, pudo recibir el embiste del brioso alazán de Teddy Bill y coger a tiempo el hacha con que combatía siempre. El rancharo Bill no esperaba tan sorpresivo ataque, y, antes de que sacara su pistola del cinto, ya el chipote le había asestado un mazazo en la cabeza, que le arrojó por tierra junto con su corcel.

DEL SOL



3. “—Disparemos —dijo Ramón a Olivia y a la princesa Alika—. Nuestros disparos servirán, al menos, para ahuyentar al maldito chipote.” En efecto, Chiguán, al oír las detonaciones, decidió huir sin continuar su ataque contra el rancharo Teddy Bill, que yacía en el suelo sin conocimiento. “—Otra vez será”, murmuró Chiguán, prosiguiendo su carrera hacia las montañas.



4. El piel roja estaba ya lejos cuando Olivia, Ramón y Alika llegaron al sitio donde yacía Teddy Bill. “—Don Ramón —dijo Alika al viejo rancharo—, sujete el caballo de Teddy, pues vamos a necesitarlo para transportar al patrón.” Hecho esto, Ramón examinó el inanimado cuerpo de Teddy, y declaró que no tenía heridas graves. “—Miren —agregó Ramón—, ya recobra los sentidos.”

(CONTINUARA)



El avaro

En la ciudad de París vivía hace muchos años un anciano llamado Harpagón, el cual era tan avaro, tan avaro, que moneda de plata o de oro que caía en sus manos ya no volvía a ver la luz del sol: la guardaba en sus talegas después de mirarla y remirla, y si alguna vez la sacaba de ellas, era para volver a mirarla, que ése es todo el placer que de sus tesoros obtienen los avaros.

Tenía Harpagón dos hijos jóvenes y hermosos, llamados Elisa y Cleante, que no se cansaban de censurar el gran defecto del anciano, sin conseguir otra cosa que irritarlo y hacerle gritar que los desheredaría a la hora de su muerte, y que entonces verían cuánto vale el dinero.

Cierto día, el avaro llamó a sus hijos con aire de misterio, y cuando estuvieron cerca les comunicó que había tomado la decisión de volver a casarse, pues, según decía, necesitaba tener a su lado una persona que le secundase en su tarea de administrar la casa, ya que ellos no hacían más que gastar y pensar en vestidos y diversiones.

—¿Y puede saberse, padre —le preguntó Cleante—, quién será nuestra madrastra?

—Vuestra madrastra —contestó Harpagón— será una joven honesta y linda, pero, sobre todo, ahorradora. Necesito alguien que me ayude a evitar vuestros derroches, porque, si seguís así, rápidamente acabaréis con mis dineros...

Y una vez más dió rienda suelta a su mal humor, culpando a sus hijos de derrochadores. Elisa le atajó con esta pregunta:

—¿Conocemos nosotros a esa joven? ¿Cómo se llama?

Harpagón tardó un instante en contestar. Al fin dijo:

—Se llama Mariana y es tan joven como tú, pero desde luego menos derrochadora...

Y sin dar más explicaciones, el avaro se retiró a la habitación en que guardaba sus tesoros, para contarlos una vez más y recrearse viendo su brillo.

Cleante, al escuchar las palabras de su padre, se había echado a llorar con desconsuelo.

—¿Por qué te afliges así? —le dijo su hermana—. En vez de llo-

rar, lo que debes hacer es ayudarme a ver la manera de impedir ese disparatado matrimonio.

—Es que . . . , es que . . . —tartamudeó el joven Cleante— yo amo a Mariana.

—¡Ah! Tanto mejor —repuso Elisa—. Confiéaselo a nuestro padre, y creo que todo se arreglará bien, pues él no será capaz, me parece, de imponer su capricho, sabiendo que tú amas a la que él ha elegido para sustituir a nuestra bondadosa madre.

Cleante confesó que no se atrevía a confiar aquel secreto a su padre, pero acordándose de que uno de los criados de la casa, Valerio, le era muy fiel, resolvió decírselo, pensando que, como era hombre despierto y de mucho ingenio, seguramente hallaría el modo de arreglar aquella difícil cuestión de una manera que fuese satisfactoria para todos.

Valerio, enterado de lo que se tramaba, se acercó a Harpagón cuando éste se hallaba contando, recontando y volviendo a contar sus adoradas monedas.

—¡Largo de aquí! —gritó el avaro, al verlo—. ¡Largo! ¿Quién te ha mandado venir? ¿Quieres, acaso, robarme, desalmado?



...Un anciano llamado Harpagón, el cual era tan avaro...

—Señor, no vengo a robaros —dijo el criado—. Vengo a hablaros de vuestro proyectado casamiento. . .

—¿Y quién te autorizó para hablarme de eso? —replicó Harpagón—. No, no; lo que tú quieres es robarme. Pero te aseguro que me burlaré de ti y de todos los pillos de tu calaña, porque enterraré mi dinero donde ninguno de vosotros dé con él. . . ¡Largo, largo de aquí!

Y, en efecto, el avaro guardó todo su caudal en una caja de hierro, a escondidas bajó al jardín de la casa, y allí, en un pozo seco que había, lo escondió.

Llegó el día señalado para la boda, sin que Valerio pudiese hacer nada para impedir que ésta se celebrase. Todo estaba dispuesto; en la casa había el trajín propio de esas ocasiones; los criados iban y venían atareados; Harpagón, rasurado y empolvado, vestido con el mejor de sus trajes, vigilaba los preparativos, siguiendo con ojos inquietos a los criados, no fuese cosa de que rompiesen algo o se llevasen a la boca algún terrón de azúcar. De pronto descubrió en un rincón a su hijo Cleante, que estaba con la cara entre las manos, llorando en silencio. Se acercó a él con presteza y le dijo:

—¿Qué? ¿Estás afligido porque no sabes dónde guardo el dinero? ¡Ah, tunante! ¡Yo te voy a dar!

Cleante lo contuvo con un gesto, y le dijo:

—No, padre, no; en lo que menos pienso es en tu dinero. Lo que pasa es que. . .

Pero no se atrevió a seguir hablando. Harpagón se alejó entonces en dirección a la cocina, para ver cómo marchaban los preparativos de la comida. El cocinero, al verlo, se le acercó para decirle que era necesario comprar algunas cosas que le hacían falta.

—Bien —dijo Harpagón—, cómpralas; pero no te retrases, porque todo tiene que estar listo en seguida.

—¿Y el dinero? —preguntó el sirviente.

—¿El dinero? —gruñó Harpagón—. Pero, ¿os habéis puesto todos de acuerdo para robarme? ¡El dinero! ¿Has acabado ya el que te di hace un mes? ¡Ladrón, más que ladrón!

Y se lanzó contra el cocinero con el bastón en alto. La intervención de Cleante puso fin al incidente; el cocinero, acostumbrado a las insolencias de su patrón, continuó su faena, y el avaro salió de la cocina para esperar a su prometida, que no tardó en aparecer. Iba acompañada de su madre, que era quien la obligaba a ca-



El cocinero se le acercó para decirle que era necesario comprar algunas cosas.

sarse con el vejestorio, aunque su corazón pertenecía al joven Cleante.

Traía los ojos enrojecidos por el llanto que había derramado al salir de su casa, y, al advertir esto, Harpagón llevó a su lado a la madre de Mariana para preguntarle qué le ocurría a su hermosa prometida.

—Señor —le dijo la anciana—, debo confesaros que mi hija no parece muy entusiasmada con este matrimonio.

—A mí no me interesa eso —confesó el avaro—. Lo que me interesa es saber si es muy gastadora.

—No, no lo es —replicó la mujer, que a todo trance quería “pescar” a Harpagón, sabiendo lo inmensamente rico que era—. Ella misma se hace sus vestidos, y le duran años y años. No es nada exigente para la comida; en calzado apenas gasta nada, y, en fin, creo que hasta sabrá hacer vuestras camisas y remendar vuestras medias.

—¡Magnífico! —exclamó Harpagón, frotándose las manos—. ¡Magnífico! Eso es lo que a mí me conviene.

En esto se acercaron a ellos Elisa y Cleante, y Harpagón les presentó entonces a Mariana y a su madre.

Cleante trató de disimular su disgusto, y Mariana bajó la vista, turbada por la presencia del ser a quien verdaderamente amaba. Elisa, conocedora de su secreto, no estaba menos apesadumbrada que ellos.

No es de extrañar, por tanto, que la comida de bodas resultase fría y aburrida, pues solamente Harpagón y la madre de Mariana charlaban, y en su conversación sólo hablaban de dinero, dinero, dinero. . .

Mientras los cinco comían, Valerio, que había averiguado el lugar en que Harpagón tenía escondido su tesoro, bajó al jardín, se dirigió al pozo y extrajo la valiosa caja, que ocultó en su habitación. Por la tarde, el avaro fué a comprobar si la caja continuaba en su sitio, y al ver que no era así, lanzó gritos desesperados:

—¡Me han robado, me han robado! ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Que venga la policía, toda la policía de París! ¡Ladrones, ladrones!

Todos acudieron a sus voces, y uno de los criados salió a buscar a los policías. Cuando éstos llegaron, los gritos de Harpagón recrudecieron:

—¡Me han robado! ¡Prended a toda esta gente! ¡Estoy seguro de que entre ella se encuentra el ladrón! ¡Registradlos a todos! ¡Ladrones, ladrones!

Cuando los policías se disponían a registrar la casa, Cleante les detuvo con un gesto. Sospechaba que la desaparición de la caja era obra de Valerio, y aprovechó la oportunidad para solucionar su situación.

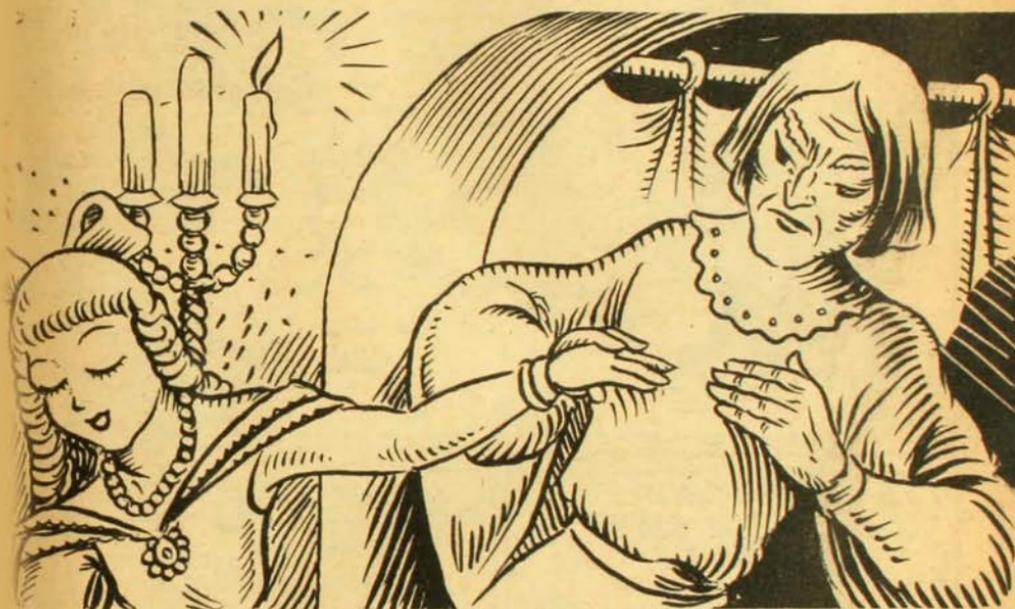
—Padre mío —dijo, dirigiéndose a Harpagón—, si consigo que te sea devuelta tu fortuna, ¿renunciarás a tu matrimonio con Mariana?

Harpagón continuó gritando, pateando, pidiéndoles a los policías que buscasen su adorado dinero.

Cleante lo agarró de un brazo y le repitió la pregunta. Harpagón lo miró fijamente.

—¿Que si renunció a casarme? ¡Sí, sí, renunció a todo por mi dinero! ¡Dádmelo pronto!

Cleante salió corriendo en busca de Valerio; éste le entregó de muy buena gana la caja, pues sólo para vencer al avaro se había apoderado de ella; y al volver el joven al jardín declaró que él



Harpagón tomó de la mano a la dulce Mariana.

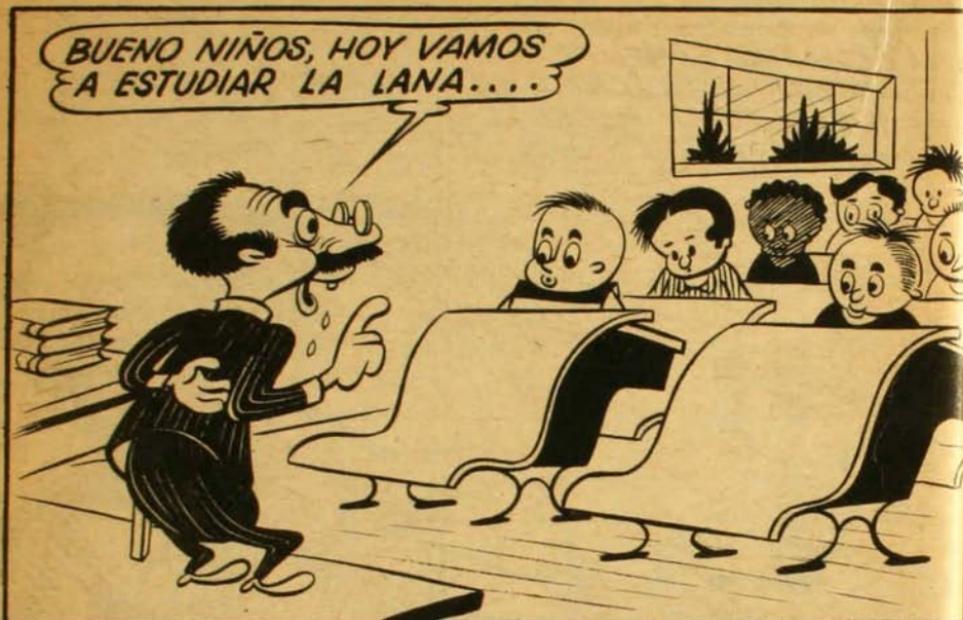
mismo, y no otro, era el ladrón, pero que al proceder como lo había hecho no tenía más propósito que el de dar una lección a su padre.

Este, en cuanto tuvo en su poder la caja, consintió formalmente en deshacer su boda. Cleante se arrodilló entonces ante el avaro y le dijo con voz emocionada:

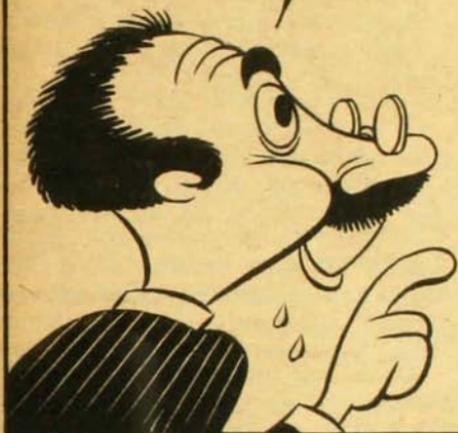
—Amo a Mariana y ella me ama también; danos tu licencia para casarnos.

Harpagón se la dió, y aquel mismo día se celebró la boda de los dos jóvenes, corriendo todos los gastos por cuenta del avaro, que desde entonces, con la lección recibida, se corrigió y dejó de serlo.

Ponchito



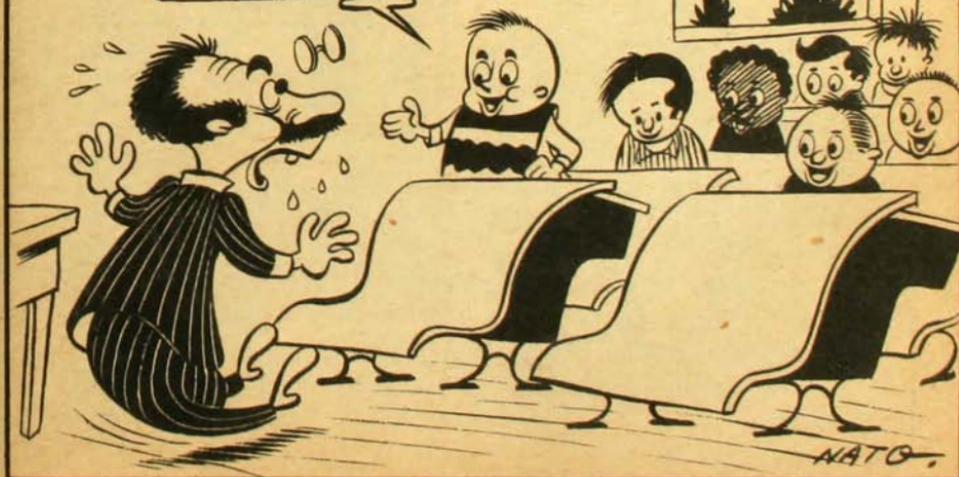
¿COMO NO SABES PARA
QUE SIRVE LA LANA ?
¿DE QUE ESTAN HECHOS
TUS PANTALONES ?



MIS PANTALONES ESTAN
HECHOS DE ...



... UNOS PANTALONES VIEJOS
DE MI ABUELITO



La fiercecilla

CAPITULO VIII.—La fiercecilla enfurecida.

Al día siguiente de su llegada a la aldea de Los Maitenes, Julia bajó de su dormitorio después de una noche de reposo. En el vestíbulo divisó a su hermana Martina barriendo y lavando las baldosas como una jornalera.

“Qué hermana tan decorativa —pensó la Fiercecilla—. Por suerte el botones Raúl y su madre no se hospedaron aquí.”

La bondadosa Martina se incorporó y con cariño colocó sus manos sobre los hombros de su hermana menor.

—¿Dormiste bien, *Julita*? ¿No extrañaste la cama?

Julia se desprendió del abrazo y sacudiendo con su habitual gesto la dorada cabellera, replicó duramente:

—Te ruego que no uses el diminutivo... No me gusta que me llamen *JULITA*. Es cursi y vulgar.

—Pero así te llamaba nuestra madre —exclamó Martina profundamente herida.

Como la Fiercecilla inclinara la cabeza, Martina prosiguió con acento lloroso:

—Desde que mamá murió, siempre he pensado en ti con ese di-

RESUMEN: La millonaria Corina Artel tenía a su cargo, como hija y heredera, a su sobrina Julia, niña de doce años, muy altiva e independiente. Un día anunció a Julia que Corina había sufrido un accidente grave y estaba en una clínica de Bellavista. En vez de conducirla junto a su tía, la institutriz encierra a la niña en su dormitorio. El botones Raúl, del Hotel Carlton, compadecido de Julia, promete llevarla esa noche a la clínica. Ambos niños parten en un automóvil, pero el chófer que los conduce resulta ser un ladrón que despoja a Julia de su dinero y les deja abandonados. En plena montaña Julia y Raúl divisan un albergue y piden hospedaje a una mujer que les reprocha su conducta y les encierra en un cuarto. Allí deben permanecer tres días hasta que Tonio les devuelve al elegante balneario. Julia se desespera al saber que debe cambiar de vida y que será pobre. Desprecia a su hermana Martina y la humilla. Salen del lujoso hotel. El viaje, en condiciones ordinarias, para la orgullosa Julia resulta un martirio. Llega por fin a la modestísima casa del médico de aldea.

minutivo... De manera, hermanita, que continuaré haciéndolo aunque lo consideres vulgar. Para mí es una expresión de ternura.

Julia no se atrevió a responder, pero tras breve silencio y advirtiendo que su hermana volvió a colocarse de rodillas para limpiar el suelo, le dijo:

—¿Cómo puedes estropear tus manos en esa tarea? Deja esto para la sirvienta.

Martina miró con tristeza a su hermana menor y murmuró:

—Creo que te costará mucho adaptarte a nuestra existencia. La vida fácil, lujosa y placentera que llevaste con tía Corina te ha dejado hábitos que es difícil abandonar. Aquí somos pobres, Julita. Papá es un médico notable, pero su clientela no puede pagar grandes honorarios. Muchas veces es preciso obsequiarles los remedios. Un médico es un apóstol al servicio de la colectividad.

—Muy hermoso como ideal, pero no cuando se tiene familia a quien mantener —protestó Julia—. ¿Por qué no busca clientela rica? Hay castillos y palacios en la vecindad.

—Papá obra como él considera su deber —declaró Martina con energía—. Ni tú ni yo tenemos derecho a criticar sus actos.

—Así será —musitó Julia—. Pero, ¿no crees tú que podrías ayudarle mejor en algún empleo de oficina o de laboratorio que fregando el suelo?



Julia se indignó al ver a su hermana fregando el suelo.



Raúl se burló de la colérica Julia.

ba a temblar de ira, y, al dar una vuelta brusca como para huir de su destino, resbaló en una alfombra y cayó pesadamente al suelo.

Como ya no podía dominar sus nervios, empezó a llorar a gritos, como una pequeñuela.

Súbitamente se abrió la puerta y apareció la burlesca carita del botones Raúl, quien, al ver en tal estado a la mimada niña, exclamó: —¿Qué le ocurre a la *Fierecilla*? ¿Le han soltado los perros o tiene dolor de muelas?

Julia, sofocada por la ira, quiso gritar, pero le sobrevino un ahogo y perdió los sentidos.

Martina, asustada con el desmayo de su hermana, la trasladó a su lecho y llamó precipitadamente a su padre por teléfono.

Acudió al punto el buen doctor Miray, y observando con tristeza a la linda rubia que gemía aún semiinconsciente, dijo a Martina y a Raúl:

—Tantas emociones en tan corto tiempo han minado su sistema nervioso. Déjenla reposar. Fui muy culpable al entregársela a los

—¿Y la casa quién la dirige y la ordena?

—Eso podríamos preguntárselo a los demás médicos del mundo

—expresó Julia con desdén—. Yo he conocido a muchos doctores que ganan dinero a manos llenas y que viven en regias mansiones. En suma, Martina, nosotros somos pobres de solemnidad... Cualquiera día me enviarán a servir de cocinera a un castillo... Maldita mi suerte... Mejor me hubiera valido morir en el accidente automovilístico con tía Corina.

La Fierecilla comenza-

cinco años a mi cuñada Corina. Julia es como una princesita a quien un hada maligna la ha privado de su reino. Martina, hemos de hacer cuantos sacrificios sean necesarios a fin de que ella no sufra. El doctor Miray permaneció junto a su rebelde hija hasta que advirtió que sus párpados se abrían.

—¿Dónde estoy? —murmuró Julia—. ¿Dónde me han encerrado? La niña se creía en una prisión.

—No estás encerrada, mi querida hijita —respondió el doctor Miray afectuosamente—. Estás en tu casa.

—¡Ah, sí, ya recuerdo! —gimió Julia, estallando en llanto—. Mi tía Corina ya no vive... Es atroz, atroz...

—Comprendo tu emoción, hijita —balbuceó el médico—. El golpe ha sido terrible para ti. El cambio de vida será doloroso, pero tienes a tu hermana...

Desde su lecho, Julia miró a Martina... ¡Su hermana, esa pobretona que fregaba el suelo y que era incapaz de peinarse como una señorita!

La Fierecilla lloraba desconsoladamente y pedía que la dejaran sola.

—Vigílenla desde el cuarto vecino —ordenó Miray a Martina y a Raúl—. Nunca se sabe de qué son capaces los niños caprichosos. Voy a prepararle un calmante.

—Papá —dijo poco después Martina al atribulado médico—, yo creo que debemos contratar una empleada para que atienda a Julita. Yo podría buscar un empleo en alguna oficina...

—Calla —murmuró el doctor Miray—, nunca lo permitiría yo. Trabajaré más, buscaré clientela rica, pero tú no serás una asalariada.



Martina llamó apresuradamente al doctor Miray.

—Tía Corina mimaba demasiado a mi hermana —prosiguió Martina—. He quedado asombrada ante el número de trajes, sombreros y juguetes que vienen en su equipaje.

—Cada palabra tuya, Martina, cae como un reproche sobre mi conciencia —murmuró el doctor Miray—. No me aflijas más, Martina. Yo espero que Julia reaccionará. Su corazón es bueno... En efecto, después de pasado el período de histerismo, Julia, tendida en su lecho, reflexionaba cuerdamente:

“Debo considerar —pensaba— que mi vida pasada fué un sueño. Tengo ya doce años y trataré de ser valiente; pero la pobreza me espanta. Es fea y sucia”...

Por la tarde, su padre la encontró más tranquila, y, para distraerla, le dijo:



El doctor Miray observaba tristemente a su caprichosa hija.

—Proyecto llevar a Raúl y a su madre al castillo de la familia Almarza. ¿Te gustaría ir allá? El camino es muy pintoresco y así podrías despedirte de Raúl y conocer el sitio donde van a vivir.

—Me gustaría mucho —respondió Julia—. ¿Iremos en automóvil?

—Iremos en el cabriolet que nos trajo desde la Estación —replicó Miray—, pero en el campo todos usan esos coches.

Julia se levantó y permaneció una hora frente al espejo peinando sus lindos cabellos rubios y atándolos a la nuca con una cinta de terciopelo negro.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos de cuántos miembros se compuso la Primera Junta Nacional de Gobierno y el nombre de cada uno? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán los siguientes premios: 10 libros de cuentos infantiles; 5 carpetas de esquelas, 5 libretas de apuntes, 10 paquetes Vitalmín y 10 estuches colegiales.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 82.— El Morro de Arica fué tomado por los chilenos en 55 minutos, el 7 de junio de 1880.

PREMIADOS CON 1 LIBRO DE CUENTOS.— Pedro Soto, Santiago; Raúl Luboner, Santiago; Carlos Escobar, Pailahueque; Ester Eliana Chamorro, Curanilahue; Horacio Carez, Santiago; René Paredes, Concepción; Nelly Armijo, Graneros; Guillermo Vera, Melipilla; Américo Hernández, Concepción; Nicolás Vicuña, Santiago; Víctor Casarino, Santiago; Jesús Diez, Los Andes; Andrea Barbas, Temuco; Fernando Montes, Santiago; Carlos Valdés, San Carlos; Jorge García, Santiago; S. Chandía, Valparaíso; Manuel Aros, Villa Alemana; Nelson del Valle, Temuco; Adolfo Ortega, La Unión. **UN PAQUETE VITALMIN.**— Enrique Briceño, Talcahuano; Héctor Montecinos, Rancagua; Nelson Weber, Angol; Hernán Cerda, Viña del Mar; Germán Pando, Tucapel; Iris Obreque, Temuco; Oxiel Ibarra, Chillán; Hernán Alvarado, La Unión; Aristides Gallardo, Temuco; Regina Espinoza, Valdivia. **CON \$ 10.**— Renán Rojas, Valparaíso; Rigoberto Venegas, Los Angeles; Gustavo Alfonso Medel, Chillán; Rubén Mendoza, Santiago; Juan Duharte, La Unión; Oscar Novoa, Concepción; Berta Gómez, Angol; Uberlinda González, Bulnes; María Gabriela Muñoz, Lota Alto; Aída Cornejo, Coronel. **UNA PALETA ACUARELAS.**— Eduardo Lizana, Santiago; Lautaro Olea, Santiago; José Parra, Chiguayante; Elisa Díaz, Jahuel; Julio Contreras, Pailahueque; Raquel Dalidet, Pailahueque; Juana Gutiérrez, San Bernardo; Elena Navarro, Rengo; Jaime Astudillo, Santiago; Amada Fuentes, Parral.

SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL, \$ 90.—

SEMESTRAL, \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la
SECCION SUSCRIPCIONES.

EL MOSQUETERO



CAPITULO IX.

1. Siguiendo las huellas de Aquiles Luberón y de su cabalgata, pronto descubrió el Mosquetero Azul que su enemigo había encerrado en una solitaria granja a la duquesa Elena. "—No conviene atraer la atención de ese bandido —dijo Pedro de Rognac a sus soldados—. Retiraos al bosquecillo y yo actuaré solo con mi escudero Rolando." Contorneando la vivienda divisaron luz en una habitación.



2. "—Ahí ha de estar la cautiva de Luberón —dijo Pedro a Rolando—. Voy a escribir una carta de parte de la reina madre María de Médicis —agregó el vizconde—, y tú se la llevarás a Luberón, exigiendo que has de entregársela en sus propias manos. Mientras esté distraído leyéndola, yo entraré en la casa y libtaré a la duquesa." Rolando cumplió su mandato y llevó la carta.

AZUL



3. Aquiles de Luberón acogió al mensajero de la reina madre sin moverse del sitio donde custodiaba a la duquesa Elena; pero, en vista de la gravedad de la falsa misiva, salió en busca de sus soldados. Era lo que deseaba el astuto Pedro para entrar por la ventana a la estancia de la prisionera. Trechado a la ventana golpeó suavemente los vidrios.



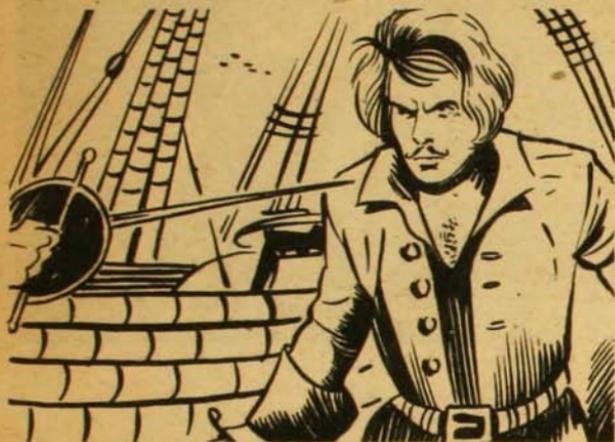
4. Elena abrió la ventana, y el joven saltó a la habitación. "—Sígueme, duquesa —ordenó el joven Mosquetero Azul—, vengo en nombre de su padre a salvarla de ese bandido. Pronto..., corramos. Mis soldados están en la cuadra batallando con los facinerosos que Luberón emplea para sus salteos y robos." Luberón, creyendo verdadera la misiva de la reina, ya había subido a caballo.

(CONTINUARA)

JOSITO

EL CORSARIO

CAPITULO III.—Heroísmo de Josito.



Corazón de Acero estaba desarmado.

y a riesgo de dislocarse los puños, Josito consiguió desasirse y corrió tras el español que ya alzaba su espada para ultimarlo a Cora-



Josito acudió en defensa de su padre adoptivo.

Josito, el hijo adoptivo del corsario Corazón de Acero, comprendió que su padre estaba acorralado por los marinos españoles y completamente desarmado.

—Padre, padre —gritó el niño pugnando por desatarse de las aldabas que aprisionaban sus manos.

Con heroico esfuerzo y a riesgo de dislocarse los puños, Josito consiguió desasirse y corrió tras el español que ya alzaba su espada para ultimarlo a Corazón de Acero. El niño lanzó al marino español un grueso madero que le volcó de espaldas obligándole a soltar la espada.

Inmediatamente Corazón de Acero cogió el arma abandonada y venció a su enemigo. Una vez más los corsarios habían vencido a los españoles.

Corazón de Acero reunió a sus compañeros en su lujosa cabina y les refirió la hazaña de su hijo adoptivo.



Los piratas felicitaron a Josito.

—Estoy orgulloso de ti, Josito —díjole el corsario.

—Eres de los nuestros, chiquillo —dijeron los demás piratas—. Esperamos que tu severo padre no vuelva a castigarte porque tienes miedo.

Los corsarios de los mares del Caribe tuvieron una reunión en la isla de La Tortuga y decidieron efectuar un ata-

que en masa al puerto de Cartagena, situado al norte de Colombia. En una hermosa mañana de abril, la flota corsaria entró en la rada de Cartagena y tomó prisionera a toda la guarnición.

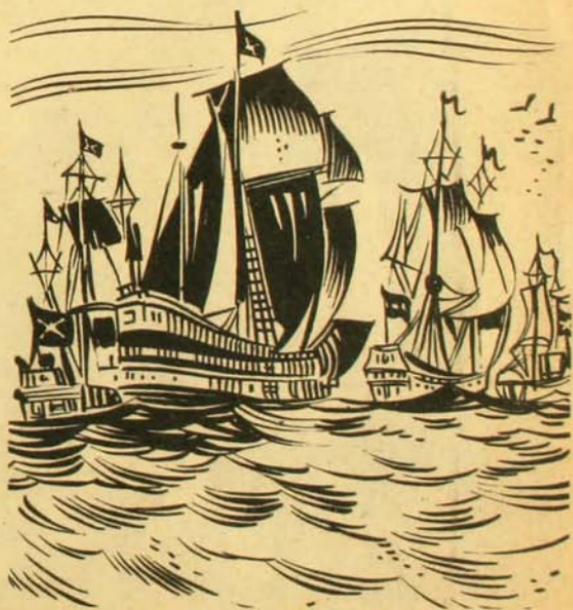
En vista de la superioridad numérica, la rendición se efectuó en las condiciones humillantes que exigían los invasores.

Todos los edificios públicos, tabernas y comercios fueron invadidos por la horda de filibusteros.

Corazón de Acero entró a saco en un depósito de licores y ordenó que el tabernero le entregara todos los toneles de ron que tenía en sus bodegas.

Los corsarios rompían los barriles con sus puñales para beber hasta embriagarse.

El licor esparcido en los



La flota corsaria invadió a Cartagena.



Había pánico en la ciudad.



Corazón de Acero señaló una lujosa habitación a Josito.

edificios produjo incendios en varias calles del Puerto, provocando el pánico entre sus moradores.

Por la noche los corsarios, dueños de la situación, se instalaron en el palacio del Gobernador. —Josito— dijo Corazón de Acero a su hijo adoptivo—, has combatido valientemente. Ahora vas a reposar toda la noche. Te he escogido el mejor dormitorio de la Gobernación. Duerme. Lo que nos resta por hacer no es de tu incumbencia. Comprendo que a tu edad te repugnen los suplicios.

(CONTINUARA)

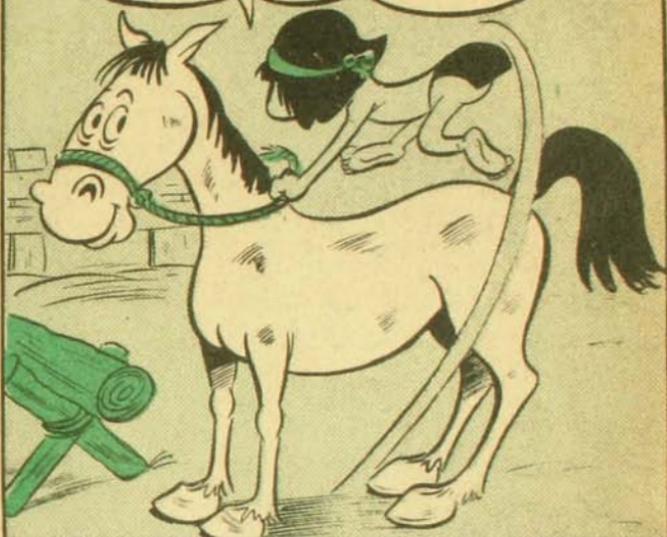


Por LUGOZE

¡TENGO QUE
HACER ALGO
POR IMPEDI-
SELO!



¡MONTARÉ A CABALLO!



¡REDIEZ! ¡ME
SALPIGASTEIS
CON BARRO!

¡PERDONADME; PERO
VOY MUY APURADO!



QUE LINDO PERRITO
LE TOMARE UNA
FOTO



¡BAH! NO ME
CABE EN EL
CUADRO



¡AH! YA SE COMO
HACERLO



AHORA SI QUE
ESTA BIEN



Simbad

EL PEREGRINO DE BUDA

N.º 86

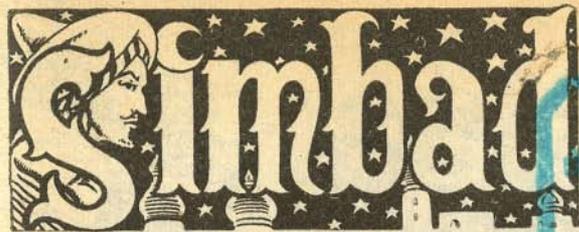


ELENA TORRES

\$ 2.-

LAUTARITO





EL GRAN AMIGO DEL PENECA

Directora

ELVIRA SANTA CRUZ

VISITACION Roxane

AÑO II

N.º 86

Precio: \$ 2.—

25-IV-1951

ABR 25 1951

EL PEREGRINO de BUDA



CAPITULO XV Y FINAL.—En el retiro de un convento.

El peregrino de Buda, Yuansú, apodado también "Maestro de la Ley", deseaba terminar su viaje y volver a la China, a fin de recopilar todas sus experiencias en libros de sabiduría.

Pero antes de llegar a la frontera China fué víctima de una celada de parte de individuos de otra secta religiosa, que odiaba las enseñanzas de Buda.

Por suerte el fiel Wei había sospechado que la gente que decía ser enviada por el emperador Tai-Tsong era enemiga de Yuansú.

Un día sorprendió la conversación de dos chinos que complotaban la muerte de Yuansú, y Wei corrió a dar parte del suceso al gobernador de la región.

El gobernador no deseaba inmiscuirse en guerrillas religiosas, pero Wei supo intimidarle, diciéndole:

—Si usted deja actuar a los criminales,

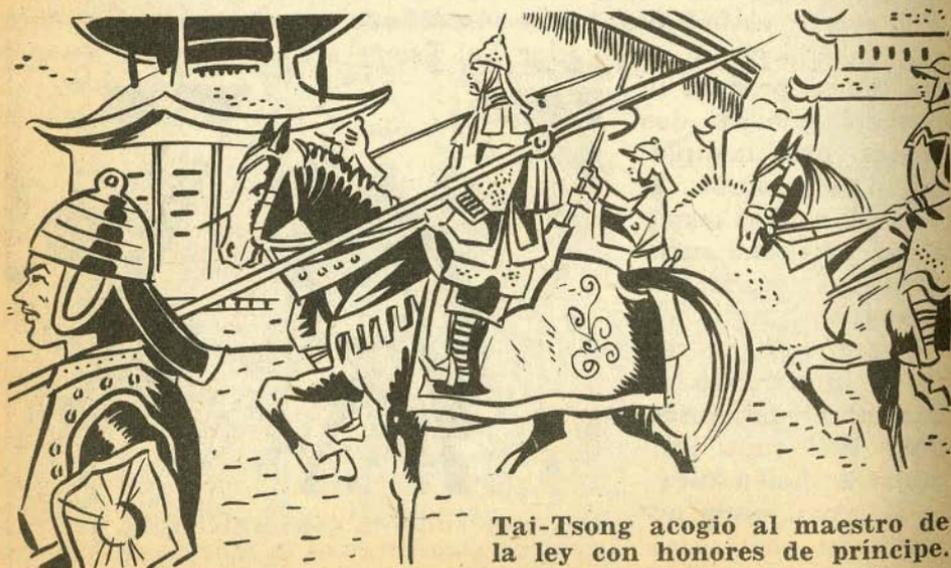


Wei sorprendió la conversación de dos chinos que complotaban la muerte de Yuansú.



Los conjurados fueron conducidos a la frontera, con la soga al cuello.

le acusaremos de negligencia. Yuansú tiene aliados poderosísimos, y el rey Palukecín invadirá su reino. Nuestro poderoso emperador también es amigo del peregrino de Buda, y puede peligrar su cargo, señor gobernador.



Tai-Tsong acogió al maestro de la ley con honores de príncipe.



El emperador ofreció a Yuansú el cargo de primer ministro.

car a todos los que habían tomado parte en él.

En seguida Tai-Tsong acogió al "Maestro de la Ley" con honores de príncipe real.

A su regreso a China, Yuansú encontró que todo había prosperado mucho desde que él inició su peregrinación.

Esto sucedía allá por el año 645 de la era cristiana. La autoridad de los emperadores de la familia Tai se había afirmado y su prestigio había atraído la admiración de muchos países europeos.

Mientras Yuansú recogía en los países

El hábil discurso de Wei tuvo un éxito espléndido.

Esa misma noche el campamento de los enemigos de Yuansú fué cercado y los conjurados fueron sorprendidos en el preciso momento en que proyectaban asesinar al monje budista.

Con la soga al cuello fueron conducidos a la frontera del reino y entregados a las tropas chinas. Impuesto el emperador del complot de esos sectarios, hizo ahor-



—No puedo aceptar ese honor —declaró el peregrino de Buda.

visitados todos los documentos de Buda y sus más notables doctrinas, el emperador Tai-Tsong había efectuado la conquista del Asia Central. De todas partes los príncipes enviaban tributos al poderoso señor.

La llegada del peregrino de Buda era, pues, para el prestigioso emperador, una gloria más en su rutilante destino.

—Tú has recorrido en condiciones muy duras millares de kilómetros —díjole el emperador Tai-Tsong—, y llevado la influencia china a muchas regiones. Te lo agradezco, joven maestro.

Cada día el emperador llamaba al peregrino de Buda a su palacio y se interesaba por sus relatos y escritos.

En recompensa por sus servicios, el emperador ofreció a Yuansú el cargo de primer ministro de su imperio.

—No puedo aceptar ese honor —declaró el peregrino de Buda—. He abrazado la religión de Buda y deseo consagrarme al estudio de los libros sagrados del gran maestro. He traído de la India ciertas obras sánscritas... Debo traducir esos textos sagrados y pido a Vuestra Majestad que me permita retirarme al convento del "Pequeño Bosque".



Se efectuó una solemne ceremonia.



Yuansú escribió notables libros sobre Buda.

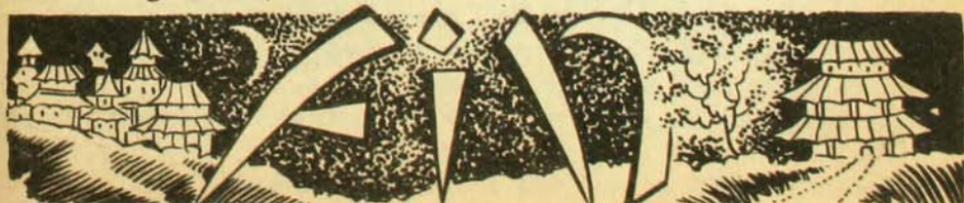
—Allá estarás muy lejos de mí —opinó el emperador Tai-Tsong—. Voy a instalarte en el convento de la “Gran Beneficencia”, contiguo a mi capital.

Este traslado dió margen a una solemne ceremonia.

En medio de un numeroso grupo de magistrados, religiosos y fieles, Yuansú tomó posesión de su humilde celda.

Allí se aplicó únicamente al estudio y a la traducción de las enseñanzas de Buda. La tranquilidad de la campiña china con sus sauces de cendales color esmeralda y el susurro de sus fuentes satisfacían las aspiraciones más caras del solitario monje.

A Yuansú se deben los más antiguos y notables libros sobre la vida del gran Buda.





EL MISTERIO DEL DESIERTO



CAPITULO XII.— *Zauya contra la falsa Leilah.*

Las palabras mentirosas de Bagded fueron refutadas enérgicamente por Juana Lorin, pues, como ya dijimos, su marido estaba amordazado.

—Nunca pensó Lorin robar el tesoro del Lago Sagrado —dijo la valiente esposa del acusado—. Si habló de vasos sagrados con algunos árabes fué con el deseo de examinarlos como curiosidad histórica...

—Ya ven ustedes cómo confiesa esa mujer su traición —expresó el falso profeta Kadur—. Son traidores y sacrílegos...

Esta vez los árabes no se atrevieron a protestar. Los prisioneros habían atentado contra el tesoro sagrado y debían morir.

El consejo dictó sentencia condenatoria.

El doctor Lorin escuchó con toda calma la sentencia de muerte, pero Juana no pudo retener el llanto. Pensaba en su hijo Polo aislado en medio de aquellas tribus sanguinarias. Sus miradas recorrieron la muchedumbre hostil que la rodeaba como pidiendo piedad.

—Mamá querida, no te desesperes —dijo una voz—. Yo estoy aquí y te salvaré.

Juana Lorin se estremeció; era su hijo adorado quien le enviaba su mensaje en idioma extranjero. Su intuición maternal guió su vista hacia un muchacho de tez cobriza que llevaba sus manos a los labios como para enviarle un beso.

Para no traicionarle, Juana contuvo su impulso de alegría y bajó los ojos.

Polo buscaba entre la multitud a su amigo Mesaud.

RESUMEN: Polo y Lily Lorin parten al desierto en busca de sus padres que desaparecieron misteriosamente. Aicha, joven mora, es protectora de Lily. Los niños corren terribles aventuras. Conocen a la hechicera Zauya, quien los lleva hasta la sala del trono. Polo descubre que Leilah es Dora Deminoff, la hija adoptiva del doctor Lorin. El falso profeta Kadur es su tío Federico, ingeniero húngaro que pretende robar el tesoro del Lago Sagrado. Los esposos Lorin son juzgados por un tribunal.

Cuando le encontró, el pastor le dijo:

—La hechicera Zauya y Bakri nos aguardan en la tercera gruta. Ambos niños se dirigieron a las cavernas.

—Todo marcha bien —dijo Zauya, radiante de felicidad—. A fin de que comprendáis lo que ocurrirá, voy a ponerlos en antecedentes de nuestra historia. Desde muchos siglos reinaba sobre la santa tribu de los *aiussas* la familia real de la cual desciende el rey Solimán. Esta tribu es la depositaria de los tesoros del profeta Mahoma. Es costumbre que la llave de los tesoros se entregue a la esposa o a la hija del soberano. A la muerte de nuestra reina Zorah la llave fué confiada al Gran Consejo, quien debía



—La llave del tesoro fué confiada al gran consejo —contó Zauya.

entregársela a la princesa Leilah cuando la niña cumpliera dieciocho años.

—¿Dónde está Leilah? —preguntó Polo—. Esa húngara que hemos visto en el trono es una usurpadora.

—La verdadera Leilah fué desposeída de sus bienes y de su palacio y vaga por el mundo pobre y miserable en compañía de su padre, el rey Solimán —explicó Zauya—. Esa bailarina mora que te dió la piedra verde es la princesa Leilah.

—¿Es posible? —exclamó, atónito, Polo—. ¿Entonces Aicha es la soberana que descende del profeta Mahoma?

—Después de la muerte de Zorah —prosiguió la hechicera Zauya—, el viejo rey Solimán se desesperó y dió toda su confianza a su hermano Abdul-ben-Mahomed. En la corte crecía Leilah, niña tan buena y bondadosa como su madre. Un día llegó a Djebel un extranjero, que se conquistó la confianza de Abdul. Era éste el malvado Kadur. Merced a sus intrigas, el rey Solimán y la princesita Leilah fueron encerrados en lóbregos calabozos. El falso Kadur hizo venir de Europa a su sobrina Dora Deminoff.

—No comprendo —expresó Polo—. Dora se encontraba con nosotros hasta hace poco tiempo.

—Sus padres la llamaron cuando tenía catorce años, pero ellos murieron en un accidente y Dora fué entregada como hija adoptiva a tu padre —explicó Zauya a Polo.

—¿Solimán y Aicha lograron huir?

—En efecto; usando del brazalete de oro y de la piedra verde —prosiguió Zauya—, el rey Solimán y Aicha pudieron huir de su calabozo y embarcarse para Francia, pero los emisarios de Kadur les perseguían. Solimán, vestido de mendigo ciego, volvió a sus tierras, y ahora recorre los *duares* para darse a conocer. Ustedes viajaron con la princesa Aicha.

—¿Cómo sabes tantas cosas? —indagó Polo Lorin.

—Soy adivina y hechicera —declaró Zauya—. También sé que el falso Kadur ha instalado en los subterráneos grandes máquinas hidráulicas para secar el Lago Sagrado. Síganme. Voy a mostrarles las maquinarias de que se sirve el falso profeta para hacer milagros.

—Muy ingenioso —declaró Polo, después de examinar las máquinas hidráulicas—. Kadur es un hombre tan hábil como malvado.



—Debo vendarte los ojos, princesa —dijo Zauya.

—Tendrá su castigo —dijo Zauya—. Por el momento es preciso impedir que la falsa Leilah se presente mañana ante el público. Con esto ganaremos tiempo y, como los prisioneros no serán ejecutados hasta después de la coronación, tendremos mayor oportunidad para buscar a Leilah y traerla aquí.

—¿Tú sabes dónde se encuentra? —interrogó Polo Lorin.

—Sin duda, y tengo la convicción de que vendrá con un ejército de adeptos a ella. Falta ahora la manera de suspender la coronación de la impostora.

—¿Cómo lo harás?

—Robándole el brazaletes de oro —dijo Zauya—, porque sin ese talismán no puede presentarse a la muchedumbre. Bakri y yo hemos combinado un plan. ¿No es verdad, hijo mío?

—Sí, mama Zauya —asintió Bakri—, y juro por Alá que esa hija de Chitán perecerá. ¡Hija de Chitán, hija del diablo!

Zauya explicó a sus compañeros el proyecto y todos aprobaron con entusiasmo.

En el valle que circundaba el Lago Sagrado los peregrinos se divertían alegremente con los músicos y cómicos ambulantes, danzarinas y bayaderas.

Era fantástico el espectáculo de esos miles de árabes acampados a la luz de la luna.

De pronto un negro de elevada estatura saltó al medio del rondel y comenzó a gritar:

—Les presento a una hechicera que adivina el presente, el pasado y el porvenir. Conoce todos los secretos de Alá.

El negro, que cubría su rostro con un trapo verde, cogió de la mano a una mora de faz velada y la hizo avanzar al medio del improvisado escenario.

—¡Es más sabia que la hechicera Zauya! —gritaba el negro—. La bruja habría muerto de envidia si no se hubiera ahogado en el Lago Sagrado.

En un momento la noticia de la actuación de esa famosa hechicera llegó a oídos de Dora Deminoff.

—¡Quiero ver a esa mujer! —ordenó Dora a sus esclavas.

Zauya, porque ya habrán adivinado que esa mujer era nuestra hechicera, fué conducida a la presencia de la falsa princesa.

—¡Quítate el velo! —ordenó imperiosamente la impostora.

—Princesa —murmuró Zauya—, las leyes de mi tribu me prohíben descubrir el rostro.

—Ante los hombres, sin duda —respondió Dora—, pero aquí sólo hay mujeres y yo soy tu soberana. Obedece.

—Por cierto que debo obedecer, pero para conservar el poder de adivinarlo todo debo conservar el velo. ¿Qué quieres saber, princesa? ¿El pasado, el presente o el porvenir?

—¡Todo! —dijo la impostora—. Me gustaría saber hasta dónde llega tu ciencia.

Zauya se arrodilló al pie del trono de nácar y mosaicos, y después de coger la mano izquierda de Dora, exclamó:

—¡No puedo hablar en presencia de tus esclavas!

—Salgan todas, pero no se alejen de la antecámara —ordenó la princesa.

Zauya volvió a coger la mano de Dora y comenzó a decir:

—Veo que en tu vida hubo una gran catástrofe... Veo muchos obstáculos para tu coronación.



La falsa Leilah depositó la llave sobre una mesa.

—Qué tonterías — musitó Dora—. Mañana seré coronada. Todo está listo ya. —Lo sé —declaró Zauya—, pero yo estoy leyendo en tu mano, princesa. Leo tu destino y está escrito que la corona, que tanto ambiciosas no está tan cerca de tu cabeza como tú lo crees. Los enemigos se agitan en la sombra. Quieren colocar a otra mujer en tu lugar. Esa mujer es una joven de tu edad y tiene en su poder un precioso talismán.

—¿De qué talismán hablas? —interrogó Dora, furibunda—.

—Es una piedra verde que le atrae partidarios.

—La esmeralda que hemos buscado tanto —dijo imprudentemente Dora—. Habla, hechicera. Tu ciencia es maravillosa. ¿Qué proyectos tiene esa mujer?

—Para que yo pueda decírtelos —murmuró Zauya— es necesario que te vende los ojos.

—Aquí tienes este chal. Véndame los ojos —dijo la impostora.

—También tengo que quitarte todo objeto de metal —prosiguió Zauya—.

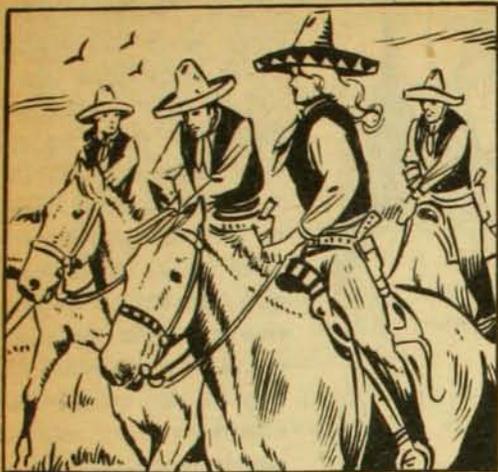
La falsa princesa se despojó de sus joyas, diadema, anillos, etc.

—¿Y esto? —preguntó Zauya, señalando la llave de oro suspendida de una cadenita al puño de Dora.

Dora dejó la llave sobre la mesa sin pensar que la hechicera aguardaba anhelante esa llave para llevarse el brazaletes de oro.

(CONTINUARA)

LA FLECHA



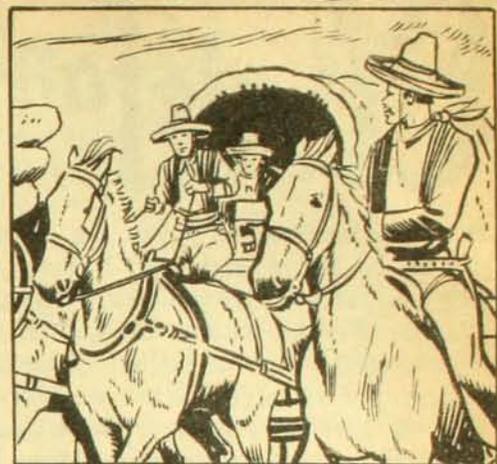
CAPITULO XV.

1. Teddy Bill, golpeado por el jefe Chiguán, fué socorrido por su esposa Olivia, Ramón y la princesa Alika. Aun un poco aturrido fué izado sobre el caballo y conducido a la ciudad. El rancharo Tony salió a recibirles, anunciándoles que el sheriff había capturado a todos los contrabandistas de armas y municiones y que los enviaría presos a la capital del distrito.

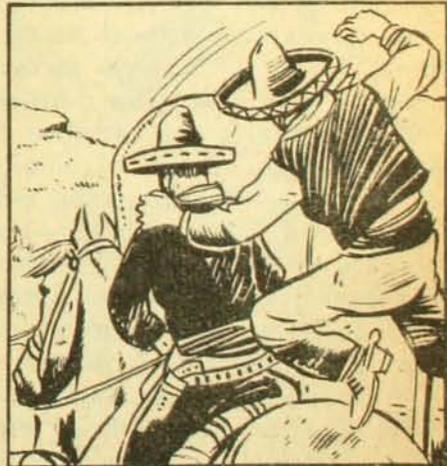
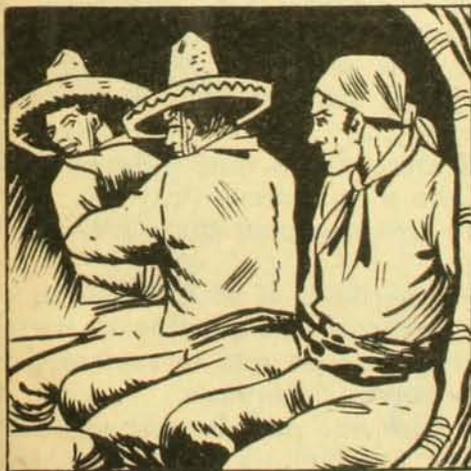


2. Los amigos de Chiguán que comerciaban el contrabando estaban alineados contra el muro mientras se preparaba un camión para enviarles a la prisión. Uno por uno los proscritos fueron desarmados por el sheriff y encerrados en el camión. Entretanto Teddy decidía llevar a Olivia y a la princesa Alika a su hacienda, pues ya no había peligro de un asalto.

DEL SOL



3. El camión de la policía, escoltado por dos hombres armados, viajaba rumbo a la capital del distrito. De pronto uno de los contrabandistas logró desatar sus amarras, frotándolas contra un hierro. El cochero y los soldados que custodiaban el camión no podían darse cuenta de que los bandidos estaban maniobrando dentro del vehículo para lograr su libertad.



4. "—Compañeros —dijo el individuo que había desatado sus ligaduras—, no se muevan. Yo voy a desatar a mi vecino y así seguirán ustedes hasta que todos queden con las manos y los pies libres." Hecho esto, el jefe de los contrabandistas saltó sobre el cochero, mientras otro desarmaba al soldado de la escolta. En un instante los bandidos quedaron dueños de la situación.

(CONTINUARA)

El elefante sensato



Hace muchos años, todos los animales vivían felices en un país donde no había hombres. Por eso las liebres y los conejos, igual que los patos y las palomas, podían salir de sus casitas sin temor a nada. Porque bueno es que digamos que tampoco debían esconderse de los animales feroces, pues tanto el león como la pantera, y el zorro como el lobo, no se alimentaban de carne, sino de hierbas frescas y de hojas de árboles.

Nada ni nadie preocupaba a este tranquilo pueblo. Por la mañana, muy temprano, era fácil ver al ratón, al gato y al perro ir juntos con guardapolvos blancos hacia el colegio. De igual manera que a la tarde se veía a la pantera jugando a las escondidas y a la gallina ciega con las gacelas y los conejos, y al león paseando tranquilamente con la cigüeña y el pato.

Sin embargo, un animal siempre estaba solo: el elefante; un elefante viejo, de trompa arrugada, que nunca se alejaba de la puerta de su casa, pues permanecía de continuo junto a ella moviendo despacio sus enormes orejas.

—¿Por qué será que el señor Elefante nunca quiere pasear con nosotros? —le preguntó un pelícano a una mona.

—No lo sé —le respondió—, pero creo que podríamos averiguarlo preguntádoselo a él mismo.

Sin embargo, nada le preguntaron esa tarde al señor Elefante el pelícano y la mona; entretenidos charlando, continuaron su paseo por el bosque. Y así pasaron varios días sin que se supiera por qué el elefante no abandonaba la puerta de su casa.

Una tarde la jirafa avisó a sus amigos que para festejar su cumpleaños haría una fiesta en su casa. Los invitó a todos y les aseguró que para ese día habría de comprar las más ricas golosinas.

—¡Yo no faltaré! —le dijo un ratoncito muy goloso, que no hacía más que pensar en el queso y en los papeles que roería con sus dientes afilados.

—¡Yo tampoco! —comentó un cocodrilo de colmillos muy puntiagudos.

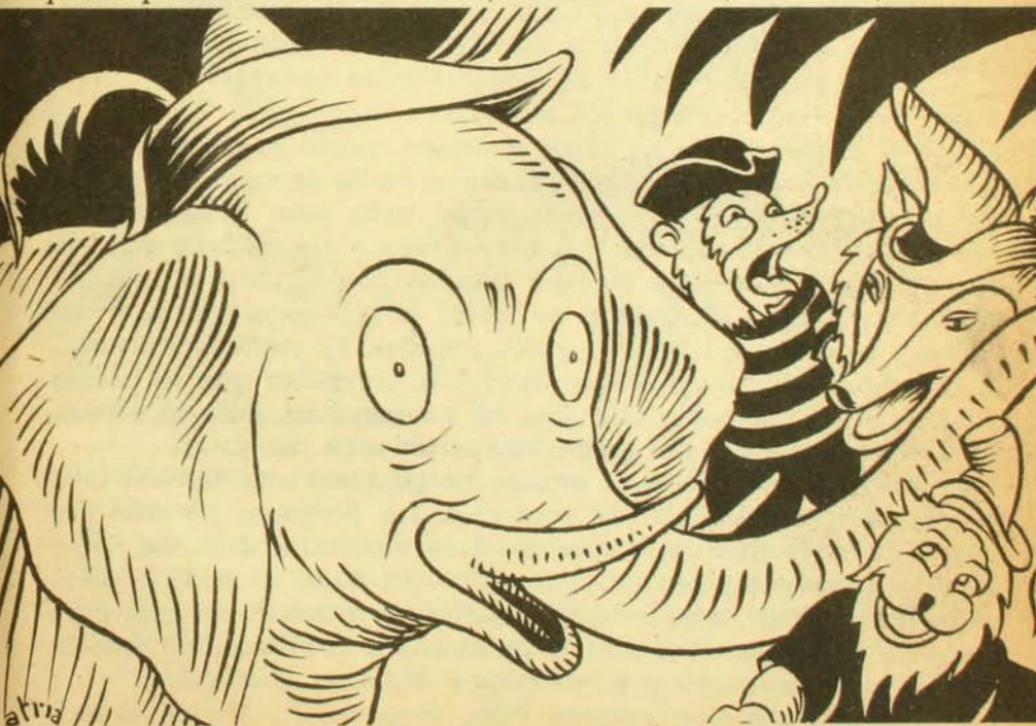
—¡No; nadie debe faltar a mi fiesta! —agregó la jirafa, inclinando su cogote largo y delgado como una caña.

Todos los animales sonrieron al oír esas palabras. El león sacudió orgulloosamente su larga melena; el zorro enderezó la cola; el pavo hinchó el pecho y dejó escapar un grito de satisfacción; los monos saltaron y se prendieron con la cola de las ramas más altas de un árbol. Sólo el pelícano permaneció quieto y callado. ¿Qué le pasaba? Lo supieron todos sus amigos: tenía curiosidad por saber si a la fiesta iría el elefante.

—Díganme, amigos —preguntó—, ¿el señor Elefante irá con nosotros a la fiesta de la señora Jirafa?

Fué la propia jirafa quien respondió a la pregunta del pelícano: —¡Sí, sí!, también vendrá el señor Elefante. El mismo me aseguró que no faltaría cuando le dije que en la fecha de mi cumpleaños haría una fiesta.

La noticia cayó como una bomba. Si bien sólo el pelícano parecía interesado en saber si el elefante iría a la fiesta, a todos les preocupaba lo mismo. Por eso, el día indicado, cada uno, vestido



Todos los animales sonrieron al oír esas palabras.

con sus ropas más nuevas y elegantes, abandonaron su casa muy temprano. ¡Tenían tanta curiosidad por saber si el señor Elefante cumpliría su promesa!

Cuando ya estaban en la casa de la señora Jirafa el león, la cigüeña, dos monos, el zorro y el lobo, alguien golpeó suavemente en la puerta: era el elefante. Los asistentes guardaron silencio. No porque le tuvieran miedo al elefante, ya que era muy bueno, sino porque era ésa la primera vez que se presentaba en sociedad, a pesar de los muchos años que tenía.

Poco a poco fueron llegando a la casa los otros invitados: dos patos muy charlatanes, tres gallinitas negras y dos blancas, un caballo, un chanchito, varios conejos y algunos monos juguetones que se entretenían en tirarse nueces. Todos estaban muy contentos y la misma jirafa no sabía cómo demostrar su satisfacción. Sólo el elefante, alejado, no hablaba ni parecía divertirse, pero movía sus enormes orejas y su trompa arrugada observando con atención.

Cuando la fiesta estaba más linda, a uno de los monos se le ocurrió que se debía entretener a las visitas con algún juego.

—¿Qué les parece —dijo— si jugamos a las prendas?

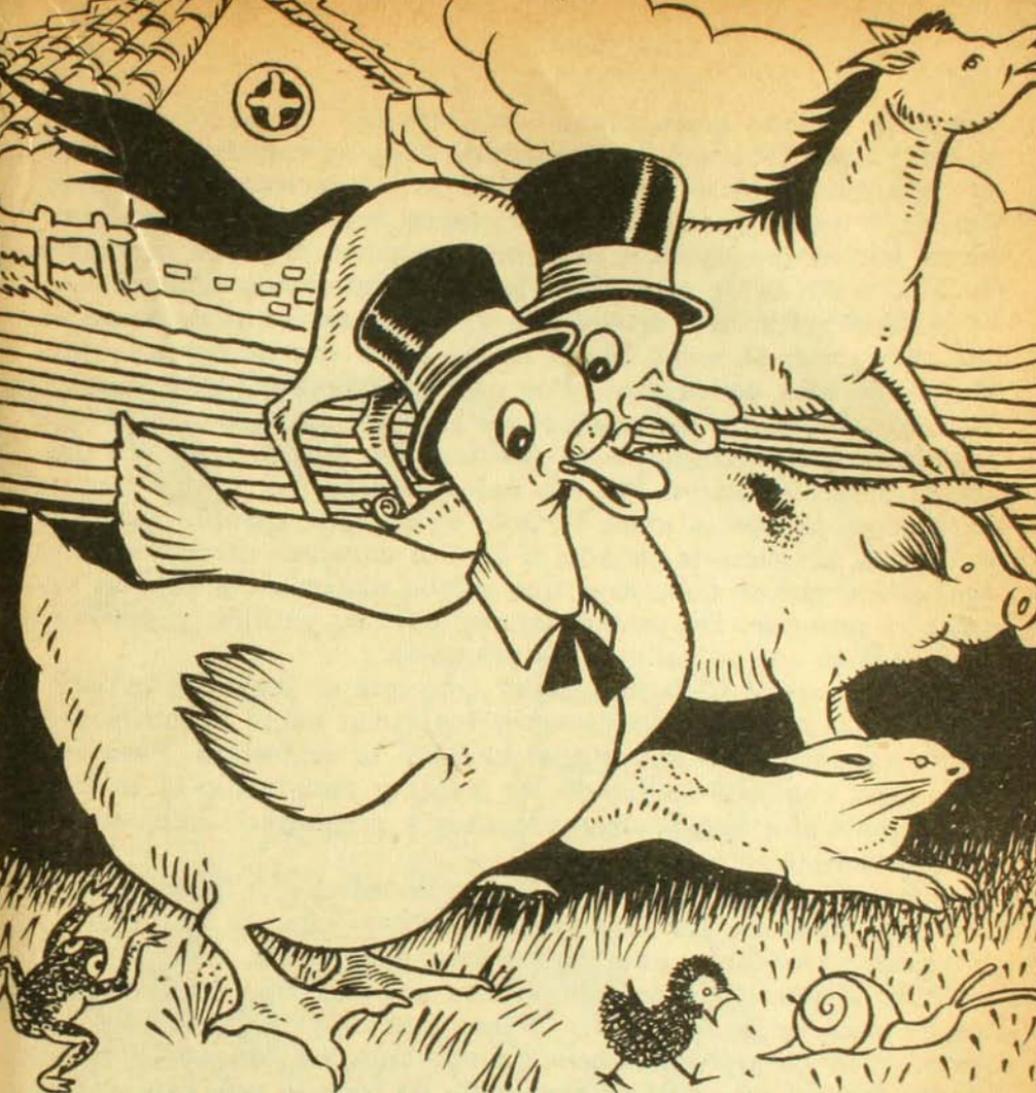
—¡Sí, sí, sí! —contestaron los animales a coro.

Entonces el mono, que no sabía quedarse quieto ni callado, pidió que se le dejara dirigir el juego. Como nadie se opusiera a ello, de inmediato explicó qué debía hacer cada uno. El león haría una pregunta a la cigüeña y si no atinaba a responderle pagaría una prenda. Después, la cigüeña haría otra pregunta al león; el chanchito al pato; la gallina al zorro; el conejo al ratón, y así todos. Y quien primero pagara tres prendas, no comería dulces.

Al principio todo marchó muy bien. Las preguntas que se hacían eran fáciles y todos los animales las contestaban. Sólo el elefante, siempre separado del grupo, no participaba del juego.

De pronto, al pelicano se le ocurrió preguntarle a la cigüeña cuál era el más holgazán de los presentes. La pregunta no sólo era difícil de responder, sino que también resultaba delicada, pues de nombrarse a alguien de la reunión, sin duda se sentiría ofendido. Durante un largo rato la cigüeña permaneció callada, pero como varios de los animales la animaron a contestar, no sabiendo qué hacer, nombró, por nombrar a alguien, al cocodrilo.

El nombrado abrió la enorme boca sorprendido. Varios monos



Poco a poco fueron llegando a la casa los otros invitados: los patos, muy charlatanes...

se le acercaron y comenzaron a bailar a su alrededor, repitiendo entre burlas:

—¡El cocodrilo!, ¡el cocodrilo es el más holgazán de los presentes! Todos celebraron ruidosamente la ocurrencia de la cigüeña y no pensaron que el pobre cocodrilo podía sentirse molesto por lo que se le decía. Pero las preguntas que se hicieron después fueron parecidas a la anterior. La liebre le preguntó al zorro cuál era el animal más sucio, y el zorro, haciendo un gesto y moviendo los ojitos redondos, nombró al chanchito. Después el pato

preguntó al lobo quién era el más miedoso de los presentes, y el lobo respondióle que la liebre; más tarde el cocodrilo preguntó al pato quién era el más barullero de los invitados, y el pato pensando que se pretendía nombrarle, se negó a responder. Como todos hacían preguntas a cual más ofensiva, llegó un momento en que la dueña de casa creyó prudente intervenir, diciendo:

—¡Amigos míos: me parece que el juego de las prendas no es así! ¡Creo que el señor Mono no ha dicho que se hicieran preguntas de esta naturaleza! ¿Por qué no jugamos a otra cosa?

Nadie hizo caso de las palabras de la jirafa. La mayoría, porque habiendo sido descubiertos en sus defectos, quería, a su vez, descubrir los de los otros. Por eso todos hablaban al mismo tiempo haciéndose preguntas entre sí. Sólo el elefante, siempre apartado del grupo, permanecía callado, si bien al mover la arrugada trompa parecía querer demostrar que estaba disconforme con las cosas que sucedían. De pronto alguien notó su actitud, y pidiendo a los demás que se callasen, le preguntó:

—Díganos, señor Elefante, ¿usted cree que el juego no es así? El pelicano, que como otras veces era quien había hecho la pregunta, esperó en silencio que el elefante le contestara. Pero éste nada dijo; continuó moviendo las orejas y sacudiendo la trompa. Varios animales se animaron entonces a preguntarle hablando al mismo tiempo:

—¡Responda, señor Elefante; responda usted! . . . Queremos saber si el juego de las prendas es como lo jugamos nosotros. Entonces el elefante, ante la insistencia de todos, dijo:

—Amigos míos: cada uno de ustedes, por diversión, ha destacado los defectos de un semejante. Y eso está muy mal; no debe hacerse. Pero como hace mucho tiempo que los conozco a todos, puedo decirles que no han exagerado en todo lo que expresaban. Hay, entre ustedes, más de un perezoso, más de un miedoso, más de un barullero y más de un sucio. . .

Las palabras del elefante llenaron de sorpresa a todos, y algunos dejaron oír su protesta:

—¡Usted no debe decir eso, señor Elefante! —dijo amoscado el chanchito.

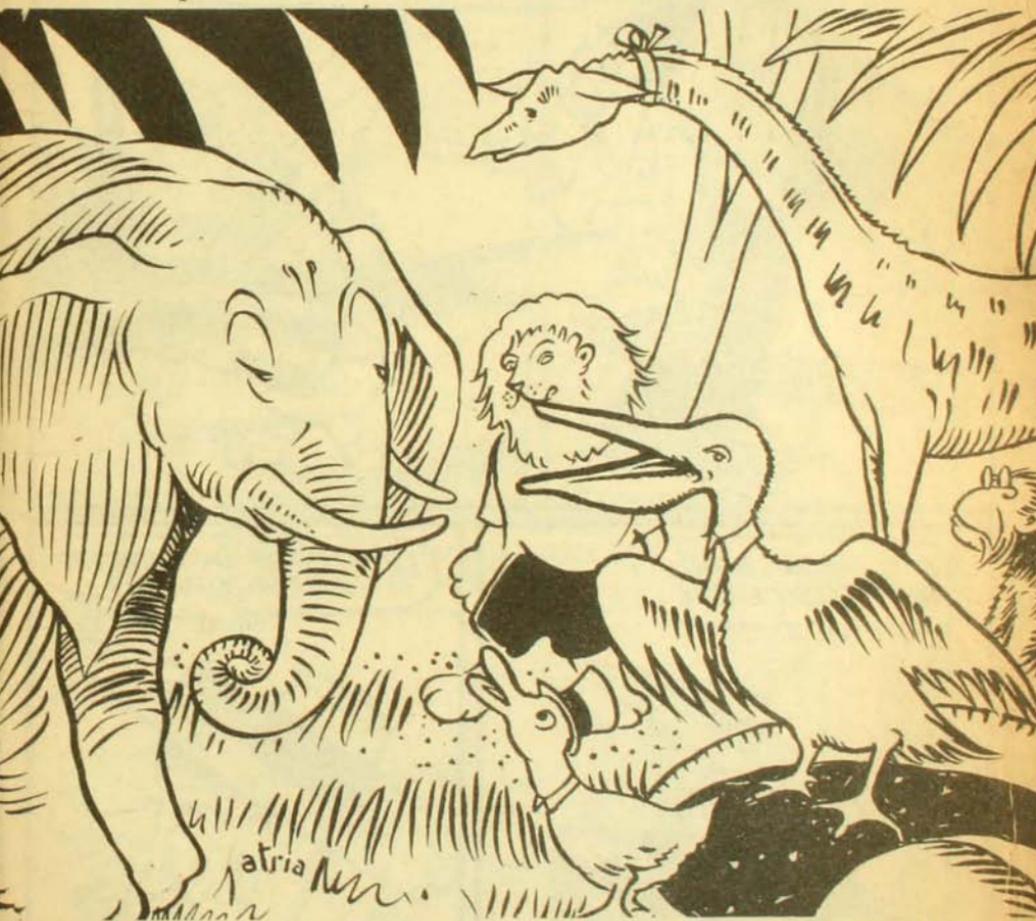
—¡No es verdad lo que asegura! —refunfuñó la liebre ofendida.

—¡Creo que exagera más de la cuenta! —exclamó enojado el cocodrilo.

El elefante, mientras tanto, nada decía. Sacudiendo su trompa

arrugada, esperaba que los que se mostraban disconformes lo dijeran, y, cuando se hubo callado el último, prosiguió:

—Yo, al contrario de ustedes, a nadie he nombrado. Me he conformado con destacar los defectos de algunos de mis vecinos. Por lo tanto, el que se da por aludido, se culpa solo, ya que no puede sentirse ofendido quien está seguro de no tener ninguno de los defectos que señalé.



Sólo el elefante, siempre apartado del grupo, permanecía callado. Con eso quería decir el elefante que quien sabía que estaba procediendo mal, debía tratar de corregirse, y que quien se portaba bien, nunca debía alejarse de la buena senda siguiendo los malos consejos. *Ninguno en particular debe ofenderse de lo que se dice en común.*

Ponchito



por nato

QUE RICO ESTABA, ME COMERÉ OTRO PEDACITO



FRANCAMENTE NO HAY COMO MI ABUELITA PARA HACER QUESOS



BUENOS DIAS PATRON, AQUI LE MANDA MI ABUELITA



La fierrecilla

CAPITULO IX.—Visita al castillo de Almarza.

—Arriba, hijita —dijo el doctor Miray a la caprichosa Julia.

En el momento de subir al desvencijado cabriolet, Julia preguntó a su padre:

—¿Verdaderamente cree usted que no causará risa este coche en el parque de la familia Almarza? A mí me produce vergüenza.

—Yo de nada me avergüenzo, hijita —protestó Miray—. Este coche está pasado de moda, pero lo prefiero a rodar en un auto que no hubiera podido pagar con mis propios recursos.

—¿Usted no es el médico de esos señores del castillo? —preguntó Julia, mientras el flaco rocín trotaba por la carretera campestre.

—No —confesó Miray—. Ellos vienen solamente a pasar los meses de veraneo y cuando alguien se enferma llaman a un médico de la capital o le mandan buscar en su automóvil.

—Debe ser gente muy rica —suspiró Julia.

El castillo de la familia Almarza era un lindo edificio estilo Tudor, con ladrillos rojos encuadrados con piedras blancas.

Resultaba sonriente su aspecto y muy acogedor con sus prados y jardines.

A la derecha se levantaba un pequeño pabellón del mismo estilo. El doctor Miray dijo a la madre de Raúl:

—Esa es la casa de la portería, señora. Ahí vivirá usted con su hijo.

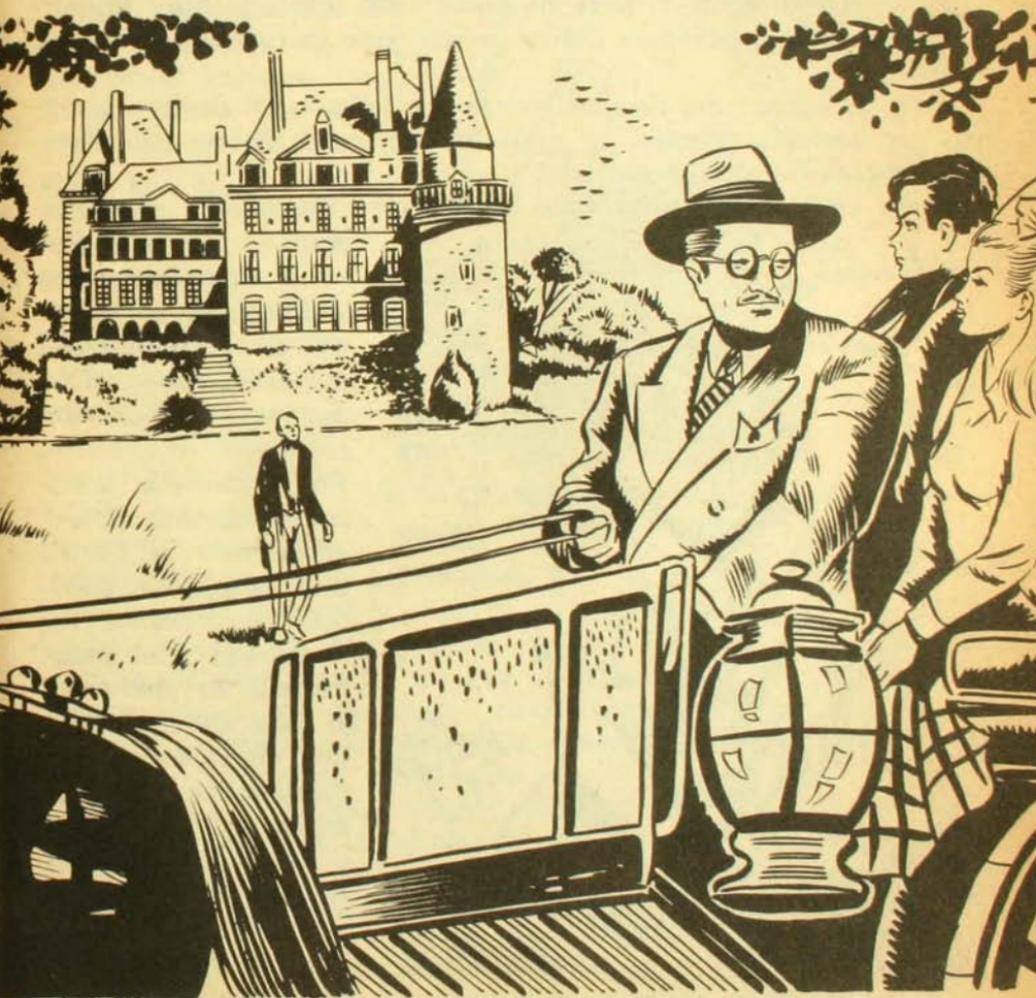
—Encantadora vivienda —murmuró la feliz mujer—. Quiera Dios que la patrona esté contenta con nosotros.

El flaco rocín continuó avanzando por el suave camino hasta el pie de una terraza sin balaustradas y ornada con grandes macetas de hortensias.

RESUMEN: Julia se cría con la millonaria Corina Artel. Esta muere súbitamente, y la niña debe cambiar de vida, regresando a casa de su padre. Julia se desespera por la terrible impresión que recibe al vivir en forma humilde en una aldea pequeña. Tiene un acceso nervioso y sufre un síncope.

—¡Qué linda casa y qué bien mantenida! —exclamó Julia.
El doctor Miray bajó del coche y confió las riendas a un pala-
frenero que acudió presuroso desde el próximo patio.
Julia y la madre de Raúl descendieron en seguida y después el
botones.

—Aguárdenme aquí —dijo Miray a Julia y Raúl—, mientras yo
conduzco a Ema ante la presencia de la señora Almarza. Llama-
rán a Raúl si desean hablar con él.



Julia se sintió humillada al llegar al castillo en tan viejo carruaje.

Nueva humillación para Julia. La dejaban en el patio como a un ser inferior.

Raúl observaba todo con curiosidad y caminaba por el jardín como tomando posesión de sus dominios.

De improviso oyeron un grito lejano. No podría decirse si ese grito era de un animal o de un ser humano. Julia y Raúl se miraron espantados.

—¿Oíste? —preguntó Julia.

—Sí —replicó Raúl—, viene de aquel lado, pero de muy lejos.

Raúl señalaba la espesura de un parque que se extendía tras del castillo.

—Será un animal del bosque —expresó Julia—. Oí decir a papá que los Almarza poseían un gran bosque, pero ignoro qué clase de animales de caza tienen allí.

—¿Cree usted que era un grito de ciervo o de jabalí? —musitó



La niña mimada lanzaba verdaderos alaridos.

Raúl—. Yo diría que es un niño que gime.

—Entonces se trata de un accidente —declaró Julia—. ¿Cómo no acuden los criados?

En efecto, los jardineros continuaban arreglando la tierra, una empleada sacudía los muebles de la terraza y el palafrenero se dedicaba al aseo de los caballos sin parecer impresionados por los gritos lejanos.

—Ha de ser un grito al cual ya están habituados —terminó por decir Julia—. Mira, Raúl, allá vienen dos niños. ¿Se-

rán los hijos de la señora Almarza?

Dos niños salían, en efecto, de la casa y descendían la terraza casi enfrentando a los observadores.

La chica debía tener de ocho a diez años. Vestía lujosamente, muy recargada de adornos y encajes.

El muchacho que la acompañaba era delgado, pálido y muy inclinado de espaldas. Debía tener quince años, pero sólo aparentaba doce. Llevaba de la mano a la pequeña, que trataba de escapar y gritaba furiosa, porque el muchacho no soltaba su mano.



Felipe tenía que soportar todos los caprichos de la pequeña Ida.

De pronto logró desprenderse y se lanzó con ímpetu por la gradería de la terraza. Por desgracia tropezó y cayó de rodillas a pocos pasos de Julia. La hija del doctor Miray se apresuró a levantar a la chica que lanzaba alaridos, más de ira que de dolor.

Sorprendida al ver ese rostro desconocido junto al suyo, la niña cesó de gritar y miró a Julia, quien en ese momento le limpiaba las rodillas con su pañuelo.

El muchacho se había acercado diciendo:

—Eso te ocurrió por desobediente, Ida. Si no te hubieras soltado de mi mano, no habrías caído.

—Porque tú me sujetabas a la fuerza —gritó la caprichosa niña.

—Así me lo habían ordenado —murmuró el niño—. Sabes que no debes correr porque te acaloras mucho y después te enfermas.

Pero ya la pequeña Ida no se preocupaba de su compañero y decía a Julia:

—¿Quién es usted? ¡Qué linda es! Me gusta su pelo rubio.

En ese momento bajaba del castillo una dama elegante y joven seguida de un aya. Ambas parecían enloquecidas...

—Mi amor, ¿qué te ha ocurrido? Muéstrale a tu mamy esa *nana*... ¿Cómo te caíste? —preguntaba la señora de Almarza.

—Felipe me botó —dijo Ida, mintiendo desvergonzadamente.

—Es inconcebible que no puedas cuidar a tu prima, Felipe... Te había recomendado que no la dejaras correr...

Un brusco rubor coloreó las mejillas pálidas del muchacho, quien no protestó de la injusta acusación.

La señora de Almarza se volvió entonces hacia Julia Miray y la observó con sorpresa, como también a Raúl, que se mantenía muy correcto junto al grupo.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó la dama.

La señora de Almarza sonrió afablemente mientras Julia respondía:

—Soy la hija del doctor Miray, señora. Esperaba aquí a papá...

—¿Pero por qué la dejaron en el patio con este sol? —exclamó la dama—. Vengan conmigo.

Cogiendo en brazos a Ida, como un tesoro amenazado, la cubrió de besos y la llevó a la terraza, donde el doctor Miray y la madre de Raúl, que no habían comprendido la súbita partida de la dama, esperaban ansiosos.

Felipe permanecía inmóvil y como clavado en su sitio.

“Pobre chiquillo —pensó Raúl—; se me ocurre que aquí le tiranizan todos. Es el “Súfrelotodo” de la despótica heredera.

Raúl y su madre quedaron contratados en el castillo esa misma tarde.

—Y usted, linda niña —agregó la señora de Almarza—, tendrá que venir con mucha frecuencia a visitarnos...

—Mamá, dile que se quede con nosotras —suplicó la mimada Ida—. Es tan bonita y tan buena. Cámbiala por Felipe...

—Mi hija tendrá el mayor placer en visitarla, señora —declaró el doctor Miray, sonriendo—. Por el momento debemos retirarnos. Ida comenzó a gritar, abrazándose de Julia, y diciendo a su madre:

—Déjala aquí. Yo quiero que se quede...

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO "DIGANOS EL NUMERO"



¿Puede decirnos cuántas y cuáles son las repúblicas centroamericanas? Envíe su respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Su solución no será válida si no trae el cupón. Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán los siguientes premios: 10 estuches colegial, 10 paquetes Vitalmín, 10 libros de cuentos infantiles, 5 paletas de acuarela y 5 tubos pasta dentífrica.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 83.— La hoja se compone de tres partes: peciolo, lámina y estípulas.

PREMIADOS CON UN LIBRO: Sonia Barra, Coronel; Marcelo Yurassek, Osorno; María del Carmen Rencoret, Tomé; José M. Pérez, Parral; Nelson Weber, Angol; Manuel Aros, Villa Alemana; Juan Alvarado, La Unión; Olga Gutiérrez, Concepción; Antonieta Méndez, Barrancas; Nancy Alvarez, Temuco. UNA LIBRETA APUNTES: María Eliana Soto, Santiago; Edgard Briceño, Talcahuano; Emilio Aleuanlli, Osorno; Carlos Caviedes, Santiago; Juan Márquez, Temuco; Lidia Catalán, Quillota; María Angélica Rojas, Quilpué; Lilian Riquelme, Angol; Sergio Querol, Santiago; Fresia Núñez, Melipilla. UN PAQUETE VITALMIN: Adolfo Véliz, Curicó; Raquel Rivera, Quillota; Silvia Ceroni, Los Angeles; Luis Villagra, Los Andes; Juan Rosas, Osorno; Amandina Fernández, Los Angeles; Elena Castillo, Ovalle; Pedro Mery, Coquimbo; Edison Ruiz, Angol; Adriana Bravo, Molina. UN PAN JABON: Marina Arancibia, Santiago; Lautaro Olea, Santiago; Eliana Romero, San Vicente de Tagua-Tagua; Helia Teresa Pérez, Viña del Mar; Adriana Mladineo, Santiago. UNA PEINETA: Jesús Diez, Los Andes; Víctor Kroyer, Talcahuano; María Gutiérrez, Monte Aguila; Elena Navarro, Rengo, y María Zurita, Iquique.

**CUPON DEL
CONCURSO
Semanal**

SIMBAD N.º 86

¿Puede decirnos cuántas y cuáles son las repúblicas centroamericanas?

SUSCRIBASE A REVISTA "SIMBAD"

ANUAL, \$ 90.—

SEMESTRAL, \$ 45.—

Remita el importe de la Suscripción a nombre de Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Casilla 84-D, Santiago.

Envíe su valor en Cheque, Letra Bancaria, Giro Postal o Valor Declarado (Certificado), avisando oportunamente a la SECCION SUSCRIPCIONES.

EL MOSQUETERO



CAPITULO X. PEDRO SALVA A LA DUQUESA ELENA.

1. El escudero Rolando, apenas remitió a Lubérón la falsa misiva de la reina María de Médicis, partió a reunirse con los soldados del Mosquetero Azul. Mientras tanto Pedro de Rognac salvaba a la cautiva Elena y descendía con ella las escaleras de la casa. Allí les encontró el pérfido Lubérón, y el Mosquetero Azul se trabó en lucha feroz con su abyecto primo Aquiles.

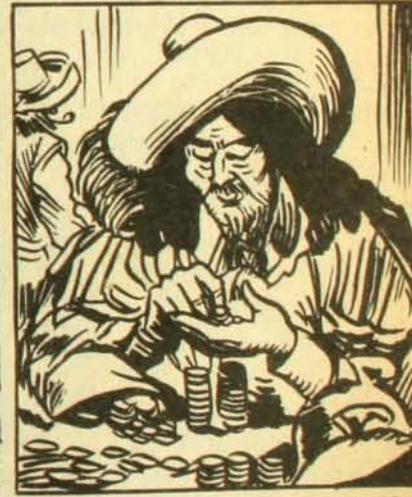


2. En tanto que los dos hombres luchaban con sus espadas, la duquesita Elena cogió un pesado taburete y lo lanzó a las piernas de Aquiles de Lubérón, obligándole a soltar la espada. "—Adiós, ya nos volveremos a encontrar —dijo Pedro a su primo—. Por el momento mi obligación es salvar a esta dama." El Mosquetero Azul, la duquesita Elena y los soldados de Pedro partieron a todo galope.

AZUL



3. La emoción del viejo duque y de su esposa fue indecible al ver llegar al Mosquetero Azul con la joven Elena. "—Pedro de Rognac —díjole el duque—, pídemelo lo que quieras y lo obtendrás." El Mosquetero Azul miró a la duquesita, y ambos sonrieron. "—Señor duque —expresó Pedro—, volveré cuando haya vencido a mi malvado primo Lubérón. Entonces solicitaré el cumplimiento de su promesa."



4. Entretanto Lubérón, creyéndose completamente seguro en sus habitaciones del Louvre, contemplaba los tesoros que había reunido en un cuarto secreto del viejo palacio real. Dos hombres custodiaban la puerta a fin de evitar que alguien entrara al cuarto del tesoro. Lubérón contaba y recontaba el oro robado murmurando: "—Soy rico, tan rico como Crespo."

(CONTINUARA)

JOSITO

EL CORSARIO

CAPITULO IV.— Heroica actitud de Josito.



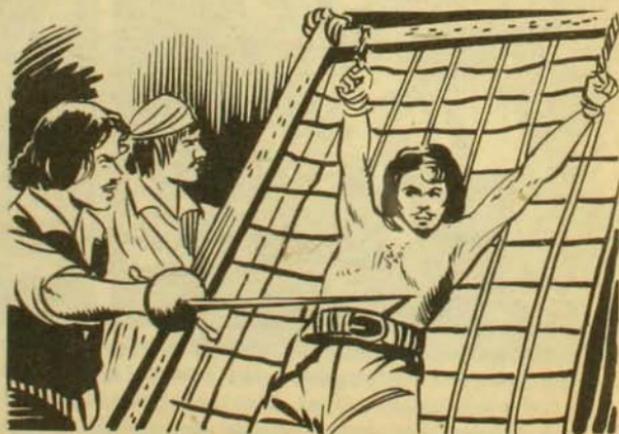
Josito se levantó al oír gritos de dolor.

Josito despertó sobresaltado por los gritos de dolor que exhalaban los torturados españoles.

Descalzo y sin hacer ruido, el niño se acercó al cuarto de los suplicios y divisó a un hombre en el potro del tormento.

—¿Dónde está el tesoro del gobernador? —preguntaban los corsarios al supliciado.

—¡Mátenme, pero jamás lo diré! —respondía el joven español.



Los corsarios atormentaban al español.

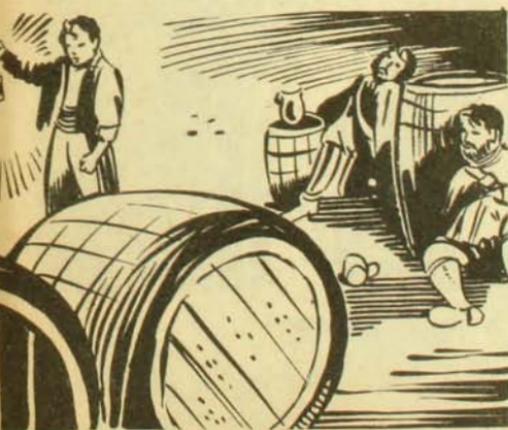


—Vete de aquí —gritó Corazón de Acero.

Corazón de Acero, que participaba en el interrogatorio, diviso a su hijo adoptivo y le gritó:

—Ve a dormir, Josito. No quiero que permanezcas aquí.

Pero Josito, aunque educado por los corsarios desde los cinco años de edad, se conmovió con la expresión de dolor del



Los corsarios dormían junto a los toneles de ron.

suplicado y protestó de la conducta de los piratas.

—¡Sal de aquí o te amarro a ti también al potro del tormento! —gritó Corazón de Acero.

Dos horas después todos los corsarios dormían embriagados por el ron que habían bebido a chorros.

Josito volvió a salir del dormitorio principesco, provisto de un farolillo, y bajó hasta el sub-

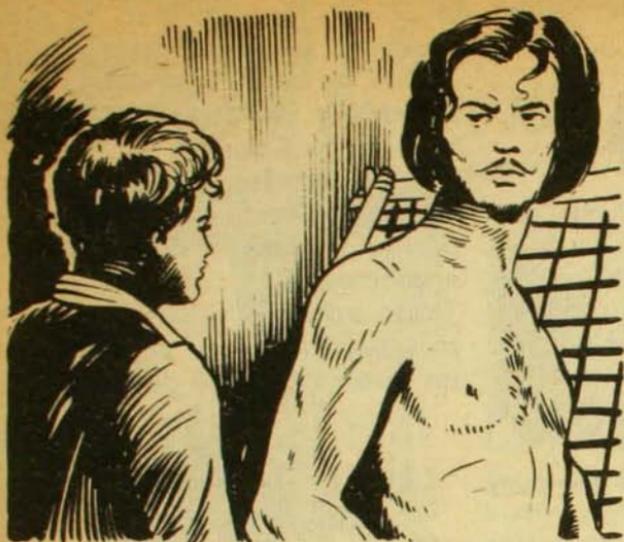


Josito protesta de aquellas crueldades.

terráneo donde estaba el suplicado.

Presuroso, desató las amarras que le ataban al potro del tormento, y dijo al joven español: —Huya, señor, o le matarán cuando despierten de su borrachera.

—Gracias, muchacho —dijo el joven—. Yo soy el hijo del go-



Josito desató al hijo del gobernador.

bernador y te agradezco mucho que me salves, pero hay otros prisioneros en este palacio. Mi hermana Juana está en uno de los calabozos del subterráneo.

—Salga, usted, mientras tanto al jardín —indicó el pequeño corsario—, y yo le llevaré a su hermana. No conviene que permanezca usted dentro de este cuarto.

El joven español se



El niño llamaba a doña Juana.

escabulló hasta el jardín, en tanto que Josito descendía al lóbrego subterráneo, balbuciendo quedamente:

—Doña Juana, doña Juana, ¿dónde está usted?

(CONTINUARA)

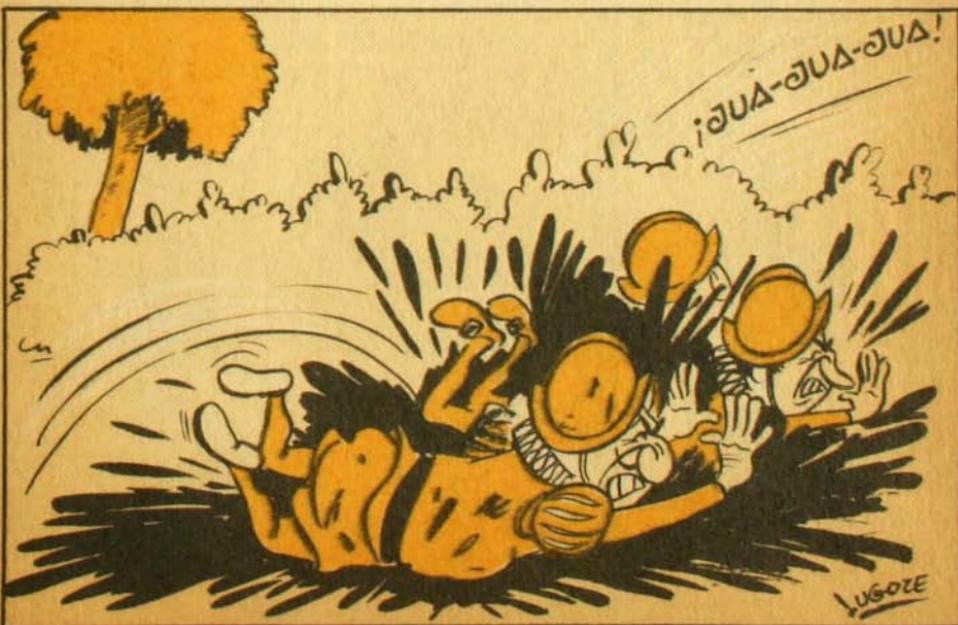


Por LUGOZE

¡AHORA ES LA OCA-SIÓN!



¡TENDERSEEEE!



¿COSISTE EL BOTON QUE FALTABA EN TU VESTIDO?



¡NO MAMITA !..



...COMO NO PUDE ENCONTRAR EL BOTON...



...COSI EL OJAL, ASI EL BOTON NO ME HACE FALTA

